

OBRAS DE MARX Y ENGELS
OME 6
LA SAGRADA FAMILIA
LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA
EN INGLATERRA
OTROS ESCRITOS DE 1845-1846

KARL MARX
FRIEDRICH ENGELS
OBRAS

Edición dirigida por Manuel Sacristán Luzón

CRITICA
Grupo editorial
Grijalbo



BARCELONA - BUENOS AIRES - MÉXICO, D.F.

KARL MARX
FRIEDRICH ENGELS
OBRAS

VOLUMEN

6

CRITICA
Grupo editorial
Grijalbo

BARCELONA · BUENOS AIRES · MÉXICO, D.F.

1978



KARL MARX
FRIEDRICH ENGELS

LA SAGRADA FAMILIA

LA SITUACIÓN
DE LA CLASE OBRERA
EN INGLATERRA

OTROS ESCRITOS DE
1845-1846

El texto traducido para esta edición de *La Sagrada Familia*, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y otros escritos de 1845-1846 en lengua castellana es el publicado en el volumen 2 de KARL MARX-FRIEDRICH ENGELS. *Werke*, Berlín-Este, Dietz Verlag, reimpresión de 1974.

Traducción: Pedro Scaron (*La Sagrada Familia*) y León Mames (*La situación de la clase obrera en Inglaterra* y los restantes escritos)

Redacción y edición: Àngels Dias, Raquel Fosalba, Josep M. Mestre, Alfred Picó, Josep Poca, Manuel Sacristán y Joaquim Sempere

Papel offset editorial de Torras Hostench, S. A.

Derechos exclusivos de edición para todos los países de habla española y propiedad de la traducción castellana:

© 1978: Editorial Crítica, S. A. (Grupo editorial Grijalbo),
calle de la Cruz, 58, Barcelona-34

ISBN: 84-7423-070-5 rústica

ISBN: 84-7423-069-1 tela

Depósito legal: B. 32.621 - 1978

1978.— Gráficas Marina, S. A., paseo de Carlos I, 142, Barcelona-13

NOTA EDITORIAL SOBRE OME 6

(*La Sagrada Familia, La situación de la clase obrera en Inglaterra* y otros escritos de 1845-1846)

El presente volumen contiene, junto con OME 7, los escritos de Marx y Engels de los años 1845-1846. Sus dos piezas fundamentales son *La Sagrada Familia* —primera obra escrita por ambos en colaboración— y *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de Engels.

La Sagrada Familia

Para situar el lugar que ocupa *La Sagrada Familia* en la obra de Marx y Engels conviene remontarse a las diferencias que ya de tiempo atrás separaban a Marx de los «jóvenes hegelianos» y que se pusieron de manifiesto al constituirse en Berlín, durante el verano de 1842, el círculo de los llamados «libres». Las diferencias dieron paso a la ruptura cuando Marx se hizo cargo de la dirección de la *Gaceta Renana*, en octubre del mismo año. La ruptura no provenía sólo del paso de Marx a posiciones materialistas y comunistas, sino también de la evolución misma de Bruno Bauer y los demás «jóvenes hegelianos». Éstos derivaron hacia un idealismo subjetivo banal, según el cual en la historia sólo son creadoras ciertas personalidades muy escogidas, portadoras del «Espíritu», de la «crítica pura», mientras que la «masa», el «pueblo» es sólo material inerte y lastre. *La Sagrada Familia* es un ajuste de cuentas teórico con estas ideas. En esta obra, fuertemente influida por Feuerbach, se establecen los fundamentos más generales del materialismo de Marx y Engels. Las «opiniones positivas» que los autores anuncian en el prólogo habían empezado a concretarse poco después de la aparición de la obra. Marx quería preparar con Engels y Moses Hess una «Historia del socialismo y del comunismo desde el siglo XVIII». Y en una carta a Marx (7/3/1845), Engels expresaba su propósito de publicar una «Biblioteca de los mejores autores socialistas», empezando por Fourier.

Con carta del 31 de julio de 1844, Georg Jung, fundador de la *Gaceta*

Renana, mandaba a Marx los números 5, 6 y 7 de la *Allgemeine Literatur-Zeitung*, periódico de Bauer y sus amigos. Aludiendo a unas críticas epistolares de Marx contra Bruno Bauer, Jung animaba a Marx a emprender una crítica sistemática de este autor, proponiéndole que, en caso de no querer dedicar tiempo a ello, autorizara al propio Jung y a Hess a utilizar sus cartas para hacer un artículo contra Bruno Bauer.

A fines de agosto, Marx recibió el número 8 de la *Allgemeine Literatur-Zeitung*, que contenía un artículo contra el comunismo y un programa de la «crítica crítica». Marx había atacado ya a Bauer en los Manuscritos de París de 1844 (ver OME 5), en los cuales anunciaba ya una crítica general de la «crítica crítica». Durante una estancia de 10 días de Engels en París, decidieron escribir esa crítica general en colaboración y pusieron manos a la obra. Engels escribió su parte antes de irse de París el 6 de setiembre, y quedó muy sorprendido, unas semanas más tarde, al ver la amplitud que Marx daba al asunto. Lo que debía ser un folleto se convirtió en un volumen. Marx trabajó en su parte hasta fines de noviembre de 1844. Utilizó una parte de los manuscritos sobre economía y filosofía redactados aquel mismo año y sus investigaciones sobre la historia de la revolución francesa. El título original de la obra era *Crítica de la crítica crítica*. A propuesta del editor Löwenthal, este título pasó a subtítulo y se le añadió el más general de *La Sagrada Familia*. Apareció por vez primera en febrero de 1845 en Francfort. En el índice se indicaba —tal como se hace en la presente edición— qué partes correspondían a Engels y cuáles a Marx.

La Sagrada Familia fue publicada en castellano en 1972 por Editorial Grijalbo (Méjico), en traducción de Wenceslao Roces. La traducción del presente volumen es de Pedro Scaron. La redacción de OME ha respetado ciertas peculiaridades lingüísticas de la traducción poco usuales; en particular, la forma «hegueliano» (esto es, relativo a Hegel) usada por Scaron.

La situación de la clase obrera en Inglaterra

La obra de Engels *La situación de la clase obrera en Inglaterra* fue escrita entre mediados de noviembre de 1844 y mediados de marzo de 1845 en Barmen. La estancia de dos años (noviembre 1842-agosto 1844) en Inglaterra había dado a Engels ocasión de estudiar las condiciones de vida del proletariado británico. Los resultados de sus observaciones y trabajos se publicaron en forma de artículos en varios periódicos: *Gaceta Renana*, *New Moral World*, *Le Républicain Suisse* y los *Anuarios Francoalemanes*. Al desaparecer los *Anuarios* publicó en *Vorwärts!* (¡Adelante!) una serie de artículos —bajo el título general de «La situación en Inglaterra» y dos partes diferenciadas: «I. El siglo dieciocho» y «II. La Constitución inglesa»— que forma el antecedente inmediato de la obra aquí comentada. Estos artículos se publicaron en

los números de *Vorwärts!* de los días 4, 7, 11, 18, 21, 25, 28 de setiembre y 5, 16 y 19 de octubre de 1844, y habían sido escritos en febrero-marzo del mismo año. En uno de estos artículos se afirma ya que «la revolución industrial es la base de toda la situación moderna de Inglaterra, el elemento motor de todo su movimiento social». Engels había llegado ya en este momento a la comprensión del fenómeno de las clases sociales y de su lucha, del carácter de clase de los partidos políticos y del estado como instrumento de opresión de clases.

A fines de agosto de 1844, saliendo de Inglaterra para ir a Barmen (es decir, justo antes de emprender la redacción de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*), Engels pasó por París, donde tuvo su segundo encuentro con Marx. De este encuentro procede la amistad y la colaboración inseparable de ambos.

La obra de Engels se editó por primera vez en Barmen en 1845 en alemán. La segunda edición revisada se publicó en Stuttgart en 1892. Las variaciones entre ambas se indican en nota a pie de página con la indicación «(1892)». Hubo dos ediciones en inglés en vida de Engels: Nueva York (1887) y Londres (1892). La dedicatoria «A las clases trabajadoras de Gran Bretaña» fue escrita por el autor en inglés para poderla «hacer imprimir aparte y mandar a los dirigentes de partido, escritores y parlamentarios ingleses». En las ediciones alemanas de 1845 y 1892 la dedicatoria fue publicada en inglés. No figura en las ediciones en lengua inglesa.

El primer prefacio contenido en apéndice en este volumen fue escrito por Engels para la edición norteamericana de mayo de 1887. En el mismo año fue traducido por el propio autor al alemán y publicado bajo el título «Die Arbeiterbewegung in Amerika» (El movimiento obrero en América) en *Der Sozialdemokrat* (números 24 y 25, del 10 y 17 de junio), y en francés en *Le Socialiste* de los días 9, 16 y 23 de julio. En julio se publicó en Nueva York como separata en alemán e inglés. Antes, en abril del mismo año, el prefacio, sin conocimiento ni autorización de Engels, había sido traducido al alemán y publicado en el *New Yorker Volkszeitung*. Friedrich Engels protestó debido a la mala calidad de la traducción.

El segundo prólogo, que apareció en la edición inglesa de 1892, fue escrito por Engels el 11 de enero de este año.

La situación de la clase obrera en Inglaterra se publicó por primera vez en castellano en 1976 por ediciones Akal (Madrid). La traducción del presente volumen es de León Mames.

Los restantes escritos

El presente volumen contiene, además, una aclaración de Marx en la que manifiesta no haber escrito jamás para la *Trier'sche Zeitung* (Gaceta de Tréve-

ris). Contiene también unas «Notas adicionales a la situación de las clases trabajadoras en Inglaterra», publicadas en *Das Westphälische Dampfboot*, de Bielefeld, a principios de 1846. Finalmente, contiene el artículo de Engels «La fiesta de las naciones en Londres», escrito a fines de 1845 y publicado por vez primera a finales de 1846 en el segundo volumen de los *Anuarios Renanos*. El relato de la asamblea celebrada en Londres el 22 de setiembre de 1845 y el texto de los parlamentos allí pronunciados fueron publicados por Engels en el número 411 del *Northern Star* (27 setiembre 1845). Esta asamblea sentó las bases de la sociedad democrática internacional «Fraternal Democrats», donde se agrupaban el ala izquierda del cartismo, algunos trabajadores alemanes miembros de la Liga de los Justos y revolucionarios de otras nacionalidades residentes en Londres.

Las notas de los autores vienen indicadas con un número precedido de asterisco. Las notas sin asterisco son notas de edición o de los traductores. Las palabras introducidas en los textos o notas de los autores por los editores figuran entre corchetes angulares (< >).

J. S. C.

FRIEDRICH ENGELS / KARL MARX

LA SAGRADA FAMILIA,
O CRÍTICA DE LA CRÍTICA CRÍTICA

Contra Bruno Bauer y compañía

PRÓLOGO

El *humanismo real* no tiene en Alemania un enemigo más peligroso que el *espiritualismo* o el *idealismo especulativo*, el cual pone la «*autoconciencia*» o el «*espíritu*» en lugar del *hombre individual real* y predica, con el evangelista: «El espíritu es lo que vivifica, la carne carece de provecho». Fácil es de comprender que este espíritu descarnado sólo tiene espíritu en su imaginación. Lo que combatimos en la crítica *baueriana* es precisamente esa *especulación* que se reproduce a sí misma como *caricatura*. Dicha especulación constituye para nosotros la expresión más consumada del principio *cristiano-germánico*, que efectúa su última tentativa al transformar a «*la crítica*» misma en una potencia trascendente.

Nuestra exposición se centra preferentemente en la *Allgemeine Literatur-Zeitung* de Bruno Bauer —tenemos a la vista sus ocho primeras entregas—, porque aquí la crítica baueriana y con ella el absurdo de la *especulación alemana en general* han alcanzado su apogeo. La crítica crítica (la crítica de la *Literatur-Zeitung*) es tanto más instructiva cuanto más convierte en la más plástica de las comedias la inversión de la realidad a través de la filosofía. Obsérvense, a título de ejemplo, los casos de *Faucher* y *Szeliga*. La *Literatur-Zeitung* ofrece un material gracias al cual incluso el gran público podrá ponerse al corriente de las ilusiones que abraza la filosofía especulativa. Es éste el propósito de nuestro trabajo.

Nuestra exposición, como es natural, se halla condicionada por su *objeto*. La crítica crítica, sin excepción, está *por debajo* del nivel ya alcanzado por el desarrollo teórico en Alemania. La naturaleza de nuestro objeto, por consiguiente, justifica el que *aquí* no continuemos con el *juicio* acerca de dicho desarrollo.

La crítica crítica, más bien, obliga a reivindicar, frente a ella y *en cuanto tales*, los resultados ya alcanzados.

Por ende, esta polémica es un anticipo de las obras independientes en las que nosotros —esto es, cada uno de nosotros por separado— expon-

dremos nuestras opiniones positivas acerca de las doctrinas sociales y filosóficas más recientes y, con ello, nuestra relación positiva para con las mismas.

ENGELS - MARX

Paris, setiembre de 1844.

Capítulo I

«LA CRÍTICA CRÍTICA EN FIGURA DE MAESTRO ENCUADERNADOR», O LA CRÍTICA CRÍTICA COMO EL SEÑOR REICHARDT

A la crítica crítica, por más que se sepa muy por encima de la masa, la mueve sin embargo una compasión infinita por esta última. La crítica crítica ha amado tanto a la masa, pues, que le ha enviado su Hijo unigénito para que todos los que crean en Él, en vez de perderse, encuentren la vida crítica. La crítica se vuelve masa y mora entre nosotros, y contemplamos su gloria como la gloria del Hijo unigénito del Padre. Esto es, la crítica se torna socialista y habla de «las obras sobre el pauperismo». No considera que sea una usurpación el ser igual a Dios, sino que se enajena de sí misma y adopta la figura de maestro encuadernador y se humilla hasta el absurdo, y aun hasta el absurdo crítico en lenguas extranjeras. Ella, cuya celeste pureza virginal retrocede espantada ante el contacto con la leprosa masa pecadora, domina sus impulsos a tal punto que toma nota de «*Bodz*»¹ y de «*todos los escritores que sirven de fuentes para estudiar el pauperismo*», y «sigue paso a paso, desde hace años, el mal de nuestro tiempo»; rehúsa escribir para los especialistas, escribe para el gran público, elimina todas las expresiones exóticas, «todo cálculo abstruso, toda jerga corporativa»; todo esto lo elimina en los escritos *de otros*, pues sería pedirle peras al olmo, por cierto, exigir que la crítica se sometiera ella misma a este «reglamento administrativo». Pero incluso hace esto en parte, por cuanto con admirable soltura se priva, si no de las palabras mismas, sí de su contenido, ¿y quién le reprocharía el que recurra «al gran cúmulo de extranjerismos incomprensibles» cuando ella misma, de manera sistemática y reiterada, demuestra

1. Seudónimo de Charles Dickens, deformado por Reichardt: Boz.

que estas palabras también a ella le resultan incomprensibles? He aquí algunas pruebas de esta manifestación sistemática:

«De ahí que las *instituciones de la mendicidad* sean a sus ojos una abominación.»

«Una teoría de la responsabilidad, ante la cual cada impulso del *pensamiento humano se convierte en un trasunto de la mujer de Lot.*»

«En la clave de bóveda de esta *construcción artística, realmente rica en opiniones.*»

«Es éste el contenido fundamental del testamento político de Stein, que el gran estadista, aun antes de retirarse del servicio activo, entregó al gobierno y a todos sus informes.»

«Este pueblo *no poseía aún dimensiones*, por ese entonces, para gozar de una libertad tan amplia.»

«Puesto que al término de su ensayo periodístico *parlamenta* con suficiente seguridad, se trata meramente de una pasajera falta de confianza.»

«A la razón viril y enaltecedora del estado, que se eleva sobre la rutina y los pusilánimes temores, formada en la historia y nutrida con la contemplación viva de los regímenes estatales públicos del extranjero.»

«La educación de una beneficencia nacional general.»

«Bajo la vigilancia de las autoridades, la libertad yacía muerta *en el pecho de la misión nacional prusiana.*»

«Derecho público *orgánico-popular.*»

«Al pueblo al que también el señor Brüggemann otorga la *fe de bautismo de su mayoría de edad.*»

«Una contradicción bastante crasa con las demás *determinabilidades* que se enuncian en la obra con respecto a las capacidades profesionales del pueblo.»

«El enojoso egoísmo disuelve rápidamente todas las *quimeras de la voluntad nacional.*»

«El afán de adquirir mucho, etc., era el espíritu que impregnaba toda la época de la Restauración y que con *una bastante grande cantidad de indiferencia se sumó* a los nuevos tiempos.»

«El oscuro concepto de significación política que cabe encontrar en la *nacionalidad prusiana localista, se funda en la remembranza de una gran historia.*»

«La antipatía se desvaneció, convirtiéndose en un estado de plena exaltación.»

«En esta maravillosa transformación, cada uno, a su manera, *dejó entrever aún su deseo particular.*»

«Un catecismo en ungido lenguaje salomónico, cuyas palabras, suavemente como el ¡tip, tip! de una paloma, ascienden a la región del pathos y *aspectos tronotosos.*»

«Todo el *diletantismo* de una *negligencia de treinta y cinco años*.»

«La condena *demasiado rígida* de los ciudadanos por uno de sus antiguos conductores, habría sido tolerada con el ánimo calmoso de nuestros representantes si la concepción de Benda acerca del régimen municipal de 1808 no padeciera de una *afección conceptual mahometana* sobre la esencia y usanza del régimen municipal.»

Las audacias estilísticas del señor Reichardt guardan una estrecha correspondencia, sin altibajos, con la audacia misma de su análisis. He aquí algunas de sus transiciones:

«El señor Brüggemann... año 1843... teoría del estado... toda persona honrada... la gran modestia de nuestros socialistas... prodigios naturales... exigencias que hay que plantear a Alemania... prodigios sobrenaturales... Abrahán... Filadelfia... el maná... maestros panaderos... pero *porque* hablamos de *prodigios*, Napoleón entonces introdujo», etc.

Después de estas muestras no es de extrañarse, en absoluto, de que la crítica crítica brinde además una «glosa» de una frase, a la que ella misma añade una «manera de hablar popular». Puesto que «arma sus ojos con energía orgánica para penetrar el caos». Y aquí debemos decir que en este caso incluso la «manera de hablar popular» de la crítica crítica no puede seguir siendo incomprensible. La crítica advierte que el camino hollado por el literato necesariamente será tortuoso si el sujeto que lo sigue no tiene la fuerza suficiente para enderezarlo, y por eso, como es natural, atribuye al escritor «operaciones matemáticas».

Ello es comprensible de suyo, y la historia, que demuestra todo lo que se comprende de suyo, demuestra también que la crítica no se vuelve masa para seguir siendo masa, sino para redimir a la masa de su masiva masividad, y por tanto para abolir y superar la manera de hablar popular de la masa en el lenguaje crítico de la crítica crítica. Se trata del grado más gradual de la humillación, cuando la crítica aprende el lenguaje popular de la masa y hace que esa ruda jerga trascienda en el cálculo superabundante de la dialéctica críticamente crítica.

Capítulo II

«LA CRÍTICA CRÍTICA» COMO «PROPIETARIO DE MOLINOS»² O LA CRÍTICA CRÍTICA COMO EL SEÑOR JULES FAUCHER

Luego de que la crítica, al humillarse hasta el absurdo en lenguas extranjeras, prestara a la autoconciencia los servicios más esenciales y al mismo tiempo, y de esta suerte, liberara del pauperismo al mundo, se humilla otra vez hasta el *absurdo* en la *práctica* y en la *historia*. Se apodera de los «*asuntos ingleses de actualidad*» y produce un *resumen histórico de la industria inglesa*, un resumen genuinamente *crítico*.

La crítica, que se basta a sí misma, que en sí misma es perfecta, plena y completa, no puede reconocer la historia tal como efectivamente ha ocurrido, por supuesto, ya que ello equivaldría a reconocer a la malvada masa en toda su masiva masividad, mientras que de lo que se trata es de redimir a la masa de su masividad. Se libera entonces a la historia de su carácter masivo, y la crítica, que se comporta *libremente* con su objeto, apostrofa a la historia: *¡Debías haber sucedido de esta y de esta otra manera!* Las leyes de la crítica gozan todas de *retroactividad*: *con anterioridad* a sus decretos la historia ocurrió muy distintamente de la manera en que transcurrió *después de los mismos*. De ahí que también la historia masiva, o por así decirlo *real*, difiera considerablemente de la historia *crítica* que tiene como escenario el número VII de la *Literatur-Zeitung*, de la página 4 en adelante.

En la historia masiva *no hubo ciudades fabriles* antes de que existieran *fábricas*; pero en la historia crítica, donde el hijo engendra al padre —como ya sucedía en Hegel—, *Manchester*, *Bolton* y *Preston* son florecien-

2. Engels reproduce burlonamente aquí la traducción literal, dada por Faucher, del término inglés «mill-owner» («fabricante»).

tes ciudades fabriles antes de que se pensara siquiera en las fábricas. En la historia real fueron especialmente la «*jenny*» de *Hargreave* y la «*throstle*» (máquina hiladora hidráulica) de *Arkwright* las que echaron las bases de la *industria algodonera*, mientras que la «*mule*» de *Crompton* no es más que un perfeccionamiento de la *jenny* mediante el principio recién descubierto por *Arkwright*; pero la historia crítica sabe establecer distinciones, desdeña las unilateralidades de la *jenny* y de la *throstle* y otorga la palma a la *mule* en cuanto identidad especulativa de los extremos. En la realidad, con el invento de la *throstle* y de la *mule* estaba dada de inmediato la *aplicación de la fuerza hidráulica* a esas máquinas, pero la crítica crítica aísla los principios entremezclados por la historia tosca y hace que esa aplicación sólo aparezca más tarde, como algo totalmente particular. En la realidad, la invención de la máquina de vapor *precedió* a todos los demás inventos mencionados más arriba, pero en la crítica aquella invención, como lo que corona al todo, es también la *última*.

En la realidad la *vinculación comercial* entre Liverpool y Manchester, en su importancia actual, fue consecuencia de la exportación de mercancías inglesas; en la crítica esa conexión comercial es la *causa* de dicha exportación y ambas el resultado de la proximidad existente entre una y otra ciudad. En la realidad casi todas las mercancías de Manchester pasan al continente a través de *Hull*; en la crítica lo hacen por *Liverpool*.

En la realidad se dan en las fábricas inglesas todas las *gradaciones* del *salario*, desde un chelín y medio hasta 40 y más chelines; en la crítica sólo se paga *una* tarifa, la de 11 chelines. En la realidad la *máquina* reemplaza al *trabajo manual*, en la crítica al *pensamiento*. En la realidad la *unión* de los obreros con vistas al aumento del salario está permitida en *Inglaterra*, pero en la crítica está prohibida, pues la masa tiene que elevar una solicitud a la crítica cuando desea que algo le sea permitido. En la realidad el *trabajo fabril* es *fatigoso* en sumo grado y origina enfermedades específicas —incluso hay tratados médicos enteros dedicados a estas afecciones—; en la crítica el «esfuerzo desmesurado no es un impedimento para el trabajo, pues a la que le corresponde hacer fuerza es a la máquina». En la realidad la máquina es una máquina; en la crítica tiene una *voluntad*, porque como no descansa, tampoco puede reposar el obrero, que se ve sometido a una voluntad ajena.

Pero esto no es nada, todavía. A la crítica no pueden satisfacerla los *partidos* ingleses *de masas*; crea nuevos, funda un «*partido fabril*» por el que la historia bien puede agradecerle. Arroja en cambio a los fabri-

cantes y a los obreros fabriles en *un solo* montón masivo —¡quién habría de preocuparse por tales minucias!— y establece por decreto que si los obreros fabriles no han contribuido al fondo de la Anti-Corn-Law League³ de ello no tienen la culpa ni su mala voluntad ni el cartismo, como opinan los estúpidos fabricantes, sino únicamente su pobreza. Decreta, asimismo, que con la derogación de las leyes cerealeras inglesas los jornaleros agrícolas se verán necesariamente expuestos a una rebaja de sus salarios, respecto a lo cual desearíamos observar, con la mayor humildad, que esa clase miserable no puede prescindir de un solo centavo más sin sucumbir literalmente de hambre. Decreta que en las fábricas inglesas se trabaja *dieciséis* horas, aunque la fatua y acrítica ley inglesa vela para que no se trabaje más de doce horas. Decreta que Inglaterra debe convertirse en un gran taller para el mundo entero, aunque los acríticos y masivos norteamericanos, alemanes y belgas, con su competencia, poco a poco les arruinan a los ingleses un mercado tras otro. Decreta, por último, que la *centralización de la propiedad* y sus consecuencias para las clases trabajadoras son desconocidas tanto por las clases desposeídas como por las poseedoras, por más que los tontos cartistas crean conocerlas muy bien y a los *socialistas* les parezca haber expuesto esas consecuencias en sus detalles y hace ya largo tiempo, y pese a que incluso *tories* y *whigs* como *Carlyle*, *Alison* y *Gaskell* hayan demostrado ese conocimiento en obras especialmente dedicadas al tema.

La crítica decreta que la *ley de diez horas* de lord *Ashley* es una tibia medida de *juste-milieu* y que el propio lord *Ashley* es un «fiel trasunto de la actividad constitucional», mientras que los fabricantes, los cartistas, los terratenientes, en suma, toda la masividad de Inglaterra, hasta hoy han visto en esa medida la expresión, por cierto la más moderada posible, de un principio cabalmente radical, puesto que la misma amenazaría con descargar el hacha contra la raíz del comercio exterior y de este modo contra la raíz del sistema fabril; no, no sólo amenazaría, sino que haría penetrar profundamente el hacha en esa raíz. La crítica crítica tiene una versión mejor acerca del asunto. Sabe que la cuestión de las diez horas se debatió en una «comisión» de la cámara baja, por más que los diarios acríticos quisieron hacernos creer que esa «comisión» habría sido la *cámara misma*, o sea «una comisión de la cámara en pleno», pero la crítica, como no podía ser de otra manera, estaba obligada a abolir esa extravagancia de la constitución inglesa.

La crítica crítica, que *genera* ella misma la *estupidez de la masa*, su

3. Liga contra las Leyes Cerealeras.

antítesis, genera también la estupidez de sir James Graham y, por medio de una intelección crítica del idioma inglés, pone en labios de aquél cosas que el acrítico ministro del interior jamás ha dicho, sólo para que con ello la sabiduría de la crítica resalte con más brillo ante la estupidez de Graham. Según ella, Graham habría dicho que en las fábricas las máquinas se desgastan totalmente en unos 12 años, independientemente de que funcionen durante 10 o 12 horas diarias, por lo cual una ley de diez horas impediría a los capitalistas el reproducir en 12 años, mediante el trabajo de las máquinas, el capital invertido en las mismas. La crítica demuestra que de esta manera ha puesto en los labios de sir James Graham un paralogismo, pues una máquina que funciona cada día una sexta parte menos de tiempo, obviamente será utilizable durante un período más prolongado.

Por atinada que sea esta observación de la crítica crítica contra su propio paralogismo, será necesario conceder a sir James Graham que lo que éste dijo fue que bajo una ley de diez horas la velocidad de funcionamiento de la máquina tendría que aumentar en la misma proporción en que se redujera el horario de trabajo —lo que también cita la propia crítica, [número] VIII, pág. 32— y que conforme a este supuesto el tiempo de desgaste sería el mismo, o sea 12 años. Y esto debe reconocerse tanto más por cuanto este reconocimiento se formula para mayor honor y gloria de «la crítica», ya que sólo *la* crítica misma ha enunciado el paralogismo y, a su vez, lo ha disuelto ella misma. En su magnanimidad para con lord *John Russell* le imputa el que éste procuraría modificar la forma política del estado y las disposiciones electorales, de lo cual debemos inferir o bien que el afán de la crítica por producir disparates tiene que ser insólitamente intenso, o bien que lord John Russell se ha vuelto crítico crítico en los últimos ocho días.

Pero la crítica sólo llega a ser verdaderamente sublime, en su elaboración de necesidades, cuando descubre que los obreros de Inglaterra —los obreros que en abril y mayo efectuaron mítines tras mítines, redactaron peticiones tras peticiones, y todo esto por la ley de las diez horas, que se hallaban tan excitados como no lo estaban desde hacía dos años, y ello desde un extremo de los distritos fabriles hasta el opuesto—, que esos obreros sólo experimentan un «interés *parcial*» por este asunto, por más que se advierta que «también la limitación legal del horario de trabajo ha ocupado su atención»; cuando, por último, efectúa el grandioso, glorioso, inaudito descubrimiento de que «el remedio, al parecer próximo, consistente en la derogación de las leyes cerealeras, absorbe la mayor parte de los deseos de los obreros y seguirá haciéndolo,

hasta que la satisfacción de estos deseos, la cual por cierto ya no es dudosa, les demuestre en la práctica la inutilidad de los mismos», y se lo demuestre a los obreros, que en todos los mítines públicos acostumbran arrojar de la tribuna de oradores a los impugnadores de las leyes cerealeras, que han conseguido que la *League* contra las Leyes Cerealeras no se atreva a convocar un solo mitin público en ninguna ciudad fabril inglesa, que ven en la *League* su único enemigo y que durante la discusión acerca de las diez horas, como ha ocurrido casi siempre en problemas similares, recibieron el apoyo de los *tories*. También es admirable que la crítica efectúe el hallazgo de que «los obreros siguen dejándose tentar por las amplias promesas del *cartismo*», que no es otra cosa que la expresión política de la opinión pública entre los obreros; o que eche de ver, en la profundidad de su espíritu absoluto, que «las dos facciones, la facción política y la correspondiente a la propiedad de la tierra y de los molinos, *ya no* se asimilan ni coinciden entre sí», mientras que hasta el presente aún no se sabía que la facción política correspondiente a la propiedad de la tierra y de los molinos —dado el exiguo número de las dos clases de propietarios y dadas las iguales prerrogativas políticas de ambas (a excepción de los escasos pares)— fuese tan amplia que, en vez de constituir su expresión más consecuente, la cúspide de los partidos políticos, coincidiera total y exactamente con éstos. Es digno de admiración que la crítica impute a los adversarios de las leyes cerealeras el no saber que *ceteris paribus*,⁴ la baja en los precios del pan traería aparejada una rebaja de salarios, y que todo quedaría igual que antes, cuando esa gente espera, de la admitida baja de los salarios y con ella de los costos de producción, una ampliación del mercado y a partir de ésta una reducción de la competencia entre los obreros, con lo cual el salario se mantendría, respecto a los precios del pan, en un nivel algo más elevado que el actual.

La crítica, operando con artística beatitud en la creación libre de su antítesis, del absurdo, la misma crítica que hace dos años proclamó: «La crítica habla en alemán, la teología en latín», esa misma crítica ahora ha aprendido el *inglés* y llama a los terratenientes «poseedores de tierra» (*land-owners*), a los fabricantes «*propietarios de molinos*» (*mill-owners*) —en inglés se denomina *mill* toda fábrica cuyas máquinas sean impulsadas por el vapor o la fuerza hidráulica—, a los obreros «*manos*» (*hands*), dice interferencia (*interference*) en vez de intromisión y, en su conmiseración infinita por el idioma inglés, desbordante de pecaminosas masividades, condesciende incluso en perfeccionarlo y deroga la

4. Si las demás condiciones no varían.

pedantería conforme a la cual los ingleses anteponen el título de «sir» de los caballeros y *baronets* invariablemente al *nombre de pila*. La masa dice: «sir James Graham»; la crítica: «sir Graham».

Que la crítica recrea la historia y el lenguaje *ingleses* por *principio*, y no por *frivolidad*, es algo que lo demostrará de inmediato la *escrupulosidad* con la que trata la *historia del señor Nauwerck*.

Capítulo III

«LA ESCRUPULOSIDAD DE LA CRÍTICA CRÍTICA» O LA CRÍTICA CRÍTICA COMO EL SEÑOR J. (¿JUNGNITZ?)

La contienda infinitamente importante del señor *Nauwerck* con la facultad berlinesa de filosofía no podía dejar de ser analizada por la crítica; ésta, por cierto, ha experimentado una vivencia similar y tiene que tomar como trasfondo los destinos del señor *Nauwerck*, para de esta manera hacer resaltar tanto más llamativamente su *destitución boniana*.⁵ Como la crítica está acostumbrada a considerar la historia de Bonn como el acontecimiento del siglo y ya ha escrito la «filosofía de la exoneración de la crítica», era de esperar que construyera filosóficamente, de manera análoga y hasta en los menores detalles, la «colisión» berlinesa. Demuestra a priori que todo el asunto tenía que haber ocurrido así y no de otra manera, y en particular:

1) por qué la facultad de filosofía tenía que «colidir» no con un lógico y metafísico, sino con un especialista en filosofía del estado;

2) por qué esta colisión no podía revestir la misma aspereza y el mismo carácter decisivo que el conflicto de la crítica con la teología en Bonn;

3) por qué la colisión no fue en rigor más que una nadería, ya que en su colisión boniana la crítica había concentrado todos los principios, todo contenido, y ahora la historia universal estaba condenada a convertirse en simple plagiaría de la crítica;

5. El gobierno prusiano había suspendido en octubre de 1841 y destituido (exonerado) en marzo de 1842 a Bruno Bauer de su cargo de profesor en la Universidad de Bonn. A eso se refiere la broma «filosofía de la exoneración de la crítica».

- 4) por qué la propia facultad de filosofía se había sentido atacada en los escritos del señor Nauwerck;
- 5) por qué al señor N[auwerck] no le había quedado otro remedio que presentar voluntariamente su renuncia;
- 6) por qué la facultad tenía que defender al señor N[auwerck] si ella misma no quería darse por vencida;
- 7) por qué la «escisión interna en el ser de la facultad tenía que presentarse necesariamente de tal manera» como que la facultad les daba la razón, y al mismo tiempo se la negaba, tanto a N[auwerck] como al gobierno;
- 8) por qué la facultad no encuentra en los escritos de N[auwerck] ningún motivo para su separación;
- 9) a qué obedece la ambigüedad de todo el dictamen académico;
- 10) por qué la facultad «como ¡autoridad! académica ¡se cree! ¡autorizada! a tomar en consideración el meollo del caso», y finalmente,
- 11) por qué la facultad, sin embargo, rehúsa escribir en el mismo sentido que el señor N[auwerck].

La crítica dilucida estas importantes cuestiones en cuatro páginas y con rara escrupulosidad, ya que demuestra, fundándose en la *Lógica* de Hegel, por qué todo eso ha ocurrido así y cómo ningún dios habría podido evitarlo. Dice la crítica en otro lugar que no ha sido reconocida todavía ni una sola época histórica; la modestia le impide decir que ella ha reconocido plenamente cuando menos su propia colisión y la nauverquiana, que si bien no son época histórica alguna, a juicio de la crítica *hacen* época, sin embargo.

La crítica crítica, que ha «superado» en sí el «momento» de la *escrupulosidad*, evoluciona hacia el «*sosiego del conocimiento*».

Capítulo IV

«LA CRÍTICA CRÍTICA» COMO EL SOSIEGO DEL CONOCIMIENTO O LA «CRÍTICA CRÍTICA» COMO EL SEÑOR EDGAR

1. «*La Union Ouvrière*» de Flora Tristan

Los socialistas franceses afirman: el obrero lo hace todo, produce todo, y sin embargo no tiene derecho alguno, posesión alguna, en suma, no tiene nada. La crítica le responde por boca del señor *Edgar*, personificación del *sosiego del conocimiento*:

«Para poder crearlo todo, se necesita algo más poderoso que una conciencia obrera. Sólo invirtiéndola sería verdadera la frase: el obrero no hace nada y por eso no tiene nada; pero no hace nada porque su trabajo nunca deja de ser individual, porque apunta a satisfacer sus necesidades más personales, es de índole cotidiana.»

La crítica se eleva aquí hasta ese nivel de la abstracción en el que sólo toma por «algo», y aun más, por «*todo*», sus propias creaciones intelectuales y generalizaciones que contradicen toda realidad. El obrero no crea nada porque crea meramente lo «individual», esto es, objetos sensibles, tangibles, privados de espíritu y acríticos, que son una abominación ante los ojos de la crítica pura. Todo lo real, lo vivo, es acrítico, masivo, y por tanto «nada», y sólo las creaturas fantásticas e ideales de la crítica crítica son «*todo*».

El obrero no crea nada porque su trabajo es siempre individual, porque apunta a satisfacer necesidades meramente individuales, en consecuencia porque en este ordenamiento mundial actual las diversas ramas conexas del trabajo se hallan separadas, e incluso contrapuestas; en suma,

porque el trabajo no está *organizado*. La propia tesis de la crítica, si se la toma en el único sentido racional que puede dársele, exige la organización del trabajo. Flora Tristan, durante cuyo juzgamiento sale a luz esa gran tesis, exige lo mismo, y por esta insolencia de anticiparse a la crítica se la trata en canaille.⁶ El obrero no crea nada; por lo demás esta tesis —si se prescinde de que el obrero *individual* no produce un *todo*, lo que constituye una tautología— es totalmente absurda. La crítica critica no crea nada, el obrero crea todo, y crea todo a tal punto que excede a toda la crítica incluso en lo que respecta a sus creaciones intelectuales; los obreros ingleses y franceses pueden dar fe de ello. El obrero crea incluso *al hombre*; el crítico seguirá siendo un no hombre, a cambio de lo cual tendrá, naturalmente, la satisfacción de ser un crítico crítico.

«Flora Tristan nos brinda un ejemplo de ese dogmatismo femenino que quiere tener una fórmula y la establece a partir de las categorías de lo existente.»

La crítica no hace otra cosa que «establecer fórmulas a partir de las categorías de lo existente», a saber, de la filosofía *hegeliana* existente y de las aspiraciones sociales existentes; fórmulas, nada más que fórmulas, y pese a todas sus invectivas contra el dogmatismo se condena a sí misma al dogmatismo, es más, al dogmatismo *femenil*. Es y sigue siendo una vieja fémia, la marchita filosofía *hegeliana*, ya viuda, que pintarrajea y acicala su cuerpo reseco, convertido en la más repelente de las abstracciones, y ronda codiciosa por toda Alemania a la busca de un cortejante.

2. *Béraud acerca de las mujeres de la vida*

El señor Edgar, que una vez más se compadece de la cuestión social, también se inmiscuye en las «*relaciones meretricias*» ([número] V, página 26).

Crítica el libro del comisario policial parisiense Béraud acerca de la prostitución porque lo que le interesa es «el *punto de vista*» desde el que «Béraud concibe la posición de las mujeres de la vida con respecto a la sociedad». El «sosiego del conocimiento» se asombra al comprobar

6. Como a un ser abyecto.

que un policía tiene precisamente un punto de vista policial, y da a entender a la masa que dicho punto de vista es absurdo por entero. Pero no da a conocer su propio punto de vista. ¡Por supuesto! Cuando la crítica mantiene trato con las mujeres de la vida, nadie puede reclamar que esto ocurra a la vista del público.

3. *El amor*

Para elevarse hasta el «sosiego del conocimiento», la crítica crítica debe procurar, ante todo, desembarazarse del *amor*. El amor es una pasión, y nada más peligroso para el sosiego del conocimiento que la pasión. Con motivo de las novelas escritas por la señora von Paalzow, que asegura «haber *estudiado* concienzudamente», el señor Edgar refrena «una *niñería* como eso que se ha *convenido en llamar amor*». Es éste vilipendio y abominación, y suscita en la crítica una rabia reconcentrada, la deja casi atrabiliaria; es más, la sume en el frenesí.

«El amor... es una diosa cruel que, como toda deidad, quiere poseer al hombre entero y no se da por satisfecha hasta que se le ofrenda no sólo el alma de aquél, sino también su individualidad física. Su culto es el dolor, y la coronación de este culto es el sacrificio de sí mismo, el suicidio.»

Para transformar el amor en «Moloc», en el demonio viviente, el señor Edgar empieza por transformarlo en una diosa. Convertido en diosa, esto es, en objeto teológico, es natural que sucumba ante la *crítica de la teología*, y además, como es sabido, entre Dios y el diablo no hay gran trecho. El señor Edgar transforma al amor en una «diosa», y precisamente en una «diosa cruel», al hacer del *hombre que ama*, del *amor del hombre*, el *hombre del amor*; al separar del hombre al «amor» como ser aparte y autonomizarlo en cuanto tal. Mediante este simple procedimiento, mediante esta transformación del predicado en sujeto, se puede transformar críticamente todas las determinaciones y manifestaciones esenciales del hombre en *esencias quiméricas* y *enajenaciones* de la esencia. De esta suerte, por ejemplo, la crítica crítica hace de la crítica, de un predicado y de una actividad del hombre, un sujeto aparte, la crítica que se refiere a sí misma y que por eso es *crítica crítica*: un «Moloc» cuyo culto es el sacrificio de sí mismo, el suicidio del hombre, y en particular del *raciocinio* humano.

«*Objeto*», exclama el sosiego del conocimiento, «objeto es la expresión correcta, pues el amado sólo le es importante al amante —(el femenino falta)— como *ese objeto exterior* de su *afección sentimental*, como objeto en el que quiere ver satisfecho su sentimiento egoísta.»

¡*Objeto*! ¡Horror! Nada hay más abyecto, profano, masificado que un *objeto*; ¡à bas⁷ el objeto! ¡Cómo la subjetividad absoluta, el *actus purus*, la crítica «*pura*» no había de ver en el amor su *bête noire*,⁸ el Satán viviente, en el amor, que por primera vez hace que el hombre verdaderamente crea en el mundo objetivo fuera de sí mismo, que no sólo convierte al hombre en objeto sino incluso al objeto en hombre!

El amor, prosigue fuera de sí el sosiego del conocimiento, no se contenta con transformar al hombre en la categoría «*objeto*» para el otro hombre; llega incluso a convertirlo en un objeto *real, determinado*, en *este* objeto malamente individual (véase Hegel, *Phänomenologie*, acerca del *este* y del *aquel*, donde también se polemiza contra el nocivo «*este*»), *extrínseco* y no sólo *intrínseco*, o sea encastrado en el cerebro, sino sensorialmente evidente.

El amor

no vive *solo*, recluido entre los muros del *cerebro*.

No, la amada es *objeto sensible*, y cuando la crítica crítica debe rebajarse a reconocer un objeto, exige como mínimo absoluto que el mismo sea un objeto *insensible*. El amor, empero, es un *materialista no cristiano, acrítico*.

Por último, el amor convierte a una persona en «*ese objeto exterior de la afección sentimental*» de la otra persona, en el objeto en que se satisface el sentimiento *egoísta* de la otra persona; sentimiento *egoísta* (<*selbst-süchtige*> porque *busca* <*sucht*> *su propia esencia* en el otro hombre, y ello no debe admitirse. La crítica crítica está tan *libre* de *egoísmo* que *encuentra* agotada toda la dimensión de la esencia humana en su *propio ego* <*Selbst*>.⁹

7. ¡Abajo!

8. Bestia negra.

9. El párrafo —con su oposición entre «*busca*» (<*sucht*>) y «*encuentra*»— puede no entenderse cabalmente si se pasa por alto que para la conciencia lingüística del alto alemán moderno el segundo componente de la palabra «*Selbstsucht*» («*egoísmo*») guarda relación con el verbo «*suchen*» («*buscar*»): «*Selbstsucht*» significaría algo así como la búsqueda del yo o del ego («*Selbst*»). En rigor, sin embargo, la relación es etimológicamente inexistente: «*Sucht*» no deriva de «*suchen*» («*buscar*») sino de «*siechen*» («*estar enfermo*», «*padecer una enfermedad*»). (*N. del t.*)

El señor Edgar, naturalmente, no nos dice en qué se distingue la amada de los demás «objetos exteriores de la afección sentimental en los que se satisfacen los sentimientos egoístas del hombre». El ingenioso, significativo y elocuente objeto del amor sólo recita ante el sosiego del conocimiento la formulación categórica: «este objeto exterior de la afección sentimental», así como, acaso, el cometa del filósofo especulativo de la naturaleza nada expresa que no sea la «negatividad». El hombre, al convertir al hombre en el objeto exterior de su afección sentimental, ciertamente le atribuye a éste «importancia», según la propia confesión de la crítica crítica, pero una *importancia objetiva*, por así decirlo, mientras que la importancia que la crítica asigna a los objetos no es otra cosa que la importancia que se asigna a sí misma, y que por ende tampoco se acredita en el «*ser exterior* malo», sino en la «*nada*» del objeto críticamente importante.

Si bien el sosiego del conocimiento no posee *objeto* alguno en el hombre real, posee en la *humanidad*, por el contrario, una *cosa*. El amor crítico «*se cuida* de que la persona haga olvidar la *cosa*, que no es sino la causa de la humanidad». El amor acrítico no separa la humanidad del hombre individual personal.

«El propio amor, en cuanto pasión *abstracta* que viene no se sabe de dónde y va no se sabe adónde, es incapaz de despertar el interés de un desarrollo *interior*.»

A los ojos del sosiego del conocimiento el amor es una pasión abstracta, con arreglo al hábito lingüístico *especulativo* según el cual lo concreto se llama abstracto y lo abstracto, concreto.

No era nacida en el valle,
ni se sabía de dónde venía;
pero pronto se perdían sus rastros
cuando la muchacha daba su adiós.

El amor es para la abstracción «la muchacha que viene del extranjero»,¹⁰ sin pasaporte dialéctico, y por eso la policía crítica la deporta.

La pasión amorosa es incapaz de despertar el interés de un desarrollo *interior* porque no se la puede construir a priori, porque su desarrollo es un desarrollo real que transcurre en el mundo de los sentidos y entre

10. Título del poema de Schiller que Marx acaba de citar.

individuos reales. Pero el interés fundamental de la construcción especulativa es el «de dónde» y el «adónde». El *de dónde* es precisamente la «necesidad de un concepto, su prueba y deducción» (Hegel). El *adónde* es la determinación «por la cual cada eslabón individual del ciclo especulativo, como parte animada del método, es a la vez el principio de un nuevo eslabón» (Hegel). Por ende, sólo si fuera posible construir a priori su *de dónde* y su *adónde*, el amor merecería el «interés» de la crítica especulativa.

Lo que aquí impugna la crítica no es sólo el amor, sino todo lo vivo, todo lo inmediato, toda experiencia sensorial, toda experiencia *real* en general, de la que nunca se *sabe* por anticipado «de dónde» viene ni «adónde» va.

Mediante el sojuzgamiento del amor, el señor Edgar se ha *puesto* completamente como «sosiego del conocimiento» y puede ahora acreditar, con relación a *Proudhon*, tanto un gran virtuosismo del conocimiento, para el cual el «objeto» ha dejado de ser «ese objeto exterior», como un *desamor* aun mayor por el idioma francés.

4. *Proudhon*

No es el propio *Proudhon*, sino el «punto de vista prudoniano» el que ha escrito, según la reseña de la crítica crítica, la obra *Qu'est-ce que la propriété?*

«Comienzo mi exposición del punto de vista prudoniano con la caracterización de su» (*su* del punto de vista) «obra, ¿*Qué es la propiedad?*»

Puesto que sólo las obras escritas por el punto de vista crítico poseen de por sí un carácter, la caracterización crítica comienza, como no podía ser menos, por conferir un carácter a la obra prudoniana. El señor Edgar le otorga un carácter a esa obra al *traducirla*. Naturalmente que le da un *mal* carácter, pues la transforma en *objeto* de «la crítica».

La obra de *Proudhon* soporta un doble ataque del señor Edgar: uno *tácito* en su traducción caracterizadora, y otro *explícito* en sus glosas críticas. Hemos de comprobar que el señor Edgar es más demoledor cuando traduce que cuando glosa.

Traducción caracterizadora n.º 1

«Yo no quiero» (esto es, el Proudhon traducido críticamente) «dar sistema alguno de lo nuevo; nada quiero sino la abolición del privilegio, la supresión de la esclavitud... Justicia, nada más que justicia; eso es lo que pretendo.»

El Proudhon caracterizado se limita a querer y pretender porque la «buena voluntad» y la «pretensión» no científica son atributos característicos de la masa acrítica. El Proudhon caracterizado entra en escena con toda humildad, como conviene a la masa, y subordina lo que quiere a lo que *no* quiere. No se atreve a querer dar un sistema de lo nuevo; lo que quiere es menos, y hasta quiere *nada* más que la abolición del privilegio, etc. Además de esta subordinación crítica de la voluntad que tiene a la voluntad que no tiene, su primera frase se distingue por una característica falta de lógica. El escritor que inicia su libro diciendo que no quiere dar sistema alguno de lo nuevo, deberá decir ahora qué quiere dar, ya se trate de una vejez sistemática o de una novedad asistemática. Pero el Proudhon caracterizado, que no quiere *dar* sistema alguno de lo nuevo, ¿quiere dar la abolición de los privilegios? No. La *quiere*.

El Proudhon *real* dice: «Je ne fais pas de système; je demande la fin du privilège», etc. No elaboro sistemas; demando, etc. El Proudhon real declara que no persigue fines científicos abstractos, sino que plantea directamente a la sociedad exigencias prácticas. Y la exigencia que plantea no es arbitraria. Está fundamentada y justificada por toda la exposición que formula, es el compendio de esa exposición, pues «justice, rien que justice; tel est le résumé de mon discours».¹¹ El Proudhon caracterizado se mete en camisa de once varas con su «justicia, nada más que justicia, eso es lo que pretendo», y tanto más porque pretende muchas otras cosas y, según la reseña del señor Edgar, «*pretende*», por ejemplo, que la filosofía no ha sido suficientemente práctica, «*pretende*» refutar a Charles Comte, etc.

El Proudhon crítico se pregunta: «¿*El hombre*, entonces, habrá de ser siempre desdichado?», esto es, pregunta si la desdicha es el destino moral del hombre. El Proudhon real es un frívolo francés y pregunta si la desdicha es una necesidad material, algo que *tiene* que ser. («L'homme doit-il être éternellement malheureux?») ¹²

11. «Justicia, nada más que justicia; tal es el compendio de mi *exposición*.»

12. «¿*El hombre tiene* que ser eternamente desdichado?»

El Proudhon masivo dice:

«Et sans m'arrêter aux explications à toute fin des entrepreneurs de réformes, accusant de la détresse générale ceux-ci la lâcheté et l'impéritie du pouvoir, ceux-là les conspirateurs et les émeutes, d'autres l'ignorance et la corruption générale», etc.¹³

Puesto que la expresión *à toute fin* es una expresión ruin y masiva que no se encuentra en los masivos diccionarios alemanes, el Proudhon crítico omite, como es natural, esa determinación más precisa de las «explicaciones». El término ha sido tomado en préstamo de la masiva jurisprudencia francesa, y *explications à toute fin* significa explicaciones que no admiten réplica alguna. El Proudhon crítico denuesta a los «reformistas», un partido socialista francés; el Proudhon masivo a los fabricantes de reformas. En el Proudhon masivo hay diversas clases de *entrepreneurs de réformes*. Éstos, *ceux-ci*, dicen *eso*; aquéllos, *ceux-là*, *aquello*; otros, *d'autres*, *eso otro*. El Proudhon crítico, por el contrario, hace que los *mismos reformistas* «ora — ora — ora achaquen», lo que en cualquier caso da fe de la volubilidad de los mismos. El Proudhon real, que se rige por la masiva práctica francesa, habla de «des conspirateurs et les émeutes», vale decir, primero de los conspiradores y luego de sus actos, las asonadas. El Proudhon crítico, que ha entremezclado en el mismo costal las diversas clases de los reformistas, establece una clasificación entre los rebeldes y dice por eso: los conspiradores y *revoltosos*. El Proudhon masivo habla de la *ignorancia* y la «*corrupción general*». El Proudhon crítico transforma la ignorancia en necedad, la «corrupción» en «depravación» y como buen crítico crítico, por último, vuelve *general* la necedad. Él mismo proporciona directamente un ejemplo de ésta, al poner *générale* en singular y no en plural. Escribe: *l'ignorance et la corruption générale* por: la necedad y depravación generales. Conforme a la acritica gramática francesa esto debería ser: «l'ignorance et la corruption générales».

El Proudhon caracterizado, que habla y piensa de otra manera que el masivo, como es forzoso ha tenido también una *evolución cultural* totalmente diferente. «Interrogó a las lumbreras de la ciencia, leyó cien volúmenes de filosofía y derecho, etc., y *al final* advirtió» «que nunca

13. «Y sin detenerme en las explicaciones, que no admiten réplica alguna, de los arbitristas de reformas, quienes achacan la penuria general éstos a la cobardía e incapacidad del gobierno, aquéllos a los conspiradores y las asonadas, otros a la ignorancia y la corrupción general», etc.

hemos comprendido aún el sentido de las palabras justicia, equidad, libertad». El Proudhon real creía reconocer *desde un principio* (je crus *d'abord* reconnaître) lo que el crítico advirtió *«al final»*. La transformación crítica del *d'abord* en *enfin* es necesaria porque no es admisible que la masa crea reconocer nada[a]«priori». El Proudhon masivo narra cómo este peregrino resultado de sus estudios lo conmovió, cómo desconfió del mismo. De ahí que decidiera efectuar una *«contraprueba»* y se preguntara: «¿Es posible que la humanidad se haya equivocado durante tanto tiempo y de manera tan general acerca de los principios que presiden la aplicación de la moral? ¿Cómo y por qué se ha engañado?», etcétera. De la solución de este problema hizo depender la justeza de sus observaciones. Encontró que en la moral, como en todos los demás ramos del saber, los errores *«son etapas de la ciencia»*. El Proudhon crítico, por el contrario, confía de inmediato en la primera impresión que dejaron en él sus estudios de economía política, derecho y disciplinas similares. Se comprende que la masa no deba proceder de manera *escrupulosa*; es necesario que eleve los primeros resultados de sus estudios al rango de verdades indiscutibles. Llega «al término de antemano, antes de haberse medido con su antítesis», y por eso «se revela» a posteriori «que aún no ha llegado al comienzo cuando cree estar en el final».

Por eso el Proudhon crítico continúa razonando de la manera más veleidosa e incoherente:

«Nuestro conocimiento de las leyes morales no es completo de antemano; *de modo que* durante algún tiempo puede ser suficiente para los progresos de la sociedad, pero a la larga nos llevará por un camino errado.»

El Proudhon crítico no da las razones de por qué un conocimiento incompleto de las leyes morales podría ser suficiente aunque más no fuera por *un* día para el progreso social. El Proudhon real, después de haber planteado la pregunta de si y por qué la humanidad podía haberse equivocado de manera general y durante tanto tiempo, después de haber encontrado la solución, consistente en que todos los errores son etapas de la ciencia, en que nuestros juicios incompletos contienen una suma de verdades que son suficientes para cierto número de inducciones y para determinada esfera de la vida práctica —verdades que más allá de ese número y más allá de esa esfera llevan al absurdo en la teoría y a la decadencia en la práctica—, puede decir que incluso un conocimiento

incompleto de las leyes morales podría ser suficiente durante cierto tiempo para el desarrollo social.

El Proudhon crítico:

«Pero cuando se ha vuelto necesario un nuevo conocimiento, se desencadena una lucha encarnizada entre los antiguos prejuicios y la nueva idea».

¿Cómo puede desencadenarse una lucha contra un adversario que *aún no* existe? Y sin embargo el Proudhon crítico nos ha dicho que se ha vuelto necesaria una nueva idea, sí, pero no que esa idea *exista* ya.

El Proudhon masivo:

«Cuando el conocimiento superior se ha vuelto indispensable, el mismo *nunca deja de surgir*», esto es, existe. «*Es entonces cuando comienza la lucha*».

El Proudhon crítico sostiene que «el destino del hombre es instruirse paso a paso», como si el hombre no tuviese otro destino totalmente distinto, esto es, el de ser hombre, y como si la autoinstrucción «paso a paso» significara necesariamente dar pasos hacia adelante. Puedo ir paso a paso y volver exactamente al punto del que partí. El Proudhon acrítico no habla del «destino» sino de la *condición* (condition) para el hombre, no de instruirse paso a paso (pas à pas) sino *gradualmente* (par degrés). El Proudhon crítico se dice a sí mismo:

«Entre los principios en que se funda la sociedad existe uno que ésta no comprende, por cuya ignorancia se corrompe y que causa todos los males. Y sin embargo se venera *ese* principio», y «se lo quiere, pues en caso contrario no ejercería influjo alguno. Ahora bien, este principio, que es verdadero en su *esencia* pero falso en nuestra manera de concebirlo,... ¿cuál es?».

En la primera frase dice el Proudhon crítico que la sociedad ha corrompido, malinterpretado el principio; por ende, que éste en sí es correcto. Redundantemente, en la segunda frase admite que en esencia sería verdadero, y sin embargo le reprocha a la sociedad querer y venerar «ese principio». El Proudhon masivo, por el contrario, no censura que se quiera y honre ese principio, sino ese principio *tal* como lo ha falseado nuestra ignorancia. («Ce principe... tel que notre ignorance l'a fait, est honoré.») El Proudhon crítico entiende que la *esencia* del principio bajo

la figura falsa de éste es *verdadera*. El Proudhon masivo entiende que la esencia del principio falseado es nuestra falsa concepción, pero que en su *objeto* (objet) es verdadero, exactamente como la esencia de la alquimia y de la astrología es nuestra fantasía, pero su objeto —los movimientos celestes y las propiedades químicas de los cuerpos— es verdadero.

El Proudhon crítico continúa su monólogo:

«El objeto de nuestra investigación es la ley, la determinación del principio social. Ahora bien, los políticos, esto es, los hombres de la ciencia social, han caído en la ambigüedad [...] más completa: pero como todo error se funda en una realidad, en sus libros se encontrará la verdad que ellos han puesto en el mundo sin saberlo».

El Proudhon crítico arguye del modo más extravagante. De que los políticos son ignorantes y ambiguos infiere, de manera totalmente arbitraria, que todo error se funda en una realidad, lo que tanto menos puede ponerse en duda por cuanto todo error se funda en esa realidad que es la persona que yerra. De que todo error *se funda* en una realidad infiere a continuación que hay que encontrar la verdad *en los libros* de los políticos. Y por último, llega al extremo de hacer que los políticos pongan esa verdad en el *mundo*. Si la hubieran puesto en el *mundo*, no haría falta buscarla en sus *libros*.

El Proudhon masivo:

«Los políticos no se entienden entre sí (ne s'entendent pas); por ende su error es subjetivo, se funda en ellos mismos» (donc c'est en eux qu'est l'erreur). Su incomprensión recíproca demuestra su unilateralidad. Confunden «su opinión privada con la sana razón», y «puesto que» —conforme a la deducción precedente— «todo error tiene como *objeto* una realidad verdadera, en sus libros habrá de encontrarse la verdad que inconscientemente han consignado aquí», esto es, en sus libros, «pero no en el mundo. (Dans leurs livres doit se trouver la vérité, qu'à leur insu ils y auront mise.)».

El Proudhon crítico se pregunta: «¿Qué es la justicia, cuál es su esencia, su carácter, su significado?», como si aquélla debiera tener un significado aparte que difiriera de su esencia y de su carácter. El Proudhon acrítico pregunta: ¿cuál es su principio, su carácter y su fórmula (formule)? La fórmula es el principio en cuanto principio del desarrollo científico. En el idioma francés masivo *formule* y *signification* son

palabras esencialmente diferentes. En el francés crítico coinciden.

Luego de sus disquisiciones, a decir verdad superlativamente desenfocadas, el Proudhon crítico se prepara para un esfuerzo decisivo y exclama:

«Intentemos aproximarnos algo a nuestro objeto».

El Proudhon acrítico, que desde hace tiempo ha establecido contacto con su objeto, intenta por el contrario llegar a determinaciones más precisas y [más] positivas de su objeto (d'arriver à quelque chose de plus précis et de plus positif).

«La ley» es para el Proudhon crítico una «*determinación* de lo justo»; para el acrítico, una «*declaración*» (déclaration) de lo justo. El Proudhon acrítico impugna la concepción de que es la ley la que hace el derecho. Pero una «*determinación de la ley*» tanto puede significar que la ley es determinada como que ella determina, tal como más arriba el propio Proudhon crítico hablaba de la *determinación del principio social* en el último de los dos sentidos. No cabe duda de que es una impertinencia del Proudhon masivo el establecer tan finas distinciones.

Tras estas diferencias entre el Proudhon caracterizado críticamente y el Proudhon real, no ha de extrañar, ni mucho menos, que el Proudhon n.º 1 procure *demostrar* cosas por entero diferentes de las que interesan al Proudhon n.º 2.

El Proudhon crítico

«*procura demostrar*, mediante las *experiencias de la historia*», que «cuando la idea que nos hacemos de lo justo y del derecho es falsa, *evidentemente*» (a pesar de cuya evidencia trata de demostrarlo) «tienen que ser malas todas sus aplicaciones legislativas, defectuosas todas nuestras instituciones».

El Proudhon masivo ni por asomo quiere demostrar lo que es evidente. Dice, antes bien:

«Cuando la idea que nos hacemos de lo justo y del derecho está mal determinada, cuando es incompleta o incluso si es falsa, es *evidente* que todas nuestras aplicaciones legislativas serán malas», etc.

¿Qué quiere demostrar entonces el Proudhon acrítico?

«Esta hipótesis», continúa, «acerca de la perversión de la justicia en nuestra concepción, y consiguientemente en nuestras acciones, sería un hecho demostrable si las opiniones de los hombres respecto al concepto de la justicia y respecto a su aplicación no hubiesen sido siempre las mismas, si hubiesen experimentado modificaciones en diversas épocas, en una palabra, si hubiera ocurrido un progreso en las ideas.»

Y precisamente esa inconstancia, esa modificación, ese progreso, «es lo que demuestra la *historia* mediante los testimonios más contundentes». El Proudhon acrítico pasa ahora a citar los contundentes testimonios de la historia. Su otro yo crítico, como recurre a las experiencias históricas para demostrar una tesis completamente diferente, presenta también esas experiencias de otra manera.

En el Proudhon real son «los sabios» (les sages), en el Proudhon crítico «los filósofos», quienes predicen la decadencia del Imperio Romano. El Proudhon crítico, como es natural, sólo puede tener por sabios a los filósofos. Según el Proudhon real los derechos romanos habían sido «consagrados por una práctica jurídica» o «justicia < Justiz > milenaria» (ces droits consacrés par une justice dix fois séculaire); según el Proudhon crítico en Roma había «derechos consagrados por una *equidad* < *Gerechtigkeit* > milenaria».

Conforme al mismo Proudhon n.º 1, en Roma se razonaba de la siguiente manera:

«Roma... ha vencido gracias a su política y a sus dioses, toda reforma en el culto y en el espíritu público sería locura y deshonor» (en el Proudhon crítico *sacrilège* no significa, como en el francés masivo, deshonor de lo sagrado o sacrilegio, sino deshonor pura y simple); «si quería liberar a los pueblos, debía dejar a un lado su derecho.» «De esta manera, Roma tenía el respaldo del hecho y el del derecho», agrega el Proudhon n.º 1.

Según el Proudhon acrítico, en Roma se razonaba con más hondura. Se consigna el *hecho*:

«Los esclavos son la fuente más fructífera de su riqueza; la liberación de los pueblos, pues, sería *la ruina de sus finanzas*».

Y con respecto *al derecho* añade el Proudhon masivo: «Las pretensiones de Roma se hallaban legitimadas por el derecho de gentes (droit des gens).» Esta manera de demostrar el derecho al sojuzgamiento co-

responde enteramente con la conciencia jurídica romana. Véanse las masivas *Pandectas*: «*Jure gentium servitus invasit*». ¹⁴ (Fr. 4, D. 1, 1.)

Con arreglo al Proudhon crítico, «la idolatría, la esclavitud, la molice» constituían «la base de las instituciones romanas», de las instituciones todas revueltas. El Proudhon real dice: «La base de las instituciones la constituían en la religión la idolatría; en el estado, la esclavitud; en la vida privada, el epicureísmo» (épicurisme, en el idioma francés profano, no es sinónimo de mollesse, molice). Dentro de estas condiciones romanas «apareció», según el Proudhon místico, la «palabra de Dios»; según el racionalista Proudhon real, un «hombre que se llamaba la palabra de Dios». Este hombre, en el Proudhon real, denomina «víboras» (vipères) a los sacerdotes; en el Proudhon crítico habla más galantemente con ellos y los llama «serpientes». Allí habla de «abogados», a la romana; aquí, a la alemana, de «jurisperitos».

El Proudhon crítico, luego de haber caracterizado el espíritu de la Revolución Francesa como espíritu de la contradicción, agrega:

«Esto basta para advertir que lo nuevo, que hacía su aparición en remplazo de lo viejo, no tenía junto a sí nada de metódico ni de reflexivo».

Ese Proudhon tiene que reiterar maquinalmente las categorías predilectas de la crítica, lo «viejo» y lo «nuevo». Se ve forzado a exigir el absurdo de que lo nuevo tenga *junto* a sí algo de metódico y de reflexivo, del mismo modo, acaso, que se tiene junto a sí una suciedad. El Proudhon real sostiene:

«Esto basta para demostrar que el orden de cosas que substituyó al antiguo carecía *en* sí de método y reflexión».

El Proudhon crítico, cautivado por el recuerdo de la Revolución Francesa, *revolucion*a el francés a tal punto que traduce un fait physique por «un hecho de la física», un fait intellectuel por «un hecho del intelecto». Mediante esta revolución del francés el Proudhon crítico logra poner a la física en posesión de todos los hechos que ocurren en la naturaleza. Si bien exalta así más de lo debido, por una parte, la ciencia de la naturaleza, por la otra parte la rebaja en la misma medida, al denegarle el intelecto y distinguir un hecho del intelecto de un hecho de la

14. «Mediante el derecho de gentes se expandió la esclavitud.»

física. Del mismo modo, vuelve superfluas todas las demás disciplinas psicológicas y lógicas, al elevar directamente los hechos intelectuales a hechos del intelecto.

Puesto que el Proudhon crítico, el Proudhon n.º 1, ni siquiera barrunta lo que quiere demostrar el Proudhon real, el Proudhon n.º 2, con su deducción histórica, tampoco existe para él el verdadero contenido de esa deducción, a saber: la prueba del cambio acaecido en las opiniones jurídicas y de la *realización* progresiva de la justicia por medio de la *negación* del derecho positivo histórico.

«La société fut sauvée par la *négation* de ses principes... et la *violation des droits* les plus sacrés.»¹⁵

De esta manera demuestra el Proudhon real cómo por la negación del derecho romano se dio lugar a la ampliación del derecho en la *idea* cristiana, cómo por la negación del derecho de conquista se dio lugar al derecho de las comunas, cómo por la negación del derecho feudal en su conjunto —por parte de la Revolución Francesa— se dio lugar a la actual y más amplia situación jurídica.

La crítica crítica de ninguna manera podía conceder a Proudhon el honor de haber descubierto la ley relativa a la realización de un principio por su negación. En esta formulación consciente esa idea era un verdadero descubrimiento para los franceses.

Glosa crítica marginal n.º 1

Así como la primera crítica de toda ciencia está necesariamente encuadrada en los supuestos de la ciencia que impugna, la obra de Proudhon *Qu'est-ce que la propriété?* es la crítica de la *economía política* desde el punto de vista de la economía política. No hace falta que analicemos más en detalle la parte jurídica del libro, la cual critica el derecho desde el punto de vista del derecho, puesto que la crítica de la economía política es la que presenta el mayor interés. La obra prudoniana es superada científicamente, pues, por la crítica de la *economía política*, incluso de la economía política tal como se presenta en la formulación de Proudhon. Esta tarea sólo se ha vuelto posible gracias al propio Proudhon,

15. «La sociedad se salvó por la *negación* de sus principios... y la *violación de los derechos* más sagrados.»

tal como la crítica prudoniana tiene como supuestos la crítica del mercantilismo por los fisiócratas, la de los fisiócratas por Adam Smith, la de Adam Smith por Ricardo y asimismo los trabajos de Fourier y de Saint-Simon.

Todos los desenvolvimientos de la economía política tienen como supuesto la *propiedad privada*. Este supuesto fundamental es para ella un hecho inmovible al que no somete a verificación ulterior alguna; es más, un hecho acerca del cual, como confiesa ingenuamente *Say*, sólo habla «accidentellement». Proudhon somete la base de la economía política, la *propiedad privada*, a una verificación crítica, y justamente a la primera verificación resuelta, sin miramientos y a la vez científica. Es éste el gran progreso científico que ha efectuado Proudhon, un progreso que revoluciona la economía política y por primera vez hace posible una verdadera ciencia de la economía política. La obra de Proudhon *Qu'est-ce que la propriété?* tiene la misma importancia para la economía política moderna que la obra de Sieyès *Qu'est-ce que le tiers état?* para la política moderna.

Si bien Proudhon no concibe las demás configuraciones de la propiedad privada —verbigracia el salario, el comercio, el valor, el precio, el dinero, etc.— en cuanto tales configuraciones de la propiedad privada, como sí ha ocurrido por ejemplo en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* (véanse los «Bosquejos para una crítica de la economía política», de Friedrich Engels), sino que polemiza con los economistas a partir de esos supuestos de la economía política, ello coincide en un todo con su punto de vista descrito más arriba e históricamente justificado.

La economía política, que toma las relaciones de la propiedad privada por relaciones humanas y racionales, se mueve en una contradicción permanente con su supuesto básico, la propiedad privada, en una contradicción análoga a la del teólogo que a cada paso interpreta de manera humana las ideas religiosas y precisamente por eso atenta sin cesar contra su supuesto fundamental, el carácter sobrehumano de la religión. De esta suerte, en la economía política el salario aparece al principio como la parte proporcional que del producto corresponde al trabajo. El salario y la ganancia del capital guardan entre sí la más amistosa, aparentemente la más humana de las relaciones, una relación que los promueve alternativamente el uno al otro. A posteriori se revela que aquéllos están recíprocamente en la relación más hostil, en una proporción *inversa*. En un principio el valor parece estar determinado racionalmente, por los costos de producción de una cosa y por la utilidad social de la misma. Más tarde se comprueba que el valor es una determinación pura-

mente casual, que no tiene por qué guardar relación alguna ni con los costos de producción ni con la utilidad social. La magnitud del salario se determina en un comienzo por el convenio *libre* entre el obrero libre y el capitalista libre. Después se revela que el obrero está forzado a dejar que el salario se fije en el más bajo nivel posible, así como que el capitalista está forzado a establecerlo en ese nivel. En lugar de la *libertad* de las partes contratantes entra en escena la *coerción*. Otro tanto ocurre con el comercio y con todas las demás relaciones de la economía política. Ocasionalmente los economistas perciben estas contradicciones, y el desenvolvimiento de las mismas constituye el contenido principal de sus contiendas recíprocas. Pero cuando se vuelven conscientes de aquellas, *ellos mismos* atacan la *propiedad privada* bajo una figura *parcial* cualquiera, como falseadora del salario racional en sí, del valor racional en sí, del comercio racional en sí: en sí, esto es, en la idea que se han forjado acerca de los mismos. De esta manera, ocasionalmente Adam Smith polemiza contra los capitalistas, Destutt de Tracy contra los cambistas, Simonde de Sismondi contra el sistema fabril, Ricardo contra la propiedad de la tierra y casi todos los economistas modernos contra los capitalistas *no industriales*, en los cuales la propiedad aparece como mero *consumidor*.

Excepcionalmente, pues, los economistas hacen valer —en particular cuando censuran un abuso especial cualquiera— la apariencia de lo humano en las relaciones económicas, pero en general conciben esas relaciones precisamente en su *diferencia* obvia y manifiesta con respecto a lo humano, en el sentido estrictamente económico de las mismas. En esta contradicción van dando vueltas inconscientemente, a los tropiezos.

Proudhon ha puesto término de una vez por todas a esa inconciencia. Ha tomado en serio la *apariencia humana* de las relaciones económicas y la ha contrapuesto crudamente a su *realidad inhumana*. Las ha forzado a ser en la realidad lo que son en la idea de sí mismas, o más bien a abandonar su idea acerca de sí mismas y confesar su real inhumanidad. Por tanto, y consecuentemente, ha presentado como falseadora de las relaciones económicas no a esta o aquella especie de propiedad privada, como hacen de manera parcial los demás economistas, sino la propiedad privada pura y simple, de manera universal. Ha aportado todo lo que podía aportar la crítica de la economía política efectuada desde el punto de vista de la economía política.

El señor Edgar, que quiere *caracterizar* el *punto de vista* de la obra *Qu'est-ce que la propriété?* no dice una sola palabra, como es natural, de

la economía política ni del carácter distintivo de esa obra, que precisamente consiste en haber convertido la cuestión relativa a la *esencia de la propiedad privada* en cuestión vital de la economía política y de la jurisprudencia. La crítica crítica da todo esto por sobrentendido. Proudhon no ha inventado nada nuevo con su negación de la propiedad privada. No ha hecho otra cosa que divulgar un secreto guardado por la crítica crítica.

«Proudhon», prosigue el señor Edgar directamente después de su traducción caracterizadora, «encuentra pues algo absoluto, una base eterna en la historia, un dios que guía a la humanidad: la justicia.»

La obra francesa de Proudhon escrita en 1840 no está en el nivel alcanzado por el desarrollo alemán en 1844. Se trata del nivel de Proudhon, de un nivel que comparte un sinnúmero de escritores franceses diametralmente opuestos a aquél, y que por tanto ofrece a la crítica crítica la ventaja de caracterizar con un solo trazo de la pluma los puntos de vista más opuestos. Por lo demás, sólo hace falta aplicar consecuentemente la ley enunciada por el propio Proudhon, la realización de la justicia por su negación, para quedar libres también de este absoluto en la historia. Si Proudhon no llega a tener esa consecuencia, se lo debe a la desgracia de haber nacido francés y no alemán.

Para el señor Edgar, Proudhon, por obra de lo absoluto en la historia, de la fe en la justicia, se ha convertido en un objeto *teológico*, y la crítica crítica, que es ex professo ¹⁶ crítica de la teología, puede apoderarse ahora del suyo para explayarse sobre las «ideas religiosas».

«Es característico de toda idea religiosa el promulgar el dogma de una situación en la cual, por último, un término de la antítesis queda como el victorioso y el único verdadero.»

Hemos de ver cómo la religiosa crítica crítica promulga el dogma de una situación en la cual, por último, un término de la antítesis, «la crítica», alcanza la victoria como única y exclusiva verdad sobre el otro, sobre la «masa». Pero Proudhon, al ver en la justicia masiva un absoluto, un dios de la historia, comete una injusticia tanto mayor por cuanto la justa crítica se ha reservado *expresamente* el papel de ese absoluto, de ese dios en la historia.

16. Por su profesión.

Glosa crítica marginal n.º 2

«En virtud del hecho de la miseria, de la pobreza, Proudhon llega unilateralmente a sus consideraciones, ve en ella una *contradicción* a la igualdad y la justicia; la miseria le suministra sus armas. Este hecho se convierte para él en un hecho absoluto, justificado; el de la propiedad, en un hecho injustificado.»

El sosiego del conocimiento nos dice primero que Proudhon, en el hecho de la miseria, ve una contradicción a la justicia, o sea algo injustificado, y sin detenerse a tomar aliento nos asegura que para Proudhon este hecho se convierte en un hecho absoluto, justificado.

La economía política, hasta el presente, partía de la *riqueza*, presuntamente generada para las *naciones* por el movimiento de la propiedad privada, y arribaba a sus consideraciones apologéticas acerca de esa propiedad privada, y arriba a sus consideraciones negadoras de dicha propiedad. Proudhon parte del lado inverso, sofísticamente encubierto en la economía política, de la pobreza generada por el movimiento de la propiedad. Como es natural, la primera crítica de la propiedad privada parte del hecho de que la esencia plenamente contradictoria de dicha propiedad se presenta en la figura más tangible, más manifiesta y que más directamente subleva el sentimiento humano: el hecho de la pobreza, de de la miseria.

«La crítica, por el contrario, concibe conjuntamente los dos hechos de la pobreza y de la propiedad combinándolos en uno solo, reconoce la ligazón interna de ambos, hace de ellos un todo al que interroga en cuanto tal acerca de los supuestos de su existencia.»

La crítica, que hasta ahora no ha concebido nada respecto a los hechos de la propiedad y la pobreza, «por el contrario», hace valer su acción, ejecutada imaginariamente, frente a la acción real de Proudhon. Concibe conjuntamente *los dos* hechos combinándolos en *uno solo*, y luego de haber hecho de *los dos uno solo*, reconoce la ligazón interna de *ambos*. La crítica no puede negar que también Proudhon reconoce una ligazón interna entre los hechos de la pobreza y de la propiedad, puesto que precisamente a causa de esa ligazón suprime la propiedad para suprimir la miseria. Pero Proudhon, incluso, ha ido más allá. Ha demostrado pormenorizadamente *cómo* el movimiento del capital genera la miseria. La crítica crítica, por el contrario, no pierde tiempo con tales

minucias. Reconoce que la pobreza y la propiedad privada son *términos antitéticos*: un reconocimiento bastante extendido. *Hace* de la pobreza y la riqueza *un todo* al que «*en cuanto tal* interroga acerca de los supuestos de su existencia», una pregunta tanto más superflua por cuanto ella acaba de *hacer* «el todo en cuanto tal», por lo cual su *hacer* mismo es el supuesto de dicha existencia.

Mientras la crítica crítica interroga «al todo en cuanto tal» acerca de los supuestos de su existencia, busca *fuera* del todo, de manera genuinamente teológica, los supuestos de esa existencia. La especulación crítica se mueve fuera del objeto que pretende examinar. Mientras que la *antítesis toda* no es otra cosa que el *movimiento de sus dos extremos*, mientras que precisamente el supuesto de la existencia del todo reside en la naturaleza de esos dos extremos, la crítica se abstiene de estudiar ese movimiento real, formador del todo, para poder declarar así que la crítica crítica, en cuanto sosiego del conocimiento, está por encima de ambos extremos de la antítesis, que su actividad, creadora del «todo en cuanto tal», es ahora la única, asimismo, que está en condiciones de abolir ese ente abstracto forjado por ella.

Proletariado y riqueza son términos antitéticos. Constituyen, en cuanto tales, un todo. Ambos son configuraciones del mundo de la propiedad privada. Lo que interesa es la posición determinada que asumen uno y otra en la antítesis. No basta con declarar que constituyen los dos elementos de un todo.

La propiedad privada en cuanto propiedad privada, en cuanto riqueza, está forzada a conservar *su propia existencia* y, con ello, a conservar la de su término antitético, el proletariado. Es éste el aspecto *positivo* de la antítesis, la propiedad privada que se satisface a sí misma.

El proletariado, a la inversa, está forzado en cuanto proletariado a suprimirse a sí mismo y, con ello, al término antitético que lo condiciona, que lo convierte en proletariado, a la riqueza. Es éste el aspecto *negativo* de la antítesis, su perturbación interior, la propiedad privada disuelta y que se disuelve.

La clase poseedora y la clase del proletariado representan la misma autoenajenación humana. Pero la primera clase se siente a sus anchas y confirmada en esa autoenajenación, sabe que la enajenación es *su propio poder* y posee en ella la *apariencia* de una existencia humana; la segunda se siente aniquilada en la enajenación, descubre en ella su impotencia y la realidad de una existencia inhumana. Es, para usar una expresión de Hegel, en la degradación la *rebelión* contra esta degradación, una rebelión a la que se ve empujada necesariamente por la contradic-

ción entre su *naturaleza* humana y su situación vital, la cual constituye la negación franca, decidida y general de esa naturaleza.

Dentro de la antítesis, pues, el propietario privado es la parte *conservadora*, el proletariado la parte *destructiva*. De aquél proviene la acción que pugna por el mantenimiento de la antítesis, de éste la acción que pugna por su aniquilamiento.

La propiedad privada, ciertamente, en su movimiento económico se ve arrastrada hacia su propia disolución, pero sólo a través de un desarrollo independiente de ella, inconsciente, que ocurre contra su voluntad, condicionado por la naturaleza de la cosa, sólo en tanto ella genera al proletariado *como* proletariado, a la miseria consciente de su miseria, a la deshumanización que es consciente de su deshumanización y que por tanto se suprime a sí misma. El proletariado ejecuta la sentencia que la propiedad privada, por su creación del proletariado, pronuncia contra sí misma, así como ejecuta la sentencia que el trabajo asalariado, al generar la riqueza ajena y la miseria propia, pronuncia contra sí mismo. Si bien el proletariado alcanza la victoria, de ningún modo se convierte por ello en aspecto absoluto de la sociedad, pues sólo vence en la medida en que se suprime a sí mismo y a su contraparte. Desaparecen entonces tanto el proletariado como el término antitético que lo condiciona, la propiedad privada.

Cuando los escritores socialistas asignan al proletariado esta misión histórico-universal ello no ocurre, en modo alguno y pese a lo que diga creer la crítica crítica, porque consideren *dioses* a los proletarios. Más bien, a la inversa. Como en el proletariado desarrollado está prácticamente consumada la abstracción de toda humanidad, incluso de la *apariencia* de la humanidad; como en las condiciones de vida del proletariado se compendian todas las condiciones de vida de la sociedad actual en su extremo más inhumano; como en él el hombre se ha perdido a sí mismo, pero a la vez no sólo ha adquirido la conciencia teórica de esa pérdida, sino que además se ve forzado por una *indigencia* que ya no es posible negar ni encubrir, por una *indigencia* absolutamente imperiosa —expresión práctica de la *necesidad*—, a rebelarse contra esa inhumanidad, por eso el proletariado puede y tiene que liberarse a sí mismo. Pero no puede liberarse a sí mismo sin suprimir sus propias condiciones de vida. No puede suprimir sus propias condiciones de vida sin suprimir *todas* las condiciones de vida inhumanas vigentes en la sociedad actual y que se compendian en su situación. No pasa en vano por la dura pero vigorizante escuela *del trabajo*. No se trata aquí de lo que este o aquel proletario o incluso el proletariado entero *imagine* momentáneamente

que es su meta. Se trata de *lo que* el proletariado *es* y de lo que con arreglo a ese *ser* se verá forzado históricamente a hacer. Su meta y su acción histórica están trazadas palmaria e irrevocablemente en su propia situación vital así como en toda la organización de la actual sociedad burguesa. No es necesario explicar aquí que una gran parte del proletariado inglés y francés ya es *consciente* de su misión histórica y procura constantemente desarrollar esa conciencia para que alcance una claridad plena.

A «la crítica crítica» le resulta imposible reconocer esto, ya que se ha proclamado a sí misma como el único elemento creador de la historia. A ella le pertenecen las antítesis históricas y le corresponde la actividad de superarlas. De ahí que por medio de su encarnación, Edgar, haya promulgado el siguiente *edicto*:

«La cultura y la falta de cultura, la posesión y la carencia de ella, estas *antítesis*, si es que no han de ser *secularizadas*, *competen única y exclusivamente* a la crítica».

La posesión y la carencia de posesión han recibido la consagración metafísica de antítesis críticamente especulativas. Sólo la mano de la crítica crítica, por ende, puede tocarlas sin cometer sacrilegio. Capitalistas y obreros deben renunciar a entrometerse en la relación que media entre unos y otros.

El señor Edgar, muy lejos de vislumbrar que se podría atentar contra su concepción crítica de la antítesis, que se podría desacralizar ese sagrado, hace que su adversario le formule una objeción que sólo él podría dirigirse a sí mismo.

«¿Es posible entonces», pregunta el imaginario contrincante de la crítica crítica, «servirse de otros conceptos que no sean los ya existentes, libertad, igualdad, etc.? Respondo» —tómese nota de lo que responde el señor Edgar— «que el griego y el latín percieron cuando se agotó el círculo de pensamientos al que servían como expresión.»

Resulta claro, ahora, por qué la crítica crítica no ha expresado ni un solo pensamiento en *alemán*. El idioma de sus pensamientos no ha advenido aún, por más que el señor Reichardt con su manejo de los extranjerismos, el señor Faucher con su manejo del inglés y el señor Edgar con su manejo del francés hayan echado las bases del *nuevo idioma crítico*.

Traducción caracterizadora n.º 2

El Proudhon crítico:

«Los agricultores se dividieron el suelo entre ellos; la igualdad sólo consagraba la posesión; en esta oportunidad, consagró la propiedad».

El Proudhon crítico hace surgir la propiedad de la tierra simultáneamente con la división del suelo. Lleva a efecto la transición de posesión a propiedad por medio de la frase hecha «en esta oportunidad».

El Proudhon real:

«La agricultura estableció la *posesión de la tierra*... No bastaba con asegurar al trabajador el fruto de su trabajo si al mismo tiempo no se le aseguraba el instrumento de producción. Para preservar al más débil de la intrusión del más fuerte... se experimentó la necesidad de trazar entre los poseedores líneas divisorias permanentes».

O sea que en esta oportunidad la igualdad comenzó por consagrar la *posesión*.

«Año tras año, con el aumento de la población se vio crecer la codicia y avaricia de los colonos; se creyó que era posible poner freno a la ambición con nuevas barreras inquebrantables. De esta suerte, el suelo pasó a ser propiedad, debido a las necesidades de la igualdad... Sin duda, la división nunca fue geográficamente igual... pero el principio, ello no obstante, siguió siendo el mismo; la igualdad había consagrado la posesión, la igualdad consagró la propiedad.»

En el Proudhon crítico:

«la preocupación por sus necesidades hizo que los antiguos fundadores de la propiedad pasaran por alto que el derecho de propiedad es a la vez derecho a enajenar, a vender, donar, adquirir y prestar, lo cual destruyó la igualdad de la que partían».

Según el Proudhon real los fundadores de la propiedad, en la preocupación por sus necesidades, no pasaron por alto este curso evolutivo de la propiedad. No lo habían previsto, más bien, pero aunque lo hubieran

podido prever, incluso entonces la necesidad presente habría alcanzado la victoria. El Proudhon real, por lo demás, es demasiado masivo como para contraponer al «derecho de propiedad» el derecho a enajenar, vender, etc., esto es, al género sus especies. Contrapone el «derecho a conservar su herencia» al «derecho a enajenarla, etc.», lo que constituye una antítesis real y un progreso.

Glosa crítica marginal n.º 3

«¿Sobre qué funda Proudhon su prueba respecto a la imposibilidad de la propiedad? Esto desafía toda credulidad: ¡sobre el mismo principio de la igualdad!»

Para despertar la credulidad del señor Edgar hubiera bastado una breve reflexión. El señor Edgar no puede ignorar que el señor Bruno Bauer funda todas sus argumentaciones en la «autoconciencia *infinita*» y que concibió este principio, asimismo, como el principio creador de los Evangelios, que por su infinita falta de conciencia parecerían contradecir de manera flagrante a la autoconciencia infinita. Del mismo modo, Proudhon concibe la igualdad como el principio creador de la propiedad privada, que la contradice flagrantemente. Si el señor Edgar compara un momento la *igualdad* francesa con la autoconciencia alemana, encontrará que este último principio expresa en *alemán*, esto es, en el pensamiento abstracto, lo que el primero dice en *francés*, es decir en el idioma de la política y de la contemplación intelectual. La autoconciencia es la igualdad del hombre consigo mismo en el pensamiento puro. La igualdad es la conciencia que el hombre tiene de sí mismo en el elemento de la práctica, vale decir, pues, la conciencia que tiene el hombre de otro hombre como de su igual y el comportamiento del hombre para con otro hombre como para con su igual. La igualdad es la expresión francesa que designa la unidad humana esencial, la conciencia humana del género y el comportamiento humano en cuanto género, la identidad práctica del hombre con el hombre, o sea, por ende, la relación social o humana entre el hombre y el hombre. Por consiguiente, así como la crítica destructiva en Alemania, antes de que se elevara en *Feuerbach* a la contemplación del *hombre real*, procuraba disolver mediante el principio de la *autoconciencia* todo lo determinado y existente, así también la crítica destructiva procuraba hacer otro tanto en Francia mediante el principio de la *igualdad*.

«Proudhon fulmina invectivas contra la filosofía, y comprendemos muy bien que lo haga. ¿Pero cuál es el porqué de sus diatribas? La filosofía, sostiene, no habría sido hasta hoy en día suficientemente práctica; se habría dedicado altaneramente a la *especulación*, y desde esa cúspide los *hombres* le resultarían pequeñísimos. Afirmando que la filosofía es superpráctica, esto es, que hasta el presente no ha sido otra cosa que la expresión abstracta de las condiciones existentes, que siempre estuvo encuadrada en los supuestos de las mismas, a los que aceptó como absolutos.»

La tesis de que la filosofía es la expresión abstracta de las condiciones existentes no perteneció en un principio al señor Edgar, sino a *Feuerbach*, quien fue el primero en caracterizar a la filosofía como empiria mística y especulativa y en demostrar que lo era. Con todo, el señor Edgar se ingenia para imprimirle a esa tesis un giro original, crítico. Si Feuerbach llega a la conclusión, en efecto, de que la filosofía debe descender del cielo de la especulación al valle de la miseria humana, el señor Edgar nos enseña, por el contrario, que la filosofía es superpráctica. Pero parece, antes bien, que la filosofía, precisamente porque no era más que la expresión abstracta, trascendente, de las condiciones existentes, debía forzosamente imaginarse, a causa de su trascendencia y abstracción y a causa de su *diferenciación imaginaria* con respecto al mundo, que había dejado muy por debajo de ella a las condiciones existentes y a los hombres reales; parece, por otra parte, que como la filosofía no se diferenciaba *realmente* del mundo, no podía emitir ningún *juicio real* acerca del mismo, ni hacer valer ninguna fuerza real de diferenciación respecto a éste, vale decir, no podía intervenir *prácticamente*, sino que a lo sumo se veía obligada a contentarse con una práctica in abstracto. Superpráctica era la filosofía únicamente en el sentido de que flotaba sobre la práctica. La crítica crítica, que engloba a la humanidad en una masa carente de espíritu, proporciona el testimonio más contundente acerca de la infinita pequeñez con que aparecen los hombres reales a los ojos de la especulación. En este aspecto, la vieja especulación coincide en un todo con la crítica. Léase, a modo de ejemplo, la siguiente tesis de la *Filosofía del derecho*, de Hegel:

«Desde el punto de vista de las necesidades, se denomina *hombre* a lo concreto de la idea; es aquí, pues, y *en rigor incluso sólo* aquí, donde se trata del hombre en este sentido».

Cuando la especulación habla del hombre en otros lugares, no trata de lo *concreto*, sino de lo *abstracto*, la *idea*, el *espíritu*, etc. El señor Faucher, a propósito de las condiciones inglesas existentes, y el señor Edgar, a propósito de las condiciones existentes de la lengua francesa, nos ofrecen ejemplos tangibles acerca de la manera en que la filosofía expresa las condiciones existentes.

«De esta suerte, también Proudhon es práctico, puesto que, tras hallar que el concepto de la igualdad constituye la demostración de la propiedad, dirige sus enseñanzas contra la propiedad partiendo de ese concepto.»

Proudhon actúa aquí exactamente igual que los críticos alemanes, quienes, partiendo de la idea del hombre, tras hallar que ésta constituye la demostración de la existencia de Dios, dirigen sus enseñanzas precisamente contra la existencia de Dios.

«Si las consecuencias del principio de la igualdad son más fuertes que ésta, ¿cómo contribuirá Proudhon a infundirle una fuerza repentina?»

Según el señor B[runo] Bauer todas las ideas religiosas se fundan en la autoconciencia. Es ésta, a su juicio, el principio creador de los Evangelios. ¿Por qué, entonces, las consecuencias del principio de la autoconciencia son más fuertes que esta misma? Porque, se responde en alemán, si bien la autoconciencia es el principio creador de las ideas religiosas, lo es como autoconciencia que ha salido de sí, contradictoria consigo misma, extrañada y enajenada. La autoconciencia que se ha vuelto hacia sí misma, que se comprende a sí misma, que concibe su propia esencia, es por ende el poder sobre las creaturas de su propio autoextrañamiento. Exactamente en el mismo caso se encuentra Proudhon, con la diferencia, naturalmente, de que él habla en francés y nosotros en alemán, de que él expresa de una manera francesa lo que nosotros expresamos a la alemana.

Proudhon se plantea la pregunta de por qué la igualdad, aunque como principio racional creador sirve de fundamento a la institución de la propiedad y como último argumento es la base de todas las demostraciones de la propiedad, aún no existe, y existe en cambio su negación, la propiedad privada. Demuestra «que en realidad la propiedad como institución y principio es *imposible*» (pág. 34), esto es, que *se contradice*

a *sí misma* y se aniquila en todos los puntos; que, para decirlo en alemán, es la existencia de la igualdad extrañada, contradictoria consigo misma, enajenada a *sí misma*. Las condiciones francesas reales, así como el conocimiento de esta enajenación, sugieren a Proudhon, correctamente, la abolición real de la misma.

En su negación de la propiedad privada, Proudhon siente a la vez la necesidad de justificar *históricamente* la existencia de la propiedad privada. Como todas las primeras exposiciones de este tipo, también su exposición es pragmática, esto es, Proudhon supone que las generaciones pasadas, consciente y reflexivamente, querían realizar en sus instituciones la igualdad, que a su juicio representa la esencia humana.

«Siempre volvemos a tropezar con lo mismo... Proudhon escribe en interés de los proletarios.»

No escribe fundándose en el interés de la crítica autocomplacida, de un interés abstracto, autocreado, sino de un interés masivo, real, histórico, de un interés que conducirá más allá de la *crítica*, esto es, a la *crisis*. Proudhon no sólo escribe en interés de los proletarios; él mismo es proletario, *ouvrier*. Su obra es un manifiesto científico del proletariado francés y reviste, por consiguiente, una importancia histórica completamente diferente de la que pueda tener la chapucera obra literaria de cualquier crítico crítico.

«Proudhon escribe en interés de aquellos que no tienen nada; tener y no tener son, a su juicio, categorías absolutas. El tener es para él lo supremo, porque, al mismo tiempo, según él, el no tener es el objeto sumo de la reflexión. Todo hombre debe tener, pero exactamente lo mismo que los demás, sostiene Proudhon. Piénsese, no obstante, en que de lo que tengo sólo me resulta interesante aquello que tengo en exclusividad, lo que tengo en demasía con respecto al otro. En la igualdad el tener y la igualdad misma se convierten para mí en algo indiferente.»

Según el señor Edgar, *tener y no tener* son para Proudhon *categorías* absolutas. En todas partes, la crítica crítica no distingue más que categorías. Así, según el señor Edgar, tener y no tener, salario, remuneración, miseria y necesidades, trabajar para las necesidades, no son otra cosa que categorías.

Si la sociedad sólo tuviera que liberarse de las *categorías* del tener y no tener, ¡qué fácil le resultaría a cualquier dialéctico, aunque fuera aun

más flojo que el señor Edgar, efectuar la «superación» y «eliminación» de estas categorías! El señor Edgar supone que también esto es una minucia tal, que ni siquiera considera que vale la pena, frente a Proudhon, brindar aunque más no sea una *explicación* acerca de las categorías del tener y no tener. Pero puesto que el no tener no es meramente una categoría, sino una desesperante realidad; puesto que hoy en día el hombre que no tiene nada no es nada; puesto que éste, así como de la existencia en general, está segregado aun más de una existencia humana; puesto que la condición de no tener es la condición de la separación plena entre el hombre y su objetividad, así también parece estar totalmente justificado que el no tener constituya para Proudhon el objeto sumo de la reflexión, y tanto más cuanto menos se había meditado, antes de él y de los escritores socialistas en general, acerca de este objeto. El no tener es el *espiritualismo* más desesperado, una plena irrealdad del hombre, una plena realidad de lo inhumano, un tener muy positivo, un tener hambre, frío, enfermedades, delitos, humillación, embrutecimiento, todo inhumanidad y antinaturalidad. Pero todo objeto que se convierte por primera vez, con plena conciencia de su importancia, en objeto de la reflexión, se constituye en *objeto sumo de la reflexión*.

El que Proudhon quiera abolir el no tener y el viejo modo de tener es idéntico, ni más ni menos, a que quiera abolir la relación prácticamente enajenada del hombre con su *esencia objetiva*, a que quiera suprimir la expresión *económico-política* de la autoenajenación humana. Pero como su crítica de la economía política aún está encuadrada en los supuestos de la economía política, la misma reapropiación del mundo objetivo se concibe aún bajo la forma económico-política de la *posesión*.

Proudhon, en efecto, no contrapone el no tener al tener, como lo obliga a hacer la crítica crítica, sino el viejo modo de tener, la *propiedad privada*, a la *posesión*. Declara que la posesión es una «*función social*». Pero en una función lo «interesante» no es «excluir» al otro, sino ejercitar y realizar mis propias fuerzas esenciales.

Proudhon no ha logrado ampliar adecuadamente este pensamiento. La idea de la «posesión *igual*» es la expresión correspondiente a la economía política, y por ende aún enajenada, de que el *objeto* en cuanto *ser para el hombre*, en cuanto *ser objetivo del hombre*, es al propio tiempo la *existencia del hombre para el otro hombre*, su *relación humana con el otro hombre*, la *relación social del hombre con el hombre*. Proudhon suprime la enajenación de la economía política dentro de la enajenación de la economía política.

Traducción caracterizadora n.º 3

El Proudhon crítico también posee un *propietario crítico*, según cuya

«*propia* confesión aquellos que tuvieron que trabajar para él perdieron lo que él se apropió».

El Proudhon masivo le habla al propietario masivo:

«¡Has trabajado! ¿Acaso nunca debías hacer trabajar a otros para ti? ¿Cómo ellos, entonces, cuando trabajan para ti, han perdido lo que tú supiste adquirir, mientras que tú no trabajabas para ellos?»

El Proudhon crítico hace que Say entienda por «richesse naturelle»¹⁷ los «poseedores naturales», aunque Say, para evitar todo equívoco, en el *épitomé*¹⁸ a su *Traité d'économie politique* aclara expresamente que por *richesse* no entiende ni propiedad ni posesión, sino una «suma de valores». Naturalmente, así como el señor Edgar reforma al Proudhon crítico, éste hace otro tanto con Say cuando le llega el turno. Así, según él, del hecho de que es más fácil apropiarse de predios que del aire y del agua, Say «infiere» «sin pérdida de tiempo un derecho» a «tomar en propiedad un campo». Muy lejos de inferir de la mayor posibilidad de apropiarse del suelo un *derecho* de propiedad sobre el mismo, Say dice textualmente, por el contrario: «Les *droits* des propriétaires de terres... remontent à une *spoliation*».¹⁹ (*Traité d'économie politique*, 3.^a edición, t. I, pág. 136, nota.) Por eso, según Say, es necesario el «concours de la législation»²⁰ y del «droit positif»²¹ para fundar el *derecho* a la propiedad de la tierra. El Proudhon real no hace que Say, «sin pérdida de tiempo», *infiera* de la mayor facilidad que presenta la apropiación del suelo el derecho a la propiedad de la tierra; le reprocha que haga valer la posibilidad *en lugar* del derecho y que *confunda* la cuestión de la posibilidad con la cuestión del derecho:

17. «Riqueza natural.»

18. *Épitome*, compendio.

19. «Los *derechos* de los terratenientes se remontan a una *expropiación*».

20. «Concurso de la legislación.»

21. «Derecho positivo.»

«Say prend la possibilité *pour* le droit. On ne demande pas pourquoi la terre a été plutôt appropriée que la mer et les airs; on veut savoir, en vertu de quel *droit* l'homme s'est approprié cette richesse.»²²

El Proudhon crítico prosigue:

«A este respecto *sólo* corresponde observar que con la apropiación de un lote de terreno también son apropiados los demás elementos: aire, agua, fuego: Terra, aqua, aere et igne interdicti sumus».²³

El Proudhon real, muy lejos de haber observado «*sólo*» eso, dice que incidentalmente (en passant) llama la «atención» acerca de la apropiación del aire y del agua. En el Proudhon crítico la fórmula romana de la proscripción se presenta de manera incomprensible. Se olvida éste de decirnos quiénes son esos «*nosotros*» sometidos a interdicción. El Proudhon real se dirige a los no propietarios:

«Proletarios... la propiedad nos *excomulga, terra etc. interdicti sumus*».

El Proudhon crítico polemiza de la siguiente manera contra Charles Comte:

«Charles Comte sostiene que el hombre, para vivir, necesita aire, alimentación, vestimenta. Algunas de estas cosas, como el aire y el agua, serían inagotables y por lo tanto siguen siendo siempre propiedad común, mientras que otras estarían disponibles en masas más reducidas y se transformarían por ende en propiedad privada. Charles Comte, por consiguiente, funda su demostración en los conceptos de lo limitado y lo ilimitado; habría llegado tal vez a otro resultado si hubiera convertido en categorías principales los conceptos de lo prescindible y lo imprescindible».

¡Qué polémica pueril la del Proudhon crítico! Le propone a Charles Comte abandonar las categorías a partir de las cuales éste establece sus demostraciones y pasar de un salto a otras categorías, con el objetivo

22. «Say toma la posibilidad *por* el derecho. No preguntamos por qué el hombre se ha apropiado de la tierra antes que del mar o del aire; lo que queremos saber es en virtud de qué *derecho* el hombre se ha apropiado de esa riqueza.»

23. Nos están vedados la tierra, el agua, el aire y el fuego.

de que llegue no a sus propios resultados, sino «*talvez*» a los resultados del Proudhon crítico.

El Proudhon real no formula tales proposiciones a Charles Comte; no lo conforma con un «*talvez*», sino que lo derrota con sus propias categorías.

Charles Comte, dice Proudhon, parte de lo imprescindible que son el aire, los alimentos y en el caso de ciertos climas la vestimenta, no para vivir, sino para no dejar de vivir. Para conservarse, pues, el hombre (según Charles Comte) necesita apropiarse sin cesar de cosas de diversa índole. Estas cosas no existen todas en la misma proporción.

«La luz de los cuerpos celestes, el aire y el agua existen en cantidad tan grande que el hombre no puede aumentarla o disminuirla de manera apreciable; de ahí que cualquiera pueda apropiarse de ellos en la medida que requieran sus necesidades, *sin perjudicar en nada el disfrute de los demás.*»

Proudhon parte de las propias determinaciones de Comte. Comienza por demostrarle que la tierra es también un objeto de primera necesidad, cuyo usufructo debe estar permitido a todos en el marco de la reserva de Comte, o sea: «*sin perjudicar el disfrute del otro*». ¿Por qué la tierra, entonces, se ha convertido en propiedad privada? Charles Comte responde: porque aquélla *no es ilimitada*. Su conclusión debía ser, al contrario: porque es *limitada* no se la puede apropiar. De la apropiación de aire y agua no resulta daño alguno para terceros, porque siempre queda una cantidad suficiente de aquéllos, porque son ilimitados. La arbitraria apropiación de la tierra, en cambio, perjudica el disfrute de los demás, precisamente porque la tierra es *limitada*. Su disfrute, por consiguiente, debe ser regulado con arreglo al interés *común*. La argumentación de Charles Comte se vuelve contra su tesis.

«Charles Comte, deduce Proudhon» (esto es, el Proudhon crítico), «parte de la idea de que una nación puede ser propietaria de un territorio; sin embargo, si la propiedad trae aparejado el derecho a usar y abusar —*jus utendi et abutendi re sua*—²⁴ tampoco se puede atribuir a una nación el derecho a usar y abusar del territorio.»

24. Derecho a usar y abusar de lo suyo. (*Abutere* puede significar también consumir, gastar.)

El Proudhon real no habla del *jus utendi et abutendi* que el derecho de propiedad «*trae aparejado*». Es demasiado masivo para hablar del derecho de propiedad que el derecho de propiedad trae aparejado. El *jus utendi et abutendi* re sua no es otra cosa, precisamente, que el derecho de propiedad mismo. De ahí que Proudhon deniegue directamente a un pueblo el derecho de propiedad a su territorio. A quienes encuentran esto exagerado, les responde que del supuesto derecho de la propiedad nacional se han derivado en todas las épocas la soberanía, tributos, regalías, prestaciones serviles, etc.

Por eso, el Proudhon real argumenta de la siguiente manera contra Charles Comte: Comte quiere exponer cómo surge la propiedad, y comienza por presuponer a una nación como propietaria, con lo cual incurre en una *petitio principii*.²⁵ Hace que el estado venda predios, hace que un industrial adquiera esos bienes, es decir, supone las relaciones de *propiedad* que quiere demostrar.

El Proudhon crítico arroja por la borda el *sistema decimal* francés. Conserva el *franco*, pero en lugar del *céntimo* pone el «*Dreier*».²⁶

«Cuando transfiero un campo, agrega Proudhon» (el Proudhon crítico), «no sólo me privo de una cosecha, sino que despojo a mis hijos y a los hijos de mis hijos de un bien permanente. El suelo no sólo tiene un valor hoy; tiene también un valor potencial y un valor futuro.»

El Proudhon real nada dice de que el suelo no sólo tenga un valor hoy, sino también mañana; contrapone el valor pleno, actual, al valor potencial y futuro que depende de mi capacidad de valorizar el suelo. Dice así:

«Destruid la tierra o, lo que para vosotros es lo mismo, vendedla: no sólo os habréis privado de una, dos o varias cosechas, sino aniquilado todos los productos que podríais haber extraído de ella, vosotros, vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos».

Para Proudhon no se trata de poner de relieve la antítesis entre una cosecha y el bien permanente —también el dinero que obtengo por la venta de un campo puede llegar a ser, en cuanto capital, un «bien per-

25. Petición de principio.

26. Antigua moneda alemana de tres (en algunos lugares y épocas de dos, o de cinco) *pfennig* (céntimos).

manente»—, sino de la antítesis entre el valor actual y el valor que puede ganar el suelo gracias a un cultivo continuado.

«El valor nuevo, dice Charles Comte, que añado a una cosa en virtud de mi trabajo, es mi propiedad. Proudhon» (el Proudhon crítico) «pretende refutarlo de la siguiente manera: *en tal caso, pues*, el hombre tendría que dejar de ser propietario no bien dejara de trabajar. La propiedad del producto nunca puede traer aparejada la propiedad de la materia que le sirve de base.»

El Proudhon real:

«El trabajador bien puede apropiarse de los productos de su trabajo, pero no concibo que la propiedad de los productos incluya la de la materia. El pescador que en la misma orilla se las ingenia para atrapar más peces que los demás pescadores, ¿se transforma acaso, gracias a esa habilidad, en propietario del sector en que pesca? ¿Alguna vez se consideró que la habilidad de un cazador era un título de propiedad sobre los animales salvajes de su distrito? Análogamente ocurre con el agricultor. Para transformar la *posesión* en *propiedad* se requiere *otra condición más* aparte del trabajo; caso contrario, el hombre dejaría de ser propietario no bien dejara de ser trabajador».

Cessante causa cessat effectus.²⁷ Si el propietario *sólo* es propietario en cuanto trabajador, cesará de ser propietario no bien cese de ser trabajador.

«Según la *ley*, por consiguiente, es la *prescripción* lo que crea la propiedad; el *trabajo* no es más que el signo notorio, el acto material por el que se *manifiesta* la ocupación.»

«Por tanto, el sistema de apropiación por el trabajo», continúa Proudhon, «*contradice la ley*, y si los partidarios de este sistema simulan servirse del mismo para explicar las leyes, *se contradicen a sí mismos*.»

Si además, conforme a esta tesis, la roturación de la tierra, por ejemplo, «crea la propiedad plena de la misma», nos encontramos ante una *petitio principii*. Lo efectivo es que se ha creado una nueva capacidad productiva de la materia. Pero lo que habría que demostrar es que con ello se ha creado la propiedad de la materia misma. El hombre

27. Al cesar la causa cesa el efecto.

no ha creado a esta última. E incluso sólo crea cada capacidad productiva de la materia bajo el supuesto de la materia.

El Proudhon crítico convierte a *Gracchus Babeuf* en partidario de la *libertad*, mientras que en el Proudhon masivo es partidario de la *igualdad* (partisan de l'égalité).

Dice el *Proudhon crítico*, que debe tasar los honorarios a que es acreedor *Homero* por la *Iliada*:

«Los honorarios que otorgue a Homero y lo que éste *me aporte* deben ser magnitudes iguales. ¿Cómo hay que determinar el valor de su aporte?».

El Proudhon crítico está demasiado por encima de las minucias de la economía política como para saber que el *valor* de un objeto y lo que el mismo *aporta* a otro son cosas muy diferentes. El Proudhon real dice así:

«Los honorarios del poeta han de ser iguales a su *producto*; ¿cuál es, pues, el valor de ese producto?».

El Proudhon real supone que la *Iliada* tiene un *precio* (o valor de cambio, prix) infinito; el crítico, que tiene un *valor* infinito. El Proudhon real contrapone el valor de la *Iliada*, su *valor* en el sentido de la *economía política* (valeur intrinsèque), a su valor de cambio (valeur échangeable); el Proudhon crítico contrapone a su «valor intrínseco», esto es, a su valor como poema, el «valor para el intercambio».

El Proudhon real:

«Entre una recompensa material y el talento no existe una medida común. En *este* respecto la situación de todos los productores es igual. Por consiguiente, toda comparación entre ellos y todo distingo de fortunas es imposible». («Entre une récompense matérielle et le talent il n'existe pas de commune mesure; sous ce rapport la condition de tous les producteurs est égale; conséquemment toute comparaison entre eux et toute distinction de fortunes est impossible.»)

El Proudhon crítico:

«*Relativamente*, la relación de los productores es igual. No se puede compensar materialmente... el talento. Toda comparación de los productores entre sí, toda *distinción exterior* es imposible».

En el Proudhon crítico

«el hombre de ciencia tiene que *sentirse igual* en la sociedad, porque su talento y su sagacidad *sólo* son un producto de la sagacidad social».

El Proudhon real no habla en ninguna parte de los sentimientos del talento. Dice que el talento tendría que someterse al nivel social. Tampoco afirma que el hombre de talento sea *sólo* un producto de la sociedad; sostiene, antes bien, lo siguiente:

«El hombre de talento ha contribuido a producir en sí mismo una herramienta útil... Hay en él un trabajador libre y un capital social acumulado».

El Proudhon crítico continúa:

«Tiene, además, que agradecer a la sociedad porque ésta, para que pueda dedicarse a la ciencia, lo ha desligado de los demás trabajos».

El Proudhon real en ninguna parte busca refugio en la gratitud del hombre de talento. Dice:

«El artista, el sabio, el poeta reciben su justa recompensa por el solo hecho de que la sociedad les permite dedicarse exclusivamente a la ciencia y el arte».

Por último, el Proudhon crítico lleva a cabo el milagro de que una sociedad de 150 trabajadores pueda mantener un «*mariscal*», y seguramente también un *ejército*, por consiguiente. En el Proudhon real el mariscal es un «*herrador*» (maréchal).

Glosa crítica marginal n.º 4

«Si él» (Proudhon) «mantiene el concepto del salario, si ve en la sociedad una institución que nos da trabajo y nos paga por ello, no puede aceptar que el tiempo sea la medida para el pago, y tanto menos por cuanto, poco antes y de acuerdo con *Hugo Grocio*, había verificado que el tiempo es indiferente en lo que respecta a la *validez* de un objeto.»

Es éste el único punto en que la crítica crítica intenta resolver su problema y demostrar a Proudhon que opera equivocadamente, desde el punto de vista de la economía política, contra la economía política. La crítica *quedó en ridículo* aquí de manera verdaderamente crítica.

Proudhon había expuesto, de acuerdo con Hugo Grocio, que la *prescripción* no era un título para transformar la *posesión en propiedad*, un «*principio jurídico*» en otro, así como el paso del tiempo no puede convertir la verdad de que los ángulos de un triángulo son iguales a dos rectos, en la verdad de que equivalen a tres rectos.

«Nunca lograréis demostrar», exclama Proudhon, «que el paso del tiempo, que por sí solo no crea nada, ni cambia nada, ni modifica nada, pueda *transformar* al *usufructuario en propietario*.»

El señor Edgar arguye: como Proudhon dijo que el mero paso del tiempo no puede *transformar* un principio jurídico en otro y de por sí no puede cambiar nada, modificar nada, incurre en inconsecuencia cuando convierte el *tiempo de trabajo* en medida del *valor* —en el sentido de la economía política— del producto laboral. Si el señor Edgar logra formular esta observación crítico-crítica es sólo porque traduce «*valeur*» por «*validez*» y puede referirse así tanto a la validez de un principio jurídico como al valor comercial de un producto del trabajo. Lo logra al identificar la huera duración con el compacto tiempo de trabajo. Si Proudhon hubiera dicho que el tiempo no puede convertir un mosquito en un elefante, la crítica crítica podría argumentar, con el mismo derecho: por consiguiente, Proudhon no puede convertir el tiempo de trabajo en medida del salario.

El hecho de que el *tiempo de trabajo* que *cuesta* producir un objeto se incluya entre los *costos de producción* del objeto; el hecho de que los *costos de producción* de un objeto sean los que éste *cuesta* y a cambio de los cuales, por ende, prescindiendo de los influjos de la *competencia*, se lo puede *vender*, es un conocimiento del que puede apoderarse hasta la misma crítica crítica. Entre los economistas, en los costos de producción se incluye, además del tiempo de trabajo y el material de trabajo, la renta del terrateniente, así como los intereses y la ganancia del capitalista. Estos últimos desaparecen en Proudhon, porque en él desaparece la propiedad privada. Sólo restan, pues, el tiempo de trabajo y los desembolsos. Al convertir el tiempo de trabajo, la existencia inmediata de la actividad humana en cuanto actividad, en medida del salario y determinación de valor del producto, convierte el aspecto humano en lo decisivo,

allí donde en la vieja economía política el poder material del capital y de la propiedad de la tierra era lo que decidía; esto es, cuando Proudhon restaura al hombre en sus derechos, lo hace aún a la manera de la economía política, y por tanto de manera contradictoria. Cuán correctamente actúa Proudhon desde el punto de vista de la economía política es algo que puede verse en el hecho de que el fundador de la economía política moderna, *Adam Smith*, ya desde las primeras páginas de su obra *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* expone que *antes* de que se inventara la propiedad privada, o sea bajo el supuesto de la *inexistencia de la propiedad privada*, *el tiempo de trabajo* era la medida del *salario* y del *valor del producto del trabajo*, valor que aún era indistinguible de dicho salario.

Pero suponga la crítica crítica, incluso por un instante, que Proudhon no hubiera partido del supuesto del salario. ¿Cree ella que el *tiempo* que requiere la producción de un objeto no sería *jamás* un elemento esencial en la «*validex*» del objeto, cree que el tiempo perdería su *carácter de ser un costo*?

En lo que atañe a la producción material directa, la decisión de si debe producirse o no un objeto, esto es, la decisión acerca del *valor* del objeto, dependerá, en esencia, del tiempo de trabajo que insuma su producción. Puesto que depende del tiempo, en efecto, el que la sociedad tenga tiempo para desarrollarse humanamente.

E incluso en lo que toca a la producción *intelectual*: al estimar la extensión, disposición y plan de una obra intelectual, ¿acaso no debo tomar en consideración, si me conduzco racionalmente, el tiempo que se requiere para su producción? Caso contrario, cuando menos corro el riesgo de que mi objeto en la idea nunca se convierta en objeto en la realidad, esto es, de que el mismo sólo pueda tener el valor de un objeto imaginario, o sea *un valor imaginario*.

La crítica de la economía política desde el punto de vista de la economía política reconoce todas las determinaciones esenciales de la actividad humana, pero sólo en forma enajenada, extrañada, tal como aquí, por ejemplo, transforma la importancia del tiempo para el *trabajo humano* en su importancia para el *salario*, para el trabajo asalariado.

Prosigue el señor Edgar:

«Ahora bien, para que el talento se vea forzado a aceptar esa medida, Proudhon *abusa* del concepto de *libre comercio* y afirma que la sociedad y sus miembros individuales tienen el derecho de rechazar los productos del talento».

Al talento, que en el terreno de la economía política formula, con los *furieristas* y *sansimonianos*, desmedidos *reclamos de honorarios* y aplica como medida al *valor de cambio* de sus productos la ilusión que él mismo se forja acerca de su valor ilimitado, Proudhon le responde exactamente como lo hace la economía política ante toda pretensión de un precio que quiere elevarse en exceso por encima del llamado precio natural, es decir, por encima de los costos de producción del objeto ofrecido a la venta: le responde... con el libre comercio. No sólo Proudhon no *abusa* de esta relación en el sentido de la economía política, sino que supone real, por el contrario, lo que en la economía política es nada más que nominal e ilusorio: la *libertad* de las partes contratantes.

Traducción caracterizadora n.º 4

El Proudhon crítico, por último, reforma la *sociedad francesa* al recrear tanto a los proletarios franceses como a la burguesía francesa.

A los proletarios franceses los desposee de la «*fuera*» porque el Proudhon real les reprocha la falta de *virtud* (vertu). Convierte la *disposición* de aquéllos para el trabajo en una disposición problemática —«estáis *talvez* dispuestos a trabajar»— porque el Proudhon real reconoce incondicionalmente su disposición para el trabajo (*prompts* au travail vous êtes,²⁸ etc.). Transforma a los burgueses franceses en burgueses *insustanciales* allí donde el Proudhon real contrapone los burgueses innobles (bourgeois ignobles) a los nobles infamados (nobles flétris). Transforma al burgués de burgués *juste-milieu*²⁹ (bourgeois juste-milieu) en «nuestros *buenos* burgueses», gentileza que la burguesía francesa le agradecerá. De ahí que donde el Proudhon real hace «*crecer*» la «*malevolencia*» (la malveillance de nos bourgeois) del burgués francés, el Proudhon crítico haga crecer, consecuentemente, la «*despreocupación* de nuestros burgueses». El burgués del Proudhon real es tan poco despreocupado que se apostrofa a sí mismo: «N'ayons pas peur! N'ayons pas peur!»³⁰ Así habla alguien que, por medio de razonamientos, quiere apartar de sí el temor y la preocupación.

Con su creación del Proudhon crítico por medio de la traducción del

28. Estáis *prontos* para el trabajo.

29. Justo medio.

30. «¡No tengamos temor! ¡No tengamos temor!»

Proudhon real, la crítica crítica ha revelado a la masa qué es una traducción críticamente consumada. Ha sentado las normas de la «traducción, tal como debe ser». De ahí que impugne, con razón, las malas traducciones masivas:

«El público alemán quiere adquirir la mercancía libresca a un precio irrisorio; por ende, el editor quiere una traducción barata; el traductor no quiere morirse de hambre con su trabajo e incluso no puede efectuarlo con la madura reflexión necesaria» (con todo el sosiego del conocimiento), «porque el editor, mediante la rápida entrega de las traducciones, tiene que aventajar a los competidores; es más, el traductor ha de temer la competencia, tiene que temer que otro se ofrezca para producir la mercancía a menor precio y con mayor rapidez, y por eso dicta y dicta su manuscrito a cualquier pobre escribiente —y justamente lo dicta a la mayor velocidad posible, para no pagar en balde el salario del copista, que cobra por hora— lleno de alegría si al día siguiente puede satisfacer adecuadamente el reclamo del impresor. Por lo demás, las traducciones con las que se nos inunda no son más que una expresión de la actual *impotencia* de la literatura alemana», etc. (Número VIII, pág. 54, *Allgemeine Literatur-Zeitung*.)

Glosa crítica marginal n.º 5

«A la demostración de que la propiedad es imposible, demostración que Proudhon extrae de que la humanidad es carcomida especialmente por el sistema de los intereses y el sistema de las ganancias y por la desproporcionalidad entre el consumo y la producción, le falta su contraparte, a saber, la constancia de que la propiedad privada³¹ es históricamente posible.»

A la crítica crítica la guía el certero instinto de no abordar los desenvolvimientos de Proudhon sobre el sistema de intereses y el de las ganancias, etc., esto es, los más importantes desenvolvimientos de Proudhon. Al llegar a este punto, en efecto, no se puede realizar ni siquiera en apariencia la crítica de Proudhon si se carece de los conocimientos más positivos acerca del movimiento de la propiedad privada. La crítica crítica procura resarcirse de su impotencia mediante la observación de que Proudhon no ha aportado la demostración de que la propiedad es

31. En la *Allgemeine Literatur-Zeitung*: de cómo la propiedad.

históricamente posible. ¿Por qué la crítica, que no proporciona nada más que palabras, exige que otros le aporten *todo*?

«Proudhon demuestra la imposibilidad de la propiedad por el hecho de que el obrero no puede volver a adquirir su producto con el salario obtenido por su trabajo. Proudhon, al indagar la esencia del capital, no indica la razón suficiente de eso. El obrero no puede readquirir su producto porque éste es siempre un producto colectivo, pero él mismo no es nada más que un hombre al que se le paga individualmente.»

En contraste con la deducción prudoniana, el señor Edgar podría haber alegado, más suficientemente, que el obrero no *puede* volver a adquirir su producto porque de todos modos tiene que *volver a adquirirlo*. En la determinación de la compra está contenido ya que el obrero se comporte con su producto como con un objeto enajenado, que se le ha extraviado. La razón suficiente del señor Edgar no explica suficientemente, entre otras cosas, por qué el capitalista, que *no es otra cosa* que un hombre *individual* y además un hombre *pagado* por la ganancia y por los intereses, no sólo puede readquirir el producto del trabajo sino, por añadidura, más que ese producto. Para explicar esto, el señor Edgar tendría que explicar la relación entre capital y trabajo, esto es, indagar la esencia del capital.

El pasaje crítico aducido muestra de la manera más palmaria cómo la crítica crítica utiliza inmediatamente lo que acaba de aprender de un escritor para hacerlo valer, mediante un giro crítico y como conocimiento descubierto por ella misma, contra ese mismo escritor. Del propio Proudhon, en efecto, la crítica crítica ha extraído la razón que Proudhon no indica y el señor Edgar sí. Dice Proudhon:

«Divide et impera... Separad unos de otros a los obreros y es muy posible que el jornal que se le paga a cada uno exceda del valor de cada producto individual; pero no es de esto de lo que se trata aquí... Aun cuando hayáis pagado todas las fuerzas individuales, no habréis pagado aún la fuerza colectiva».

Proudhon ha sido *el primero* en llamar la atención acerca de que el total de los salarios de los obreros individuales, incluso aunque se pagara plenamente cada trabajo individual, no paga la fuerza colectiva que se objetiva en el producto de aquéllos; que, por tanto, al obrero no se le paga en cuanto *parte* de la *fuerza de trabajo colectiva*, lo que el señor Edgar trata de disfrazar al decir que el obrero no es otra cosa que un hom-

bre individual a quien se le paga. La crítica crítica, pues, hace valer una idea *general* de Proudhon contra el desarrollo *concreto* que da Proudhon a la misma idea. Se apodera de manera crítica de esa idea y enuncia, en la frase siguiente, el misterio del *socialismo crítico*:

«El obrero actual sólo *piensa* en sí mismo, vale decir, se hace pagar por su persona. Es él *mismo* el que no tiene en cuenta la fuerza inmensa e incommensurable que surge de su cooperación con otras fuerzas».

Conforme a la crítica crítica, todo el mal reside únicamente en el «*pensamiento*» de los obreros. Ahora bien, precisamente los obreros ingleses y franceses han fundado asociaciones en las que no sólo sus necesidades directas como *obreros*, sino sus necesidades como *hombres* constituyen el objeto de su adoctrinamiento recíproco, en las que manifiestan además una conciencia muy profunda y muy amplia acerca de la fuerza «inmensa» e «incommensurable» que brota de su cooperación. Pero estos obreros *masivos*, comunistas, que laboran en los talleres de Manchester y Lyon, por ejemplo, no creen que se pueda hacer desaparecer con razonamientos, por medio del «*pensamiento puro*», a sus patronos de industria y a su propia degradación práctica. Experimentan muy dolorosamente la *diferencia* que existe entre el *ser* y el *pensar*, entre la *conciencia* y la *vida*. Saben que la propiedad, el capital, el dinero, el trabajo asalariado y otras cosas por el estilo no son en modo alguno fantasmagorías ideales, sino productos muy objetivos y muy prácticos de su auto-enajenación, a los que por ende también es necesario abolir de una manera práctica, objetiva, para que no sólo en el *pensamiento*, en la *conciencia*, sino en el *ser* masivo, en la vida, el hombre llegue a ser el hombre. La crítica crítica les enseña, por el contrario, que cesan de ser asalariados en la realidad cuando suprimen en el pensamiento la idea del trabajo asalariado, cuando en el pensamiento dejan de considerarse asalariados y, conforme a esta ilusión hiperbólica, ya no aceptan que se pague por sus personas. En su calidad de idealistas absolutos, de seres etéreos, luego de ello podrían vivir también del éter del pensamiento puro, como es natural. La crítica crítica les enseña que suprimen el capital real cuando arrasan en el *pensamiento* la categoría del capital, que se modifican *realmente* a sí mismos y se convierten en hombres reales cuando modifican en la conciencia su «*yo abstracto*» y rechazan por ser una operación acrítica toda modificación *real* de su existencia real, de las condiciones reales de su existencia, o sea, pues, de su *yo real*. El «*espíritu*» que en la realidad sólo divisa categorías, reduce, como es natural, toda actividad y

práctica humana al proceso intelectual dialéctico de la crítica crítica. Precisamente es eso lo que distingue *su* socialismo del socialismo y comunismo *masivos*.

Luego de sus grandes desenvolvimientos, naturalmente, el señor Edgar debe «denegar la conciencia» a la crítica ejercida por Proudhon.

«Pero Proudhon *también* quiere ser *práctico*.» «Justamente cree haber llegado a conocer». «Y sin embargo», prorrumpe con aire triunfal el sosiego del conocimiento, «ahora nos vemos obligados a denegarle también el *sosiego del conocimiento*.» «Reproducimos algunos pasajes para demostrar cuán poco ha reflexionado acerca de su posición en la sociedad.»

Más adelante reproduciremos algunos otros pasajes, tomados de las obras de la crítica crítica (véanse el banco de pobres y la economía modelo), para demostrar cómo aquélla ni siquiera ha trabado conocimiento aún con las relaciones económicas más elementales, ni mucho menos reflexionado acerca de ellas, y por eso, con el tacto crítico que la distingue, se ha sentido llamada a someter a Proudhon a su dictamen.

Ahora bien, después que en la crítica crítica, como sosiego del conocimiento, han «*recaído*» todas las «*antítesis*» *masivas*; después que la crítica se ha apoderado, bajo la forma de categorías, de toda realidad y disuelto en la dialéctica especulativa toda actividad humana, hemos de ver cómo a partir de dicha dialéctica vuelve a engendrar al mundo. Se comprende que si los prodigios de la creación crítico-especulativa del mundo no han de ser «secularizados» de otra manera, sólo se le pueden comunicar a la masa profana bajo la forma de *misterios*. De ahí que la crítica crítica se presente en la encarnación Visnú-Szeliga como *vendedora de misterios*.

Capítulo V

LA «CRÍTICA CRÍTICA» COMO HOMBRE MISTERIOSO O LA «CRÍTICA CRÍTICA» COMO EL SEÑOR SZELIGA

En la encarnación *Szeliga-Visnú*, la «crítica crítica» nos brinda una apoteosis de los *Mystères de Paris*. Se califica a Eugène Sue de «crítico crítico». No bien Sue se entere de esto, podrá exclamar como el bourgeois gentilhomme en Molière:

«Par ma foi, il y a plus de quarante ans que je dis de la prose, sans que j'en susse rien: et je vous suis le plus obligé du monde de m'avoir appris cela».³²

El señor Szeliga antepone a su crítica un prólogo *estético*.

«El prólogo estético» explica así la significación general de la epopeya «crítica» y en particular de los *Mystères de Paris*:

«La epopeya crea la idea de que el presente en sí no es nada, tampoco meramente» —¡*nada*, tampoco meramente!— «la eterna *divisoria* entre el *pasado* y el *futuro*, sino» —nada, tampoco meramente, sino— «sino la *fisura* que siempre *se cierra* de nuevo y que separa lo *inmortal* de lo *perecedero*... Es ésta la *significación general* de los *Misterios de París*».

El «prólogo estético» sostiene, asimismo, que «el *crítico*, si lo quisiera, también podría ser *poeta*».

La crítica entera del señor Szeliga da fe de esta afirmación. En todos sus momentos es «*ficción poética*».

Es también un producto del «arte *libre*», tal como se define a

32. «A fe mía, hace más de cuarenta años que hablo en prosa sin saberlo; y le estoy agradecidísimo por haberme usted enseñado eso.»

éste en el «prólogo estético», vale decir, «inventa *algo totalmente nuevo, algo que aún no ha existido en absoluto*».

Es por último una *epopeya crítica*, inclusive, ya que es una «fisura que siempre se cierra de nuevo» y que «separa» lo «inmortal» —la crítica crítica del señor Szeliga— de lo «perecedero», de la novela del señor Eugène Sue.

1. «*El misterio de la vuelta al estado primitivo en la civilización*»
y «*el misterio de la ilegalidad en el estado*»

Como es sabido, *Feuerbach* ha concebido las ideas cristianas de la encarnación, la trinidad, la inmortalidad, etc., como el misterio de la encarnación, el misterio de la trinidad, el misterio de la inmortalidad. El señor Szeliga concibe todas las actuales circunstancias mundiales como misterios. Pero si *Feuerbach* ha desvelado *misterios reales*, el señor Szeliga transforma reales *trivialidades* en *misterios*. Su arte no consiste en revelar lo oculto, sino en ocultar lo revelado.

De esta suerte, califica de *misterios* la vuelta al estado primitivo (la delincuencia) así como la ilegalidad y desigualdad en el estado. Como vemos, o bien la literatura socialista que ha desvelado esos misterios sigue siendo un misterio para el señor Szeliga, o bien éste querría transformar los resultados más conocidos alcanzados por la misma en el misterio privado de la «crítica crítica».

No hace falta, por consiguiente, que examinemos más en detalle la exposición del señor Szeliga acerca de esos misterios. Nos limitaremos a poner de relieve algunas de las partes más brillantes.

«Ante la ley y el juez todos son *iguales*, el encumbrado y el humilde, el rico y el pobre. Esta tesis figura en primerísimo lugar en la profesión de fe *del estado*.»

¿Del estado? La profesión de fe de la mayor parte de los estados comienza, al contrario, por establecer que el encumbrado y el humilde, el rico y el pobre son *desiguales* ante la *ley*.

«En su ingenua probidad, el entallador Morel expresa claramente el misterio» (a saber, el misterio del antagonismo entre el pobre y el rico); «dice: ¡Si los ricos lo supieran! ¡Si los ricos lo supieran! La desgracia es que no saben qué es la pobreza.»

Lo que no sabe el señor Szeliga es que Eugène Sue, por ser cortés con la burguesía francesa, incurre en un *anacronismo* cuando, en la forma modificada: «Ah! si le riche le savait!»³³ pone el estribillo de los burgueses contemporáneos de Luis XIV: «Ah! si le roi le savait!»,³⁴ en los labios del obrero Morel, contemporáneo de la Charte vérité.³⁵ En Inglaterra y Francia, por lo menos, esa *ingenua* relación entre ricos y pobres ha desaparecido. Los representantes científicos de la riqueza, los cultores de la economía política, han divulgado allí conocimientos muy detallados acerca de la miseria física y moral de los pobres. En compensación han demostrado que habría que conformarse con esa miseria, porque habría que conformarse con las condiciones actuales. Es más, en su solicitud han llegado a calcular las *proporciones* en que las defunciones tienen que diezmar a los pobres en beneficio de los ricos y en beneficio de ellos mismos.

Cuando Eugène Sue describe las tabernas, las guaridas y el lenguaje de los *delincuentes*, el señor Szeliga descubre el «*misterio*» de que al «autor» no le interesa la descripción de ese lenguaje y de esas guaridas, sino

«dar a conocer los móviles que impulsan al mal, etc.» «En los lugares de mayor movimiento... es precisamente donde los delincuentes se sienten como en su *casa*».

¿Qué diría un naturalista si se le demostrara que las celdillas de las abejas no le interesan en cuanto celdillas de abejas, ni constituyen misterio alguno para quien no las haya estudiado, porque la abeja «precisamente» «sólo se siente de veras como en su casa» al aire libre y sobre las flores? En las guaridas de los delincuentes y en el lenguaje de los delincuentes se refleja el carácter del delincuente, son una parte de la existencia de éste, la descripción de ellos forma parte de la de éste, así como la descripción de la *petite maison*³⁶ forma parte de la descripción de la *femme galante*.³⁷

Las guaridas de los delincuentes son un «misterio» no sólo para

33. «¡Ah, si el rico lo supiera!»

34. «¡Ah, si el rey lo supiera!»

35. Denominación irónica de la constitución francesa de 1830; en la proclamación de Luis Felipe (31 de julio de 1830), el nuevo rey aseguró que «a partir de ahora la constitución < charte > será una verdad < vérité >».

36. Casa de citas.

37. Dama condescendiente, cortesana.

los parisienses en general, sino incluso para la policía de París, a tal punto que en estos mismos momentos se abren calles despejadas y anchas en la Cité para que esas madrigueras sean accesibles a la policía.

Por último, el propio Eugène Sue declara que en las descripciones mencionadas más arriba cuenta «sur la curiosité craintive»³⁸ de los lectores. En todas sus novelas, el señor Eugène Sue ha contado con esa curiosidad temerosa de los lectores. Recuérdese solamente *Atar Gull*, *La Salamandra*, *Plick y Plock*, etc.

2. El misterio de la construcción especulativa

El misterio de la exposición crítica de los *Mystères de Paris* es el misterio de la *construcción especulativa, hegeliana*. El señor Szeliga, luego de calificar de «misteriosas» la «vuelta al estado primitivo dentro de la civilización» y la ilegalidad en el estado, vale decir, de disolverlas en la categoría «el misterio», hace que se inicie «el misterio» de su propio *bosquejo biográfico especulativo*. Bastarán pocas palabras para caracterizar la construcción especulativa en general. El tratamiento de los *Mystères de Paris* por el señor Szeliga ofrecerá la aplicación en particular.

Si a partir de las manzanas, peras, fresas o almendras reales formo la idea general «fruta», si avanzo por este camino y me *imagino* que mi idea abstracta «la fruta», obtenida a partir de las frutas reales, es una esencia existente fuera de mí, más aún, la *verdadera* esencia de la pera, de la manzana, etc., proclamo —para expresarme *especulativamente*— que «la fruta» es la «*substancia*» de la pera, de la manzana, de la almendra, etc. Sostengo, pues, que a la pera le es inesencial ser pera; a la manzana, inesencial ser manzana. Que lo esencial en estas cosas no es su existencia real, sensorialmente perceptible, sino la esencia que he abstraído de ellas y les he injertado artificiosamente, la esencia de mi idea, «la fruta». Califico entonces a la manzana, pera, almendra, etc., de meros modos de existencia, *modi*³⁹ de «la fruta». Mi entendimiento finito, apoyado en los sentidos, *distingue* por cierto una manzana de una pera y una pera de una almendra, pero mi razón especulativa declara que esa distinción sensible es inesencial e irrelevante. Ve en la manzana *lo mismo* que en la pera y en la pera lo mismo que en la almendra, a saber: «la fruta». Las frutas reales particulares únicamente valen como

38. «Con la curiosidad temerosa.»

39. Modos, modalidades.

frutas *aparentes*, cuya verdadera esencia es «la substancia», «la fruta».

De esta manera no se alcanza, por cierto, una *riqueza* especial en *determinaciones*. El mineralogista cuya ciencia íntegra se redujera a declarar que todos los minerales son en realidad *el* mineral, sería un mineralogista... en su *imaginación*. Ante cada mineral el mineralogista especulativo dice: «*el* mineral», y su ciencia se limita a repetir esta palabra tantas veces cuantos minerales reales existan.

De ahí que la especulación —que de las diversas frutas reales ha hecho *un* «fruto» de la abstracción, *la* «fruta»— deba intentar de alguna manera, para mantener la apariencia de un contenido real, retornar de *la* «fruta», de la *substancia*, a las *heterogéneas* frutas profanas reales, a la pera, la manzana, la almendra, etc. Pero lo que tiene de fácil engendrar, a partir de las frutas reales, la idea abstracta «la fruta», lo tiene de difícil generar, a partir de la idea abstracta «la fruta», las frutas reales. Es imposible, incluso, llegar de una abstracción a lo *contrario* de la abstracción, salvo que se *abandone* a ésta.

Por eso el filósofo especulativo abandona la abstracción de *la* «fruta», pero lo hace de manera *mística, especulativa*, esto es, aparentando *no* abandonarla. En rigor, por eso, sólo en apariencia supera la abstracción. Su razonamiento es aproximadamente el que sigue:

Si la manzana, la pera, la almendra, la fresa no son en verdad otra cosa que «la substancia», «la fruta», se plantea la pregunta de qué pasa que «la fruta» se me presenta ora como manzana, ora como pera, ora como almendra, de cuál es el origen de esta *apariencia de diversidad* que contradice tan palmariamente mi concepción especulativa acerca de la *unidad*, de «la substancia», de «la fruta».

Todo ello ocurre, responde el filósofo especulativo, porque «la fruta» no es una esencia inanimada, indiferenciada, estática, sino viva, diferenciada en sí misma, dinámica. La diversidad de las frutas profanas tiene importancia no sólo para *mi* entendimiento sensorial sino también para «la fruta» misma, para la razón especulativa. Las diversas frutas profanas son diversas manifestaciones vitales de la «fruta *única*», son cristalizaciones que «la fruta» misma configura. Por eso, a modo de ejemplo, «la fruta» se da en la manzana una existencia manzanescas, en la pera una existencia peril. Ya no habría que decir, pues, como se decía desde el punto de vista de la substancia: la pera es «la fruta», la manzana es «la fruta», la almendra es «la fruta», sino más bien: «la fruta» se pone como pera, «la fruta» se pone como manzana, «la fruta» se pone como almendra, y las diferencias que separan entre sí a manzana, pera, almendra, son precisamente las autodistinciones de «la

fruta» y hacen de las diversas frutas particulares, justamente, órganos diversos en el proceso vital de «*la fruta*». «*La fruta*», pues, ya no es la unidad indiferenciada, carente de contenido, sino la unidad como *universalidad*, como «*totalidad*» de las frutas, que configuran una «*secuencia orgánicamente articulada*». En cada órgano de esta secuencia «*la fruta*» se da una existencia más desarrollada, más selecta, hasta que finalmente, en cuanto «compendio» de todas las frutas a la vez, llega a ser la *unidad* viva que contiene disueltas en sí misma a cada una de aquéllas y al mismo tiempo las genera de sí misma, tal como, por ejemplo, todos los órganos del cuerpo se disuelven constantemente en la sangre y constantemente se generan a partir de ésta.

Vemos, así, que si la religión cristiana sólo sabe de *una* encarnación divina, la filosofía especulativa dispone de tantas encarnaciones cuantas cosas existen, tal como posee aquí en cada fruta una encarnación de la fruta absoluta, de la substancia. El interés principal del filósofo especulativo estriba, pues, en generar la *existencia* de las frutas profanas reales y en decir de la manera más misteriosa que existen manzanas, peras, almendras y pasas. Pero las manzanas, peras, almendras y pasas que reencontramos en el mundo especulativo son únicamente manzanas *aparentes*, peras *aparentes*, almendras y pasas *aparentes*, pues todas ellas son fases vitales de «*la fruta*», de ese *ente intelectual* abstracto, y por tanto ellas mismas *entes intelectuales* abstractos. Por ende, lo que regocija en la especulación es volver a encontrar todas las frutas reales, pero como frutas que revisten una importancia mística superior, que han surgido del éter de tu cerebro y no del suelo material, que son encarnaciones de «*la fruta*», del *sujeto absoluto*. Por consiguiente, si a partir de la abstracción, del ente intelectual *sobrenatural* denominado «*la fruta*», retornas a las frutas *naturales* reales, habrás conferido en cambio un significado sobrenatural también a las frutas naturales y las habrás transformado en meras abstracciones. Ocurre que tu principal interés estriba en demostrar la *unidad* de «*la fruta*» en todas esas sus manifestaciones vitales, en la manzana, la pera, la almendra, o sea la *conexión mística* de esas frutas, y cómo en cada una de ellas «*la fruta*» se realiza *por etapas* y cómo, a título de ejemplo, prosigue *necesariamente* a partir de su existencia como uva pasa a su existencia como almendra. El valor de las frutas profanas, pues, *tampoco* consiste ya en sus propiedades *naturales*, sino en su propiedad *especulativa*, por medio de la cual asumen un puesto determinado en el proceso vital de «*la fruta absoluta*».

El hombre común no cree decir nada extraordinario cuando afirma que existen manzanas y peras. Pero el filósofo, cuando expresa esa exis-

tencia de manera especulativa, ha afirmado algo *extraordinario*. Ha llevado a cabo un *milagro*, ha generado, a partir del *ente intelectual* irreal «la fruta», los *entes naturales* reales la manzana, la pera, etc.; esto es, a partir de su *propia razón abstracta* —que él se representa como un sujeto absoluto existente al margen de sí mismo, en el presente caso como «la fruta»—, ha *creado* esas frutas, y en cada existencia enunciada por él ejecuta un acto de creación.

Se sobrentiende que el filósofo especulativo sólo puede llevar a efecto esta creación continua al injerir de manera artificiosa, como determinaciones *inventadas* por él, propiedades generalmente conocidas, preexistentes en la contemplación real, de la manzana, de la pera, etc.; al dar los *nombres* de las cosas reales a aquello que sólo puede crear la razón abstracta, esto es, a las fórmulas intelectuales abstractas; por último, al declarar que su *propia* actividad, por medio de la cual *pasa* de la idea de la manzana a la idea de la pera, es la *autoactividad* del sujeto absoluto, de «la fruta».

En lenguaje especulativo, esta operación se denomina comprender la *substancia* como *sujeto*, como *proceso intrínseco*, como *persona absoluta*, y esta comprensión constituye el rasgo esencial del método *hegeliano*.

Era necesario adelantar estas observaciones para que el señor Szeliga se volviera inteligible. Si hasta ahora el señor Szeliga había disuelto en la categoría del misterio relaciones reales, como por ejemplo el derecho y la civilización, convirtiendo así «*al* misterio» en la substancia, sólo ahora se eleva al nivel verdaderamente especulativo, al nivel de *Hegel*, y transforma «*el* misterio» en un sujeto autónomo que se *encarna* en las situaciones y personas reales y cuyas manifestaciones vitales son condesas, marquesas, grisetas⁴⁰, porteros, notarios, charlatanes e intrigas amorosas, bailes, puertas de madera, etc. Luego de generar la categoría «*el* misterio» a partir del mundo real, el señor Szeliga genera el mundo real a partir de esa categoría.

Los misterios de la *construcción especulativa* se revelan con tanta *mayor evidencia* en la exposición del señor Szeliga, por cuanto éste aventaja indiscutiblemente a *Hegel* en *dos aspectos*. El primero es que *Hegel*, con sofisticada maestría, sabe presentar como proceso del propio ente intelectual imaginado, del sujeto absoluto, el proceso a través del cual el filósofo pasa de un objeto a otro por medio de la contemplación sensorial y de la idea. Pero además es muy frecuente que *Hegel*, en el marco de la exposición *especulativa*, ofrezca una exposición *real* que aprehende

40. *Grisette*: obrera joven y coqueta.

la *cosa* misma. Este desenvolvimiento real *dentro* del desenvolvimiento especulativo induce al lector en el error de considerar real el desarrollo especulativo y especulativo el desarrollo real.

En el caso del señor Szeliga ambos inconvenientes desaparecen. Su dialéctica carece de toda hipocresía y disimulo. Ejecuta su juego de manos con loable honradez y la rectitud más irreprochable. Pero de esta manera no expone *en ninguna parte* un solo *contenido real*, con lo cual, en él, la construcción especulativa se presenta ante los ojos desprovista de todo aditamento molesto, de todo encubrimiento anfibológico, en su desnuda belleza. En el caso del señor Szeliga se aprecia también de la manera más esplendorosa cómo por un lado la especulación, con aparente libertad, crea a partir de sí misma y *a priori* su objeto, pero por otra parte, y precisamente porque pretende eliminar a fuerza de sofismas la dependencia natural y racional con respecto al *objeto*, cómo cae en la *servidumbre* más irracional e innatural bajo el objeto, cuyas determinaciones más casuales e individuales se ve obligada a construir como absolutamente necesarias y generales.

3. «El misterio de la sociedad culta»

Después que Eugène Sue nos ha guiado por los estratos más bajos de la sociedad, por ejemplo, por las tabernas de los maleantes, nos traslada a la haute volée,⁴¹ a un *baile* en el barrio de Saint-Germain.

El señor Szeliga construye de la siguiente manera esa *transición*:

«Con un... cambio de frente, *el* misterio procura sustraerse a la observación; hasta el presente se contraponía, como lo absolutamente enigmático, lo que eludía toda contención y comprensión, lo negativo, a lo verdadero, a lo real, a lo positivo; ahora se introduce en esto último como su *contenido invisible*. Pero con ello se desvanece también la posibilidad⁴² incondicional de ser conocido».

«El misterio», que hasta el presente se contraponía a lo «verdadero», lo «real», lo «positivo», o sea al derecho y a la cultura, «se introduce ahora en esto último», o sea en la región de la cultura. Que la haute volée sea la región exclusiva de la cultura es un *mystère*, si no *de*

41. Alta sociedad.

42. En la *Allgemeine Literatur-Zeitung*: imposibilidad.

París, cuando menos *para* París. No es que el señor Szeliga pase de los misterios del hampa a los misterios de la sociedad aristocrática, sino que «*el misterio*» se convierte en el «*contenido invisible*» de la sociedad culta, en su *verdadera esencia*. No se trata de «*un nuevo cambio de frente*» del señor Szeliga para poder hilvanar nuevas observaciones, sino de que «*el misterio*» adopta este «*nuevo cambio de frente*» para sustraerse a la observación.

El señor Szeliga, antes de empeñarse efectivamente en seguir a Eugène Sue hacia donde lo impulsa su corazón, o sea al baile aristocrático, echa mano todavía de los *hipócritas* cambios de frente de la especulación que construye *a priori*:

«Es de *prever, naturalmente*, que “el misterio” se habrá de *elegir* un firme recinto para su ocultamiento, y *de hecho, parecería* que estuviéramos ante una *impenetrabilidad insuperable*... por lo que... *puede esperarse* que, *en general*,... *sin embargo*, sea *imprescindible aquí* un nuevo intento de penetrar en el meollo».

Suficiente. El señor Szeliga ha ido tan lejos que el

«*sujeto metafísico*, el misterio, irrumpe ahora leve, desenvuelta, coquetamente».

Ahora bien, para transformar la sociedad aristocrática en un «*misterio*», el señor Szeliga formula algunas reflexiones sobre la «*cultura*». No hace más que presuponer atributos de la sociedad aristocrática que a nadie se le ocurriría buscar en ella, para tropezar *a posteriori* con el «*misterio*» de que no los posee. Acto continuo hace pasar ese descubrimiento por el «*misterio*» de la sociedad culta. Así, por ejemplo, el señor Szeliga se pregunta si «*la razón universal*» —¿la lógica especulativa, talvez?— constituye el contenido de las «*amigables pláticas*» de esa sociedad, si «*sólo el ritmo y la medida del amor*» la «*convierten en un todo armónico*», si «*lo que denominamos cultura general es la forma de lo general, de lo eterno, de lo ideal*», esto es, si lo que denominamos cultura es una ilusión metafísica. Ante estas preguntas, el señor Szeliga puede profetizar *a priori* con toda facilidad:

«*Por lo demás*, la respuesta resultará negativa... es algo que puede esperarse».

En la novela de Eugène Sue la transición del mundo inferior al mundo distinguido es una transición novelesca común y corriente. Los *disfraces de Rudolph*, príncipe de Geroldstein,⁴³ lo introducen en los estratos inferiores de la sociedad, así como su rango le permite acceder a los círculos superiores de la misma. De esta suerte, camino del baile aristocrático, Rudolph tampoco reflexiona, en modo alguno, acerca de los contrastes de las actuales condiciones mundiales; los que le resultan *excitantes* son sus *proprios* disfraces que contrastan. A los más dóciles de sus compañeros de andanzas les revela lo extremadamente interesante que encuentra a su propia persona en las diversas situaciones:

«Je trouve», dice, «assez de piquant dans ces contrastes: un jour peintre en éventails, m'établant dans un bouge de la rue aux Fèves; ce matin commis marchand offrant un verre de cassis à Madame Pipelet, et ce soir... un des privilégiés par la grâce de dieu, qui règnent sur ce monde».⁴⁴

Introducida en el baile, canta la crítica crítica:

Me abandonan casi el sentido y la razón,
¡heme aquí entre los potentados!⁴⁵

La crítica se deshace en *ditirambos* de este tenor:

«Se goza aquí del fulgor del sol en plena noche, del verde primaveral y el esplendor veraniego trasladados al instante, como por arte de encantamiento, al medio de la estación invernal. Nuestro estado de ánimo, asimismo, nos predispone a creer en el milagro de la presencia divina en el pecho del hombre, ante todo porque la belleza y la gracia respaldan la convicción de que nos hallamos en la proximidad inmediata de ideales».(!!!)

¡Inexperto, crédulo, *crítico párroco de aldea*! ¡Sólo tu ingenuidad crítica puede hacer que te sientas instantáneamente trasladado desde un elegante salón parisiense de baile al supersticioso «estado de ánimo»

43. En el original de Sue: Geroldstein.

44. «Encuentro algo excitante en estos contrastes: un día, pintor de abanicos establecido en un cuartucho de la calle de Fèves; hoy de mañana, dependiente que le ofrece un vaso de licor de grosellas a la señora Pipelet, y esta noche... uno de esos privilegiados por la gracia de Dios que reinan sobre el mundo.»

45. Cita alterada del *Fausto* de Goethe, versos 2503-2504.

de creer en «el milagro de la presencia divina en el pecho del hombre» y que veas en leonas⁴⁶ de París «ideales inmediatos», ángeles vivos!

En su *untuosa* ingenuidad, el párroco crítico escucha oculto la conversación de las dos «más hermosas entre las hermosas», Clémence de Harville y la condesa Sarah MacGregor. Adivínese lo que quería «*escuchar*» de ellas:

«de qué manera podemos ser capaces de recibir esa *bendición* que son los hijos amados, de ser *la entera plenitud* de la felicidad de un marido». «Escuchamos,... nos asombramos,... no damos crédito a nuestros oídos».

Experimentamos una secreta alegría malévola al ver cómo el atisbante pastor sufre un desengaño. Las damas no conversan ni de «la bendición» ni de «la plenitud», ni tampoco de la «razón universal»; se trata, más bien, de «comentar una infidelidad cometida contra el esposo de la señora de Harville».

Acerca de una de las damas, la condesa MacGregor, recibimos la siguiente y candorosa explicación:

Fue «*tan emprendedora* que se convirtió en *madre de un niño a consecuencia* de un matrimonio secreto».

Desagradablemente impresionado por ese *espíritu de empresa* de la condesa, el señor Szeliga le pasa una severa reprimenda:

«Encontramos que todos los esfuerzos de la condesa se orientan a la obtención de su provecho individual, egoísta».

Y es más, del logro de su objetivo, del casamiento con el príncipe de Geroldstein, nada bueno se promete el señor Szeliga:

«de lo que *en absoluto* nos podemos prometer que ella se sirva de ese matrimonio para acrecentar la *felicidad de los súbditos* del príncipe de Geroldstein».

46. En el original alemán, «Löwinnen», traducción literal del francés «lionnes», que a su vez es un anglicismo tomado de «lion»: persona que está de moda en los círculos elegantes.

Con «seriedad llena de buenas intenciones», el puritano da término a su reprensión:

«Sarah» (la *empresadora* dama) «no es tal vez por lo demás una excepción en estos brillantes círculos, aun cuando sí una *cúspide*».

¡No tal vez por lo demás! ¡Aun cuando! ¿Y la «cúspide» de un círculo no sería acaso una excepción?

Respecto al carácter de otros dos ideales, la marquesa de Harville y la duquesa de Lucenay, nos enteramos:

Ellas «carecen del contentamiento del corazón». No han encontrado en el matrimonio el objeto del amor. Para ellas el amor en el matrimonio no ha dejado de ser un *misterio*, un misterio que el imperioso afán de sus corazones les impulsa a desvelar. *Ocurre así, pues*, que se abandonan al *amor misterioso*. Estas «víctimas» del «matrimonio sin amor» se «ven empujadas instintivamente a rebajar el amor mismo a algo exterior, a una llamada relación, y a mantener lo romántico, el *misterio*, para lo íntimo, lo vivificante, lo esencial del amor».

Debe apreciarse tanto más el mérito de este desenvolvimiento dialéctico, cuanto más disfruta el mismo de una aplicabilidad universal.

Por ejemplo, aquel a quien no le esté permitido *beber* en su propia casa y sin embargo experimente en sí mismo la necesidad de la bebida, buscará el «objeto» del beber «fuera» de la casa y se abandonará «así, pues», al *trago misterioso*. Y aun más, se verá impulsado a considerar el misterio como un ingrediente esencial del beber, por más que no rebaje el trago a algo meramente «exterior», indiferente, como tampoco lo hacen aquellas damas con el amor. Según la explicación del propio señor Szeliga, ellas no rebajan el amor, sino el matrimonio sin amor a lo que realmente es: algo exterior, una llamada relación.

¿Qué es», se nos dice a continuación, «el “*misterio*” del amor?»

Acabábamos de construir especulativamente que «el misterio» era la «*esencia*» de este tipo de amor. ¿Qué ha pasado que ahora tenemos que buscar el misterio del misterio, la esencia de la esencia?

«No», declama el párroco, «no los senderos umbríos entre los matorrales, no la penumbra *natural* de una noche de luna, no la producida artificialmente por preciosas cortinas y visillos, no el sonido suave y ensordecedor de las arpas y armonios, no el poder de lo prohibido...»

¡Cortinas y visillos! ¡Un sonido suave y ensordecedor! ¡Y por añadidura los *armonios*! ¡Que el señor párroco se quite la *iglesia* de la cabeza! ¿Quién concurriría con un armonio a un redez-vous amoroso?

«Todo esto» (cortinas y visillos y armonios). «no es más que lo *misterioso*.»

¿Y lo *misterioso* no sería el «misterio» del amor misterioso? No, en modo alguno:

«El misterio en el amor es lo estimulante, embriagador, ensordecedor, el *poder* de la *sensualidad*».

Con el sonido «suave y *ensordecedor*», el párroco ya estaba en posesión de lo ensordecedor. Si en vez de cortinas y armonios hubiera llevado una sopa de tortuga y champán, tampoco le habría faltado lo «*estimulante y embriagador*».

«Por cierto que no queremos desconocer», predica el santo varón, «el poder de la sensualidad, pero ésta sólo ejerce tal enorme imperio sobre nosotros porque la proscribimos de nuestro interior, porque no la reconocemos como nuestra propia naturaleza, de esa nuestra propia naturaleza que también estaríamos en condiciones de domeñar cuando pugnara por imponerse a expensas de la razón, del verdadero amor, de la fuerza de voluntad.»

A la manera de la teología especulativa, el pastor nos aconseja que *reconozcamos* a la sensualidad como nuestra *propia* naturaleza para que estemos luego en condiciones de *domeñarla*, esto es, de retirar ese reconocimiento. Sólo quiere domeñarla, es cierto, cuando trate de imponerse a expensas de la razón —la fuerza de voluntad y el amor en *contraposición* a la sensualidad no son más que la fuerza de voluntad y el amor de la razón—. También el cristiano no especulativo reconoce la *sensualidad*, en tanto la misma no se imponga a expensas de la verdadera razón —o sea de la fe—, del verdadero amor —o sea del amor a Dios—, de la verdadera fuerza de voluntad —o sea de la voluntad en Cristo—.

El párroco nos revela su verdadero pensamiento, acto continuo, al proseguir:

«Por tanto, si el amor deja de ser lo esencial del matrimonio, de la moralidad en general, la *sensualidad* se convierte en el misterio del amor,

de la moralidad, de la sociedad culta; sensualidad tanto en su acepción *exclusiva*, en cuanto es *vibración de los nervios, correntada ardiente* en las venas, como en el significado más amplio, en cuanto aquello que se erige en *apariencia* de poder espiritual, que se erige en afán de poder, en codicia, en ambición... La condesa MacGregor representa» la última acepción «de la sensualidad, la sensualidad como misterio de la sociedad culta».

El párroco da en la tecla. Para domeñar la *sensualidad* debe, ante todo, domeñar las *corrientes nerviosas* y la rápida *circulación de la sangre*. El señor Szeliga cree, en sentido «exclusivo», que la mayor temperatura corporal proviene del ardor de la sangre en las venas, ignora que los *animales de sangre caliente* se denominan de esta manera porque la temperatura de su sangre, al margen de pequeñas variaciones, se mantiene siempre en el mismo nivel. No bien los nervios dejan de vibrar y la sangre de arder en las venas, el *cuerpo pecador* —la sede de los apetitos sensuales— se convierte en *cadáver* y las almas pueden departir sin trabas acerca de la «razón universal», del «verdadero amor» y de la «moral pura». El pastor degrada la sensualidad a tal punto que suprime precisamente los elementos del amor sensual que exaltan a éste: la acelerada circulación sanguínea, que demuestra que el ser humano no ama con apática indolencia; las vibraciones nerviosas, que ligan con el cerebro el órgano que constituye el principal asiento de la sensualidad. Reduce el verdadero amor sensual a la *mecánica* *secretio seminis*⁴⁷ y masculla con un tristemente célebre teólogo alemán:

«No por el amor sensual, no por concupiscencia carnal, sino porque el Señor ha dicho: Creced y multiplicaos».

Comparemos ahora la construcción especulativa con la novela de Eugène Sue. Aquí no se hace pasar la *sensualidad* por el misterio del amor; éste consiste en misterios, aventuras, impedimentos, angustias, peligros y, principalmente, el poder de lo prohibido.

«Pourquoi», se nos dice, «beaucoup de femmes prennent-elles pourtant des hommes qui ne valent pas leurs maris? Parce que le *plus grand charme de l'amour* est l'attrait affriandant *du fruit défendu*... Avancez que, en retranchant de cet amour les craintes, les angoisses, les difficultés, les mystères, les dangers, il ne reste rien ou peu de chose, c'est-à-

47. Secreción seminal.

dire, l'amant... dans sa simplicité première... En un mot, ce serait toujours plus ou moins l'aventure de cet homme à qui l'on disait: "Pourquoi n'épousez-vous donc pas cette veuve, votre maîtresse?" — "Hélas, j'y ai bien pensé" — répondit-il — "mais alors je ne saurais plus où aller passer mes soirées".»⁴⁸

Mientras que el señor Szeliga declara expresamente que el *poder de lo prohibido* no constituye el misterio del amor, Eugène Sue, también expresamente, lo considera «el mayor encanto del amor» y el motivo de las aventuras amorosas extra muros.

«La prohibition et la contrebande sont inséparables en amour comme en marchandise.»⁴⁹

En oposición también a su exegeta especulativo, Eugène Sue afirma que:

«la propensión al encubrimiento y a la astucia, el gusto por los misterios y las intrigas, son una cualidad esencial, una inclinación natural y un instinto irresistible de la naturaleza femenina».

Lo único que molesta al señor Eugène Sue es la orientación de esa propensión y de ese gusto contra el *matrimonio*. Procura dar a los impulsos de la naturaleza femenina una aplicación más inocua, más útil.

Mientras que el señor Szeliga convierte a la condesa MacGregor en la representante de esa *sensualidad* que «se erige en apariencia de un poder espiritual», en Eugène Sue aquella es una *persona positiva en estado puro*.⁵⁰ Su «codicia» y su «orgullo», muy lejos de ser formas de la sensualidad, son productos de una razón abstracta, completamente inde-

48. «¿Por qué, sin embargo, tantas mujeres eligen como amantes hombres que no valen lo que sus maridos? Porque el *mayor encanto del amor* es el apetitoso atractivo del *fruto prohibido*... Admitid que si restamos de ese amor los temores, las angustias, las dificultades, los misterios, los peligros, no quedará nada o quedará muy poca cosa, esto es, el amante... en su simplicidad primera... En pocas palabras, estaríamos siempre, poco más o menos, ante la aventura de ese hombre a quien decían: "¿Por qué no se casa usted con esa viuda, que es su amante?" — "Sí que lo he pensado", respondió, "pero entonces ya no sabría dónde pasar las veladas".»

49. «La prohibición y el contrabando son inseparables, tanto en el amor como en el comercio.»

50. Literalmente, «hombre del intelecto abstracto». Alusión al concepto hegeliano de «intelecto» o «entendimiento» (*Verstand*) abstracto, como facultad limitada, por oposición a la amplitud dialéctica de la «razón» (*Vernunft*).

pendiente de la sensualidad. Eugène Sue hace notar expresamente, por eso, que

«las fogosas sugerencias del amor nunca hicieron latir su pecho de *hielo*, que *ninguna* sorpresa del *corazón* o de los *sentidos* podía perturbar los cálculos despiadados de esta mujer astuta, egoísta y ambiciosa».

El egoísmo del *entendimiento* abstracto, no afectado por disposiciones compasivas ni impregnado de sangre, constituye la característica esencial de esta mujer. De ahí que se describa su alma como «re seca e insensible», su espíritu como «hábil y perverso», su carácter como «solapado» y —lo que es muy típico de la persona positiva abstracta— como «absoluto», su capacidad de disimulo como «profunda». Dicho sea de paso, Eugène Sue explica el curso vital de la condesa tan absurdamente como lo hace con la mayor parte de sus personajes novelescos. Una vieja nodriza le mete en la cabeza que debe convertirse en una «testa coronada». Movida por esa ilusión, se pone a viajar para conseguir en dote una corona. A la postre, incurre en la inconsecuencia de tomar a un pequeño *Serenissimus*⁵¹ alemán por una «testa coronada».

Tras sus expectoraciones contra la *sensualidad*, nuestro santo crítico tiene que demostrar aún por qué Eugène Sue nos introduce a la haute volée en un baile, un método de introducción que se encuentra en casi todos los novelistas franceses, mientras que en el caso de los *ingleses* lo más frecuente es que ese ingreso al gran mundo se produzca en una partida de caza o en un castillo rural.

«Que Eugène Sue nos introduzca directamente al gran mundo en un baile es algo que no puede ser indiferente para esta concepción» (a saber, la del señor Szeliga) «ni ser allí» (en la construcción de Szeliga) «algo puramente fortuito».

Ahora se le han soltado las riendas al corcel, y éste, en pos de la necesidad, va trotando airoso por una serie de conclusiones que recuerdan al viejo Wolf:

«La *danza* es la manifestación más universal de la *sensualidad* como *misterio*. El *contacto* directo, el envolverse de ambos sexos (?) que condi-

51. Tratamiento que se dio en Alemania primero al emperador, más tarde también a los príncipes electores y por último, desde el siglo XVIII, al titular de cualquier principado.

ciona a la pareja, son permitidos en la danza, porque pese a las apariencias y a la dulce sensación que realmente» —¿realmente, señor párroco?— «se hace sensible allí, no se los considera sin embargo como un contacto y un envolvimiento *sensuales*» (¿sino acaso como universalmente racionales?).

Y ahora una proposición final, que a lo sumo danza sobre un talón:

«Pues si *de hecho* se los considerara *tales*, no podría comprenderse por qué la sociedad sólo practica esa indulgencia en el caso de la danza, mientras que, por el contrario, sanciona con un anatema tan severo *aquello que, si se quisiera* presentar con igual libertad en otra parte atraería hacia sí, como el atentado más imperdonable contra las buenas costumbres y el pudor, la censura y la repulsa más implacables».

El señor párroco no habla ni del *cancán* ni de la *polca*, sino de la danza pura y simple, de la *categoría* de la danza, que no es danzada en ninguna parte, salvo en su cráneo crítico. Si una sola vez contemplara un baile en la Chaumière de París, su alma cristiano-germánica se escandalizaría ante esa audacia, esa franqueza, ese espíritu travieso y gracioso, esa música de sensualísimos movimientos. Su propia «dulce sensación que realmente se hace sensible», haría «sensible» para él el que «de hecho no se pudiera comprender por qué mientras que los bailarines mismos, por el contrario», dejan en el espectador la impresión exaltante de una sensualidad franca y humana, «aquello, cuando se manifiesta de la misma manera en otra parte», esto es, en Alemania, se considera «como atentado imperdonable», etc., etc. ¡¡No porque también, por lo menos para decirlo así, no sólo deban ser y les esté permitido ser ante sus propios ojos seres humanos francamente sensuales, sino porque también pueden serlo y tienen que estar obligados a serlo!!

El crítico, por amor a la *esencia* de la *danza*, hace que se nos introduzca al *baile*. Tropieza con una grave dificultad. En este baile se baila, por cierto, pero sólo en la imaginación. Eugène Sue, en efecto, no gasta una sola palabra en la descripción de la danza. No se mezcla entre el tropel de los bailarines. Sólo utiliza el baile como ocasión para reunir al selecto grupo aristocrático. En su desesperación, «la crítica» le da una mano al autor, *complementariamente*, y su propia «fantasía» describe con facilidad escenas de baile, etc. Si Eugène Sue, en su descripción de las guaridas de los delincuentes y del lenguaje de éstos, se ajustó al precepto crítico y no demostró ningún interés directo en la caracterización de esos

escondrijos y de ese lenguaje, es necesario, en cambio, que le interese infinitamente la danza que no describe *él mismo*, sino su crítico, «desbordante de fantasía».

Prosigamos.

«*En realidad*, el misterio del tono y el tacto sociales —el secreto de esta extrema innaturalidad— es el anhelo de retornar a la naturaleza. Por eso, una personalidad como la de *Cecily* ejerce también un influjo tan electrizante en la sociedad culta, se ve coronado por éxitos tan insólitos. Para ella, que se crió como esclava entre esclavos, sin cultura, dependiendo únicamente de su naturaleza, esta naturaleza es la única fuente vital. Trasladada de improviso a una corte, sometida a la coerción y la moral, aprende rápidamente a mirar a través del misterio de las mismas... En esta esfera a la que puede dominar incondicionalmente —puesto que su poder, el poder de la naturaleza, es considerado como un enigmático sortilegio—, *Cecily* debe extraviarse de manera necesaria en la destemplanza, mientras que antaño, cuando aún era esclava, la misma naturaleza le enseñaba a prestar resistencia a toda exigencia indigna del poderoso dueño y a mantenerse fiel a su propio amor. *Cecily* es el *misterio revelado de la sociedad culta*. Los sentidos, relegados al olvido, rompen por fin los diques e irrumpen, tumultuosamente, en el mayor desenfreno», etcétera.

El lector del señor Szeliga que no conozca la novela de Sue, creará inevitablemente que *Cecily* es la reina del baile descrito. En la novela está presa en un correccional alemán, mientras en París se baila.

Cecily, como esclava, se mantiene fiel al médico negro David porque lo ama «con pasión» y porque su propietario, el señor Willis, la corteja «*brutalmente*». Su transición a un modo de vivir disoluto se explica con toda facilidad. Trasladada al «mundo europeo», se «ruboriza» de «estar casada con un negro». Llegada a Alemania, «*de inmediato*» la corrompe un sujeto depravado y se impone la sangre india de *Cecily*, sangre que el hipócrita señor Sue, por amor a la *douce morale*⁵² y al *doux commerce*,⁵³ se ve forzado a caracterizar como una «*perverté naturelle*».⁵⁴

El misterio de *Cecily* es la *mestiza*. El misterio de su sensualidad es la *fogosidad tropical*. En sus hermosos poemas a Éléonore, Parny ha cele-

52. Dulce moral.

53. Dulce comercio.

54. «Perversidad natural.»

brado a la mestiza. En más de cien relatos de viajes puede leerse lo peligroso que es para el marinero francés.

«Cecily était le type incarné de la sensualité brûlante, qui ne s'allume qu'au feu des tropiques... Tout le monde a entendu parler de ces filles de couleur, pour ainsi dire mortelles aux Européens, de ces vampyrs enchanteurs, qui, enivrant leurs victimes de séductions terribles.. ne lui laissent, selon l'énergique expression du pays, que ses larmes à boire, que son coeur à ronger.»⁵⁵

Muy lejos de ejercer Cecily su influjo, de manera tan mágica, precisamente sobre hombres indolentes, de formación aristocrática...

«les femmes de l'espèce de Cecily exercent une action soudaine, une omnipotence magique sur les hommes de *sensualité brutale* tels que *Jacques Ferrand*».⁵⁶

¿Y desde cuándo hombres como Jacques Ferrand representan la sociedad distinguida? Pero la crítica crítica estaba obligada a construir a *Cecily* como etapa en el proceso vital del misterio absoluto.

4. «El misterio de la probidad y de la devoción»

«El misterio en cuanto *el* de la sociedad culta, *justamente*, se introduce en *lo interior* a partir de la *antítesis*. *Ello no obstante*, el gran mundo tiene *a su vez* en exclusividad *sus* círculos, en los cuales custodia el sagrario. Es, *como quien dice*, la capilla para ese sancta-sanctórum. *Mas* para quienes están en el atrio, la capilla misma es *el* misterio. En su posición exclusiva, la cultura es *pues* para el pueblo lo mismo... que la tosquedad es para la persona culta.»

Justamente — ello no obstante, a su vez — como quien dice — mas — pues — tales son los ganchos mágicos que cierran el anillo formado por

55. «Cecily era el prototipo de la sensualidad ardiente, que sólo se enciende bajo el fuego del trópico... No hay quien no haya oído hablar de esas jóvenes de color, mortales por así decir para los europeos, de esos vampiros encantadores que embriagando a sus víctimas con sus seducciones terribles... no les dejan, según la enérgica expresión local, más que sus lágrimas para beber, su corazón para roer.»

56. «...las mujeres del tipo de Cecily ejercen un influjo súbito, una omnipotencia mágica sobre hombres de *sensualidad brutal* como *Jacques Ferrand*.»

la *cadena de desenvolvimientos especulativos*. El señor Szeliga ha hecho que *el* misterio, procedente de la esfera del delito, se introduzca en la haute volée. Hace falta ahora que construya el misterio consistente en que el mundo distinguido tenga sus círculos *exclusivos* y en que los misterios de estos círculos sean misterios para el pueblo. Para esta construcción se requiere, además de los ganchos mágicos ya mencionados, la transformación de un *círculo* en una *capilla* y del mundo no aristocrático en el *atrio* de esa capilla. Una vez más, es un misterio *para* París eso de que todas las esferas de la sociedad burguesa no constituyan más que un atrio para la capilla de la haute volée.

El señor Szeliga persigue dos objetivos. El primero consiste en que *el* misterio que se ha encarnado en el círculo exclusivo de la haute volée debe seguir definiéndose como «*bien común del mundo*». El segundo: se debe construir al *notario Jacques Ferrand* como miembro vitalicio del misterio. Procede de la siguiente manera:

«La cultura aún no puede ni quiere introducir en su círculo a todos los estamentos y a todas las divisas. Sólo el *cristianismo* y la *moral* se hallan en condiciones de fundar imperios universales en esta tierra».

Para el señor Szeliga la cultura, la civilización, es idéntica a cultura *aristocrática*. De ahí que no pueda advertir que *la industria y el comercio* fundan imperios universales completamente diferentes al cristianismo y la moral, la felicidad familiar y el bienestar de los ciudadanos. ¿Pero cómo llegamos al *notario Jacques Ferrand*? ¡De manera sencillísima!

El señor Szeliga transforma el *cristianismo* en una cualidad *individual*, en la «*devoción*», y la *moral* en otra cualidad *individual*, la «*probidad*». Resume estas dos cualidades en *un* individuo al que bautiza *Jacques Ferrand* porque Jacques Ferrand no posee las dos cualidades, sino que las simula. Jacques Ferrand es ahora el «misterio de la probidad y de la devoción». El «testamento» de Ferrand, por el contrario, es «el misterio de la devoción y la probidad *aparentes*», o sea, no de la devoción y la probidad mismas. Si la crítica crítica quería construir ese testamento como misterio, lo que debió hacer es declarar que la probidad y la devoción aparentes eran el misterio de ese testamento, y no, a la inversa, declarar que ese testamento era el misterio de la probidad aparente.

Mientras que los notarios de París vieron en Jacques Ferrand un vitriólico libelo dirigido contra ellos y lograron que la censura teatral eliminara de la puesta en escena de los *Mystères de Paris* al personaje, la crítica crítica, en el mismo instante en que «*polemiza contra el reino aéreo*

de los conceptos» no ve en un notario parisiense un notario parisiense, sino religión y moral, probidad y devoción. El proceso del notario *Lehon* tendría que haberla ilustrado debidamente. La posición que ocupa el *notario* en la novela de Eugène Sue coincide exactamente con su posición oficial.

«Les notaires sont au temporel ce qu'au spirituel sont les curés; ils sont les *dépositaires de nos secrets*.»⁵⁷ (Montiel, *Hist[oire] des français des divers] états*, etc., t. IX, pág. 37.)

El notario es el confesor secular. Es *puritano* de profesión, y la «honradez», dice Shakespeare, «no es ningún puritano». El notario es el alcahuete para todo servicio, el conductor de todas las intrigas y maquinaciones burguesas.

Con el notario Ferrand, cuyo misterio íntegro se reduce a la hipocresía y a su condición de notario, parecería que no hemos avanzado un solo paso, pero préstese atención:

«Ahora bien, si para el notario la hipocresía es cosa de la conciencia más plena y por el contrario es para madame Roland, *por así decirlo*, un instinto, entre aquél y ésta se encuentra *pues* la gran masa de los que no pueden descubrir el misterio y, sin embargo, sienten espontáneamente que su obligación sería descubrirlo. No es, pues, la superstición lo que impulsa a potentados y plebeyos a visitar la lúgubre morada del charlatán Bradamanti (el abate Polidori); no, es la búsqueda *del* misterio para quedar justificados ante el mundo».

«Potentados y plebeyos» no afluyen a la casa de Polidori para encontrar un misterio determinado, justificado ante todo el mundo; «potentados y plebeyos» buscan en la morada de aquél *el* misterio puro y simple, el misterio como sujeto absoluto, *para* justificarse ante el mundo, algo así como si para cortar leña se buscara no un hacha, sino *el* instrumento en abstracto.

Todos los misterios que posee Polidori se reducen a un preparado que hace abortar a las mujeres encintas y a un veneno para matar. En su manía especulativa, el señor Szeliga hace que el «asesino» recurra al veneno de Polidori «porque no quiere ser un asesino, sino que lo respeten, lo amen, lo honren», ¡como si en un asesinato lo que preocupara

57. «Los notarios son en el dominio temporal lo que en el dominio espiritual son los curas: los depositarios de nuestros secretos.»

fuera el respeto, el amor, la honra, y no salvar el *pellejo*! Pero el asesino *crítico* no se incomoda por su pellejo, sino por «el misterio». Puesto que no todas las personas asesinan ni quedan embarazadas de manera objetable por las ordenanzas policiales, ¿cómo habría de poner Polidori a *todo el mundo* en la deseada posesión del misterio? Muy probablemente el señor Szeliga confunde al charlatán Polidori con el erudito *Polidori Virgilio*, que vivió en el siglo XVI y que no descubrió por cierto misterio alguno, pero procuró convertir la historia de los descubridores de misterios, de los *inventores*, en «bien común del mundo». (Véase *Polidori Virgilii Liber de rerum inventoribus*, Lugduni, MDCCVI.)

El misterio, el misterio absoluto, tal como se constituye por último en cuanto «bien común del mundo», consiste pues en el misterio de cómo abortar y de cómo envenenar. *El* misterio no podía convertirse más adecuadamente en «bien común del mundo» que convirtiéndose en misterios que no son misterio para nadie.

5. «El misterio, una burla»

«*Ahora*, el misterio se ha convertido en bien común, en el misterio de todo el mundo y de cada uno. O bien es mi arte o mi instinto, o bien puedo comprármelo como mercancía adquirible.»

¿*Qué* misterio se ha convertido ahora en bien común del mundo? ¿El misterio de la ilegalidad en el estado o el misterio de la sociedad culta o el misterio de la adulteración de mercancías o el misterio de cómo fabricar agua de colonia o el misterio de la «crítica crítica»? ¡Ninguno de ellos, sino *el* misterio *in abstracto*, la categoría del misterio!

El señor Szeliga intenta presentar a los *criados* y al *portero Pipelet*, *acompañado por su mujer*, como encarnación del misterio absoluto. Quiere construir especulativamente a los *criados* y al *portero del* «misterio». ¿Pero cómo se las arregla ahora para precipitarse desde la *categoría pura* hasta el «*lacayo*» que «*espía a través de la puerta trancada*», desde el *misterio como sujeto absoluto*, que truena sobre la *techumbre* en el cielo encapotado de la abstracción, hasta la planta baja en la que se encuentra la portería?

Por de pronto, hace que la categoría del misterio recorra un proceso especulativo. Una vez que el misterio, gracias a los medios para abortar y para envenenar, se ha convertido en bien común del mundo, aquél

«*ya no es pues, en lo más mínimo, lo oculto e inaccesible mismo, sino que se oculta, o todavía mejor*» —¡siempre mejor!— «*yo lo oculto, lo hago inaccesible*».

Con esta transformación del misterio absoluto, a partir de la *esencia* hasta el concepto; a partir del estadio *objetivo* en que es lo oculto mismo, hasta el estado *subjetivo* en que se oculta o, todavía mejor, en que «*yo lo*» oculto, no hemos avanzado un solo paso. La dificultad, por el contrario, parece acrecentarse, porque un misterio en la cabeza humana y en el pecho humano es más inaccesible y está más oculto que en el fondo del mar. De ahí que el señor Szeliga le dé una mano *directamente* a su progreso *especulativo* por medio de un progreso *empírico*.

«*Las puertas trancadas* —¡atención, atención!— son aquello tras lo cual, *a partir de ahora*» —¡a partir de ahora!— «se urde, se fabrica y se perpetra el misterio.»

«*A partir de ahora*» el señor Szeliga transforma el *yo* especulativo del misterio en una realidad muy empírica, muy *de madera y sólida*: en una *puerta*.

«*Pero con ello*» —esto es, con la puerta trancada y no con la transición desde la esencia trancada hasta el concepto— «está dada *también* la *posibilidad* de que yo atisbe, sonsaque, espíe al misterio.»

No es un «misterio» descubierto por el señor Szeliga el hecho de que se puede escuchar a escondidas tras una puerta cerrada. El proverbio masivo, incluso, atribuye oídos a las paredes. Por el contrario, es un misterio especulativo y totalmente crítico el que sólo «a partir de ahora», luego del descenso a los infiernos a través de las guaridas de los delincuentes, tras el ascenso a los cielos en la sociedad culta y luego de los prodigios de Polidoro, se pueda urdir misterios *detrás* de puertas trancadas y espiar esos misterios *ante* dichas puertas. Es un misterio crítico igualmente grande el que las puertas trancadas constituyan una *necesidad categórica* tanto para urdir, fabricar y perpetrar misterios —¡cuántos misterios no se urden, fabrican ni perpetran en lo intrincado de un monte!— como para espiarlos.

Luego de esa brillante proeza dialéctica, el señor Szeliga, como es natural, pasa del *acto de fisgar* a las *razones del acto de fisgar*. Manifiesta aquí el misterio de que la *alegría malévola* es la razón del acto de fis-

gar. De la alegría malévola pasa luego a la *razón de la alegría malévola*.

«Cada cual quiere ser mejor que el otro», dice el señor Szeliga, «porque no sólo mantiene en secreto los móviles de sus buenas acciones, sino que procura encubrir por entero, en las tinieblas más impenetrables, sus malas acciones.»

La frase debería decir, a la inversa: cada cual no sólo mantiene en secreto los móviles de sus buenas acciones, sino que procura encubrir por entero, en las tinieblas más impenetrables, sus malas acciones porque quiere ser mejor que el otro.

Habíamos pasado ya del *misterio que se oculta a sí mismo* al *yo* que lo oculta, del *yo* a la *puerta trancada*, de la *puerta trancada* al *acto de fisgar*, del *acto de fisgar* a la *razón del acto de fisgar*, a la alegría malévola, de la *alegría malévola* a la *razón de la alegría malévola*, al *querer ser mejor*. Pronto tendremos también la alegría de ver cómo el *lacayo* monta guardia ante la puerta trancada. El *querer-ser-mejor* general nos lleva directamente, en efecto, a que «todos tienen la propensión a descubrir los misterios de los demás», y a esto se agrega, con toda desenvoltura, la ingeniosa observación siguiente:

«La posición *más favorable*, en este respecto, la ocupan los *criados*».

Si el señor Szeliga hubiera leído las memorias basadas en los archivos policiales parisienses, las memorias de Vidocq, el *Livre noir* y obras similares, habría aprendido que la *policía* ocupa, en este respecto, una posición aun más favorable que la «más favorable» ocupada por los criados, que sólo utiliza a los criados para los servicios más burdos, que no monta guardia ante la puerta ni junto al *négligé* del amo sino que se desliza bajo la ropa de cama, junto a su cuerpo desnudo, en la figura de una *femme galante* o incluso de la esposa. En la novela de Sue, inclusive, el soplón policial Bras Rouge desempeña un papel principal en la peripecia.

Lo que «a partir de ahora» le molesta al señor Szeliga en los criados es que no sean suficientemente «*desinteresados*». Este *reparo crítico* le allana el camino que lleva al *portero Pipelet, acompañado de su mujer*.

«La posición del portero, en cambio, le confiere una relativa independencia, necesaria para repartir burlas a granel, libres y desinteresadas, aunque groseras e hirientes, sobre los misterios de la casa.»

Para empezar, la construcción especulativa acerca del portero queda muy malparada porque en muchísimas casas de París el criado y el portero son una y la misma persona para cierta parte de los inquilinos.

En lo que respecta a la fantasía crítica acerca de la posición relativamente independiente y desinteresada del portero, puede juzgarse sobre aquélla luego de considerar los hechos siguientes. El portero parisiense es el representante y espía del propietario de la casa. Las más de las veces no es éste quien paga el sueldo de aquél, sino los inquilinos. Debido a esta situación precaria, suele combinar el negocio del comisionista con su empleo oficial. Durante el Terror, el Imperio y la Restauración el portero fue un agente fundamental de la policía secreta. Así, por ejemplo, al general Foy lo vigilaba su portero, que le pasaba a un agente policial, destacado en las cercanías a tales efectos, la correspondencia dirigida al primero. (Véase Froment, *La police dévoilée*.) De ahí que «portier» y «épicier»⁵⁸ sean nombres injuriosos, y que el portero mismo quiera que se le llame «concierge».⁵⁹

Eugène Sue está tan lejos de describir a madame Pipelet como «desinteresada» e inofensiva, que acto seguido, más bien, hace que engañe a Rudolph en el cambio de dinero, que le recomiende la tramposa prestamista sobre prendas que vive en su casa, que le describa a Rigolette como una amiguita que puede resultarle agradable, que hostigue al comandante porque éste paga mal y regatea con ella —en su furia lo denomina «commandant de deux liards»,⁶⁰ «ça t'apprendra à ne donner que douze francs par mois pour ton ménage»—,⁶¹ porque él tiene la «petitesse»⁶² de no perder de vista su leña. Ella misma comunica la razón de su comportamiento «independiente». El comandante no paga más que doce francos por mes.

En el señor Szeliga «Anastasia Pipelet, *en cierto modo*», tiene que «desencadenar la guerrilla contra *el* misterio».

En Eugène Sue, Anastasia Pipelet representa a la *portière parisiense*. El novelista quiere «dramatizar la portière magistralmente dibujada por el señor Henri Monier». Pero el señor Szeliga tiene que transformar una de las cualidades de madame Pipelet, la «*médisance*»,⁶³ en un ente aparte y luego convertir a madame Pipelet en la representante de ese ente.

58. «Tendero.»

59. «Conserje.»

60. «Comandante de dos centavos.»

61. «Esto te enseñará a no pagar nada más que doce francos por tu casa.»

62. «Mezquindad.»

63. «Maledicencia.»

«El marido», prosigue el señor Szeliga, «el portero Alfred Pipelet, está al lado de ella, pero con menos fortuna.»

Para consolarlo por ser desafortunado, el señor Szeliga lo convierte también en una *alegoría*. Pipelet representa el lado «*objetivo*» del misterio, el «*misterio como burla*».

«El misterio ante el que sucumbe es una burla, una mala pasada que le juegan.»

Y es más, en su compasión infinita la dialéctica divina convierte a ese «hombre desafortunado, viejo, chocho», en un «*hombre vigoroso*» en *sentido metafísico*, puesto que representa un momento muy digno, muy afortunado y decisivo en el proceso vital del misterio absoluto. La victoria sobre Pipelet es

«*la derrota más decisiva del misterio*». «Un hombre prudente, animoso, no se dejará engañar por la *bufonada*.»

6. Reidora (*Rigolette*)

«Resta un paso por dar. El misterio es impulsado por *su propia consecuencia*, como hemos visto en el caso de Pipelet y por Cabrion, a rebajarse al nivel de mera bufonada. De lo que se trata, *únicamente*, es de que el individuo ya no se preste a desempeñar la estúpida comedia. Reidora dio este paso de la manera más despreocupada del mundo.»

Cualquiera puede desvelar en un lapso de dos minutos el misterio de esta bufonada especulativa e incluso aprender a aplicarlo. Brindaremos unas breves instrucciones al respecto.

Tarea: debes construir especulativamente para mí la manera en que el hombre se convierte en señor de los animales.

Solución especulativa: supongamos que estén dados media docena de animales, a modo de ejemplo el león, el tiburón, la víbora, el toro, el caballo y el perro faldero. De estos seis animales abstrae la categoría *el* «animal». Representate *el* «animal» como ente independiente. Considera el león, el tiburón, la víbora, etc., como disfraces, como encarnaciones *del* «animal». Así como has convertido tu fantasía, *el* «animal»

de tu abstracción, en un ente real, habrás de convertir ahora a los animales reales en entes de la abstracción, de tu fantasía. Adviertes que el «animal» —que en el *león* desgarrar al hombre, en el *tiburón* se lo engulle, en la *víbora* lo envenena, en el *toro* lo bota de una cornada y en el *caballo* le da de coces—, en su existencia como *perro faldero* ya sólo le ladra y convierte la lucha contra el hombre en un mero *simulacro de combate*. El «animal» se ve impulsado por su *propia consecuencia*, como hemos visto en el caso del *perro faldero*, a rebajarse al papel del *mero bufón*. Si bien sólo un niño o un hombre aniñado huyen de un perro faldero, de lo que se trata, únicamente, es de que el individuo ya no se preste a desempeñar la estúpida comedia. El individuo X da este paso de la manera más despreocupada del mundo mientras que hace actuar su caña de bambú contra el perro faldero. Ves cómo *el* hombre, por medio del individuo X y del perrito faldero, se ha convertido en amo *del* «animal», por tanto de los animales, y cómo en el *animal como perro faldero* ha sojuzgado al *león como animal*.

De manera análoga, la «Reidora» del señor Szeliga, por mediación de Pipelet y de Cabrion, se impone sobre los misterios de la actual situación mundial. ¡Y todavía más! Ella misma es una realización de la categoría *el* «misterio».

«Ella misma aún no es consciente de su alto valor moral, y por eso aún es un misterio para sí misma.»

Eugène Sue hace que Murph enuncie el misterio de la Rigolette *no* especulativa. Es ésta «une fort jolie *grisette*». Eugène Sue ha descrito en ella el carácter amable y humano de la *grisette* parisiense. Sólo que, una vez más a causa de su devoción por la burguesía y de su personalísimo sentimentalismo, tuvo que idealizar *moralmente* a la *grisette*. Tuvo que limar los rasgos destacados de su carácter, especialmente su despreocupación acerca de la forma del matrimonio, su relación ingenua con el *étudiant* o con el *ouvrier*. Precisamente en este respecto surge un contraste verdaderamente humano con la santurrona, mezquina, egoísta esposa del burgués, con todo el círculo de la burguesía, vale decir, con el círculo oficial.

7. *La situación mundial de los Misterios de París*

«Este mundo de los misterios es *ahora* la situación mundial general, a la cual se ha traspuesto la acción individual de los *Misterios de París*.»

Antes de que el señor Szeliga, «a pesar de todo», pase a la «*reproducción filosófica* del acontecimiento épico», debe aún «resumir en un cuadro de conjunto los diversos bosquejos individuales trazados con anterioridad».

Cuando el señor Szeliga dice que quiere pasar a la «reproducción filosófica» del acontecimiento épico, su afirmación debe considerarse como una verdadera confesión, como una revelación de su misterio crítico. Hasta ahora lo que ha hecho es «reproducir filosóficamente» la situación mundial.

El señor Szeliga sigue adelante en su confesión:

«De su exposición resulta que los diversos misterios considerados individualmente no tienen valor de por sí, cada uno separado de los demás, que ninguno de ellos es una gran novedad escandalosa, sino que su valor consiste en que constituyen una *serie orgánicamente articulada*, cuya *totalidad* es el “*misterio*”».

Ya predispuesto a sincerarse, el señor Szeliga da nuevos pasos. Confiesa que la «*serie especulativa*» no es la verdadera serie de los *Mystères de Paris*.

«Por cierto, los misterios no se presentan en nuestra epopeya con arreglo a la sucesión de esta *serie que se conoce a sí misma*» (¿a precio de costo?). «*Pero tampoco* tenemos que ver con el *organismo libre* de la crítica, organismo que yace al aire libre, sino con una *misteriosa existencia vegetal*.»

Hacemos caso omiso del resumen del señor Szeliga y pasamos de inmediato al punto que constituye la «transición». Hemos experimentado, en el caso de Pipelet, el «autoescarnio del misterio».

«En el autoescarnio, el misterio se censura a sí mismo. *Con ello* los misterios, que en última instancia se aniquilan a sí mismos, incitan a los caracteres fuertes a probarse a sí mismos.»

Rudolph, príncipe de Geroldstein, *el hombre de la «crítica pura»*, está destinado a esta prueba y a la *«revelación de los misterios»*.

Cuando nos ocupemos más tarde de Rudolph y de sus hazañas, luego de que hayamos perdido de vista por algún tiempo al señor Szeliga, es de prever —y hasta cierto punto el lector puede barruntarlo, e incluso conjeturarlo sin mayores pretensiones— que en lugar de la *«misteriosa existencia vegetal»* que asume el señor Szeliga en la crítica *Literatur-Zeitung*, lo convertiremos más bien en un «miembro lógico, que yace al aire libre», del *«organismo de la crítica crítica»*.

Capítulo VI

LA CRÍTICA CRÍTICA ABSOLUTA O LA CRÍTICA CRÍTICA COMO EL SEÑOR BRUNO

1. *Primera campaña de la crítica absoluta*

a) *El «espíritu» y la «masa»*

Hasta el presente, la crítica crítica parecía estar ocupada, en mayor o menor medida, en la elaboración crítica de diversos objetos *masivos*. Ahora nos encontramos con que se ocupa del objeto absolutamente crítico, *de sí misma*. Hasta el presente, extraía su gloria relativa de la humillación, reprobación y mudanza críticas de *determinados* objetos y personas masivos. Ahora extrae su gloria *absoluta* de la humillación, reprobación y mudanza de la masa en general. A la crítica relativa se le oponían límites relativos. A la crítica absoluta se le contraponen el límite absoluto, el límite de la masa, la masa como límite. La crítica relativa, en su antítesis con límites determinados, era ella misma, necesariamente, un individuo *limitado*. La crítica absoluta, en su antítesis con el límite *general*, con el límite en sentido absoluto, es necesariamente el individuo *absoluto*. Así como los diversos objetos y personas masivos se confunden en la papilla *impura* de la «masa», la crítica todavía aparentemente objetiva y personal se transforma en la «crítica pura». Hasta el presente, la crítica parecía ser, en mayor o menor medida, un *atributo* de los individuos críticos Reichardt, Edgar, Faucher, etc. Ahora la crítica es *sujeto*, y el señor Bruno su encarnación.

Hasta el presente, la *masividad* parecía ser, en mayor o menor medida, el atributo de los objetos y personas criticados; ahora objetos y personas han devenido «masa» y la «masa» se ha convertido en objeto y persona. En la relación entre la sabiduría crítica absoluta y la estupidez

masiva absoluta se han disuelto todas las relaciones críticas hasta aquí existentes. Esta *relación fundamental* aparece como el *sentido*, la *tendencia*, el *santo y seña* de las hazañas y combates críticos efectuados hasta nuestros días.

Conforme a su carácter absoluto, no bien entra en escena, la crítica «pura» pronuncia la «*frase programática*» distintiva, pero ello no obsta para que deba recorrer, en su condición de espíritu absoluto, un proceso dialéctico. Sólo al término de su movimiento celeste se realizará verdaderamente su concepto originario. (Véase Hegel, *Enzyklopädie*.)

«Hace pocos meses apenas», proclama la crítica absoluta, «todavía la masa creía poseer fuerzas gigantes y estar destinada a una dominación universal cuya proximidad creía poder contar ya con los dedos de las manos.»

El señor *Bruno Bauer*, en la *Buena causa de la libertad* (esto es, en su «*propia*» causa), en la *Cuestión judía*, etc., fue precisamente quien contaba con los dedos de las manos la proximidad de la inminente dominación universal, aunque confesaba que no podía indicar la fecha con exactitud. En el libro de los pecados cometidos por la masa anota la masa de sus propios pecados.

«La masa creía hallarse en posesión de muchas verdades para las que no necesitaba esclarecimiento alguno.» «Pero una *verdad* sólo se *posee* por entero... cuando se la sigue cabalmente a través de *sus* demostraciones.»

Para el señor Bauer, como para Hegel, la verdad es un *autómata* que se demuestra a sí mismo. El hombre tiene que *seguirla*. Al igual que en el caso de Hegel, el resultado del desarrollo real no es otra cosa aquí que la *verdad demostrada*, vale decir, llevada a la *conciencia*. De ahí que la crítica absoluta pueda preguntar, como el más limitado de los teólogos:

«¿Para qué serviría la *historia* si no fuera su misión *la de demostrar* precisamente esas verdades, las más sencillas de todas (como el movimiento de la Tierra alrededor del Sol?)».

Así como para los antiguos teleólogos las plantas existen para que las devoren los animales y éstos para que los hombres se los coman, la historia existe para servir al acto de consumo del comer teórico, al acto

de *demonstrar*. El hombre existe para que la historia exista, y ésta existe para que exista la *demonstración de las verdades*. Bajo esta forma *críticamente* trivializada se reitera la sapiente tesis especulativa de que el hombre, así como la historia, existe para que la verdad advenga a la *autoconciencia*.

La *historia*, pues, y al igual que ella la *verdad*, se convierte en una persona aparte, en sujeto metafísico cuyos meros portadores son los individuos humanos reales. La crítica absoluta, por consiguiente, recurre a frases huecas:

«La historia no deja que se mofen de ella; la historia ha empleado en ello *sus* mayores esfuerzos; la historia se ha ocupado; ¿para qué existiría la historia?; la historia nos proporciona expresamente la demostración; la historia pone verdades sobre el tapete, etc.».

Si la historia, conforme a la aseveración de la crítica absoluta, sólo se ha ocupado hasta el presente de *unas pocas* —y elementalísimas— verdades que en resumidas cuentas se comprenden de por sí, esta indigencia a la que se reducen las experiencias humanas precedentes, no hace otra cosa, por de pronto, que demostrar la *propia* indigencia de la crítica. Desde un punto de vista acrítico la historia desemboca, por el contrario, en el resultado de que al fin de cuentas se comprenda de suyo la verdad más compleja, la quintaesencia de toda verdad, esto es, *los hombres*.

«No obstante», prosigue demostrando la crítica absoluta, «verdades que a la masa le *parecen* ser claras como la luz del sol, a tal punto que de *antemano* se comprenden de por sí... y que ella tiene por superflua su demostración, no son dignas de que la historia las demuestre de manera expresa; no forman parte, en absoluto, del problema en cuya solución se afana la historia.»

En su santo celo contra la masa, la crítica absoluta le dedica la más delicada de las lisonjas. Si una verdad *es* clara como la luz del sol porque a la masa le *parezca* que es clara como la luz del sol, si la historia se *comporta* con las verdades según los *pareceres* de la masa, por tanto el juicio de ésta es absoluto, infalible, es la *ley* de la historia, y la historia se limita a demostrar lo que para la masa *no* es claro como la luz del sol y parece necesitado, por consiguiente, de demostración. La masa le fija a la historia, pues, su «problema» y le preceptúa su «ocupación».

La crítica absoluta habla de «verdades que *de antemano* se comprenden de por sí». En su ingenuidad crítica inventa un «*de antemano*» absoluto y una «*masa*» abstracta, inalterable. El «*de antemano*» de la masa del siglo XVI y el «*de antemano*» de la masa del XIX son, a los ojos de la crítica absoluta, tan poco diferentes como esas masas mismas. Precisamente lo característico de una verdad que se ha vuelto *genuina* y *evidente* y que se comprende de por sí, es que «*de antemano* se comprenda de por sí». La polémica de la crítica absoluta contra las verdades que *de antemano* se comprenden de por sí, es la polémica contra las verdades que, en general, «se comprenden de por sí».

Una verdad que se comprende de por sí ha perdido, tanto para la crítica absoluta como para la *dialéctica* divina, su sal, su sentido, su *valor*. Se ha vuelto insulsa, como las aguas muertas. La crítica absoluta, pues, demuestra por un lado todo lo que se comprende de suyo, y a más de ello muchas cosas que tienen la fortuna de ser absurdas, y que por lo tanto nunca pueden comprenderse de suyo. De otra parte, en ella se comprende de por sí todo lo que necesita un desarrollo. ¿Por qué? Porque en el caso de los *problemas reales* se comprende *de por sí* que éstos *no* se comprendan de por sí.

Como *la* verdad, al igual que la historia, es un sujeto etéreo, divorciado de la masa material, no se dirige a los hombres empíricos, sino a lo «*más íntimo del alma*», no le echa en cara al hombre, para volverse «*verdaderamente experimentada*», su *grosero cuerpo* —alojado acaso en las profundidades de un sótano inglés o las alturas de una buhardilla francesa—, sino que «recorre» «de extremo a extremo» los idealistas canales de sus intestinos. La crítica absoluta, es cierto, extiende a «la masa» el certificado de que hasta el presente ésta ha sido afectada a su manera, esto es, superficialmente, por las verdades que la historia ha tenido la deferencia de «poner sobre el tapete»; pero al propio tiempo vaticina que

«*la relación de la masa con el progreso histórico se modificará por entero*».

El sentido encubierto de este vaticinio crítico no demorará en tornarse «claro como la luz del sol» para nosotros.

«Todas las grandes acciones de la historia precedente», se nos explica, «estaban por ello malogradas *de antemano* y no podían verse coronadas por un éxito profundo, ya que la masa se había *interesado* y *entusiasmado* por ellas, o debían tener un fin deplorable porque la idea de la que se trataba en ellas era de la índole de esas que tienen que darse

por satisfechas con una concepción superficial y, por ende, contar también con el aplauso de la masa.»

Parecería que una concepción que basta para una idea, o sea que corresponde a ésta, cesa de ser superficial. El señor Bruno sólo en *apariciencia* produce una relación entre la *idea* y su *concepción*, así como sólo en *apariciencia* establece una *relación* entre la *acción histórica* malograda y la *masa*. Por consiguiente, si la crítica absoluta condena algo como «superficial», a lo que condena es a la historia precedente pura y simple, cuyas ideas y acciones eran ideas y acciones de «masas». Reprueba la historia *masiva*, en cuyo lugar (véase el señor Jules Faucher sobre los asuntos ingleses de actualidad) colocará la historia *crítica*. Con arreglo a la historia precedente *acrítica*, esto es, no concebida en el sentido de la crítica absoluta, es necesario distinguir además exactamente en qué medida la *masa* se «*interesaba*» por determinados objetivos y en qué medida se «*entusiasmaba*» por ellos. La «*idea*» siempre ha quedado en ridículo al estar diferenciada del «*interés*». Es fácil comprender, por otra parte, que todo «*interés*» masivo que se impone históricamente, al hacer su aparición por vez primera en la escena mundial, va mucho más allá, en la «*idea*» o la «*representación*», de sus propios límites reales y se confunde con el interés *humano* puro y simple. Esta *ilusión* constituye lo que Fourier denomina el *tono* de cada época histórica. En la revolución de 1789, el *interés* de la burguesía, muy lejos de «*malograrse*», lo «*ganó*» todo y obtuvo «*el éxito más profundo*», por mucho que se disipara el «*pathos*» y por más que se agostaran las flores de «*entusiasmo*» con que ese interés enguainó su cuna. Dicho interés fue tan poderoso que se sobrepuso victoriosamente a la pluma de un Marat, a la guillotina de los terroristas y a la espada de Napoleón, así como al crucifijo y la sangre azul de los Borbones. La revolución sólo se «malogró» para la masa, que en la «*idea*» *política* no poseía la idea de su «*interés*» real, masa cuyo verdadero principio vital no coincidía, por ende, con el principio vital de la revolución y cuyas condiciones reales de emancipación diferían esencialmente de las condiciones dentro de las cuales la burguesía podía emanciparse a sí misma y emancipar a la sociedad. Por consiguiente, si se malogra la revolución —que puede representar todas las grandes «acciones» históricas— se malogra porque la masa dentro de cuyas condiciones de vida aquélla, en lo esencial, se detuvo, era una masa *exclusiva*, no abarcaba la totalidad, era *limitada*. No porque la masa se «*entusiasmara*» e «*interesara*» por la revolución, sino porque la parte más numerosa de aquélla, la que difería de la burguesía, no poseía

en el principio de la revolución su interés *real*, su *peculiar* principio revolucionario, sino sólo una «*idea*», esto es, sólo un objeto de *entusiasmo* momentáneo y de *exaltación* meramente aparente.

Con la profundidad de la acción histórica aumentará, por ende, el volumen de la masa que ejecuta dicha acción. En la historia crítica, según la cual de lo que se trata en las acciones históricas no es de las masas actuantes, de su obrar empírico ni del *interés* empírico de ese obrar, sino que «*en ellas*» sólo «*se trata*», por el contrario, «*de una idea*», es forzoso que las cosas ocurran de muy otra manera, por cierto.

«*En la masa*», nos ilustra la crítica, «*y no en otra parte*, como pretenden sus anteriores corifeos liberales, *se debe buscar el verdadero enemigo del espíritu.*»

Los enemigos del progreso *fuera* de la masa no son sino los *productos* dotados de vida propia, autonomizados, del *autoenvilecimiento*, de la *autorrecusación*, de la *autoenajenación* de la *masa*. La masa, por consiguiente, se alza contra sus *propias* carencias cuando se alza contra los *productos*, autónomamente existentes, de su *autoenvilecimiento*, tal como el hombre que se vuelve contra la existencia de Dios se vuelve contra su *propia religiosidad*. Pero como esas autoenajenaciones *prácticas* de la masa existen en el mundo real de una manera exterior, la masa debe combatir-las a la vez de una manera *exterior*. En modo alguno debe considerar esos productos de su autoenajenación como fantasmagorías meramente *ideales*, como meros *extrañamientos de la autoconciencia*, ni querer aniquilar la enajenación *material* por medio de una acción puramente *interior y espiritualista*. Ya el periódico publicado por Loustalot en 1789 ostentaba la divisa:

Les grands ne nous paraissent grands
Que parce que nous sommes à genoux.
Levons nous!⁶⁴

Pero para levantarse, no basta con levantarse en el *pensamiento* y dejar pendiente sobre la cabeza *real*, *sensible*, el yugo *real*, *sensible*, al que no se puede apartar por medio de lucubraciones, a fuerza de ideas. No obstante, la *crítica absoluta* ha aprendido de la *fenomenología* hegeliana,

64. «Los grandes sólo nos parecen grandes porque estamos de rodillas. ¡Levantémonos!» Divisa del semanario *Révolutions de Paris*, dirigido desde su aparición en julio de 1789 hasta setiembre de 1790 por Élysée Loustalot.

cuando menos, *el* arte de transformar cadenas reales, objetivas, existentes *fuera de mí*, en cadenas *meramente ideales*, puramente *subjetivas*, sólo existentes *en mí*, y por ende todas las luchas *externas*, sensibles, en puras luchas de ideas.

Esta transformación crítica es el fundamento de la *armonía preestablecida* entre la *crítica crítica* y la *censura*. Desde el punto de vista crítico la lucha del escritor contra el censor no es una lucha «del hombre contra el hombre». El censor, antes bien, no es otra cosa que *mi propio tacto*, personificado en la pródiga policía, mi propio tacto que está en lucha contra mi falta de tacto y mi carencia de crítica. La lucha del escritor con el censor es sólo aparente; sólo para la mala sensoriedad es algo diferente de la lucha *interna* del escritor *consigo mismo*. Y el censor, *en la medida* en que es un *esbirro policiaco realmente distinto de mí en lo individual*, que maltrata mi producto intelectual según una pauta exterior y ajena a la cosa, no es más que una imaginación *masiva*, una *fantasmagoría acrítica*. Si la censura proscribiera las *Tesis para la reforma de la filosofía*, de Feuerbach, la culpa no debe echársele a la barbarie oficial de la censura, sino a la incultura de las tesis feuerbachianas. La crítica libre de todo enturbiamiento de la masa y la materia, la crítica «*pura*», posee también en el censor una figura pura, «etérea», disociada de toda masiva realidad.

La crítica absoluta ha declarado que la «*masa*» es el *verdadero enemigo* del *espíritu*. Lo expone con más detalle:

«El espíritu sabe ahora dónde tiene que *buscar su único antagonista*: en los autoengaños y en la insustancialidad de la masa».

La crítica absoluta parte del *dogma* de la prerrogativa absoluta del «*espíritu*». Parte, asimismo, del *dogma* de la existencia *extramundanal* del espíritu, esto es, de una existencia del espíritu alojada al margen de la masa de la humanidad. Por último, transforma por un lado «*al* espíritu», «*al* progreso», y por otra parte a «*la* masa», en entes *fijos*, en conceptos, y luego los relaciona entre sí en cuanto tales extremos fijos dados. A la crítica absoluta no se le ocurre investigar el «*espíritu*» mismo, investigar si no será acaso la propia naturaleza espiritualista del espíritu, sus fútiles pretensiones, lo que sirve de fundamento a «la frase huera», «al autoengaño» y «la insustancialidad». El espíritu es *absoluto*, antes bien, pero al mismo tiempo, y por desgracia, constantemente se trastrueca en *carencia de espíritu*: siempre hace sus cuentas sin contar con la huésped. Es forzoso que tenga, por tanto, un *antagonista* que intrigue contra él. Y la masa es ese *antagonista*.

Otro tanto ocurre con el «*progreso*». Pese a las pretensiones «*del progreso*», se aprecian constantes *regresiones* y *movimientos en círculo*. La crítica absoluta, muy lejos de vislumbrar que la categoría «*del progreso*» es totalmente carente de contenido y abstracta, hace tal alarde de ingenio, por el contrario, que reconoce «*al progreso*» como absoluto para poder suponer, como explicación de la regresión, un «*antagonista personal*» del progreso, *la masa*. Como «*la masa*» no es otra cosa que la «*antítesis del espíritu*», *del progreso de la «crítica»*, sólo puede estar determinada por esa antítesis imaginaria, y prescindiendo de esta antítesis la crítica sólo sabe decir, acerca del *sentido* y la existencia de la masa, la siguiente frase, *carente de sentido* por ser completamente indeterminada:

«La masa, en *ese sentido* en que la “palabra” *también* comprende el *llamado* mundo oculto».

Un «*también*» y un «*llamado*» bastan para una definición crítica. La masa difiere de las masas *reales*, pues, y existe como *la «masa»* sólo para *la «crítica»*.

Todos los escritores comunistas y socialistas han partido de la observación de que, por una parte, incluso los hechos más brillantes y favorables parecen quedar sin resultados brillantes y desembocar en trivialidades, y por la otra, de que *todos los progresos del espíritu* han sido, hasta el presente, *progresos contra la masa de la humanidad*, a la que se ha empujado a una situación cada vez más *deshumanizada*. De ahí que declararan (véase *Fourier*) que «*el progreso*» era una *frase* insuficiente, abstracta, y supusieran (véase, entre otros, *Owen*) una tara fundamental del mundo civilizado; por eso sometían a una *crítica* decidida los fundamentos *reales* de la sociedad actual. A esta crítica comunista correspondió enseguida, en la práctica, el movimiento de la *gran masa*, en oposición a la cual se había verificado el desarrollo histórico precedente. Es menester haber conocido la aplicación al estudio, el afán de saber, la energía moral, la infatigable propensión al desarrollo del obrero francés y del inglés, para poder hacerse una idea de la nobleza *humana* de este movimiento.

¡Qué infinitamente *ingeniosa* ⁶⁵ es la «crítica absoluta», que a la vista de estos hechos intelectuales y prácticos sólo concibe, unilateralmente, *un* lado de la relación, el constante fracaso del espíritu, y que contrariada por ello busca por añadidura un *antagonista del «espíritu»* y lo encuentra en *la «masa»*! Al fin de cuentas, todo ese gran *descubrimiento*

65. Juego de palabras: «geistreich» significa literalmente «rica en espíritu».

crítico desemboca en una *tautología*. En su opinión, *el* espíritu tropezaba hasta ahora con una barrera, con un obstáculo, o sea tenía un antagonista, *porque* tenía un antagonista. ¿Pero quién es el antagonista del *espíritu*? *La carencia de espíritu*. La masa, en efecto, sólo está determinada como «antítesis» del espíritu, como *carencia de espíritu* y como las determinaciones subsiguientes de esta carencia, la «indolencia», la «superficialidad», la «autosatisfacción». ¡Qué sustancial superioridad sobre los escritores comunistas, el no investigar en sus mismos orígenes la carencia de espíritu, la indolencia, la superficialidad y la autosatisfacción, sino eliminarlas *moralmente* a fuerza de sermones y haberlas *descubierto* como antítesis del espíritu, del progreso! Si se toma a estos atributos por atributos de *la* masa, en cuanto *sujeto* aún distinguible de ellos, esta distinción no es otra cosa que una *seudodistinción* «crítica». Sólo en *apariencia* posee la crítica absoluta, aparte los atributos abstractos de la carencia de espíritu, la indolencia, etc., un sujeto concreto *determinado*, puesto que en la concepción crítica «*la masa*» no es ninguna otra cosa que esos atributos abstractos, otra *palabra* que se aplica a los mismos, una *personificación fantástica* de los mismos.

Con todo, la relación entre «espíritu y masa» envuelve también un sentido *oculto*, que se revelará plenamente en el curso de la exposición. Aquí tan sólo habremos de insinuarlo. Esa relación *descubierta* por el señor Bruno no es otra cosa, en efecto, que la *consumación caricaturizada críticamente*, de la *concepción hegeliana de la historia*, que a su vez no es sino la expresión *especulativa* del dogma *cristiano-germánico* relativo a la antítesis entre el *espíritu* y la *materia*, entre *Dios* y el *mundo*. Esta antítesis misma se expresa dentro de la historia, dentro del mundo de los hombres, en efecto, en que unos pocos *individuos* escogidos, en calidad de espíritu *activo*, se contraponen al resto de la humanidad en cuanto *masa carente de espíritu*, en cuanto *materia*.

La concepción de Hegel acerca de la historia presupone un *espíritu abstracto* o *absoluto*, el cual se desenvuelve de tal suerte que la humanidad queda reducida a una *masa* que, consciente o inconscientemente, es la portadora de ese espíritu. Dentro de la historia *empírica*, exotérica, pues, hace que transcurra una historia *especulativa*, esotérica. La historia de la humanidad se transforma en la historia del *espíritu abstracto* de la humanidad, que por ser abstracto está *más allá* del hombre real.

Paralelamente con esta doctrina de Hegel se desarrolló en Francia la de los *doctrinarios*, que proclamaban la *soberanía de la razón* por oposición a la *soberanía del pueblo*, para excluir a las masas y gobernar ellos

solos.⁶⁶ Se trata de una actitud consecuente. Si la actividad de la humanidad *real* no es otra cosa que la actividad de una *masa* de individuos humanos, la *generalidad abstracta*, la razón, el espíritu, por el contrario, deben poseer una expresión abstracta que se agote en unos pocos individuos. Dependerá, entonces, de la posición y del vuelo de la imaginación de cada individuo el que éste quiera hacerse pasar por uno de esos representantes «del espíritu».

Ya en Hegel, el *espíritu absoluto* de la historia tiene en la *masa* su material, y su expresión pertinente sólo en la *filosofía*. No obstante, el filósofo sólo aparece como el órgano en que a posteriori, una vez transcurrido el movimiento, adviene a la conciencia el espíritu absoluto que hace la historia. A esta conciencia posterior del filósofo se reduce la participación de éste en la historia, ya que el movimiento real lo ejecuta el espíritu absoluto de manera *inconsciente*. El filósofo, pues, aparece *post festum*.⁶⁷

Hegel es culpable de dos inconsecuencias: la primera, al declarar que la filosofía es la existencia del espíritu absoluto y abstenerse, al propio tiempo, de proclamar al *individuo filosófico real* como el espíritu *absoluto*; luego, al hacer que el espíritu absoluto, en cuanto espíritu absoluto, sólo haga la historia en *apariciencia*. Puesto que el espíritu absoluto, en efecto, sólo adviene *post festum* a la *conciencia* en el filósofo en cuanto espíritu creador universal, su fabricación de la historia sólo existe en la conciencia, en la opinión y representación del filósofo, sólo en la imaginación especulativa. El señor Bruno supera las inconsecuencias de Hegel.

Por una parte, proclama a la crítica como el espíritu absoluto y se proclama *a sí mismo* como la crítica. Así como el elemento de la crítica está proscrito de la masa, el elemento de la masa está proscrito de la crítica. La crítica, por consiguiente, se sabe encarnada no en una *masa*, sino exclusivamente en un pequeño *destacamento* de hombres escogidos, en el señor Bauer y sus discípulos.

El señor Bruno supera la otra inconsecuencia de Hegel, puesto que él ya no hace la historia *post festum* en la fantasía, como el espíritu hegeliano, sino que desempeña con *conciencia* el papel del *espíritu universal*, en oposición a la masa de la humanidad restante, entra con ésta en una

66. Los *doctrinarios* fueron un grupo de políticos burgueses franceses de la Restauración (1815-1830), partidarios de la monarquía constitucional y adversarios de los movimientos democráticos y revolucionarios. Los más conocidos son el historiador François Guizot y el filósofo Pierre-Paul Royer-Collard.

67. Con posterioridad.

relación dramática presente e inventa y ejecuta la historia con intencionalidad y luego de madura reflexión.

De un lado está la masa como el elemento *material*, pasivo, no espiritual y ahistórico de la historia; del otro, se alza *el* espíritu, *la* crítica, el señor Bruno & Cía., como el elemento activo del que parte toda acción *histórica*. El acto transformador de la sociedad se reduce a la *actividad cerebral* de la crítica crítica.

Es más, la relación entre la crítica, y por tanto también entre la crítica encarnada, el señor Bruno & Cía., y la masa es en verdad la *única* relación histórica del presente. Al movimiento recíproco de estos dos extremos se reduce toda la historia actual. Todas las antítesis se han disuelto en esta antítesis *crítica*.

La crítica crítica, que sólo cobra *objetividad* en su antítesis, en la masa, en la *estupidez*, debe generar constantemente esta antítesis, por ende, y los señores Faucher, Edgar y Szeliga han suministrado suficientes pruebas de [la] virtud que aquélla posee en su ramo especial, en la *estupidez* masiva de personas y cosas.

Acompañemos ahora la crítica absoluta en sus *campanas* contra la *masa*.

b) *La cuestión judía n.º I. Planteo de los problemas*

El «espíritu», antitéticamente opuesto a la masa, se comporta de inmediato en forma *crítica* al considerar como absoluta a su propia obra limitada, la *Cuestión judía* de Bruno Bauer, y tener por pecadores sólo a los impugnadores de dicha obra. En la réplica n.º I⁶⁸ a los ataques lanzados contra ese escrito, el «espíritu» no dejaba traslucir ninguna sospecha relativa a sus defectos; antes bien, sigue afirmando que ha desarrollado la «verdadera» significación «*general*» (!) de la cuestión judía. En réplicas posteriores lo veremos forzado a reconocer sus «*deslices*».

«La acogida que se ha dado a mi trabajo es el *comienzo* de la prueba de que precisamente aquellos que hasta ahora han hablado en pro de la libertad, y que aun en este instante se pronuncian por ella, son quienes más habrán de alzarse contra el espíritu, y la defensa que aquí le dedicaré aportará la prueba adicional de lo insensatos que son los *portavoces* de la

68. Artículo de Bruno Bauer titulado «Neueste Schriften über die Judenfrage», en el primer cuaderno de la *Allgemeine Literatur-Zeitung* (diciembre 1843).

masa, los cuales se creen maravillosos y grandes por haberse declarado a favor de la emancipación y del dogma de los "*derechos humanos*".»

Es forzoso que la «masa», con motivo de una obra de la crítica absoluta, *comenzara* a demostrar su antítesis con el espíritu, ya que la propia *existencia* de aquélla está *condicionada y demostrada* por la antítesis con la crítica absoluta.

La polémica de ciertos judíos liberales y racionalistas contra la *Cuestión judía* del señor Bruno reviste, naturalmente, un sentido crítico enteramente diferente de la polémica masiva de los liberales contra la filosofía y de los racionalistas contra Strauss. Cuál es, por lo demás, la originalidad de las expresiones citadas más arriba, es algo que puede inferirse del siguiente pasaje de *Hegel*:

«La forma particular de la mala conciencia que se manifiesta en el tipo de elocuencia del que hace gala esa insustancialidad» (la liberal), «puede hacerse notar aquí, y precisamente en primer término, en el hecho de que cuando habla con más *carencia de espíritu*, más se refiere al *espíritu*; cuando es más inanimada y acartonada, más tiene en los labios la palabra *vida*», etc.

En lo que respecta a los «*derechos humanos*», al señor Bruno se le demostró («Zur Judenfrage»,⁶⁹ *Deutsch-Französische Jahrbücher*) que no son los *portavoces de la masa*, sino por el contrario «*él mismo*» quien ha ignorado y maltratado dogmáticamente la esencia de esos derechos. Frente a su descubrimiento —infinitas veces descubierto en Inglaterra desde hace cuarenta años— de que los derechos humanos no son «*innatos*», debemos llamar genial la afirmación de Fourier según la cual pescar, cazar, etc., son derechos humanos innatos.

Brindemos tan sólo algunos ejemplos de la lucha que libra el señor Bruno contra *Philippson*, *Hirsch*, etc. Ni siquiera estos desvalidos adversarios habrán de sucumbir ante la crítica absoluta. El señor *Philippson* en modo alguno dice un disparate, como afirma la crítica absoluta, cuando le echa en cara a ésta:

«Bauer concibe un estado de índole especial... el *ideal filosófico* de un *estado*».

69. Artículo de Karl Marx. Véase «La cuestión judía», OME 5, págs. 178-208.

El señor Bruno, que confundía el estado con la humanidad, los derechos humanos con el hombre, la emancipación política con la emancipación humana, tenía forzosamente, si no que concebir, sí que imaginarse un estado de índole especial, el ideal filosófico de un estado.

«El declamador» (el señor Hirsch), «en lugar de poner por escrito su trabajosa frase, debió refutar mi demostración *de que el estado cristiano*, dado que su principio vital es una religión determinada, no está en condiciones de conceder a los partidarios de otra religión determinada... una igualdad plena con sus propios estamentos.»

Si el declamador *Hirsch* hubiera refutado realmente la demostración del señor Bruno y expuesto, como se hizo en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, que el estado de los estamentos y del cristianismo exclusivo no sólo es el estado inacabado, sino el estado *cristiano* inacabado, el señor Bruno habría respondido lo mismo que responde a esa refutación:

«Los reparos, en esta materia, carecen de significación».

Contra la tesis del señor Bruno de que

«Mediante la presión contra los resortes que impulsan la historia, los judíos han provocado una contrapresión»,

recuerda el señor Hirsch con todo acierto:

«En tal caso, tienen que haber significado algo para la formación de la historia, y si B[auer] sostiene esto mismo, no tendrá razón cuando afirma que no contribuyeron en nada a la formación de la Época Moderna».

Responde el señor Bruno:

«Una espina en el ojo significa también algo, ¿pero contribuye por ello al desarrollo de mi sentido de la vista?».

Una espina que —como el judaísmo en el mundo cristiano— se me mete en el ojo desde el momento de mi nacimiento, permanece allí, crece y se desarrolla con mi ojo, no es una espina ordinaria, sino una espina singular, perteneciente a mi ojo y que tiene que haber contribuido a un desarrollo originalísimo de mi sentido de la vista. La «*espina*» crítica,

pues, no traspasa al «*Hirsch*»⁷⁰ declamador. Por lo demás, en la crítica citada más arriba, se le ha revelado al señor Bruno la importancia del judaísmo para «la *formación* de la Época Moderna».

El estado de ánimo teológico de la crítica absoluta se siente tan herido por el dicho de un *diputado a la dieta renana*, según el cual «los judíos son *extravagantes* a su manera judaica, y no a nuestra manera presuntamente cristiana», que a posteriori todavía «lo llama al *orden* por el uso de ese argumento».

Con respecto a la afirmación de otro diputado: «La equiparación *civil* de los judíos sólo puede verificarse allí donde el judaísmo mismo ya no exista», observa el señor Bruno:

«¡Cierto!, cierto siempre que no falte el otro giro de la crítica, llevado a cabo en mi obra»,

a saber, el giro de que también el cristianismo tendría que haber dejado de existir.

Como vemos, en la n.º I de sus réplicas a los ataques contra la *Cuestión judía* la crítica absoluta sigue considerando la abolición de la religión, el ateísmo, como condición de la igualdad *civil*, o sea que en este primer estadio *todavía* no ha adquirido una intelección más cabal de la esencia del estado ni del «*deslíz*» de su propia «*obra*».

La crítica absoluta se enfada cuando alguien revela que un «novísimo» descubrimiento científico que ella *proyectaba* efectuar, es un conocimiento que ha alcanzado ya una difusión general. Un diputado renano observa

«que Francia y Bélgica, en lo que respecta a la organización de sus relaciones políticas, se hayan destacado por una claridad peculiar en el reconocimiento de los principios, es algo que nadie ha sostenido todavía».

La crítica absoluta podría replicar que esta afirmación transfiere el presente al pasado, puesto que presenta la tesis, hoy trivial, acerca de la insuficiencia de los principios políticos franceses, como si fuera la noción tradicional. Pero la crítica absoluta no podría sacar partido de esta réplica ajustada a la realidad de las cosas. Se ve obligada, por el contrario, a afirmar la noción caduca como la actualmente imperante, y

70. Juego de palabras con el apellido del adversario de Bauer: «Hirsch» significa «ciervo».

la actualmente imperante como un misterio crítico aún no revelado a la masa por los estudios *de* la crítica. De ahí que deba decir:

«*Muchísimos*» (la masa) «lo han afirmado» (el prejuicio anticuado): «*pero una investigación escrupulosa de la historia proporcionará la prueba de que aún después de los grandes trabajos de Francia por el reconocimiento de los principios todavía queda mucho por aportar*».

De modo, pues, que ni siquiera la escrupulosa investigación histórica habrá de «*aportar*» el conocimiento de los principios. Se limitará a *demostrar*, en su escrupulosidad, que «*todavía queda mucho por aportar*». ¡Qué gran aportación, en especial después de los trabajos de filiación socialista! Con todo, el señor Bruno aporta *mucho ya* al conocimiento de la actual situación social con la siguiente observación:

«La *determinabilidad* imperante en nuestros días es la *indeterminabilidad*».

Si Hegel dice que la determinabilidad imperante en *China* es el «*ser*», la determinabilidad imperante en la *India* la «*nada*», etc., la crítica absoluta hace causa común con él de manera «*pura*» al resolver el carácter de la época actual en la categoría lógica de la «*indeterminabilidad*», y de manera tanto más pura por cuanto la «*indeterminabilidad*», al igual que el «*ser*» y la «*nada*», reside en el primer capítulo de la *Lógica* especulativa, en el capítulo de la «*Cualidad*».

No podemos despedirnos del n.º I de la *Cuestión judía* sin una observación de tipo general.

Un cometido principal de la crítica absoluta consiste en dar a todos los problemas de actualidad, por vez primera, su *planteo correcto*. No da respuesta a los problemas reales, en efecto, sino que, bajo cuerda, interpola otros *completamente diferentes*. Como todo lo pergeña, es necesario también que primero *pergeñe* los «problemas de actualidad», que los convierta en problemas *suyos*, en problemas crítico-críticos. Si se trata del *Code Napoléon*, se las ingeniaria para demostrar que se trata, *en realidad*, del «*Pentateuco*». Su *planteo* < *Stellung* > de los «problemas de actualidad» es la *desfiguración* < *Entstellung* > y *desarreglo* < *Verstellung* > críticos de los mismos. De esta suerte, ha tergiversado a tal punto la «cuestión judía» que no le es preciso investigar la *emancipación política* —que es de lo que se trata en este problema—, sino contentarse más bien con una crítica de la religión judaica y una descripción del estado cristiano-germánico.

Al igual que toda originalidad de la crítica absoluta, también ese método es la reiteración de una agudeza *especulativa*. La filosofía *especulativa*, y en especial la filosofía de *Hegel*, se veía obligada a traducir todas las cuestiones de la forma del simple sentido común a la forma de la razón especulativa y a transformar el problema real en un problema *especulativo* para poder darle respuesta. Una vez que la especulación ha tergiversado *mi* pregunta, y, como el catecismo, ha puesto en mis labios *su* pregunta, es natural que pueda tener pronta su respuesta, como el catecismo, para cada una de mis preguntas.

c) *Hinrichs n.º I. Misteriosas alusiones a la política, el socialismo y la filosofía*

«¡Lo *político*»! La presencia de esta palabra en las lecciones del profesor *Hinrichs* despierta un horror solemne en la crítica absoluta.

«Quien haya seguido el desenvolvimiento de la Época Moderna y conozca la historia, sabrá *también* que las afecciones políticas que ocurren en el presente, tienen una significación que *difiere por completo* (!) de la significación *política*; poseen en el fondo» (¡en el fondo!, he aquí la sabiduría profunda) «una significación *social* (!), la cual, como es sabido (!), es de tal tipo (!) que *todos* los intereses políticos aparecen ante ella como *carentes de significación* (!).»

Pocos meses antes de que viera la luz la *Literatur-Zeitung* crítica se publicó, *como es sabido* (!), ¡la fantástica obra política del señor Bruno intitulada *Estado, religión y partido*!

Si las afecciones *políticas* poseen una *significación social*, ¿cómo los intereses políticos pueden aparecer ante su propia significación social como «*carentes de significación*»?

«El señor *Hinrichs* no está al corriente de lo que ocurre aquí ni en ningún otro lugar del mundo. No está al tanto de lo que sucede en ninguna parte *porque... porque* la crítica —que en los últimos cuatro años ha comenzado y ejecutado su obra, *en modo alguno* “*política*”, sino... *social* (!)— sigue siendo *plenamente* (!) desconocida para él.»

La crítica, que en opinión de la masa «en modo alguno» ejecuta una obra «*política*», sino «en *todo* aspecto *teológica*», ¡aun hoy se conforma con la palabra «*social*», cuando es la primera vez no sólo

desde hace cuatro años, sino desde su nacimiento literario que pronuncia esa *palabra*!

Desde que los escritos socialistas han divulgado en Alemania la noción de que *todo* esfuerzo y obra humanos, todos sin excepción, poseen una significación *social*, también el señor Bruno puede denominar *sociales* a sus obras teológicas. ¡Pero qué exigencia *crítica* la de que el profesor Hinrichs debiera extraer el socialismo del *trabar conocimiento* con las obras *bauerianas*, puesto que todas las obras de B[runo] Bauer aparecidas con anterioridad a las lecciones de Hinrichs, allí donde extraen conclusiones prácticas, extraen conclusiones *políticas*! El profesor Hinrichs, para hablar de manera acrítica, mal podía complementar las obras editas del señor Bruno con sus obras aún inéditas. ¡A los ojos de la crítica, ciertamente, la masa está obligada a interpretar en el sentido del futuro y del progreso absoluto, al igual que «las afecciones políticas», todas las «afecciones» masivas de la crítica absoluta! Mas para que el señor Hinrichs, luego de *trabar conocimiento* con la *Literatur-Zeitung*, no olvide nunca más la palabra «*social*» y jamás vuelva a desconocer el carácter «social» de la crítica, por tercera vez la crítica absoluta *pone en entredicho* ante la faz del mundo la *palabra* «*político*» y por tercera vez pronuncia solemnemente la palabra «*social*».

«Si se tiene en cuenta la *verdadera* tendencia de la historia moderna, en la significación *política* ya no hay ni que *pensar*: *pero...* pero significación *social*», etc.

Así como el profesor Hinrichs es la víctima expiatoria de las conmociones «políticas» precedentes, lo es también de las afecciones y modismos «*beguelianos*» de la crítica absoluta anteriores a la publicación de la *Literatur-Zeitung*, tanto de los intencionales como de los que se le escapan impremeditadamente.

Una vez se le espeta a Hinrichs el mote de «*auténtico begueliano*», y dos veces el de «*filósofo begueliano*». Es más, el señor Bruno «*espera*» que los «triviales modismos que han recorrido un ciclo tan extenuante por todos los libros de la escuela *begueliana*» (esto es, por los propios libros del señor Bruno), *dado el gran «estado de fatiga»* en que los encontramos en las lecciones del profesor Hinrichs, arriben pronto, en su periplo ulterior, a un punto de destino. Del *estado de fatiga* del *profesor Hinrichs*, el señor Bruno espera la disolución de la *filosofía* de Hegel y su *propia redención* con respecto a ella.

En su *primera campaña*, pues, la crítica absoluta echa por tierra los

dioses propios, tanto tiempo adorados, de la «política» y la «filosofía» al proclamarlos como ídolos del profesor Hinrichs.

¡Gloriosa primera campaña!

2. Segunda campaña de la crítica absoluta

a) Hinrichs n.º II. La «crítica» y «Feuerbach». Condenación de la filosofía

Tras el resultado de la primera campaña, la *crítica absoluta* puede considerar a la «filosofía» como liquidada y calificarla directamente de aliada de la «masa».

«Los filósofos estaban predestinados a satisfacer el íntimo deseo de la “masa”.» «La masa», en efecto, «quiere conceptos simples para no tener nada que ver con la esencia de las cosas; consignas, para arreglárselas con todo de antemano; modismos, para aniquilar con ellos a la crítica.»

¡Y la «filosofía» satisface el anhelo de la «masa»!

Ebria por sus victoriosas proezas, la crítica absoluta cae en un frenesí pítico contra la filosofía. La caldera⁷¹ oculta cuyos vapores han insuflado el frenesí en la testa, embriagada de triunfo, de la crítica absoluta, es la *Filosofía del futuro* de Feuerbach. En el mes de marzo la crítica había leído la obra de Feuerbach. El fruto de esa lectura, y al mismo tiempo la pauta de la seriedad con que fue efectuada, es el artículo n.º II contra el profesor Hinrichs.

La crítica absoluta, que nunca logró evadirse de la jaula de la manera hegeliana de concebir las cosas, se encoleriza aquí contra los barrotes y muros de la prisión. Se rechaza con repugnancia el «concepto simple», la terminología, todo el modo de pensar de la filosofía, es más, la filosofía en su totalidad. En su lugar, hacen súbita aparición «la riqueza real de las relaciones humanas», el «inmenso contenido de la historia», «la significación del hombre», etc. Se da por «descubierto» «el misterio del sistema».

¿Pero quién ha descubierto el misterio del «sistema»? Feuerbach.
¿Quién ha aniquilado la dialéctica de los conceptos, la guerra de los

71. «Feuerkessel» (literalmente, «caldera de fuego»); juego de palabras con «Feuerbach» («torrente de fuego»).

dioses conocida tan sólo por los filósofos? *Feuerbach*. ¿Quién ha colocado, no por cierto «*la significación del hombre*» —¡como si el hombre tuviera otra significación más que la de ser hombre!—, sino «*al hombre*» mismo en lugar de los viejos trastos, y también de la «autoconciencia infinita»? *Feuerbach* y sólo *Feuerbach*. Y ha hecho más que esto. Ha aniquilado, hace mucho tiempo, esas mismas categorías con las que ahora se pavonea la «crítica»: la «riqueza real de las relaciones humanas, el inmenso contenido de la historia, la lucha de la historia, la lucha de la masa contra el espíritu», etc., etc.

Sólo ahora, después que se ha reconocido al hombre como la esencia, como la base de toda actividad y situación humanas, la «crítica» puede inventar *nuevas categorías* y transformar a su vez al propio *hombre*, como en efecto lo hace, en una categoría y en el principio de toda una serie de categorías, con lo cual, por cierto, sigue el único camino de salvación que aún restaba expedito a la amedrentada y perseguida inhumanidad *teológica*. ¡*La historia nada* hace, «no posee una inmensa riqueza», «no lucha ninguna lucha»! Es, por el contrario, *el hombre*, el hombre vivo, real, el que hace todo eso, el que todo lo posee y libra todas las luchas; no es la «historia», por ventura, la que usa al hombre en cuanto medio para alcanzar laboriosamente *sus* objetivos, los *de ella* —como si fuera una persona aparte—, sino que ella no es *ninguna otra cosa* que no sea la actividad del hombre que persigue sus propios objetivos. Si después de los geniales desenvolvimientos de *Feuerbach* la crítica *absoluta* todavía tiene la osadía de presentarnos otra vez, bajo nuevas formas, toda la vieja morralla, y precisamente en el mismo instante en que reniega de ella por ser una morralla «*masiva*» —para lo cual dista mucho de tener derecho, pues nunca movió un solo dedo para contribuir a la disolución de la filosofía—, basta ese único hecho para sacar a luz el «*misterio*» de la crítica, para justipreciar la ingenuidad crítica con que puede decirle al profesor Hinrichs, cuyo *estado de fatiga* ya le prestó una vez un invalorable servicio a la crítica:

«El *daño* lo soportan aquellos que no han efectuado desarrollo alguno, o sea que *incluso aunque lo quisieran no podrían modificarse*, y cuando eleva su nivel el nuevo principio, ¡pero no!, lo nuevo *ni siquiera puede* convertirse en un *modismo*, no pueden tomarse de él giros diversos».

La crítica absoluta se ufana, frente al profesor Hinrichs, con la solución «*del misterio de las disciplinas universitarias*». ¿Ha descifrado, acaso, el «misterio» de la filosofía, de la jurisprudencia, de la política, de la

medicina, de la economía política, etc.? En modo alguno. Ha expuesto —¡advértase bien!—, ha expuesto en *La buena causa de la libertad* que las carreras profesionales y la ciencia libre, la libertad de cátedra y los estatutos de la universidad están en contradicción.

Si «la crítica absoluta» fuera honrada, habría reconocido de dónde procede su presunta dilucidación del «misterio de la filosofía», aunque es bueno, por otra parte, que no ponga en labios de *Feuerbach*, como ha hecho con otra gente, disparates como las tesis mal comprendidas y desfiguradas que tomó en préstamo de él. Es característico del punto de vista *teológico* de la «crítica absoluta», por lo demás, que mientras que actualmente los filisteos alemanes comienzan a comprender a *Feuerbach* y a apropiarse de sus resultados, ella no esté en condiciones, por el contrario, de comprender correctamente y de utilizar de manera adecuada ni una sola de las tesis de aquél.

El verdadero progreso, con respecto a las proezas de la primera campaña, lo lleva a cabo la crítica cuando «define» la lucha de «la masa» con el «*espíritu*» como «la meta» de toda la historia precedente, cuando proclama a «la masa» como «la pura nada» de la «mezquindad», cuando denomina directamente a la masa la «*materia*» y contrapone a «la materia» «el *espíritu*» como lo verdadero. ¿La crítica absoluta, acaso, no es auténticamente *cristiano-germánica*? Luego de que la vieja antítesis entre el espiritualismo y el materialismo ha sido impugnada en todos los aspectos y superada por *Feuerbach* de una vez y para siempre, «la crítica» la convierte de nuevo, y de la manera más nauseabunda, en el dogma fundamental y hace que el «*espíritu cristiano-germánico*» alcance la victoria.

Por último, el que identifique aquí la antítesis entre *espíritu* y *masa* con la antítesis entre «la crítica» y la masa, es algo que debe considerarse como un desarrollo de su misterio, aún oculto durante su primera campaña. Llegará más adelante a identificarse a sí misma con «la crítica», y de esta suerte a presentarse como «el *espíritu*», como lo absoluto e infinito, y a la masa por el contrario como finita, tosca, brutal, inanimada e inorgánica, pues esto es lo que entiende «la crítica» por materia.

¡Qué inmensa riqueza de la historia, esta que se agota en la relación de la humanidad con el señor Bauer!

b) *La cuestión judía n.º II. Descubrimientos críticos acerca de socialismo, jurisprudencia y política (nacionalidad)*

A los judíos masivos, materiales, se les predica la teoría *cristiana* de la *libertad espiritual*, de la *libertad en la teoría*, esa libertad *espiritualista* que incluso aherrojada *se imagina* ser libre, que se regocija en «la idea» y a la que toda existencia masiva no hace más que fastidiarla.

«Hasta el punto en que han avanzado los judíos en la *teoría*, hasta ese punto *se han* emancipado; hasta el punto en que *quieren ser libres*, hasta ese punto *son libres*.» ⁷²

Esta tesis permite medir al instante el abismo crítico que separa al comunismo y socialismo *masivos*, profanos, del socialismo *absoluto*. La primera tesis del socialismo profano niega la emancipación *en la mera teoría* por ser una ilusión y reclama para la libertad *real*, además de la «voluntad» idealista, otras condiciones muy palpables, muy materiales. ¡Cuán profundamente por debajo de la sacrosanta crítica está «la masa», la masa que considera necesarios trastocamientos materiales, prácticos, incluso para conquistar el tiempo y los medios requeridos aunque más no sea para dedicarse a «la teoría»!

¡Saltemos por un instante del socialismo puramente espiritual al campo de la *política*!

El señor *Riesser* sostiene, en contra de B[runo] Bauer, que *su* estado (scilicet ⁷³ el estado *crítico*) ha de excluir forzosamente a «judíos» y «cristianos». El señor *Riesser* está en lo cierto. Puesto que el señor Bauer confunde la emancipación *política* con la emancipación *humana*, puesto que el estado sólo sabe reaccionar contra los elementos refractarios mediante la exclusión violenta de las *personas* que los representan —tal como el terrorismo, por ejemplo, quiso aniquilar el acaparamiento cortando las cabezas de los acaparadores—, y puesto que en la *Cuestión judía* se califica a cristianismo y judaísmo de elementos incursos en alta traición, en su «estado crítico» el señor Bauer se vería obligado a hacer colgar a judíos y cristianos. Como confunde la emancipación política con la humana, debería confundir también, consecuentemente, los *me-*

72. Esta cita y las siguientes proceden de un segundo artículo de Bruno Bauer, titulado, como el primero, «Neueste Schriften über die Judenfrage», publicado en el cuarto cuaderno de la *Allgemeine Literatur-Zeitung* (marzo 1844).

73. O sea.

«Los políticos de la emancipación con los medios humanos de la misma. Pero no bien se le explica a la crítica absoluta el sentido determinado de su deducción, replica exactamente lo mismo que otrora replicaba Schelling a todos los adversarios suyos que sustituían las frases vacías de él por pensamientos reales:»

«Los adversarios de la crítica son, por ello, sus propios adversarios, porque no sólo la miden según su propia medida *dogmática*, sino que la tienen a ella misma por *dogmática*, esto es, combaten contra la crítica porque ésta no reconoce las distinciones, definiciones y subterfugios dogmáticos de ellos».

Uno se comporta dogmáticamente con la crítica, por cierto, como con el señor Schelling, cuando presupone en ella un sentido, una idea, una opinión reales, *determinados*. Para adaptarse, sin embargo, y con la finalidad de demostrar su humanidad al señor Riesser, «la crítica» opta por las distinciones, definiciones y, en particular, «subterfugios» dogmáticos.

Dice así, por ejemplo:

«Si en aquel trabajo» (la *Cuestión judía*) «hubiera querido o se me hubiera permitido ir más allá de la crítica, no tendría (!) que haber *hablado* (!) del estado, sino de “la sociedad”, que no excluye a nadie, sino de la que se excluyen sólo aquellos que no quieren participar en su desarrollo».

La crítica absoluta establece aquí una *distinción dogmática* entre lo que tendría que haber hecho si no hubiese hecho lo contrario, y aquello que ha hecho efectivamente. Explica el carácter limitado de su *Cuestión judía* mediante los «subterfugios dogmáticos» de un *querer* y un *estar permitido* que le prohíben ir «más allá de la crítica». ¿Pero cómo? ¿«La crítica» debe ir más allá de la «crítica»? Esta ocurrencia cabalmente *pasiva* le brota a la crítica absoluta debido a la necesidad dogmática, por una parte, de afirmar su formulación de la cuestión judía como absoluta, como «la crítica», y de otra parte por tener que admitir la posibilidad de una formulación más amplia.

El misterio de su «no querer» y su «no estarle permitido» se develará más tarde como *dogma* crítico, según el cual todas las limitaciones aparentes de «la crítica» no son otra cosa que *adaptaciones* necesarias, adecuadas a la capacidad de comprensión de la masa.

¡No *quería*, no le estaba *permitido* ir más allá de su limitada formulación de la cuestión judía! Pero si hubiera *querido* o le hubiera estado *permitido*, ¿qué habría hecho?... Habría dado una *definición dogmática*, hablado de «*la sociedad*» y no del «estado», vale decir, ¡no habría investigado la relación *real* del judaísmo con la sociedad *burguesa* ⁷⁴ actual! Habría *definido dogmáticamente la «sociedad»*, por oposición al «estado», afirmando que si el *estado* excluye, de la sociedad, por el contrario, *¡se excluyen aquellos* que no quieren participar en su desarrollo!

La sociedad se comporta de manera tan excluyente como el estado, sólo que en la forma más cortés de que no te arroja a la calle por la puerta, sino que te hace sentir tan incómodo dentro de ella que tú mismo te vas voluntariamente por la puerta.

En el fondo, el estado no procede de otro modo, pues no excluye a nadie que satisfaga todas sus exigencias y mandatos, que se ajuste a *su* desarrollo. En su *estadio consumado*, cierra incluso los ojos y declara *no políticas* las antítesis *reales*, las considera antagonismos que no lo perturbaban. Por lo demás, la propia crítica absoluta ha argüido que el estado excluye a los judíos porque y en la medida en que los judíos excluyen al estado, esto es, en que se excluyen *a sí mismos* del estado. Ahora bien, si esta interrelación adopta en la «sociedad» *crítica* una forma más galante, santurrona, solapada, ello sólo demuestra la mayor hipocresía y el menor desarrollo y formación de la «sociedad» «crítica».

Sigamos algo más a la crítica absoluta en sus «distinciones», «definiciones» y, sobre todo, «subterfugios dogmáticos».

Así, el señor Riesser exige al crítico que «*distinga* lo que cae dentro del campo del derecho» de aquello «que queda más allá de sus dominios».

El crítico se muestra indignado por lo impertinente de esta exigencia jurídica:

74. Como en otros trabajos juveniles de Marx, en *La Sagrada Familia* son frecuentes los casos en que no es totalmente claro cuándo el autor emplea el adjetivo «bürgerlich» en el sentido de «civil» y cuándo en el de «burgués», pero en este pasaje, así como en otros análogos que figuran más abajo, parece evidente que la «bürgerliche Gesellschaft» del texto ya no es la «sociedad civil» de Hegel, sino precisamente la «sociedad burguesa» que Marx comenzaba a investigar. Puede ser útil, de todos modos, poner sobre aviso al lector y recordar que la polisemia de «bürgerlich», así como del sustantivo correspondiente, hace que cuando Marx y Engels, en *La ideología alemana*, quieren reprocharle a Stirner no ver en el *burgués* (*Bürger*) la verdad del *ciudadano* (también *Bürger*), se vean obligados a emplear las palabras francesas *bourgeois* y *citoyen*.

«*Pero* hasta el presente», replica, «el estado de ánimo y la conciencia se han injerido en el derecho, siempre lo han complementado y —debido a su modo de ser, que se funda en su *forma dogmática*» (;no, por ende, en su *esencia* dogmática?)—, «siempre habrán de complementarlo.»

El crítico sólo olvida que *el derecho mismo*, por otra parte, se *distingue* muy expresamente del «estado de ánimo y la conciencia»; que esta distinción está fundada tanto en la *esencia* unilateral del *derecho* como en su *forma* dogmática y constituye incluso uno de los *dogmas principales* del derecho; que, por último, la aplicación práctica de esta distinción representa la cúspide del *desarrollo jurídico*, así como la escisión entre la religión y todo contenido profano la convierte en la religión *abstracta, absoluta*. El hecho de que «el estado de ánimo y la conciencia» se injeriran en el derecho es, a juicio del «crítico», razón suficiente para ocuparse del estado de ánimo y la conciencia allí donde se trate del *derecho*, y de la dogmática *teológica* donde se trate de la dogmática *jurídica*.

Gracias a las «definiciones y distinciones de la crítica absoluta», estamos ya suficientemente preparados para prestar oído a sus novísimos «*descubrimientos*» en torno a «*la sociedad*» y «*el derecho*».

«La forma universal que *la crítica* prepara, y cuyas ideas ella es *incluso la primera* en preparar, no es una forma *meramente jurídica* sino» —¡concéntrese el lector!— «*social*, de la que *cuan-do menos puede* decirse nada menos» —¿nada más?— «que aquel que no haya contribuido con lo suyo al desarrollo de la misma, no vive en ella con su conciencia y estado de ánimo, no se siente a sus anchas en ella y no puede participar en su historia.»

La forma universal preparada por *la crítica* se define como *no meramente* jurídica, *sino* social. Esta definición se puede interpretar de dos maneras. La frase citada ha de entenderse o bien como «*no* jurídica, *sino* social», o bien como «no meramente jurídica, sino *además* social». Consideremos su contenido según las dos lecturas posibles, comenzando por la primera. La crítica absoluta, más arriba, había definido la nueva «forma universal» diferente del estado como «*sociedad*». Ahora determina el sustantivo «*sociedad*» mediante el adjetivo «*social*». Si el señor Hinrichs, por oposición a su palabra «*político*», recibió tres veces la palabra «*social*», al señor Riesser se le propina, por oposición a su palabra «*jurídico*», la *sociedad social*. Si los esclarecimientos *críticos* dirigidos al señor Hinrichs se reducían a «social» + «social» + «so-

cial» = $3a$, en su segunda campaña la crítica absoluta pasa de la *adición* a la *multiplicación* y remite al señor Riesser a la sociedad multiplicada por sí misma, a la *segunda* potencia de lo social, la sociedad social = a^2 . Después de esto, a la crítica absoluta sólo le resta, para coronar sus esclarecimientos sobre la sociedad, pasar a las fracciones,⁷⁵ extraer la *raíz cuadrada* de la sociedad, etc.

Si leemos, por el contrario, conforme a la segunda glosa: la forma universal «no meramente jurídica, sino además social», tenemos que esta forma universal híbrida no es otra cosa que la *forma universal* existente en la *actualidad*, la forma universal de la *sociedad actual*. Que la crítica, en su pensamiento antediluviano, no haga más que *preparar* la existencia futura de la forma universal *existente hoy en día*, es un grandioso, un venerable *milagro crítico*. Pero en lo que respecta a la «sociedad no meramente jurídica, sino social», la crítica por el momento no puede revelar de ella otra cosa que la «fabula docet»,⁷⁶ la aplicación práctica de índole *moral*. En esta sociedad «no se sentirá a sus anchas aquel» que no viva en ella con su estado de ánimo y su conciencia. Por último, en esta sociedad no vivirá nadie más que el «estado de ánimo puro» y la «conciencia pura», a saber, «el espíritu», «la crítica» y los *suyos*. La *masa* quedará excluida de ella de una u otra manera, de modo que la «sociedad masiva» sentará los reales al margen de la «sociedad social».

En una palabra, esta sociedad no es otra cosa que el *cielo crítico*, del que queda excluido, en calidad de *infierno acrítico*, el mundo real. La crítica absoluta prepara en su pensamiento puro esta *forma universal* transfigurada de la antítesis entre «masa» y «espíritu».

De la misma hondura *crítica* que estos esclarecimientos en torno a la «sociedad» son los que recibe el señor Riesser acerca del destino de las naciones.

La crítica absoluta, a partir del afán de los judíos por emanciparse y del afán de los estados cristianos por «insertarlos dentro de su esquematismo gubernamental» —¡como si ya no estuvieran insertos desde hace tiempo en el esquematismo gubernamental cristiano!—, se dedica a profetizar sobre la *decadencia de las nacionalidades*. Vemos qué rodeo tan complicado da la crítica absoluta para arribar al movimiento histórico actual, esto es, el *rodeo de la teología*. Y de los extraordinarios resultados que alcanza de esta suerte, da fe este oráculo esplendente:

75. Juego de palabras: «in die Brüche zu gehen» puede significar también «malograrse, frustrarse, fracasar».

76. La moraleja de la fábula; literalmente, «la fábula enseña».

«¡El *futuro* de todas las nacionalidades... es... un... *futuro*... muy... oscuro!».

Pero el futuro de las nacionalidades, a causa de la crítica, podrá ser todo lo oscuro que se quiera. Lo único que interesa aquí, es *claro*: el *futuro* es *obra de ella*.

«*El destino*», exclama la crítica, «puede decidir lo que quiera; ahora sabemos que aquél es *obra nuestra*.»

Así como Dios a *su obra*, el hombre, *la* crítica infunde su *albedrío* a *su obra*, el destino. *La* crítica, cuya obra es el destino, es *todopoderosa* como Dios. Hasta la «resistencia» que «*encuentra*» fuera de sí es su propia obra. «*La crítica genera* a sus adversarios.» De ahí que la «*rebelión masiva*» contra ella sólo resulte «amenazante» para «la masa» misma.

Pero si la crítica es *todopoderosa* como Dios, es también *omnisapiente* como Dios y sabe combinar su omnipotencia con la *libertad*, la *voluntad* y el *destino natural* de los individuos humanos.

«No sería la fuerza que *hace época* si no ejerciera este efecto: el *hacer de cada uno* lo que éste *quiere* ser y el indicar irrevocablemente a cada cual el puesto que *corresponde a su naturaleza y su voluntad*.»

Leibniz no podría establecer de manera más feliz la armonía preestablecida de la omnipotencia divina con la libertad y el destino natural de los hombres.

Si «*la crítica*», al no *distinguir* entre la *voluntad* de ser algo y la *capacidad* de serlo, parece arremeter contra la sicología, es necesario reparar en que posee los motivos decisivos para tachar de «*dogmática*» esa «*distinción*».

¡Aprestémonos para la tercera campaña! ¡Traigamos a la memoria, una vez más, el hecho de que «*la crítica genera* a *su adversario*»! Mas, ¿cómo podría generar su adversario —la «frase vacía»—, si ella no generara frases vacías?

3. Tercera campaña de la crítica absoluta

a) Autoapología de la crítica absoluta. Su pasado «político»

La crítica *absoluta* inaugura su tercera campaña contra la «masa» con la pregunta:

«¿Cuál es ahora el objeto de la crítica?».⁷⁷

En la misma entrega de la *Literatur-Zeitung* encontramos la información correspondiente:

«Que la crítica no quiere llegar a conocer *nada* que no sean las cosas».

Según esto, la crítica tendría como *objeto* todas las cosas. Interrogar por un objeto aparte, determinado especialmente para la crítica, carecería de sentido. La contradicción se resuelve con sencillez si se repara en que todas las cosas «coinciden» en las cosas críticas, y todas las cosas críticas lo hacen en la *masa*, en cuanto «objeto» de la *crítica absoluta*.

Por de pronto, el señor Bruno describe su *infinito apiadarse* de la «masa». Hace del «abismo que lo separa de la multitud» el objeto de un «detenido estudio». Quiere «llegar a conocer la significación de este abismo para el futuro» (en esto consiste, precisamente, el llegar a conocer «todas» las cosas mencionado más arriba) y a la vez «superarlo». Ya conoce, pues, en verdad, la *significación* de ese abismo. La misma estriba, justamente, en que el señor Bruno lo *supere*.

Pero como cada uno es el prójimo de sí mismo, la «crítica» comienza por ocuparse de superar su *propia masividad*, al igual que los ascetas cristianos, quienes dan inicio a la campaña del espíritu contra la carne mortificando su *propia* carne. La «carne» de la crítica absoluta es su *realmente masivo* —de 20 a 30 volúmenes— *pasado* literario. El señor Bauer, por consiguiente, se ve obligado a liberar de su *apariciencia masiva* el currículo literario de la «crítica» —que coincide exactamente con el propio currículo literario del señor Bruno—, a *corregirlo* y *explicarlo* a posteriori y, mediante este comentario *apologético*, a «poner a buen recaudo sus trabajos anteriores».

77. Título de un artículo de Bruno Bauer (en alemán «Was is jetzt der Gegenstand der Kritik?») publicado en el octavo cuaderno de la *Allgemeine Literatur-Zeitung* (julio 1844). Casi todas las citas de la *Allgemeine Literatur-Zeitung* referidas por Marx en este apartado tercero proceden de este artículo.

Con este fin, comienza por explicar que el error de la *masa* —que, hasta la desaparición de los *Deutsche Jahrbücher*⁷⁸ y de la *Rheinische Zeitung*,⁷⁹ incluía al señor Bauer en el número de los *suyos*— obedecía a un doble motivo. Por un lado, se incurría en el error de *no* concebir el movimiento literario «*como puramente literario*». Y en el mismo momento se caía en el error inverso, el de concebir el movimiento literario como «*mera*» o «*puramente*» *literario*. No cabe duda alguna de que en cualquier caso la *masa* estaba equivocada, aunque más no fuera por el hecho de incurrir en el *mismo* instante en dos errores recíprocamente excluyentes.

Aprovechando la ocasión, la crítica absoluta espeta a quienes se mofaban de la «nación alemana» como de una «*literata*»:

«Nombrad aunque más no sea una sola época histórica que no haya sido *predelineada* imperiosamente por la «*pluma*» y cuya conmoción no haya sido necesariamente concluida de un plumazo».

En su ingenuidad crítica, el señor Bruno disocia «*la pluma*» del *sujeto que escribía*, y el sujeto escribiente, como «*escritor abstracto*», del *hombre histórico* y viviente que escribía. De esta suerte le es dable exaltarse ante la fuerza *taumaturgica* de la «*pluma*». A igual título podría exigir que se le nombrara un solo movimiento histórico que no haya sido delineado previamente por las «aves de corral» y la «muchacha de los gansos».

Más adelante este mismo señor Bruno nos hará saber que hasta el presente no se conoce ni una época histórica, ni siquiera una sola. ¿Cómo la «*pluma*» que hasta el día de hoy no ha sabido *postdelinear* «*ni una sola*» época histórica, habría estado en condiciones de *predelinearlas todas*?

78. *Deutsche Jahrbücher für Wissenschaft und Kunst* (*Anuarios alemanes de ciencia y arte*). Revista filosófico-literaria de los jóvenes hegelianos. Apareció desde julio de 1841 bajo la dirección de Arnold Ruge. De 1838 a 1841 había aparecido con el nombre de *Hallische Jahrbücher für deutsche Wissenschaft und Kunst*. Fue prohibida en 1843.

79. *Rheinische Zeitung für Politik, Handel und Gewerbe* (*Gaceta renana de política, comercio e industria*). Diario que apareció en Colonia del 1 de enero de 1842 al 31 de marzo de 1843. Fue fundado por representantes de la burguesía renana en oposición al absolutismo prusiano. Colaboraron en él varios jóvenes hegelianos. Karl Marx fue colaborador desde abril de 1842 y jefe de redacción desde octubre del mismo año, imprimiéndole un carácter cada vez más acentuadamente democrático y revolucionario. Engels publicó en él también varios artículos.

Ello no obstante, el señor Bruno demuestra por la vía del *hecho* su opinión, puesto que él mismo «predelinea» con «*plumazos*» *apologéticos* su propio «pasado».

La crítica, que en todos los aspectos estaba enredada no sólo en la limitación *general* del mundo, de la época, sino en limitaciones por entero extraordinarias, personales, y que sin embargo desde tiempos inmemoriales afirmaba solemnemente, en todas sus obras, ser la crítica «*absoluta, consumada, pura*», no había hecho más que *adaptarse* a los *prejuicios* y a la *capacidad de comprensión* de la masa, tal como suele adaptarse Dios, en sus revelaciones, a los hombres.

«Era forzoso», noticia la crítica absoluta, «que se llegara a la ruptura de *la* teoría con su *aparente aliado*.»

Pero como *la* crítica —que por variar aquí se llama, una vez, la *teoría*— no llega a *nada*, sino que por el contrario todo viene de ella; como no se ha desarrollado dentro del mundo sino *al margen* de él y como lo ha predeterminado todo en su conciencia divina, siempre igual a sí misma, la *ruptura* con su antiguo aliado sólo en *apariencia* fue un «*nuevo giro*», sólo para otros, no en sí, no para sí misma.

«No obstante, este giro ni siquiera era “*verdaderamente*” nuevo. La teoría había trabajado constantemente en la *crítica de sí misma*» (se sabe el trabajo que ha costado obligarla a practicar la crítica de sí misma) «nunca había adulado a la masa» (tanto más se aduló a sí misma), «siempre se *precavió* de dejarse envolver en los supuestos de su adversario.»

«El teólogo cristiano tiene que conducirse con *precaución*» (*Entdecktes Christentum*, por Bruno Bauer, pág. 99). ¿Cómo, pues, la «*precavida*» crítica se dejó envolver, sin embargo, y no manifestó ya entonces, clara y perceptiblemente, su «*verdadera*» opinión? ¿Por qué no habló entonces con el corazón en la mano? ¿Por qué dejó subsistir la ficción de su parentesco con la masa?

«¿Por qué me has hecho esto?, dijo Faraón a Abrahán, devolviéndole a su esposa Sara. ¿Por qué, entonces, me dijiste que era tu hermana?» (*Entdecktes Christentum*, por Bruno Bauer, pág. 100.)

«¡Abajo la razón y el lenguaje!, dice el teólogo, pues entonces Abrahán sería un mentiroso. ¡La revelación, en tal caso, habría sido mortalmente ultrajada!» (*l.c.*).

«¡Abajo la razón y el lenguaje!», dice el crítico: si el señor Bauer se hubiera enredado *realmente* con la masa y no sólo en apariencia, ¡entonces la crítica absoluta ya no sería absoluta en sus revelaciones, y por consiguiente habría sido ultrajada mortalmente!

Y prosigue la crítica absoluta:

«Sólo que no se había reparado en su» (su de la crítica absoluta) «empeño, y *hubo además* un estadio de la crítica en que ésta se vio *forzada* a aceptar *sinceramente* los supuestos de su adversario y a tomarlos en serio por un instante; en suma, una fase en la que *no tenía aún, plenamente*, la capacidad para despojar a la masa de la convicción de que tenía en común con ella una causa y un interés».

Sólo que no se había reparado en el empeño de *la* «crítica»; por tanto, la culpa recaía en la masa. Por otra parte, la crítica reconoce que no se *podía* reparar en su empeño, ya que ella misma aún no tenía la «*capacidad*» de *hacer que se pudiera reparar en él*. Por ende, la culpa *parece* recaer en la crítica.

¡No lo quiera Dios! La crítica se vio «forzada» —se ejerció contra ella una violencia— «a aceptar sinceramente los supuestos de su adversario y a tomarlos en serio por un instante». Bonita sinceridad la de la crítica, una sinceridad genuinamente teológica que no toma una cosa con seriedad real, sino que sólo la «*toma en serio por un instante*»; que se ha precavido siempre, o sea en *todo instante*, de dejarse envolver en los supuestos de su adversario... y sin embargo hace suyos «sinceramente» los mismos supuestos, «*por un instante*». La sinceridad se acrecienta aun más en el segundo término de la proposición. En el mismo instante en que la crítica «aceptaba sinceramente los supuestos de la masa, era *también*» cuando «no tenía aún, plenamente, la *capacidad*» para destruir la ilusión acerca de la unidad entre *su* causa la causa *masiva*. No tenía *aún* la *capacidad*, pero ya tenía la *voluntad* y el *pensamiento*. ¡Aún no podía romper *exteriormente* con la masa, pero la ruptura ya se había consumado en *su interior*, en su *ánimo*, en el mismo momento en que simpatizaba *sinceramente* con la masa!

La crítica, envuelta en los prejuicios de la masa, no estaba realmente envuelta en *ellos*; por el contrario, se hallaba *verdaderamente* libre de su propia limitación, sólo que *no* poseía «*aún, plenamente*», la «capacidad» de dársele a conocer a la masa. Toda la limitación de «la crítica» era, pues, pura *apariencia*, una apariencia que sin la limitación de la masa habría sido superflua y, por ende, no hubiera existido. *Una vez más*, pues, la culpa recae en la masa.

En la medida, empero, en que «la incapacidad», la «impotencia» de la crítica para expresarse respaldaba aquella *apariencia*, la crítica misma era *imperfecta*. Es algo que ella reconoce en la manera que le es peculiar, tan sincera como apoloética.

«Pese a que ella» (la crítica) «sometió al liberalismo mismo a una crítica disolvente, *aún* se la podía tomar por una variedad especial de éste, *talvez* por su realización extrema; *pese* a que sus desenvolvimientos verdaderos y decisivos iban más allá de la política, debía *aún, sin embargo*, abandonarse a la *apariencia* de que hacía *política*, y fue esta *apariencia imperfecta* la que le ganó la mayor parte de los amigos mencionados más arriba.»

La crítica había ganado sus amigos mediante la *apariencia imperfecta* de que hacía política. Si la *apariencia* de que hacía *política* hubiera sido *perfecta*, infaliblemente habría perdido los amigos *políticos*. En su *ansia apoloética* por absolverse de todo pecado, acusa a la *falsa apariencia* de haber sido una *falsa apariencia imperfecta* y no una *falsa apariencia perfecta*. Apariencia por apariencia, «la crítica» puede consolarse con la idea de que si poseía la «apariencia perfecta» de querer hacer política, no posee, por el contrario, ni siquiera la «apariencia» imperfecta de haber disuelto la política en parte alguna ni en momento alguno.

La crítica absoluta, no complacida del todo con la «apariencia imperfecta», se interroga una vez más:

«¿Cómo ocurrió que la crítica se viera arrastrada entonces por los intereses “masivos, políticos”, que... *inclusive!... ¡tuviera!... ¡que hacer!... ¡política!?*».

Para el teólogo Bauer *se cae de su peso, por entero*, que la crítica tuviera que cultivar, durante un período infinitamente largo, la *teología especulativa*, puesto que él, la «crítica», es teólogo ex professo.⁸⁰ ¿Pero *hacer política*? Esto tuvo que obedecer a circunstancias especialísimas, muy políticas y personales.

¿Por qué la «crítica», inclusive, tuvo que *hacer política*? «Se la acusaba... *con ello se ha respondido a la pregunta.*» Por lo menos, con ello se ha develado el «misterio» de la «*política baueriana*», y al menos no denominaremos *impolítica* la *apariencia* que, en *La buena causa de la libertad y mi propia causa*, de Bruno Bauer, conecta mediante una «y»

80. De profesión.

la *masiva* «causa de la libertad» a la «*propia* causa». Y si la crítica no se ocupaba de su «*propia causa*» en *interés de la política*, sino de la *política en interés de su propia causa*, debe admitirse que no era la política la que guiaba a la crítica, sino por el contrario la crítica a la política.

Bruno Bauer, pues, debía ser exonerado de su cátedra teológica: se lo *acusaba*; la «crítica» tuvo que hacer política, vale decir, *abogar* en «su» proceso, esto es, el de Bruno Bauer. El señor Bauer no entendía en el proceso de la crítica; la «crítica» entendía en el proceso del señor Bauer. ¿Por qué «la crítica» se vio *obligada* a abogar en su proceso?

«¡Para asumir su responsabilidad!» *Quizás también por eso*; sólo que la «crítica» dista mucho de atenerse a una razón tan personal y profana. Quizás también por eso, pero *no sólo* por eso, «*sino principalmente* para desarrollar las contradicciones de sus adversarios» y además —podría añadir la crítica— para hacer encuadernar en un *libro* viejos artículos contra diversos teólogos; véanse, entre otros materiales, la minuciosa querella con *Planck*, ese asunto de familia entre la teología-Bauer y la teología-Strauss.

Una vez que la crítica absoluta ha aligerado su corazón confesando el verdadero interés de su «*política*», al recordar su «*proceso*» da en mascar de nuevo la vieja col *hegeliana* (véase, en la *Fenomenología*, la lucha entre la ilustración y la fe, véase *toda* la *Fenomenología*), ya prolijamente rumiada en la *Buena causa de la libertad*, de que «lo viejo que opone resistencia a lo nuevo no es ya realmente lo viejo». La crítica crítica es un animal rumiante. Recalienta y vuelve a recalentar⁸¹ algunas sobras caídas de la mesa de Hegel, tal como la frase citada más arriba acerca de lo «viejo» y lo «nuevo» o, también, «el desarrollo del extremo a partir del extremo opuesto» y otras por el estilo, sin que jamás llegue a sentir siquiera la necesidad de hacer frente a la «*dialéctica especulativa*» de otra manera que mediante el estado de fatiga del profesor Hinrichs. Por el contrario, una y otra vez va críticamente *más allá* de Hegel mientras lo repite, como en el ejemplo siguiente:

«Al entrar en escena la crítica y conferir a la investigación una nueva forma, esto es, *la* forma que *ya* no se deja *trasmutar en una delimitación externa*», etc.

81. «Kohl», «col» (véase líneas más arriba), puede significar también «charlatanería, cháchara», y una «aufgewärmter Kohl» no sólo es una «col recalentada», sino también «antañadas, antiguallas».

Si *trasmuto* algo, hago de ello algo esencialmente distinto. Siendo así, y puesto que toda forma es también una «*delimitación externa*», *ninguna* forma se «*deja*» *trasmutar* en una «*delimitación externa*», tal como ninguna manzana se deja «*trasmutar*» en una manzana. Hay *otra* razón por la cual la forma que «*la crítica*» confiere a la investigación no se deja *trasmutar* en una «*delimitación externa*». Más allá de toda «*delimitación externa*», esa forma se confunde con el vaho gris ceniza, azul oscuro del disparate.⁸²

«*Pero ni siquiera era posible que ella*» (la lucha entre lo viejo y lo nuevo) «*existiera también allí*» (a saber, en el instante en que la crítica «*confiere la nueva forma*» a la investigación) «*si lo viejo se ocupaba teóricamente... de la cuestión relativa a la compatibilidad o incompatibilidad.*»

Pues bien, ¿por qué lo viejo no se ocupaba teóricamente de esta cuestión? Porque «*al principio, sin embargo, es cuando menos le es posible hacerlo, ya que en el momento del deslumbramiento*», esto es, al principio, «*no se conoce a sí mismo ni conoce a lo nuevo*», es decir, no se ocupa teóricamente ni de sí mismo ni de lo nuevo. ¡Ni siquiera sería posible, si la «*imposibilidad*», lamentablemente, no fuera imposible!

Si bien *el* «*crítico*» de la facultad de teología, además, «*confiesa que ha errado intencionalmente, que ha cometido el error de manera libre y premeditada y luego de madura reflexión*» —todo lo que la crítica ha padecido, experimentado, hecho, se *trasmuta* en un producto libre, puro e intencional de su reflexión—, lo cierto es que esta confesión del crítico sólo presenta una «*apariciencia imperfecta*» de la verdad. Puesto que la *Crítica de los sinópticos*⁸³ está confinada en un terreno estrictamente *teológico*, puesto que de cabo a rabo es una crítica *teológica*, el señor Bauer, profesor auxiliar de teología, bien podía escribirla y enseñarla sin cometer «*falta ni error*». En falta y error incurrian más bien

82. Traducimos literalmente la frase, cuyas connotaciones son irreproducibles en castellano. «*Aschgrau*» es «gris ceniza», pero el lector alemán asocia este adjetivo al modismo «*das geht ja ins Aschgrau*» («*eso pasa de castaño oscuro*»); «*dunkelblau*» («*azul oscuro*») es el color tradicional de la facultad de filosofía, y «*jemandem blauen Dunst vormachen*» (literalmente algo así como «*enseñarle vaho azul a alguien*») significa «*engañar a uno*».

83. *Kritik der evangelischen Geschichte der Synoptiker* (*Crítica de la historia evangélica de los sinópticos*), tomos I-II, Leipzig, 1841, de Bruno Bauer. En historia de las religiones se llama «sinópticos» a los autores de los tres primeros evangelios.

las facultades de teología al no advertir lo estrictamente que se atenía el señor Bauer a su promesa, a la promesa formulada en la *Crítica de los sinópticos*, tomo I, prólogo, página XXIII.

«Si bien la *negación*, también en este primer tomo, puede parecer demasiado audaz y trascendente, recordamos a este respecto que lo verdaderamente *positivo* sólo puede nacer si la negación ha sido rigurosa y general... *Al final* se ha de evidenciar que sólo la crítica más corrosiva del mundo es la que enseñará la *fuertza* creadora de *Jesús* y de su *principio*.»

Intencionalmente, el señor Bauer separa al señor «Jesús» y a su «principio», para que el sentido *positivo* de su promesa resalte sobre toda apariencia de ambigüedad. Y el señor Bauer, realmente, ha enseñado la fuerza «*creadora*» del señor Jesús y de su principio de una manera tan manifiesta, que su «*autoconciencia infinita*» y el «*espíritu*» no son otra cosa que *creaturas* cristianas.

Por más que la querella de la crítica crítica con la facultad de teología de Bonn explique la «política» que seguía la primera por ese entonces, ¿por qué siguió haciendo política, cuando esa contienda ya se había decidido? Prestemos atención:

«Una vez alcanzado este punto, “la crítica” *tendría* que haberse *detenido* o, incluso, haber *proseguido su marcha* e investigar la esencia política, presentándola como su adversario... si hubiera sido posible, tan sólo, poder detenerse en la lucha que por entonces libraba y si sólo, por *otra* parte, no fuera una ley histórica estrictísima la de que un principio, al medirse por primera vez con su antítesis, forzosamente debe... dejarse oprimir por ésta».

¡Magnífica frase apologética! «La crítica *tendría* que haberse detenido» si hubiera sido posible, tan sólo... ¡«poder detenerse»! ¿Quién «*tenía*» que detenerse? ¿Y quién hubiera tenido que «poder»... lo que no «hubiera sido posible»? Y de otro lado: la crítica tendría que haber proseguido su marcha «si sólo, por otra parte, *no* fuera una ley histórica estrictísima», etc. ¡Las leyes históricas son también «*estrictísimas*» para con la crítica absoluta! ¡Si *no* se hallaran sólo del *otro* lado que el de la crítica crítica, qué brillantemente proseguiría ésta su marcha! Pero à la guerre comme à la guerre!⁸⁴ En la historia, tiene que dejar que se haga de ella una triste «historia».

84. En la guerra como en la guerra.

«Si la crítica» (siempre el señor Bauer) «...tuvo que hacer eso, habrá que *admitir, al mismo tiempo*, sin embargo, que siempre se sentía *insegura* cuando aceptaba exigencias de este tipo» (esto es, exigencias políticas) «y que a causa de estas exigencias entró con sus *verdaderos elementos* en una contradicción que *ya* había encontrado su *solución* en dichos *elementos*.»

Las estrictísimas leyes de la historia habían forzado a la crítica a incurrir en debilidades políticas, pero —suplica— *al mismo tiempo* debe *admitirse* que ella, si bien no realmente sino *en sí*, estaba por encima de esas debilidades. Para empezar, las había superado «*en el sentimiento*», pues «siempre se sentía insegura en sus exigencias», se sentía *mal* en la política, no sabía qué le pasaba. ¡Y es más! La crítica entraba en contradicción con sus *verdaderos elementos*. ¡Y por último, lo más grandioso! La contradicción en que había entrado con sus verdaderos *elementos* no encontraba su solución en el decurso de su *desarrollo*, ¡sino que «*ya*», por el contrario, «*había*» encontrado su solución en sus verdaderos *elementos*, existentes con prescindencia de la contradicción! Estos elementos críticos pueden vanagloriarse: antes que existiera Abrahán, existíamos nosotros. Antes que el desarrollo generara la antítesis con nosotros, la antítesis *nonata* yacía resuelta, muerta, descompuesta, en nuestro caótico seno. Pero como en los verdaderos elementos de la crítica «ya había encontrado su solución» la contradicción de ella con sus verdaderos elementos, y como una contradicción *resuelta* no es una contradicción, por consiguiente la crítica, para hablar con exactitud, *no* se encontraba en contradicción con sus verdaderos elementos, *no* se encontraba en contradicción consigo misma, esto es... se habría alcanzado el objetivo general de la autoapología.

La autoapología de la crítica absoluta dispone de todo un diccionario *apologético*:

«ni siquiera verdaderamente», «sólo que... no reparado», «hubo además», «no aún... plenamente», «pese a ello... no obstante», «no sólo... sino principalmente», «por vez primera, mirándolo bien, tanto», «la crítica tendría, si hubiera sido posible, tan sólo, y si por otra parte...», «*sí*... habrá que admitir, *al mismo tiempo, sin embargo*», «ahora bien, no era natural, no era inevitable», «tampoco», etc.

No hace tanto que la crítica absoluta se expresaba de la siguiente manera acerca de giros apologéticos similares:

«El “aunque” y el “sin embargo”, el “ciertamente” y el “pero”, un no celestial y un sí terrenal, son las piedras angulares de la teología moderna, los zancos con que avanza, la artimaña a que se reduce toda su sabiduría, el giro que se reitera en todos sus giros, su alfa y su omega». (*Entdeck[es] Christ[entum]*, pág. 102.)

b) *La cuestión judía n.º III*

La «crítica absoluta» no se limita a demostrar, por medio de su autobiografía, esa peculiar omnipotencia suya que «*crea por vez primera, mirándolo bien, tanto lo viejo como lo nuevo*». No se reduce a escribir de manera personalísima la apología de su pasado. Plantea ahora a terceros, al profano mundo restante, la «tarea» absoluta, la «tarea que importa ahora, por el contrario, llevar a cabo», a saber, la *apología* de las proezas y «obras» bauerianas.

Los *Deutsch-Französische Jahrbücher* publicaron una crítica de la *Cuestión judía* del señor Bauer.⁸⁵ Se puso al descubierto el error fundamental de éste, la confusión de la «emancipación *política*» con la «emancipación *humana*». Ciertamente, no se dio allí por primera vez a la vieja cuestión judía su «*planteo correcto*», sino que se trató y resolvió la «cuestión judía» según el planteo que el desarrollo moderno ha dado a las *viejas cuestiones de la época* y mediante el cual éstas se han tornado, precisamente, de «cuestiones» del pasado en «cuestiones» del presente.

En la *tercera* campaña de la crítica absoluta se debería replicar, según parece, a los *Deutsch-Französische Jahrbücher*. En un comienzo, la crítica absoluta *reconoce* lo que sigue:

«En la *Cuestión judía* se cometió el mismo “*desliz*” de identificar la esencia *humana* y la esencia *política*».

La crítica hace notar que:

«sería ya demasiado tarde para querer hacer *recriminaciones* a la crítica por la posición adoptada en parte por ésta hace *dos años*». «*De lo que se trata, por el contrario*, es de proporcionar la *explicación* de por qué la crítica... ¡inclusive tuvo que hacer política!».

85. Se trata del artículo de Karl Marx titulado «La cuestión judía», OME 5, págs. 178-208.

¿«Hace *dos años*»? ¡Contemos con arreglo al sistema cronológico *absoluto*, a partir de la *natividad* del Redentor crítico universal, la *Literatur-Zeitung* baueriana! El Redentor crítico universal nació en el anno 1843. Ese mismo año vio la luz del mundo la segunda edición aumentada de la *Cuestión judía*. El tratamiento crítico de la *Cuestión judía* en los *Einundzwanzig Bogen aus der Schweiz*⁸⁶ apareció aun después, en ese mismo año 1843 del viejo calendario. Luego de que los *Deutsche Jahrbücher* y la *Rheinische Zeitung* dejaran de publicarse en ese mismo año trascendental de 1843 de la era antigua o año I de la era crítica, apareció el escrito político-fantástico del señor Bauer intitulado *Estado, religión y partido*, que reiteraba con exactitud los viejos errores bauerianos acerca de la «esencia política». El apologista se ve en la necesidad de falsificar la *cronología*.

La «*explicación*» de por qué el señor Bauer «*tuvo inclusive*» que hacer política presenta un interés general sólo bajo ciertas condiciones. Esto es, si se presupone como *dogma fundamental* la infalibilidad, pureza y carácter absoluto de la crítica crítica, no cabe duda de que los hechos que contradicen ese dogma se transforman en enigmas tan arduos, misteriosos y dignos de cavilación como lo son para el teólogo las acciones aparentemente no divinas de Dios.

Si consideramos «*al crítico*», por el contrario, como un individuo finito, si no se lo separa del *límite* trazado por su época, quedamos dispuestos de responder a *por qué inclusive él* tenía que desarrollarse en el ámbito del mundo, puesto que la *pregunta* misma deja de existir.

Con todo, si la crítica absoluta se aferra a su reclamo, habrá que ofrecerse para elaborar un tratadillo escolástico en el que se diluciden las siguientes *cuestiones de actualidad*:

«¿Por qué la concepción de la Virgen María por el Espíritu Santo tenía que ser demostrada precisamente por el señor Bruno Bauer?». «¿Por qué el señor Bauer debió demostrar que el ángel que se apareció a Abrahán era una emanación *real* de Dios, una emanación carente aún, sin embargo, de la consistencia necesaria para la *digestión de alimentos*?». «¿Por qué el señor Bauer se sintió obligado a hacer la apología de la casa real prusiana y a elevar el estado prusiano a la categoría del estado *absoluto*?». «¿Por qué, en la *Crítica de los sinópticos*, hubo el señor Bauer

86. Título de un volumen de escritos de Bruno Bauer, donde figura el artículo «Die Fähigkeit der heutigen Juden und Christen, frei zu werden», al que aquí se alude. Publicado en Zurich y Winterthur en 1843.

de sustituir al *hombre* por la “autoconciencia infinita”?» «¿Por qué el señor Bauer, en su *Cristianismo descubierto*, se vio en la necesidad de repetir la *teoría cristiana de la creación* bajo una forma *hegeliana*?» «¿A qué se debe que el señor Bauer haya debido exigir de sí mismo y de otros la “*explicación*” del milagro consistente en que tenía que equivocarse?»

Mientras no se nos proporcionen las pruebas de estas necesidades tan «críticas» como «absolutas», hagamos tiempo escuchando atentamente los subterfugios apoloéticos de la «crítica».

«Era necesario... darle a la cuestión judía... por primera vez su planteo *correcto*, como una cuestión *religiosa* y *teológica* y como una cuestión *política*.» «En su calidad de tratamiento y solución de ambas cuestiones, la “crítica” *no es ni religiosa ni política*.»

En los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, en efecto, el tratamiento baueriano de la «cuestión judía» se dilucida como un tratamiento *realmente* teológico y *fantásticamente* político.

Para empezar, y en lo que toca a la «recriminación» relativa a sus limitaciones *teológicas*, responde la «crítica»:

«La cuestión judía *es* una cuestión *religiosa*. La *Ilustración* creyó resolverla calificando la *antítesis religiosa* de *irrelevante* o incluso negándola. La crítica, por el contrario, tenía que presentarla en su pureza».

Una vez que lleguemos a la parte *política* de la cuestión judía hemos de ver cómo el teólogo, el señor Bauer, tampoco en los dominios de la política se ocupa de política, sino de teología.

Pero si en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* se impugnó como «*puramente religioso*» su tratamiento de la cuestión judía, se trata allí, en especial, del artículo del señor Bauer publicado en los *Einundzwanzig Bogen*:

«La capacidad de los judíos y cristianos actuales para llegar a ser libres».

Este artículo nada tiene que ver con la vieja «Ilustración». Contiene la opinión *positiva* del señor Bauer acerca de la capacidad de los judíos actuales para emanciparse y, por consiguiente, respecto a la posibilidad de su emancipación.

Dice «la crítica»:

«La cuestión judía es una cuestión *religiosa*».

Falta saber, precisamente, *qué es* una cuestión *religiosa* y, en particular, *qué es* una cuestión *religiosa* hoy en día.

El *teólogo* juzgará por la *aparencia* y en una cuestión *religiosa* verá una cuestión *religiosa*. Pero «la crítica» recuerda su explicación contra el profesor *Hinrichs*, según la cual los intereses *políticos* del presente poseen una significación *social*: en los *intereses políticos* «ya no hay ni que pensar».

Con el mismo derecho se le decía a «la crítica» en los *Deutsch-Franz[ösische] Jahrbücher*: las cuestiones *religiosas* del día poseen actualmente una significación *social*. En los intereses *religiosos* en cuanto *tales* ya no hay ni que pensar. Sólo el *teólogo* puede seguir creyendo que de lo que se trata es de la religión en cuanto religión. Por supuesto, los *Jahrbücher* cometían la *injusticia* de no detenerse ante la *palabra* «social». Se caracterizaba la posición *real* del judaísmo en la actual sociedad burguesa. Una vez que se hubo separado el judaísmo del tapujo *religioso* y que se lo resolvió en su meollo empírico, mundano, práctico, pudo indicarse de qué manera *realmente social* había que resolver este meollo. El señor Bauer se da por satisfecho con la afirmación de que «una cuestión *religiosa*» es una «cuestión *religiosa*».

En modo alguno se negó, como *aparenta* creer el señor Bauer, que la cuestión judía sea también una cuestión *religiosa*. Se puso de manifiesto, más bien: el señor Bauer *sólo* comprende la esencia *religiosa* del judaísmo, pero no la *base mundana, real*, de esta esencia religiosa. Combate la *conciencia religiosa* como si fuera una esencia autónoma. De ahí que el señor Bauer explique a los judíos *reales* a partir de la *religión judía*, en vez de explicar el misterio de la religión judaica a partir de los *judíos reales*. El señor Bauer sólo comprende al judío en la medida en que éste es objeto directo de la *teología* o *teólogo*.

El señor Bauer ni siquiera vislumbra que el judaísmo *real, mundano*, y por ende *también* el judaísmo *religioso*, es generado continuamente por la *vida burguesa actual* y recibe su último perfeccionamiento en el *sistema dinerario*. No podía vislumbrar esto porque no reconoció al judaísmo como miembro del mundo real, sino tan sólo como miembro de su mundo, *de la teología*, porque él, como varón pío y temeroso de Dios, no ve el judío *real* en el activo *judío de los días hábiles*, sino en el farisaico *judío sabático*. Para el señor Bauer, en su condición de *teólogo de fe cristiana*, la significación *histórico-universal* del judaísmo no podía menos de desva-

necerse a partir del *surgimiento* del cristianismo. Por eso el señor Bauer tenía que repetir la vieja noción ortodoxa según la cual el judaísmo había podido subsistir *a pesar* de la historia, y la vieja superstición teológica de que el judaísmo sólo existía en cuanto *comprobación* de la maldición divina, como *prueba patente* de la revelación cristiana, debía necesariamente reaparecer en el señor Bauer bajo la forma *teológico-crítica* de que aquél, el judaísmo, sólo existe y ha existido como *tosca duda religiosa* acerca del origen supraterráneo del cristianismo, vale decir, como *prueba patente* contra la revelación cristiana.

Se demostró, por el contrario, que el judaísmo se ha conservado y desarrollado *por* la historia, *en* la historia y *con* la historia, pero que ese desarrollo hay que hallarlo no con el ojo del teólogo, sino con el del hombre de mundo, porque no se encuentra en la *teoría religiosa*, sino en la *práctica comercial e industrial*. Se explicó *por qué* el judaísmo práctico sólo alcanza su consumación en el mundo *cristiano* consumado, es más, por qué es *él mismo* la *práctica* consumada del *mundo cristiano*. No se explicó la existencia del judío *actual* a partir de su religión —como si ésta fuese un ente aparte, existente de por sí—, sino que se explicó la vida tenaz de la religión judía a partir de elementos prácticos de la sociedad burguesa que encuentran en esa religión un reflejo *fantástico*. De ahí que la emancipación de los judíos para transformarse en hombres, o la emancipación humana respecto del judaísmo, no se conciba —a la manera del señor Bauer— como la tarea especial de los judíos, sino como tarea práctica general del mundo actual, que es *judaico* hasta lo más hondo de su corazón. Se demostró que la tarea de superar la esencia judía, en realidad es la tarea de superar el *judaísmo de la sociedad burguesa*, esa inhumanidad de la práctica vital actual que alcanza su apogeo en el *sistema dinerario*.

Aunque *teólogo crítico* o *crítico teológico*, el señor Bauer, en cuanto *teólogo auténtico*, no podía ir más allá de la *antítesis religiosa*. En la relación de los judíos con el mundo cristiano sólo podía ver la relación de la *religión judía* con la *cristiana*. Se vio obligado, inclusive, a restaurar *críticamente* la antítesis religiosa en la antítesis entre la relación del judío y la del cristiano con la religión *crítica*, con el *ateísmo*, la última fase del *teísmo*, el reconocimiento *negativo* de Dios. En su *fanatismo teológico*, finalmente, tuvo que *reducir* la capacidad de los «judíos y cristianos actuales» —esto es, del mundo actual— para «llegar a sèr libres», a su capacidad para concebir «la crítica» de la teología y ejercerla por sí mismos. Así como para el teólogo ortodoxo el mundo entero se resuelve en «religión y teología» (podría resolverlo igualmente en política, economía

política, etc., y calificar a la *teología*, por ejemplo de economía política celestial, ¡puesto que es la doctrina de la producción, distribución, intercambio y consumo de la «riqueza espiritual» y de los tesoros del cielo!), así también, para el teólogo radical, crítico, la *capacidad* del mundo de liberarse se resuelve en la capacidad abstracta *única* de criticar la «religión y teología» en cuanto «religión y teología». La única lucha que conoce es la lucha contra la limitación *religiosa* de la autoconciencia, cuya «pureza» e «infinitud» críticas no dejan de ser una limitación teológica.

El señor Bauer, pues, trató la cuestión *religiosa* y *teológica* de manera *religiosa* y *teológica*, y ello ya por el mero hecho de que en la cuestión «religiosa» de actualidad veía una cuestión «*puramente religiosa*». Su «*planteo correcto* de la cuestión» sólo daba a la cuestión un planteo «correcto» para su «*propia capacidad*»: ¡la de darle una respuesta!

¡Y pasemos ahora a la parte política de la *Cuestión judía*!

Los *judíos* (como los cristianos) *se han emancipado políticamente* de manera plena en diversos estados. Judíos y cristianos distan mucho de haberse emancipado en lo *humano*. Es forzoso, pues, que exista una *diferencia* entre la emancipación *política* y la *humana*. Se debe investigar, entonces, la esencia de la emancipación *política*, vale decir, del estado desarrollado, moderno. A su vez, por el contrario, a los estados que aún no han podido emancipar *políticamente* a los judíos se los debe medir según la pauta del estado políticamente consumado,⁸⁷ y es necesario poner en claro su condición de estados no desarrollados.

Era éste el punto de vista desde el cual había que tratar la «emancipación *política*» de los judíos y desde el cual se la trató en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*.

El señor Bauer defiende la *Cuestión judía*, de los ataques de la «crítica», tal como a continuación se expresa:

«A los judíos se les hace ver que eran víctimas de una ilusión con respecto *al estado de cosas* del que reclamaban libertad».

No cabe duda de que el señor Bauer ha hecho ver la ilusión de los judíos *alemanes*: la de reclamar participación en la comunidad política en un país donde no existe comunidad política, la de exigir *derechos políticos* donde sólo existen privilegios políticos. A su vez, se le hizo ver al señor Bauer que él mismo, no menos que los judíos, era víctima de

87. Literalmente: «del estado político consumado».

«ilusiones» con respecto al «estado de cosas de la política alemana». Explicó la condición de los judíos en los estados alemanes a partir de la circunstancia de que «*el estado cristiano*» no podía emancipar políticamente a los judíos. Dando de bofetadas a los hechos, construyó especulativamente el estado de los *privilegios*, el estado *cristiano-germánico*, como el estado cristiano absoluto. Se le demostró, por el contrario, que el estado políticamente consumado, el estado moderno, que no conoce privilegios religiosos, es también el estado *cristiano* consumado, y que por tanto el estado cristiano consumado no sólo *puede* emancipar a los judíos, sino que los ha emancipado y, conforme a su esencia, es forzoso que los emancipe.

«Se les hace ver a los judíos... que se forjan las mayores ilusiones sobre sí mismos cuando creen reclamar *libertad* y reconocimiento del *libre carácter humano*, mientras que en realidad sólo les interesa, y sólo les puede interesar, un *privilegio* especial.»

¡*Libertad!* ¡*Reconocimiento del libre carácter humano!* ¡*Privilegio especial!* ¡Palabras edificantes para eludir, apologeticamente, determinadas cuestiones!

¿*Libertad*? Se trataba de la libertad *política*. Se le ha hecho ver al señor Bauer que cuando el judío reclama libertad y, sin embargo, no quiere renunciar a su religión, «*hace política*» y no plantea ninguna condición que contradiga a la libertad *política*. Se le hizo ver al señor Bauer cómo la *disociación* del hombre en el *ciudadano* no religioso y el *particular* religioso en modo alguno es contradictoria con la emancipación política. Se le hizo ver que, así como el estado se emancipa de la religión al emanciparse de la *religión estatal*, pero dejando la religión abandonada a su propia suerte en el marco de la sociedad civil,⁸⁸ así también el hombre individual se emancipa *políticamente* de la religión al comportarse ante ella ya no como ante un asunto *público*, sino como ante un *asunto privado*. Se puso en claro, finalmente, que el comportamiento *terrorista* de la *Revolución Francesa* para con la religión, muy lejos de rebatir este modo de ver, antes bien lo confirma.

En lugar de investigar la relación real del estado *moderno* con la religión, el señor Bauer no podía menos de imaginar un estado *crítico*, un estado que no es otra cosa que el *crítico de la teología inflado* en su fan-

88. Véase nuestra observación anterior sobre la difícil traducción, en las obras juveniles de Marx, del adjetivo *bürgerlich* (nota 74).

tasía hasta alcanzar la categoría de *estado*. Cuando el señor Bauer se interesa por la *política*, siempre toma prisionera a ésta bajo su fe, la *fe crítica*. En la medida en que se ocupa del estado, lo transforma invariablemente en *un argumento* contra «el adversario», la religión y teología *acríticas*. El estado hace las veces de ejecutor de los íntimos deseos *teológico-críticos*.

Al liberarse el señor Bauer, primeramente, de la *acrítica teología ortodoxa*, la *autoridad política* ocupó en él el lugar de la *autoridad religiosa*. Su fe en Jehová se transformó en fe en el estado prusiano. En la obra *Iglesia nacional evangélica*, de Bruno Bauer, no sólo se construyó especulativamente, como *absoluto*, el estado prusiano, sino también —lo que era coherente— la casa real prusiana. En verdad, sin embargo, el señor Bauer no se interesaba *políticamente* por ese estado, cuyo mérito a los ojos de la «crítica» consistía más bien en la disolución de los dogmas por la *Unión*⁸⁹ y en la represión policial de las sectas disidentes.

El movimiento político iniciado en el año 1840 redimió al señor Bauer de su *política conservadora* y lo elevó, por un instante, al plano de la *política liberal*. Pero una vez más, en realidad, la política no era más que un *pretexto* para cultivar la teología. En la obra *La buena causa de la libertad y mi propia causa* el estado libre es el crítico de la facultad teológica de Bonn y un argumento contra la religión. En la *Cuestión judía* la antítesis entre el estado y la religión constituye el interés fundamental, de tal suerte que la crítica de la emancipación política se transforma en crítica de la religión judaica. Finalmente, en la última obra política, *Estado, religión y partido*, se manifiesta el más secreto y profundo deseo del crítico, esto es, del crítico inflado hasta la categoría de estado. *La religión es sacrificada al ente estatal* o, más bien, el ente estatal no es más que el medio para liquidar al adversario de «la crítica», la religión y teología *acríticas*. Por último, una vez que las ideas socialistas difundidas desde 1843 en Alemania redimieron a la crítica, aunque sólo en apariencia, de toda política —tal como el movimiento político posterior a 1840 la había redimido de su política conservadora—, pudo la crítica, por fin, calificar de sociales sus obras contra la teología *acrítica* y dedicarse con toda tranquilidad a su propia teología *crítica*, a la antítesis entre el espíritu y la masa, presentada como la anunciación del Salvador y Redentor crítico del universo.

¡Pero retornemos a nuestro tema!

¿*Reconocimiento del libre carácter humano*? El «libre carácter hu-

89. Unificación de la iglesia luterana a instancias del gobierno prusiano.

mano», cuyo reconocimiento los judíos no creen reclamar, sino que reclaman efectivamente, es el mismo «libre carácter humano» que ha encontrado su reconocimiento *clásico* en los denominados *derechos universales del hombre*. El propio señor Bauer caracterizó la aspiración de los judíos al reconocimiento de su libre carácter humano, expresamente, como su anhelo de alcanzar los *derechos universales del hombre*.

Ahora bien, en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* se le expuso al señor Bauer que ese «libre carácter humano» y su «reconocimiento» no son otra cosa que el reconocimiento del *individuo egoísta, burgués*, y del movimiento *desenfrenado* de los elementos materiales y espirituales que configuran el contenido de su situación vital, el contenido de la *actual* vida burguesa; que, por consiguiente, los *derechos humanos* no liberan al hombre de la religión, sino que le confieren la *libertad religiosa*, no lo liberan de la propiedad, sino que le procuran la *libertad de propiedad*, no lo liberan de la roña del lucro, sino que le conceden, por el contrario, la *libertad* de ejercer cualquier *industria lucrativa*.

Se demostró cómo el *reconocimiento de los derechos humanos* por el *estado moderno* tiene el mismo sentido que el *reconocimiento de la esclavitud* por el *estado antiguo*. Esto es, así como el estado antiguo tenía como *base natural* la esclavitud, el estado moderno tiene como *base natural* la sociedad burguesa y asimismo el *hombre* de la sociedad burguesa, vale decir, el hombre independiente, sólo ligado al hombre por el nexo del interés privado y la necesidad natural *inconsciente*, el *esclavo* del trabajo lucrativo y tanto de su propia necesidad *egoísta* como de la necesidad *egoísta* ajena. En los *derechos universales del hombre*, el estado moderno ha reconocido en cuanto tal esa base natural suya. No fue él quien los creó. Así como él era el producto de la sociedad burguesa, impulsada por su propio desarrollo más allá de los viejos vínculos políticos, mediante la *proclamación de los derechos humanos* el estado moderno reconoció, por su parte, su propia cuna y su propia base. Por ende, que se emancipe *políticamente* a los judíos y se les conceda los «*derechos humanos*» es un acto recíprocamente condicionante. El señor Riesser expresa con acierto el sentido que tiene la aspiración de los judíos al reconocimiento del libre carácter humano cuando reclama, entre otras cosas, la libertad de movimientos, la de residencia, el derecho a viajar, el de ejercer una industria lucrativa y otros similares. La proclamación francesa de los derechos humanos reconoció expresamente, en cuanto tales, esas manifestaciones del «*libre carácter humano*». El judío tiene un derecho tanto mayor al reconocimiento de su «libre carácter humano» por cuanto la esencia de la «sociedad civil libre» es por entero judaica, comercial, y él es, de

antemano, un miembro imprescindible de la misma. En los *Deutsch-Französische Jahrbücher* se explicó, además, por qué al miembro par excellence de la sociedad burguesa se lo denomina «el hombre» y por qué los derechos humanos se llaman «derechos innatos».

La «crítica», en efecto, no supo decir nada crítico acerca de los derechos humanos, salvo que *no* son derechos innatos, sino históricamente surgidos, algo que ya *Hegel* había sabido decir. Por último, a su afirmación de que judíos y cristianos, para otorgar y recibir los derechos humanos universales *tenían que sacrificar el privilegio de la fe* —el teólogo crítico desliza bajo todas las cosas su *única* idea fija— se le contrapuso de manera especial el hecho, presente en todas las proclamaciones acríicas de los derechos humanos, de que se reconoce expresamente como *derecho humano universal* el *derecho* de creer lo que uno quiera, el de practicar cualquier religión. La «crítica» bien podía saber, además, que el partido de Hébert fue depuesto bajo el pretexto de atentar contra los derechos humanos, precisamente por atentar contra la *libertad religiosa*, y que cuando más tarde se restauró la libertad de cultos se invocaron también los derechos humanos.

«En lo que toca a la esencia *política*, la crítica siguió las contradicciones de la misma hasta el punto en que, hace 50 años, la *contradicción entre la teoría y la práctica* se abrió paso de la manera más profunda: hasta el *sistema representativo francés*, en el cual la práctica desautoriza la libertad de la teoría y la libertad de la vida práctica busca en vano su expresión en la teoría.

Ahora bien, una vez superada la ilusión fundamental, tendría que haberse concebido como una *contradicción general* en este terreno la *contradicción* que se puso de relieve en las *deliberaciones de la cámara francesa*, la contradicción entre la *teoría libre* y la *vigencia práctica de los privilegios*, entre la vigencia legal de los privilegios y un *estado de cosas público* en el cual el *egoísmo del puro individuo* procura adueñarse de la *insularidad de los privilegios*.»

La contradicción que la crítica puso de relieve en las deliberaciones de la cámara francesa no era otra que una contradicción del *constitucionalismo*.⁹⁰ Si la hubiera concebido como contradicción *general*, habría concebido la contradicción general del constitucionalismo. Y si hubiera ido más lejos aun de lo que a su juicio «habría tenido» que ir, habría

90. Constitucionalismo en el sentido de monarquía constitucional. Véase algunos párrafos más adelante.

avanzado hasta la *superación* de esa contradicción general y llegado, acertadamente, a partir de la *monarquía* constitucional, hasta el *estado democrático representativo*, hasta el estado moderno consumado. Muy lejos de haber criticado la esencia de la emancipación política y escudriñado su relación determinada con la esencia humana, habría arribado tan sólo al *hecho* de la emancipación política, al estado moderno desarrollado, y por consiguiente sólo al punto en que la existencia del estado moderno corresponde a su esencia, allí donde, por ende, también pueden contemplarse y caracterizarse las *taras*, no sólo relativas, sino también absolutas, que constituyen su esencia misma.

El pasaje «*crítico*» citado más arriba es tanto más valioso por cuanto demuestra, hasta la evidencia, que *la* crítica, en el mismo instante en que divisa profundamente por debajo de sí misma la «*esencia política*», está por el contrario profundamente por debajo de ella; que tiene que encontrar aún en la esencia política la solución de *sus* propias contradicciones y que sigue aferrándose como siempre a su plena carencia de ideas en torno al *principio del estado moderno*.

La crítica contrapone a la «*teoría libre*» la «*vigencia práctica de los privilegios*» y a la «*vigencia práctica de los privilegios*» el «*estado de cosas público*».

Para no interpretar indebidamente la opinión de *la* crítica, traigamos a la memoria la contradicción surgida en los debates parlamentarios franceses y puesta de relieve por ella, la misma contradicción que «habría tenido que concebir» como *general*. Se trataba, entre otras cosas, de fijar un día de la semana en el cual se debía liberar del trabajo a los niños. Se propuso que ese día fuera el *domingo*. Un diputado presentó la moción de que en la ley se omitiese, por inconstitucional, la mención al domingo. El ministro Martin (du Nord) vio en esta ponencia la propuesta de proclamar que el cristianismo había dejado de existir. El señor Crémieux declaró, en nombre de los judíos franceses, que los judíos, por respeto a la religión de la gran mayoría de los franceses, nada tenían que objetar contra la mención del domingo. Ahora bien, según la teoría libre, judíos y cristianos están equiparados, pero según esta práctica los cristianos poseen un privilegio con respecto a los judíos, pues si no fuera así, ¿cómo el domingo cristiano podría encontrar su lugar en una ley que rige para todos los franceses en general? ¿Acaso el sábado judaico no tendría el mismo derecho, etc.? O también: aunque en la vida práctica francesa el judío no esté oprimido realmente por privilegios cristianos, la ley no se atreve a proclamar esa igualdad práctica. De esta índole son todas las contradicciones de la esencia política que el señor Bauer

desarrolla en la *Cuestión judía*, contradicciones del *constitucionalismo*, que en general es la contradicción entre el moderno estado representativo y el viejo estado de los privilegios.

Y bien, el señor Bauer incurre en un error fundamentalísimo cuando, mediante la concepción y crítica de esta contradicción como contradicción «general», cree elevarse de la esencia *política* a la esencia *humana*. Sólo se habría elevado de la emancipación política incompleta a la emancipación política plena, del estado constitucional al estado representativo democrático.

Con la abolición del *privilegio*, el señor Bauer cree haber abolido el *objeto* del privilegio. Con relación a lo manifestado por el señor Martin (du Nord), dice el señor Bauer:

«Si ya *no hay una religión privilegiada, no hay ninguna religión*. Si despojáis a la religión de su poder excluyente, habrá dejado de existir».

Pero así como la *actividad de los oficios* no queda abolida tan pronto como se suprimen los *privilegios* de los *oficios*, de los gremios y corporaciones, y más bien la verdadera *industria* sólo comienza una vez que se han abolido esos privilegios; así como no queda abolida la *propiedad de la tierra* tan pronto como se suprime la posesión *privilegiada* de la tierra, sino que más bien sólo con la abolición de sus privilegios, en la libre parcelación y la libre enajenación, comienza su movimiento universal; así como el *comercio* no es abolido por la abolición de los *privilegios comerciales*, sino que sólo se realiza verdaderamente en el libre comercio, la religión sólo existe en su universalidad *práctica* (piénsese en los estados libres norteamericanos) allí donde no existe ninguna religión *privilegiada*.

El «*estado de cosas público*» moderno, el régimen estatal moderno desarrollado, no se funda —como supone *la crítica*— en la sociedad de los privilegios, sino en la sociedad de los *privilegios abolidos* y *disueltos*, en la *sociedad burguesa* desarrollada, en la cual se emancipa a los elementos vitales aún ligados políticamente a los privilegios. Ninguna «*insularidad de los privilegios*» se contrapone aquí ni a la sociedad burguesa desarrollada ni al estado de cosas público. Así como la industria libre y el libre comercio suprimen la insularidad de los privilegios y con ello la lucha de las insularidades privilegiadas entre sí, remplazándolas por el hombre desembarazado de privilegios —los cuales aíslan de la colectividad general, pero al mismo tiempo conglomeran en una colectividad exclusiva menor—, remplazándolas, decíamos, por el hombre al que ya no lo vincula a los demás hombres la *apariencia* de un nexo general, y

desencadenando la lucha general del hombre contra el hombre, del individuo contra el individuo, así también, la *sociedad burguesa* en su conjunto es esa guerra de todos los individuos entre sí, aislados unos de otros ya sólo por su *individualidad*, y el movimiento desenfrenado general de los poderes vitales elementales, liberados de las trabas de los privilegios. La antítesis entre el *estado democrático representativo* y la *sociedad burguesa* es la consumación de la antítesis clásica entre la *entidad comunitaria* pública y el *sistema esclavista*. En el mundo moderno cada cual es, *a la vez*, miembro del sistema esclavista y de la entidad comunitaria. En *apariencia*, precisamente, el *sistema esclavista de la sociedad burguesa* es la mayor *libertad*, por ser la *independencia* aparentemente consumada del individuo; éste toma el movimiento desbocado de sus elementos vitales enajenados —como la propiedad, la industria, la religión, etc., movimiento al que no ligan ya vínculos generales ni el hombre—, por su *propia* libertad, cuando en realidad es su servidumbre e inhumanidad consumadas. El derecho ha sustituido el *privilegio*.

Sólo existe el *régimen estatal moderno consumado*, por ende, allí donde no media contradicción alguna entre la teoría libre y la vigencia práctica de los privilegios; donde, al contrario, la supresión práctica de los privilegios, la industria *libre*, el comercio *libre*, etc., se ajustan a la «teoría libre»; donde al estado de cosas público no se le opone *ninguna* insularidad privilegiada; donde la contradicción desarrollada por la crítica ha sido *superada*.

Aquí impera precisamente la *inversión* de la ley que, con motivo de los debates de la cámara francesa y en coincidencia con el señor Martin (du Nord), enuncia el señor Bauer.

«Así como el señor Martin (du Nord) veía, en la moción de omitir en la *ley* la mención del *domingo*, la propuesta de declarar que el cristianismo había dejado de existir, con el mismo derecho —y *este derecho está perfectamente fundado*— la declaración de que la *ley del descanso sabático* no tiene carácter obligatorio para los judíos sería lo mismo que *proclamar la disolución del judaísmo*.»

En el estado moderno desarrollado las cosas se dan exactamente *a la inversa*. El estado declara que la religión, como los demás elementos de la vida civil, sólo puede *empezar* a existir en todo su alcance no bien él la proclama *apolítica* y, por consiguiente, la abandona a su propia suerte. A la disolución de su existencia *política* —al igual, por ejemplo, que a la disolución de la *propiedad* mediante la abolición del *censo electoral de for-*

innus—, a la disolución de la *religión* por la abolición de la *iglesia estatal*, a esta proclamación de su muerte civil, precisamente, corresponde su vida más pujante, que ahora obedece sin injerencias a sus propias leyes y despliega su existencia en toda su amplitud.

La *anarquía* es la ley de la sociedad burguesa emancipada de los *privilegios* que dividen, y la *anarquía* de la *sociedad burguesa* es el fundamento del *estado de cosas público moderno*, así como éste, a su vez, es lo que garantiza esa *anarquía*. Por mucho que ambos se contrapongan, se condicionan recíprocamente.

Vemos hasta qué extremo la crítica está en condiciones de apropiarse de lo «nuevo». Pero si permaneciéramos dentro de los límites de la «crítica pura», nos preguntaríamos: ¿por qué no ha concebido la contradicción analizada con motivo de los debates parlamentarios franceses como contradicción *general*, que es lo que con arreglo a su propia opinión «tendría que haber» ocurrido?

«El paso *era* entonces *imposible*, sin embargo, no sólo porque... no sólo porque... *sino también* porque la crítica, sin ese *último resto* de confusión con su antítesis, *era imposible* y *no hubiera podido llegar al punto* en que sólo restaba *un paso* por dar.»

¡Era imposible... porque... era imposible! La crítica asegura, además, que era imposible ese fatal «*un paso*» para «llegar al punto en que sólo restaba *un paso* por dar». ¿Y quién se atreverá a negarlo? Para poder llegar a un punto donde sólo resta «*un paso*» por dar, es absolutamente imposible dar todavía «*un paso*» que lleve más allá del punto detrás del cual sólo resta «*un paso*» por dar.

¡Bien está lo que bien acaba! Al término de la lid contra la *masa* adversa a su *Cuestión judía*, la crítica admite que *su* formulación de los «*derechos humanos*», *su*

«evaluación de la religión en la Revolución Francesa», la «esencia política libre a la que se refería a veces *al término* de *sus* lucubraciones», en suma, todo el «período de la Revolución Francesa era para *la* crítica nada más y nada menos que un símbolo —esto es, no con exactitud y en un sentido prosaico, aquella época de los intentos revolucionarios de los franceses—; un símbolo, y por ende sólo una expresión fantástica de las figuras que *la* crítica veía al final».

No queremos despojar a *la* crítica del consuelo consistente en que si bien pecaba al hacer política, ello sólo ocurría al «término» y al «final»

de sus obras. A un borrachín conocido solía conformarlo la circunstancia de que él nunca estaba hecho una uva antes de medianoche.

En el terreno de la *Cuestión judía* es incuestionable que *la* crítica ha sabido ganar cada vez más espacio *al* enemigo. En el n.º 1 de la *Cuestión judía* la obra de *la* crítica defendida por el señor Bauer era aún absoluta y había descubierto la significación «verdadera» y «general» de la «cuestión judía». En el n.º 2 *la* crítica no «quiso ni le estaba permitido» ir más allá de *la* crítica. En el n.º 3 todavía *tenía* que dar «un paso», pero ello era «imposible»... porque... era «imposible». No era su «querer y estarle permitido» lo que le impedía dar ese «paso», sino el hallarse confundida con su «antítesis». Con mucho gusto habría pasado de un salto la última barrera, pero, lamentablemente, a sus botas críticas de siete leguas había quedado adherido un *último resto de masa*.

c) *Batalla crítica contra la Revolución Francesa*

La limitación de la masa había forzado *al* «espíritu», a *la* crítica, al señor Bauer, a considerar la *Revolución Francesa* no como ese período de los intentos revolucionarios de los franceses en «sentido prosaico», sino «sólo» como el «símbolo y la expresión fantástica» de sus propias fantasmagorías críticas. *La* crítica hace *penitencia* por su «deslíz», sometiéndola a *la revolución* a un *nuevo examen*. Al propio tiempo, castiga al burlador de su inocencia, a «la masa», comunicándole los resultados de ese «nuevo examen».

«La *Revolución Francesa* fue un experimento que pertenecía aún, por entero, al siglo XVIII.»

Que un experimento del siglo XVIII, como la *Revolución Francesa*, sea aún por entero un experimento del siglo XVIII, y no, por ejemplo, del XIX, es una verdad cronológica que parece pertenecer «aún, por entero», a esas verdades que «de antemano se comprenden de por sí». Una de estas verdades, sin embargo, en la terminología de *la* crítica —que tiene muchas prevenciones contra la verdad «clara como la luz del sol»— se denomina «examen» y encuentra su lugar natural, por consiguiente, en un «nuevo examen de la revolución».

«Las ideas que había hecho germinar la Revolución Francesa no llevaron más allá, sin embargo, del *estado de cosas* que dicha revolución quiso suprimir con la violencia.»

Las *ideas* nunca pueden llevar más allá de un viejo estado de cosas mundial, sino siempre, únicamente, más allá de las ideas correspondientes al viejo estado de cosas mundial. Las ideas no pueden *ejecutar* absolutamente *nada*. Para ejecutar las ideas se requieren hombres que empleen un poder práctico. En su *sentido* literal, pues, la frase crítica es de nuevo una verdad que se comprende de por sí, o sea, una vez más, un «examen».

No impugnada por este examen, la Revolución Francesa ha hecho germinar ideas que llevaron más allá de las *ideas* correspondientes a todo el viejo estado mundial de cosas. El movimiento revolucionario que se inició en 1789 en el *Cercle social*,⁹¹ que a mediados de su trayectoria tuvo como sus principales representantes a *Leclerc* y *Roux* y que, finalmente, sucumbió por un momento con la conspiración de *Babeuf*, había hecho germinar las ideas *comunistas* que el amigo de *Babeuf*, *Buonarroti*, reintrodujo en Francia después de la revolución de 1830. Esta idea, consecuentemente desarrollada, es la *idea* del *nuevo estado mundial de cosas*.

«Después que la revolución, por consiguiente (!), hubo abolido las demarcaciones feudales dentro de la vida del pueblo, se vio en la necesidad de satisfacer e incluso de enardecer el egoísmo puro de la nacionalidad, y por otra parte de refrenarlo mediante su complemento necesario, el reconocimiento de un Ser Supremo, esto es, mediante esa confirmación superior de la esencia general del estado, esencia que debe mantener ligados los diversos átomos egoístas.»

El egoísmo de la nacionalidad es el egoísmo natural de la esencia general del estado, por oposición al egoísmo de las demarcaciones feudales. El Ser Supremo es la confirmación superior de la esencia general del estado, y por ende, también, de la nacionalidad. Ello no obstante, ¡el Ser Supremo debe *refrenar* el egoísmo de la nacionalidad, vale decir, de la esencia general del estado! ¡Faena verdaderamente crítica, esta de

91. Organización democrática que existió durante el primer año de la Revolución Francesa. Su ideólogo Claude Fauchet propugnaba un reparto igualitario de la tierra, la limitación de los grandes patrimonios y la obligación de trabajar para todos los ciudadanos aptos. La crítica de Fauchet a la igualdad puramente formal proclamada por la revolución burguesa fue recogida por Jacques Roux, uno de los dirigentes de los «enragés».

refrenar un egoísmo mediante su confirmación, y nada menos que mediante su confirmación *religiosa*, esto es, mediante el reconocimiento del mismo como ser sobrehumano y liberado, por tanto, de frenos humanos! Los creadores del Ser Supremo no se enteraron para nada de esta intención crítica que los animaba.

El señor *Buchez*, que basa el fanatismo de la nacionalidad en el fanatismo de la religión, comprende mejor a su héroe *Robespierre*.

Roma y Grecia se malograron a causa de la nacionalidad. Nada específico sobre la Revolución Francesa dice *la* crítica cuando la hace malograrse por culpa de la nacionalidad. Tampoco dice nada específico sobre la nacionalidad cuando determina como *puro* el egoísmo de la misma. Cuando se lo compara, por ejemplo, con el egoísmo puro del *yo fichtiano*, ese egoísmo puro de la nacionalidad aparece más bien como muy oscuro, mezclado con carne y sangre, como un egoísmo natural y espontáneo. Pero si su pureza es sólo relativa —por oposición al egoísmo de las demarcaciones feudales—, no era necesario efectuar un «nuevo examen de la revolución» para encontrar que el egoísmo que tiene una nación como contenido es más general o más puro que el egoísmo que tiene como contenido un estamento particular y una corporación particular.

Las explicaciones de *la* crítica en torno a la esencia general del estado no son menos instructivas. Se limitan a sostener que la esencia general del estado tiene que mantener ligados los diversos átomos egoístas.

Hablando con exactitud y en un sentido prosaico, los miembros de la sociedad burguesa no son *átomos*. La *cualidad característica* del átomo consiste en *no* tener cualidades y, por consiguiente, ninguna relación, condicionada por su propia *necesidad natural*, con otros entes fuera de él. El átomo *carece de necesidades*, es *autosuficiente*; el mundo exterior a él es el *vacío* absoluto, esto es, un mundo carente de contenido y de sentido, inexpressivo, precisamente porque él, el átomo, posee en sí mismo *toda plenitud*. El individuo egoísta de la sociedad burguesa puede, en su representación no sensible y en su abstracción inanimada, inflarse hasta convertirse en átomo, esto es, en ente falto de relaciones, autosuficiente, carente de necesidades, *absolutamente pleno*, venturoso. Pero a la desventurada *realidad sensible* no le interesa lo que se imagine el individuo egoísta, cada uno de cuyos sentidos lo fuerza a creer en el sentido⁹² del

92. Según los editores de *MEW*, aquí «debería decir, verosímilmente», «das Sein» («la existencia») en vez de «den Sinn» («el sentido»). Véase, sin embargo, dos frases más abajo: «Pero puesto que la necesidad de un individuo no tiene un sentido < Sinn >», etc.

mundo y de los individuos exteriores a él; hasta su *profano* estómago le recuerda cotidianamente que el mundo *fuera* de él no está *vacío*, sino que es lo que en realidad hay que *llenar*. Cada una de sus actividades y cualidades esenciales, cada uno de sus impulsos vitales se convierte en *necesidades*, en *requerimientos* que convierten su *egoísmo* < *Selbstsucht* > en búsqueda < *Sucht* > de otras cosas y hombres existentes fuera de él.⁹³ Pero puesto que la necesidad de un individuo no tiene un sentido comprensible por sí mismo para el otro individuo egoísta que posee los medios de satisfacer esa necesidad, esto es, ninguna conexión directa con la satisfacción, cada individuo se ve obligado a crear esa conexión al convertirse igualmente⁹⁴ en proxeneta entre la necesidad ajena y los objetos de esta necesidad. Son, pues, la *necesidad natural*, las *cualidades humanas esenciales* —por enajenadas entre sí que puedan parecer—, el *interés*, los que mantienen ligados a los miembros de la sociedad burguesa; la vida *burguesa*, y no la vida *política*, constituye su nexo real. No es, pues, el *estado* el que mantiene ligados los *átomos* de la sociedad burguesa, sino esto, el que sean *átomos* sólo en la *representación*, en el *cielo* de su imaginación, cuando en la *realidad* son seres radicalmente diferentes de los átomos, esto es, no *egoístas divinos*, sino *hombres egoístas*. Sólo la superstición política se figura, aún hoy, que el estado debe mantener ligada la vida burguesa, cuando en realidad es la vida burguesa la que mantiene la cohesión del estado.

«La colosal idea de Robespierre y Saint-Just de constituir un “pueblo libre” que únicamente viviera conforme a las normas de la *justicia* y la *virtud* —véase, por ejemplo, el informe de Saint-Just sobre los crímenes de Danton y el referido a la policía general— sólo pudo mantenerse durante cierto tiempo por el terror y era una *contradicción*, *contra la cual* los elementos vulgares y egoístas de la *entidad popular* reaccionaron de la manera cobarde y artera que por parte de ellos era de esperar.»

Esta frase *crítico-absoluta* que caracteriza a un «pueblo libre» de «*contradicción*» *contra* la que tienen que reaccionar los elementos de la «*entidad popular*», es tan absolutamente huera, que *libertad*, *justicia*,

93. Marx vuelve a interpretar el segundo componente de la palabra «*Selbstsucht*» («egoísmo») en el sentido de «*Sucht*» («búsqueda»); dicho elemento no deriva en realidad de «*suchen*» («buscar») sino de «*siechen*» («estar enfermo», «padecer una enfermedad»).

94. «*Gleichfalls*»; por el contexto, es posible que aquí deba leerse «*gleichsam*» («por así decirlo»).

virtud, en el sentido que les daban Robespierre y Saint-Just, sólo podían ser, por el contrario, manifestaciones vitales de un «pueblo» y atributos de la «entidad popular». Robespierre y Saint-Just se refieren expresamente a la «libertad, justicia, virtud» de la *Antigüedad*, pertenecientes exclusivamente a la «entidad popular». *Espartanos, atenienses, romanos* en la época de su grandeza son «pueblos libres, justos, virtuosos».

«¿Cuál es», pregunta Robespierre en el discurso sobre los principios de la moral pública (sesión de la Convención del 5 de febrero de 1794), «cuál es el *principio fundamental* del gobierno democrático o popular? La *virtud*. Hablo de la virtud *pública*, que tan grandes portentos obró en *Grecia* y *Roma* y que los obrará, aun más admirables, en la Francia republicana; de la virtud, que no es otra cosa que el amor a la patria y a sus leyes.»

Acto seguido, Robespierre caracteriza expresamente a los *atenienses* y *espartanos* de «peuples libres». ⁹⁵ Constantemente rememora la *entidad popular* antigua y cita tanto a sus héroes como a sus corruptores: Licurgo, Demóstenes, Milcíades, Aristides, Bruto y Catilina, César, Clodio, Pisón.

En el informe —citado por la crítica— sobre la detención de Danton, *Saint-Just* dice expresamente:

«El mundo está vacío desde los *romanos*, y sólo el recuerdo de ellos lo llena y augura aún la *libertad*».

Su acusación está dirigida, a la manera antigua, contra Danton como Catilina.

En el otro informe de *Saint-Just* sobre la *policía general* se describe al *republicano*, por entero, en el sentido *antiguo*: *inflexible, frugal, sencillo*, etc. La *policía* debe ser, por su naturaleza, una institución similar a la *censura* romana. Codro, Licurgo, César, Catón, Catilina, Bruto, Antonio, Casio, no faltan a la cita. Por último, *Saint-Just*, con *una sola frase*, caracteriza la «*libertad*, justicia, virtud» que reclama, cuando dice:

«Que les hommes révolutionnaires soient des *Romains*». ⁹⁶

Robespierre, Saint-Just y su partido cayeron porque confundían la

95. «Pueblos libres.»

96. «Que los revolucionarios sean *romanos*.»

comunidad democrático-realista de la Antigüedad, fundada en la *esclavitud real*, con el *estado representativo democrático-espiritualista moderno*, basado en la *esclavitud emancipada*, en la *sociedad burguesa*. ¡Qué espejismo colosal, tener que reconocer y sancionar en los *derechos humanos* la sociedad burguesa moderna, la sociedad de la industria, de la competencia generalizada, de los intereses privados que persiguen libremente sus fines, de la anarquía, de la individualidad natural y espiritual enajenada de sí misma, y al propio tiempo anular posteriormente las *manifestaciones vitales* de esta sociedad en diversos individuos y, a la vez, querer formar la *cabeza política* de esta sociedad a la manera de la *Antigüedad*!

Este espejismo se reviste de tragedia cuando Saint-Just, el día de su ejecución, señala el gran letrado con los *derechos humanos* colgado en la sala de la Conciergerie⁹⁷ y exclama, con orgullosa seguridad de sí mismo: «C'est pourtant moi qui ai fait cela».⁹⁸ Ese cartel, precisamente, proclamaba el *derecho* de un *hombre* que no puede ser el de la entidad comunitaria antigua, del mismo modo que sus relaciones *económico-políticas* e *industriales* no son las vigentes en la *Antigüedad*.

No es éste el lugar adecuado para justificar históricamente el espejismo padecido por los *terroristas*.

«Tras el derrocamiento de Robespierre, la *ilustración* y el *movimiento políticos* se abalanzaron hacia el punto en que se convertirían en el botín de *Napoleón*, quien no mucho después del 18 de brumario pudo decir: "Con mis prefectos, gendarmes y clérigos puedo hacer con Francia lo que se me antoje".»

La historia *profana*, por el contrario, nos informa que es después del derrocamiento de Robespierre cuando comienza a realizarse *prosaicamente* la *ilustración política*, que había querido *sobrepujarse* a sí misma, que había sido *superabundante*. Bajo el gobierno del Directorio brota con ímpetu la *sociedad burguesa* —la propia revolución la había liberado de los vínculos feudales y reconocido oficialmente, por más que el *terrorismo* la hubiese querido sacrificar a una vida política a la antigua— en arrolladoras correntadas de vida. Período fermental y turbulento de especulaciones comerciales, de afán de riquezas, de vértigo de la nueva vida burguesa, cuyo primer autodisfrute es todavía insolente, frívolo, embriagador; des-

97. Cárcel de París, contigua al Palacio de Justicia, donde se alojaba a los condenados a muerte.

98. «Soy yo, sin embargo, quien ha hecho esto.»

pejamiento *real* del *suelo* francés, cuyo agrupamiento feudal había sido parcelado⁹⁹ por el martillo de la revolución y al que el primer ardor febril de los numerosos propietarios nuevos sometía ahora a un cultivo multilateral; primeros movimientos de la industria liberada; tales son algunos de los signos de vida de la sociedad burguesa recién formada. La *sociedad burguesa* es representada *positivamente* por la *burguesía*. La burguesía, pues, *inicia* su dominación. Los *derechos humanos* dejan de existir *tan sólo* en la *teoría*.

Lo que se convirtió el 18 de brumario en el botín de Napoleón no fue —como cree la crítica, siguiendo fidelísimamente las huellas de un señor von Rotteck y de Welcker— el movimiento revolucionario en general: fue la *burguesía liberal*. Basta con leer los discursos de los legisladores de ese entonces para convencerse de ello. Uno cree haberse trasladado desde la Convención Nacional a una cámara de diputados de nuestros días.

Napoleón fue la última lucha del *terrorismo revolucionario* contra la *sociedad burguesa* proclamada asimismo por la revolución y contra la política de dicha sociedad. Napoleón, por cierto, ya había comprendido la esencia del *estado moderno*, esto es, que el mismo se funda en el desarrollo sin trabas de la sociedad burguesa, en el libre juego de los intereses particulares, etc. Decidió reconocer este fundamento y protegerlo. No era un terrorista exaltado e iluso. Pero Napoleón, al propio tiempo, consideraba al estado como un *fin en sí mismo* y a la vida burguesa sólo como un tesorero y *subalterno* suyo, al que no podía permitirse ninguna *voluntad propia*. Llevó el *terrorismo* a su *consumación* al sustituir la *revolución permanente* por la *guerra permanente*. Satisfizo hasta la plena saciedad el egoísmo de la nacionalidad francesa, pero exigió también el sacrificio de los negocios, disfrutes, riqueza, etc., de la burguesía tantas veces como lo requiriera el objetivo político de la conquista. Y si reprimió despóticamente el liberalismo de la sociedad burguesa —el idealismo político de su práctica cotidiana— no trató con mayor delicadeza los intereses *materiales* más esenciales de la misma, el comercio y la industria, toda vez que éstos entraban en conflicto con sus propios intereses políticos. Su desprecio por los *hommes d'affaires*¹⁰⁰ industriales era el complemento de su desprecio por los *ideólogos*. También en el interior combatía en la sociedad burguesa al contrincante del estado, estado que para él conta-

99. «Zerschlagen» tanto significa «triturar, machacar», como «parcelar», «clotear»; Marx, aquí, usa el verbo en ambos sentidos.

100. Hombres de negocios.

ha aún como fin absoluto en sí mismo. De esta suerte, en el Consejo de Estado declaró que no toleraría que el poseedor de grandes predios los cultivase o no a su albedrío. Concibió el plan, por ejemplo, de someter el comercio al estado mediante la expropiación del *roulage*.¹⁰¹ Comerciantes franceses prepararon el acontecimiento que hizo temblar por vez primera el poderío de Napoleón. Mediante una hambruna provocada artificialmente, los agiotistas de París lo obligaron a aplazar casi dos meses la apertura de la campaña contra Rusia, y por tanto a postergarla hasta una época del año excesivamente tardía.

Así como en Napoleón el terrorismo revolucionario volvió a contraponerse a la burguesía liberal, en la Restauración, bajo los Borbones, se enfrentó a ella, una vez más, la contrarrevolución. A la postre, en 1830, la burguesía liberal realizó los deseos que la animaban en 1789, con la única diferencia de que su *ilustración política* se había *consumado*, de que ya no veía en el estado representativo constitucional el ideal del estado, ni creía luchar por la salvación del mundo y por finalidades humanas de carácter general, sino que, por el contrario, había reconocido en ese estado la expresión *oficial* de su propio y *exclusivo* poder y el reconocimiento *político* de su propio interés *particular*.

La historia de la vida de la Revolución Francesa, iniciada en 1789, no ha concluido aún con el año 1830, fecha en la cual uno de sus factores, enriquecido ahora con la conciencia de su significación *social*, alcanzó la victoria.

d) *Batalla crítica contra el materialismo francés*

«El *espinosismo* se había enseñoreado del siglo XVIII, tanto en su prolongación francesa, que convertía la materia en la sustancia, como en el teísmo, que imponía a la materia un nombre más espiritual... La *escuela francesa de Spinoza* y los partidarios del teísmo no eran más que dos sectas que reñían sobre el verdadero sentido de su *sistema*... El simple destino de esta ilustración fue su caída en el *romanticismo*, luego de tener que entregarse prisionera de la reacción iniciada a partir del movimiento francés.»

Hasta aquí, *la* crítica.

A la historia crítica del materialismo francés le contraponemos

101. Comercio de fletes.

su historia profana, masiva, en un breve esbozo. Llenos de temor reverencial, hemos de reconocer el abismo que se abre entre la historia tal como realmente ha ocurrido y la historia tal como acontece conforme al decreto de *la* «crítica absoluta», de la creadora, a la par, de lo viejo y de lo nuevo. Por último, y obedeciendo a los preceptos de *la* crítica, «haremos objeto de un detenido estudio» el «¿por qué?», «¿de dónde?» y «¿adónde?» de la historia crítica.

«Para hablar con *exactitud* y en *sentido prosaico*», la Ilustración francesa del siglo XVIII y en particular el *materialismo francés* no sólo fueron una lucha contra las instituciones políticas existentes, así como contra la religión y teología existentes, sino asimismo una lucha *abierta, declarada*, contra la *metafísica del siglo XVII* y contra toda *metafísica*, y en particular contra la de *Descartes, Malebranche, Spinoza y Leibniz*. A la *metafísica* se le opuso la *filosofía*, tal como *Feuerbach*, en su primera campaña resuelta contra *Hegel*, contraponía la *sobria filosofía* a la *embriagada especulación*. La *metafísica* del siglo XVII, que había tenido que ceder el campo a la Ilustración francesa y ante todo al *materialismo francés* del siglo XVIII, experimentó en la *filosofía alemana* y particularmente en la *filosofía especulativa alemana* del siglo XIX su *restauración victoriosa y plena*. Una vez que *Hegel* la hubo combinado de manera genial con toda la metafísica precedente y con el idealismo alemán, fundando así un reino universal metafísico, al ataque contra la teología correspondió una vez más, como en el siglo XVIII, el ataque contra la *metafísica especulativa* y contra *toda metafísica*. Ésta sucumbirá para siempre por obra del *materialismo*, consumado ahora por la labor de la *especulación* misma y coincidente con el *humanismo*. Pero al igual que *Feuerbach* en el terreno *teórico*, en el terreno de la *práctica* el *socialismo* y *comunismo* de Francia e Inglaterra representan el *materialismo* que coincide con el *humanismo*.

«Para hablar con *exactitud* y en *sentido prosaico*», hay *dos orientaciones del materialismo francés*, una de las cuales se origina en *Descartes* y la otra en *Locke*. La última es, *predominantemente*, un elemento cultural *francés* y desemboca de manera directa en el *socialismo*. El primero, el materialismo *mecanicista*, va a parar a las *ciencias naturales* francesas propiamente dichas. Ambas corrientes se entrecruzan en el curso del desarrollo. Del materialismo francés que se remonta directamente a *Descartes* no hemos de ocuparnos aquí más en detalle, así como tampoco de la escuela *newtoniana* francesa ni del desenvolvimiento de las ciencias naturales francesas en general.

Baste aquí, pues, con lo que se expresa a continuación:

En su *física*, *Descartes* había atribuido una virtud autocreadora a la

materia y concebido el movimiento *mecánico* como el acto vital de ésta. Había separado plenamente su *física* de su *metafísica*. En los marcos de su física es la *materia* la única *sustancia*, la única base del ser y del conocer.

El materialismo francés *mecanicista* se adhirió a la *física* de Descartes, por oposición a su *metafísica*. Sus discípulos fueron *antimetafísicos* de profesión, esto es, *físicos*.

Con el *médico* Le Roy comienza esta escuela; con el *médico* Cabanis alcanza su apogeo, y el *médico* La Mettrie es su centro. Vivía aún Descartes cuando Le Roy transfirió al alma humana la construcción cartesiana del *animal* —tal como lo haría, poco más o menos, La Mettrie en el siglo XVIII—, explicando el alma como un *modo del cuerpo* y las *ideas* como *movimientos mecánicos*. Le Roy creía, inclusive, que Descartes había mantenido en reserva su verdadera opinión. Descartes protestó. A fines del siglo XVIII, en su *Rapports du physique et du moral de l'homme*, Cabanis llevó a su culminación al materialismo cartesiano.

El materialismo *cartesiano* existe en Francia hasta el día de hoy. Ha alcanzado sus grandes éxitos en las *ciencias naturales mecánicas*, que son a las que menos, hablando con *exactitud* y en *sentido prosaico*, se les podrá tachar de *romanticismo*.

La *metafísica* del siglo XVII, en el caso de Francia representada en especial por Descartes, desde la hora de su alumbramiento tuvo por *antagonista* al *materialismo*. Éste se contrapuso personalmente a Descartes en la figura de Gassendi, el restaurador del materialismo *epicúreo*. El materialismo francés e inglés siempre se mantuvo ligado íntimamente a Demócrito y Epicuro. Otro antagonismo se le presentó a la *metafísica* cartesiana con el materialista *inglés* Hobbes. Mucho después de haber muerto, Gassendi y Hobbes alcanzaron la victoria sobre su adversaria en el mismo instante en que ésta imperaba ya, como un poder oficial, en todas las escuelas francesas.

Voltaire ha observado que la indiferencia de los franceses del siglo XVIII por las querellas de jesuitas y jansenistas obedecían menos a las especulaciones filosóficas que a las especulaciones financieras de Law. De esta suerte, la ruina de la *metafísica* del siglo XVII sólo se puede explicar a partir de la teoría materialista del siglo XVIII, en tanto que este movimiento teórico mismo se explica a partir de la configuración práctica de la vida francesa de ese entonces. Esta vida estaba orientada hacia el presente inmediato, hacia el disfrute mundano y los intereses seculares, hacia el mundo *terreno*. Era forzoso que a su práctica antiteológica, antimetafísica, a su práctica materialista, correspondieran

teorías antiteológicas, antimetafísicas, materialistas. En la *práctica*, la metafísica había perdido todo su crédito. En este lugar hemos tan sólo de esbozar brevemente el desenvolvimiento teórico.

En el siglo XVII (piénsese en Descartes, Leibniz, etc.) la metafísica presentaba todavía la amalgama de contenidos profanos, *positivos*. Efectuó descubrimientos en matemática, física y otras ciencias determinadas que parecían serle inherentes. Ya a comienzos del siglo XVIII esa apariencia se había desvanecido. Las ciencias positivas se habían desprendido de la metafísica y trazado sus órbitas autónomas. Toda la riqueza metafísica se reducía únicamente a entes ideales y cosas celestiales, precisamente cuando los entes reales y las cosas terrenas comenzaban a concentrar en sí todo interés. La metafísica se había vuelto insustancial. En el mismo año en que morían los últimos grandes metafísicos franceses del siglo XVII, Malebranche y Arnauld, nacían *Helvecio* y *Condillac*.¹⁰²

El hombre que hizo caer en el *descrédito*, *teóricamente*, a la metafísica del siglo XVII y a toda metafísica, fue *Pierre Bayle*. Su arma fue el *escepticismo*, que forjó basándose en las propias fórmulas mágicas de la metafísica. Él mismo tomó como punto de partida, en un principio, la metafísica cartesiana. Así como la impugnación de la teología especulativa empujó a *Feuerbach* a la impugnación de la *filosofía especulativa* —precisamente porque reconoció en la especulación el último apoyo de la teología, porque tuvo que forzar a los teólogos a abandonar la pseudociencia y refugiarse en la *fe tosca*, repelente—, así también la duda religiosa empujó a Bayle a la duda en la metafísica que respaldaba a esa fe. De ahí que sometiera a crítica la metafísica en todo su decurso histórico. Se convirtió en su historiador para escribir la historia de su muerte. Rebatió, preferentemente, a *Spinoza* y *Leibniz*.

Mediante la disolución escéptica de la metafísica, *Pierre Bayle* no sólo allanó el camino a la aceptación, en Francia, del materialismo y de la filosofía del sano sentido común. Prenunció la *sociedad atea* —que pronto debería comenzar a existir— mediante la *prueba* de que *podía* existir una sociedad formada íntegramente por ateos, de que un ateo *podía* ser una persona decente y de que el hombre no se envilecía por el ateísmo, sino por la superstición y la idolatría.

Pierre Bayle, según la expresión de un escritor francés, fue «*el último de los metafísicos en el sentido del siglo XVII y el primero de los filósofos en el sentido del siglo XVIII*».

102. La afirmación es correcta en lo que se refiere a Malebranche (muerto en 1715) y a Helvecio y Condillac (nacidos en 1715), pero no al jansenista Antoine Arnauld, «le Grand Arnauld», que muere el 8 de agosto de 1694.

Aparte de la refutación negativa de la teología y la metafísica del siglo XVII, se tenía necesidad de un sistema *positivo, antimetafísico*. Se requería un libro que sistematizara la práctica vital de ese entonces y la fundamentara teóricamente. La obra de *Locke* sobre el *Origen del entendimiento humano* vino, de allende el Canal, como anillo al dedo. Se la recibió con entusiasmo, como a un huésped al que se aguardaba con impaciencia.

Hay quienes preguntan: ¿*Locke* es, acaso, un discípulo de *Spinoza*? La historia «profana» puede contestar:

El materialismo es el hijo *innato* de *Gran Bretaña*. Ya el escolástico británico *Duns Escoto* se preguntaba «*si la materia no podría pensar*».

Para llevar a cabo este milagro, recurría a la omnipotencia de Dios, esto es, obligaba a la propia *teología* a predicar el *materialismo*. *Duns Escoto* era, además, nominalista. Entre los materialistas *ingleses* se encuentra como uno de los principales elementos el nominalismo, que es, en general, la *primera expresión* del materialismo.

El verdadero patriarca del *materialismo inglés* y de toda la ciencia *experimental moderna* es *Bacon*. Para él la ciencia natural es la verdadera ciencia, y la *física* sensible la parte fundamental de las ciencias naturales. Sus autoridades suelen ser *Anaxágoras*, con sus *homeomerías*, *Demócrito* con sus átomos. Según su teoría, los sentidos son infalibles y la *fuentes* de todo conocimiento. La ciencia es *ciencia empírica* y consiste en aplicar a lo dado sensorialmente un *método racional*. Inducción, análisis, comparación, observación y experimentación son las principales condiciones de un método racional. Entre las cualidades inherentes a *la materia* el *movimiento* es la primera y la más sobresaliente, no sólo como movimiento *mecánico* y *matemático*, sino más aun como *impulso, espíritu vital, fuerza en tensión*, como *tormento* —para usar la expresión de Jakob Böhme— de la materia. Las formas primitivas de esta última son *fuerzas esenciales* animadas, individualizantes, inherentes a ella, generadoras de las diferencias específicas.

En *Bacon*, como su primer creador, el materialismo oculta en sí, todavía de un modo ingenuo, los gérmenes de un desarrollo omnilateral. La materia, en su esplendor poético-sensorial, sonríe al hombre entero. Pero la doctrina aforística misma está cuajada de inconsecuencias teológicas.

En su desarrollo ulterior el materialismo se vuelve *unilateral*. *Hobbes* es el *sistematizador* del materialismo *baconiano*. La sensoriedad pierde sus encantos y se torna en la sensoriedad abstracta del *geómetra*. Se sacrifica el movimiento *físico* al movimiento *mecánico* o *matemático*; se

proclama a la *geometría* como la ciencia principal. El materialismo se vuelve *misantópico*. Para domeñar al espíritu *misantópico descarnado*, en su propio terreno, el materialismo se ve en la necesidad de mortificar su propia carne y convertirse en *asceta*. Entra en escena como un *ente intelectual*, pero desarrolla también la inexorable consecuencia del intelecto.

Si la sensoriedad proporciona al hombre todos los conocimientos, demuestra Hobbes a partir de Bacon, la percepción, la idea, la representación, etc., no son otra cosa que fantasmas del mundo corpóreo más o menos despojados de su forma sensible. La ciencia no puede hacer otra cosa que darles nombre a esos fantasmas. Puede ocurrir que a varios fantasmas se les asigne *un* solo nombre. Y hasta puede haber nombres de nombres. Pero sería una contradicción hacer que por una parte todas las ideas encuentren su origen en el mundo de los sentidos y, por otra parte, afirmar que una palabra es más que una palabra, que además de los entes representados, siempre singulares, existen entes generales. Una *sustancia incorpórea* es, por el contrario, la misma contradicción que un cuerpo *incorpóreo*. *Cuerpo, ser, sustancia*, es una y la misma idea *real*. No se puede separar al pensamiento de una materia *que* piensa. Es ésta el sujeto de todas las variaciones. La palabra *infinito carece de sentido*, salvo que signifique la capacidad de nuestro espíritu para agregar sin fin. Puesto que sólo lo material es perceptible, conocible, *nada* sabemos de la existencia de Dios. Sólo mi propia existencia es segura. Toda pasión humana es un movimiento mecánico que finaliza o principia. Los objetos de las pasiones constituyen el bien. El hombre está sujeto a las mismas leyes que la naturaleza. El poder y la libertad son idénticos.

Hobbes había sistematizado a Bacon, pero no fundamentó más circunstanciadamente el principio básico baconiano, el origen de los conocimientos y las ideas a partir del mundo de los sentidos.

En su ensayo sobre el origen del conocimiento humano, *Locke* fundamenta el principio de Bacon y Hobbes.

Así como Hobbes aniquiló los prejuicios *deístas* del materialismo baconiano, Collins, Dodwell, Coward, Hartley, Priestley y otros liquidaron la última barrera teológica del sensualismo de Locke. Por lo menos para el materialista, el deísmo no es más que una manera cómoda y negligente de desembarazarse de la religión.

Hemos mencionado ya lo oportuna que resultó la obra de Locke para los franceses. Locke había echado las bases de la filosofía del bon sens, del sano sentido común, esto es, dando un rodeo había dicho que no hay filosofía que difiera del sano sentido común y del entendimiento basado en el mismo.

Discípulo *directo* e intérprete *francés* de Locke, Condillac orientó de inmediato el sensualismo lockiano contra la *metafísica* del siglo XVII. Demostró que los franceses la habían desechado con razón, por tratarse de una mera hechura de la imaginación y de prejuicios teológicos. Publicó una refutación de los sistemas de *Descartes*, *Spinoza*, *Leibniz* y *Malebranche*.

En su obra *L'essai sur l'origine des connaissances humaines*, Condillac expuso las ideas de Locke y demostró que no sólo el alma, sino también los sentidos, no sólo el arte de forjar ideas, sino también el arte de experimentar sensaciones era resultado de la *experiencia* y la *costumbre*. De la *educación* y de las *circunstancias exteriores* depende, por consiguiente, todo el desenvolvimiento del hombre. Sólo con el advenimiento de la filosofía *eclectica* Condillac fue desplazado de las escuelas francesas.

La diferencia entre el materialismo *francés* y el *inglés* es la diferencia entre ambas nacionalidades. Los franceses infundieron al materialismo inglés ingenio, carne y sangre, elocuencia. Le insuflaron el temperamento y la gracia que aún le faltaban. Lo *civilizaron*.

En *Helvecio*, que también arranca de Locke, el materialismo recibe su carácter propiamente francés. Helvecio lo concibe de inmediato en relación con la vida social. (Helvecio, *De l'homme*.) Las facultades sensoriales y el amor propio, el disfrute y el interés personal bien entendido son el fundamento de toda moral. La igualdad natural de las inteligencias humanas, la unidad entre el progreso de la razón y el progreso de la industria, la bondad natural del hombre, la omnipotencia de la educación, son rasgos principales de su sistema.

Una combinación entre el materialismo cartesiano y el inglés se da en las obras de *La Mettrie*. Se vale de la física de Descartes hasta en los detalles. Su *L'homme machine* es una disertación inspirada en el modelo del animal-máquina cartesiano. En el *Système de la nature* de Holbach la parte dedicada a la física consiste asimismo en una fusión entre el materialismo francés y el inglés, así como la parte moral, en lo esencial, se apoya en la moral de Helvecio. El materialismo francés que se mantiene más en contacto aún con la metafísica, y que por ello mereció también las alabanzas de Hegel, *Robinet* (*De la nature*), se remite expresamente a *Leibniz*.

No hace falta que hablemos de Volney, Dupuis, Diderot, etc., ni tampoco de los fisiócratas, después de haber puesto en claro el doble origen del materialismo francés a partir de la física cartesiana y del materialismo inglés, así como el antagonismo entre el materialismo francés y la *metafísica* del siglo XVII, la metafísica de Descartes, Spinoza,

Malebranche y Leibniz. Este antagonismo sólo podía volverse visible a los alemanes desde el momento en que ellos mismos se contrapusieran antagónicamente a la *metafísica especulativa*.

Así como el materialismo *cartesiano* suma sus aguas a las *ciencias naturales propiamente dichas*, la otra orientación del materialismo francés desemboca directamente en el *socialismo* y el *comunismo*.

No se necesita una gran sagacidad para advertir, a partir de las doctrinas del materialismo relativas a la bondad originaria y la igual capacidad intelectual de los hombres, a la omnipotencia de la experiencia, la costumbre, la educación, al influjo de las circunstancias exteriores sobre el hombre, a la gran significación de la industria, a la justificación del disfrute, etc., no se necesita una gran sagacidad, decíamos, para advertir, a partir de todo esto, la conexión necesaria entre el materialismo, por un lado, y el comunismo y el socialismo, por el otro. Si el hombre forma todo conocimiento, sensación, etc., a partir del mundo de los sentidos y de los que experimenta en ese mundo, lo que importa es, por consiguiente, organizar el mundo empírico de tal suerte que el hombre experimente en él lo verdaderamente humano, se habitúe a ello, que se experimente a sí mismo como hombre. Si el interés bien entendido es el principio de toda moral, de lo que se trata es de que el interés particular del hombre coincida con el interés humano. Si el hombre, en el sentido materialista, carece de libertad, vale decir, si es libre no por la fuerza negativa de evitar esto o aquello, sino por la fuerza positiva de hacer valer su verdadera individualidad, no se tendrá que castigar el delito en el individuo, sino destruir los semilleros antisociales del delito y dar a cada cual el espacio social para la manifestación esencial de su vida. Si el hombre es formado por las circunstancias, habrá que formar humanamente las circunstancias. Si el hombre es social por naturaleza, sólo en la sociedad desarrollará su verdadera naturaleza, y habremos de medir el poder de su naturaleza no según el poder del individuo aislado, sino conforme al poder de la sociedad.

Estas tesis y otras análogas se encuentran, casi textualmente, incluso en los más antiguos materialistas franceses. No es éste el lugar para formular un juicio sobre ellas. Una obra característica de la tendencia socialista del materialismo es la *Apología de los vicios*, de Mandeville, un viejo discípulo inglés de Locke. El autor demuestra que en la sociedad *actual* los vicios son indispensables y *útiles*. No fue ésta una apología de la sociedad actual.

Fourier procede directamente de la doctrina de los materialistas franceses. Los *babuvistas* eran materialistas toscos, incivilizados, pero también

el comunismo desarrollado data *directamente* del *materialismo francés*. Este, en efecto, bajo la figura que le había conferido *Helvecio*, se repatrió en su tierra natal, en *Inglaterra*. Sobre la moral de Helvecio, *Bentham* funda su sistema del *interés bien entendido*, así como *Owen*, partiendo del sistema de *Bentham*, echa las bases del comunismo inglés. Desterrado a Inglaterra, el francés *Cabet* es estimulado por las ideas comunistas difundidas allí y cuando vuelve a Francia se convierte en el representante más popular, aunque también más superficial, del comunismo en ese país. Los comunistas franceses más científicos, *Dézamy*, *Gay*, etc., desarrollan, lo mismo que *Owen*, la teoría del *materialismo* como la teoría del *humanismo real* y como la base *lógica* del *comunismo*.

Y bien, ¿dónde el señor Bauer, o sea la crítica, ha sabido procurarse las piezas documentales en las que basa la historia crítica del materialismo francés?

1) La *Historia de la filosofía* de Hegel presenta al materialismo francés como *realización* de la sustancia espinosiana, lo que en todo caso es incomparablemente más sensato que lo de «escuela francesa de Spinoza».

2) De la *Historia de la filosofía* de Hegel, el señor *Bauer* había entresacado eso del materialismo francés como *escuela* de Spinoza. Y si en otra obra de Hegel hubiera encontrado que el deísmo y el materialismo son *dos partidos que sostienen uno y el mismo* principio básico, habría llegado a la conclusión de que Spinoza tenía *dos* escuelas que altercaban en torno al sentido de su sistema. El señor Bauer podía haber encontrado en la *Fenomenología* hegeliana la aclaración mencionada. Se dice allí, textualmente:

«En torno a ese ente absoluto, la propia *Ilustración* empieza a reñir consigo misma... y se escinde en *dos partidos*... el uno... denomina a ese absoluto que carece de predicado,... el *ser absoluto supremo*... el otro lo denomina *materia*... Se trata del *mismo* concepto; la diferencia no estriba en la cosa, sino puramente en el diferente punto de partida de las dos formaciones». (Hegel, *Phänomenologie*, págs. 420, 421, 422.)

3) Por último, el señor Bauer podía encontrar en Hegel, asimismo, que la sustancia, si no continúa su desenvolvimiento hasta llegar al concepto y la autoconciencia, desemboca en el «romanticismo». Un desarrollo similar efectuaron, en su tiempo, los *Hallische Jahrbücher*.¹⁰³

103. Ver nota 78.

Pero a toda costa el «*espíritu*» debía imponer a su «antagonista», el *materialismo*, un «*ingenuo destino*».

Nota. La mayor parte de las modernas historias *francesas* de la filosofía exponen con lujo de detalles la conexión del materialismo francés con Descartes y Locke, así como el antagonismo entre la filosofía del siglo XVIII y la metafísica del XVII. Frente a la crítica crítica, debimos limitarnos aquí a repetir cosas ya sabidas. Por el contrario, la conexión entre el materialismo del siglo XVIII y el *comunismo* inglés y francés del siglo XIX requiere aun hoy una exposición detallada. Nos limitaremos aquí a citar de Helvecio, Holbach y Bentham unos pocos pasajes significativos.

1) *Helvecio*: «Los hombres no son malos, pero se hallan sometidos a sus intereses. No hay que quejarse de la maldad de los hombres, sino de la ignorancia manifestada por los legisladores, que siempre ponen en contradicción el interés particular con el interés general.» — «Hasta el presente, los moralistas no han tenido ningún éxito, porque hay que escarbar en la legislación para arrancar la raíz creadora de los vicios. En Nueva Orleans las mujeres pueden repudiar a sus maridos no bien se cansan de ellos. En países tales no se encuentran mujeres falsas, porque ningún interés las impulsa a serlo.» «La moral no pasa de ser una ciencia frívola si no se la combina con la política y la legislación.» — «A los moralistas hipócritas se los reconoce, de un lado, por la displicencia con que examinan los vicios que disuelven los reinos, y del otro, por la iracundia con que vociferan contra los vicios privados.» — «Los hombres no nacen buenos ni malos, pero sí propensos a ser lo uno o lo otro, según que un interés común los una o los separe.» «Si los ciudadanos no pudiesen aumentar su bienestar particular sin promover el bienestar general, no habría más viciosos que los zopencos.» (*De l'esprit*, París, 1822, <t.> I, págs. 117, 240, 241, 249, 251, 339 y 369.) Como la educación, según Helvecio, forma al hombre —y por aquélla entiende él (cfr. *l. c.*, pág. 390) no sólo la educación en el sentido habitual, sino la totalidad de las relaciones vitales de un individuo—, si bien por una parte se requiere una reforma que suprima la contradicción entre el interés particular y el interés colectivo, para ejecutar tal reforma es necesaria, por otra parte, una trasmutación de la conciencia: «Sólo es posible poner en práctica las grandes reformas si se atenúa la torpe veneración de los pueblos por las viejas leyes y costumbres» (pág. 260, *l. c.*) o, como dice en otra parte, si se suprime la ignorancia.

2) *Holbach*. «Ce n'est que lui-même que l'homme peut aimer dans les objets qu'il aime: ce n'est que lui-même qu'il peut affectionner dans les êtres de son espèce.» «L'homme ne peut jamais se séparer de lui-même dans aucun instant de sa vie: il ne peut se perdre de vue.» «C'est

toujours notre utilité, notre intérêt... qui nous fait haïr ou aimer les objets»¹⁰⁴ (*Système social*, t. I, Paris, 1822, págs. 80, 112), pero: «L'homme pour son propre intérêt doit aimer les autres hommes puisqu'ils sont nécessaires à son bien-être... La morale lui prouve, que de tous les êtres les *plus nécessaire à l'homme c'est l'homme*»¹⁰⁵ (pág. 76.) «La vraie morale, ainsi que la vraie politique, est celle qui cherche à approcher les hommes, afin de les faire travailler par des efforts réunis à leur bonheur mutuel. Toute morale qui sépare *nos intérêts de ceux de nos associés* est fausse, insensée, contraire à la nature»¹⁰⁶ (pág. 116). «Aimer les autres... c'est *confondre nos intérêts avec ceux de nos associés*, afin de travailler à *l'utilité commune*... La vertu n'est que *l'utilité des hommes réunis en société*»¹⁰⁷ (pág. 77.) «Un homme sans passions ou sans désirs cesserait d'être un homme... Parfaitement détaché de lui-même, comment pourrait-on le déterminer à s'attacher à d'autres? Un homme, indifférent pour tout, privé de passions, qui se suffirait à lui-même, ne serait plus un être sociable... La vertu n'est que la *communication du bien*»¹⁰⁸ (*l. c.*, pág. 118). «La morale religieuse ne servit jamais à rendre les mortels plus sociables»¹⁰⁹ (pág. 36, *l. c.*).

3) *Bentham*. De Bentham citamos sólo un pasaje en el que impugna el «interêt général en el sentido político». «L'interêt des individus... doit céder à l'interêt public. Mais... qu'est ce que cela signifie? Chaque individu n'est-il pas partie du public autant que chaque autre? Cet interêt public, que vous personifiez, n'est qu'un terme abs-

104. «En los objetos que ama, el hombre sólo puede amarse a sí mismo; en los seres de su especie, sólo puede experimentar afecto por su propia persona.» «El hombre nunca puede separarse de sí mismo, en ningún instante de su vida; no puede perder de vista su propio ser.» «Siempre es nuestra utilidad, nuestro interés... lo que nos mueve a odiar o a amar los objetos.»

105. «Por su propio interés el hombre debe amar a los demás hombres, ya que son necesarios para su bienestar... La moral le demuestra que de todos los seres, el *más necesario para el hombre es el hombre*.»

106. «La verdadera moral, así como la verdadera política, es la que procura aproximar a los hombres con vistas a hacerlos trabajar, mediante esfuerzos combinados, en pro de su dicha mutua. Toda moral que separe *nuestros intereses de los de nuestros asociados* es falsa, insensata, contraria a la naturaleza.»

107. «Amar a los demás... es *confundir nuestros intereses con los de nuestros asociados*, con vistas a trabajar por la *utilidad común*... La virtud no es otra cosa que la *utilidad de los hombres reunidos en sociedad*.»

108. «Un hombre sin pasiones o sin deseos dejaría de ser hombre... Enteramente desapegado de sí mismo. ¿cómo se lo podría impulsar a sentir apego por otros? Un hombre indiferente a todo, privado de pasiones, que se bastara a sí mismo, ya no sería un ser sociable... La virtud no es otra cosa que la *comunicación del bien*.»

109. «La moral religiosa nunca ha servido para que los mortales fueran más sociables.»

trait: il ne représente que la masse des intérêts individuels... S'il était bon de sacrifier la fortune d'un individu pour augmenter celle des autres, il serait encore mieux d'en sacrifier un second, un troisième, sans qu'on puisse assigner aucune limite... Les intérêts individuels sont les seuls intérêts réels.»¹¹⁰ (Bentham, *Théorie des peines et des récompenses*, etc., París, 1826, 3.^a ed., <t.> II, pág. [229], 230.)

e) *Derrota final del socialismo*

«Los franceses han formulado una serie de *sistemas* relativos a *cómo* hay que *organizar* la *masa*, pero no han podido menos de *fantasear*, pues contemplaban la masa tal cual es, como material utilizable.»

Franceses e ingleses han demostrado, más bien, y con todo detalle, que el orden social actual organiza a la «masa *tal* cual es» y que, por ende, es la *organización* de ésta. La crítica, siguiendo el ejemplo de la *Allgemeine Zeitung*,¹¹¹ liquida a todos los sistemas socialistas y comunistas mediante la *concienzuda* palabra *fantasear*.

Con esto, el socialismo y el comunismo extranjeros han mordido el polvo por obra de la crítica, que traslada entonces sus operaciones bélicas a Alemania.

«Cuando los *partidarios alemanes de la Ilustración* se vieron súbitamente defraudados en sus esperanzas de 1842 y, en su perplejidad, no sabían a qué debían *dar comienzo entonces*, les llegó en el momento oportuno la *nueva* de los modernos sistemas *franceses*. Podían hablar ahora de la elevación de las clases populares inferiores y pasar por alto, de este modo, la cuestión de si ellos mismos no pertenecían a la masa, a la que precisamente no hay que buscar tan sólo en los estratos inferiores.»

Como vemos, la crítica agotó a tal punto, en la apología del pasado literario baueriano, su acopio íntegro de razones bien intencionadas, que

110. «El interés de los individuos... debe someterse al interés público. ¿Pero... qué significa esto? ¿No es cada individuo parte del público, a igual título que cualquier otro? Este interés público que personificáis sólo es un término abstracto: no representa otra cosa que el conjunto de los intereses individuales... Si fuera bueno sacrificar la fortuna de un individuo para acrecentar la de los demás, sería todavía mejor sacrificar la de un segundo, la de un tercero, sin que sea posible trazar límite alguno... Los intereses individuales son los únicos intereses reales.»

111. Diario fundado en 1789. Apareció en Augsburgo de 1810 a 1882.

ya sólo sabe explicar el movimiento socialista alemán por la «perplejidad» en que se encontraban los partidarios de la Ilustración en 1842. «Felizmente, les llegó la nueva de los modernos sistemas *franceses*.» ¿Por qué no de los *ingleses*? Por la decisiva razón *crítica* de que el libro de Stein, *El comunismo y el socialismo de la Francia actual*, no le proporcionó al señor Bauer ninguna nueva acerca de los modernos sistemas ingleses. Es ésta la misma razón decisiva de por qué para *la crítica*, en su parloteo sobre los sistemas socialistas, existen única y exclusivamente *sistemas franceses*.

Los partidarios alemanes de la Ilustración —nos sigue ilustrando la crítica— cometieron un pecado contra el Espíritu Santo.¹¹² Se ocuparon de las «clases populares inferiores», existentes ya en 1842, para poder *pasar por alto* la cuestión, aún *inexistente* por ese entonces, de qué rango estarían llamados a ocupar en el *orden mundial crítico* que había de fundarse en el año de gracia de 1843: ¿oveja o morueco, crítico crítico o masa impura, *el espíritu* o *la materia*? Pero ante todo habrían tenido que cavilar seriamente sobre la propia *salvación crítica de su alma*, ¿porque de qué me aprovecharía si granjear todo el mundo, y con él las clases populares inferiores, y perdiere mi alma?¹¹³

«No se puede elevar a un ser espiritual si no se lo modifica, y no se lo puede modificar antes de que él haya experimentado la resistencia más extrema.»

Si *la crítica* estuviera más familiarizada con el movimiento de las clases populares inferiores, sabría que la más extrema resistencia, experimentada por ellas en la vida práctica, las modifica día a día. La nueva literatura en prosa y en verso que brota de las clases populares inferiores en Inglaterra y Francia le demostraría que dichas clases, aun sin necesidad de que el *Espíritu Santo* de la *crítica crítica* les *haga sombra*¹¹⁴ de manera directa, saben elevarse espiritualmente.

112. Único pecado imperdonable para la teología cristiana: «Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada a los hombres» (Mateo, XII, 31; cfr. Marcos, III, 28-29 y Lucas, XII, 9-10).

113. Marx parafrasea a Mateo, XVI, 26: «Porque, ¿de qué aprovecha al hombre, si granjear todo el mundo, y perdiere su alma?».

114. El autor alude irónicamente a Lucas, I, 35: «Y respondiendo el ángel le dijo <a María>: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra», etc.

«Aquellos», continúa fantaseando la crítica absoluta, «cuyo *único caudal* es la frase “*organización de la masa*”», etc.

De «organización del trabajo» se ha hablado mucho, aunque esta «consigna» tampoco surgió de los socialistas mismos, sino del partido político-radical en Francia, que procuró conciliar la política con el socialismo. De «organización de la masa», como de un problema aún por resolver, no habló nadie antes de la crítica crítica. Pero sí se ha indicado, por el contrario, que la *sociedad burguesa*, la disolución de la vieja sociedad *feudal*, es esta organización.

La crítica transcribe su descubrimiento entre comillas. El ganso que le ha graznado al señor Bauer ese santo y seña para la salvación del Capitolio¹¹⁵ no es nadie más que su *propio ganso*, la *crítica crítica*. Ha reorganizado a la masa al construirla especulativamente como el antagonismo absoluto *del* espíritu. La antítesis entre el espíritu y la masa es la «organización» crítica «de la sociedad», en la cual *el* espíritu o *la* crítica representan el *trabajo* organizador, la masa la *materia prima* y la historia el *producto fabril*.

Tras las grandes victorias alcanzadas por la crítica absoluta en su tercera campaña sobre la revolución, el materialismo y el socialismo, podemos preguntarnos: ¿cuál es el *resultado último* de esos trabajos de Hércules? No otro que el siguiente: que esos movimientos *sucumbieron* sin arrojar resultado alguno, porque aún eran *crítica inficionada de masa* o *espíritu inficionado de materia*. Inclusive en el propio pasado literario del señor Bauer, la crítica descubrió una vasta contaminación de *la* crítica por la masa. Pero si *aquí* en vez de una crítica escribe una apología, en vez de retirarse «*asegura*», en vez de encontrar en la *contaminación del espíritu por la carne* la muerte también del espíritu, invierte más bien las cosas y en la contaminación de la *carne por el espíritu* encuentra incluso la vida de la *carne baueriana*, es por el contrario tanto más inexorable y más decididamente *terrorista* no bien la crítica imperfecta, aún inficionada de masa, no es ya la *obra* del señor Bauer sino la obra de pueblos enteros y de una serie de franceses e ingleses profanos, no bien la crítica imperfecta ya no se denomina *La cuestión judía* o *La buena causa de la libertad*

115. Hacia 390 a.n.e. los galos atacaron Roma y tomaron toda la ciudad salvo el Capitolio, cuyos defensores, según la leyenda, fueron despertados a tiempo por el graznido de los gansos de Juno y pudieron repeler el ataque nocturno por sorpresa. El autor hace un juego de palabras con el término que en alemán designa las comillas: *Gänsefüßen*, literalmente, «pies de ganso».

o *Estado, religión y partido*, sino la revolución, el materialismo, el socialismo, el comunismo. La crítica, de esta suerte, ha aniquilado la contaminación del espíritu por la materia y de la crítica por la masa, salvando del sacrificio a la propia carne y crucificando la ajena.

En todo caso, y de una manera u otra, el «espíritu inficionado de carne» o la «crítica inficionada de masa» han sido quitados de en medio. A esta contaminación acrítica la sustituye la *disociación* absolutamente crítica de espíritu y carne, crítica y masa, su antagonismo puro. En su figura *histórico-universal*, tal como da forma al interés verdaderamente histórico del presente, este antagonismo es el antagonismo del señor Bauer y consortes o *del* espíritu contra todo el resto del género humano en cuanto la materia.

La revolución, el materialismo y el comunismo han alcanzado, *pues*, su objetivo histórico. Por medio de su propia *ruina*, han desbrozado el camino al *Señor* crítico. ¡Hosanna!

f) *El ciclo especulativo de la crítica absoluta
y la filosofía de la autoconciencia*

Por haber sido llevada a cabo, presuntamente, de manera *consumada* y pura en *un* campo, la crítica incurrió tan sólo en un *desliz*, «sólo» en una «inconsecuencia», al no ser «pura» y «consumada» en *todos* los campos del mundo. El «único» territorio «crítico» no es otro que el campo de la *teología*. La comarca *pura* de ese territorio se extiende desde la *Crítica de los sinópticos* de Bruno Bauer hasta el *Cristianismo descubierto*, de Bruno Bauer, como la plaza fuerte fronteriza más adelantada.

«Con el espinosismo», se dice, «la crítica moderna supo finalmente a qué atenerse; era pues una inconsecuencia el que aquélla —aunque sólo fuera en algunos puntos que discurrían de manera equivocada— presupusiera ingenuamente la *sustancia* en un territorio.»

Si hace un tiempo, la admisión de que la crítica estaba envuelta en prejuicios *políticos* se mitigaba de inmediato, asegurando que ese involucrimiento era «¡tan flojo, en el fondo!», aquí la confesión de la *inconsecuencia* se atempera mediante la intercalación de que sólo se cometió en *algunos puntos que discurrían de manera equivocada*. La culpa no la tenía el señor Bauer, sino los *puntos equivocados*, que como jamelgos testarudos hacían *extraviarse* a la crítica.

Un par de citas pondrá de manifiesto que *la* crítica, mediante el subyugamiento del *espinosismo* desembocó en el *idealismo hegeliano*, que pasó de la «sustancia» a otro *engendro metafísico*, al «sujeto», a la «sustancia como proceso», a la «autoconciencia infinita», y que el resultado final de la crítica «consumada» y «pura» es la *restauración de la teoría cristiana de la creación* bajo forma *especulativa, hegeliana*.

Consultemos, en primer término, la *Crítica de los sinópticos*:

«Strauss se mantiene fiel al punto de vista de que la *sustancia* es lo absoluto. La tradición, bajo esta forma de la generalidad que aún no ha alcanzado la determinabilidad real y racional de la generalidad —determinabilidad que sólo puede alcanzarse en la *autoconciencia*, en la *singularidad e infinitud* de la misma—, no es otra cosa que la *sustancia*, que ha salido de su simplicidad lógica y asumido, en cuanto el *poder de la congregación*, determinada forma de existencia» (*Kritik der Synoptiker*], vol. I, prólogo, págs. VI|-VII].)

Abandonemos a su destino «la generalidad que alcanza una determinabilidad», la «singularidad e infinitud», esto es, el *concepto* hegeliano. En lugar de decir que la visión intuitiva, que en la teoría de *Strauss* corre por cuenta del «poder de la congregación» y de la «tradición», posee su expresión *abstracta*, su *jeroglífico* metafísico-lógico en la representación espinosista de la *sustancia*, el señor Bauer hace que «la *sustancia* salga de su simplicidad lógica y asuma, en el poder de la congregación, una forma determinada de existencia». Utiliza el milagrero aparato *hegeliano*, que hace brotar de la *lógica* —donde están disueltas en la «simplicidad» del pensamiento— las «*categorías metafísicas*», esto es, las abstracciones extraídas de la *realidad*, y las hace asumir «determinada forma» de la existencia física o humana, las hace encarnarse. ¡*Hinrichs* nos asista!

«Misteriosa», continúa *la* crítica contra *Strauss*, «misteriosa es esta concepción, porque en cada instante en que se decide a explicar y poner en claro el proceso al que la historia evangélica debe su origen, nunca puede ir más allá de producir la *aparición* de un proceso [...]. La tesis: “La historia evangélica tiene su fuente y su origen en la tradición”, incluye *dos veces* el mismo elemento: “la tradición” y la “historia evangélica”; también los pone a los dos en relación, por cierto, pero no nos dice a qué *proceso interior de la sustancia* deben su origen el desarrollo y la *xégesis*.»

Según *Hegel*, la *sustancia* debe concebirse como *proceso interior*. Caracteriza el *desarrollo* en los siguientes términos, desde el punto de vista de la *sustancia*:

«Cuando consideramos más de cerca este *despliegue*, no se manifiesta como habiéndose llevado a cabo por el hecho de que uno y lo mismo haya asumido diversas formas, sino que aquél es la *repetición* informe de *lo uno y lo mismo*, que sólo... contiene una monótona *apariencia* de diversidad». (*Phänomenologie*, prólogo, pág. 12.)

¡*Hinrichs* nos asista!

Prosigue el señor Bauer:

«La crítica, según esto, tiene que dirigirse contra sí misma y... disolver la *misteriosa sustancialidad* hacia donde tiende el *desarrollo mismo de la sustancia*, hacia la generalidad y determinabilidad de la idea y hacia su existencia real, la *autoconciencia infinita*».

La crítica de *Hegel* contra el punto de vista de la *sustancialidad* continúa de esta suerte:

«Hay que desencerrar el carácter cerrado de la *sustancia* y elevarla a la *autoconciencia*» (l. c. pág. 7).

También en Bauer la *autoconciencia* es la *sustancia elevada* a *autoconciencia*, o la *autoconciencia* como la *sustancia*; la *autoconciencia* se transforma de un *predicado del hombre en sujeto autónomo*. Es la caricatura *teológico-metafísica* del hombre en su *divorcio* respecto de la naturaleza. De ahí que la *esencia* de esta *autoconciencia* no sea el *hombre*, sino la *idea*, cuya *existencia real* es ella. Es la *idea hecha hombre* y por consiguiente, asimismo, *infinita*. Todos los atributos *humanos*, por ello, se transforman *misteriosamente* en atributos de la imaginaria «*autoconciencia infinita*». Por eso el señor Bauer dice *expresamente* de esta «*autoconciencia infinita*» que *todo* encuentra en ella su *origen* y su *explicación*, vale decir, su *razón existencial*. ¡*Hinrichs* nos asista!

Continúa el señor Bauer:

«La fuerza de la *relación de sustancialidad* estriba en su impulso, que nos lleva al concepto, a la idea y a la *autoconciencia*».

Dice *Hegel*:

«Así, el *concepto* es la *verdad* de la *sustancia*». «La transición de la *relación de sustancialidad* ocurre por su propia necesidad inmanente y no es otra cosa sino que el concepto es su verdad.» «La *idea* es el concepto adecuado.» «El concepto... que se ha desarrollado hasta convertirse en existencia *libre*... no es otra cosa que el *yo* o la *autoconciencia pura*.» (*Logik, Hegels Werke*, 2.^a edición, vol. 5, págs. 6, 9, 229, 13.)

¡*Hinrichs* nos asista!

Es comiquísimo que el señor Bauer diga todavía en su *Literatur-Zeitung*:

«Ya *Strauss* cayó en descrédito porque no pudo *consumar* la *crítica del sistema hegeliano*, aunque con su crítica a medias demostró la necesidad de consumir dicha crítica», etc.

No era la *crítica consumada* del sistema hegeliano, sino a lo sumo la *consumación del sistema hegeliano*, cuando menos en su aplicación a la teología, lo que creía proporcionar el propio señor Bauer en su *Crítica de los sinópticos*.

Caracteriza su crítica (prólogo a los *Sinópt[icos]*, p. XXI) como «último hecho de determinado sistema», el cual no es otro que el sistema *hegeliano*.

La lucha entre *Strauss* y *Bauer* con respecto a la *sustancia* y la *autoconciencia* es una lucha en el marco de las especulaciones *hegelianas*. En *Hegel* se hallan tres elementos: la *sustancia espinosista*, la *autoconciencia fichtiana* y la *unidad hegeliana*, contradictorio-necesaria, de ambas, el *espíritu absoluto*. El primer elemento es la *naturaleza*, metafísicamente disfrazada en la *separación* con respecto al hombre, el segundo es el espíritu metafísicamente disfrazado en la *separación* con respecto a la naturaleza, el tercero es la *unidad* metafísicamente disfrazada de ambos, el *hombre real* y el *género humano real*.

Strauss continúa consecuentemente a *Hegel desde el punto de vista espinosista* y *Bauer* lo continúa consecuentemente *desde el punto de vista fichtiano*, dentro del campo de la teología. Ambos *critican* a *Hegel* en la medida en que en éste cada uno de los dos elementos es *falseado* por el otro, mientras que *Strauss* y *Bauer* desarrollaron cada uno de los dos elementos hasta su realización *unilateral*, esto es, consecuente. Ambos, por ende, van en su crítica *más allá* de *Hegel*, pero ambos, también, se mantienen *dentro* de la especulación hegeliana y sólo representan, cada uno por separado, *un aspecto* del sistema de *Hegel*. Es *Feuerbach*, quien

consume y critica a *Hegel desde el punto de vista hegeliano* al disolver el metafísico espíritu *absoluto* en el «*hombre real sobre la base de la naturaleza*», el que por vez primera consume la *crítica de la religión*, trazando a la vez los *rasgos fundamentales* —grandiosos y magistrales— para la *crítica de la especulación hegeliana* y por consiguiente de *toda metafísica*.

En el caso del señor Bauer ya no es el *Espíritu Santo*, ciertamente, el que guía la pluma del evangelista, sino la *autoconciencia infinita*.

«No hemos de tener ya reparo en decir que la concepción correcta de la historia evangélica tiene también su *base filosófica*, esto es, la *filosofía de la autoconciencia*.» (Bruno Bauer, *Kritik der Synoptiker*, prólogo, p. XV.)

Esta *filosofía baueriana de la autoconciencia*, así como los resultados que el señor Bauer obtuvo de su crítica de la teología, deben ser caracterizados por medio de algunos extractos del *Cristianismo descubierto*, su última obra filosófico-religiosa.

En el lugar citado se afirma de los *materialistas franceses*:

«Si se ha descubierto la *verdad* del materialismo, la *filosofía* de la *autoconciencia*, y se ha reconocido la *autoconciencia* como el *todo*, como la solución del enigma planteado por la *sustancia espinosista* y como la verdadera *causa sui*¹¹⁶ ... ¿para qué existe el *espíritu*? ¿para qué la *autoconciencia*? ¿Como si la *autoconciencia*, al poner el *mundo*, al poner la *diferencia* y al producirse *a sí misma* en lo que ella produce —puesto que supera de nuevo la *diferencia de lo producido con respecto a ella misma*, puesto que sólo es ella misma, por consiguiente, [en el producir y] en el movimiento—, como si no tuviera su fin y se poseyera por primera vez en ese movimiento que es ella misma!». (*Entdeckt es Christentum*, página 113.)

«Los materialistas franceses han concebido los movimientos de la *autoconciencia*, ciertamente, como los movimientos del ser universal, de la materia, pero aún no han podido ver que el *movimiento del universo* sólo en cuanto *movimiento* de la *autoconciencia* se ha vuelto *real* para sí mismo y está en conformidad y unidad consigo mismo» (l. c., páginas 114-115.)

¡*Hinrichs* nos asista!

En buen romance, la *primera* tesis significa esto: la verdad del *ma-*

116. Causa de sí misma. Para Spinoza, *causa sui* es Dios o la naturaleza, esto es, la sustancia como sustancia infinita.

terialismo es lo *contrario* del materialismo, el idealismo *absoluto*, vale decir, exclusivo, extremo. La autoconciencia, el *espíritu*, es el *todo*. Fuera de él no hay *nada*. «La autoconciencia», «el *espíritu*», es el creador todopoderoso del universo, del cielo y de la tierra. El *universo* es una manifestación vital de la autoconciencia, que se ve obligada a *enajenarse* y adoptar una *figura servil*, pero la diferencia del universo con la autoconciencia no es más que una *seudodiferencia*. La autoconciencia no diferencia de sí misma *nada real*. El universo es, más bien, tan sólo una *distinción* metafísica, una invención del etéreo cerebro de la autoconciencia, una *fantasía* del mismo. La autoconciencia, pues, vuelve a suprimir la apariencia de que exista algo fuera de ella —posibilidad que había concedido por un instante— y no reconoce en su «producido» ningún objeto real, y por ende diferenciable realiter¹¹⁷ de ella misma. Pero por medio de este movimiento la *autoconciencia* se produce por primera vez como absoluta, ya que el idealista *absoluto*, para ser idealista absoluto, tiene necesariamente que recorrer el *proceso sofístico*, transformar primero el mundo *exterior a él* en un *ser aparente*, en mera ocurrencia de *su* cerebro, y luego tomar esta *figura fantástica* por lo que es, por mera fantasía, para poder, por fin, proclamar su propia existencia única, exclusiva, no perturbada ya por la apariencia de un mundo exterior.

La segunda tesis significa, en buen romance: los materialistas franceses, ciertamente, han concebido los movimientos de la materia como movimientos espirituales, pero aún no han podido ver que no son movimientos *materiales*, sino *ideales*, movimientos de la autoconciencia, esto es, puros movimientos intelectuales. Aún no han podido ver que el movimiento real del universo sólo se ha vuelto verdadero y real en cuanto movimiento *ideal* de la autoconciencia, libre y liberado de la *materia*, o sea de la *realidad*; esto es, que un movimiento *material* diferente del movimiento ideal del cerebro, no existe más que en *aparencia*. ¡Hinrichs nos asista!

Esta *teoría especulativa de la creación* se encuentra casi textualmente en *Hegel*, es posible dar con ella ya en su *primera* obra, en su *Fenomenología*.

«La *enajenación de la autoconciencia* es lo que pone la *coseidad*... En esta enajenación la autoconciencia se pone como *objeto* o el objeto como *sí mismo*. Por otra parte, en esto se halla implícito este otro momento, el de que la autoconciencia ha *superado* e igualmente anulado en sí misma

117. Realmente.

esta *enajenación y objetividad*... Éste es el *movimiento de la conciencia*» (Heglel], *Phänomen[ologie]*, pág. [574-]575.)

«La autoconciencia tiene un *contenido* que la distingue *de sí misma*... Este contenido es, en su diferencia misma, el *yo*, puesto que el yo es el *movimiento* del superarse-a-sí-mismo... Este contenido, indicado de una manera más determinada, no es otra cosa que el recién *enunciado movimiento mismo*, pues aquél es el *espíritu* que se recorre a sí mismo, y precisamente *para sí en cuanto espíritu*» (l. c., pág. [582-]583).

En torno a esta teoría hegeliana de la creación hace notar Feuerbach:

«La materia es la autoenajenación del espíritu. Con ello, la materia misma obtiene espíritu y entendimiento, pero a la vez es puesta de nuevo como ser *nulo, carente de verdad*, puesto que sólo el ser constituido a partir de esta enajenación, esto es, el ser que se desprende de la materia, de la sensoriedad, es enunciado como el ser en su consumación, en su figura y forma verdaderas. Lo natural, material, sensorial es aquí, pues, *lo que hay que negar*, tal como en la teología *la naturaleza inficionada por el pecado original*». (*Philosophie der Zukunft*, pág. 35.)

El señor Bauer, pues, defiende el materialismo contra la *teología acrítica*, echándole en cara, al mismo tiempo, que «aún no» sea *teología crítica, teología del entendimiento, especulación hegeliana*. ¡Hinrichs! ¡Hinrichs!

Por eso el señor Bauer, que ahora ha llevado adelante en *todos* los terrenos su antítesis con la *sustancia, su filosofía de la autoconciencia o del espíritu*, sólo debe vérselas en todos los terrenos con sus propias *fantasmagorías*. En sus manos, la crítica es el instrumento para sublimar en mera *apariencia* y en pensamientos *puros* todo aquello que, *al margen* de la *autoconciencia infinita*, mantiene aún una existencia material *finita*. En la *sustancia*, el señor Bauer no combate la *ilusión metafísica*, sino el meollo *mundano*, la *naturaleza*, la naturaleza tanto en cuanto existe *fuera* del hombre, como en cuanto es la propia naturaleza de éste. No presuponer la *sustancia* en ningún terreno —el señor Bauer habla todavía en este lenguaje— significa para él, pues: no reconocer ningún ser distinto del pensamiento, ninguna *energía natural* distinta de la *espontaneidad del espíritu*, ninguna *fuerza esencial humana* distinta del *entendimiento*, ninguna *pasión* distinta de la *actividad*, ninguna *influencia ajena* distinta de la *acción propia*, ningún *sentir* y *querer* distintos del *saber*, ningún *corazón* distinto de la *cabeza*, ningún *objeto* distinto del *sujeto*, ninguna *práctica*

distinta de la *teoría*, ningún *ser humano* distinto del *crítico*, ninguna *comunidad real* distinta de la *generalidad abstracta*, ningún *tú* distinto del *yo*. Es coherente, por ello, que el señor Bauer vaya más allá y llegue a identificarse a *sí mismo* con la *autoconciencia infinita*, con el *espíritu*, esto es, sustituya estas creaturas suyas por el creador de las mismas. Y es igualmente coherente que repudie como *masa* y *materia refractarias* al *resto del mundo*, que se obstina porfiadamente en ser algo *distinto* de lo producido *por el señor Bauer*. Y ahora, confía éste,

ello no durará mucho
y perecerá con los cuerpos.¹¹⁸

Con la misma coherencia, construye ahora especulativamente su *propia* desazón por no haberle podido echar el guante, hasta el momento actual, al

algo de este mundo *grosero*,

como *autodesazón* de este mundo, y la indignación de la crítica baueriana ante el desarrollo de la humanidad como la indignación *masiva* de la humanidad contra la crítica *baueriana*, contra el *espíritu*, contra el señor Bruno Bauer y consortes.

Desde los primerísimos comienzos el señor Bauer fue un teólogo, pero no un teólogo vulgar y silvestre, sino un *teólogo crítico* o un *crítico teológico*. Y en cuanto último extremo de la ortodoxia *paleohegeliana*, en cuanto componedor especulativo de todo *disparate religioso* y *teológico*, proclamaba una y otra vez la *crítica* como su *propiedad privada*. En ese entonces, calificó a la crítica ejercida por *Strauss* de crítica *humana*, y por oposición a ella hizo valer *expresamente* los derechos de la crítica *divina*. Más tarde, despojó de su tapujo religioso la gran *autosuficiencia* o *autoconciencia* que era el núcleo oculto de este carácter divino, núcleo que se autonomizó como ente separado y se elevó, bajo la rúbrica «*la autoconciencia infinita*», a principio de la crítica. En su *propio* movimiento, el señor Bauer efectuó luego el movimiento que describe la «filosofía de la autoconciencia» como acto vital absoluto. Volvió a abolir la «diferencia de lo producido», de la *autoconciencia infinita*, con respecto a quien la produce, *a él mismo*, y reconoció que ésta, en su movimiento, «*era sólo él mismo*»; que, por ende, el movimiento del universo sólo llega a ser *verdadero* y *real* en el automovimiento ideal del señor Bauer.

118. Goethe, *Fausto*, 1.^a parte, escena 3.^a.

En su *retorno a sí misma*, la crítica *divina* se ha restaurado de manera racional, consciente, crítica; el *ser-en-sí* ha devenido *ser-en* y *para-sí* y sólo al *final* se ha convertido en el *comienzo* ejecutado, realizado, revelado. La crítica *divina*, a diferencia de la *humana*, se ha revelado como *la crítica*, como la *crítica pura*, como la *crítica crítica*. La apología de las viejas y nuevas obras del señor Bauer ha sustituido a la apología del Viejo y del Nuevo Testamento. La antítesis *teológica* entre Dios y el hombre, la carne y el espíritu, la infinitud y la finitud, se ha trasmutado en la antítesis *teológico-crítica* entre el espíritu, la crítica o el señor *Bauer* y la *materia* de la *masa* ¹¹⁹ o el mundo profano. La antítesis *teológica* entre la fe y la razón se ha resuelto en la antítesis *teológico-crítica* entre el *sano sentido común* y el pensamiento puramente crítico. La *Zeitschrift für spekulative Theologie* ¹²⁰ se ha transformado en la *Literatur-Zeitung* crítica. El *Redentor religioso del mundo* se ha realizado, por último, en el *Redentor crítico del mundo*, el señor *Bauer*.

El último estadio alcanzado por el señor Bauer no constituye anomalía alguna en su desarrollo: es su *retorno* a sí mismo a partir de su *enajenación*. Se cae de su peso que el momento en que la crítica *divina* se *enajenó* y se salió de su cauce coincide con el momento en que se volvió parcialmente infiel a sí misma y creó algo *humano*.

La *crítica absoluta*, de regreso en su punto de partida, ha concluido el *ciclo especulativo* y, con ello, el *curso de su vida*. Su movimiento ulterior es un *puro girar alrededor de sí misma*, por encima de todo interés *masivo* y carente, por ende, de todo interés ulterior para la *masa*.

119. Así en *Werke*: «und der Materie der Masse». Pero parecería más lógico que hubiera una coma después de «Materie» («und der Materie, der Masse»), con lo cual el pasaje se leería: «y la materia, la masa», etc.

120. Publicación dirigida por Bruno Bauer, que apareció en Berlín de 1836 a 1838. Bauer pertenecía entonces a los viejos hegelianos.

Capítulo VII

LA CORRESPONDENCIA DE LA CRÍTICA CRÍTICA

1. *La masa crítica*

Où peut-on être mieux
Qu'au sein de sa famille?¹²¹

En su existencia *absoluta* como el señor *Bruno*, la crítica crítica ha proclamado a la humanidad en *masa*, a toda la humanidad que no es crítica crítica, como su *antítesis*, como su *objeto esencial*, *objeto* porque la masa no es más que la *materia* de la crítica crítica, y *esencial* porque existe ad maiorem gloriam dei,¹²² de la crítica, *del* espíritu. La crítica crítica ha declarado solemnemente que su relación con la masa es la *relación histórico-universal* de la actualidad.

Con todo, para forjar una antítesis histórico-universal no basta con proclamarse antitéticamente opuesto al mundo entero. Por el hecho de tropezar torpemente con todo, uno puede imaginarse que es la piedra universal de tropiezo.¹²³ Para constituirme en una antítesis histórico-universal no alcanza con que declare que el mundo es *mi* antítesis, sino que es necesario que el *mundo*, por su parte, declare que yo soy su antítesis real, me trate y me *reconozca* como tal. La crítica crítica se procura este reconocimiento por medio de sus *corresponsales*, a quienes

121. «¿Dónde puede estar uno mejor que en el seno de su familia?» (De la comedia de Jean-François Marmontel *Lucile*, cuarta escena del acto único.)

122. A mayor gloria de Dios.

123. Más habitual es traducir al castellano esta expresión bíblica por «piedra del escándalo», pero «piedra de tropiezo» (lectura que también figura en la vieja versión española de De Reina y De Valera, por ejemplo en *Romanos*, IX, 32 y 33) es preferible aquí para mantener la alusión del original alemán.

cabe la misión de *testificar* ante el mundo la dignidad de Redentor crítico así como el *escándalo* general del mundo por el evangelio crítico. La propia crítica crítica es objeto en cuanto *objeto del mundo*. Los corresponsales deben *presentarla como tal*, como *interés mundial* de hoy en día.

La crítica crítica se tiene a sí misma por *sujeto absoluto*. El sujeto absoluto requiere un culto. Y del culto *real* forman parte terceros, individuos creyentes. De ahí que la *Sagrada Familia de Charlotemburgo* reciba el debido culto de sus corresponsales. Los corresponsales le dicen *qué es ella* y *qué no es* su adversario, la masa.

De esta manera, por cierto, al presentar como opinión del mundo la opinión que la crítica tiene de sí misma, al *realizarse* su *concepto*, incurrir ésta en una inconsecuencia. *Dentro del propio ámbito de la crítica* se deja ver una especie de *formación de masa*, a saber, la formación de una masa crítica en la que recae la escueta misión de ser el infatigable eco de las consignas críticas. Esta inconsecuencia es perdonable si se tiene en consideración la consecuencia. La crítica crítica, que en el mundo pecador no se siente como en su casa, debe establecer en su propia casa un mundo pecador.

El corresponsal de la crítica crítica, el miembro de la masa crítica, no se pasea sobre pétalos de rosas. Su camino es escarpado, espinoso, un camino crítico. La crítica crítica es un déspota espiritualista, pura espontaneidad, *actus purus*, intolerante con respecto a todo influjo *exterior*. Por eso al corresponsal sólo se le permite ser un *seudosujeto*, sólo en *apariciencia* puede comportarse de manera *autónoma* ante la crítica crítica, sólo *aparentemente* puede querer comunicarle algo nuevo y propio. En *verdad*, el corresponsal es la propia *obra* de la crítica, la concordancia —*objetivada* y autonomizada sólo por un instante— de la crítica consigo misma.

Los corresponsales, por consiguiente, no dejan de asegurar incesantemente que la crítica crítica misma *sabe, advierte, conoce, comprende, experimenta* lo que en el mismo instante en *apariciencia* se le comunica. Así, por ejemplo, *Zerrleder* recurre a los siguientes giros: «¿Lo comprende usted? Lo sabe. Lo sabe por segunda y tercera vez. Y bien, lo habrá oído suficientes veces, para poder advertirlo por sí mismo.»

Otro tanto ocurre con el corresponsal de Breslau, *Fleischhammer*: «Pero que», etc., «no será un enigma para usted, así como no lo es para mí.» O el corresponsal *Hirzel*, de Zurich: «Seguramente, usted lo experimentará por sí mismo.» El corresponsal crítico respeta tan sólicitamente la comprensión absoluta de *la* crítica crítica, que le asigna

una comprensión incluso *allí* donde no hay absolutamente nada que comprender; por ejemplo, *Fleischhammer*:

«Usted me *comprenderá* (!) *cabalmente* (!) si le digo que es casi imposible salir a la calle sin toparse con jóvenes clérigos católicos, enfundados en sus largas sotanas negras y manteos».

Es más, en su *acoquinamiento*, ¡los corresponsales *oyen* que la crítica crítica *dice, responde, exclama, ríe!*

Así, por ejemplo, *Zerrleder*: «Pero... *dice* usted; y bien, oiga usted.» Lo mismo *Fleischhammer*: «No obstante, oigo ya lo que *usted dice...* con ello opinaba, *nada más.*» Así, *Hirzel*: «Caballero, *exclamará* usted!» Y otro tanto, un corresponsal de Tubinga: «¡*No se ría* usted de mí!»

Por ello los corresponsales recurren también al giro de que le comunican *hechos* a la crítica crítica, adjudicándole la *interpretación espiritual* de los mismos; de que le proporcionan *premisas* para que ella extraiga la *conclusión*, o de que se *disculpan* por repetir cosas que ella conoce desde hace mucho tiempo.

Por ejemplo, *Zerrleder*:

«Lo único que puede hacer su corresponsal es presentarle un cuadro, una descripción de los hechos. El *espíritu* que anima estas cosas no ha de serle desconocido *precisamente a usted, por cierto.*» O también: «Ahora usted *mismo* extraerá *ya* la *conclusión*».

Otro tanto hace *Hirzel*:

«Que toda creación se genera en el extremo opuesto de su antítesis es una tesis especulativa con la que *no deberé* distraerlo *todavía*».

O, también, las *experiencias* del corresponsal no son más que la *realización y confirmación* de *vaticinios* críticos.

Así, por ejemplo, *Fleischhammer*:

«Su predicción se ha verificado».

Así, *Zerrleder*:

«Las tendencias que le he descrito a usted como ganando cada vez más terreno en Suiza, muy lejos de ser funestas no son sino *favorables*, nada más que una *confirmación* de la *idea* expresada ya a menudo por *usted*», etc.

En ocasiones la crítica crítica siente el deber de expresar la condescendencia que por su parte implica el mantener esta correspondencia, y fundamenta dicha actitud benévola en la circunstancia de que el correspondal ha ejecutado con felicidad tal o cual tarea. De ahí que el señor Bruno le escriba al correspondal de Tubinga:

«Es, en verdad, una inconsecuencia de mi parte el que responda a tu carta... Por otro lado, de nuevo has hecho... observaciones tan *atinadas*, que no *puedo rebusarte* la explicación que me solicitas».

La crítica crítica se hace escribir *desde la provincia*, término por el cual no se debe entender la provincia en el sentido político —que como es sabido no existe en Alemania en ninguna parte—, sino la *provincia crítica*, cuya capital es Berlín, *Berlín* o sea la sede de los patriarcas críticos y de la Sagrada Familia crítica, mientras que en las provincias reside la masa crítica. Sólo entre reverencias y disculpas los *provincianos críticos* se atreven a llamar la atención de la *sede crítica suprema*.

Es de esa manera, por ejemplo, como un correspondal anónimo le escribe al señor Edgar, quien en su condición de miembro de la Sagrada Familia es también un señor de prendas y calidad:

«Honorable señor: en el hecho de que la juventud aún gustosamente sus esfuerzos en pos de aspiraciones comunes (nuestra recíproca *diferencia de edad* asciende solamente a dos años), quiera usted encontrar la *disculpa* por estas líneas».

Este coetáneo del señor Edgar *se* califica *a sí mismo*, dicho sea de paso, como la *esencia* de la *novísima filosofía*. ¿No es lo lógico, acaso, que *la* crítica mantenga correspondencia con *la* esencia de la filosofía? Y si el coetáneo del señor Edgar asegura que ya ha perdido los *dientes*, ello no es más que una alusión a su esencia *alegórica*. Esta «esencia de la novísima filosofía» ha «aprendido de *Feuerbach* a poner el momento de la formación en la contemplación objetiva». Y sin pérdida de tiempo proporciona una prueba de su *formación* y *contemplación* al asegurarle al señor Edgar que ha logrado una «*contemplación de totalidad* con respecto a su cuento» —*¡Vivan los principios fírmes!*—¹²⁴ y confesar al mis-

124. Título (en alemán «Es leben feste Grundsätze!») de una narración de Edgar Bauer.

mo tiempo, abiertamente, que no le resultan del todo claras, en absoluto, las intenciones del señor Edgar; es más, al invalidar por último, mediante la siguiente pregunta, la seguridad en cuanto a la contemplación de totalidad adquirida: «¿O lo habré *interpretado totalmente mal* a usted?» Tras esta prueba, parecerá muy normal que la esencia de la novísima filosofía se manifieste de esa manera en lo que atañe a la masa:

«Nosotros hemos de *rebajarnos*, por lo menos una vez, a investigar y desatar la ligadura mágica que veda al *vulgar sentido común* el ingreso al *flujo ilimitado del pensamiento*».

Si se desea adquirir una contemplación plena de la masa crítica, léase la *correspondencia* del señor *Hirzel*, desde Zurich (cuaderno V). Este infeliz memoriza con erudición realmente conmovedora y loable capacidad nemotécnica las consignas críticas. No faltan las frases favoritas del señor Bruno acerca de las batallas que ha librado, de las campañas que ha proyectado y dirigido. Pero el señor *Hirzel* cumple con su misión como miembro de la masa crítica, ante todo, cuando se encoleriza contra la *masa profana* y la relación de ésta para con la *crítica crítica*.

Habla de la masa que cree participar en la historia, «de la masa pura», de la «crítica pura», de la «pureza de esta antítesis» —«una antítesis tan pura... como nunca había proporcionado la historia»—, del «ente descontento», de la «perfecta futilidad, disgusto, cobardía, insensibilidad, irresolución, saña y encono de la masa contra la crítica», de «la masa, que sólo existe para hacer, con su resistencia, que la crítica sea más perspicaz y esté más alerta». Habla de la «creación» que se genera «en el extremo opuesto de su antítesis», de que la crítica está por encima del *odio* y de afectos profanos por el estilo. A esta riqueza en consignas críticas se reduce toda la contribución del señor *Hirzel* a la *Literatur-Zeitung*. Así como él le reprocha a la *masa* su contentarse con las meras «intenciones», la «buena voluntad», las «frases vacías», la «fe», etc., él, en cuanto miembro de la *masa crítica*, se contenta con frases vacías, con manifestar sus «intenciones críticas», su «fe crítica», su «buena voluntad crítica», y deja a cargo del señor Bruno & Cía. el «actuar, laborar, luchar» y las «obras».

Pese a la pavorosa descripción que los miembros de la «masa crítica» trazan de la tensión histórico-universal del mundo profano contra la «crítica crítica», para los descreídos, cuando menos, esa circunstancia no ha sido comprobada ni siquiera una vez, vale decir, la circunstancia de esa tensión *histórico-universal*. La repetición obsequiosa y acrítica

de las «ilusiones» y «pretensiones» críticas por parte del corresponsal sólo demuestra que las ideas fijas del amo son también las ideas fijas del criado. A decir verdad, uno de los corresponsales críticos procura fundar sus demostraciones en *hechos*.

«Podéis ver», le escribe a la Sagrada Familia, «que la *Literatur-Zeitung* cumple con su cometido, esto es, no halla *ninguna resonancia*. Resonancia sólo podría hallar si acompasara sus sonos con los de la inteligencia intelectual, si avanzarais arrogantemente en medio del cascabeleo de modismos acordes con toda una música jenízara de frecuentadísimas categorías.»

¡Un cascabeleo de modismos acordes con toda una música jenízara de frecuentadísimas categorías! Como vemos, el corresponsal crítico se afana por trotar a la par de modismos no «frecuentadísimos». Pero su explicación del hecho de que la *Literatur-Zeitung* no halle resonancia alguna debe rechazarse, no obstante, por ser puramente *apologética*. Ese hecho podría explicarse mejor, a la inversa, sosteniendo que la crítica crítica se encuentra en *consonancia* con la gran *masa*, vale decir, con la gran masa de los escritorzuelos que no hallan ninguna resonancia.

Por consiguiente, no basta con que los corresponsales *críticos* dirijan los modismos críticos a la vez como «plegaria» a la Sagrada Familia y como «fórmula del anatema» contra la masa. Para demostrar la tensión *real* entre la *masa* y la crítica se requieren corresponsales *acríticos*, *masivos*, se requieren delegados *reales* de la *masa* ante la crítica crítica.

De ahí que la crítica crítica también le asigne un lugar a la *masa acrítica*. Permiten que *representantes* imparciales de esta última mantengan *correspondencia* con ella; que reconozcan como importante, como absoluta, la antítesis con la crítica y, desde esa antítesis, hagan resonar un *grito de angustia* clamando por redención.

2. La «masa acrítica» y la «crítica crítica»

a) La «masa insensible» y la «masa insatisfecha»

La dureza de corazón, la insensibilidad y la ciega incredulidad de «la masa» tienen *un* representante bastante decidido. Este representan-

te habla de la «formación» puramente «filosófico-hegeliana del Couleur berlinés».¹²⁵

«El progreso verdadero que podemos efectuar», afirma, «consiste tan sólo en el conocimiento de la realidad. Pero nos enteramos por usted de que nuestro conocimiento no era de la realidad, sino de algo irreal.»

El corresponsal califica a las «ciencias naturales» de fundamento de la filosofía.

«Un buen hombre de ciencia es al filósofo lo que éste es al teólogo.»

Observa, además, con respecto al «Couleur berlinés»:

«No creo excederme si procuro explicar la situación de esta gente diciendo que ha pasado por un proceso de muda espiritual, sin duda, pero que aún no se ha desprendido del plumaje anterior como para incorporarse los elementos de la formación nueva y del rejuvenecimiento.» «Es necesario todavía que nos apropiemos de estos conocimientos» (los científico-naturales e industriales). «El conocimiento del mundo y de los hombres, que es lo que ante todo nos hace falta, tampoco puede adquirirse mediante la sola agudeza del pensamiento, sino que todos los sentidos deben colaborar y todas las facultades humanas han de ser empleadas con ese fin, como herramienta necesaria e imprescindible, pues en caso contrario la contemplación y el conocimiento seguirán siendo siempre defectuosos... y llevarán a la *muerte moral*».

Con todo, este corresponsal dora la píldora que le ofrece a la crítica crítica. «Hace que las *palabras bauerianas* encuentren la aplicación correcta», ha «seguido los *pensamientos de Bauer*», hace que «Bauer haya dicho con justeza» y, por último, en apariencia no polemiza contra la crítica misma, sino contra un «Couleur berlinés» que difiere de ella.

La crítica crítica, que se siente tocada y, por lo demás, en *cuestiones que tengan que ver con la fe* es quisquillosa como una solterona, no se deja engañar por esas distinciones y esos homenajes a medias.

«Usted se ha equivocado», le responde, «si cree ver *su adversario*

125. *Berliner Couleur*: expresión con que el corresponsal de la *Allgemeine Literatur-Zeitung* designaba a los jóvenes hegelianos berlineses que no pertenecían al círculo de Bruno Bauer. Entre ellos figuraba Max Stirner.

en el partido que describe al comienzo de su carta; ¡confiese más bien» —y sigue ahora la fulminante fórmula de excomunión— «que *usted es un adversario de la crítica misma!*»

¡El desdichado! ¡El masivo! ¡Un adversario de *la crítica misma!* Pero en lo que respecta al contenido de esa polémica masiva, la crítica crítica manifiesta su *respeto* por la actitud crítica de dicha polémica ante las *ciencias naturales* y la *industria*.

«¡*Todo nuestro respeto* por las *ciencias naturales!* *Todo nuestro respeto* por James Watt y» —¡giro verdaderamente sublime!— «ningún respeto por los millones que ha proporcionado a sus primos y primas.»

¡Todo nuestro respeto por el respeto a la crítica crítica! En la misma carta en que la crítica crítica reprocha al recién citado *Couleur berlinés* el pasar por encima, sin ningún esfuerzo, sin estudiarlos, de trabajos meritorios y concienzudos, el *despachar* una obra limitándose a observar que la misma hace época, etc., en esa misma carta *ella en persona despacha* todas las ciencias naturales y la *industria* con una simple declaración de respeto. La reserva que la crítica crítica anexa a su declaración de respeto por las *ciencias naturales* recuerda a los primeros rayos y centellas fulminados por el difunto caballero *Krug* contra la filosofía de la naturaleza.

«La naturaleza no es la única realidad *porque la comamos y bebamos en sus diversos productos.*»

De los *diversos productos* de la naturaleza todo lo que sabe la crítica crítica es «que los *comemos y bebemos*». ¡Todo nuestro respeto por las ciencias naturales de la crítica crítica!

Consecuentemente, a la incómoda, importuna sugerencia de estudiar la «naturaleza» y la «industria», la crítica crítica le contrapone la siguiente exclamación retórica, incuestionablemente ingeniosa:

«¿O (!) cree usted, por ventura, que *ya* se ha llegado al *término* con el conocimiento de la realidad *histórica*? ¿O (!) sabe usted de un solo período de la historia que *de hecho* sea ya conocido?».

¿O acaso la crítica crítica cree haber llegado, en el conocimiento de la realidad histórica, ni siquiera al *comienzo* mientras excluya o *margin*e del movimiento histórico la relación teórica y práctica del hombre con

la naturaleza, las ciencias naturales y la industria? ¿O acaso cree haber conocido ya de hecho un período cualquiera sin haber llegado a conocer, por ejemplo, la industria de ese período, el modo directo de producción de la vida misma? Ciertamente, la crítica crítica, espiritualista, *teológica*, sólo conoce —o por lo menos las conoce en su imaginación— las grandes acciones dramáticas de la historia, las políticas, literarias y teológicas. Así como separa el pensar del sentir, el alma del cuerpo, y a sí misma del mundo, así también separa la historia de las ciencias naturales y la industria, así también ve las fuentes de la historia no en la tosca producción *material* sobre la tierra, sino en las vaporosas formaciones de nubes que se dibujan en los cielos.

Al representante de la masa «insensible» y «dura de corazón», con sus acertadas amonestaciones y sugerencias, se lo despacha calificándolo de *materialista masivo*. No le ruedan mejor las cosas a otro corresponsal, menos malicioso, menos masivo, que por cierto deposita sus esperanzas en la crítica crítica, pero no las ve satisfechas. El representante de la masa «*insatisfecha*» escribe:

«Debo admitir, no obstante, que el primer número de su periódico aún *no resultó satisfactorio, en modo alguno*. Hubiéramos esperado, por cierto, algo distinto».

El *patriarca crítico* responde personalmente:

«Que ese cuaderno no satisfaría las esperanzas es algo que sabía yo por anticipado, porque podía imaginarme con bastante facilidad cuáles eran esas esperanzas. Es tal el desfallecimiento, que se quiere tener *todo de una vez*. ¿Todo? ¡No! De ser posible, todo y nada a la vez. Un todo que no cueste esfuerzo alguno, un todo que se obtenga sin necesidad de efectuar un desarrollo; un todo que, en una palabra, esté ahí».

En su disgusto ante los improcedentes reclamos de la «masa» que exige *algo*, es más, que exige *todo* de la crítica —la cual por principio y por inclinación natural «*no brinda nada*»—, el patriarca crítico, a la manera de la gente entrada en años, narra una *anécdota*. En los últimos tiempos, nos relata, un *conocido* de Berlín se quejó amargamente de la profusión y difusa prolijidad de los escritos críticos, pues como es conocido, el señor Bruno sabe extraer del mínimo de un presunto pensamiento, por pequeño que éste sea, una obra de muchos pliegos. Lo consoló con la promesa de enviarle, para una más fácil asimilación, la tinta nece-

saría para la impresión de un libro, amasada en una bolita. El patriarca explica la extensión de sus libros por una mala distribución de la tinta de imprenta, así como explica la nada de su *Literatur-Zeitung* por la vacuidad de la «masa profana», que para llenarse quisiera zamparse todo y nada de una sola vez.

Aunque no desconozcamos la importancia de las comunicaciones precedentes, cuesta ver una *antítesis histórico-universal* en el hecho de que un conocido masivo de la crítica crítica la califique a ésta de huera, y ella, a la recíproca, de acrítico a él; de que un segundo conocido no encuentre satisfechas las esperanzas que cifraba en la *Literatur-Zeitung* y de que un *tercer* conocido y amigo de la casa considere demasiado extensas las obras de la crítica. Con todo, el conocido n.º 2, el que abrigaba esperanzas, y el amigo n.º 3 de la casa, deseoso por lo menos de llegar a conocer los secretos de la crítica crítica, constituyen la transición hacia una relación más *llena de contenido* y más tensa entre la crítica y la «masa acrítica». La crueldad de la crítica contra la masa de «corazón insensible» y «vulgar sentido común» corre parejas con la altanería de que hará gala ante la masa que plane por *redimirse* de la antítesis. La masa que se acerca a la crítica con el corazón destrozado, contrito el ánimo y sumiso el espíritu, recibirá, como recompensa por su piadosa aspiración, más de una palabra *astuta, profética y destemplada*.

b) La masa «tierna de corazón» y «ávida de redención»

El representante de la *masa sentimental, afectuosa y ávida de redención* menea el rabo e implora de la crítica crítica una palabra indulgente, multiplicando para ello las efusiones cordiales, reverencias y caídas de ojos, como se verá:

«¿Por qué le escribo estas líneas, por qué me disculpo ante usted? Porque lo *respeto* y, en consecuencia, *deseo* su *respeto*; porque le soy deudor de la mayor *gratitud* en lo que concierne a mi desarrollo y porque, debido a ello, lo *amo*. *Mi corazón* me impulsa a *disculparme* ante usted, que me ha... reprendido. *Muy lejos* estoy de querer *importunarlo* a usted con la presente y, juzgando *por mí*, he considerado que *posiblemente* a usted le resultara *halagüeña* una demostración de *simpatía* por parte de un hombre a quien, por lo demás, poco conoce aún. *De ningún modo* abrigó la *pretensión* de que usted me conteste esta carta: *no* quiero *ni* robarle el tiempo, del que usted podrá disponer con mayor utilidad, *ni* imponerle una carga, *ni tampoco* exponerme a la mortificación de *no ver cumplido* algo en lo que

deposité mis esperanzas. *Aunque usted atribuya* el que le haya escrito estas líneas a *sentimentalismo, impertinencia o presunción (!)*, o a lo que usted quiera, y les dé respuesta o no, no puedo resistir el *impulso* de hacérselas llegar, y sólo deseo que usted reconozca en ellas el sentimiento *amistoso* que las ha inspirado. (!!)

Así como Dios, desde siempre, se ha apiadado de los *pobres de espíritu*, ese corresponsal, aunque masivo humilde hasta los tuétanos y que planea por alcanzar la conmiseración crítica, ve *cumplidos* sus deseos. La crítica crítica le responde con benevolencia. ¡Y es más! Le proporciona los *más profundos* esclarecimientos sobre los objetos de su afán de saber.

«Hace dos años», nos ilustra la crítica crítica, «resultó oportuno rememorar la Ilustración francesa del siglo XVIII, para hacer que estas *tropas ligeras* actuaran también, en un lugar de la batalla que se libraba por ese entonces. Ahora las cosas son *completamente diferentes*. Hoy en día las verdades se modifican con harta rapidez. Lo que entonces *estaba* en su *lugar*, es ahora un *deslíz*.»

Por supuesto que también entonces no era más que «un *deslíz*», pero un deslíz «*en su lugar*», el que la mismísima crítica absoluta en persona —*Anekdotas*, II, pág. 89—¹²⁶ denominara a esas *tropas ligeras* «*nuestros santos*», nuestros «*profetas*», «*patriarcas*», etc. ¿Quién llamaría *tropas ligeras* a una *falange de «patriarcas»*? Fue un deslíz «*en su lugar*» el que la crítica hablara con entusiasmo de la abnegación, energía moral y enardecimiento con que estas tropas ligeras «habían reflexionado, laborado... y estudiado durante toda una vida en pro de la verdad». Y fue un «deslíz» el que en el prólogo al *Cristianismo descubierto* explicara que esas tropas «*ligeras*» habían «parecido invencibles» y que «*cualquier experto*» habría emitido por anticipado el dictamen de que *sacarían de quicio al mundo*», así como que había «parecido indudable que también lograrían darle al mundo una *nueva forma*». ¿*Conque tropas ligeras*?

Desde su cátedra, la crítica crítica continúa instruyendo al representante —ávido de saber— de la «masa *afectuosa*»:

«Aunque los franceses hayan adquirido un *nuevo* mérito histórico

126. Marx habla aquí del artículo de Bruno Bauer «Leiden und Freuden des theologischen Bewusstseins», en el segundo volumen de la obra *Anekdotas zur neuesten deutschen Philosophie und Publicistik*.

con sus tentativas de formular una teoría social, *actualmente* se hallan *agotados, por cierto*; su nueva teoría aún no era *pura*, sus fantasías sociales, su *democracia pacífica*, aún no están exentas, en absoluto, de los supuestos del viejo estado de cosas».

La crítica habla aquí —si es que en realidad habla de algo— del *furierismo*, y específicamente del furierismo de la *Démocratie pacifique*.¹²⁷ Pero éste dista mucho de ser la «teoría social» de los franceses. Los franceses tienen *teorías sociales*, pero no *una* teoría social, y en cuanto al furierismo agudo, tal como lo predica la *Démocratie pacifique*, no es otra cosa que la teoría social de una parte de la burguesía filantrópica, mientras que el pueblo es *comunista*, pero dividido en una serie de fracciones diversas; el movimiento verdadero y la transformación de esos distintos matices sociales no sólo no se han *agotado*, sino que apenas acaban de *iniciarse*. Pero no desembocarán en la *teoría* pura, vale decir abstracta, como le gustaría a la crítica crítica, sino en una *praxis* completamente *práctica*, a la que tendrán por entero sin cuidado las categóricas categorías de la crítica.

«Ninguna nación», prosigue la crítica en su plática, «ha tomado hasta *ahora* la delantera a las otras en *algo*. Si una pudiera llegar... a obtener una preponderancia intelectual sobre las demás, sería aquella que estuviera en condiciones de criticarse a sí misma y a las demás y de reconocer las causas de la decadencia general.»

Toda nación, hasta *ahora*, ha tomado la *delantera* a las demás en algo. Pero si la profecía crítica es correcta, significará que ninguna nación tendrá la primacía sobre las demás, puesto que todos los pueblos civilizados de Europa —ingleses, alemanes, franceses— «se *critican*» ahora «a sí mismos y a los demás» y «están en condiciones de reconocer las causas de la decadencia general». Es, por último, una vacua *tautología* decir que el «criticar», el «reconocer», esto es, la actividad *intelectual*, otorga una *preponderancia intelectual*, y la crítica, que con infinita autoconciencia se sitúa por encima de las naciones y aguarda con impaciencia a que éstas se arrodiven a sus pies e imploren el esclarecimiento, revela precisamente por ese caricaturizado idealismo cristiano-germánico que está metida hasta las orejas en la roña de la *nacionalidad alemana*.

127. Diario furierista que apareció en París en 1843-1851, bajo la dirección de Victor Considérant.

La crítica ejercida por franceses e ingleses no es una personalidad tan abstracta y ultraterrena, situada al margen de la humanidad; es la *actividad humana real* de individuos que son miembros laboriosos de la sociedad, que en su condición de hombres padecen, sienten, piensan y actúan. Por ello su crítica es a la vez práctica, su comunismo un socialismo en el que proponen medidas prácticas, palmarias, en el que no sólo piensan, sino que además y ante todo actúan; es la crítica viva, real, de la sociedad existente, el reconocimiento de las causas «de la decadencia».

Tras sus explicaciones al miembro de la masa ansioso de saber, la crítica crítica puede decir, con toda razón, acerca de su *Literatur-Zeitung*:

«Aquí se ejerce la crítica *pura*, expositiva, que aprehende el asunto y a la que nada hay que agregar».

Aquí no se «brinda nada original», aquí no se *brinda*, en suma, *nada* que no sea la *crítica que nada brinda*, esto es, la crítica que se consume al alcanzar la más extrema carencia de crítica. La crítica hace imprimir pasajes acotados y llega a su máximo esplendor en los *extractos*. *Wolfgang Menzel* y *Bruno Bauer* se estrechan fraternalmente la mano, y la crítica crítica llega *allí* donde había llegado la *filosofía de la identidad* en los primeros años del presente siglo, cuando *Schelling* protestaba contra la suposición masiva de que él quería ofrecer algo que no fuera la filosofía *pura*, la filosofía *cabalmente filosófica*.

c) *La irrupción violenta de la gracia en la masa*

El corresponsal tierno de corazón, cuyo adoctrinamiento acabamos de presenciar, mantenía una relación *afectuosa* con la crítica. En el caso suyo, la tensión entre la *masa* y la *crítica* sólo se denotaba de una manera idílica. Ambos extremos de la antítesis *histórico-universal* se relacionaban entre sí de una manera *complaciente* y *cortés*, y por ende *exotérica*.

Pero en su efecto insalubre, desquiciador de los espíritus, la crítica crítica se manifiesta por vez primera en el caso de un corresponsal que ya está con un pie en la crítica, pero con el otro se apoya aún en el mundo profano. Dicho corresponsal representa a la «masa» en sus luchas *interiores* con la crítica.

En no pocos momentos le parece «que el señor Bruno y sus amigos no comprenden a la *humanidad*», «que en realidad son obcecados fanáticos». Pero de inmediato se corrige:

«Sí, es completamente *evidente* para mí que usted tiene razón y que sus pensamientos se ajustan a la verdad, pero *discúlpeme* usted: *tampoco* el pueblo está en el error. ¡Sí, pues!, el pueblo tiene razón... Que usted tiene razón, es algo que no puedo negar... No sé, en realidad, a dónde va a parar todo esto: usted dirá... y bien, quédate en casa... ¡Ay!, ya no puedo... ¡Ay!... Si no fuera así, al fin de cuentas tendría uno que volverse *loco*... Usted tomará esto con *benignidad*... Créame que por el conocimiento adquirido no pocas veces uno se vuelve tan *estúpido* como si una rueda de molino girara dentro de su cabeza».

Otro corresponsal escribe también que «*de vez en cuando* cae en el *desconcierto*». Como vemos, en ese corresponsal masivo la *gracia crítica opera irrumpiendo con violencia*. ¡El pobre gusano! La masa pecadora lo tironea de un lado, la crítica crítica del otro. No es el conocimiento adquirido lo que sume al catecúmeno de la crítica crítica en ese estado de embrutecimiento, sino la cuestión de *fe*, el caso de *conciencia*: ¡Cristo crítico o pueblo, Dios o el mundo, Bruno Bauer y sus amigos o masa profana! Pero así como a la irrupción de la *gracia divina* la precede el desgarramiento más extremo del pecador, así también el precursor de la *gracia crítica* es una *afligente estupidez*. Si la *gracia crítica* termina por abrirse paso, el elegido no pierde la estupidez, por cierto, pero sí la *conciencia de dicha estupidez*.

3. La masa crítico-acrítica o la crítica y el «Couleur berlínés»

La crítica crítica no ha logrado presentarse como la *antítesis esencial* y por ende, al propio tiempo, como el *objeto esencial* de la humanidad en masa. Prescindiendo de los representantes de la masa *insensible*, que le echa en cara a la crítica crítica su *carencia de objeto* y le da a entender de la manera más galante que ella aún no ha pasado por el «*proceso de muda*» espiritual y que ante todo tendría que empezar por adquirir conocimientos sólidos, tenemos que el corresponsal *tierno de corazón* no es, en primer término, una *antítesis*, y que además su verdadero motivo de aproximación a la crítica crítica es de índole *puramente personal*. Como puede apreciarse releiendo cuidadosamente su carta, lo que en realidad quiere no es más que conciliar su veneración por el señor Arnold Ruge con su veneración por el señor *Bruno Bauer*. Este intento de conciliación hace honor a sus buenos sentimientos. Pero en modo alguno constituye un *interés masivo*. Finalmente, el corresponsal que hizo su aparición en

último término no era ya *verdadero* miembro de la masa, sino catecúmeno de la crítica crítica.

En general, la *masa* es un objeto *indeterminado*, que en consecuencia no puede ni ejecutar una acción determinada ni tampoco entrar en una relación determinada. La masa, en cuanto objeto de la crítica crítica, nada tiene en común con las masas *reales*, que por su parte constituyen antítesis muy masivas entre sí. La masa de *la crítica* es «pergeñada» por ella misma, tal como si un naturalista, en lugar de hablar de determinadas clases, se contrapasiera a sí mismo *la* clase.

De ahí que además de esa masa *abstracta*, de esa fantasmagoría forjada por su propio cerebro, la *crítica crítica* requiera también una *masa determinada*, empíricamente demostrable, no sólo simulada, para poder poseer un término antitético realmente masivo. Esta masa se ve obligada a ver en la crítica crítica, a la vez, su propia *esencia* y el *aniquilamiento de esa esencia*. Está condenada a *querer* ser crítica crítica, o sea no-masa, pero sin *poder* serlo. Esta masa acrítico-crítica es el «Couleur berlinés» citado más arriba. A un Couleur berlinés se reduce la masa de la humanidad que se ocupa seriamente de la crítica crítica.

El «Couleur berlinés» —el «*objeto esencial*» de la crítica crítica, del que ésta siempre se ocupa en el pensamiento y al cual ve siempre ocupándose de ella en el pensamiento—, consiste, hasta donde sabemos, en un puñado de *ci-devant*¹²⁸ *neobeguelianos* a los que la crítica crítica, según ella sostiene, les infunde en parte el *horror vacui*,¹²⁹ en parte el sentimiento de *la nulidad*. No investigamos aquí las circunstancias reales; nos remitimos a las declaraciones de *la crítica*.

Ahora bien, la *correspondencia* está destinada, en lo fundamental, a exponer *detalladamente* ante el público esta relación *histórico-universal* entre *la crítica* y el «Couleur berlinés», a descubrir el profundo significado de dicha relación, a evidenciar la necesaria crueldad de la crítica contra esa «masa» y, por último, a suscitar la apariencia de que *todo el mundo* se desvela y angustia por esa antítesis, pronunciándose ora a favor, ora en contra de los procedimientos de *la crítica*. La crítica *absoluta*, por ejemplo, responde en estos términos a un corresponsal que adopta el partido del «Couleur berlinés»:

«Ya he escuchado *tan a menudo* cosas de esa índole, que había resuelto no tomarlas más en consideración».

128. Ex.

129. Horror al vacío.

El mundo ni siquiera barrunta cuán a menudo ha tenido que lidiar con cosas críticas *de esa índole*.

Oigamos ahora cómo un miembro de la masa *crítica* informa sobre el Couleur berlinés:

«Si hay alguien que reconoce a los Bauer» (y siempre hay que reconocer pêle-mêle¹³⁰ a la Sagrada Familia), «comienza su respuesta, "ése soy yo; ¡pero la *Literatur-Zeitung*! ¡Más vale no hablar!" Me resultó interesante escuchar lo que pensaba acerca de vosotros uno de esos radicales, de esos hombres astutos del año 42...».

Se nos informa ahora que el desdichado tenía toda suerte de reparos contra la *Literatur-Zeitung*.

Encontró tosco y llevado al extremo el cuento del señor Edgar, *Los tres hombres probos*. No comprendió que la censura fuera menos una lucha de un hombre contra otro —menos una lucha exterior— que una lucha interior. Hay quienes no se toman el trabajo de reconcentrarse y de remplazar la *frase contraria a la censura* por el *pensamiento crítico finamente plasmado*, desplegado en todos los aspectos. A juicio de él, el artículo del señor Edgar acerca de Béraud carece de solidez. El informante crítico lo encuentra sólido. Pero admite, por cierto: «No... conozco el libro de Béraud.» Cree, por el contrario, que el señor Edgar ha *logrado*, etc., y, como es sabido, la que salva es la fe. «En suma», continúa el creyente crítico, «él» (el del Couleur berlinés) «no está en absoluto satisfecho con las cosas de Edgar.» En su opinión, tampoco «se ha tratado a Proudhon con la seriedad y *profundidad* suficientes.» Al llegar a este punto, el informante presenta al señor Edgar el siguiente testimonio:

«Ahora bien, conozco a Proudhon, en verdad (!?), sé que la exposición de Edgar ha tomado los puntos *característicos* de Proudhon y los ha cotejado de manera ilustrativa».

El único motivo de que la crítica del señor Edgar sobre Proudhon, tan *eximia*, no haya tenido buena acogida sólo puede ser, según el informante, que el señor Edgar se ha *abstenido de desencadenar malos vientos* contra la propiedad. Es más: téngase presente que el adversario encuentra *insignificante* el artículo del señor Edgar sobre la Union Ouvrière. El informante consuela al señor Edgar:

130. Toda revuelta.

«Desde luego, en el artículo no se brinda nada *original*, y en realidad esta gente se ha replegado al punto de vista de *Gruppe*, en el cual, naturalmente, *se ha mantenido siempre*. ¡Brindar, brindar, *brindar*, eso es lo que debe hacer *la crítica*!».

¡Como si la crítica no hubiera brindado novísimos descubrimientos en los dominios de la lingüística, la historia, la filosofía, la economía política, la jurisprudencia! ¡Y es tan modesta que deja que se le diga que no ha brindado nada *original*! ¡Si hasta nuestro corresponsal crítico brinda a la mecánica precedente algo desconocido, cuando hace que determinada gente *retorne al mismo* punto de vista en el cual se ha *mantenido* siempre! Muy poco feliz es lo de recordar los puntos de vista de *Gruppe*. En su folleto, por lo demás paupérrimo y nada digno de mención, Gruppe le preguntaba al señor Bruno qué aportes críticos tenía para hacer en el campo de la *lógica especulativa*. El señor Bruno lo remitía a las generaciones venideras y...

«un necio aguarda la respuesta». ¹³¹

Así como Dios castigó otrora al incrédulo Faraón, endureciendo su corazón y *no considerándolo digno* de su esclarecimiento, el informante asegura:

«Por lo que hemos visto, *no son dignos, en absoluto*, de apreciar o reconocer el contenido existente en vuestra *Literatur-Zeitung*».

Y en vez de recomendar a su amigo Edgar la obtención de ideas y conocimientos, le da el consejo:

«Edgar debería procurarse un *saco de frases hechas* y, al escribir sus futuros artículos, echar mano a ellas a la buena de Dios, para adquirir un estilo que sea bien acogido por el público».

Además de las referencias a «cierta ira, descrédito, carencia de contenido, indigencia intelectual, barrunto de una cosa que les es imposible descubrir, sentimiento de la nulidad» —y todos estos epítetos, como se cae de su peso, van dirigidos contra el Couleur berlinés— se destinan a la Sagrada Familia elogios de este tenor:

131. Heine, *Die Nordsee*.

«La facilidad de tratamiento que cala hasta el fondo de las cosas, el imperio sobre las categorías, la intelección adquirida gracias al estudio, en suma, el *señorío* sobre *los* temas. Él (el del Couleur berlinés) se toma las cosas con ligereza; vosotros hacéis que las cosas se vuelvan fáciles.» O bien: «En la *Literatur-Zeitung* ejercéis la crítica pura, expositiva, que aprehende el asunto».

Por último, se nos dice:

«Os he escrito todo esto con tanto lujo de detalles porque sé que al comunicaros las opiniones de mi amigo os causo *placer*. Inferiréis de ello que la *Literatur-Zeitung* cumple su cometido».

Su cometido es ser la antítesis del Couleur berlinés. Y si hasta este instante hemos presenciado la *polémica* del *Couleur berlinés* contra la crítica crítica y la reprimenda que se le ha propinado por haber incurrido en dicha polémica, ahora se nos describirán por partida doble los esfuerzos del Couleur por despertar la conmiseración de la crítica crítica.

Un corresponsal escribe:

«Cuando estuve en Berlín a comienzos de este año, mis conocidos de esa ciudad me dijeron que usted rechazaba a todos y de todos se mantenía alejado, aislado por entero, y que premeditadamente evitaba toda aproximación, todo trato. Como es natural, no puedo saber en cuál de las partes recae la culpa».

La crítica *absoluta* responde:

«La crítica no adopta *ningún* partido, no quiere considerar suyo a partido alguno; es *solitaria*... solitaria por cuanto ahonda en el objeto *de ella* (!); solitaria, por cuanto se contrapone a éste. La crítica *se desaparece de todo*».

Así como la crítica crítica cree elevarse por encima de todas las antítesis dogmáticas cuando remplace las antítesis reales por la antítesis imaginaria entre ella *misma* y *el mundo*, entre el *Espíritu Santo* y la *masa profana*, así también cree elevarse *por encima* de los *partidos* cuando se coloca *por debajo* del *punto de vista de partido*, al contraponerse ella misma como *partido* al resto de la humanidad y concentrar todo interés en la personalidad del señor Bruno & Cía. Que la crítica reina en la soledad de

la *abstracción*, que ella misma, cuando se ocupa en apariencia de un *objeto*, no sale de su soledad carente de objeto para entrar en una relación verdaderamente *social* con un objeto *real*, puesto que *su objeto* no es más que el objeto de *su imaginación*, sólo es un objeto imaginario: la verdad de esta *confesión* crítica se ve demostrada por toda nuestra exposición. Con igual justeza, la crítica determina el carácter de su *abstracción* como *abstracción absoluta*, cuando dice que ella «*se desapega de todo*», pues este desapego de la *nada* con respecto a *todo*, a *todo* pensamiento, contemplación, etc., es el *absurdo absoluto*. Por lo demás, la soledad a la que se llega mediante el desapego, mediante la *abstracción* con respecto a *todo*, se encuentra tan poco libre del objeto del que se abstrae, como Orígenes del *órgano de la generación* que había *desapegado* de sí mismo.

Otro corresponsal empieza por pintar a *uno* de los del Couleur berlinés —a quien ha visto y con quien ha hablado— como «melancólico», «deprimido», «incapaz ya de abrir la boca», como «aplastado», pese a que antes siempre «tenía en los labios una palabra extremadamente *insolente*». Este miembro del «Couleur berlinés» le narra lo siguiente al corresponsal, que por su parte se lo refiere a la crítica:

«Él no podía comprender cómo personas como vosotros dos, que en lo demás rendís homenaje al principio humanitarista, pudierais conducir de una manera tan excluyente, tan desabrida y, es más, tan alta-nera.» El del Couleur no sabría «por qué existen algunos que, según parece, provocan adrede una escisión. Todos tenemos, no obstante, el mismo punto de vista; rendimos todos *homenaje* a lo extremo, a la crítica; somos todos capaces, si no de concebir, sí de comprender y aplicar una idea extrema». «En esta escisión», el del Couleur «no encontraría otro principio orientador que no sea el egoísmo y la arrogancia.»

Y ahora el corresponsal intercede:

«Es posible que por lo menos algunos de nuestros amigos no hayan comprendido a *la* crítica, o talvez a *la buena voluntad de la crítica*...
 “Ut desint vires, tamen est laudanda voluntas”».¹³²

La crítica responde con las siguientes *antítesis* entre ella y el Couleur berlinés:

«Existen *diferentes* géneros de crítica.» Aquéllos «creían tener la crítica en el bolsillo», pero la crítica «conoce y aplica realmente el poder

132. «Aunque falten las fuerzas, la buena voluntad es digna de encomio.»

de la crítica», esto es, no se lo guarda en el bolsillo. Para los primeros la crítica es pura forma; para ella, por el contrario, es lo «*más lleno de contenido*»; más bien, lo único *lleno de contenido*». Tal como el pensamiento absoluto se considera a sí mismo como toda la realidad, *otro tanto* hace la crítica crítica. *Fuera de ella*, por ende, la crítica no ve contenido alguno, y de ahí que no sea la crítica de objetos *reales*, residentes al margen del sujeto crítico, sino que, por el contrario, *pergeñe* el objeto, sea *sujeto-objeto* absoluto. Mas prosigamos. «El primer tipo de crítica, a fuerza de modismos, se coloca por encima de todo y hace caso omiso del estudio de las cosas, mientras que el segundo, a fuerza de modismos, se *desapega de todo*.» La primera modalidad de la crítica es «ignorantemente astuta»; la segunda es «estudiosa». Esta última carece de astucia, por cierto, y aprende *par ça, par là*,¹³³ pero sólo en apariencia, sólo para arrojar lo superficialmente aprendido, transformado en «consigna» y como si fuera una sapiente tesis inventada por ella misma, contra la masa de la que lo aprendió, resolviéndolo así en un absurdo crítico-crítico.

«Para la primera modalidad, palabras como “extremo”, “pasar adelante”, “no ir suficientemente lejos”, son importantes, categorías supremas y veneradas; la segunda *examina a fondo los puntos de vista* y no les aplica las *medidas* de esas categorías abstractas.»

¿Qué son las proclamaciones de la crítica n.º 2 —de política ya no hay ni que hablar, la filosofía está liquidada—, su hacer caso omiso de sistemas sociales y sus desarrollos mediante palabras como «fantástico», «utópico», etc., qué es todo eso sino una variante *críticamente enmendada* del «pasar adelante», del «no-ir-suficientemente-lejos»? Y sus «medidas», tal como «*la historia*», «*la crítica*», el «compendio de los objetos», «lo viejo y lo nuevo», «crítica y masa», «el examen a fondo de los puntos de vista», en suma, todas sus consignas, ¿acaso no son *medidas* categóricas y abstractamente categóricas?!

«La primera modalidad es teológica, maligna, envidiosa, mezquina, altanera; la otra, lo *contrario* de todo eso.»

Una vez que *la crítica*, de esta suerte, sin detenerse a tomar aliento, se ha dispensado una docena de elogios y enunciado con respecto a sí

133. Aquí y allá.

misma todo aquello que le falta al Couleur berlinés —así como Dios es todo lo que el *hombre no es*—, se extiende el siguiente certificado:

«Ha alcanzado una claridad, un afán de saber, un sosiego, en los cuales es *inexpugnable e invencible*».

De ahí que en lo que respecta a su término antitético, al Couleur berlinés, la crítica «a lo sumo» pueda «adoptar la postura de la *risa olímpica*». Esta *risotada* —con la escrupulosidad habitual la crítica expone qué es esa risotada y qué no es— «esta risotada no es altivez». ¡Ni por asomo! Es la negación de la negación. Es «*sólo el procedimiento que el crítico, con deleite e imperturbabilidad, tiene que aplicar contra un punto de vista subordinado que se jacta*» —¡qué jactancia!— «de ser *igual* a él». ¡Conque cuando el crítico ríe, *aplica un procedimiento*! ¡Y en su «imperturbabilidad» aplica el *procedimiento de la risa* no contra *personas*, sino contra un *punto de vista*! ¡Hasta la *risa* es una *categoría* que el crítico aplica e incluso que *tiene* que aplicar!

La crítica *extramundana* no es una *actividad esencial del sujeto humano real*, que por consiguiente vive y padece en la sociedad *presente* y participa en las penas y alegrías de la misma. El individuo *real* no es más que un *accidente*, un recipiente terreno de la crítica crítica, la cual se revela en él como la *sustancia eterna*. No es sujeto la crítica del individuo humano, sino el *individuo inhumano de la crítica*. No es la crítica una *manifestación* *〈Äusserung〉* del hombre, sino el hombre una *enajenación* *〈Entäusserung〉* de la crítica, por lo cual el crítico vive completamente al margen de la sociedad.

«¿Puede el crítico vivir en esa sociedad a la que critica?»

Más bien: ¿no tiene necesariamente que vivir en esa sociedad, no tiene necesariamente que ser una manifestación vital de esa sociedad? ¿Por qué el crítico *vende* sus productos intelectuales, siendo así que de ese modo hace suya la peor ley de la sociedad actual?

«Al crítico no le está permitido atreverse, siquiera, a introducirse *personalmente* en la sociedad.»

Por eso el crítico forma para sí una *Sagrada Familia*, tal como el solitario Dios procura abolir, en la Sagrada Familia, su aburrida separación de toda sociedad. Si el crítico *quiere liberarse* de la *mala sociedad*, que se libere ante todo de la *sociedad de sí mismo*.

«De esta suerte, el crítico se halla privado de *todos los goces de la sociedad*, pero también le son ajenos los *padecimientos de ésta*. No conoce ni *amistad*» —a excepción de los amigos críticos—, «ni amor» —a excepción del *amor propio*—, «pero a cambio de ello la calumnia, impotente, no hace mella en él; nada puede ofenderlo; no lo afectan el odio o la envidia; el enojo y la pesadumbre¹³⁴ son *afectos por él desconocidos*.»

En suma: el crítico está exento de toda *pasión humana*, es una *persona divina* y puede entonar, aplicándosela a sí mismo, la canción de la monja:

Yo no pienso en el amor,
Yo no pienso en hombre alguno,
Pienso en Dios que es mi Padre
y que me puede salvar.¹³⁵

No le ha sido dado, a la crítica, escribir ni un solo pasaje sin contradecirse. Es así como, a la postre, nos dice:

«Puesto que no vale la pena, el crítico *no se ríe* de los filisteos que lo apedrean» —conforme a la analogía bíblica, tendría que morir lapidado—, «que lo conocen mal y le atribuyen motivaciones *impuras*» —¡atribuir motivaciones *impuras* a la crítica *pura*!— «para hacerse *iguales a él*» —la jactancia igualitaria, censurada más arriba—, «sino que los examina a fondo y los rechaza sosegadamente de su lado, en su intrascendente trascendencia».

Más arriba, el crítico *tenía* que aplicar el *procedimiento de la risa* contra «el punto de vista subordinado que se jactaba de ser igual». La nula claridad de la crítica crítica en lo que respecta a su modo de proceder contra la «masa» impía casi parece denotar una irritación interior, una hiel a la que no le son «desconocidos» los «afectos».

Aun así, no debemos equivocarnos. Después de luchar como un Hércules, hasta aquí, para *desapegarse* de la acrítica «masa profana» y de «todo», la crítica ha conseguido finalmente, y con toda felicidad, a fuerza de trabajo, disfrutar de una existencia *absoluta solitaria, divina, autosu-*

134. «Gram»; en la *Allgemeine Literatur-Zeitung*, «Grimm» («ira» o «encono»).

135. Canción popular alemana.

ficiente. Si bien en la primera manifestación de esta su «nueva fase», el viejo mundo de los *afectos pecaminosos* parecía aún ejercer un poder sobre ella misma, veremos ahora cómo encuentra, bajo una «*figura artificial*», su refrigerio y *transfiguración* estéticas y ejecuta su *penitencia*, para que al fin, segundo *Cristo* triunfante, pueda celebrar el Juicio Final crítico y, tras su victoria sobre la bestia, ascender apaciblemente a los cielos.

Capítulo VIII

PEREGRINACIÓN POR EL MUNDO Y TRANSFIGURACIÓN DE LA «CRÍTICA CRÍTICA» O «LA CRÍTICA CRÍTICA» COMO RUDOLPH, PRÍNCIPE DE GEROLDSTEIN

Rudolph,¹³⁶ príncipe de Geroldstein, en su *peregrinación por el mundo expía* una doble falta: su falta *personal* y la cometida por la *crítica crítica*. Él mismo, en el curso de una acalorada conversación, ha metido mano a la espada contra su padre; la crítica crítica, en medio de un debate vehemente, se ha arrebatado en afectos pecaminosos contra la masa. La crítica crítica no ha develado *ni un solo* misterio. Rudolph hace penitencia por ello y revela *todos* los misterios.

Es Rudolph, tal como nos lo informa el señor Szeliga, el *primer* servidor del *estado* de la humanidad. (El *estado humanitarista* del suabo Egidius. Véase *Konstitutionelle Jahrbücher* del doctor Karl Weil, 1844, tomo II.)

Según nos afirma el señor Szeliga, para que *el mundo no perezca* deben

«hacer su aparición los hombres de la crítica más implacable... Rudolph es uno de *tales* hombres... Rudolph concibe la idea de la *crítica pura*. Y esta idea es más fructífera para él y para la humanidad que *todas* las experiencias que ésta haya recogido en su *historia*, que *todo* el saber que Rudolph haya extraído de esa historia, por más que lo guiara el más fiel de los maestros... La sentencia imparcial con la que Rudolph vuelve imperecedera su *peregrinación por el mundo* no es, *en rigor*, otra cosa que *la revelación de los misterios de la sociedad*.»

Rudolph es «*el misterio revelado de todos los misterios*».

136. Aunque el personaje, en Sue, se llama *Rodolphe*, hemos preferido dejar su nombre en alemán, en atención a su nacionalidad y siguiendo el criterio aplicado por Marx.

Pero Rudolph tiene a su disposición una gama infinitamente más amplia de medios *exteriores* que los demás hombres de la crítica crítica. La cual se consuela de la siguiente manera:

«Para los menos favorecidos por el destino, son inalcanzables los *resultados* (!) logrados por Rudolph, no inalcanzable es la hermosa meta (!)».

La crítica, por consiguiente, deja en manos de Rudolph, favorecido por la fortuna, la tarea de *realizar* las propias *ideas* críticas. Y le canta:

Hahnemann,
Ve tú adelante,
ya que tienes las grandes botas de agua.¹³⁷

Acompañemos a Rudolph en su peregrinación crítica por el mundo, «más *fructífera* para la *humanidad* que *todas las experiencias* que ésta haya recogido en su historia, etc., que *todo el saber*», etc., y que en *dos ocasiones* ha salvado al mundo de la *catástrofe*.

1. *Transformación crítica de un matarife en perro,* *o el Chourineur*¹³⁸

En un principio, *Chourineur* era un matarife. Diversas colisiones hacen de este hombre primitivo y violento un asesino. Rudolph lo encuentra de manera fortuita, precisamente cuando Chourineur maltrata a Fleur de Marie. Rudolph le asesta al experimentado matasiete una serie de tremendos, magistrales puñetazos en la cabeza. Con ello, se gana el respeto de Chourineur. En la taberna de los delincuentes, más tarde, Chourineur hace gala de su temperamento bondadoso. Rudolph le dice: «Aún tienes corazón y honor.» Mediante estas palabras, le infunde respeto por sí mismo. Chourineur se ha enmendado o, para decirlo con palabras del señor Szeliga, se ha transformado en un «*ente moral*». Rudolph lo toma bajo su protección. Sigamos el proceso de formación moral de Chourineur, dirigido por Rudolph.

137. Del libro popular los «Siete Suabios».

138. *Matachín, asesino*.

1.^a fase. La primera lección que se imparte a Chourineur es una lección de doblez, perfidia, alevosía, *simulación*. Rudolph usa al moralizado Chourineur exactamente de la misma manera en que *Vidocq* usaba a los delincuentes moralizados por él, esto es, lo convierte en *mouchard*¹³⁹ y *agent provocateur*.¹⁴⁰ Se le da el consejo de que ante el *Maître d'école*¹⁴¹ «haga como si» él, Chourineur, ha abandonado su «principio de no robar» y le proponga una expedición de robo, para hacerlo caer, así, en la trampa armada por Rudolph. Chourineur tiene la impresión de que se quiere abusar de él haciéndolo participar en una «comedia». Protesta contra la pretensión de que desempeñe el papel de *mouchard* y *agent provocateur*. Rudolph persuade a ese hombre primitivo con facilidad, mediante la *casuística «pura»* de la crítica crítica, casuística según la cual una mala pasada no es una mala pasada cuando se la ejecuta por motivos «buenos, morales». Como *agent provocateur* y bajo la apariencia de la camaradería y la buena fe, Chourineur arrastra a la perdición a su antiguo compañero. Por *primera vez* en su vida comete una *infamia*.

2.^a fase. Encontramos nuevamente a Chourineur, esta vez como *garde-malade*¹⁴² de Rudolph, a quien ha salvado de un peligro de muerte.

Chourineur se ha transformado a tal punto en un *respectable* ente *moral*, que, por temor a ensuciar la alfombra, no acepta la propuesta del médico negro David de que se tienda en el suelo. Y es más: es demasiado *tímido* como para sentarse en una silla. Primero le da la vuelta y luego se apoya sobre las patas delanteras de la silla. Nunca deja de disculparse cuando trata de amigo o de monsieur,¹⁴³ en lugar de monseigneur,¹⁴⁴ al señor Rudolph, a quien ha salvado de un peligro mortal.

¡Asombrosa domesticación del brutal hombre primitivo! Chourineur pone al descubierto el misterio más íntimo de su transformación crítica cuando le confiesa a Rudolph que siente por él la misma lealtad que un *dogo* por su amo. «Je me sens pour vous, comme qui dirait *l'attachement* d'un *bouledogue* pour son maître.»¹⁴⁵ El ex matarife se ha transformado en perro. De aquí en adelante todas sus virtudes se resolverán

139. *Soplón.*

140. *Agente provocador.*

141. *Maestro de escuela.*

142. *Enfermero.*

143. Señor.

144. Su señoría.

145. «Siento por usted algo así como el *apego* de un *dogo* por su *amo*.»

en la virtud perruna, en el puro «dévouement»¹⁴⁶ por su amo. Su espontaneidad, su individualidad, desaparecerán por entero. Pero así como los malos pintores deben poner a sus retratos, en la boca, un rótulo que diga lo que representan, Eugène Sue pondrá al «bouledogue» Chourineur un letrero en la boca que afirme solemne, incesantemente: «Esas dos palabras: tienes corazón y honor, han hecho de mí un *homme*.» Hasta su último aliento, Chourineur encontrará el motivo de sus acciones no en su individualidad humana, sino en ese letrero. Como prueba de su enmienda moral, reflexionará a menudo sobre su propia excelsitud y sobre la maldad de otros individuos, y tantas veces como haga alarde de locuciones morales, Rudolph le dirá: «Me gusta oírte *hablar* así.» Lo que ocurre es que Chourineur no se ha convertido en un dogo común y silvestre, sino en un *dogo moral*.

3.^a fase. Ya hemos podido asombrarnos de la *decencia* *pequeñoburguesa* que ha remplazado la falta de miramientos, *tosca* pero *audaz*, de Chourineur. Nos enteramos ahora de que, como conviene a un «ente moral», ha adoptado también el modo de andar y la actitud del *pequeño burgués*.

«À le voir marcher... on l'eût pris pour le *bourgeois* le plus inoffensif du monde.»¹⁴⁷

Aun más penoso que esta forma es el contenido que Rudolph confiere a la vida críticamente reformada de Chourineur. Lo envía a África para que sirva «al mundo infiel» como «espectáculo y ejemplo vivo y salutífero del arrepentimiento». De ahí en adelante, Chourineur no debe representar su propia naturaleza humana, sino un dogma cristiano.

4.^a fase. La transformación crítico-moral ha hecho de Chourineur un hombre calmoso, precavido, que regula su conducta según las normas del temor y la astucia práctica.

«Le chourineur», informa Murph, cuya simpleza indiscreta está revelando secretos a cada paso, «n'a pas dit un mot de l'exécution du maître d'école, de *peur* de se trouver compromis.»¹⁴⁸

Chourineur sabe, pues, que el castigo del *Maître d'école* fue un acto

146. *Abnegación*.

147. «Al verlo andar... se lo habría tomado por el *burgués* más inofensivo del mundo.»

148. «El Chourineur... no ha dicho ni una palabra sobre el castigo del *Maître d'école*, por *miedo* de verse comprometido.»

ilegal. Pero sella sus labios por temor a comprometerse. ¡*Sensato* Chourineur!

5.^a fase. Chourineur ha llevado tan al extremo su formación moral que su comportamiento perruno para con Rudolph se presenta en su conciencia bajo una forma civilizada. Le dice a *Germain*, después de salvarlo de un peligro mortal:

«Tengo un protector que para mí es lo mismo que *Dios* para los sacerdotes... es como para ponerse de rodillas ante él».

Y mentalmente cae de hinojos ante su dios.

«El señor Rudolph», prosigue diciéndole a *Germain*, «lo protege a usted. Lo llamo *señor*, pero tendría que llamarlo *su señoría*. Tengo, sin embargo, la costumbre de llamarlo *señor* Rudolph, y él me lo permite.»

«¡Delicioso despertar y florecer!», exclama Szeliga, críticamente embelesado.

6.^a fase. Chourineur finaliza dignamente su carrera de dévouement¹⁴⁹ puro, de doguismo moral, al hacerse coser a puñaladas para salvar a su señoría. En el momento mismo en que el Esqueleto amenaza al príncipe con su cuchillo, Chourineur contiene el brazo del asesino. Esqueleto lo apuñala. Pero el agonizante Chourineur le dice a Rudolph:

«Tenía razón cuando decía que un *poco de barro*» (un dogo) «como yo, podía serle útil alguna que otra vez a un *señor grande y noble*, como usted».

A esta perruna declaración, que compendia en *un* epigrama todo el currículo vital crítico de Chourineur, agrega el letrado puesto en su boca:

«Quedamos iguales, señor Rudolph. Usted me había dicho que yo tenía corazón y honor».

Y el señor Szeliga clama a voz en cuello:

«¡Qué mérito ha tenido Rudolph al restituir el "*Schurimann*" (?)¹⁵⁰ a la *humanidad* (?)!».

149. Abnegación.

2. Revelación del misterio de la religión crítica o *Fleur de Marie*

a) La «Flor de María» especulativa

Y ahora permítansenos unas palabras sobre la «Flor de María» especulativa del señor Szeliga, antes de que pasemos a la *Fleur de Marie* de Eugène Sue.

La «Flor de María» especulativa es, ante todo, una *rectificación*. El lector, en efecto, si se fundara en la construcción especulativa del señor Szeliga podría extraer la conclusión de que Eugène Sue habría

«establecido una separación entre la presentación de la base objetiva» (el «estado de cosas mundial») «y el desarrollo de las fuerzas individuales actuantes, que sólo se puede comprender si se parte de ese trasfondo».

Además del cometido de rectificar esta errónea conjetura del lector, suscitada por la exposición del señor Szeliga, a Flor de María le cabe en nuestra epopeya, esto es, en la del señor Szeliga, otra misión metafísica.

«*Estado de cosas mundial* y acontecimiento épico *tampoco* se ligarían aún, de manera artística, en un todo verdaderamente *unitario* si sólo se entrecruzaran en una abigarrada mezcolanza, si se alternaran ora aquí un trozo del estado de cosas mundial, ora allí una escena de acción. Si ha de surgir una *unidad real*, hace falta que ambos factores, los misterios de ese *mundo* limitado y la claridad, franqueza y seguridad con que *Rudolph* penetra en él y los revela, entren en conflicto en *un* individuo... Flor de María tiene ese cometido.»

El señor Szeliga construye especulativamente a Flor de María por analogía con la construcción *baueriana* de la *Madre de Dios*.

De un lado está lo «divino», (*Rudolph*), «a quien» se le atribuye «todo poder y libertad» y es el único principio *activo*. Del otro lado está el pasivo «*estado de cosas mundial*» y los hombres que le correspon-

150. Szeliga adapta al alemán, fonética, arbitrariamente, la primera parte del apodo francés «*Chourineur*» y le agrega el componente «Mann» («hombre»); «Schur» significa, entre otras cosas, «chasco, burla, mala pasada».

den. El estado de cosas mundial es el «terreno de lo real». Y bien, si no se desea «abandonar por entero» dicho terreno o «suprimir el último resto del estado de cosas natural», si todavía se debe reconocer al mundo mismo alguna participación en el «principio del desarrollo» que Rudolph concentra en su persona por oposición a ese mundo, si no se debe «presentar lo humano como algo puro y simplemente privado de libertad e inactivo», es forzoso que el señor Szeliga caiga en la «contradicción de la conciencia religiosa». Por más que establezca una escisión radical entre el estado de cosas mundial y su actividad —escisión que presenta como el dualismo de una masa inanimada y de la crítica (Rudolph)—, se ve obligado a conceder nuevamente al estado de cosas mundial y a la masa algunos atributos de la divinidad y a construir en Flor de María la unidad especulativa de ambos, de Rudolph y el mundo. (Véase *Kritik der Synoptiker*, tomo I, pág. 39.)

A más de las relaciones reales en las que se encuentra el *propietario de una casa* (la «fuerza individual» actuante) con dicha *casa* (la «base objetiva»), la especulación mística, y también la estética especulativa, requieren una tercera *unidad concreta, especulativa*, un *sujeto-objeto* que sea la casa y el propietario de la misma en *una sola* persona. Puesto que a la especulación no le son gratas las mediaciones naturales con su lujo de detalles, no cae en la cuenta de que el mismo «trozo del estado de cosas mundial», a título de ejemplo la casa, que para uno, pongamos por caso su dueño, es una «base objetiva», sea para el otro, digamos para el constructor de aquélla, un «acontecimiento épico». Con vistas a obtener un «todo verdaderamente unitario», una «unidad real», la crítica crítica, que reprocha al «arte romántico» el «dogma de la unidad», remplace la conexión natural y humana entre el estado de cosas mundial y los acontecimientos mundiales por una conexión fantástica, un sujeto-objeto místico, tal como *Hegel sustituye* la conexión real entre el hombre y la naturaleza por un sujeto-objeto absoluto, el *espíritu absoluto*, que es a la vez la naturaleza entera y la humanidad toda.

En la Flor de María crítica «la culpa general de la época, la culpa del misterio», deviene el «*misterio de la culpa*», al igual que la culpa general del misterio, en el caso del épicier¹⁵¹ endeudado, se trasmuta en el *misterio de las deudas*.¹⁵²

151. Tendero.

152. «Schuld» significa «culpa» o «deuda», según el contexto, y «verschulden» puede significar «endeudarse» o «tener la culpa». El juego de palabras resulta intraducible al castellano.

Con arreglo a la construcción especulativa de la Madre de Dios, Flor de María tendría que ser, *en realidad*, la *madre de Rudolph*, del Redentor del mundo. El señor Szeliga lo declara expresamente:

«Conforme a la *sucesión lógica*, Rudolph tendría que ser el *hijo* de Flor de María».

Pero como ocurre que no es hijo de ella, sino su padre, el señor Szeliga descubre en esto «el nuevo misterio de que el presente a menudo alumbra de sus entrañas no el futuro, sino un pasado que expiró hace largo tiempo». Y como si fuera poco, revela otro misterio, aun más grandioso aunque en contradicción directa con las estadísticas masivas: el misterio de que «un niño, cuando no llega a convertirse por su parte en padre o madre, sino que desciende virginal e inocente al sepulcro... es, en *esencia*... una *hija*».

El señor Szeliga sigue con toda fidelidad los pasos de la especulación hegeliana cuando sostiene que con arreglo a la «sucesión *lógica*» la hija debe ser considerada como madre de su propio padre. En la filosofía hegeliana de la historia, así como en la de la naturaleza, es el hijo el que pare a la madre, el espíritu a la naturaleza, la religión cristiana al paganismo, el resultado a la causa.

Una vez que el señor Szeliga ha demostrado que Flor de María tendría que ser, con arreglo a la «sucesión *lógica*», la madre de Rudolph, pasa ahora a demostrar lo contrario, esto es, que ella, «para responder por entero a la *idea* que encarna en *nuestra* epopeya, *no debería nunca convertirse en madre*». Lo cual demuestra, cuando menos, que la idea de nuestra epopeya y la sucesión lógica del señor Szeliga se contradicen entre sí.

La Flor de María especulativa no es otra cosa que la «*encarnación de una idea*». ¿Y de qué idea? «Le corresponde el cometido de representar, *por así decirlo*, la última lágrima de melancolía que llora el pasado antes de despedirse definitivamente.» Esta criatura especulativa, pues, es la representación de una lágrima alegórica, y con ser tan poco, es lo que es, *sin embargo*, sólo «*por así decirlo*».

No seguiremos los pasos del señor Szeliga en su exposición ulterior en torno a Flor de María. Le dejamos a ella misma el placer de «constituir», según lo preceptuado por el señor Szeliga, «la antítesis *más resuelta* contra *quien sea*, antítesis misteriosa, por cierto, tanto como lo son los atributos de Dios.

Tampoco hemos de cavilar sobre «el *verdadero misterio*», aquel

«sepultado por *Dios* en el pecho del hombre» y al que «sin embargo, por así decirlo», alude la Flor de María especulativa. Pasaremos de la Flor de María del señor Szeliga a la Fleur de Marie de Eugène Sue y a las curaciones crítico-milagrosas que Rudolph lleva a cabo en ella.

b) *Fleur de Marie*

Encontramos a Marie, como mujer de la vida, en medio de delinquentes, como sierva de la patrona en la taberna que frecuentan los maleantes. Pero aunque sumida en ese envilecimiento, conserva una humana nobleza de alma, una naturalidad humana y una belleza humana que se imponen al ambiente que la rodea, la elevan al rango de flor poética de ese círculo de facinerosos y le ganan el nombre de Fleur de Marie.

Es necesario observar con la mayor atención a Fleur de Marie desde que aparece por vez primera, de manera de poder comparar su figura *originaria* con su *transfiguración crítica*.

A pesar de toda su delicadeza, Fleur de Marie da de inmediato pruebas de valor, energía, buen humor, flexibilidad; de cualidades que sólo se pueden explicar por el despliegue de su condición humana en medio de la situación *deshumanizada* en que se halla.

Contra Chourineur, que la maltrata, se defiende con sus tijeras. Es ésta la primera situación en que la encontramos. No aparece como un corderito indefenso, que se entrega, sin resistencia, frente a una brutalidad abrumadora, sino como una muchacha que hace valer sus derechos y sabe cómo defenderse.

En la taberna de maleantes de la Rue aux Fèves, Fleur de Marie relata la historia de su vida a Chourineur y a Rudolph. En el curso de su narración, se *ríe* de los chistes de Chourineur. Se acusa a sí misma de haber malgastado en pasear en coche y en trapos, al salir de la prisión, los 300 francos ganados en ésta, en vez de buscar trabajo, «pero no tenía a nadie que me diera consejos». El recuerdo del peor desastre de su vida —el haberse vendido a la dueña del antro en que se encuentra— hace que se ponga melancólica. Desde su infancia es ésta la primera vez que rememora todos esos sucesos.

«Le fait est, que ça me chagrine de regarder ainsi derrière moi... ça doit être bien bon d'être honnête.»¹⁵³

153. «La verdad es que me causa pena mirar así las cosas pasadas... Ha de ser muy bueno ser una mujer honesta.»

Y ante la burla de Chourineur, de que entonces ella debe volverse honesta, exclama:

«Honnête, mon dieu! et avec quoi donc veux-tu que je sois honnête?». ¹⁵⁴

Declara expresamente que no le gusta «hacer pucheros»:

«Je ne suis pas pleurnicheuse»; ¹⁵⁵

pero su situación en la vida es triste:

«Ça n'est pas gai». ¹⁵⁶

Y por último formula acerca del pasado, por oposición al *arrepentimiento* cristiano, el principio humano, a la vez *estoico* y *epicúreo*, que es propio de una mujer libre y fuerte:

«*Enfin ce qui est fait, est fait*». ¹⁵⁷

Acompañemos ahora a Fleur de Marie en su primer paseo con Rudolph.

«La conciencia de tu terrible situación te habrá atormentado a menudo, por cierto», dice Rudolph, que siente ya el prurito de entablar una conversación de índole moral.

«Sí», responde ella, «más de una vez dirigí mis miradas al Sena, por encima de los pretiles, pero luego contemplaba las flores, el sol, y me decía: El río siempre estará ahí, todavía no tengo diecisiete años, ¿quién sabe? Dans ces moments-là il me semblait que mon sort n'était pas mérité, qu'il y avait en moi quelque chose de bon. Je me disais, on m'a bien tourmenté, mais au moins je n'ai jamais fait de mal à personne.» ¹⁵⁸

154. «¡Honesto, Dios mío! ¿Y con qué quieres, caramba, que sea una mujer honesta?»

155. «No soy una llorona.»

156. «Esto no es cosa de risa.»

157. «*En fin, lo becho, becho está.*»

158. «...En esos instantes me parecía que yo no me merecía mi destino, que algo bueno había en mí. Me decía: me han atormentado mucho, pero yo, por lo menos, nunca le hice mal a nadie.»

Fleur de Marie no considera la situación en que se encuentra como una creación libre, como una expresión de sí misma, sino como un destino que ella no se ha merecido. Este infortunio puede cambiar. Todavía es joven.

Lo *bueno* y lo *malo*, según los concibe Marie, no son las *abstracciones morales* del bien y del mal. Ella es *buena*, puesto que no le ha causado *daño* a nadie, siempre ha sido *humana* frente al ambiente inhumano. Es *buena*, ya que el sol y las flores le revelan su propia naturaleza solar y florida. Es *buena*, pues aún es joven, valerosa y no ha perdido las esperanzas. Su situación *no es buena*, porque le impone una coerción antinatural, porque no es la manifestación de sus impulsos humanos ni la realización de sus deseos humanos, porque está colmada de tormentos y vacía de alegrías. Fleur de Marie mide su situación vital con arreglo a su *propia individualidad*, a su *esencia natural*, y no al *ideal del bien*.

En la *naturaleza*, donde se rompen las cadenas de la vida burguesa, donde ella puede manifestar libremente su propia naturaleza, Fleur de Marie irradia por ende un gozo de vivir, una riqueza de sensaciones, una alegría humana ante lo bello de la naturaleza, que demuestran cómo la situación burguesa se ha limitado a rozar la superficie de la muchacha, es un mero infortunio, y cómo ella misma no es ni buena ni mala, sino *humana*.

«Monsieur Rodolphe, quel bonheur... de l'herbe, des champs! Si vous vouliez me permettre de descendre, il fait si beau... j'aimerais tant à courir dans ces prairies!»¹⁵⁹

Descendiendo del coche, junta flores para Rudolph, «casi no puede hablar de alegría», etc., etc.

Rudolph le revela que la llevará a la *granja de madame George*. Podrá ver allí palomares, corrales y demás; abundan allí la leche, la manteca, las frutas, etc. Son éstos los verdaderos *medios de la gracia* para esta muchacha. Allí se *divertirá*; tal es su pensamiento principal. «C'est à n'y pas croire... comme je veux m'amuser!»¹⁶⁰ De la manera más ingenua, le explica a Rudolph cuál ha sido la *parte* que le ha cabido a ella misma en su propio infortunio. «Tout mon sort est venu de ce que je n'ai pas

159. «Señor Rudolph, ¡qué dicha!... ¡hierba, campos! ¿No me permitiría descender?... ¡está tan lindo aquí! ¡Me gustaría tanto andar por estas praderas!»

160. «¡Si parece increíble!... ¡cómo me voy a divertir!»

économisé mon argent.»¹⁶¹ Le aconseja, por consiguiente, que sea ahorrativo y deposite dinero en la caja de ahorros. Su fantasía se recrea en los castillos en el aire que le describe Rudolph. Sólo vuelve a sumirse en la tristeza cuando advierte que «se ha olvidado del *presente*» y «el contraste entre ese presente y el sueño de una existencia gozosa y risueña le trae a la memoria el horror de su situación».

Hemos visto a Fleur de Marie, hasta aquí, en su figura acrítica originaria. Eugène Sue se ha elevado sobre el horizonte de su propia, estrecha concepción del mundo. Ha arremetido contra los prejuicios de la burguesía. Pero ahora, para expiar su propio atrevimiento y ganarse el aplauso de todos los viejos y viejas, de la policía parisiense en pleno, de la religión al uso y de la «crítica crítica», pondrá a Fleur de Marie en manos del héroe Rudolph.

Madame George, a quien Rudolph entrega a Fleur de Marie, es una mujer triste, hipocondríaca y religiosa. Recibe a la muchacha, de inmediato, con las untuosas palabras de que «*Dios* bendice a quienes lo aman y temen, a los que han sido infelices y a los que se *arrepienten*». Rudolph, el hombre de la «crítica pura», hace llamar al agorero cura *Laporte*, envejecido en la superstición. El cura está decidido a llevar a cabo la reforma crítica de Fleur de Marie.

Marie se aproxima alegre y sin turbarse al viejo cura. En su brutalidad cristiana, *Eugène Sue* hace que acto seguido un «admirable instinto» susurre al oído de la muchacha que «la *vergüenza* termina allí donde comienzan el *arrepentimiento* y la *penitencia*», esto es, en la iglesia, la única que salva. Sue olvida la alegre despreocupación de Fleur de Marie en el paseo, un buen humor suscitado por los medios de gracia de la naturaleza y el interés amistoso demostrado por Rudolph, y que sólo empañaba la idea de tener que someterse de nuevo a la taberna de los facinerosos.

El cura Laporte adopta de inmediato un aire de afectada gravedad, *ultraterreno*. Sus primeras palabras son:

«¡Inagotable es la misericordia *divina*, mi querida hija! Dios te lo ha demostrado al no abandonarte en medio de pruebas tan afligentes... El hombre magnánimo que te salvó ha realizado lo que *dicen las Escrituras* —advírtase bien, ¡lo que dicen las Escrituras, no un objetivo humano!—: el Señor está cerca de quienes lo invocan; Él cumplirá los deseos de quienes le imploran; escuchará sus clamores y los salvará... El Señor consumará su obra».

161. «Toda mi mala suerte viene de que no ahorré mi dinero.»

María no comprende aún el sentido *maligno* del sermón curesco. Le responde:

«Rogaré por quienes han tenido compasión de mí y me han hecho retornar a Dios».

Su primer pensamiento *no* es Dios, sino su salvador *humano*, y quiere rogar por *él*, no por su *propia* absolución. Cree que sus oraciones pueden ejercer un influjo en la salvación de otros. Y aun más, es tan ingenua que supone que *ya* la han *hecho retornar* a Dios. El cura se ve en la necesidad de disipar esa ilusión heterodoxa:

«Pronto», la interrumpe, «pronto te harás merecedora de la absolución, la absolución de tus grandes extravíos... pues para decirlo una vez más por la boca del profeta: el Señor mantiene en pie a todos los que están a punto de caer».

No pasemos por alto el inhumano giro del sacerdote. ¡Pronto te harás merecedora de la absolución! *Todavía no* han sido *perdonados* tus pecados.

Así como Laporte, al recibir a la muchacha, le presenta la *conciencia del pecado*, Rudolph al despedirse le obsequia una *crux* de oro, un símbolo de la *crucifixión cristiana* que la amenaza.

Marie reside ya desde hace algún tiempo en la granja de madame George. Escuchemos, en primer lugar, una conversación entre el canoso cura Laporte y madame George. A juicio del cura es imposible conseguir un «casamiento» para Marie, «pues pese a la fianza de él, ningún hombre tendrá el coraje de afrontar el pasado que mancilló la juventud» de la muchacha. Agrega que «ella tiene grandes yerros que expiar; el sentido moral tendría que haberla mantenido intacta». Y al igual que el más cínico de los burgueses, demuestra la posibilidad de mantenerse intacta: «Hay tantas personas caritativas en París.» El hipócrita sacerdote sabe muy bien que esas personas caritativas de París pasan indiferentes, a cualquier hora, en las calles más frecuentadas, al lado de niñas de siete a ocho años que hasta la medianoche ofrecen allumettes¹⁶² y cosas por el estilo a los viandantes, tal como otrora lo había hecho Marie, y que la suerte futura de esas muchachitas es, casi sin excepción, la misma de Marie.

162. Cerillas.

El cura ha puesto su mirada en la *expiación* de Marie; a juicio de él, en su fuero interno, ella está *condenada*. Sigamos a Fleur de Marie en un paseo vespertino con Laporte, que la acompaña a casa.

«Contempla, hija mía», comienza Laporte, con untuosa elocuencia, «el horizonte inconmensurable, cuyos límites ya no se perciben» —cae la noche, en efecto—; «parece que esta calma y esta carencia de límites nos dan casi una idea de la eternidad. Dígame esto, Marie, porque eres sensible a las bellezas de la creación... A menudo me ha conmovido la admiración religiosa que esas bellezas infunden en ti, tanto tiempo desheredada del sentimiento religioso.»

El cura ya ha conseguido trasmutar el goce directamente ingenuo que experimenta Marie ante las bellezas naturales, en una admiración *religiosa*. La *naturaleza*, para Marie, se ha convertido ya en algo devoto, en naturaleza *cristianizada*; ha sido degradada a *creación*. El traslúcido piélago del aire ha sido desacralizado, rebajado a símbolo oscuro de una fofa *eternidad*. Fleur de Marie ha aprendido ya que todas las manifestaciones humanas de su ser eran «*profanas*», desheredadas de religión —del verdadero carácter sacro—, irreligiosas, impías. El cura se ve obligado a enfangarlas ante ella, a arrastrar por el polvo las fuerzas y medios de gracia naturales y espirituales de la muchacha, de manera que ésta se vuelva receptiva al medio de gracia sobrenatural que él le promete: al *bautismo*.

Cuando Marie procura confesarse con el cura y le solicita indulgencia, Laporte le responde:

«El Señor te ha dado pruebas de que es misericordioso».

En la indulgencia de que es objeto, Marie no debe ver una relación natural y sobrentendida entre un ser humano afín y ella, otro ser humano. Debe ver en la *indulgencia humana* una misericordia y condescendencia sobreabundantes, sobrehumanas, una *misericordia divina*. Debe trascender todas las relaciones humanas y naturales en *relaciones con Dios*. La manera en que Fleur de Marie, en su respuesta, hace suya la cháchara del cura acerca de la misericordia de Dios, demuestra hasta qué punto la doctrina religiosa la ha corrompido ya.

No bien su situación mejoró, dice, ha sentido nada más que *nueva dicha*.

«En cada instante pensaba en el señor Rudolph. Con frecuencia alzaba los ojos al cielo, no para buscar y agradecerle allí a Dios, sino a él, al señor Rudolph. Sí... *me acuso de ello*, padre, *pensaba más* en él que en Dios; porque *él* ha hecho por mí lo que sólo Dios habría podido hacer... Yo era *dichosa*, dichosa como aquel que ha escapado para siempre de un gran peligro.»

Fleur de Marie ya encuentra injusto el sentir una nueva y dichosa situación vital como lo que *realmente* es, como una nueva felicidad, o sea el haberse comportado ante esa situación de una manera natural, no sobrenatural. Se acusa a sí misma de haber visto en el hombre que la ha salvado lo que *realmente* era, su salvador, en vez de remplazarlo subrepticamente por un salvador imaginario, *Dios*. Ya está dominada por la hipocresía religiosa, que despoja al *otro hombre* de los merecimientos hechos con respecto a mí y se los asigna a Dios; que, en suma, ve todo lo humano en el hombre como ajeno a él y todo lo inhumano en él como la *verdadera* propiedad del hombre.

Marie nos relata que la *transformación religiosa* de sus pensamientos, de sus sensaciones, de su actitud ante la vida, ha sido la obra de madame George y de Laporte.

«Cuando Rudolph me sacó de la Cité tenía yo, vagamente, la conciencia de mi degradación, pero la educación, los consejos, los ejemplos que he recibido de usted y de madame George me han hecho comprender... que he sido más culpable que desventurada... Usted y madame George me han hecho *comprender* lo *insondable* que es el *abismo* de mi *abyección*.»

Vale decir, tiene que agradecer al sacerdote Laporte y a madame George el que hayan trocado la conciencia humana, y en consecuencia soportable, de la degradación, por la conciencia cristiana, y por ende insoportable, de una depravación infinita. El cura y la santurrona le han enseñado a juzgarse a sí misma desde un *punto de vista cristiano*.

Marie siente la enormidad de la desdicha espiritual en que la han precipitado. Dice:

«Puesto que la conciencia del bien y del mal debía ser tan terrible para mí, ¿por qué no me abandonaron a mi funesto destino?... Si no me hubieran arrancado de la infamia, muy pronto me habrían matado la miseria, los golpes; al menos habría muerto en la ignorancia con respecto a una pureza a la que siempre aspiraré en vano.»

El despiadado cura responde:

«Hasta la naturaleza más noble, aunque haya estado sólo un día sumida en el fango del que se te ha sacado, conservará *de ello un estigma imborrable*. Tal es el *carácter irrevocable de la justicia divina*».

Fleur de Marie, profundamente herida por esta *maldición curesca*, escurridiza y melosa, exclama:

«Usted ve, entonces, que tengo que desesperar».

El canoso esclavo de la religión replica:

«De lo que tienes que desesperar es de poder arrancar de tu vida esta página lamentable, pero has de confiar en la *infinita misericordia de Dios*. Aquí *abajo* lo que tienes reservado, pobre niña, es lágrimas, arrepentimiento, penitencia, ¡pero un día, *arriba, allá arriba*, tendrás el perdón y la *eterna bienaventuranza*!».

Marie aún no se ha vuelto tan estúpida como para dejarse conformar con la bienaventuranza eterna y el perdón allá arriba.

«¡Piedad!», exclama, «¡piedad, Dios mío! Todavía soy tan joven... malheur à moi!»¹⁶³

Y la hipócrita sofistería del sacerdote alcanza a su apogeo:

«¡Al contrario, enhorabuena, Marie, enhorabuena a ti, a quien el Señor envía los remordimientos, amargos como la hiel, pero benéficos! Esos remordimientos demuestran la receptividad *religiosa* de tu alma... Cada uno de tus sufrimientos te será pagado allá arriba. Créeme, Dios te ha dejado por un momento en el mal camino para reservarte la *gloria del arrepentimiento* y la recompensa eterna que se debe a la *penitencia*».

Desde ese instante, Marie se ha transformado en *sierva de la conciencia del pecado*. Mientras que cuando se encontraba en la situación vital más desgraciada había sabido formarse una individualidad amable, humana, y era consciente, en medio de la degradación más extrema, de que *su esencia humana era su verdadera esencia*, ahora la roña de la sociedad actual, que la había afectado exteriormente, se convierte en su esencia

163. ¡Ay de mí!

más íntima y el mortificarse de manera incesante e hipocondríaca con esa roña se transforma en un deber, en la misión vital preceptuada por Dios mismo, en la finalidad absoluta de su existencia. Mientras que antes se preciaba: «Je ne suis pas pleurnicheuse», y sabía que «ce qui est fait, est fait», ahora la contrición es para ella lo *bueno* y el arrepentimiento, la *gloria*.

Más adelante se pone en claro que Fleur de Marie es la hija de Rudolph. Nos encontramos de nuevo con ella, ahora como princesa de Geroldstein. Le escuchamos decir, en una conversación con su padre:

«En vain je prie Dieu de me délivrer de ces obsessions, de remplir uniquement mon cœur de son pieux amour, de ses saintes espérances, de me prendre enfin toute entière, puisque je veux me donner toute entière à lui... il n'exauce pas mes vœux — sans doute parce que mes préoccupations *terrestres* me rendent indigne d'entrer en commun avec lui».¹⁶⁴

Una vez que el hombre ha visto en sus extravíos crímenes *infinitos* cometidos contra Dios, sólo se puede asegurar la *redención* y la *gracia* entregándose *por entero* a Dios, muriendo *por completo* para el mundo y los trájines mundanos. Una vez que Fleur de Marie llegó a la conclusión de que el liberarse de su situación vital inhumana era un prodigio *divino*, se vio obligada a transformarse *ella misma* en una *santa*, para ser digna de tal *milagro*. Su amor humano tiene que transmutarse en amor religioso, el afán de felicidad en afán de bienaventuranza eterna, la satisfacción mundana en esperanza santa, la comunidad con los hombres en comunidad con Dios. Dios debe tomarla por entero. María misma aclara el misterio de por qué él no lo hace. Todavía no se le ha *entregado* totalmente, su corazón está aún prisionero y poseído por los quehaceres terrenos. Es éste el último destello de su excelente naturaleza. María se entrega plenamente a Dios, puesto que muere en un todo para el mundo y entra en el *convento*.

Nadie entre en el convento
si bien provisto no está
con los debidos pecados,

164. «En vano le ruego a Dios que me libere de esas obsesiones, que colme mi corazón únicamente con su pío amor, sus santas esperanzas, y me tome a mí por entero, puesto que quiero pertenecerle por entero... No atiende mis súplicas; sin duda porque mis preocupaciones *terrenales* me vuelven indigna de establecer una comunidad con Él.»

para que tarde o temprano
no esté falto del placer
de flagelarse contrito.
(Goethe.)¹⁶⁵

En el convento, gracias a las intrigas de Rudolph, se designa *abadesa* a Fleur de Marie. En un primer momento rehúsa aceptar ese cargo, por el sentimiento de su indignidad. La vieja abadesa procura persuadirla:

«Je vous dirai plus, ma chère fille, avant d'entrer au bercail, votre existence aurait été aussi égarée, qu'elle a été au contraire pure et louable... que les *vertus évangeliques*, dont vous avez donné l'exemple depuis votre séjour ici, expieraient et rachèteraient encore aux yeux du Seigneur un passé si coupable qu'il fut».¹⁶⁶

Las palabras de la abadesa nos muestran que las virtudes mundanales de Fleur de Marie se han trocado en virtudes evangélicas o, más bien, que sus virtudes reales ya sólo pueden presentarse sometidas a una caricaturización evangélica.

María responde a las palabras de la abadesa:

«Sainte mère... je crois maintenant pouvoir accepter».¹⁶⁷

La vida en el claustro no conviene a la individualidad de María, que muere. El cristianismo sólo la consuela en la imaginación, o la consolación cristiana de que ella es objeto consiste precisamente en el aniquilamiento de su vida y esencia reales, en su muerte.

Rudolph, como vemos, primero ha convertido a Fleur de Marie en una pecadora arrepentida, luego a la pecadora arrepentida en una monja, y por último a la monja en un cadáver. En sus exequias, la oración fúnebre corre por cuenta no sólo de un sacerdote católico, sino también del sacerdote crítico Szeliga.

Este último denomina a la existencia «*inocente*» de María su existencia «*perecedera*» y la contrapone a la «culpa eterna e imborrable».

165. Goethe, *Zahme Xenien*, IX.

166. «Le diré más, querida hija: aunque antes de entrar al redil la existencia de usted hubiera sido tan extraviada como ha sido, por el contrario, pura y loable... las *virtudes evangélicas* de que ha dado pruebas desde que está entre nosotras expiarían y redimirían a los ojos del Señor ese pasado, por culpable que fuera.»

167. «Santa madre... creo ahora que puedo aceptar.»

Celebra el que su «*último aliento*» haya sido una «plegaria por remisión y perdón». Pero así como el clérigo protestante, luego de exponer la necesidad de la gracia del Señor, la participación del difunto en el pecado original universal y la fuerza de su conciencia del pecado, se ve ahora obligado a alabar, giro mundanal mediante, las virtudes del finado, así también el señor Szeliga recurre al siguiente giro:

«Y, con todo, *en lo personal* nada hay que perdonarle».

Por último, arroja sobre la tumba de Marie la flor más marchita de la elocuencia de púlpito:

«Pura, en su interior, como raros seres humanos, murió para este mundo».

¡Amén!

3. *Revelación de los misterios del derecho*

- a) *El Maître d'école o la nueva teoría penal.*
El misterio revelado del sistema celular.
Misterios en la medicina

El *Maître d'école* es un criminal de fuerza física hercúlea y gran energía espiritual. De suyo es un hombre culto e instruido. Este ser, atleta apasionado, entra en conflicto con las leyes y hábitos de la sociedad burguesa, cuya norma general es la mediocridad, la dulce moral y el apacible comercio. Se convierte en asesino y se entrega a todos los excesos, propios de un temperamento exaltado que en parte alguna encuentra una actividad humana adecuada.

Rudolph ha hecho prisionero a este criminal. Lo quiere reformar críticamente, procura presentarlo como ejemplo ante el mundo *jurídico*. No contiene con el mundo jurídico en lo tocante a la «pena» misma, sino al *modo y manera* de la pena. Rudolph, según la caracterizadora expresión del médico negro David, expone una teoría penal que sería digna del «*más eminente criminalista alemán*», y que desde entonces ha tenido la buena fortuna de ser defendida por un criminalista alemán con seriedad alemana y alemana escrupulosidad. Rudolph ni siquiera sospecha que sea posible elevarse *por encima* de los criminalistas; su ambición

estriba en ser «*el criminalista más eminente*», primus inter pares.¹⁶⁸ Hace *cegar* al Maître d'école por el médico negro David.

Rudolph, en primer lugar, repite todas las objeciones triviales contra la pena de muerte; ésta, afirma, no surte efecto en el delincuente, ni tampoco en el pueblo, que la presencia como un entretenido espectáculo.

Rudolph, por lo demás, establece una diferencia entre el Maître d'école y el *alma* del Maître d'école. No quiere salvar al hombre, al Maître d'école *real*, sino a la *salvación anímica de su alma*.

«La salvación de un alma», dictamina desde la cátedra, «es una cosa santa... Todo crimen se *expía* y puede rescatarse, ha dicho el Redentor, pero sólo para quien acepte seriamente la penitencia y el *arrepentimiento*. El pasaje del tribunal al patíbulo es demasiado breve... Tú» (el Maître d'école) «has abusado criminalmente de tu *fuerza*; yo la paralizaré... Temblarás ante el más débil, tu pena estará a la altura de tu delito... pero este castigo terrible, al menos te dejará el horizonte ilimitado de la *penitencia*... Si te separo del mundo exterior, ello es únicamente para que te abismes, *a solas* con el recuerdo de tus infamias, en una noche impenetrable... Te verás forzado a mirar dentro de ti mismo... Tu inteligencia, a la que has degradado, despertará y te guiará a la penitencia.»

Como Rudolph tiene al *alma* por *sagrada*, pero al *cuerpo* del hombre por *profano*, como, por tanto, considera únicamente al alma como el ser verdadero, porque pertenece al cielo —o a la humanidad, si nos atenemos a la transcripción crítica del señor Szeliga—, se concluye entonces que el cuerpo, la fuerza del Maître d'école no pertenecen a la humanidad, que la manifestación de su ser no debe educarse humanamente ni hay que reivindicarla para la humanidad, o tratarla como a una entidad autohumana. El Maître d'école ha abusado de su fuerza; Rudolph la paraliza, tulle, aniquila. No existe medio más *crítico* para desembarazarse de las manifestaciones viciosas de una fuerza esencial humana que aniquilar esa fuerza esencial. Es éste el medio cristiano que echa de sí el ojo cuando el ojo escandaliza, que corta la mano cuando la mano escandaliza, en *una* palabra, que mata el cuerpo cuando el cuerpo escandaliza, pues ojo, mano, cuerpo son, mirándolo bien, meros accesorios superfluos, pecaminosos, del hombre. Hay que matar la naturaleza humana para curar sus enfermedades. También la jurisprudencia masiva, coincidente en este aspecto con la jurisprudencia crítica, encuentra en el *tullimiento*, en la

168. Primero entre iguales.

paralización de las fuerzas humanas, el antídoto contra las manifestaciones nocivas de esas fuerzas.

Lo que incomoda a Rudolph, el hombre de la crítica pura, en la criminalística profana, es el pasaje demasiado rápido del tribunal al patíbulo. Él, por el contrario, procura combinar la *venganza* contra el delincuente con la *penitencia* y la *conciencia del pecado* experimentada por el delincuente, el castigo físico con el castigo espiritual, el tormento de los sentidos con el tormento, carente de sentido, del arrepentimiento. La pena profana debe ser, a la vez, un medio educativo inspirado en la moral cristiana.

Esta teoría penal, que compagina la *jurisprudencia* con la *teología*, este «secreto revelado del misterio», no es ninguna otra cosa que la teoría penal de la Iglesia *Católica*, tal como lo ha expuesto detalladamente *Bentham*, ya, en su *Teoría de las penas y las recompensas*. En la obra mencionada, Bentham demuestra, asimismo, la nulidad moral de las penas actuales. Denomina a los castigos impuestos por la ley «*parodias judiciales*».

La pena que Rudolph inflige al Maître d'école es la misma pena que *Orígenes* se infligió a sí mismo. Lo *castra*, lo despoja de un *órgano de la generación*, del ojo. «El ojo es la luz del cuerpo.» Que Rudolph recurra al *cegamiento* hace el máximo honor a su instinto religioso. Es la pena que estaba en el orden del día en el cristianísimo imperio de Bizancio y que floreció en el vigoroso período juvenil de los reinos cristiano-germánicos de Inglaterra y Francia. La separación entre el hombre y el mundo exterior de los sentidos, el arrojarlo atrás, a su fuero íntimo abstracto, con la finalidad de que se corrija —el *cegamiento*—, es una consecuencia necesaria de la doctrina cristiana, conforme a la cual la ejecución consumada de esa separación, el aislamiento puro del hombre, su reducción a su «yo» espiritualista, es el *bien mismo*. Y si bien Rudolph no mete al Maître d'école en un convento real, como ocurría en Bizancio y en el reino de los francos, lo encierra por lo menos en un convento ideal, en el convento de una noche insondable, no interrumpida por la luz del mundo exterior, en el convento de una conciencia sumida en la inactividad y de una conciencia del pecado poblada sólo de recuerdos espectrales.

Al señor Szeliga, cierto pudor especulativo no le permite entrar decididamente en los pormenores de la teoría penal sustentada por su héroe, Rudolph, esto es, en la combinación de la pena mundana con el arrepentimiento y la penitencia cristianos. Por el contrario, le atribuye bajo cuerda —y se sobrentiende que también como un misterio aún no reve-

lado al mundo— la teoría según la cual al criminal, en la pena, debe elevarse a la condición de «juez» de su «propio» crimen.

El secreto de este misterio revelado es la teoría penal *hegeliana*. En la pena, según Hegel, el delincuente pronuncia la sentencia sobre su propio caso. Gans ha expuesto prolijamente esa teoría. La misma es en Hegel el *lunar postizo especulativo* con el que se quiere embellecer el viejo *ius talionis*,¹⁶⁹ desarrollado por Kant como la *única* teoría penal del derecho. Para Hegel, el autoenjuiciamiento del delincuente es una mera «idea», una interpretación puramente especulativa de las *penas criminales empíricas al uso*. De ahí que deje su *modus*¹⁷⁰ a la fase de formación alcanzada en cada caso por el estado, esto es, que deje que la pena exista tal como existe. Precisamente en esto da pruebas de ser más crítico que su irreflexivo repetidor crítico. Una teoría de la *pena* que en el delincuente, a la vez, reconozca al *hombre*, sólo puede hacerlo en la *abstracción*, en la imaginación, precisamente porque la *pena*, la *coerción*, contradicen el proceder *humano*. Al ejecutarla, además, la cosa sería imposible. En lugar de la ley abstracta imperaría una arbitrariedad puramente subjetiva, ya que el adaptar la pena a la individualidad del delincuente dependería necesariamente, en cada caso, de los personajes oficiales, «honorables y decentes». Ya Platón había comprendido que la *ley tiene* que ser unilateral y *abstraerse* de la individualidad. Bajo condiciones *humanas*, en cambio, la pena no será otra cosa, *realmente*, que el juicio del infractor sobre su propia persona. No se procurará persuadirlo de que una *violencia externa*, que otros le infligen, es una violencia que él mismo se inflige. En los *demás* hombres encontrará, antes bien, los redentores naturales de la pena que él se ha impuesto a sí mismo, vale decir, la relación se invertirá por entero.

Rudolph expresa su pensamiento más íntimo —el objetivo del cegamiento— cuando le dice al Maître d'école:

«Chacune de tes paroles sera une prière».¹⁷¹

Quiere enseñarle a *rezar*. Pretende convertir al hercúleo bandido en un *monje* cuyo único trabajo sea la oración. ¡Qué humana es, comparada con esta crueldad cristiana, la teoría penal común y corriente, que sencillamente decapita a un hombre cuando quiere aniquilarlo! Es evidente,

169. *Ley del talión.*

170. *Modalidad.*

171. «Cada una de tus palabras será una oración.»

por último, que la legislación masiva real, toda vez que se preocupó con seriedad por reformar a los delincuentes, ha procedido de manera incomparablemente más racional y humana que este Harún-el-Rashid alemán. Las cuatro colonias agrícolas holandesas, la colonia de delincuentes de Ostwald, en Alsacia, son intentos verdaderamente humanos si se los compara con el cegamiento del Maître d'école. Así como Rudolph elimina a Fleur de Marie al entregarla al cura y a la conciencia del pecado, así como elimina a Chourineur al despojarlo de su independencia humana y rebajarlo a la indignidad de un dogo, así también elimina al Maître d'école al arrancarle los ojos para que aprenda a «*rexar*».

Es ésta la manera, por cierto, en que toda realidad surge «*simplemente*» de la «*crítica pura*», esto es, como desfiguración y *abstracción absurda* de la realidad.

El señor Szeliga hace que inmediatamente después de efectuado el cegamiento del Maître d'école ocurra un milagro moral.

«El terrible maestro de escuela reconoce ‘*súbitamente*’», según su informe, «el poder de la honradez y de la rectitud; le dice a Schurimann:¹⁷² Sí, *en ti puedo confiar, tú nunca has robado.*»

Infortunadamente, Eugène Sue ha conservado una opinión del Maître d'école acerca de Chourineur, la cual contiene el mismo reconocimiento y no puede ser resultado del cegamiento, puesto que la efectuó *con anterioridad* a este último. En su tête-à-tête¹⁷³ con Rudolph, en efecto, el Maître d'école se expresa así con respecto a Chourineur:

«Du reste il n'est pas capable de vendre un ami. Non: il a du bon... il a toujours eu des idées singulières».¹⁷⁴

Con esto, el milagro moral del señor Szeliga quedaría liquidado. Consideremos ahora los resultados *reales* de la cura *crítica* efectuada por Rudolph.

Encontramos primeramente al Maître d'école en una expedición con la Chouette¹⁷⁵ a la finca de Bouqueval, para jugar una mala pasada

172. Germanización arbitraria, usada por Szeliga, del apodo francés Chourineur.

173. Conversación a solas.

174. «Por lo demás, no es capaz de vender a un amigo. No; tiene algo de bueno. Siempre ha tenido ideas poco comunes.»

175. Lechuza; prostituta bonita; «être la chouette de...» significa «ser el hazmerreír de...»

a Fleur de Marie. La idea que lo domina es, naturalmente, la de *vengarse* de Rudolph, y sólo sabe vengarse de él metafísicamente, puesto que a pesar de Rudolph, imagina y rumia «el mal».

«Il m'a ôté la vue, il ne m'a pas ôté la pensée du mal.» ¹⁷⁶

Le cuenta a la Chouette por qué la mandó buscar.

«Me *aburría*, totalmente solo en medio de esa gente honrada.»

Cuando Eugène Sue satisface tan cabalmente su voluptuosidad monacal, bestial, en la *autobumillación* del hombre, a tal punto que hace que el Maître d'école implore de hinojos a la vieja bruja Chouette y al duendecillo Tortillard ¹⁷⁷ que no lo abandonen, el gran moralista pasa por alto que con ello ofrece a la Chouette la flor de una autocomplacencia demoníaca. Así como Rudolph demuestra al criminal ese mismo poder de la *fuerza física* que él quisiera presentar como nulo, y se lo demuestra precisamente *cegándolo a la fuerza*, así también Eugène Sue le enseña al Maître d'école, ahora más que nunca, a reconocer el poder de la *sensoriedad plena*. Le enseña a percibir que sin ella el hombre está *castrado* y se convierte en el blanco inerte de las burlas. Persuade al Maître d'école de que el mundo ha merecido sus crímenes, porque basta con que aquél pierda la vista para que éste comience a vejarse. Lo priva de su última ilusión humana, ya que el Maître d'école cree que la Chouette le es adicta. «Se dejaría arrojar al fuego por mí», le había dicho a Rudolph. Pero Eugène Sue paladea la satisfacción de que el Maître d'école exclame, en el colmo de la desesperación:

«Mon dieu! Mon dieu! Mon dieu!». ¹⁷⁸

¡Ha aprendido a «rezar»! Y el señor Sue encuentra en este «appel *involontaire* de la commisération divine, quelque chose de providentiel». ¹⁷⁹

El primer efecto de la crítica ejercida por Rudolph es esa *oración involuntaria*. A ésta la sigue, pisándole los talones, una *penitencia invo-*

176. «Me ha quitado la vista, pero no el pensamiento del mal.»

177. Patizambo.

178. «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!»

179. «Llamamiento *involuntario* a la conmisericordia divina, algo providencial.»

luntaria en la granja de Bouqueval, donde al Maître d'école se le aparecen en sueños los fantasmas de los asesinados.

Eludimos la descripción detallada de ese sueño, para volver a encontrarnos con el Maître d'école, críticamente reformado, en los sótanos de Bras rouge; está encadenado, medio devorado por las ratas, casi muerto de hambre, empujado al borde de la demencia por los tormentos de la Chouette y Tortillard y bramando como un animal. Tortillard ha puesto a la Chouette en las manos del Maître d'école. Observémoslo durante la operación que ejecuta con ella. *Copia* al héroe *Rudolph* no sólo exteriormente, pues le arranca con las uñas los ojos a la Chouette, sino también en lo *moral*, reiterando la hipocresía de Rudolph y adornando sus crueles acciones con devotos modismos. Una vez que el Maître d'école tiene en su poder a la Chouette, manifiesta «une joie effrayante»,¹⁸⁰ su voz tiembla de furor.

«Tu sens bien», dice, «que je ne veux pas en finir tout de suite... torture pour torture... il faut que je te parle longuement avant de te tuer... ça va être affreux pour toi. D'abord, vois-tu... depuis ce rêve de la ferme de Bouqueval, qui m'a remis sous les yeux tous nos crimes, depuis ce rêve, qui a manqué de me rendre fou... qui me rendra fou... il s'est passé en moi un changement étrange... J'ai eu horreur de ma férocité passée... d'abord je ne t'ai pas permis de martyriser la goualeuse, cela n'était rien encore... en m'entraînant ici dans cette cave, en m'y faisant souffrir le froid et la faim... tu m'as laissé tout à l'épouvante de mes réflexions... Oh! tu ne sais pas ce que c'est que d'être seul... l'isolement m'a purifié. Je ne l'aurais pas cru possible... une preuve que je suis peut-être moins scélérat qu'autrefois... ce que j'éprouve une joie infinie à te tenir là... monstre... non pour me venger, mais... mais pour venger nos victimes... oui, j'aurai accompli un devoir quand de ma propre main j'aurai puni ma complice... j'ai maintenant horreur de mes meurtres passés, et pourtant... trouves-tu pas cela bizarre? c'est sans crainte, c'est avec sécurité que je vais commettre sur toi un meurtre affreux avec des raffinements affreux... dis... dis... conçois-tu cela?»¹⁸¹

180. «Una alegría pavorosa.»

181. «Bien te das cuenta de que no quiero terminar con esto en un minuto... Tortura por tortura... Tendré que hablarse detenidamente antes de matarte... esto va a ser horroroso para ti. Para empezar, como ves... desde aquel sueño de la granja de Bouqueval, que ha desplegado bajo mis ojos todos nuestros crímenes, desde ese sueño que casi me ha vuelto loco... que me volverá loco... ha ocurrido en mí un cambio extraño... Me espanta mi ferocidad anterior... Para empezar, no te dejé martirizar a la Goualeuse, pero esto no era nada todavía... Al arrastrarme aquí a esta cueva, al hacerme sufrir frío y hambre... me has dejado abandonado por completo al horror de mis reflexiones...

En esas pocas palabras, el Maître d'école recorre toda la gama de la *casuística moral*.

Su primera manifestación es una declaración *franca* de su deseo de venganza. Quiere devolver tortura por tortura. Quiere asesinar a la Chouette, quiere prolongar sus ansias mortales con un largo sermón y —¡sofística exquisita!— esta perorata con que la martiriza es un *sermón moral*. Dice que el sueño de Bouqueval lo ha hecho reformarse. Pero revela, a la vez, el efecto verdadero de ese sueño al confesar que casi lo ha vuelto loco, que lo volverá loco. Como prueba de su enmienda, alega el haber impedido que se atormentara a Fleur de Marie. En Eugène Sue los personajes —antes Chourineur, aquí el Maître d'école— se ven condenados a proclamar como reflexión *de ellos*, como motivo consciente de sus acciones, lo que es en realidad el designio literario del escritor, que les prescribe comportarse así y no de otra manera. Deben decir incesantemente: me he reformado en esto, en eso, en aquello, etc. Como no adquieren una encarnadura real, plena de contenido, no tienen más remedio que magnificar solemnemente, con sus lenguas, rasgos insignificantes como, en el presente caso, la protección otorgada a Fleur de Marie.

Una vez que el Maître d'école ha informado acerca del efecto *benéfico* del sueño de Bouqueval, no puede menos de explicar por qué Eugène Sue lo ha hecho encerrar en un sótano. Se ve en la necesidad de encontrar razonable el proceder del novelista. Tiene que decirle a la Chouette: precisamente porque me has enterrado en un sótano, porque has hecho que me muerdan las ratas y que padezca hambre y sed, has llevado a cabo mi reforma moral. La soledad me ha *purificado*.

El bramido bestial, la furia desencadenada, el terrible afán de venganza con que el Maître d'école recibe a la Chouette, dan por tierra con toda esa fraseología moral. Delatan el carácter de las cavilaciones a que se había entregado en su mazmorra.

¡Oh, no sabes qué es estar solo!... El aislamiento me ha purificado. No lo hubiera creído posible... Una prueba de que soy, quizás, menos malvado que antes... es que experimento una alegría sin límites por tenerte aquí... monstruo... no para vengarme, sino... sino para vengar a nuestras víctimas... Sí, habré cumplido un deber cuando haya castigado a mi cómplice con mis propias manos... Me horrorizan mis asesinatos del pasado, y sin embargo... ¿no te resulta extraño?, es sin temor, con un sentimiento de seguridad, que voy a cometer en ti un asesinato espantoso, con terribles refinamientos... Dime... dime... ¿puedes concebir eso?»

El Maître d'école parece caer en la cuenta de ello, pero como buen *moralista crítico*, se las ingeniará para conciliar las contradicciones.

Hasta la «alegría sin límites» de tener a la Chouette en su poder es proclamada por él como exteriorización de su reforma moral. Porque su afán de venganza no es, claro está, un deseo de venganza *natural*, sino *moral*. No quiere vengarse él, sino vengar a las *víctimas* que él y la Chouette sacrificaron en común. Cuando la asesina, no comete *asesinato* alguno, sino que cumple un *deber*. No se *venga* de ella; como un juez imparcial, *castiga* a su cómplice. Un escalofrío de horror lo recorre cuando recuerda sus asesinatos anteriores, y sin embargo —él mismo se maravilla de su casuística—, y sin embargo le pregunta a la Chouette: ¿no te parece extraño?, ¡voy a matarte sin temor, sin un sentimiento de inseguridad! Por motivos morales que se guarda de explicar, al mismo tiempo se regodea ante el cuadro del asesinato que se propone cometer, pintándolo como un meurtre affreux, como un meurtre avec des raffinements affreux.

Que el Maître d'école asesine a la Chouette es algo que se ajusta perfectamente a su carácter, y en especial si tenemos en cuenta la crueldad con que ella lo ha atormentado. Pero que asesine por motivos morales, que interprete moralmente su alegría bárbara ante el meurtre affreux, ante los raffinements affreux, que dé muestras de arrepentimiento por sus antiguos crímenes en el mismo momento en que perpetra uno nuevo, que de criminal simple haya pasado a ser un *criminal équivoque, moral*, todo esto es el glorioso resultado obtenido por la cura crítica de Rudolph.

La Chouette procura escabullírsele al Maître d'école. Pero éste lo advierte y la sujeta con firmeza.

«Tiens-toi donc, la chouette, il faut que je finisse de t'expliquer comment peu à peu j'en suis venu à me repentir... cette révélation te sera odieuse... et elle te prouvera aussi combien je dois être impitoyable dans la vengeance, que je veux exercer sur toi au nom de nos victimes... Il faut que je me hâte... la joie de te tenir là me fait bondir le sang... j'aurai le temps de te rendre les approches de la mort effroyables en te forçant de m'entendre... Je suis aveugle... et ma pensée prend une forme, un corps pour me représenter incessamment d'une manière visible, presque palpable... les traits de mes victimes... les idées s'imaginent presque matériellement dans le cerveau. Quand au repentir se joint une expiation d'une effrayante sévérité... une expiation qui change notre vie en une longue insomnie remplie d'hallucinations vengeresses ou de réflé-

xions désespérées... peut-être alors le pardon des hommes succède au remords et à l'expiation.»¹⁸²

El Maître d'école continúa nadando en su hipocresía, que a cada paso delata no ser otra cosa que eso. La Chouette se ve forzada a escuchar cómo su captor ha llegado poco a poco al arrepentimiento. Esta revelación le resultará odiosa, porque demostrará que el *deber* de aquél es ejecutar en ella una venganza despiadada, pero no en su propio nombre sino en el de sus víctimas comunes. Súbitamente, el Maître d'école interrumpe su conferencia didáctica. Como él mismo manifiesta, debe «apresurarse» con su lección, ya que la alegría de tenerla sujeta hace que la sangre bulla en sus venas: ¡notable motivo moral para abreviar su exposición! Luego, su torrente sanguíneo recupera el ritmo normal. El largo tiempo empleado en predicarle moral a la Chouette no se ha perdido para su venganza. Servirá para «hacerle espantosa la proximidad de la muerte». ¡Otro motivo moral para explayarse en su sermón! Y ahora, ya explicitados esos motivos morales, puede retomar confiadamente su texto moral allí donde lo había interrumpido.

El Maître d'école describe con acierto el estado al que es precipitado el hombre por el aislamiento con respecto al mundo exterior. El hombre a quien el *mundo sensible* se le *convierte en una mera idea*, ve que, a la inversa, meras ideas se le transforman en *seres sensibles*. Los devaneos de su cerebro adoptan formas corpóreas. Dentro de su espíritu se genera un mundo de espectros asibles, palpables. Es éste el secreto de todas las visiones piadosas; es ésta, a la vez, la forma general de la locura. El Maître d'école, que repite las frases vacías de Rudolph sobre el «poder del arrepentimiento y de la penitencia, combinados con horribles tormentos», las repite ya, por consiguiente, como un hombre medio loco, y demuestra así, de hecho, la vinculación que existe entre la conciencia

182. «Así que quieta, Chouette, tengo que terminar de explicarte cómo, poco a poco, he llegado a arrepentirme de eso... Esta revelación te resultará odiosa... y te demostrará, también, hasta qué punto debo ser despiadado en la venganza que voy a ejercer sobre ti en nombre de nuestras víctimas... Tengo que apresurarme... La alegría de tenerte sujeta hace que me bulla la sangre en las venas... Tendré tiempo de hacerte espantosa la proximidad de la muerte, forzándote a escucharme... Estoy ciego... y mi pensamiento toma forma, cuerpo, para representar ante mí, incesantemente y de una manera visible, casi palpable... los rasgos de mis víctimas... Las ideas se vuelven imágenes casi materiales en el cerebro. Cuando al arrepentimiento se sume una expiación de una severidad terrible... una expiación que cambie nuestra vida en un largo insomnio colmado de alucinaciones vengadoras o de reflexiones desesperadas... quizás, entonces, el perdón de los hombres suceda a los remordimientos y la expiación.»

cristiana del pecado y la demencia. Del mismo modo, cuando el Maître d'école considera que la transformación de la *vida* en un *insomnio* poblado de alucinaciones, es el verdadero resultado del arrepentimiento y de la expiación, devela el verdadero misterio de la crítica pura y de la enmienda cristiana. Esta enmienda consiste precisamente en transformar al hombre en un fantasma y a su vida en una *vida onírica*.

Al llegar a este punto, Eugène Sue tiene la sensación de que los *saludables pensamientos* de Rudolph, que aquél le ha hecho repetir maquinalmente al bandolero ciego, se ven hartos desacreditados por el proceder de éste contra la Chouette. De ahí que ponga en los labios del Maître d'école la siguiente aclaración.

«La salutaire influence de ces pensées est telle que ma fureur s'apaise.» ¹⁸³

Como vemos, el Maître d'école confiesa ahora que su *cólera moral* no era otra cosa que *saña profana*.

«Le courage... la force... la volonté me manquent pour te tuer... non, ce n'est pas à moi de verser ton sang... ce serait... un *meurtre*... —llama la cosa por su verdadero nombre—, «...meurtre excusable peut-être... mais ce serait toujours un meurtre.» ¹⁸⁴

Con su estilete, la Chouette hiere en el debido momento al Maître d'école. Ahora Eugène Sue puede dejar que la mate sin más despliegues de casuística moral.

«Il poussa un cri de douleur... les ardeurs féroces de sa vengeance, de ses rages, ses instincts sanguinaires, brusquement réveillés et exaspérés par cette attaque, firent une explosion soudaine, terrible, où s'abîma sa raison déjà fortement ébranlée... Ah vipère!... j'ai senti ta dent... tu seras comme moi *sans yeux*.» ¹⁸⁵

183. «Tal es el influjo saludable de esos pensamientos que mi furor se aplaca.»

184. «Para matarte me faltan el coraje... la fuerza... la voluntad... No, no me corresponde a mí verter tu sangre... sería un *asesinato*... Asesinato excusable, quizás... pero siempre sería un asesinato.»

185. «Lanzó un grito de dolor... Las llamas feroces de su venganza, de sus furias, sus instintos sanguinarios, bruscamente despertados y exasperados por ese ataque, estallaron en una explosión súbita, terrible, en la que se abismó su razón, ya tremendamente perturbada... ¡Ah, víbora! Me has clavado los dientes... Estarás como yo, *sin ojos*.»

Le arranca los ojos con las uñas.

En el instante en que la naturaleza del Maître d'école, sólo hipócrita y sofisticadamente embellecida, sólo domeñada de manera ascética por la cura de Rudolph, sale de golpe a la luz, la *explosión* es tanto más violenta y terrible. Digna de gratitud es la confesión de Eugène Sue según la cual la razón del Maître d'école estaba ya tremendamente perturbada por todos los acontecimientos que Rudolph había preparado.

«El último chispazo de su razón se extingue en ese grito de horror, en ese grito de un condenado» (ve los espectros de los asesinados) «...El Maître d'école brama y aúlla como un *animal rabioso*... Apalea a la Chouette hasta matarla.»

El señor Szeliga murmura entre dientes:

«Con el Maestro de escuela no puede operarse una *mudanza* (!) tan *rápida* (!) y *feliz* (!) como con *Schurimann*».

Así como Rudolph convierte a Fleur de Marie en moradora de un convento, transforma al Maître d'école en morador de un manicomio, de *Bicêtre*. No sólo ha inutilizado su fuerza física, sino también su fuerza *intelectual*. Y con razón. Puesto que no sólo ha pecado con aquélla, sino también con ésta, y según la teoría penal de Rudolph es necesario aniquilar las *fuerzas pecadoras*.

Pero aún el señor Eugène Sue no ha consumado «la penitencia y el arrepentimiento, combinados con una horrible venganza». El Maître d'école recobra la razón, pero por temor de ser transferido a la justicia permanece en Bicêtre y *finje* estar loco. El señor Sue se olvida de que «cada una de sus palabras debía ser una *oración*» y de que finalmente estas palabras se han convertido más bien en los aullidos y bramidos inarticulados de un demente; ¿o acaso pone en *pie de igualdad*, irónicamente, esta manifestación de vida y la oración?

La idea de la pena llevada a la práctica por Rudolph en el cegamiento del Maître d'école, ese aislamiento del hombre en su alma y respecto al mundo exterior, la combinación de la pena jurídica con el tormento teológico, tiene su realización más decidida en el *sistema celular*. De ahí que el señor Sue celebre también el sistema celular.

«¡Cuántos siglos se requirieron para reconocer que *sólo* existe *un* medio, el aislamiento, para extirpar la lepra» (esto es, la perversión en las cárceles) «que se difunde rápidamente y amenaza al cuerpo social!»

El señor Sue comparte el modo de pensar de la gente honesta que explica la difusión de los delitos por la implantación de las cárceles. Para sustraer al delincuente de las malas compañías, lo abandonan a la compañía de sí mismo.

El señor Eugène Sue declara:

«Me consideraría feliz si mi voz, tan débil, fuese escuchada entre todas aquellas que con tanta razón y tanta tenacidad reclaman la aplicación *plena y absoluta* del sistema celular»

El deseo del señor Sue sólo se ha visto satisfecho en *parte*. En los debates efectuados este año en la Cámara de los Diputados en torno al sistema celular, hasta los defensores oficiales de dicho sistema no pudieron menos de reconocer que el mismo trae aparejada, tarde o temprano, la locura de los delincuentes. Por eso, todas las penas de prisión que pasen de diez años tendrían que transformarse en deportación.

Si los señores Tocqueville y Beaumont hubieran estudiado concienzudamente la novela de Eugène Sue, con toda certeza habrían llevado adelante la aplicación absoluta y plena del sistema celular.

Y bien, si Eugène Sue priva de compañía a los delincuentes que están en su sano juicio para volverlos locos, a los locos les da compañía para devolverles el juicio.

«L'expérience prouve que pour les aliénés l'isolement est aussi funeste qu'il est salutaire pour les détenus criminels.» ¹⁸⁶

Ahora bien, aunque el señor Sue y Rudolph, su crítico héroe, ni por medio de la *teoría penal católica* ni con el *sistema celular metodista* hayan empobrecido al *derecho* en uno solo de sus misterios, en cambio han enriquecido a la medicina con nuevos misterios, y al fin de cuentas tan meritório es *descubrir* misterios *nuevos* como develar *viejos* misterios. La crítica crítica, en coincidencia con el señor Sue, nos informa acerca del cegamiento del Maître d'école:

«Ni siquiera los cree, cuando le dicen que lo han privado de la vista».

186. «La experiencia demuestra que para los locos el aislamiento es tan funesto como saludable para los delincuentes reclusos.»

El Maître d'école no podía creer en la pérdida de la vista porque en realidad aún veía; el señor Sue describe un nuevo tipo de cataratas y comunica a la *oftalmología* masiva, acrítica, la existencia de un misterio real.

La *pupila* queda *blanca* después de la operación. Se trata, por consiguiente, de una *catarata lenticular*. Hasta ahora, como es sabido, ese tipo de cataratas podía provocarse mediante la lesión de la cápsula lenticular, incluso de manera bastante indolora, aunque no enteramente sin dolor. Pero como los médicos sólo alcanzan ese resultado por vías *naturales*, no por los caminos de la *crítica*, después de punzar no se podía hacer otra cosa que aguardar cierto tiempo hasta que la inflamación, con su exudación plástica, enturbiara el cristalino.

Milagro y misterio aun mayores ocurren con el Maître d'école en el capítulo tercero del tomo III.

El ciego *ve* de nuevo:

«La Chouette, le Maître d'école et Tortillard *virent* le prêtre et Fleur de Marie». ¹⁸⁷

Y bien, si no queremos interpretar esta capacidad de ver, demostrada por el Maître d'école, como un *milagro literario* —conforme al precedente de la *Crítica de los sinópticos*— tenemos que el Maître d'école se habrá hecho operar de las cataratas. Más tarde, de nuevo se ha quedado ciego. Por ende, habrá usado su vista prematuramente; el estímulo luminoso provocaría una inflamación que desembocaría en un anquilosamiento de la *retina* y, de resultados de ello, en una *amaurosis* incurable. Que todo este proceso ocurra aquí en *un solo* segundo, constituye un nuevo *mystère* para la oftalmología acrítica.

b) *Recompensa y castigo. La justicia doble,
con su cuadro sinóptico*

El héroe Rudolph revela una nueva teoría que es la que mantiene en su quicio a la sociedad mediante la *recompensa* de los *buenos* y el *cas-*

187. «La Chouette, el Maître d'école y Tortillard *vieron* al sacerdote y a Fleur de Marie.»

tigo de los *malvados*. Considerada de manera acrítica, esta teoría no es otra que la teoría de la sociedad actual. ¡Cómo abundan en ésta las recompensas para los buenos y los castigos para los malos! Frente a este misterio revelado, ¡qué acrítico es el comunista masivo *Owen*, que en el castigo y la recompensa ve la consagración de las diferencias sociales en cuanto al rango y la expresión perfecta de una depravación servil!

Podrá representarse como una *nueva* revelación el hecho de que Eugène Sue haga que las recompensas deriven de la justicia, de un duplicado de la justicia criminal, y que, disconforme con la existencia de *una* jurisdicción, invente *dos*. Es una pena que también este misterio revelado sea la repetición de una antigua teoría, ampliamente desenvuelta por *Bentham* en su libro citado más arriba. Pero no se le debe negar al señor Eugène Sue el honor de haber fundamentado y desarrollado su propuesta de una manera incomparablemente más crítica que *Bentham*. Mientras que el inglés masivo hunde firmemente sus pies en la tierra, la deducción de Sue se eleva a la región crítica del cielo. El señor Sue la desenvuelve de la siguiente manera:

«Para atemorizar a los malos, se materializan los efectos anticipados de la cólera celestial. ¿Por qué, de manera análoga, no habría de materializarse y anticiparse en la tierra el efecto de la recompensa divina en lo que respecta a los buenos?».

Según el modo de ver *acrítico*, a la inversa, en la teoría penal celeste no se hace otra cosa que idealizar la teoría terrenal, tal como en la recompensa < *Belohnung* > divina sólo se ha idealizado la servidumbre salarial < *Lohndienerei* > humana. Y si bien la sociedad no recompensa a todos los buenos, ello es un requisito indispensable para que la justicia divina aventaje en alguna cosa a la humana.

En la descripción de su justicia críticamente retributiva, el señor Sue nos brinda «un ejemplo de ese *dogmatismo femenino* reprochado por el señor Edgar a Flora Tristan con todo el «sosiego del conocimiento», de ese dogmatismo «que se propone tener una fórmula y la constituye conforme a las categorías de lo *existente*». Frente a cada aspecto de la *justicia penal* existente, a la que deja en pie, proyecta una réplica, copiada hasta los menores detalles, de la *justicia retributiva* por él añadida. Para que el lector adquiera con mayor facilidad una visión de conjunto, compendiamos en una tabla el original y el duplicado expuestos por Sue.

Tabla de la justicia críticamente completa

Justicia existente	Justicia críticamente complementaria
Nombre: justice <i>criminelle</i> ¹⁸⁸	Nombre: justice <i>vertueuse</i> ¹⁸⁹
<i>Símbolo</i> : tiene en la mano una <i>espada</i> para cortar la cabeza a los malos.	<i>Símbolo</i> : tiene en la mano una <i>corona</i> para que alcen su cabeza los buenos.
<i>Objetivo</i> : castigo del malo, prisión, infamia, privación de la vida.	<i>Objetivo</i> : recompensa del bueno, mesa franca, honores, conservación de la vida.
El pueblo toma nota del terrible castigo del malo.	El pueblo toma nota del rotundo triunfo del bueno.
<i>Medios para descubrir a los malos</i> : espionaje policial, mouchards para acechar al malo.	<i>Medios para descubrir a los buenos</i> : <i>espionnage de vertu</i> , ¹⁹⁰ mouchards para acechar al virtuoso.
<i>Veredicto sobre si alguien es malo</i> : les assises du crime, la sala de lo criminal. El ministerio público denuncia los crímenes del acusado y los expone a la vindicta pública.	<i>Veredicto sobre si alguien es bueno</i> : assises de la vertu, la sala de lo virtuoso. El ministerio público denuncia las nobles acciones del acusado y las expone al reconocimiento público.
<i>Situación del delincuente luego del juicio</i> : se halla bajo la surveillance de la haute police. ¹⁹¹ Se lo alimenta en la prisión. El estado hace desembolsos para él.	<i>Situación del virtuoso luego del juicio</i> : se halla bajo la surveillance de la haute charité morale. ¹⁹² Se lo alimenta en su casa. El estado hace desembolsos para él.
<i>Ejecución</i> : el delincuente sube al <i>patíbulo</i> .	<i>Ejecución</i> : exactamente frente al patíbulo del delincuente se alza un <i>pedestal</i> al que asciende el grand homme de bien: ¹⁹³ una <i>picota de la virtud</i> .

188. Justicia del *crimen*.189. Justicia de la *virtud*.190. *Espionaje de la virtud*.

191. Vigilancia de la alta policía.

192. Vigilancia de la alta caridad moral.

193. Gran hombre de bien.

El señor Sue, enternecido por la contemplación de este cuadro, exclama:

«Hélas, c'est une utopie, mais supposez qu'une société soit *organisée* de telle sorte!». ¹⁹⁴

Estaríamos, como se ve, ante la *organización crítica* de la *sociedad*. Debemos tomar formalmente la defensa de esta organización contra el reparo de Eugène Sue, según el cual la misma sería aún, hasta el presente una utopía. Sue ha vuelto a olvidar el «Premio a la virtud», que se discierne anualmente en París y que él mismo había citado. Este premio se subdivide, incluso, en dos: el *prix Montyon*, de índole material y destinado a nobles acciones de hombres y mujeres, y el *prix rosière*, ¹⁹⁵ reservado a las jóvenes más castas. En este último caso ni siquiera falta la *corona* de rosas exigida por Eugène Sue.

En lo que respecta al espionnage de vertu y a la surveillance de haute charité morale, hace mucho tiempo que los han organizado los jesuitas. Por lo demás, el *Journal des Débats*, el *Siècle*, los *Petites Affiches de Paris*, etc., señalan y denuncian a diario las virtudes, nobles acciones y méritos de todos los stockjobbers ¹⁹⁶ de París, aspirantes a valiosos premios, y pasamos por alto el señalamiento y denuncia de las nobles acciones políticas, para lo cual cada partido posee su propio órgano.

Ya el viejo Voss había hecho notar que Homero es mejor que sus dioses. De ahí que podamos hacer responsable de las ideas de Eugène Sue al «misterio revelado de todos los misterios», esto es, a Rudolph.

Por añadidura, nos informa el señor *Szeliga*:

«Por lo demás, abundan los pasajes con los que Eugène Sue interrumpe la narración e introduce y remata los episodios, y todos ellos son *crítica*».

- c) *Son suprimidas la vuelta al primitivismo dentro de la civilización y la carencia de derechos dentro del estado*

El *medio preventivo* jurídico para suprimir los delitos y, con ellos, la

194. «Ay, es una utopía, pero suponed que una sociedad estuviera *organizada* de esta manera.»

195. Premio a las doncellas.

196. Corredores de bolsa.

vuelta al primitivismo dentro de la civilización, consiste en la «tutela protectora que ejerce el estado sobre los hijos de los ejecutados y de los condenados a largas penas de prisión». Sue procura organizar de manera más liberal la distribución de los delitos. Ninguna familia ha de seguir detentando un privilegio hereditario sobre el delito: la libre competencia entre los delitos debe alcanzar la victoria sobre el monopolio.

El señor Sue elimina «la carencia de derechos en el estado» por medio de una reforma del code pénal,¹⁹⁷ en su sección sobre el «abus de confiance»,¹⁹⁸ y en particular mediante la designación de *abogados de pobres, remunerados*. En Piamonte, Holanda, etc., donde existe el abogado de pobres, a juicio del señor Sue se ha suprimido, pues, la carencia de derechos en el estado. Las únicas deficiencias de la legislación francesa estriban en que no remunera a los abogados de pobres, no se ocupa privativamente de la defensoría de pobres y define con excesiva estrechez el límite legal de la pobreza. Como si la carencia de derechos no principiara en el *proceso* mismo, precisamente, y como si en Francia no se supiera desde hace mucho tiempo que el *derecho* no otorga nada, sino que se reduce a sancionar lo existente. La distinción ya trivial entre *droit*¹⁹⁹ y *fait*,²⁰⁰ sigue siendo, al parecer, un mystère de Paris para el novelista crítico.

Si a la revelación crítica de los misterios jurídicos se agregan las magnas reformas que Eugène Sue quiere emprender en lo que respecta a los *huissiers*,²⁰¹ se comprenderá el periódico parisiense *Satan*. Dicha revista hace que un barrio escriba a aquel «grand réformateur à tant le ligne»²⁰² diciéndole que sus calles carecen aún de iluminación de gas. El señor Sue responde que remediará ese mal en el tomo sexto de su *Juif errant*.²⁰³ Otro barrio quéjase de la deficiente enseñanza primaria. El señor Sue promete efectuar la reforma de la enseñanza primaria, para ese barrio, en el tomo décimo de su *Juif errant*.

197. Código penal.

198. «Abuso de confianza.»

199. *Derecho*.

200. *Hecho*.

201. *Alguaciles*.

202. «Gran reformador a tanto la línea.»

203. *Judío errante*.

4. *El misterio revelado del «punto de vista»*

«Rudolph no se conforma con su excelso (!) punto de vista... no escatima esfuerzos para adoptar, por libre elección, *puntos de vista* a la derecha y a la izquierda, el de arriba y el que está en lo profundo.» Széliga.

Un misterio principal de la crítica crítica es el «*punto de vista*» y el que se *juzgue desde el punto de vista del punto de vista*. A la crítica, todo hombre, así como todo producto intelectual, se le transforma en un punto de vista.

Nada más fácil que penetrar en el misterio del punto de vista cuando se ha develado el misterio general de la crítica crítica, consistente en recalentar una y otra vez la vieja col especulativa.

Para empezar, dejemos que *la* crítica misma se explye por la boca del patriarca, el señor *Bruno Bauer*, sobre su teoría del «punto de vista».

«La ciencia... no tiene *nunca* que habérselas con *este individuo aislado o con este punto de vista determinado*... No se abstendrá de hacerlo, ciertamente, y de *abolir los límites de un punto de vista*, cuando ello valga la pena y siempre que ese límite tenga en verdad una significación humana general: pero ella concibe el límite como *pura categoría y determinabilidad de la autoconciencia*, y por consiguiente sólo habla para los que tengan la audacia de elevarse a la *generalidad de la autoconciencia*, vale decir, para los que no procuren mantenerse a todo trance dentro de ese límite.» (*Anekdotas*, t. II, p. 127.)

El misterio de esta audacia baueriana es la *Fenomenología* de Hegel. Puesto que Hegel remplace aquí al *hombre* por la *autoconciencia*, la realidad humana *más heterogénea* aparece tan sólo como una forma *determinada*, como una *determinabilidad de la autoconciencia*. Ahora bien, una mera determinabilidad de la autoconciencia es una «*categoría pura*», una mera «*idea*», a la que por consiguiente puedo superar también en el pensamiento «puro» y dominarla mediante el puro pensar. En la *Fenomenología* de Hegel se dejan intactos los fundamentos *materiales, sensibles, objetivos* de las diversas figuras enajenadas de la autoconciencia humana, y toda la obra destructiva tuvo como resultado la *filosofía más conservadora*, porque dicha obra se imagina que ha superado el *mundo objetivo*, el mundo sensorialmente real, no bien lo ha transformado en una «cosa intelectual», en una mera *determinabilidad de la autoconciencia*, y

que puede ahora resolver también en el «éter del pensamiento puro» al adversario vuelto *etéreo*. De ahí que la *Fenomenología*, consecuentemente, termine por remplazar toda realidad humana por el «saber absoluto»: *saber*, porque éste es el único modo de existencia de la autoconciencia y porque la autoconciencia es considerada como el único modo de existencia del hombre; saber *absoluto*, precisamente porque la autoconciencia sólo se sabe *a sí misma* y ningún mundo objetivo la inquieta. Hegel convierte al hombre en el *hombre de la autoconciencia*, en lugar de hacer de la autoconciencia la *autoconciencia del hombre*, del hombre real, que por serlo vive también en un mundo real, objetivo, y se ve condicionado por éste. Pone al mundo *de cabeza*, y puede, por ende, disolver también *en la cabeza* todos los límites, gracias a lo cual, naturalmente, dichos límites siguen existiendo *para la mala sensoriedad*, para el *hombre real*. Por lo demás, todo lo que delata la *limitación de la autoconciencia general*, toda sensoriedad, realidad, individualidad de los hombres, así como el mundo de éstos, se le aparece necesariamente como límite. Toda la *Fenomenología* apunta a demostrar que la *autoconciencia* es la *única realidad*, toda ésta.

En tiempos recientes, el señor Bauer ha rebautizado *crítica* al saber absoluto, y *punto de vista* —denominación de resonancias profanas— a la determinabilidad de la autoconciencia. En los *Anekdotas* todavía figuran juntos uno y otro nombre, y el punto de vista es comentado aún por la determinabilidad de la autoconciencia.

Puesto que el «mundo religioso en cuanto mundo religioso» sólo existe como mundo de la *autoconciencia*, al crítico crítico —teólogo ex profesor²⁰⁴— no se le pasa por las mientes que exista un mundo en el que *conciencia* y *ser* difieran entre sí, un mundo que se mantiene en pie, ahora como antes, si meramente suprimo su existencia ideal, su existencia como categoría, como punto de vista, esto es, si modifico mi propia conciencia subjetiva sin transformar de manera realmente objetiva la realidad objetiva, vale decir, sin transformar mi propia realidad *objetiva*, la mía y la de los demás hombres. De ahí que la *identidad mística* especulativa de *ser* y *pensamiento* se reitere en la crítica como la identidad igualmente mística entre *práctica* y *teoría*. De ahí su irritación contra la práctica que procura ser otra cosa que teoría, y contra la teoría que se propone ser otra cosa que disolución de una *categoría* determinada en la «generalidad ilimitada de la autoconciencia». Su propia teoría se reduce a proclamar todo lo determinado como antítesis opuesta a la generalidad

204. De profesión.

ilimitada de la autoconciencia, y por ende como algo nulo; así procede, por ejemplo, con el estado, la propiedad privada, etc. Se debe hacer ver, a la inversa, cómo el estado, la propiedad privada, etc., transforman a los hombres en abstracciones o son productos del hombre *abstracto*, en vez de ser la realidad de los hombres individuales, concretos.

Se comprende de por sí, finalmente, que si la *Fenomenología* de Hegel, a pesar de su pecado original especulativo, brinda en muchos aspectos los elementos de una caracterización real de las relaciones humanas, el señor Bruno y consortes, por el contrario, no hacen más que proporcionar la caricatura hueca, una caricatura que se conforma con extraer de un producto intelectual o incluso de relaciones y movimientos reales una determinabilidad cualquiera, con transformar esta determinabilidad en una determinabilidad intelectual, en una *categoría*, y hacer pasar esta categoría por el *punto de vista* del producto, de la relación y del movimiento, para ahora, con bachilleresca sabiduría, contemplar desdeñosa y triunfalmente esa determinabilidad desde el punto de vista de la abstracción, de la categoría general, de la autoconciencia universal.

Así como para Rudolph todos los hombres adoptan el punto de vista del bien o el del mal y se les juzga conforme a esas dos ideas fijas, así también para el señor Bauer y consortes ocurre otro tanto con los puntos de vista de la *crítica* o de la *masa*. Pero aquél y éstos trasmutan a los *hombres reales* en *puntos de vista abstractos*.

5. Revelación del misterio de la utilización de los instintos humanos o Clémence d'Harville

Hasta el presente, Rudolph sólo ha sabido premiar a su manera a los buenos y, a su manera, castigar a los malos. Ahora, en un caso, veremos cómo hace que se vuelvan útiles las *pasiones* y cómo «imparte un desarrollo adecuado al hermoso natural de Clémence d'Harville».

«Rudolph», dice el señor Szeliga, «le llama la atención sobre el aspecto *divertido* de la *beneficencia*. Una idea que pone de manifiesto un conocimiento de los hombres tal como *sólo* puede brotar de un fuero íntimo como el de Rudolph, acrisolado por la tribulación.»

Las expresiones de las que se sirve Rudolph en la conversación con Clémence —«*faire attrayant*», «*utiliser le goût naturel*», «*régler l'intrigue*», «*utiliser les penchants à la dissimulation et à la ruse*», «*changer*

en qualités génèreuses des instincts impérieux, inexorables»,²⁰⁵ etc.—, estas expresiones así como los *impulsos* mismos que se atribuyen aquí preferentemente a la naturaleza femenina, *delatan* la fuente secreta de la sabiduría de Rudolph: *Fourier*. Ha caído en sus manos una exposición popular de la doctrina furierista.

La aplicación práctica, una vez más, es propiedad crítica de Rudolph, tal como lo era la puesta en práctica, aludida más arriba, de la teoría de Bentham.

No es en la beneficencia *en cuanto tal* donde la joven marquesa habrá de encontrar una satisfacción de su esencia humana, ni un contenido y objetivo humanos de la actividad, y por lo tanto un entretenimiento. La beneficencia no ofrece, antes bien, más que el motivo externo, más que el *pretexto*, más que la *materia* para cierto tipo de diversión que podría tener como contenido, del mismo modo, cualquier otra materia. La miseria es explotada a conciencia para procurar a quienes ejercen la beneficencia «lo excitante de lo novelesco, la satisfacción de la curiosidad, aventuras, disfraces, el disfrute de la propia excelencia, estremecimientos nerviosos», y cosas por el estilo.

Con esto Rudolph ha puesto de manifiesto, sin proponérselo, el misterio desde hace mucho tiempo revelado de que la propia miseria humana, de que esa misma abyección infinita que se ve obligada a recibir la limosna, necesariamente sirve a la aristocracia del dinero y de la cultura como *juego*, como satisfacción de su amor propio, para estimular su presunción, como diversión.

Las muchas asociaciones benéficas en Alemania, las numerosas sociedades caritativas en Francia, las profusas quijotadas filantrópicas en Inglaterra, los conciertos, bailes, funciones, comidas para indigentes, e incluso las suscripciones públicas para damnificados, no tienen otro sentido. De esta suerte, la beneficencia ya estaría *organizada* desde hace tiempo como diversión.

La conversión súbita e inmotivada de la condesa ante la mera palabra «divertido» nos obliga a dudar del carácter perdurable de su curación o, más bien, esa conversión sólo en apariencia es súbita e inmotivada, sólo en apariencia se ha operado porque le hayan descrito la charité²⁰⁶ como una diversión. La marquesa *ama* a Rudolph, y Rudolph

205. «Volver atrayente», «utilizar las aficiones naturales», «regular la intriga», «utilizar las inclinaciones al disimulo y a la astucia», «trasmutar en cualidades generosas instintos imperiosos, inexorables».

206. Caridad.

quiere disfrazarse, intrigar y correr aventuras benéficas *con ella*. Más tarde, durante una visita caritativa de la marquesa a la prisión de Saint-Lazare, salen a luz sus celos para con Fleur de Marie, y por caridad para con sus celos calla a Rudolph la detención de Marie. Lo que en el mejor de los casos consigue enseñar Rudolph, con un modo de obrar desdichado, a una mujer desdichada, es a representar una absurda comedia. El secreto de la *filantropía* pergeñada por él lo reveló aquel fatuo babieca de París que, luego del baile, convidó a cenar a su dama con estas palabras:

«Ah Madame! ce n'est pas assez d'avoir dansé au bénéfice des ces pauvres Polonais... soyons philanthropes jusqu'au bout... allons *souper* maintenant au *profit des pauvres*!...».²⁰⁷

6. Revelación del misterio de la emancipación de las mujeres, o Louise Morel

Con motivo del encarcelamiento de *Louise Morel*, Rudolph devana una serie de reflexiones que se resumen en lo siguiente:

«El amo suele corromper a la criada, ya sea por la intimidación, la sorpresa o aprovechando de otras maneras la naturaleza de la *relación de servidumbre*. La precipita a la desgracia, la infamia, el crimen... La *ley* se mantiene *ajena* a estos hechos... No se *castiga* al criminal que de hecho obligó a la muchacha a cometer un infanticidio».

Las reflexiones de Rudolph no alcanzan, ni siquiera, a someter a su serenísima crítica la *relación* misma *de servidumbre*. En su condición de *pequeño* príncipe, es un *gran* protector de las relaciones serviles. Y menos aun alcanza Rudolph a comprender la inhumanidad de la posición general de la mujer en la sociedad actual. Fiel por entero a su teoría anterior, lo único que echa de menos es una *ley* que *castigue* al seductor y combine el arrepentimiento y la penitencia con sanciones terribles.

Rudolph, simplemente, debería haber echado un vistazo a las leyes vigentes en otros países. La legislación *inglesa* colma todos sus deseos. En sus sentimientos exquisitos, que *Blackstone* enaltece y gloria, dicha

207. «¡Ah, señora! No basta con haber bailado a beneficio de esos pobres polacos... Seamos filántropos hasta el fin... ¡Vayamos ahora a *cenar* en *provecho de los pobres*!»

legislación llega tan lejos que declara reo de *felonía*²⁰⁸ a quien sedujere a una mujer de la vida.

El señor Szeliga hace que los clarines toquen a *fiesta*:

«¡Esto!... ¡piensa!... ¡Rudolph!... y ahora cotejad *estos pensamientos* con vuestras *fantasías* en torno a la *emancipación de la mujer*. En aquéllos *casi* se palpa con las manos el hecho de esa emancipación, mientras que vosotros sois desde la cuna personas demasiado prácticas, y por ello fracasáis tan a menudo con vuestros meros ensayos».

Sea como fuere, debemos al señor Szeliga la revelación del misterio consistente en que casi se pueda tocar con las manos un hecho en los pensamientos. Y en lo que respecta a su cómica comparación de Rudolph con los hombres que han profesado la doctrina de la emancipación femenina, cotéjense los *pensamientos* de Rudolph, pongamos por caso, con las siguientes fantasías de *Fourier*:

«El adulterio, la seducción, honran al seductor, son de buen tono... Pero, ¡pobre muchacha!, ¡qué crimen es el infanticidio! Si ella se atiene a la honra, tiene que borrar las huellas de la deshonra, y si sacrifica a su hijo ante los prejuicios del mundo, su infamia es aun mayor y queda a merced de los prejuicios de la ley... Es éste el *círculo vicioso* que describe todo mecanismo civilizado».

«La hija joven, ¿no es acaso una mercancía ofrecida en venta para el primero que se presente y quiera adquirir la propiedad exclusiva de esa muchacha?... De même qu'en grammaire deux négations valent une affirmation, l'on peut dire qu'en *négoce conjugal deux prostitutions valent une vertu*...»²⁰⁹

«El cambio de una época histórica siempre se deja determinar por la proporción en que hayan progresado las mujeres hacia la libertad, porque aquí, en la relación de la mujer con el hombre, del débil con el fuerte, se manifiesta de la manera más evidente la victoria de la natura-

208. Marx traduce *felony* por *Felonie*, y de ahí nuestra versión castellana del término. En rigor, sin embargo, mientras que *Felonie* es el quebrantamiento del vínculo feudal (y en particular la alianza con enemigos del señor, acciones contra la vida de éste, etc.), el término jurídico inglés *felony* designa simplemente todo delito pasible de penas graves (por ejemplo el robo) que no sea *treason*, entendiéndose por ésta delitos graves asimilados a la traición (asesinato, incendio intencional, falsificación de moneda, etc.); para distinguir estos últimos delitos, a su vez, de la traición propiamente dicha contra el soberano (*high treason*) se los denomina también *petty treason*.

209. «Así como en la gramática dos negaciones equivalen a una afirmación, se puede decir que en el *negocio conyugal dos prostituciones equivalen a una virtud*...»

leza humana sobre la brutalidad. El grado de la emancipación femenina es la medida natural de la emancipación general.»

«La humillación del sexo femenino es un rasgo esencial tanto de la civilización como de la barbarie, con la única diferencia de que cada vicio que la barbarie ejerce de una manera simple, el orden civilizado lo eleva a un modo de existencia compuesto, ambiguo, equívoco, hipócrita... La pena por mantener a la mujer en la esclavitud, a nadie castiga más duramente que al hombre mismo.» (*Fourier*.)

Frente a los pensamientos de Rudolph, es superfluo llamar la atención sobre la magistral caracterización del matrimonio trazada por Fourier o sobre las obras de la fracción materialista del comunismo francés.

Los más lamentables despojos de la literatura socialista, tal como se los encuentra en el novelista, siguen revelando a la crítica crítica «misterios» aún desconocidos.

7. Revelación de los misterios de la economía política

a) Revelación teórica de los misterios de la economía política

Primera revelación: la riqueza suele desembocar en el derroche, y el derroche en la ruina.

Segunda revelación: las consecuencias de la riqueza, antes señaladas, derivan de que no se alecciona suficientemente a los jóvenes ricos.

Tercera revelación: la *herencia* y la *propiedad privada* son y *tienen* que ser inviolables y sacrosantas.

Cuarta revelación: el rico tiene la obligación *moral* de rendir cuentas a los obreros acerca de cómo emplea su patrimonio. Un gran patrimonio es un depósito hereditario —una *inversión feudal*— confiado a manos sagaces, firmes, hábiles, magnánimas, que a la vez tienen la misión de volverlo fecundo y emplearlo de tal suerte que todo aquello que tenga la *dicha* de encontrarse en los dominios tocados por la irradiación resplandeciente y salutífera del gran patrimonio, se vea fecundado, animado y perfeccionado.

Quinta revelación: el estado debe proporcionar a la juventud rica e inexperimentada los *rudimentos* de la *economía individual*. Está obligado a moralizar la fortuna.

Sexta revelación: por último, el estado debe abordar el inmenso pro-

blema de la *organización del trabajo*. Tiene que dar el ejemplo salutar de la *asociación entre los capitales y el trabajo*, y precisamente de una asociación que sea honesta, inteligente, barata, que asegure el bienestar del obrero *sin* perjudicar el *patrimonio del rico* y que establezca *entre esas dos clases* vínculos de afecto y reconocimiento y, con ello, garantice *para siempre* la tranquilidad del estado.

Como el estado, por el momento, no ha acogido favorablemente esa teoría, el propio *Rudolph* da algunos ejemplos prácticos. Los mismos revelarán el misterio de que para el señor Sue, así como para el señor *Rudolph* y la crítica crítica, las más archisabidas *relaciones económicas* siguen siendo «misterios».

b) «El banco de pobres»

Rudolph funda un *banco de pobres*. Los estatutos de este banco crítico de pobres son los siguientes:

El banco debe auxiliar a trabajadores honestos, que tengan familia, durante los períodos de desocupación. Debe remplazar las limosnas y las casas de empeño. Dispone de un rédito anual de 12.000 francos y distribuye préstamos asistenciales de 20 a 40 francos, sin intereses. Sus actividades abarcan, por de pronto, el *séptimo* distrito de París, donde viven la mayor parte de los obreros. Los trabajadores o trabajadoras que pretendan ser auxiliados deberán exhibir un certificado extendido por su último patrón donde se dé fe de su buena conducta y se indiquen los motivos y fecha de la interrupción del trabajo. Estos préstamos deben reembolsarse mensualmente, en sextas o doceavas partes, a elección del prestatario, a partir del día en que éste haya encontrado una nueva ocupación. Como garantía del préstamo rige el compromiso adoptado bajo palabra de honor. Otros dos obreros deben, además, salir garantes de la parole jurée²¹⁰ del prestatario. Como la finalidad crítica del banco de pobres consiste en remediar uno de los más graves infortunios de la vida obrera —esto es, la *suspensión del trabajo*—, los préstamos asistenciales se asignan única y exclusivamente a los artesanos desocupados. El señor *Germain*, administrador de ese instituto, percibe un sueldo anual de 10.000 francos.

Lancemos ahora una mirada masiva a la práctica de la economía política crítica. El rédito anual se eleva a 12.000 francos. Los socorros

210. Palabra empeñada.

oscilan, por persona, entre 20 y 40 francos, o sea ascienden promedialmente a 30 francos. El número de los obreros del séptimo distrito que, según admisión oficial, están en la «miseria», monta como mínimo a 4.000. Por consiguiente, es posible auxiliar cada año a 400, es decir, a la décima parte de los obreros más imperiosamente necesitados de ayuda que viven en el séptimo distrito. En París, nos quedamos cortos si reducimos la media del período de desocupación a cuatro meses (calculándola muy por lo bajo), o sea a 16 semanas. 30 francos, repartidos entre 16 semanas, dan algo menos de 37 sous y 3 centimes semanales, lo que ni siquiera alcanza a 27 centimes por día.²¹¹ El desembolso diario por *cada uno de los presidiarios* asciende en Francia, término medio, algo más de 47 centimes, y de esta suma sólo la comida se lleva algo más de 30 centimes. Pero el obrero al que auxilia el señor Rudolph tiene familia. Si suponemos que en la familia media, además de marido y mujer, hay dos niños, tenemos que hay que repartir los 27 centimes entre cuatro personas. De esto se debe restar el alquiler —como mínimo 15 centimes diarios—, con lo que quedan 12 centimes. El *pan* que consume *un solo* presidiario, término medio, cuesta aproximadamente 14 centimes. Con el socorro del banco crítico de pobres, pues, el obrero y su familia —prescindiendo de todas las demás necesidades— ni siquiera pueden comprar la cuarta parte del pan necesario y se verán expuestos a una segura muerte por inanición si no recurren a los medios que dicho banco quería evitar: la casa de empeño, la mendicidad, el robo y la prostitución.

Y de manera tanto más munificente vela el hombre de la más implacable crítica por el administrador del banco de pobres. El rédito administrado se eleva a 12.000, el sueldo del administrador a 10.000 francos. La administración, pues, cuesta el 45 %, casi el triple de la administración de la beneficencia masiva en París, que cuesta aproximadamente el 17 %.

Pero si por un instante supusiéramos que los auxilios otorgados por el banco de pobres fueran reales, no meramente imaginarios, tendríamos que todo el mecanismo del misterio revelado de todos los misterios reposa sobre la idea quimérica de que para que el obrero pudiera vivir a lo largo de todo el año sólo se requeriría una *distribución* diferente de su salario.

Hablando de manera prosaica, el ingreso de 7.500.000 obreros franceses asciende a sólo 91 francos por cabeza, y el ingreso de otros

211. El *sou* (lejano descendiente, como el *sueldo* español, del *solidus* romano) equivalía a 5 céntimos de franco, o sea a la vigésima parte de la unidad dineraria francesa.

7.500.000 a sólo 120 francos por cabeza. O sea que el de 15.000.000 de obreros es menor que el absolutamente necesario para vivir.

La idea del banco crítico de pobres se reduce —cuando se la concibe de otro modo, racionalmente— a que al obrero, durante el tiempo en que tiene trabajo, se le descuenta del salario la parte que necesita para vivir durante el período de paro. Que yo le adelante una suma determinada de dinero durante el período de paro y él me devuelva esa suma en el período en que tiene trabajo, o que en este último lapso él me ceda una suma determinada y yo se la devuelva en aquel otro período, es una y la misma cosa. Invariablemente, durante su período de trabajo me da lo que recibe de mí durante el tiempo en que está desocupado.

El *banco de pobres* «puro», pues, sólo se distingue de las *cajas de ahorro* masivas por dos cualidades originalísimas y muy críticas: la primera consiste en que el banco presta su dinero a *fonds perdu*,²¹² partiendo atolondradamente del supuesto de que el obrero podrá reembolsar cuando quiera y querrá pagar cuando pueda; y la segunda, la de que el banco no paga *interés* alguno por las sumas que el obrero deposita. Como la suma depositada se presenta bajo la forma de un adelanto, el banco ya hace algo muy notable al no exigir del obrero el pago de un interés.

El banco crítico de pobres, por consiguiente, se distingue de las cajas de ahorro masivas en que el obrero pierde sus intereses y el banco su capital.

c) *La explotación modelo de Bouqueval*

Rudolph funda una *explotación modelo* en *Bouqueval*. El lugar ha sido elegido con sumo acierto, ya que disfruta aún de reminiscencias feudales, a saber, de un *château seigneurial*.²¹³

Cada uno de los seis trabajadores varones ocupados en la granja percibe 150 écus, o sea 450 francos; cada una de las trabajadoras, 60 écus o 180 francos de salario anual. Tienen, además, mesa franca y vivienda gratuita. Habitualmente, el menú diario de la gente de Bouqueval se compone de un «formidable» plato de jamón, un no menos tremendo plato de carnero y, por último, una tajada igualmente masiva de ternera, y como entremeses dos buenas ensaladas, dos quesos grandes, papas,

212. A fondo perdido.

213. Castillo señorial.

sidra, etc. Cada uno de los seis obreros varones trabaja *dos veces* más que el jornalero agrícola francés común y corriente.

Puesto que la suma total del ingreso producido anualmente en Francia ascendería, distribuida de manera igual, a una media de apenas 93 francos por cabeza; puesto que el número de habitantes ocupados directamente en la agricultura asciende en Francia a las $2/3$ partes de la población global, se puede inferir qué revolución traería aparejada no sólo en la distribución, sino también en la producción de la riqueza nacional, el que se imitara de manera general la explotación modelo del califa alemán.

No obstante, si Rudolph ha alcanzado este enorme acrecentamiento de la producción, ello se debe a que hace trabajar a cada obrero dos veces más que antes y lo hace consumir seis veces más.

Puesto que el campesino francés es muy diligente, los obreros que trabajen el *doble* tendrán que ser *atletas sobrehumanos*, tal como lo sugieren también, sin duda, las «formidables» fuentes de carne. Podemos suponer, pues, que cada uno de estos seis obreros consume por día, cuando menos, una libra de carne.

Si toda la carne producida en Francia se repartiera en partes iguales, no tocaría ni siquiera $1/4$ de libra de carne a cada habitante. Vemos, por tanto, qué revolución provocaría también en este aspecto el ejemplo de Rudolph. La población rural *sola* consumiría más carne que toda la que se produce en Francia, de tal suerte que ésta, gracias a la mencionada reforma crítica, se vería aliviada de todo su ganado.

La quinta parte del producto bruto con que Rudolph —según el informe del administrador de Bouqueval, el padre Chatelain— obsequia a los obreros además del elevado salario y de la succulenta comida, no es otra cosa que su *renta de la tierra*. Se admite, en efecto, conforme a un cálculo medio, que en general, una vez deducidos todos los costos de producción y la ganancia para el capital de explotación, le queda al terrateniente francés un quinto del producto bruto, o sea que su tasa de renta asciende a la quinta parte del producto bruto. Ahora bien, aunque es indiscutible que Rudolph reduce desproporcionadamente la ganancia de su capital de explotación al aumentar desproporcionadamente el desembolso para los obreros —según Chaptal (*De l'industrie française*, I, 239) el precio medio de las entradas anuales de los campesinos asalariados franceses es de 120 francos— y aunque regala toda su renta a los obreros, el padre Chatelain nos informa sin embargo que monseigneur aumentaría su ingreso al aplicar ese método, de tal modo que incitaría a los otros terratenientes acrítricos a realizar una explotación similar.

La explotación modelo de Bouqueval no es otra cosa que una apa-

riencia fantástica; ¡su *fondo oculto* no es el suelo *natural* de Bouqueval, sino el fabuloso bolso de Fortunato ²¹⁴ perteneciente a Rudolph!

La crítica crítica atruena:

«A la primera mirada se advierte bien que *todo* este plan *no es en modo alguno una utopía*».

Sólo la crítica crítica es capaz de advertir a la primera mirada, contemplando un bolso de Fortunato, que no está ante una utopía. La primera mirada crítica es... el «mal de ojo». ²¹⁵

8. Rudolph, «el misterio revelado de todos los misterios»

La panacea con la que Rudolph opera todas sus redenciones y curas milagrosas no son sus bonitas palabras, sino su *dinero contante y sonante*. Así son los moralistas, dice Fourier. Para poder seguir el ejemplo de los héroes de aquéllos, es necesario ser un millonario.

La moral es la «*impuissance mise en action*». ²¹⁶ Tan pronto como se lanza a combatir un vicio, es ella la que perece. Y Rudolph ni siquiera se eleva sobre el punto de vista de la moral independiente, que se funda, cuando menos, en la conciencia de la *dignidad humana*. Su moral reposa más bien sobre la conciencia de la debilidad humana. Su punto de vista es el de la moral *teológica*. Hemos seguido hasta en sus detalles las hazañas que él perpetra con sus ideas *fijas, cristianas*, con las cuales mide el mundo: la «charité», el «dévouement», la «abnégation», el «repentir», los «bons» y los «méchants», la «récompense», y la «punition», los «châtiments terribles», el «isolement», el «salut de l'âme», ²¹⁷ etc., y demostrado que se trata de bufonadas. ²¹⁸ Aquí ya sólo tenemos que vérnoslas con el carácter *personal* de Rudolph, el «mis-

214. Fortunato, protagonista de un libro popular alemán del siglo XVI, posee un sombrerito de los deseos que lo lleva adonde se le antoje y un inagotable bolso de dinero.

215. Juego de palabras: der «böse Blick» significa literalmente la «mala mirada».

216. «*Impotencia puesta en acción*».

217. «Caridad», «entrega», «abnegación», «arrepentimiento», «buenos», «malos», «recompensa», «castigo», «castigos terribles», «aislamiento», «salvación del alma».

218. En el original, «Eulenspiegelein», esto es, acciones propias de Eulenspiegel, bufón alemán del siglo XV, héroe de muchas leyendas populares.

terio revelado de todos los misterios» o el misterio revelado de la «crítica *pura*».

La antítesis entre el «bien» y el «mal» ya se enfrentó al Hércules crítico cuando éste era adolescente, en dos personificaciones: *Murph* y *Polidori* son, ambos, maestros de Rudolph. El primero lo educa para el bien y es «el *bueno*». El segundo lo educa para el mal y es «el *malo*». Para que esta concepción no ceda la derecha en nada, por lo trivial, a las concepciones análogas de otras novelas morales, «el *bueno*», *Murph*, no tiene que ser «savant»,²¹⁹ no debe estar «especialmente dotado en lo intelectual». En cambio, es *honrado, sencillo, parco de palabras*, sabe agrandarse ante el mal, al que tacha de *impúdico, infame*, y experimenta horreur²²⁰ ante lo *ruin*. *Murph*, para decirlo con palabras de Hegel, compone honestamente la melodía del bien y la verdad en la igualdad de los tonos, vale decir, en una *única nota*.

Polidori es, por el contrario, un prodigio de astucia, conocimientos y cultura, pero de la «más peligrosa inmoralidad», y posee en especial algo que Eugène Sue, como miembro de la novel burguesía francesa devota, mal podía pasar por alto: «le plus effrayant scepticisme».²²¹ Pueden juzgarse la energía intelectual y la cultura de Eugène Sue y de su héroe por ese terror pánico ante el *escepticismo*.

«*Murph*», dice el señor Szeliga, «es a la vez la deuda eternizada del trece de enero y la eterna extinción de esa deuda mediante el amor y devoción sin par por la persona de Rudolph.»

Así como Rudolph es el deus ex machina²²² y el mediador del mundo, *Murph* es por su parte el deus ex machina y mediador personal de Rudolph.

«Rudolph y la salvación de la humanidad, Rudolph y la realización de las perfecciones esenciales del hombre, son, para *Murph*, una unidad indivisible, una unidad a la que él no se entrega con la estúpida sumisión perruna del esclavo, sino a conciencia e independientemente.»

219. «Sabio.»

220. Horror.

221. «El escepticismo más aterrador.»

222. Literalmente: dios desde la máquina. En las tragedias griegas un dios, introducido en el escenario por una máquina, solía zanjar de manera definitiva conflictos hasta entonces insolubles. En sentido figurado, la expresión alude a la aparición súbita de una persona o cosa que resuelve de golpe y porrazo una situación difícil o desesperada.

Murph, por ende, es un esclavo ilustrado, consciente e independiente. Como todo servidor de un príncipe, personifica en su señor a la salvación de la humanidad. *Graun* lisonjea a Murph con el tratamiento de «*intrépide garde du corps*». ²²³ El propio Rudolph lo llama *modèle d'un valet*, y es realmente un *criado modelo*. Como nos informa Eugène Sue, cuando Murph se dirigía a Rudolph mientras conversaba con él tête-à-tête, ²²⁴ era muy estricto en cuanto a tratarlo siempre de monseigneur. Para guardar el incógnito, en presencia de terceros lo trata con los labios de *monsieur*, pero con el corazón, de monseigneur.

«Murph contribuye a alzar el velo de los misterios, pero sólo por amor de Rudolph. Colabora en la tarea de destruir el poder de los misterios.»

Del espesor del velo que oculta a Murph los más simples estados de cosas mundiales, se puede juzgar por su conversación con el embajador *Graun*. Fundándose en que la ley faculta a defenderse a sí mismo en caso de necesidad, Murph concluye que Rudolph, en su condición de *juez franco*, ²²⁵ tenía derecho a cegar al *Maître d'école*, encadenado e «indefenso». Su pintoresca descripción de cómo Rudolph relataría ante el tribunal sus «nobles» acciones, de cómo desembucharía una frase retórica tras otra y abriría de par en par las puertas de su gran corazón, es digna de un estudiante de secundaria que hubiese acabado de leer *Los bandidos* de Schiller. El único misterio cuya resolución propone Murph al mundo es el de saber si se ha tiznado la cara con carbonilla, o bien con pintura negra, cuando desempeñó el papel de *charbonnier*. ²²⁶

«Saldrán los ángeles y apartarán de los justos a los malos.» (Mat., 13, 49.) «Tribulación y temor sobre todas las almas de los hombres

223. «Intrépido guardia de corps.»

224. A solas.

225. *Femrichter*: los *jueces francos* o *jueces vémicos* formaban parte de la *Feme* (también denominada *Fehme*, *Veme*, *Femgericht*, *judicium liberum*, *judicium occultum*, etc.), una comunidad jurídica personal (no territorial) existente en Vestfalia desde el siglo XIII hasta el XIX. La *Feme* comprendía inicialmente, en general, a los titulares de fincas alodiales (exentas de cargas y derechos señoriales); con la desaparición paulatina de ese tipo de propiedad se transformó poco a poco en una sociedad secreta que sancionaba con la pena de muerte los delitos graves o considerados tales.

226. Carbonero.

que hacen el mal; pero loas y honra y paz a todos aquellos que obran el bien.» (Pablo, Rom., 8, 7.)

Rudolph se convierte a sí mismo en uno de tales *ángeles*. Va hacia el mundo para apartar de los justos a los malos, para castigar a éstos y premiar a los buenos. La idea del mal y del bien ha dejado tal impronta en su débil cerebro, que cree en Satán en persona y quiere atrapar vivo al diablo, como otrora lo intentara el profesor *Sack* en Bonn. Por otra parte, y a la inversa, procura copiar en pequeña escala a *Dios*, la antítesis del diablo. Gusta «de jouer un peu le rôle de la providence».²²⁷ Así como en la *realidad todas* las diferencias se funden cada vez más en la diferencia entre *pobre* y *rico*, en el plano de la idea *todas* las diferencias aristocráticas se resuelven en la antítesis entre el *bien* y el *mal*. Esta distinción es la última forma que el aristócrata imprime a sus prejuicios. El propio Rudolph se incluye en el número de los buenos, y los malos existen para permitirle el autodisfrute de su propia exquisitez. Examinemos algo más de cerca a este «bueno».

El señor Rudolph ejerce una beneficencia y practica un despilfarro similares a los del califa de Bagdad en *Las mil y una noches*. No hay posibilidad alguna de que viva de esta manera si no chupa, al igual que un vampiro, hasta la última gota de sangre de su minúsculo territorio alemán. Según el propio informe del señor Sue, Rudolph figuraría entre los príncipes alemanes mediatizados²²⁸ si la protección de un *marqués* de Francia no lo hubiera salvado de una abdicación no voluntaria. Este dato permite que nos hagamos una idea del tamaño de su territorio. Lo *críticamente* que juzga Rudolph su *propia situación* es algo que se puede inferir del hecho de que él, el pequeño Serenissimus²²⁹ alemán, crea necesario vivir medio de incógnito en París, para no llamar la atención. Un motivo crítico lo mueve a llevar consigo un *canciller*: para que éste represente a la vera de Rudolph «le côté théâtral et puéril du pouvoir


227. «De representar un poco el papel de la providencia.»

228. Mediatización es, en la historia alemana, la conversión de personas (príncipes) o corporaciones (ciudades) que hasta entonces estaban sometidas *inmediata* aunque más bien teóricamente al emperador (eran *reichsunmittelbar* o *reichsimmédiat*) en directamente dependientes de alguno de los grandes estados alemanes. La mayor parte de las mediatizaciones se operó en 1803-1806; los pequeños príncipes desposeídos de la autoridad suprema conservaron algunos privilegios y parte de sus rentas.

229. Tratamiento dado en Alemania, a partir del siglo XVIII, al titular de un principado.

souverain»,²³⁰ como si un pequeño Serenissimus alemán, además de él mismo y de su espejo, necesitara un tercer representante del aspecto teatral y pueril del poder soberano. Rudolph se las ha ingeniado para infundir a su gente la misma *ignorancia crítica acerca de su propia situación*. Así, el criado *Murph* y el embajador *Graun* no advierten cómo el homme d'affaires²³¹ parisiense, monsieur *Badinot*, se burla de ellos al aparentar que toma los encargos privados de sus interlocutores por asuntos de estado, vale decir, cuando charla sarcásticamente sobre los

«rapports occultes qui peuvent exister entre les intérêts les plus divers et les *destinés des empires*».²³² «Es más», informa el embajador de Rudolph, monsieur *Badinot* «tiene la desvergüenza de decirme en ocasiones: “¡Cuántas complicaciones, desconocidas por el pueblo, se presentan en el gobierno de un estado! ¿Quién diría que las notas que le trasmito a usted, señor barón, tienen sin duda alguna su parte de influencia en *asuntos europeos?*”».

El embajador y *Murph* no ven la desvergüenza en que se les atribuya una influencia en los asuntos europeos, sino en que *Badinot* idealice en tal medida su ruin oficio. 

Evoquemos una escena de la vida doméstica de *Rudolph*. Éste le cuenta a *Murph* que «está pasando por los momentos de su orgullo y su dicha suprema». Inmediatamente después, se pone fuera de sí porque *Murph* no quiere responder a una de sus preguntas. «Je vous ordonne de parler.»²³³ *Murph* no acepta dejarse mandar. *Rudolph* le dice: «Je n'aime pas les réticences.»²³⁴ No se olvida de cometer la baja de insinuarle a *Murph* que le *paga* por todos sus servicios. Y el muchacho no se llama a sosiego hasta que *Murph* no le recuerda el trece de enero. Por fin, se impone la naturaleza servil de *Murph*, que por un instante se había desmandado. Se arranca los «pelos» —de los que felizmente carece—, se desespera por haber tratado con alguna aspereza a su noble señor, el mismo que lo califica de «criado modelo» y que lo trata de «su buen, viejo y fiel *Murph*».

Después de estas muestras del mal que anida en él, *Rudolph* repite

230. «El aspecto teatral y pueril del poder soberano.»

231. Agente de negocios.

232. «Relaciones ocultas que pueden existir entre los intereses más diversos y los *destinos de los imperios*.»

233. «Le ordeno que hable.»

234. «No me agradan las reticencias.»

sus ideas fijas en torno al «bien» y el «mal» e informa sobre los progresos que hace en el camino del bien. A las limosnas y la compasión las denomina las castas y pías consoladoras de *su propia* alma herida. Prostituir las ofreciéndolas a seres indignos, abyectos, sería atroz, impío, un *sacrilegio*. Se entiende que la compasión y las limosnas son las consoladoras de *su* alma. Desacralizarlas sería, por consiguiente, un sacrilegio. Sería «sembrar la duda en Dios, y el que da, tiene que hacer que se crea en él». ¡Dar limosna a un disoluto! ¡La mera idea es inconcebible!

Para Rudolph, cada uno de los movimientos de su alma es de infinita importancia. De ahí que constantemente los evalúe y observe. Así, por ejemplo, el mentecato se consuela ante Murph porque Fleur de Marie lo ha enternecido. «Me sentía conmovido hasta las lágrimas. ¡Y se me acusa de ser impasible, duro, inflexible!» Después de haber demostrado de esta suerte su propia bondad, se inflama condenando *lo «malo»*, la maldad de la desconocida madre de Marie, y con toda la solemnidad posible se dirige a Murph: «Tu le sais — certaines vengeances me sont bien chères, certaines souffrances bien précieuses.»²³⁵ Al pronunciar estas palabras, Rudolph hace unos visajes tan diabólicos que el fiel sirviente exclama, aterrado: «Hélas, Monseigneur!»²³⁶ Este gran señor se asemeja a los miembros de la *Joven Inglaterra*,²³⁷ que también quisieran reformar el mundo, efectúan nobles acciones y son víctimas de análogos accesos de histeria.

La clave de las aventuras y situaciones a que se expone Rudolph la encontramos, ante todo, en su *naturaleza aventurera*. Gusta de «lo excitante de la novela, la diversión, aventura, los disfraces», su «curiosidad» es «insaciable», experimenta la «necesidad de afectos vivaces, arrebatados», «ansía experimentar *violentos estremecimientos nerviosos*».

Esta condición natural suya se ve respaldada por el afán de *desempeñar el papel de la providencia* y de acomodar el mundo con arreglo a sus ideas fijas.

235. «Como bien sabes, ciertas venganzas me son bien caras, ciertos sufrimientos muy preciosos.»

236. «¡Ay, Su Señoría!»

237. Movimiento político y literario inglés calificado por Marx y Engels, en el *Manifiesto comunista*, de «socialismo feudal». La Joven Inglaterra, que defendía los intereses de la aristocracia terrateniente, en su lucha contra el poder creciente de la burguesía apoyaba demagógicamente algunas reivindicaciones de los asalariados urbanos (limitación de la jornada laboral, lucha contra la insalubridad de ciertas industrias, etc.), al mismo tiempo que silenciaba la terrible situación de los trabajadores agrícolas, expoliados por los *landlords*.

Su relación con terceros está mediada o bien por su idea fija abstracta o por motivos totalmente personales, fortuitos.

Así, por ejemplo, manumite al médico negro David y a la amante de éste no por la simpatía humana directa que infunden estas personas, no para liberarlas a ellas *mismas*, sino para representar el papel de la *providencia* ante el esclavista Willis y castigarlo por su *incredulidad en Dios*. De esta suerte, el Maître d'école le viene como anillo al dedo para *aplicar* su teoría penal, lucubrada por él hace tanto tiempo. La conversación de Murph con el embajador Graun nos permite observar a fondo, desde otro ángulo, los motivos puramente personales que determinan las nobles acciones de Rudolph.

El interés de monseigneur por Fleur de Marie se explica, como dice Murph —«à part»²³⁸ la compasión que inspira la pobre criatura— porque la hija cuya pérdida le duele tan amargamente tendría al presente la misma edad. La colaboración de Rudolph con la marquesa de Harville tiene —«à part» sus manías filantrópicas— el motivo personal de que si no fuera por el viejo marqués de Harville y su amistad con el zar Alejandro, el padre de Rudolph se habría visto borrado de la nómina de los soberanos alemanes.

Su generosidad con madame George y su interés por Germain, el hijo de ésta, obedecen al mismo motivo. Madame George pertenece a la familia Harville.

«C'est non moins à ses malheurs et à ses vertus qu'à *cette parenté* que la pauvre madame George a dû les incessantes bontés de son Altesse.»²³⁹

El apologista Murph procura encubrir el doble sentido del que adolecen los motivos de Rudolph, mediante giros como «surtout, à part, non moins que».²⁴⁰

Todo el carácter de Rudolph, finalmente, se resume en la hipocresía «pura» con que se las arregla para presentar, ante sí mismo y los demás, los *arranques de sus malas pasiones* como *arranques contra las pasiones de los malvados*, tal como la crítica crítica se las ingenia para presentar *sus propias ineptias* como *ineptias de la masa*, sus odiosos rencores contra el desa-

238. «Aparte.»

239. «La pobre señora George debió, no menos a su infortunio y a sus virtudes que a *ese parentesco*, las incesantes bondades de Su Alteza.»

240. «Sobre todo, aparte, no menos que.»

rollo del mundo exterior a ella, como rencores del mundo exterior a ella contra el desarrollo, y por último su egoísmo, que se figura haber absorbido en sí todo el espíritu, como contradicción egoísta de la masa contra el espíritu.

Daremos pruebas de la hipocresía «pura» de *Rudolph* en su conducta para con el *Maître d'école*, la condesa *Sarah Mac Gregor* y el notario *Jacques Ferrand*.

Rudolph ha persuadido al *Maître d'école* de que cometa un robo con fractura en su residencia —la de Rudolph— para hacerlo caer en la trampa y poder echarle el guante. Lo mueve un interés puramente personal, no un interés general humano. El *Maître d'école*, en efecto, tiene en su poder una *carpeta de la condesa Mac Gregor*, y Rudolph está interesadísimo en posesionarse de *esa carpeta*. Con respecto al tête-à-tête de Rudolph con el *Maître d'école*, se dice expresamente:

«Rodolphe se trouvait dans une anxiété cruelle; s'il laissait *échapper cette occasion de s'emparer du Maître d'école*, il ne la retrouverait sans doute jamais; ce brigand *emporterait les secrets* que Rodolphe avait tant d'intérêt à savoir». ²⁴¹

Rudolph, por consiguiente, en la persona del *Maître d'école* se apodera de la *cartera* de la condesa Mac Gregor; se *apodera* del *Maître d'école* por intereses personales; lo *ciega* movido por una pasión personal.

Cuando Chourineur relata a Rudolph la lucha del *Maître d'école* con Murph y atribuye la resistencia del malhechor a que éste sabía lo que le esperaba, Rudolph responde: «No lo sabía», y dice estas palabras «d'un air sombre, les traits contractés par cette expression presque féroce, dont nous avons parlé». ²⁴² La idea de la venganza ronda por su cerebro, y paladea por anticipado el disfrute brutal que le proporcionará el bárbaro castigo del *Maître d'école*.

Así, también, al presentarse el médico negro David, al que Rudolph ha elegido como instrumento de su *venganza*, exclama éste:

241. «Rudolph se encontraba sumido en una ansiedad cruel; si dejaba *escapar esa ocasión de apoderarse del Maître d'école*, no cabe duda de que la misma no se le volvería a presentar; el bandido *se llevaría los secretos* que Rudolph tenía tanto interés en conocer.»

242. «Con aire sombrío, con los rasgos contraídos por esa expresión casi feroz de la que hemos hablado.»

«“Vengeance!... Vengeance!” s’écria Rodolphe avec une *fureur froide et concentrée*». ²⁴³

Una saña fría y reconcentrada opera en su interior. A continuación, susurra su plan al oído del médico, y al ver que éste retrocede aterrado, se las ingenia enseguida para injerir artificiosamente un motivo teórico «puro» en su *venganza personal*. Se trata, explica, de la «*aplicación de una idea*» que a menudo ha cruzado ya por su excelso cerebro, y no se olvida de añadir untuosamente: «Tendrá aún ante él el horizonte ilimitado del arrepentimiento.» Rudolph imita a la Inquisición española, que luego de entregar al brazo secular el reo condenado al quemadero, añadía una hipócrita solicitud de misericordia para el pecador arrepentido.

De suyo se comprende que el distinguido señor, cuando se desarrolla el interrogatorio y ejecución del Maître d’école, estará sentado en un confortabilísimo gabinete, envuelto en una bata larga y negrísima que contrasta con su interesantísima palidez, y que tendrá por delante una larga mesa con los cuerpos del delito, para copiar con fidelidad la atmósfera de un tribunal. Ahora tendrá que perder la expresión de ferocidad y de venganza con la que comunicó a Chourineur y al médico el plan del cegamiento y presentarse en la actitud comiquísima y solemne de un juez supremo autodesignado, «sereno, triste, calmoso».

Y para que no quede ni la sombra de una duda acerca del «puro» motivo del cegamiento, el necio de Murph le confiesa al embajador Graun:

«El cruel castigo del Maître d’école tenía como objetivo *preferencial* el de *vengarme* de ese *asesino*».

En un tête-à-tête con Murph, Rudolph se expresa de esta manera:

«Ma haine des méchants... est devenue plus vivace, mon aversion pour *Sarah* augmente en raison sans doute du chagrin que me cause la mort de ma fille». ²⁴⁴

Rudolph, pues, nos enteramos de que su odio contra los malvados ha cobrado nuevo brío. Innecesario es decir que su odio es un odio crítico,

243. «“¡Venganza!... ¡Venganza!”, gritó Rudolph con una *saña fría y reconcentrada*».

244. «Mi odio a los malvados... se ha vuelto más vivo, mi aversión por *Sarah* se acrecienta debido, sin duda, al pesar que me causa la muerte de mi hija».

puro, moral; un odio contra los malvados *porque* éstos son malvados. Considera, por consiguiente, que este odio es un progreso efectuado por él en la senda del bien.

Pero al mismo tiempo deja traslucir que esa intensificación del odio moral no es otra cosa que una *sanción hipócrita* con que encubre el aumento de su *aversión personal* contra Sarah. La fantasía moral indeterminada —el acrecentamiento del odio contra los malvados— no es más que la cáscara del hecho inmoral determinado, del acrecentamiento de su aversión contra Sarah. Esta aversión tiene un motivo muy natural, muy individual, su pena personal. Esta pena es la medida de su aversión. Sans doute!²⁴⁵

Una hipocresía aun más repulsiva se pone de manifiesto en la entrevista de Rudolph con la moribunda condesa Mac Gregor.

Tras la revelación del secreto de que Fleur de Marie es la hija de Rudolph y de la condesa, aquél se le aproxima, «l'air menaçant, impitoyable».²⁴⁶ Ella le pide clemencia. «Pas de grâce», le responde, «malédiction sur vous... vous... mon mauvais génie et celui de ma race».²⁴⁷ De modo que lo que quiere vengar Rudolph es su «race». Le comunica a la condesa que, como penitencia por haber intentado matar a su propio padre, se ha impuesto a sí mismo el peregrinar por el mundo recompensando a los buenos y castigando a los malos. Rudolph martiriza a la condesa, se deja llevar por su *encono*, pero a sus *propios* ojos no hace más que cumplir la misión que se ha fijado desde el 13 de enero, esto es, la de «poursuivre le mal».²⁴⁸

Y como él prosigue, Sarah exclama:

«Pitié! je meurs!» “Mourez donc, maudite!” dit Rodolphe effrayant de fureur».²⁴⁹

En estas últimas palabras, «effrayant de *fureur*», se traslucen los motivos puros, críticos y morales de su manera de actuar. Es precisamente este furor lo que lo incitó a desenvainar la espada contra su padre *de bendita memoria*, como lo llama el señor Szeliga. En lugar de combatir

245. Sin duda.

246. «Con aspecto amenazador, despiadado.»

247. «Nada de clemencia... ¡caiga la maldición sobre usted... sobre usted... genio maligno mío y de mi estirpe!»

248. «Perseguir el mal.»

249. «¡Piedad! ¡Me muero!» “¡Muérase pues, maldita!”, dijo Rudolph, pavoroso en su furor.»

esta maldad en su propia persona, en su condición de crítico puro la combate en los demás.

Por último, el propio Rudolph repudia su teoría penal católica. Quisiera abolir la pena de muerte, transformar el castigo en penitencia, pero sólo mientras el asesino ultime a personas extrañas y no toque a los miembros de la familia rudolfiana. No bien el asesinato alcanza a uno de los suyos, Rudolph adopta la pena de muerte; necesita una legislación doble: una para su propia persona y otra para los profanos.

Por Sarah se entera de que Jacques Ferrand ha provocado la muerte de Fleur de Marie. Se dice entonces para sus adentros:

«¡No, no es suficiente!... ¡Qué ardor de venganza!... ¡qué sed de sangre!... ¡qué saña tranquila y reflexiva!... *Mientras no sabía yo que una de las víctimas de este monstruo era mi hija*, me decía: la muerte de este hombre será infecunda... vivir sin dinero, vivir sin poder satisfacer su frenética sensualidad será una tortura doble y prolongada... *¡Pero es mi hija!*... ¡Mataré a este hombre!».

Y se precipita a matarlo, pero lo encuentra en condiciones tales que verter su sangre sería superfluo.

¡El «bueno» de Rudolph! Con el ardor febril del afán de venganza, con la saña tranquila y reflexiva, con la hipocresía que cohonestaba —casuística mediante— todo arrebato de maldad, Rudolph posee precisamente todas esas pasiones del «malo» que lo impulsan a arrancar los ojos a otro. Sólo circunstancias felices —el dinero y su rango— salvan al «bueno» del *presidio*.

«El *poder de la crítica*», para suplir la nulidad de Rudolph en otros terrenos, convierte a este don Quijote en «bon locataire», «bon voisin», «bon ami», «bon père», «bon bourgeois», «bon citoyen», «bon prince»,²⁵⁰ y como siga esta letanía canturreada por el señor Szeliga. *Esto es más que todos los resultados que haya alcanzado «la humanidad en toda su historia».* ¡Y alcanza para que Rudolph salve dos veces al «mundo» de «perecer»!

250. «Buen inquilino», «buen vecino», «buen amigo», «buen padre», «buen burgués», «buen ciudadano», «buen príncipe».

Capítulo IX

EL JUICIO FINAL CRÍTICO

La crítica crítica, por medio de *Rudolph*, ha salvado dos veces al mundo de la ruina, pero sólo para poder decretar ahora, *ella misma*, el *fin del mundo*.

Y miré y escuché a un ángel poderoso, y su nombre era el señor *Hirzel*, que se lanzó a volar en Zurich y cruzaba la bóveda del cielo. Y tenía en su mano un librito abierto que semejaba ser el quinto cuaderno de la *Allgemeine Literatur-Zeitung*; y apoyó el pie derecho en la masa y el izquierdo en Charlotemburgo: y clamó con una gran voz, tal como ruge el león, y sus palabras ascendieron como el ¡tip, tip! de una paloma a la región del pathos y a los aspectos tronitosos del *juicio final crítico*.

«Cuando, a la postre, *todo* se confabule contra la crítica —y en verdad, en verdad os digo que ese momento ya no está lejos—; cuando todo este mundo que amenaza ruina —y al que le ha sido dado contender con los santos— ponga cerco a la crítica preparándose para el ataque final, *entonces* la intrepidez de la crítica y su significación encontrarán el mayor reconocimiento. No podemos sentir ansiedad por el desenlace. Todo se resolverá en que ajustaremos cuentas con los diversos grupos —y los separaremos unos de otros como un pastor separa las ovejas de los carneros, y pondremos las ovejas a nuestra diestra y los carneros a la siniestra— y los caballeros enemigos darán amplias pruebas de su incapacidad —pues son espíritus malignos que surgen de toda la redondez del universo para congregarse en la liza, en aquel gran día de Dios, el Todopoderoso— y se maravillarán los que moran sobre la Tierra.»²⁵¹

251. Marx cita, con interpolaciones irónicas parafraseadas del *Apocalipsis*, una correspondencia desde Zurich escrita por Konrad Hirzel y publicada en abril de 1844 en la *Allgemeine Literatur-Zeitung*. En el párrafo anterior glosa también versículos de la principal obra escatológica cristiana y reproduce expresiones de Hirzel ya citadas en el capítulo VII de *La Sagrada Familia*.

Y al clamar el ángel, siete truenos dejaron oír sus voces:

Dies irae, dies illa
Solvat saeculum in favilla.
Iudex ergo cum sedebit,
Quidquid latet apparebit,
Nil inultum remanebit,
Quid sum miser tunc dicturus?²⁵² etc.

Oiréis guerras y clamor de guerras. Esto habrá de acontecer en primer lugar. Pues se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, los señores *Bucher* y *Roux* de París, los señores *Friedrich Rohmer* y *Theodor Rohmer*, de Zurich, y dirán: ¡Aquí está Cristo! Pero es entonces cuando aparecerá el signo de los hermanos *Bauer* en la crítica, y se cumplirá así lo que dicen las Escrituras sobre la *obra de los Bauer*.²⁵³

Quand les boeufs vont deux à deux
Le labourage en va mieux!²⁵⁴

Epílogo histórico

Como nos hemos enterado más tarde, no ha sido el mundo el que ha perecido, sino la *Literatur-Zeitung* crítica.

252. «En el día de la ira, en ese día, el mundo quedará hecho cenizas. Y por ello, cuando el juez se sienta en su estrado, saldrá a luz lo que estaba oculto, nada quedará impune, ¿y qué diré yo, misero de mí?»

253. *Bauernwerk*, la *obra de los Bauer*, significa también la *obra de los campesinos* (Bauer = campesino), esto es, el *labourage* del dístico siguiente.

254. Cuando los bueyes van de a dos, la *labranza* va mejor.

FRIEDRICH ENGELS

LA SITUACIÓN DE LA CLASE
OBRERA EN INGLATERRA

A LAS CLASES TRABAJADORAS DE GRAN BRETAÑA

¡Trabajadores!

Os dedico una obra en la cual he realizado la tentativa de trazar para mis compatriotas alemanes un cuadro fiel de vuestras condiciones de vida, de vuestros padecimientos y luchas, de vuestras esperanzas y perspectivas. He vivido bastante tiempo entre vosotros como para saber algo acerca de vuestras condiciones de vida; he consagrado mi más seria atención a su conocimiento; he estudiado los diversos documentos oficiales y no oficiales, en la medida en que tuve la posibilidad de procurármelos; no me he contentado con ello, me interesaba algo más que el mero conocimiento *abstracto* de mi tema, quise veros en vuestras viviendas, observaros en vuestra vida cotidiana, platicar con vosotros acerca de vuestras condiciones de vida y de vuestros dolores, ser testigo de vuestras luchas contra el poder social y político de vuestros opresores. Para ello procedí de la siguiente manera: renuncié a reuniones y banquetes, al oporto y al champaña de la clase media, y dediqué casi exclusivamente mis horas libres al contacto con *obreros* comunes; estoy contento y a la vez orgulloso de haber procedido de esta suerte. Contento, porque de ese modo me he procurado más de una hora dichosa, mientras al mismo tiempo conocía vuestra verdadera vida, más de una hora que, de otro modo, se hubiese gastado en charlas convencionales y aburridas etiquetas; orgulloso, porque ello me brindó la ocasión de hacer justicia a una clase oprimida y calumniada, a la cual, a pesar de todos sus defectos y con todas las desventajas de su situación, negaría su atención a lo sumo un alma de mercachifle inglés; orgulloso, también, porque de ese modo estuve en condiciones de preservar al pueblo inglés del creciente desdén que constituyó, en el continente, la consecuencia inevitable de la política brutal y egoísta y, en general, de la acción de vuestra clase media dominante.

Gracias a mi simultánea y amplia oportunidad para observar a la clase media, vuestra adversaria, he llegado rápidamente a la conclusión de

que tenéis razón, toda la razón, si no esperáis de ellos ayuda alguna. Sus intereses y los vuestros son diametralmente opuestos, pese a que ellos siempre intentarán afirmar lo contrario y despertar en vosotros la fe en su más cordial simpatía por vuestro destino. Pero sus acciones los desmienten. Confío en haber aportado material probatorio más que suficiente en el sentido de que la clase media —diga ésta lo que quiera— no conoce, en realidad, otro objetivo que el de enriquecerse mediante vuestro trabajo, mientras pueda vender el producto de éste, y de dejaros librados a la muerte por inanición en cuanto no pueda obtener ganancias de este comercio indirecto con carne humana. ¿Qué han hecho para demostrar sus presuntas buenas intenciones a vuestro respecto? ¿Acaso prestaron alguna vez seria atención, de alguna manera, a vuestros padecimientos? ¿Han hecho algo más que aprobar los costos de media docena de comisiones investigadoras, cuyos amplios informes están condenados a dormitar eternamente bajo montones de papeles de desecho en los estantes del *Home Office*?¹ ¿Acaso alguna vez se decidieron a convertir sus modernos libros azules siquiera en un único libro legible, que pudiese dar a cualquiera la posibilidad de procurarse, sin esfuerzo, algún material sobre la situación vital de la inmensa mayoría de los «británicos nacidos libres»? Naturalmente que no; ésas son cosas acerca de las cuales no les gusta hablar; dejaron en manos de un extranjero la tarea de informar al mundo civilizado acerca de la indigna situación en la cual estáis obligados a vivir.

Extranjero para *ellos*, espero, que no para *vosotros*. Aunque mi inglés no sea puro, espero que os parezca un inglés *claro*. Jamás obrero alguno me ha tratado en Inglaterra —y, al margen sea dicho, tampoco en Francia— como extranjero. Con el mayor placer he visto que estáis exentos de la perniciosa maldición de las limitaciones nacionales y de la arrogancia nacional, que en última instancia no es otra cosa que *egoísmo en gran escala*; he observado vuestra simpatía para con cualquiera que consagre honestamente sus fuerzas al progreso humano, sea inglés o no, vuestra admiración por todo lo bueno y noble, haya crecido en vuestra patria o no; he descubierto que sois más que meros *ingleses*, integrantes de una nación individual, aislada; descubrí que sois *seres humanos*, integrantes de la gran familia internacional de la *humanidad*, seres que han descubierto que sus intereses y los de toda la raza humana son los mismos, y en cuanto tales, en cuanto miembros de esa familia de la *humanidad* «*única e indivisible*», en cuanto *seres humanos* en el sentido más enfático de la

1. Ministerio del Interior.

palabra, en cuanto tales saludamos, yo y muchos otros en el Continente, vuestros progresos en todo sentido, y os deseamos pronto éxito. ¡Adelante, pues, por el camino iniciado! Mucho os espera aún; ¡sed firmes, no os dejéis desalentar, que vuestro éxito es cierto, y cualquier paso adelante por el camino que debéis transitar servirá a nuestra causa común, a la causa de la *humanidad*!

FRIEDRICH ENGELS

Barmen (Prusia Renana), 15 de marzo de 1845.

PRÓLOGO

Los pliegos siguientes tratan un tema que al principio sólo quise exponer como capítulo aislado de un trabajo de mayor envergadura acerca de la historia social de Inglaterra, pero cuya importancia pronto me obligó a elaborarlo en forma independiente.

La situación de la clase obrera es el terreno y punto de partida efectivo de todos los movimientos sociales del presente, porque constituye la saliente más encumbrada y desembozada de nuestra miseria social imperante. Tal situación ha engendrado directamente al comunismo obrero francés y alemán, e indirectamente al furierismo y al socialismo inglés, así como al comunismo de la burguesía ilustrada alemana. El conocimiento de la situación proletaria es una necesidad ineludible para poner en terreno firme, por una parte, a las teorías socialistas, y por la otra, a los juicios acerca de su justificación, y para dar fin a todas las idealizaciones y fantasías en pro y en contra. Pero las condiciones proletarias sólo existen en su *forma clásica*, acabada, en el Reino Unido, especialmente en la propia Inglaterra; y al mismo tiempo sólo en Inglaterra el material necesario ha sido recopilado en forma tan completa y verificado por medio de investigaciones oficiales como resulta necesario para una exposición de alguna manera exhaustiva del tema.

Durante veintiún meses tuve ocasión de conocer de cerca y por observaciones y relaciones personales al proletariado inglés, sus afanes, sus penas y alegrías, y al mismo tiempo de completar mis puntos de vista mediante el empleo de las fuentes auténticas necesarias. En el presente trabajo he elaborado cuanto he visto, oído y leído. Estoy preparado a que no sólo mis puntos de vista, sino también los hechos dados, se vean atacados desde muchos sectores, en especial si mi libro cae en manos de ingleses; sé asimismo que ocasionalmente podrá demostrarse la presencia de alguna inexactitud insignificante, que resultaría inevitable hasta para un inglés en vista de la amplitud de los temas y de sus vastas premisas,

tanto más por cuanto en la propia Inglaterra no existe aún ninguna obra que, como la mía, trate de *todos* los obreros; pero no vacilo ni por un instante en desafiar a la burguesía inglesa a que me demuestre alguna inexactitud siquiera en un solo hecho que sea de algún modo importante para la situación general, y que lo haga con pruebas igualmente auténticas que las que he presentado.

Especialmente para Alemania, la descripción de las condiciones clásicas del proletariado del reino británico tiene suma importancia, sobre todo en los momentos actuales. El socialismo y el comunismo alemanes han partido, más que ningún otro, de supuestos teóricos; nosotros, los teóricos alemanes, aún sabíamos demasiado poco del mundo real como para que las condiciones reales nos hubiesen impulsado directamente hacia reformas de esta «mala realidad». De quienes abogan públicamente por tales reformas, por lo menos casi ninguno ha llegado al comunismo de otro modo que mediante la reducción por Feuerbach de la especulación hegeliana. Las condiciones reales de vida del proletariado son tan poco conocidas entre nosotros, que incluso las bienintencionadas «asociaciones para la elevación de las clases laboriosas», en las que actualmente nuestra burguesía maltrata la cuestión social, parten de continuo de las opiniones más ridículas y absurdas acerca de la situación de los obreros. Nosotros, los alemanes, necesitamos, sobre todo, un conocimiento de los hechos atinentes a esta cuestión. Y aun cuando las condiciones proletarias de Alemania no se han desarrollado hasta el clasicismo de las condiciones inglesas, tenemos en el fondo el mismo orden social que, a la corta o a la larga, tendrá que llevar al mismo extremo que ya ha alcanzado allende el Mar del Norte, en caso de que la sagacidad de la nación no produzca a tiempo las medidas que confieran una nueva base a todo el sistema social. Las mismas causas que han producido en Inglaterra la miseria y la opresión del proletariado existen asimismo en Alemania y, a la larga, deben engendrar los mismos resultados. Pero mientras tanto, la miseria *inglesa* comprobada nos dará la ocasión de verificar también nuestra miseria *alemana*, y un patrón de medida para evaluar su extensión y la magnitud del peligro —manifestado en los disturbios en Silesia y en Bohemia— que amenaza, desde este ángulo, la tranquilidad inmediata de Alemania.

Por último, quedánme aún por formular dos observaciones. La primera es que siempre he empleado la palabra *clase media* en el sentido de la *middle-class* inglesa (o *middle-classes*, como se dice casi siempre), en el cual significa, al igual que la palabra francesa *bourgeoisie*, la clase poseedora, y en especial la clase poseedora a diferencia de lo que ha dado en

denominarse la aristocracia, la clase que se halla en posesión del poder estatal, directamente en Francia e Inglaterra, e indirectamente, como «opinión pública», en Alemania. De ese modo he empleado de continuo como sinónimas las expresiones obreros (*working men*) y proletarios, clase obrera, clase desposeída y proletariado. La segunda es que en la mayor parte de las citas he indicado el partido al cual pertenecían mis informantes, a causa de que los liberales tratan casi siempre de subrayar la miseria de los distritos agrícolas, pero de negar la de los distritos fabriles, mientras que los conservadores, por el contrario, reconocen la miseria de los distritos fabriles, pero nada quieren saber de la de las comarcas agrícolas. Es también por esa causa que, cuando no disponía de documentos oficiales, prefería siempre un informe *liberal* para la descripción de los obreros industriales, para de ese modo poder desmentir a la burguesía liberal con sus propias palabras, y en general sólo me remitía a *tories* o cartistas cuando conocía la exactitud de los hechos por propia observación o cuando podía estar convencido de la veracidad del testimonio en vista del carácter personal o literario de las autoridades citadas.

F. ENGELS

Barmen, 15 de marzo de 1845.

INTRODUCCIÓN

La historia de la clase obrera en Inglaterra comienza con la segunda mitad del siglo pasado, con la invención de la máquina de vapor y de las máquinas para la elaboración del algodón. Como es sabido, esos inventos dieron el impulso para una revolución industrial, una revolución que al mismo tiempo transformó toda la sociedad burguesa y cuya importancia en la historia universal sólo ahora comienza a reconocerse. Inglaterra es la tierra clásica de esta revolución, que fue tanto más tremenda cuanto menor ruido hizo en su transcurso, y por ello Inglaterra es también el país clásico en cuanto al desarrollo del resultado principal de esa revolución: el proletariado. El proletariado sólo en Inglaterra puede estudiarse en todas sus relaciones y en todos sus aspectos.

Por ahora no tenemos que habérmolas con la historia de esa revolución, ni con su inmensa significación para el presente y para el futuro. Esa exposición ha de quedar reservada para un trabajo futuro y de mayores alcances. Por el momento debemos restringirnos a lo poco necesario para comprender los hechos sucesivos, para comprender la situación presente de los proletarios ingleses.

Antes de la introducción de las máquinas, la hilatura y el tejido de las materias primas tenía lugar en casa del trabajador. Su mujer y sus hijas producían el hilado que el marido tejía, o que vendían si el propio padre de familia no lo elaboraba. Estas familias de tejedores vivían mayormente en el campo, en las cercanías de las ciudades, y podían arreglárselas bastante bien con su salario, ya que el mercado interno aún era decisivo en cuanto a la demanda de telas, más aun, era casi el único mercado, y la supremacía de la competencia, que irrumpió más tarde, con la conquista de mercados extranjeros, con la expansión del comercio, aún no presionaba sensiblemente sobre el salario. A ello se sumaba un permanente acrecentamiento de la demanda en el mercado interno, que mantenía el mismo ritmo del lento incremento de la población, y que por consiguiente

ocupaba a todos los trabajadores, y luego la imposibilidad de una violenta competencia recíproca de los trabajadores, producto del aislamiento rural de sus viviendas. Ocurría así que el tejedor estaba las más de las veces en condiciones de guardar algo y de arrendar una pequeña parcela, que laboraba en sus horas de ocio (de las cuales tenía tantas como quisiera, ya que podía tejer cuando y cuanto le viniera en gana). Por cierto que era mal agricultor y efectuaba su explotación agrícola con negligencia y sin mucho rendimiento real; pero por lo menos no era un proletario, había clavado una pica en el suelo de su patria, como dicen los ingleses, estaba afincado y se hallaba un peldaño por encima de la escala social que el obrero inglés actual.

De este modo vegetaban los trabajadores en una existencia bastante cómoda, viviendo una vida honesta y tranquila, con toda beatitud y honorabilidad, y su posición material era, con mucho, mejor que la de sus sucesores; no tenían necesidad de trabajar en exceso, no hacían más de cuanto les diera la gana, y sin embargo ganaban lo que necesitaban, tenían horas de ocio para sus sanas tareas en la huerta o en el campo —un trabajo que de por sí era ya, para ellos, un esparcimiento— y además podían participar también en los esparcimientos y juegos de sus vecinos. Y todos esos juegos —bolos, pelota, etc.— contribuían a la conservación de su salud y al fortalecimiento de sus cuerpos. Eran mayormente personas vigorosas, de constitución fuerte, en cuya complexión física podían descubrirse pocas o ninguna diferencia con respecto a sus vecinos agricultores. Sus hijos crecían al aire libre del campo, y si bien podían ayudar a sus padres en el trabajo, ello sólo ocurría de vez en cuando, y sin que se diera el caso de un lapso diario de ocho o doce horas de trabajo.

Es fácil inferir cuál era el carácter moral e intelectual de esta clase. Aislados de las ciudades, a las cuales jamás ingresaban, ya que el hilado y el tejido se entregaba a agentes viajeros a cambio de la percepción del salario —tan aislados que los ancianos que vivían en las cercanías inmediatas de las ciudades jamás viajaban hacia ellas, hasta que finalmente las máquinas los despojaron de su oficio y los obligaron a dirigirse a las urbes en busca de trabajo—, se hallaban en el nivel moral e intelectual de las gentes del agro, con quienes los vinculaba, ya de por sí, mayormente en forma directa, su pequeño arrendamiento. Consideraban a su *squire* —el terrateniente más importante de la región— como su superior natural, le pedían consejo, le presentaban sus pequeñas reyertas para que laudara al respecto, y le tributaban todos los homenajes que traía aparejada esta relación patriarcal. Eran personas «respetables» y

buenos padres de familia, vivían moralmente porque nada los incitaba a ser inmorales, ya que no había en sus cercanías tabernas ni casas de tolerancia, y porque el mesonero en cuyo establecimiento saciaban de vez en cuando su sed, era asimismo un hombre respetable y las más veces un gran arrendatario, devoto de la buena cerveza, del buen orden y de recogerse temprano. Sus hijos permanecían todo el día con ellos en el hogar, y los educaban en la obediencia y en el temor de Dios; la relación familiar patriarcal se mantenía imperturbada mientras los propios hijos no estaban aún casados; los jóvenes crecían en idílica concordia y confianza con sus compañeros, hasta que contraían enlace, y aunque las relaciones sexuales prematrimoniales eran casi corrientes, ello sólo ocurría porque ambas partes reconocían el compromiso moral de contraer nupcias, y el casamiento sucesivo volvía todo a sus carriles. En suma, los trabajadores industriales ingleses de aquel entonces vivían y pensaban de la misma manera que aún se encuentra en algunos lugares de Alemania, aislados y retirados, sin actividad intelectual y sin fluctuaciones violentas en su situación vital. Rara vez sabían leer, y mucho más raro aún era el caso en que supieran escribir, concurrían regularmente a la iglesia, no hablaban de política, no conspiraban, no pensaban, disfrutaban con los ejercicios físicos, oían la lectura de la Biblia con devoción hereditaria, y se conducían de manera inmejorable, con su humildad sin pretensiones, ante las clases más prestigiosas de la sociedad. Pero en cambio estaban espiritualmente muertos, vivían sólo para sus mezquinos intereses privados, para su telar y su pequeño huerto, y nada sabían del tremendo movimiento que, allí afuera, recorría la humanidad. Se sentían cómodos en su quieta vida vegetal y, de no haber sido por la revolución industrial, jamás hubiesen salido de esa existencia, por cierto que muy romántica y confortable, pero indigna de un ser humano. Pero es que no eran seres humanos, sino solamente máquinas que trabajaban al servicio de los pocos aristócratas que hasta entonces habían conducido la historia; la revolución industrial no hizo otra cosa que imponer las consecuencias de ello, al convertir definitivamente a los obreros en meras máquinas y al quitarles de sus manos el último resto de actividad autónoma, pero impulsándolos con ello a pensar y a exigir una posición humana. Tal como lo fue en Francia la política, así fue en Inglaterra la industria y el movimiento de la sociedad burguesa en general la que arrastró dentro del torbellino de la historia a las últimas clases sumidas en la apatía con respecto a los intereses humanos generales.

El primer invento que provocó una transformación radical de la situación de hasta entonces de los trabajadores ingleses fue la *jenny* del

tejedor James Hargreaves de Standhill, cerca de Blackburn, en el norte de Lancashire (1764). Esta máquina fue el tosco comienzo de la *mule* posterior y se ponía en movimiento a mano, pero en lugar de poseer un huso, como la rueca manual corriente, poseía de dieciséis a dieciocho, impulsados por un único operario. Ello posibilitó que se produjese una cantidad considerablemente mayor de hilado que hasta entonces; mientras que antes, cuando un tejedor siempre mantenía ocupadas a tres hilanderas, nunca había hilado suficiente y el tejedor debía quedar a la espera de hilado, ahora también había más hilado que el que podían tejer los trabajadores existentes. La demanda de prendas tejidas, que ya de por sí se hallaba en aumento, aumentó aun más a causa del menor precio de las telas, consecuencia de que la nueva máquina había abatido los costos de producción del hilado; se necesitaban más tejedores, y el salario de éstos aumentó. Entonces, puesto que podía ganar más con su telar, el tejedor abandonó paulatinamente su ocupación agrícola y se consagró por entero a tejer. Hacia esa época, una familia compuesta por cuatro adultos y dos niños, que se empleaban para devanar, trabajando diez horas diarias, podía ganar cuatro libras esterlinas —veintiocho táleros en moneda prusiana— por semana, y a menudo aun más, si los negocios marchaban bien y el trabajo urgía; a menudo ocurría que un solo tejedor ganara dos libras semanales en su telar. De este modo fue desapareciendo, poco a poco y por completo, la clase de los tejedores-agricultores, convirtiéndose en la recién formada clase de los tejedores exclusivos que vivían únicamente de su salario, no tenían posesión alguna —ni siquiera la posesión aparente de un arrendamiento— y se convertían así en *proletarios* (*working men*). A ello se sumó aunque se abolió la antigua relación entre el hilandero y el tejedor. Hasta ese momento, y en la medida de lo posible, se hilaba y tejía el hilado bajo un mismo techo. Entonces, cuando la *jenny* exigía, lo mismo que el telar, una mano vigorosa, también comenzaron a hilar los hombres, y familias enteras vivían exclusivamente de ella, mientras que otros, a su vez, debieron dejar de lado la rueca, envejecida y superada y, si carecían de medios para la compra de una *jenny*, vivir únicamente del telar del padre de familia. De este modo comenzó la división del trabajo, en el tejido y el hilado, división que luego habría de perfeccionarse tan infinitamente en la industria ulterior.

Mientras de este modo se desarrollaba ya el *proletariado industrial* con la primera máquina, sumamente imperfecta aún, esa misma máquina dio origen al nacimiento, asimismo, del *proletariado agrícola*. Hasta ese momento habían existido gran cantidad de pequeños terratenientes,

denominados *yeomen*, que vegetaban en la misma quietud y pobreza intelectual que sus vecinos, los tejedores-agricultores. Cultivaban su pequeña parcela de terreno exactamente de la misma manera negligente de sus padres y se oponían a cualquier innovación con el empecinamiento peculiar de esta clase de sujetos de costumbres, que han permanecido estacionarias a través de una serie de generaciones. Entre ellos había también muchos pequeños arrendatarios, pero no arrendatarios en el sentido actual del término, sino gentes que, en virtud de un arrendamiento hereditario contractual o de una antigua costumbre habían recibido de sus padres y abuelos el legado de su parcelita, en la cual habían estado tan firmemente asentados hasta ese momento como si les perteneciese en propiedad. Entonces, puesto que los obreros industriales se retiraban de la agricultura, quedaron libres una cantidad de terrenos, y en ellos se enquistó la nueva clase de los *grandes arrendatarios*, quienes arrendaban cincuenta, cien, doscientos y más acres juntos, que eran *tenants-at-will*, vale decir arrendatarios cuyo arrendamiento podía cancelarse todos los años, y que ahora sabían cómo acrecentar el rendimiento de los terrenos por medio de un mejor cultivo y de una explotación en gran escala. Podían vender sus productos más baratos que el pequeño *yeoman*, y a éste, en vista de que su terreno ya no lo alimentaba, no le quedaba más recurso que venderlo y comprarse una *jenny* o un telar, o entrar a trabajar como jornalero, como proletario agrícola, en el establecimiento del gran arrendatario. Su pereza hereditaria y el tipo negligente de cultivo de su propiedad, recibido en herencia de sus antepasados, y por encima del cual no podía elevarse, no le dejaron más remedio cuando se vio en la necesidad de competir contra gente que explotaba su arrendamiento según principios más racionales y con todas las ventajas que ponían en sus manos una explotación en gran escala y la inversión de capitales en el mejoramiento del suelo.

Sin embargo, no se detuvo aquí el movimiento de la industria. Algunos capitalistas comenzaron a instalar *jennys* en grandes edificios y a impulsarlas mediante *energía hidráulica*, lo cual los dejó en situación de reducir el número de obreros y de vender su hilado más barato que los tejedores individuales, quienes sólo movían la máquina a mano. Continuamente se produjeron perfeccionamientos de la *jenny*, de modo que a cada instante alguna máquina resultaba anticuada y debía ser modificada o inclusive desechada; y si el capitalista aún podía subsistir incluso, mediante el empleo de la energía hidráulica, con máquinas más antiguas, a la larga ello le resultaba imposible al hilandero individual. Si esto implicaba ya los comienzos del sistema fabril, la invención de la *spinning-*

throstle, debida a *Richard Arkwright*, un barbero de *Preston*, en el norte de Lancashire, y que data de 1767, provocó una nueva expansión. Esta máquina, que en alemán se denomina habitualmente *Kettenstuhl*² es, junto con la máquina de vapor, el invento mecánico más importante del siglo XVIII. Ha sido calculada desde un principio con vistas al empleo de *fuera motrix mecánica*, y se basa en principios totalmente novedosos. Combinando las características de la *jenny* y del telar continuo, *Samuel Crompton*, de *Firwood* (Lancashire), inventó en 1785 la *mule* y, puesto que en esa misma época Arkwright inventó las *máquinas de cardar y de preparación del hilado*, esto hizo que el sistema fabril se convirtiese en el único imperante para el hilado del algodón. Poco a poco se comenzó a adaptar estas máquinas, mediante algunas modificaciones insignificantes, al hilado de lana y, más adelante (durante la primera década del presente siglo), también al lino, desplazando con ello el trabajo manual asimismo en estos rubros. Pero la evolución tampoco se detuvo allí; durante los últimos años del siglo anterior, el doctor Cartwright, un sacerdote de campaña, había inventado el *telar mecánico* y hacia 1804 lo había perfeccionado a tal punto que podía competir con éxito contra los tejedores manuales; y todas estas máquinas adquirieron doble importancia gracias a la *máquina de vapor* de *James Watt*, inventada hacia 1764 y que se empleaba desde 1785 para impulsar las máquinas de hilar.

Con estos inventos, que desde entonces se han seguido perfeccionando año tras año, quedaba decidido el *triunfo del trabajo mecánico sobre el trabajo manual* en los principales ramos de la industria inglesa, y a partir de ese momento toda la historia de esta última sólo nos informa cómo los trabajadores manuales fueron expulsados por las máquinas de una posición a otra. Las consecuencias de ello fueron, por un lado, una rápida caída de los precios de todas las mercancías manufacturadas, el florecimiento del comercio y de la industria, la conquista de casi todos los mercados extranjeros que no gozaban de protección, un pronto incremento de los capitales y de la riqueza nacional; por el otro, un incremento mucho más rápido aún del proletariado, la destrucción de todas las posesiones, de toda seguridad de ocupación para la clase trabajadora, desmoralización, agitación política y todos esos hechos tan repugnantes para los ingleses poseedores que hemos de considerar en los pliegos siguientes. Si ya hemos visto anteriormente el trastocamiento provocado en las condiciones sociales de las clases inferiores por una única y torpe máquina como la *jenny*, no podremos sorprendernos ya por la resultante

de un sistema totalmente imbricado de maquinarias finamente elaboradas, que recibe de nosotros la materia prima en bruto y nos devuelve telas acabadamente tejidas.

Pero sigamos con algún mayor detenimiento el desarrollo³ de la industria inglesa,*¹ y comencemos por su ramo principal, el de la *industria algodonera*. Durante los años de 1771 a 1775 se importaron, por término medio, menos de cinco millones de libras de algodón en rama por año; en 1841 fueron quinientos veintiocho millones, y la importación de 1844 ascenderá por lo menos a seiscientos millones de libras. En 1834, Inglaterra exportó 556 millones de yardas de telas tejidas de algodón, 76 1/2 millones de libras de hilado de algodón, y tejidos de punto de algodón por valor de 1.200.000 libras esterlinas. Ese mismo año trabajaban más de ocho millones de husos de *mule*, 110.000 telares mecánicos y 250.000 telares manuales, sin contar los husos de los telares continuos al servicio de la industria algodonera, y según los cálculos de MacCulloch en los tres reinos vivían entonces de este ramo de la industria, directa o indirectamente, casi un millón y medio de personas, de las cuales solamente 220.000 trabajaban en las fábricas; la energía empleada por esas fábricas era de 33.000 caballos de fuerza de vapor y de 11.000 caballos de fuerza hidráulica. Actualmente, todas estas cifras no alcanzan ya, ni con mucho, y se puede suponer tranquilamente que en 1845 la energía y el número de las máquinas, así como el número de obreros, será en un 50 % mayor que en 1834. La sede principal de esta industria es el *Lancashire*, que es también su lugar de origen; ha revolucionado por completo ese condado, transformándolo de una ciénaga oscura y mal cultivada en una región animada y laboriosa, decuplicando su población en ochenta años y haciendo que brotaran del suelo, como por arte de magia, ciudades gigantescas como *Liverpool* y *Manchester*, con 700.000 habitantes en total, y sus ciudades subsidiarias *Bolton* (60.000 habitantes), *Rochdale* (75.000 habitantes), *Oldham* (50.000 habitantes), *Preston* (60.000 habitantes), *Ashton* y *Stalybridge* (40.000 habitantes) y gran cantidad de otras ciudades fabriles. La historia del sur de Lancashire conoce los mayores milagros de nuestros tiempos y sin

*1. Según Porter, [*The*] *Progress of the Nation* [El progreso de la nación], London, 1836 vol. I, 1838 vol. II, 1843 vol. III (de datos oficiales) y de otras fuentes, también oficiales en su mayor parte.— (1892) El esbozo histórico de la revolución industrial incluido en el texto es inexacto en algunos detalles; pero en 1843/44 no había mejores fuentes de materiales disponibles.

3. En la edición original (1845), *Verwicklung* (enredo, confusión); en 1892, *Entwicklung* (desarrollo).

embargo nadie habla de ella, pero todos esos milagros son producto de la industria del algodón. Además, *Glasgow* constituye un segundo centro del distrito algodonero de Escocia, *Lanarkshire* y *Renfrewshire*, y también allí la población de la ciudad central ha aumentado, desde la instauración de esta industria, de 30.000 a 300.000 habitantes. La *calcetería* de *Nottingham* y *Derby* también recibió renovado impulso gracias a la rebaja de los precios del hilado y otro más gracias a un perfeccionamiento del telar de calcetería que permite que un solo telar teja dos calcetines al mismo tiempo; la *fabricación de encajes* también se convirtió en un importante ramo de la industria desde 1777, año en el cual se inventó la *máquina de hacer lace*;⁴ poco después *Lindley* inventó la *máquina de point-net* y en 1809 *Heathcote* inventó la *máquina de bobbinet*,⁵ que simplificaba infinitamente la confección de encajes, y el consumo de los mismos se incrementó igualmente como consecuencia del abaratamiento de los precios, a tal punto que actualmente por lo menos 200.000 personas se sustentan mediante esta fabricación. Sus sedes principales se hallan en *Nottingham*, *Leicester* y en el oeste de Inglaterra (*Wiltshire*, *Devonshire*, etc.). La misma expansión han experimentado los sectores laborales dependientes de la industria algodonera, el blanqueo, tintura y estampado. Además, el *blanqueo*, gracias al empleo del *cloro* en lugar del oxígeno en el blanqueo químico, la *tintura* y el *estampado* gracias al rápido desarrollo de la química, y el estampado en virtud de una serie de los más brillantes inventos mecánicos, han experimentado un auge que, junto a la expansión provocada por el incremento de la fabricación del algodón, produjo la elevación de estos ramos de la actividad a un florecimiento sin precedentes.

En la *elaboración de la lana* se desarrolló la misma actividad. Hasta ese momento había sido el ramo principal de la industria inglesa, pero el volumen de la producción durante aquellos años no es nada en comparación con lo que se fabrica en la actualidad. En 1782, toda la cosecha lanera de los tres años precedentes aún se hallaba sin elaborar por falta de operarios, y hubiese debido seguir estándolo si no hubiese acudido en su auxilio la maquinaria recién inventada, con la cual se la pudo hilar. El traslado de estas máquinas a la hilatura de lana se llevó a cabo con el mayor de los éxitos. Se produjo entonces en los distritos laneros el mismo rápido desarrollo que hemos visto en los distritos algodoneros. En 1738 se habían confeccionado en el *West Riding* de *Yorkshire* 75.000 piezas

4. *Lace*: encaje.

5. *Point-net*, *bobbinet*: distintos tipos de encaje o puntillas.

de paños de lana; en 1817 se confeccionaron 490.000, y la expansión de la industria lanera fue tan veloz que en 1834 se confeccionaban ya 450.000 piezas de paños más que en 1825. En 1801 se elaboraron 101 millones de libras de lana (7 millones de las cuales eran importadas), mientras que en 1835 fueron 180 millones de libras (de las cuales 42 millones eran importadas). El distrito principal de esta industria lo constituye el West Riding de Yorkshire; especialmente en *Bradford* se elabora la lana inglesa larga para convertirla en estambres, etc., y en las restantes ciudades del distrito, *Leeds*, *Halifax*, *Huddersfield*, etc., se elabora la lana corta para convertirla en fibras torcidas y para el tejido de paños; además se encuentra la parte limítrofe de *Lancashire*, la región de *Rochdale*, donde además de elaborar el algodón se confecciona gran cantidad de franela, y el oeste de *Inglaterra*, que fabrica los paños más finos. Aquí resulta igualmente notable el incremento de la población:

Bradford	tenía en 1801	29.000 hab.	y en 1831	77.000 hab.
Halifax	tenía en 1801	63.000 hab.	y en 1831	110.000 hab.
Huddersfield	tenía en 1801	15.000 hab.	y en 1831	34.000 hab.
Leeds	tenía en 1801	53.000 hab.	y en 1831	123.000 hab.
y todo el				
West Reading	tenía en 1801	564.000 hab.	y en 1831	980.000 hab.

población ésta que desde 1831 aún debe haberse incrementado por lo menos de un 20 a 25 %. En 1835 la hilatura de lana ocupaba, en los tres reinos, 1.313 fábricas con 71.300 obreros; por lo demás, estos últimos son sólo una pequeña parte de la multitud que vive directa o indirectamente de la elaboración de la lana y excluyen a casi todos los tejedores.

El progreso se desarrolló con posterioridad en la *industria lencera* porque en ella la índole de la materia prima en bruto dificultaba mucho el empleo de la máquina de hilar. Por cierto que ya durante los últimos años del siglo pasado se efectuaron en Escocia tentativas de esta clase, pero sólo en 1810 el francés Girard logró resolver la *hilatura del lino* de una manera práctica, e inclusive las máquinas de Girard sólo adquirieron la significación que les correspondía gracias a los perfeccionamientos que experimentaron en Inglaterra y a su aplicación generalizada en *Leeds*, *Dundee* y *Belfast*, en territorio británico. Pero entonces la *industria lencera* se expandió con rapidez en Inglaterra. En 1814 se importaron en Dundee 3.000 *tons**² de lino, en 1833 se importaron cerca de

*2. La *ton* inglesa es un peso de 2.240 libras inglesas, (1892) unos 1.000 kilogramos.

19.000 *tons* de lino y 3.400 *tons* de cáñamo. La exportación de lienzos irlandeses a Gran Bretaña se elevó de 32 millones de yardas (1800) a 53 millones (1825), gran parte de las cuales se reexportaron; la exportación de tejidos de lencería ingleses y escoceses se elevó de 24 millones de yardas (1820) a 51 millones (1833). El número de hilanderías de lino ascendía en 1835 a 347 con 33.000 obreros, de las cuales la mitad se hallaban en el sur de Escocia, más de 60 en el West Riding de Yorkshire (Leeds y alrededores), 25 en Belfast, en Irlanda, y las restantes en Dorsetshire y Lancashire. El tejido se practica en el sur de Escocia, y aquí y allá en Inglaterra, pero especialmente en Irlanda.

Con idénticos resultados se dedicaron los ingleses a la *elaboración de la seda*. En este caso recibían el material ya hilado desde el sur de Europa y el Asia, y el trabajo principal consistía en *tramar* sus finos hilos. Hasta 1824 el gravoso arancel aplicado a la seda cruda (de 4 chelines por libra) obstaculizó seriamente a la industria sedera, que sólo disponía del mercado de Inglaterra y de sus colonias a causa de los aranceles protectores. Entonces se rebajó el arancel de importación a un penique y de inmediato aumentó considerablemente el número de fábricas; en un año, el número de husos de retorcer aumentó de 780.000 a 1.180.000, y aunque la crisis comercial de 1825 paralizó por un instante este ramo de la industria, ya en 1827 se fabricaba más que nunca, puesto que la pericia mecánica y la experiencia de los ingleses aseguraban a sus máquinas de tramado la primacía sobre las torpes instalaciones de sus competidores. En 1835 el Reino Unido poseía 263 fábricas de tramado con 30.000 obreros, mayormente situadas en *Cheshire* (*Macclesfield*, *Congleton* y alrededores), *Manchester* y *Somersetshire*. Además existen aún muchas fábricas para elaborar los desperdicios de seda de los capullos, de los cuales se elabora un artículo particular (*sprun-silk*), con el cual los ingleses abastecen inclusive a las tejedurías de París y de Lyon. El tejido de la seda así tramada e hilada se realiza especialmente en Escocia (*Paisley*, etc.) y en Londres (*Spitalfields*), aunque también en *Manchester* y en otros lugares.

Pero el impulso gigantesco que ha tomado la industria inglesa desde 1760 no se limita a la fabricación de géneros para vestimenta. Una vez dado, ese impulso se difundió a través de todos los ramos de la actividad industrial, y una cantidad de inventos que no guardaban relación con los mencionados hasta este momento adquirieron doble importancia en virtud de su contemporaneidad con el movimiento general. Pero al mismo tiempo, una vez que se hubo demostrado prácticamente la significación inconmensurable de la fuerza mecánica en la industria, también se puso en movimiento todo lo posible para explotar esa energía en todos sus as-

pectos y para hacerlo en forma ventajosa para los distintos inventores y fabricantes; y además, la demanda de maquinaria y de material combustible y de elaboración duplicó ya directamente la actividad de gran cantidad de obreros y gremios. Sólo la máquina de vapor confirió importancia a los vastos *yacimientos carboníferos* de Inglaterra; sólo entonces nació la *fabricación de máquinas* y con ella un nuevo interés por las *minas de hierro*, que suministraban la materia prima para las máquinas; el aumento del consumo de lana elevó la cría del ganado lanar inglés y el aumento de la importación de lana, lino y seda provocó una expansión de la marina mercante inglesa. Sobre todo se elevó la *producción de hierro*. Hasta ese momento se habían explotado escasamente las menas ferríferas de Inglaterra; siempre se había fundido el mineral de hierro con carbón de leña, el cual se tornaba cada vez más caro y escaso con el mejoramiento del cultivo del suelo y la eliminación de los bosques; sólo en el siglo pasado comenzó a emplearse para ello carbón de piedra sulfuroso (coque), y desde 1780 se descubrió un nuevo método para transformar el hierro fundido con coque, que hasta ese momento sólo podía utilizarse como hierro colado, en hierro dulce, forjable. A este método, consistente en eliminar el carbono que se mezcla al fundir el hierro, los ingleses lo denominan *puddling*, y gracias a él se abrió un campo totalmente nuevo a la producción inglesa de hierro. Los altos hornos se hacían de un tamaño cincuenta veces mayor que antes, se simplificó la fundición del mineral mediante insuflación de aire caliente y de ese modo se pudo producir el hierro tan barato, que una gran cantidad de objetos que antiguamente se hacían de madera o de piedra comenzaron a hacerse de hierro. En 1788 Thomas Paine, el conocido demócrata, erigió en Yorkshire el primer puente de hierro, al cual le siguió un número enorme, de modo que en la actualidad casi todos los puentes, en especial los ferroviarios, se hacen de hierro colado, y en Londres incluso se ha construido un puente sobre el Támesis, el puente de Southwark, de ese material; las columnas de hierro, los armazones de las máquinas hechos con ese metal, etc., se han generalizado, y desde la instauración de la iluminación de gas y de los ferrocarriles se han abierto nuevas fuentes de salida para la siderurgia inglesa. Poco a poco se fueron haciendo a máquina clavos y tornillos; *Huntsman*, un hombre de Sheffield, halló en 1760 un método para fundir acero, el cual tornó superflua gran cantidad de trabajo y posibilitó la confección de mercancías baratas totalmente nuevas; y sólo entonces adquirió significación la fabricación ferretera de Inglaterra, gracias a la mayor pureza del material del que dispone, así como a un instrumental más perfeccionado, nuevas maquinarias y una división

más detallada del trabajo. La población de *Birmingham* aumentó de 73.000 (1801) a 200.000 (1844), la de *Sheffield* de 46.000 (1801) a 110.000 (1844), y el consumo de carbón sólo de esta última ciudad ascendió en 1836 a 515.000 *tons*. En 1805 se exportaron 4.300 *tons* de artículos de ferretería y 4.600 *tons* de arrabio, en 1834 se exportaron 16.200 *tons* de artículos de ferretería y 107.000 *tons* de arrabio, y la obtención total de hierro, que en 1740 sólo ascendía aún a 17.000 *tons*, se elevó en 1834 a casi 700.000 *tons*. Solamente la fundición del arrabio consume por año más de 3 millones de *tons* de carbón, y es imposible darse una idea de la importancia que han adquirido las *minas de carbón* en el curso de los últimos sesenta años. Actualmente se explotan todos los yacimientos carboníferos ingleses y escoceses y las minas de *Northumberland* y *Durham*, solas, producen anualmente más de 5 millones de *tons* para su embarque y ocupan de 40.000 a 50.000 obreros. Según la *Durham Chronicle* había en los dos condados mencionados

en 1753	14 minas de carbón
en 1800	40 minas de carbón
en 1836	76 minas de carbón
y en 1843	130 minas de carbón

en actividad. Por añadidura, actualmente se explotan todas las minas con mayor intensidad que antes. Un incremento similar de la actividad se registró en las *minas de cinc, cobre y plomo* y, además de expandirse la *fabricación del vidrio*, se originó un nuevo ramo industrial con la producción de *artículos de alfarería*, que adquirió importancia hacia 1763 gracias a *Josiah Wedgwood*. Éste redujo toda la fabricación de la loza a principios científicos, introdujo un mejor gusto y fundó las *fábricas de cerámica (potteries)* de *Staffordshire del Norte*, un distrito de ocho millas inglesas cuadradas que, habiendo sido anteriormente un desierto estéril, está actualmente sembrado de fábricas y viviendas y sustenta a más de 60.000 personas.

Esta vorágine general del movimiento lo arrastró todo. También la *agricultura* experimentó una revolución. Y no sólo por el hecho de que, como viéramos antes, la propiedad de la tierra pasara a manos de otros poseedores y cultivadores, sino que la agricultura también fue afectada de otra manera. Los grandes arrendatarios invirtieron capital en el mejoramiento del suelo, arrasaron tapias innecesarias, desecaron, abonaron, emplearon mejores instrumentos e introdujeron una rotación sistemática de los cultivos (*cropping by rotation*). También ellos se vieron favore-

cidos por el progreso de las ciencias; Sir *H<umpbry> Davy* aplicó con éxito la química a la agricultura, y el desarrollo de la mecánica puso en sus manos gran cantidad de ventajas. Amén de eso, como consecuencia del incremento de la población, la demanda de productos agrícolas aumentó a tal punto que entre 1760 y 1834 se tornaron cultivables 6.840.540 acres⁶ de tierras yermas y, a pesar de ello, Inglaterra se convirtió de país exportador de cereales en país importador de los mismos.

La misma actividad se registró en el establecimiento de la *comunicación*.⁷ Entre 1818 y 1829 se construyeron en Inglaterra y Gales 1.000 millas inglesas de carreteras del ancho reglamentario de 60 pies y casi todas las carreteras antiguas se renovaron según el principio de MacAdam. En *Escocia* el departamento de obras públicas construyó, desde 1803, novecientas millas de carreteras y más de un millar de puentes, con lo cual la población de los Highlands quedó repentinamente en las inmediaciones de la civilización. Hasta ese momento, los montañeses habían sido en su mayor parte cazadores furtivos y contrabandistas; entonces se convirtieron en aplicados agricultores y artesanos, y a pesar de que se han erigido escuelas gaélicas para la conservación del idioma, las costumbres y la lengua gaélico-celta desaparecen aceleradamente ante el arribo de la civilización inglesa. Otro tanto ocurre en *Irlanda*. Entre los condados de *Cork*, *Limerick* y *Kerry* existía hasta el presente una zona desierta sin camino transitable alguno, que a causa de su inaccesibilidad era el refugio de todos los delincuentes y la protección principal de la nacionalidad céltico-irlandesa en la Irlanda del Sur; ha sido atravesada mediante carreteras y de ese modo se han abierto a la civilización accesos, asimismo, hacia esa región salvaje. Todo el Reino Unido, pero en especial Inglaterra, que hace sesenta años poseía caminos tan malos como los que por entonces tenían Alemania y Francia, está cubierto ahora de una red de las más hermosas carreteras, y éstas son asimismo, como casi todo en Inglaterra, obra de la industria privada, ya que el estado poco o nada ha contribuido al respecto.

Antes de 1755 Inglaterra casi no tenía *canales*. En 1755 se construyó en Lancashire el canal de *Sankey Brook* a *St. Helens*; y en 1759 *James Brindley* construyó el primer canal de importancia, el del *duque*

6. Traducimos «*englische Morgen*» por «acres», que es sin duda la medida a que se refiere Engels. El *Morgen* alemán equivale, según las regiones y las épocas, a 25-30 áreas; el *Morgen* prusiano a 25,5322 áreas, mientras que 1 acre es igual a 40,4667 áreas. *Morgen* suele traducirse imprecisamente por fanegas, pero 1 fanega (de Castilla) equivale a 2 31/60 *Morgen* prusianos.

7. En 1892: «comunicaciones».

de Bridgewater, que va desde *Manchester* y las minas carboníferas de los alrededores hasta la desembocadura del *Mersey*, y que en *Barton* atraviesa el río *Irwell* mediante un acueducto. De aquí data el sistema inglés de canales, que sólo adquirió importancia gracias a Brindley. Ahora se han construido canales en todas direcciones y se convirtió en navegables los ríos. Sólo en *Inglaterra* hay 2.200 millas de canales y 1.800 millas de ríos navegables; en *Escocia* se construyó el *Canal Caledonio*, que atraviesa el país en diagonal, e igualmente en *Irlanda* se construyeron diversos canales. También estas construcciones, al igual que los ferrocarriles y las carreteras, son casi todas obra de personas y compañías privadas.

Los *ferrocarriles* son de construcción muy reciente. El primer ferrocarril de gran envergadura fue el que une *Liverpool* con *Manchester* (inaugurado en 1830); desde entonces, todas las grandes ciudades han sido comunicadas entre sí mediante vías férreas. Londres con Southampton, Brighton, Dover, Colchester, Cambridge, Exeter (pasando por Bristol) y Birmingham; Birmingham con Gloucester, Liverpool, Lancaster (pasando por Newton y Wigan y por Manchester y Bolton), y además con Leeds (pasando por Manchester y Halifax y por Leicester, Derby y Sheffield); Leeds con Hull y Newcastle (pasando por York). A ellas se suman las numerosas líneas menores, en construcción y en proyecto, que pronto permitirán viajar de Edimburgo a Londres en un día.

Así como el vapor había revolucionado las comunicaciones en tierra, también confirió nuevo aspecto a las comunicaciones por agua. El primer barco de vapor navegó por el Hudson, en Norteamérica, en 1807; en Gran Bretaña, el primero lo hizo por el Clyde en 1811. Desde entonces se han construido más de seiscientos en Inglaterra, y en 1836 había más de quinientos en actividad en puertos británicos.

Ésta es, en síntesis, la historia de la industria inglesa durante los últimos sesenta años, una historia sin parangón en los anales de la humanidad. Hace sesenta, ochenta años era un país como cualquier otro, con ciudades pequeñas, una industria escasa y sencilla y una población agrícola de poca densidad, pero relativamente grande; y en la actualidad es un país como ningún otro, con una capital de dos millones y medio de habitantes, con ciudades fabriles colosales, con una industria que abastece a todo el mundo y que lo hace casi todo con las máquinas más complicadas, con una población activa, inteligente y densamente diseminada, dos tercios de la cual se halla ocupada en la industria,⁸ y que consta

8. En las ediciones inglesas de 1887 y 1892: «trade and commerce» («industria y comercio»).

de clases totalmente diferentes o, más aun, que constituye una nación totalmente diferente y con distintas costumbres y necesidades que las de otrora. La revolución industrial tiene para Inglaterra la misma importancia que la revolución política para Francia y la filosófica para Alemania, y la distancia entre la Inglaterra de 1760 y la de 1844 es por lo menos tan grande como la existente entre la Francia del *ancien régime* y la de la Revolución de Julio. Pero el fruto más importante de esta revolución industrial lo constituye el proletariado inglés.

Hemos visto anteriormente que el proletariado nació en virtud de la instauración de las máquinas. La rápida expansión de la industria exigía brazos; el salario aumentó, y en consecuencia legiones de trabajadores de los distritos agrícolas emigraron hacia las ciudades. La población aumentó en forma arrasadora, y casi todo el incremento correspondió a la clase de los proletarios. A todo esto, sólo desde comienzos del siglo XVIII se había producido una situación ordenada en Irlanda; también allí se multiplicó rápidamente la población, más que diezmada por la barbarie inglesa durante los disturbios previos, especialmente desde que el impulso de la industria comenzó a arrastrar gran cantidad de irlandeses hacia Inglaterra. Nacieron así las grandes ciudades fabriles y comerciales del Reino Unido, en las cuales por lo menos las tres cuartas partes de la población pertenecen a la clase obrera, y la pequeña burguesía sólo consta de tenderos y poquísimos artesanos. Pues así como la nueva industria sólo alcanzó significación al transformar las herramientas en máquinas y los talleres en fábricas, y de ese modo a la clase media trabajadora en proletariado laborioso y a los comerciantes mayoristas de hasta ese entonces en fabricantes; así como la pequeña clase media ya había sido desplazada y la población reducida a la antinomia de obreros y capitalistas, ocurrió otro tanto, fuera del terreno de la industria en un sentido más restringido, en los oficios artesanales e inclusive en el comercio. El lugar de los antiguos maestros y oficiales lo ocuparon grandes capitalistas y obreros, quienes jamás tenían perspectivas de elevarse por encima de su clase; los oficios se practicaban de una manera fabril, la división del trabajo se llevó a cabo estrictamente, y los pequeños maestros artesanos, que no podían competir con los grandes establecimientos, fueron degradados a la clase de los proletarios. Pero al mismo tiempo se le quitaba al obrero toda posibilidad de convertirse él mismo en burgués mediante la abolición de la actividad artesanal existente hasta ese momento, en virtud de la aniquilación de la pequeña burguesía. Hasta entonces siempre había tenido perspectivas de establecerse en alguna parte como maestro afincado y posteriormente acaso de poder tomar oficiales; pero

ahora, cuando los propios maestros habían sido desplazados por los fabricantes, cuando se tornaban necesarios grandes capitales para poder explotar independientemente un trabajo, sólo entonces el proletariado se convirtió en una clase real y firmemente establecida de la población, mientras que anteriormente sólo constituía, a menudo, un punto de transición hacia la burguesía. Quien nacía ahora como obrero no tenía otra perspectiva que seguir siendo proletario durante toda su vida. Por consiguiente, sólo ahora el proletariado estaba en condiciones de emprender movimientos independientes.

De esta suerte se reunió la inmensa masa de obreros que colma actualmente todo el Reino Unido y cuya situación social se impone más y más, a cada día que transcurre, a la atención del mundo civilizado.

La situación de la clase obrera, vale decir la situación de la inmensa mayoría del pueblo inglés, el interrogante de qué ha de ser de estos millones de desposeídos que consumen hoy lo que han ganado ayer, que han creado, con sus inventos y su trabajo, la grandeza de Inglaterra, que día a día se tornan cada vez más conscientes de su poderío y que día a día reclaman con mayor urgencia su participación en las ventajas que brindan las instituciones sociales, tal interrogante se ha convertido, desde el *bill* de Reforma, en el interrogante nacional. Todos los debates parlamentarios de alguna importancia pueden reducirse a este problema, y aunque la clase media inglesa no quiera confesárselo hasta el presente, aunque eluda este gran problema y trate de presentar sus intereses particulares como los verdaderos intereses nacionales, ello de nada le sirve. A cada período de sesiones del parlamento gana terreno la clase obrera, pierden significación los intereses de las clases medias, y, aunque la clase media es la fuerza principal —más aun, la única— del parlamento, la última legislatura, en 1844, fue no obstante un continuo debate sobre cuestiones obreras (el *bill* de los pobres, el *bill* sobre las fábricas, el *bill* acerca de las relaciones entre amos y servidores), y Thomas Duncombe, representante de la clase obrera en la cámara baja, fue el gran personaje del período de sesiones, mientras que tanto la clase media liberal, con su moción sobre la derogación de las leyes cerealeras, como la clase media radical, con su proyecto de negativa a pagar impuestos, desempeñaron un papel lamentable. Inclusive los debates sobre Irlanda sólo fueron, en el fondo, debates acerca de la situación del proletariado irlandés y sobre los medios para auxiliarlo. También ha llegado sobradamente el momento en que la clase media inglesa efectúe concesiones a los obreros, que ya no ruegan sino que exigen y amenazan, pues en poco tiempo más podría ser demasiado tarde.

Pero a pesar de todo ello, la clase media inglesa, y en especial la fabril, que se enriquece directamente a partir de las estrecheces de los obreros, nada quiere saber de las mismas. Ella, que se siente como la clase poderosa que representa a la nación, se avergüenza de exponer a los ojos del mundo esta herida abierta de Inglaterra; no quiere admitir que los obreros están en la miseria porque *ella*, la clase poseyente, industrial, debería cargar con la responsabilidad moral por tal miseria. De ahí el gesto burlón que suelen hacer los ingleses ilustrados —y sólo a ellos, es decir a la clase media, se los conoce en el continente— cuando se comienza a hablar de la situación de los obreros; de ahí la total ignorancia acerca de todo cuanto a los obreros respecta, en toda la clase media; de ahí los errores ridículos que comete esta clase, dentro y fuera del parlamento, cuando se comienza a hablar acerca de las condiciones del proletariado; de ahí la sonriente despreocupación con la cual vive en un terreno socavado bajo sus pies y que puede derrumbarse cualquier día, y cuyo pronto derrumbe es tan seguro como cualquier ley matemática o mecánica; de ahí el milagro de que los ingleses no posean aún ni un solo libro completo acerca de la situación de sus obreros, a pesar de que hace ya quién sabe cuantos años que están empeñados en investigaciones y remiendos tendientes a lograrlo. De ahí también la profunda cólera de toda la clase obrera, desde Glasgow hasta Londres, contra los ricos, quienes la explotan sistemáticamente y luego la dejan insensiblemente librada a su suerte, una cólera que dentro de no demasiado tiempo —casi podría calculárselo— debe estallar en una revolución, en comparación con la cual la primera revolución francesa y el año 1794 habrán sido un juego de niños.

EL PROLETARIADO INDUSTRIAL

La secuencia en la cual debemos considerar las diversas secciones del proletariado resulta por sí sola de la precedente historia de su nacimiento. Los primeros proletarios pertenecieron a la industria y fueron directamente engendrados por ella; los *obreros industriales*, los que se ocupan de la elaboración de materias primas, serán, por consiguiente, los primeros que demandarán nuestra atención. La producción del material industrial, de las propias materias primas y combustibles, sólo cobró significación como consecuencia de la revolución industrial y de este modo pudo producir un nuevo proletariado: *los obreros de las minas de carbón y metalíferas*. En tercera instancia influyó la industria sobre la *agricultura*, y en cuarto término sobre *Irlanda*, y en consecuencia también debe asignarse el lugar que les corresponde a las fracciones del proletariado correspondientes. También descubriremos que, acaso con excepción de los irlandeses, el grado de ilustración de los diferentes obreros guarda exacta relación con su conexión con la industria y, en consecuencia, que los obreros industriales son quienes están más esclarecidos acerca de sus intereses, los mineros ya lo están menos y los jornaleros agrícolas casi no lo están en absoluto. Incluso entre los proletarios industriales volveremos a encontrar esta secuencia y veremos que los obreros fabriles —esos hijos mayores de la revolución industrial— han sido, desde un comienzo y hasta la fecha, la médula del movimiento obrero, y que los demás se han adherido al movimiento exactamente en la misma medida en que su oficio resultó afectado por el viraje de la industria; de este modo, con el ejemplo de Inglaterra, lograremos entender la significación histórica de la industria teniendo en cuenta la igualdad del ritmo mantenido por el movimiento obrero con el del movimiento industrial.

Pero, puesto que en este momento casi todo el proletariado industrial ha sido afectado por el movimiento y que la situación de las diversas secciones tiene mucho de común —precisamente por ser todas indus-

triales—, tendremos que considerarlo de antemano a fin de poder hacer otro tanto, más adelante, y con tanta mayor precisión en sus características peculiares, con cada una de sus ramificaciones individuales.

Ya hemos insinuado anteriormente cómo centraliza la industria la propiedad en manos de unos pocos. Exige grandes capitales, con los cuales erige establecimientos colosales y arruina en consecuencia a la pequeña burguesía artesanal, y los utiliza para poner a su servicio las fuerzas naturales, a fin de eliminar del mercado al trabajador manual individual. La división del trabajo, la utilización de la energía hidráulica, y en especial de la fuerza del vapor, y el mecanismo de la maquinaria son las tres grandes palancas con las cuales la industria se halla empeñada, desde mediados del siglo pasado, en sacar al mundo de quicio. La pequeña industria creó la clase media, mientras que la gran industria creó la clase obrera y entronizó a unos pocos escogidos de la clase media, pero sólo para derrocarlos con tanta mayor certeza en algún momento. Sin embargo, por ahora constituye un hecho no desmentido y fácilmente explicable el de que la numerosa pequeña clase media de los «buenos viejos tiempos» ha sido destruida por la industria, resolviéndose en capitalistas ricos por un lado y obreros pobres por el otro.*³

La tendencia centralizadora de la industria tampoco se detiene aquí. La población se centraliza de la misma manera que el capital; cosa totalmente natural, ya que en la industria sólo se considera al hombre, al obrero, como una porción de capital a quien el fabricante abona un interés, bajo el nombre de salario, a cambio de su entrega para su utilización. Un gran establecimiento industrial requiere muchos obreros que trabajen conjuntamente en un mismo edificio; deben vivir juntos y en el caso de una fábrica de dimensiones moderadas ya constituyen una aldea. Tienen necesidades y requieren otras personas para satisfacerlas; hacia allí se trasladan artesanos, sastres, zapateros, panaderos, albañiles y carpinteros. Los habitantes de la aldea, en especial la generación joven, se habitúan al trabajo fabril, se familiarizan con él, y si la primera fábrica no puede ocuparlos a todos, como es comprensible, disminuye el salario y la consecuencia de ello es el establecimiento de nuevos fabricantes. De este modo, la aldea se convierte en una pequeña ciudad, y ésta en una

*3. Cf. a este respecto mis «Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie»,⁹ publicados en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*. En ese artículo se parte de la «libre competencia»; pero la industria es sólo la práctica de la libre competencia y ésta solamente el principio de la industria.

ciudad grande. Cuanto más grande sea la ciudad tanto mayores son las ventajas de la colonia. Disponen de ferrocarriles, canales y carreteras; la oferta de obreros experimentados se torna cada vez mayor; se pueden instalar nuevos establecimientos, a causa de la competencia entre constructores y fabricantes de máquinas, que se hallan directamente al alcance de la mano, más baratos que en alguna región distante que requiere primeramente el transporte de madera para construcción, maquinaria, obreros de la construcción y obreros fabriles; existe un mercado, una bolsa, en la cual se apretujan los compradores; hay una comunicación directa con los mercados que suministran la materia prima o adquieren la mercancía terminada. De ahí el milagrosamente rápido incremento del número de las grandes ciudades fabriles. En cambio, el campo llano tiene a su vez la ventaja de que, habitualmente, el salario es más barato allí; de este modo, el campo llano y la ciudad fabril permanecen en constante competencia, y si hoy las ventajas se hallan de parte de la ciudad, mañana el salario disminuye fuera de ella a tal punto que resulta más ventajoso instalar nuevos establecimientos en el campo. Pero a todo esto la tendencia centralizadora de la industria permanece en plena vigencia y cada fábrica nueva que se instala en el campo lleva en sí el germen de una ciudad fabril. Si fuese posible que esta alocada actividad de la industria prosiguiese aún durante un siglo, cada uno de los distritos industriales de Inglaterra se convertiría en una única gran ciudad fabril, y Manchester y Liverpool se encontrarían en Warrington o Newton; pues también en el comercio esta centralización de la población influye exactamente de la misma manera, y por ello unos pocos grandes puertos como Liverpool, Bristol, Hull y Londres monopolizan en forma casi exclusiva el comercio marítimo del Reino Unido.

Puesto que en estas grandes ciudades la industria y el comercio llegan a su desarrollo más completo, es también en ellas donde se manifiestan con la mayor claridad y desembozo sus consecuencias con respecto al proletariado. En ellas, la centralización de la propiedad ha llegado a su punto extremo; en ellas es donde más radicalmente se han aniquilado las costumbres y condiciones de los buenos tiempos antiguos; allí es donde se ha llegado lo suficientemente lejos como para que el nombre de *Old merry England*¹⁰ ya no sugiera nada, porque sus habitantes ya no conocen la *Old England* siquiera por los recuerdos y narraciones de sus abuelos. También es por eso que allí sólo existen ya una clase rica y una clase pobre, pues la pequeña burguesía desaparece un poco más

10. Vieja y feliz Inglaterra

cada día que pasa. Ésta, que anteriormente había sido la clase más estable, se ha convertido ahora en la de mayor movilidad; sólo consiste ya en las escasas ruinas de un tiempo pasado y en un número de gente que de buena gana querría acumular una fortuna, caballeros de industria y especuladores totales, de los cuales uno se enriquece mientras noventa y nueve se declaran en bancarrota y, de esos noventa y nueve, más de la mitad vive solamente de las bancarrotas.

Pero la inmensa mayoría en esas ciudades la constituyen los proletarios, y a continuación hemos de investigar cuáles son sus vicisitudes y qué influencia ejerce sobre ellos la gran ciudad.

LAS GRANDES CIUDADES

Una ciudad como Londres, por la cual se puede errar durante horas sin llegar siquiera al principio del fin, sin encontrarse con el menor signo que permita deducir la cercanía del campo llano, es una cosa peculiar. Esta centralización colosal, esta acumulación de dos millones y medio de personas en *un solo* punto ha centuplicado las fuerzas de esos dos millones y medio de personas; ha elevado a Londres al rango de capital comercial del mundo, ha creado los gigantescos *docks* y reunido los millares de barcos que cubren permanentemente el Támesis. No conozco nada más impresionante que el panorama que ofrece el Támesis cuando se asciende desde el mar hacia el *London Bridge*. Los conjuntos de edificios, los astilleros situados en ambas márgenes, en especial desde Woolwich en adelante, las incontables embarcaciones a lo largo de ambas orillas, que se agrupan cada vez más estrechamente para finalmente sólo dejar libre un estrecho camino en medio del río, camino éste por el que pasan como flechas, uno junto al otro, cien barcos de vapor, todo esto es tan grandioso, tan enorme, que ni siquiera se cobra conciencia y uno se asombra por la magnificencia de Inglaterra antes aún de haber hollado suelo inglés.*4

Pero sólo más tarde se descubren los sacrificios que ha costado todo ello. Después de haber vagado durante algunos días por el pavimento de las calles principales, de haberse abierto paso a duras penas a través del tráfico humano, de haber atravesado las interminables filas de coches y carros, después de haber visitado los «barrios malos» de esa ciudad cosmopolita, sólo entonces se advierte que estos londinenses han debido sacrificar la mejor parte de su humanidad para llevar a cabo todas las

*4. (1892) Eso fue hace casi 50 años, en la época de los pintorescos veleros. En la medida en que alguno aún llegue hasta Londres, estos veleros se encuentran actualmente en los *docks*, y el Támesis está cubierto por feos vapores, sucios de hollín.

maravillas de la civilización de las que hormiguea su ciudad, que cien fuerzas adormecidas en ellos han permanecido inactivas y han sido reprimidas para que algunas pocas pudieran desarrollarse con mayor plenitud y multiplicarse gracias a la unión con las fuerzas de otros. Ya la propia congestión callejera tiene algo de repelente, algo contra lo cual se rebela la naturaleza humana. Los centenares de miles de personas de todas las clases y de todas las posiciones sociales, que se apretujan y se entrecruzan allí, ¿no son acaso *todas ellas* personas con los mismos atributos y capacidades, y con el mismo interés de ser dichosos? Y a la postre, ¿no deben luchar acaso *todas ellas* por su felicidad, recurriendo a los mismos medios y por los mismos caminos? Y sin embargo pasan corriendo unas junto a las otras como si nada tuviesen en común, como si nada tuviesen que ver unas con otras, y sin embargo la única concordancia entre ellas es el acuerdo tácito de que cada cual se mantiene del lado derecho de la acera, a fin de que las dos corrientes de la muchedumbre que pasan a la carrera una junto a la otra no se contengan recíprocamente; y sin embargo, a nadie se le ocurre dedicar siquiera una mirada a los demás. La brutal indiferencia, el insensible aislamiento de cada cual en sus intereses privados surge de manera tanto más repugnante e hiriente cuanto más apretujados se hallen esos individuos en un espacio reducido; y aunque sabemos que ese aislamiento del individuo, ese egoísmo limitado constituye por doquier el principio fundamental de nuestra sociedad actual, no obstante en ninguna parte se manifiesta de manera tan desvergonzadamente desembozada y tan consciente de sí mismo como precisamente aquí, en el ajetreo de la gran ciudad. La disolución de la humanidad en mónadas, cada una de las cuales tiene un principio vital aparte y una finalidad por separado, el mundo de los átomos ha sido impulsado aquí hasta su último extremo.

También se debe a esto que aquí se haya declarado abiertamente la guerra social, la guerra de todos contra todos. Al igual que el amigo Stirner, las gentes sólo se consideran mutuamente como sujetos utilizables; cada cual explota al otro, y el resultado es que el más fuerte pisotea al más débil y que los pocos fuertes, es decir los capitalistas, se apoderen de *todo*, mientras que a los muchos débiles, a los pobres, apenas si les queda su cuerpo desnudo.

Y lo que vale para Londres, vale asimismo para Manchester, Birmingham y Leeds, y vale para todas las grandes ciudades. En todas partes indiferencia bárbara, dureza egoísta por un lado, y una miseria incalificable por el otro, en todas partes la guerra social, las casas de cada cual en estado de sitio, por todas partes el saqueo recíproco bajo el amparo

de la ley, y todo ello tan franca y descaradamente que nos aterra ante las consecuencias de nuestra situación social, tales como se manifiestan desembozadamente en este caso, y hace que nada nos sorprende sino el hecho de que todo ese trajín alocado aún mantenga su cohesión.

Puesto que en esta guerra social el capital, la posesión directa o indirecta de los medios de subsistencia y de producción, es el arma con la cual se lucha, resulta obvio que todas las desventajas de semejante estado recaen en el pobre. Nadie se preocupa por él; lanzado al confuso torbellino, debe abrirse paso lo mejor que pueda. Si tiene la dicha de conseguir trabajo, es decir si la burguesía le dispensa la merced de enriquecerse por su intermedio, lo aguarda un salario que apenas si alcanza para mantenerle el alma en el cuerpo; si no obtiene trabajo, puede robar en caso de que no tema a la policía, o bien morir de hambre, y también en este caso la policía velará para que lo haga de una manera silenciosa, que no moleste a la burguesía. Durante mi presencia en Inglaterra murieron por lo menos de veinte a treinta personas, bajo las más indignantes condiciones, directamente de inanición, y durante la autopsia judicial era raro que hubiese algún jurado que tuviera el valor de expresarlo sin rodeos. Por claros e inequívocos que pudieran ser los testimonios, la burguesía, de entre la cual había sido elegido el jurado, siempre encontraba algún subterfugio para sustraerse al terrible veredicto de «muerte por inanición». Pero en este caso la burguesía no *debe* decir la verdad, pues de otro modo pronunciaría su propia condena. Pero muchos más aun murieron de hambre en forma indirecta que los que murieron de hambre directamente, pues la constante carencia de alimentos suficientes provocó en ellos enfermedades fatales, arrebatando así sus víctimas; los debilitó de tal manera que determinadas circunstancias, que de otro modo hubiesen tenido un feliz desenlace, provocaban necesariamente graves enfermedades y la muerte. Los obreros ingleses califican a esto de asesinato social y acusan a la sociedad entera de cometer de continuo este crimen. ¿Están equivocados?

Por cierto que siempre son unos pocos los que se mueren de hambre, pero ¿qué garantía tiene el obrero de que mañana no le tocará el turno a él también? ¿Quién le asegura su puesto? ¿Quién le garantiza que si el día de mañana su empleador lo despide por alguna razón o sinrazón, podrá arreglárselas con los suyos hasta tanto encuentre a algún otro que le «dé pan»? ¿Quién le asegura al obrero que la buena voluntad para el trabajo es suficiente para conseguirlo, que la honradez, la laboriosidad, el ahorro y comoquiera que se llamen todas esas virtudes que le aconseja la sabia burguesía, son para él realmente el camino hacia la felicidad?

Nadie. Sabe que hoy tiene algo y que no depende de él mismo que aún le quede algo también el día de mañana; sabe que cualquier viento, cualquier capricho del empleador, cualquier coyuntura comercial desfavorable puede lanzarlo de nuevo al furioso torbellino del cual se había salvado temporariamente y en el cual resulta difícil, y a menudo imposible, mantenerse en la superficie. Sabe que si bien puede vivir el día de hoy, es sumamente incierto que también pueda hacerlo el de mañana.

Pero pasemos a investigar en detalle la situación en que sume la guerra social a la clase desposeída. Veamos qué salario abona en realidad la sociedad al obrero, por su trabajo, en materia de vivienda, vestimenta y alimentación, qué existencia confiere a quienes más contribuyen a la existencia de la sociedad; analicemos primeramente las viviendas.

Toda gran ciudad tiene uno o más «barrios malos» en los que se hacina la clase trabajadora. Por cierto que a menudo la pobreza vive en ocultas callejuelas en las inmediaciones más directas de los palacios de los ricos; pero en general se le ha asignado un territorio aparte donde, desterrada de la vista de las clases más afortunadas, debe arreglárselas sola lo mejor que pueda. En Inglaterra, estos barrios malos se hallan dispuestos de manera casi igual en todas las ciudades: las peores casas en la peor zona de la ciudad; mayormente edificios de ladrillo, de uno o dos pisos, alineados en largas hileras, acaso con sótanos habitados y de disposición irregular casi por doquier. A estas casitas de tres a cuatro habitaciones y cocina se las denomina *cottages*, y constituyen en toda Inglaterra —con excepción de algunas partes de Londres— las viviendas generalizadas de la clase trabajadora. Las propias calles habitualmente no están pavimentadas, son accidentadas, sucias, llenas de desperdicios animales y vegetales, carecen de canales de desagüe o acequias, pero en cambio están provistas de charcos hediondos permanentes. A todo esto, la ventilación resulta dificultada por la construcción defectuosa y confusa de todo el barrio, y puesto que en él viven muchas personas en un espacio reducido, es fácil imaginar la atmósfera que impera en estos distritos obreros. Por añadidura, en los días de buen tiempo las calles sirven de secadero; se tienden sogas que las atraviesan, de casa a casa, y en las cuales se cuelga la ropa mojada.

Examinemos algunos de estos barrios malos. En primer término se encuentra *Londres*^{*5} y, dentro de Londres, la célebre «jaula de cuer-

*5. Después de haber escrito la siguiente descripción, ha caído bajo mi vista un artículo sobre los distritos obreros de Londres en el *Illuminated Magazine* (octubre de 1844), que coincide con mi exposición en forma casi textual en muchos pasajes,

vos» (*rookery*) de *St. Giles*, que ahora finalmente será atravesada por algunas avenidas, con lo cual será eliminada. Este barrio de *St. Giles* se halla situado en medio de la parte más poblada de la ciudad, rodeado por calles amplias y brillantes, en las cuales se pasea el mundillo elegante de Londres, en las inmediaciones de Oxford Street y Regent Street, de Trafalgar Square y del Strand. Se trata de una masa desordenada de edificios altos, de tres a cuatro pisos, con calles estrechas, tortuosas y sucias, en las cuales hay por lo menos tanta vida como en las principales rutas que atraviesan la ciudad, sólo que en *St. Giles* no se ve más que gente de la clase laboriosa. En las calles funciona el mercado, cestas de frutas y legumbres —naturalmente todas en mal estado y apenas si aptas para el consumo— hacen aun más estrecho el paso, y de ellas emana, lo mismo que de las carnicerías, un olor repugnante. Las casas están habitadas desde el sótano hasta el propio techo, son sucias por fuera y por dentro y tienen tal aspecto que nadie querría vivir en ellas. Pero todo esto no es nada aún en comparación con las viviendas que hay en los estrechos patios y callejuelas situados entre las calles, a los cuales se ingresa por pasadizos cubiertos entre las casas, y en los cuales la mugre y la ruinosidad superan a cualquier imaginación —casi ni un solo vidrio entero en las ventanas, los muros desmoronados, las jambas de las puertas y los marcos de las ventanas rotos y sueltos, las puertas confeccionadas con tablas viejas unidas mediante clavos o directamente inexistentes—; más aun, en este barrio de ladrones ni siquiera hacen falta puertas, ya que no hay nada para robar. Por doquier se ven montones de desperdicios y cenizas y los líquidos sucios que se vuelcan ante las puertas se reúnen formando charcos hediondos. Aquí viven los más pobres de entre los pobres, los obreros peor remunerados, conviviendo abigarradamente con ladrones, pillos y víctimas de la prostitución; en su mayor parte se trata de irlandeses o de descendientes de irlandeses, y quienes aún no se han hundido en la vorágine de descomposición moral que los rodea, se hunden más profundamente a diario, pierden cada vez más, día a día, la fuerza para resistir las influencias desmoralizadoras de la miseria, de la suciedad y del mal ambiente.

Pero *St. Giles* no es el único «barrio malo» de Londres. En la

pero en forma completa y en todos sus puntos en lo que al fondo de la cuestión respecta. Está intitulado «The Dwellings of the Poor, from the Note-book of an M.D.» (*Medicinae Doctor*) | «Las viviendas de los pobres, del cuaderno de apuntes de un doctor en medicina» |

monstruosa maraña de calles de las ciudades existen centenares y miles de callejones y callejuelas recónditas cuyas casas son demasiado malas para todos aquellos que aún pueden emplear algo para una vivienda humana; con frecuencia se encuentran, en vecindad inmediata de las brillantes casas de los ricos, esta clase de escondrijos de la más amarga pobreza. Así, hace poco tiempo, en ocasión de una autopsia judicial, se calificó a una zona inmediatamente próxima a Portman Square, una decentísima plaza pública, como morada de «una cantidad de irlandeses desmoralizados por la suciedad y la pobreza». Así, en calles como Long Acre y otras que, con no ser elegantes, son no obstante decentes, se encuentra gran cantidad de viviendas en sótanos, de las cuales emergen a la luz del día enfermizas figuras de niños y mujeres andrajosas y semiextenuadas por el hambre. En las inmediaciones directas del Teatro de Drury Lane —el segundo de Londres— se encuentran algunas de las peores calles de toda la ciudad, *Charles, King y Parker Street*, cuyas casas están habitadas asimismo, desde los sótanos y hasta los desvanes, únicamente por familias pobres. En las parroquias de *St. John* y de *St. Margaret* en Westminster vivían en 1840, según la Revista de la Sociedad de Estadística, 5.366 familias obreras en 5.294 «viviendas» —si es que merecen tal nombre—, hombres, mujeres y niños mezclados sin consideración alguna de sexo o edad, un total de 26.830 individuos, y las tres cuartas partes del número de familias arriba indicado tenía una única habitación. En la parroquia aristocrática de *St. Georg*, Hanover Square, vivían según la misma autoridad 1.465 familias obreras, alrededor de unas 6.000 personas en total, en condiciones similares; también en este caso más de dos tercios del número total se hallaban hacinados en una habitación por familia. ¡Y cómo explotan por la vía legal las clases poseedoras la pobreza de estos desdichados, en cuyas casas ya ni los ladrones confían en encontrar algo! Las abominables viviendas de Drury Lane, que acabamos de mencionar, abonan los siguientes alquileres: dos habitaciones en un sótano, 3 chelines (1 tálero), una habitación en la planta baja, 4 chelines, en el primer piso, 4 1/2 chelines, en el segundo piso, 4 chelines, en los desvanes, 3 chelines semanales, de modo que solamente los hambreados habitantes de la Charles Street abonan a los propietarios de las casas un tributo anual de £ 2.000 (14.000 táleros), y las 5.366 familias mencionadas de Westminster, un alquiler anual de £ 40.000 (270.000 táleros) en conjunto.

Sin embargo, el mayor distrito obrero se halla situado al este de la Torre, en *Whitechapel* y *Bethnal Green*, donde se halla concentrado el grueso de los obreros de Londres. Veamos lo que dice acerca del estado

de su parroquia el señor G. Alston, predicador de St. Philip's, Bethnal Green:

«Contiene 1.400 casas, habitadas por 2.795 familias, o unas 12.000 personas aproximadamente. El espacio en el cual vive esta gran población es de menos de 400 yardas (1.200 pies) por 400 yardas, y en semejante hacinamiento no es cosa desusada que un hombre, su mujer, cuatro a cinco hijos y a veces también el abuelo y la abuela se encuentren en una sola habitación cuadrada de diez a doce pies de lado, dentro de la cual trabajan, comen y duermen. Creo que antes de que el obispo de Londres llamara la atención pública acerca de esta paupérrima parroquia, se sabía tan poco de ella en el West End de la ciudad como de los salvajes de Australia o de las islas de Oceanía. Y una vez que nos hayamos familiarizado con los padecimientos de estos desdichados por propia comprobación, una vez que los espiemos comiendo su escasa comida y los veamos postrados por la enfermedad o la desocupación, descubriremos tal dosis de impotencia y de miseria que una nación como la nuestra debe avergonzarse de la posibilidad de que exista. Fui párroco de Huddersfield durante los tres años en que peor marcharon las fábricas; pero jamás he visto un desamparo tan total de los pobres como vi luego en Bethnal Green. Ni *un solo* padre de familia de entre diez en toda la vecindad tiene otra vestimenta que su ropa de trabajo, y ésta se halla en tan mal estado y tan andrajosa como sea posible; más aun, fuera de estos harapos muchos no tienen otro cobertor para la noche, ni tienen por lecho otra cosa que un saco de paja y virutas de madera.»

Vemos por la descripción anterior el aspecto que suele tener el propio interior de estas viviendas. A mayor abundamiento, sigamos aún al interior de algunas viviendas proletarias a las autoridades inglesas que a veces van a dar allí.

En ocasión de una autopsia practicada por el señor Carter, *coroner* de Surrey, sobre el cadáver de Ann Galway, de 45 años de edad, el 16 de noviembre de 1843, los periódicos relatan lo que sigue acerca de la vivienda de la difunta. Ésta vivía en el n.º 3 de White Lion Court, Bermondsey Street, Londres, con su marido y su hijo de 19 años, en una pequeña habitación en la cual no había cama, ni ropa de cama, ni otros muebles. Yacía muerta junto a su hijo sobre un montón de plumas, diseminadas sobre su cuerpo casi desnudo, pues no había cobertor ni sábana. Las plumas estaban tan firmemente adheridas a todo su cuerpo, que el médico no pudo examinar el cadáver antes de habérselo higienizado, y luego la encontró totalmente demacrada y cubierta por entero

de picaduras de insectos. Parte del piso de la habitación había sido roto, y la familia utilizaba ese orificio como retrete.

El lunes 15 de enero de 1844 fueron llevados ante el tribunal policial de Worship Street, Londres, dos niños porque, impulsados por el hambre, habían robado en un comercio, un garrón de vaca a medio cocer, que consumieron de inmediato. El juez policial se vio inducido a proseguir investigando y los agentes de policía pronto le brindaron la siguiente explicación. La madre de estos niños era viuda de un antiguo soldado y luego agente de policía, y desde la muerte de su marido le habían ido muy mal las cosas a ella y a sus nueve hijos. Vivía en el n.º 2, Pool's Place, Quaker Street, Spitalfields, en la mayor miseria. Cuando el agente de policía acudió a su domicilio, la encontró literalmente apretujada con seis de sus hijos en un pequeño cuarto interior, sin muebles, con excepción de dos viejas sillas de junco desfondadas, una mesita con dos patas rotas, una taza rota y una sopera pequeña. En el hogar apenas si había algún rescoldo, y en un rincón tantos harapos viejos como pudiera recoger una mujer en su delantal, que servían de lecho a toda la familia. No tenía por cobertor otra cosa que su mísera vestimenta. La pobre mujer le relató que el año anterior había debido vender su cama para obtener alimentos; sus sábanas había debido dejárselas en prenda al tendero a cambio de algunos alimentos, y en general había debido venderlo todo con tal de conseguir pan. El juez policial entregó a la mujer un considerable adelanto de la alcancía para los pobres.

En febrero de 1844 se encomendó una viuda de sesenta años, Theresa Bishop, con su hija enferma, de 26 años, a la beneficencia del juez policial de Marlborough Street. Vivía en el n.º 5 de Brown Street, Grosvenor Square, en una pequeña habitación interior, no mayor que un armario, dentro de la cual no había ni un solo mueble. En un rincón yacían algunos andrajos sobre los cuales dormían ambas; un cajón hacía las veces de mesa y silla a un tiempo. La madre ganaba algún dinero efectuando tareas de limpieza; al decir del dueño, vivían en ese estado desde mayo de 1843, habían vendido o empeñado paulatinamente todo cuanto aún les quedaba y no obstante jamás habían pagado el alquiler. El juez policial ordenó que se les entregara una libra de la alcancía para los pobres.

No tengo la intención de afirmar que *todos* los obreros londinenses viven en una miseria similar a la de las tres familias antes mencionadas; sé perfectamente que hay diez en mejor situación cuando hay uno a quien la sociedad pisotea a tal punto, pero afirmo que hay miles de familias buenas y laboriosas, mucho mejores y honorables que todos los ricos

de Londres, que se encuentran en esta situación indigna de un ser humano, y que cualquier proletario, sin excepción alguna, puede verse afectado por idéntico destino, sin culpa de su parte y a pesar de todos sus esfuerzos.

Pero con todo eso, aún se sienten dichosos aquellos que tienen siquiera un techo de alguna especie... dichosos en comparación con quienes no tienen techo alguno. Todas las mañanas se levantan en Londres cincuenta mil personas sin saber dónde apoyarán su cabeza a la noche siguiente. De este número, los más felices son quienes logran que al atardecer les sobre uno o algunos peniques y se dirigen a lo que ha dado en llamarse una casa de huéspedes (*lodging-house*), de las cuales existe gran cantidad en todas las grandes ciudades, y en las que hallan alojamiento a cambio de su dinero. ¡Pero qué alojamiento: El edificio se halla colmado de arriba abajo de camas; en cada habitación hay cuatro, cinco, seis camas, o la cantidad que entre en ella. En cada cama se meten cuatro, cinco o seis personas, también la cantidad de ellas que pueda entrar, sin que importe si son sanos o enfermos, jóvenes o viejos, hombres o mujeres, ebrios o sobrios, como venga, todos abigarradamente mezclados. Entonces se producen riñas, disputas y hay heridos; y si los compañeros de cama se llevan bien, peor aun, ya que entonces se acuerdan robos o se cometen actos cuya bestialidad se niegan a reproducir en palabras nuestros idiomas más humanizados. ¿Y quienes no pueden pagarse semejante alojamiento nocturno? Pues bien, éstos duermen donde hallen sitio, en pasajes, arcadas, en algún rincón donde la policía o los propietarios los dejen dormir sin molestarlos; por cierto que algunos hallan alojamiento en refugios erigidos aquí y allá por la beneficencia privada; otros duermen en los parques sobre los bancos, directamente debajo de las ventanas de la reina Victoria. Veamos lo que dice el *Times* de octubre de 1843:

«De nuestro informe policial de la víspera surge que todas las noches duerme en los parques un número medio de cincuenta seres humanos, sin otra protección contra la intemperie que los árboles y algunas concavidades en terraplenes. En su mayor parte son muchachas jóvenes que, seducidas por soldados, han sido traídas a la capital y lanzadas al amplio mundo, a todo el abandono de la miseria en una ciudad desconocida, a toda la salvaje despreocupación del vicio prematuro.

Esto es en verdad terrible. Pobres habrá por doquier. La necesidad se abrirá paso hacia todas partes y se establecerá con toda su atrocidad en el corazón de una ciudad grande y opulenta. En los millares de estrechas callejas y callejuelas de una populosa metrópoli siempre debe haber,

nos tememos, muchos padecimientos, muchas cosas que ofenden la vista, muchas cosas que jamás surgen a la luz del día.

¡Pero que el hambre y la miseria, la enfermedad y el vicio, con todos sus horrores afines, se paseen, consumiendo cuerpo tras cuerpo, alma tras alma, *tan luego* dentro del círculo que se han trazado la riqueza, la alegría y el esplendor, en las cercanías de la magnificencia real de St. James, junto al resplandeciente Palacio de Bayswater, donde se encuentran los barrios aristocráticos viejo y nuevo, en una zona en la cual el prudente refinamiento del urbanismo moderno se ha cuidado de erigir siquiera la menor cabaña para la pobreza, en una zona que parece estar consagrada a los goces más exclusivos de la riqueza!

En efecto, es ésta una situación monstruosa. ¡Los mayores disfrutes que puedan brindar la salud física, el estímulo intelectual, los placeres más inocentes de los sentidos, en contacto directo con la más dura miseria! ¡La riqueza, riendo desde lo alto de sus esplendorosos salones, con brutal despreocupación, frente a las heridas desconocidas de la necesidad! ¡La alegría, mofándose con inconsciencia, pero con crueldad, del dolor que gime allí abajo! Todos los opuestos en lucha, todos ellos en disputa, salvo el vicio que lleva a la tentación y el vicio que se deja tentar... Pero todos los hombres deben recordar esto: que en el distrito más refulgente de la ciudad más rica de esta tierra, noche tras noche, invierno tras invierno, se pueden encontrar mujeres, jóvenes en edad y viejas en pecados y sufrimientos, proscritas por la sociedad, pudriéndose en el hambre, la suciedad y la enfermedad. Que lo recuerden y aprendan a no teorizar, sino a obrar. ¡Sabe Dios que actualmente hay mucho lugar para la acción!»

He hablado anteriormente de refugios para personas sin techo. Dos ejemplos nos ilustrarán acerca de lo atestados que éstos se hallan. Un «Refuge of the Houseless» recientemente erigido en Upper Ogle Street, que puede albergar 300 personas por noche, admitió, desde su inauguración, ocurrida el 27 de enero, hasta el 17 de marzo de 1844, 2.740 personas por una o más noches; y pese a que la estación se tornaba más favorable, el número de aspirantes se hallaba en fuerte aumento tanto en éste como en los asilos de Whitecross Street y Wapping y todas las noches hubo que rechazar a una cantidad de personas sin techo por falta de espacio. En otro, en el Asilo Central de Playhouse Yard, durante los tres primeros meses de 1844 se concedieron, por término medio, 460 refugios nocturnos todas las noches, albergándose en total 6.681 personas y distribuyéndose 96.141 raciones de pan. Sin embargo, el comité directivo aclara que asimismo este instituto sólo pudo satisfacer de alguna manera la afluencia de los necesitados cuando se abrió también el asilo oriental a la admisión de personas sin techo.

Pero dejemos Londres, para recorrer por orden las restantes grandes ciudades de los tres reinos. Consideremos primeramente *Dublín*, una ciudad cuyo acceso desde el mar es tan encantador como es imponente el de Londres; la bahía de Dublín es la más hermosa de todo el reino insular británico, y los irlandeses suelen compararla incluso con la de Nápoles. Asimismo, la propia ciudad tiene grandes bellezas, y los sectores aristocráticos de la misma están dispuestos mejor y con más gusto que los de cualquier otra ciudad británica. Pero en compensación, los distritos más pobres de Dublín se cuentan entre los más feos y repugnantes que puedan verse en el mundo. Desde luego que parte de ello se debe al carácter popular irlandés, que sólo se siente a sus anchas, bajo ciertas condiciones, en la suciedad; pero puesto que en todas las grandes ciudades de Inglaterra y Escocia encontramos asimismo millares de irlandeses y que cualquier población pobre debe hundirse paulatinamente en la misma falta de higiene, la miseria de Dublín no es nada específico, nada que pertenezca exclusivamente a la ciudad irlandesa, sino algo común a todas las grandes ciudades del mundo entero. Los distritos pobres de Dublín son sumamente extensos y la suciedad, la inhabitabilidad de las casas y el estado de abandono de las calles superan todo lo imaginable. Es posible darse una idea acerca del modo en que se hallan hacinados aquí los pobres cuando nos enteramos de que en 1817, según el informe de los inspectores de la Casa de Trabajo,*⁶ vivían en Barrack Street, en 52 casas con 390 habitaciones, 1.318 personas, y en Church Street e inmediaciones, en 71 casas con 393 habitaciones, 1.997 personas; que

«en este y en el distrito colindante hay gran cantidad de callejuelas y patios hediondos (*foul*), que algunos sótanos sólo reciben luz por la puerta, y que en muchos de ellos sus habitantes duermen en el suelo, aunque la mayor parte de los mismos posee, no obstante, camas, pero que, Nicholson's Court, por ejemplo, contiene, en 28 pequeños y míseros cuartos, 151 personas en la mayor indigencia, al punto que en todo el patio sólo pudieron hallarse dos camas y dos cobertores».

La pobreza es tan grande en Dublín que la única institución de bene-

*6. Citado en Dr. W. P. Alison, F.R.S.E., *fellow and late President of the Royal College of Physicians etc. etc.*, «*Observations on the Management of the Poor in Scotland and its Effects on the Health of Great Towns*»[«Observaciones acerca del tratamiento de los pobres en Escocia y sus efectos sobre la salud en las grandes ciudades»], Edimburgo 1840.— Su autor es un *tory* religioso y hermano del historiador Archibald Alison.

ficencia, la de la «*Mendicity Association*», recoge diariamente a 2.500 personas —es decir, el *uno* por ciento de la población total—, las alimenta durante la jornada y vuelve a despedirlas por la noche.

Algo similar nos relata el doctor Alison de Edimburgo, otra ciudad cuya espléndida situación, que le ha granjeado el nombre de la Atenas moderna, y cuyo refulgente barrio aristocrático en la parte nueva de la ciudad contrastan abruptamente con la hedionda miseria de los pobres que viven en la ciudad vieja. Alison afirma que esa gran parte de la ciudad es tan inmundicia y abominable como los peores distritos de Dublín y la «*Mendicity Association*» tendría que atender en Edimburgo una proporción igualmente grande de menesterosos como en la capital irlandesa; más aún, sostiene que los pobres de Escocia, en especial en Edimburgo y Glasgow, están en peores condiciones que en cualquier otra región del Reino Unido, y los más miserables no son irlandeses sino escoceses. El predicador de la antigua iglesia de Edimburgo, el doctor Lee, declaraba en 1836 ante la *Comission of Religious Instruction*:

«Jamás había visto antes en ninguna parte una miseria como la de su parroquia. Las gentes carecen de muebles, de todo; a menudo dos matrimonios viven en *una misma* habitación. En *un mismo* día estubo en siete casas en las que no había cama y en algunas ni siquiera un jergón de paja; octogenarios dormían sobre el piso de tablas y casi todos ellos pasaban la noche con su vestimenta. En un sótano encontré dos familias rurales escocesas; poco después de su llegada a la ciudad murieron dos de sus hijos y el tercero estaba agonizando durante su visita; para cada familia había un sucio montón de paja en un rincón y además ese sótano, que era tan oscuro que en pleno día no hubiese podido reconocerse a una persona en su interior, albergaba también un asno. Hasta un corazón con la dureza del diamante hubiese debido sangrar al ver semejante miseria en un país como Escocia.»

Similar es el informe del doctor Hennen en el *Edinburgh Medical and Surgical Journal*. De un informe parlamentario^{*7} se infiere la inmun-

*7. *Report to the Home Secretary from the Poor-Law Commissioners, on an Inquiry into the Sanitary Condition of the Labouring Classes of Great Britain. With Appendices. Presented to both Houses of Parliament in July 1842* [Informe de los comisionados de la ley de los pobres al Secretario del Interior acerca de una investigación sobre el estado sanitario de las clases trabajadoras de Gran Bretaña. Con apéndices. Presentado a ambas cámaras del parlamento en julio de 1842].— 3 volúmenes en folio.— Recopilado y ordenado a partir de informes médicos de Edwin Chadwick, secretario de la Comisión de la Ley de Pobres.

dicia —cosa que por cierto cabe esperar en condiciones semejantes— que impera en las casas de los pobres de Edimburgo. Las gallinas pernoctan sobre las patas de las camas, perros y hasta caballos duermen junto con el hombre en *un mismo* cuarto, y la consecuencia natural de ello es que en esas viviendas hay una suciedad y un hedor espantosos, existiendo ejércitos de alimañas de toda clase. El estilo arquitectónico de Edimburgo favorece en todo lo posible esta situación horrorosa. La ciudad vieja se halla construida en las dos laderas de una colina, cuya loma atraviesa la calle elevada (*high street*). Desde ésta parten, hacia ambos lados, gran cantidad de callejuelas estrechas y tortuosas, denominadas *wynds* por sus múltiples sinuosidades, que bajan por la ladera y constituyen el barrio proletario. En general, las casas de las ciudades escocesas son elevadas, de cinco o seis pisos, como en París, y a diferencia de Inglaterra, donde en la medida de lo posible cada cual tiene su casa por separado, están habitadas por gran número de familias diferentes; esto acrecienta aun más el hacinamiento de muchas personas en una pequeña superficie.

«Estas calles» —dice una revista inglesa en un artículo sobre las condiciones sanitarias de los obreros en las ciudades—*8 «a menudo son tan estrechas que se puede pasar de la ventana de una casa a la de enfrente y a todo esto las casas son tan elevadas, con un piso apilado sobre el anterior, que la luz apenas si puede penetrar en el patio o en el callejón intermedios. En estos barrios de la ciudad no existen cloacas ni demás desagües o sumideros correspondientes a las casas; por ello, todas las noches se echan en las acequias las basuras, desperdicios y excrementos de por lo menos 50.000 personas, de modo que a pesar del barrido de las calles se origina una masa de heces desecadas y un vaho pestilente que no sólo ofenden la vista y el olfato, sino que también ponen en peligro extremo la salud de los habitantes. ¿Cabe asombrarse de que en estos lugares se descuide por completo cualquier consideración para con la salud, las costumbres y hasta la educación más corriente? Por el contrario, todos cuantos conozcan más de cerca la situación de sus habitantes pueden atestiguar el alto grado que han alcanzado aquí la enfermedad, la miseria y la desmoralización. En estas zonas, la sociedad se ha degradado hasta un nivel indescriptiblemente bajo y miserable.— Las viviendas de la clase más pobre son, en general, muy sucias y, en apariencia, jamás se las limpia en modo alguno; en la mayor parte de los casos constan de una sola habitación que, a pesar de su ventilación pésima, es fría

*8. *The Artizan*, 1843, fascículo de octubre. Trátase de una publicación mensual.

a causa de sus ventanas mal ajustadas y rotas; a veces son húmedas y se hallan parcialmente bajo tierra, siempre están mal amuebladas y son realmente inhabitables, de modo que un montón de paja a menudo sirve a toda una familia de lecho, en el cual yacen, mezclados en indignante confusión, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. El agua sólo puede obtenerse en las bombas públicas y el esfuerzo que demanda su acarreo favorece, como es natural, toda suerte de inmundicias posibles.»

En otras grandes ciudades portuarias, las cosas no se presentan mejor. A pesar de todo su comercio, su esplendor y su riqueza, *Liverpool* trata a sus obreros con la misma barbarie. Un quinto cabal de la población —vale decir, más de 45.000 personas— viven en sótanos estrechos, oscuros, húmedos y mal ventilados, de los cuales hay 7.862 en la ciudad. A ellos se suman aún 2.270 patios (courts), es decir plazoletas cerradas por construcciones por los cuatro costados, con sólo un acceso estrecho, las más veces cubierto por una bóveda, que en consecuencia no permiten el acceso de ventilación *alguna*, casi siempre muy sucias y exclusivamente habitadas por proletarios. Acerca de estos patios tendremos más qué decir cuando arribemos a Manchester. En una ocasión se visitaron en *Bristol* 2.800 familias obreras, el 46 % de las cuales sólo poseía una única habitación.

Encontramos exactamente lo mismo en las ciudades fabriles. En *Nottingham* hay un total de 11.000 casas, de las cuales entre 7.000 y 8.000 están construidas de tal modo que comparten su pared posterior, por lo cual no hay ventilación posible a través de ellas; además, en la mayor parte de los casos sólo existe un retrete común para varias casas. Durante una inspección practicada hace poco se encontraron numerosas hileras de casas construidas sobre zanjas de desagüe de poca profundidad, cubiertas únicamente por las tablas del piso. En Leicester, Derby y Sheffield, el panorama no difiere del anterior. El artículo del *Artizan* anteriormente mencionado informa, refiriéndose a *Birmingham*:

«En los barrios viejos de la ciudad hay muchas zonas miserables, sucias y descuidadas, llenas de charcos estancados y montones de desperdicios. Los patios son muy numerosos en Birmingham —más de dos mil— y contienen la mayor parte de la clase obrera. Mayormente son estrechos, fangosos, mal ventilados y con malos desagües, contienen de ocho a veinte casas, que en su mayor parte sólo pueden ventilarse en un solo sentido por tener su pared posterior común con otro edificio, y en los fondos del patio suele haber casi siempre un pozo para las cenizas, o algo similar, cuya suciedad es indescriptible. Hay que señalar, sin

embargo, que los patios más nuevos han sido construidos en forma más racional y se los mantiene con mayor decencia; e inclusive en los patios los *cottages* están mucho menos apretujados que en Manchester y Liverpool, por lo cual Birmingham tuvo mucha menor mortandad, por ejemplo, durante el reinado de enfermedades epidémicas, que Wolverhampton, Dudley y Bilston, situadas apenas a unas pocas millas de distancia. En Birmingham se desconocen asimismo las viviendas en sótanos, aunque hay algunos locales en sótanos que se utilizan impropriamente para talleres. Las casas de alojamiento para proletarios son algo numerosas (más de 400), especialmente en patios situados en puntos centrales de la ciudad; casi todas ellas son repugnantemente sucias y húmedas, constituyendo asilos de mendigos, vagabundos» (*trampers*; acerca de la significación más específica de esta palabra nos extenderemos más adelante), «ladrones y ramera, que sin consideración alguna para con la decencia o el confort comen, beben, fuman y duermen en una atmósfera solamente soportable por estos seres degradados».

Glasgow se asemeja a Edimburgo en muchos aspectos: los mismos *wynds*, las mismas casas altas. Acerca de esta ciudad observa el *Artizán*:

«La clase trabajadora asciende aquí aproximadamente al 78 por ciento de la población total (cerca a los 300.000 habitantes) y vive en barrios que superan, en materia de horror y miseria, los más bajos escondrijos de St. Giles y Whitechapel, los *Liberties*¹¹ de Dublín, los *wynds* de Edimburgo. Esta clase de zonas existe en gran cantidad en el corazón de la ciudad —al sur del Trongate, al oeste del Mercado de la Sal, en Calton, a un costado de la calle elevada, etc.—, laberintos interminables de estrechas callejuelas o *wynds*, en las cuales, casi a cada paso, desembocan patios o callejones sin salida formados por edificios viejos, mal ventilados, apilados en altura, carentes de agua y ruinosos. Estas casas están literalmente colmadas de habitantes; contienen tres o cuatro familias —acaso veinte personas— en cada piso y a veces cada piso ha sido alquilado por parcelas para dormir, de modo que en una sola habitación se hallan apilados —para no decir alojados— de quince a veinte personas. Estos distritos alojan a los miembros más pobres, depravados y carentes de valor de la población, y deben ser considerados como fuentes de las terribles epidemias de fiebre que desde aquí esparcen la devastación a través de toda Glasgow.»

Veamos cómo describe estos barrios J<elinger> C<ookson> Sy-

11. Distritos situados fuera de los límites de la ciudad, pero sujetos a la autoridad municipal.

mons, comisario gubernamental en la investigación acerca de la situación de los tejedores manuales.*⁹

«He visto la miseria en algunas de sus peores fases, tanto aquí como en el continente, pero antes de visitar los *wynds* de Glasgow no creía que pudiesen existir en país civilizado alguno tanto delito, miseria y enfermedad. En las casas de alojamiento más bajas duermen diez, doce y a veces hasta veinte personas de ambos sexos y de toda edad, mezclados en el suelo, en diversos grados de desnudez. Estos alojamientos son habitualmente (*generally*) tan sucios, húmedos y ruinosos, que a nadie le gustaría alojar allí a su caballo».

Y en otro pasaje:

«Los *wynds* de Glasgow contienen una población fluctuante de quince a treinta y cinco mil personas. Este barrio consta únicamente de estrechas callejuelas y patios rectangulares, en cuyo centro hay siempre un montón de basuras. Por indignante que resultara el aspecto exterior del lugar, yo estaba aún escasamente preparado para la suciedad y la miseria que reinaban en el interior. En algunos de estos dormitorios que visitamos» (el comisario de policía capitán Miller y Symons) «durante la noche, encontramos toda una capa de seres humanos extendidos sobre el suelo, a menudo de quince a veinte, algunos vestidos, otros desnudos, hombres y mujeres mezclados. Su lecho era un jergón de paja mohosa, mezclada con algunos harapos. Había escasos muebles o ninguno, y lo único que daba a estas covachas un aspecto algo habitable era un fuego en la chimenea. El robo y la prostitución constituyen las principales fuentes de ingresos de esta población. Nadie pareció tomarse el trabajo de limpiar este establo de Augías, este pandemio, esta maraña de delitos, mugre y pestilencia en el centro de la segunda ciudad del reino. Una dilatada inspección de los distritos más bajos de otras ciudades jamás me mostró nada que fuese siquiera la mitad de malo, ni en intensidad de infestación física y moral, ni en cuanto a densidad relativa de población.— La mayor parte de los edificios de este barrio han sido calificados por la *Court of Guild* como ruinosos e inhabitables, pero precisamente éstos son los más habitados ya que, con arreglo a la ley, no puede exigirse alquilar por ellos».

*9. *Arts and Artisans at Home and Abroad* [Artesanías y artesanos en el interior y en el exterior]. By J.C. Symons, Edimburgh, 1839.— Al parecer, el autor, que es escocés, es un liberal, y por consiguiente, está fanáticamente prevenido en contra de cualquier movimiento obrero independiente. Los[...] pasajes citados se encuentran en la pág. 116 y ss.

El gran distrito industrial situado en medio de la isla de Gran Bretaña, la densamente poblada franja de *Yorkshire del Oeste* y *Lancashire del Sur*, con sus numerosas ciudades fabriles, no le va en zaga a las restantes grandes ciudades. El distrito lanero del West Riding de Yorkshire es una región encantadora, una hermosa zona de verdes colinas, cuyas elevaciones se hacen cada vez más empinadas hacia el oeste hasta alcanzar su culminación en la abrupta cordillera de Blackstone Edge, línea divisoria de las aguas entre el mar de Irlanda y el del Norte. Los valles del Aire, en el cual se halla situada Leeds, y del Calder, por el que corre el ferrocarril Manchester-Leeds, se cuentan entre los más agradables de Inglaterra y están sembrados por doquier de fábricas, aldeas y ciudades; las grises casas de piedra dan una impresión de tal afabilidad y limpieza, en comparación con los ennegrecidos edificios de ladrillos de Lancashire, que da gusto. Pero al llegar a las propias ciudades, poco es cuanto se halla de regocijante. Tal como lo describe el *Artizán* (*loc. cit.*) y como lo pude constatar, *Leeds* se halla situada

«junto a una suave ladera, que baja hacia el valle del Aire. Este río atraviesa serpenteando la ciudad a lo largo de una extensión de una milla y media, aproximadamente,*¹⁰ y durante las épocas de deshielo o de lluvias intensas se halla expuesto a fuertes inundaciones. Los barrios más elevados, situados al oeste, son limpios, tratándose de una ciudad tan grande, pero las zonas bajas situadas en torno al río y sus arroyos (*becks*) tributarios son sucias, estrechas y ya de por sí bastan para abreviar la vida de sus habitantes, en especial de los niños pequeños; a ello debe sumarse el estado repugnante de los distritos obreros situados alrededor de Kirkgate, March Lane, Cross Street y Richmond Road, debido principalmente a sus calles sin pavimento ni desagües, de trazado irregular, a sus muchos patios y callejones sin salida y a la total ausencia siquiera de los medios de higiene más comunes; todo ello sumado nos dará suficientes causas para explicarnos la mortandad exageradamente grande en estas desdichadas regiones de la más sucia miseria. Como consecuencia de las inundaciones del Aire» (que, por lo que debemos añadir y a semejanza de todos los ríos utilizados por la industria, entra claro y transparente a la ciudad por un extremo y sale por el otro denso, negro y hediendo a toda clase de basuras) «las viviendas y los sótanos a menudo

*10. Cada vez que se mencionan millas sin dar mayores precisiones se alude a millas inglesas, de las cuales corresponden $69 \frac{1}{2}$ por grado del Ecuador y, por consiguiente, unas 5 por cada milla alemana.¹²

12. 1 milla inglesa = 1,609 km.

se llenan de agua a tal punto, que es menester extraerla por bombeo y volcarla en las calles; y en esas épocas el agua, incluso allí donde hay cloacas, sale de las mismas para penetrar en los sótanos,*¹¹ engendrando emanaciones miasmáticas, fuertemente mezcladas con gases de ácido sulfhídrico, y dejando un sedimento nauseabundo, sumamente nocivo para la salud. Durante las inundaciones de la primavera de 1839 los efectos de una de tales obstrucciones de las cloacas fueron tan perjudiciales, que, según el informe del director del registro civil, durante ese trimestre y en esa parte de la ciudad hubo tres defunciones por cada dos nacimientos, cuando durante el mismo trimestre todos los barrios restantes arrojaron tres nacimientos por cada dos defunciones».

Otros distritos densamente poblados carecen por completo de desagües, o están tan mal provistos de ellos que los mismos no les brindan beneficio alguno. En algunas hileras de casas, es raro que los sótanos estén secos; en otros distritos hay varias calles cubiertas por un lodo blando, de un pie de profundidad. Los moradores se han esforzado en vano por reparar esas calles, cada tanto, con paladas de cenizas; pero no obstante hay líquidos excrementosos y agua sucia arrojada de las casas, estancados en todos los pozos, hasta que el viento y el sol las secan (cf. el informe del Consejo municipal en el *Statistical Journal*, vol. 2, pag. 404). Un *cottage* corriente en Leeds no cubre mayor superficie que cinco yardas por cinco yardas, y consta habitualmente de un sótano, una sala y una alcoba. Estas estrechas viviendas, colmadas de seres humanos durante el día y la noche, son otro punto de peligro, tanto para la moralidad como para el estado sanitario de sus habitantes. Y hasta dónde se hallan atestadas esas viviendas, lo relata el informe anteriormente mencionado acerca del estado sanitario de la clase trabajadora:

«En Leeds hemos hallado hermanos y hermanas, y pensionistas de uno y otro sexo, compartiendo la misma alcoba con los padres; esto genera consecuencias ante cuya consideración retrocede, horrorizada, la sensibilidad humana».

Otro tanto ocurre con *Bradford*, situada solamente a siete millas de Leeds, en el centro de varios valles que confluyen junto a un arroyo negro como la pez y maloliente. En un domingo de buen tiempo, la ciudad ofrece un panorama precioso desde las alturas circundantes (los días laborables se halla envuelta por una nube gris de humo de carbón); pero

*11. No debe olvidarse que estos «sótanos» no son trasteras, sino viviendas para seres humanos.

en el interior reina la misma suciedad y la misma inhabitabilidad que en Leeds. Los barrios viejos se hallan contruidos, de manera estrecha e irregular, en empinadas laderas; en las callejuelas, callejones sin salida y patios se encuentran montones de suciedad y escombros; las casas están ruinosas, son desaseadas e inhabitables, y en las inmediaciones del río y al pie del valle encontré no pocas cuyo piso inferior, semienterrado en la ladera de la montaña, era totalmente inhabitable. En general, los barrios emplazados al pie del valle, en los cuales se han apiñado las viviendas obreras entre las elevadas fábricas, son los peor contruidos y más sucios de toda la ciudad. En las zonas más nuevas, tanto de ésta como de todas las restantes ciudades fabriles, los *cottages* están dispuestos de una manera más regular, en hileras, pero también comparten en ella todos los inconvenientes ligados al modo tradicional de alojar a los obreros y de los que hablaremos como mayor detalle cuando examinemos la ciudad de Manchester. Otro tanto vale para las demás ciudades del West Riding, en especial *Barnsley*, *Halifax* y *Huddersfield*. Esta última, de lejos la más hermosa de todas las ciudades fabriles de Yorkshire y Lancashire por su encantadora ubicación y moderna arquitectura, también tiene, no obstante, sus distritos malos; pues un comité nombrado por una asamblea de vecinos para inspeccionar la ciudad informaba el 5 de agosto de 1844:

«Es notorio que en Huddersfield hay calles enteras y muchas callejuelas y patios que no están pavimentados ni provistos de cloacas u otros desagües; que en ellos se amontonan desperdicios, basuras y suciedad de todas clases que entran en fermentación y putrefacción, y que en casi todas partes se acumulan aguas estancadas en charcos, que en consecuencia las viviendas contiguas son necesariamente malas y sucias, de modo que en esos lugares se originaban enfermedades que amenazaban la salud de toda la ciudad».

Si pasamos por encima de Blackstone Edge, o si lo atravesamos por el medio empleando el ferrocarril, llegaremos a la tierra clásica en la cual la industria inglesa ha consumado su obra maestra y desde la cual emanan todos los movimientos de los obreros: a *Lancashire del Sur*, con su ciudad central de *Manchester*. Nuevamente nos encontramos frente a un hermoso paisaje de colinas suavemente escalonado desde la divisoria de las aguas en dirección al oeste, hacia el Mar de Irlanda, con los encantadores y verdes valles del Ribble, del Irwell y del Mersey y de sus afluentes; tierras que hace un siglo aún eran, en su mayor parte, sola-

mente un pantano escasamente poblado y que en la actualidad están sembradas de ciudades y aldeas y constituyen la zona más poblada de Inglaterra. En Lancashire, y especialmente en Manchester, la industria del Reino Unido tiene tanto su punto de partida como su centro; la Bolsa de Manchester es el termómetro de todas las fluctuaciones del tráfico industrial y el arte moderno de la fabricación ha alcanzado su perfección en Manchester. En la industria algodonera de Lancashire del Sur, el empleo de las fuerzas elementales, el desplazamiento del trabajo manual por la maquinaria (especialmente en el telar mecánico y en el *selfactor-mule*) y la división del trabajo se encuentran en su punto más alto, y así como hemos reconocido en estos tres elementos la característica de la industria moderna, debemos admitir que también en ellos la elaboración del algodón marcha, desde sus comienzos hasta la fecha, a la vanguardia de todos los restantes ramos de la industria. Al mismo tiempo también debían desarrollarse aquí, de la manera más pura y completa, las consecuencias de la industria moderna para la clase trabajadora, manifestándose el proletariado industrial en su clasicidad más plena; también debían llevarse aquí al extremo y tomarse conciencia con la mayor claridad de la degradación en que se sume al obrero en virtud del empleo de la fuerza del vapor, de la maquinaria y de la división del trabajo, así como las tentativas del proletariado por elevarse por encima de esta situación indigna. En razón de ello, puesto que Manchester constituye el tipo clásico de la ciudad industrial moderna y también porque la conozco tan bien como mi propia ciudad natal —mejor que la mayor parte de sus habitantes—, tendremos que detenernos aquí por algún tiempo más.

Las ciudades situadas en torno a Manchester difieren poco de la ciudad central en lo que atañe a los distritos laborales, salvo que en ellas los obreros posiblemente constituyan una parte aun mayor de la población que en aquélla. Pues estas localidades son puramente industriales y dejan en Manchester y a cargo de ella todas las actividades comerciales; en todos los aspectos dependen de Manchester y por ello sólo están habitadas por obreros y fabricantes, así como por tenderos de menor cuantía, mientras que Manchester posee una población comercial de suma importancia, en especial casas de comisionistas y minoristas de gran prestigio. Por eso *Bolton, Preston, Wigan, Bury, Rochdale, Middleton, Heywood, Oldham, Ashton, Stalybridge, Stockport*, etc., son casi todas, a pesar de ser ciudades de treinta, cincuenta, setenta y hasta noventa mil habitantes, grandes barrios obreros, solamente interrumpidos por fábricas y algunas calles principales, cuyos edificios visibles los constituyen comercios, y provistos de algunos accesos por carreteras, junto a las cuales se han cons-

truido las casas y jardines de los fabricantes, así como villas. Las propias ciudades están mal e irregularmente construidas, con patios, callejuelas y callejones interiores sucios, llenos de humo de carbón, y tienen un aspecto particularmente inhabitable a causa de sus ladrillos, originariamente de un rojo vivo, pero que el tiempo y el humo han teñido de negro y que constituyen aquí el material de construcción generalizado. Aquí las viviendas en sótanos son lo habitual; estas covachas subterráneas se instalan donde sea posible y en ellas vive una parte muy considerable de la población.

Entre las peores de estas ciudades se cuenta, junto a Preston y Oldham, *Bolton*, situada once millas al noroeste de Manchester. Por lo que he podido advertir en mis reiteradas estancias, sólo posee una única calle principal, por añadidura bastante sucia, Deansgate, que sirve al mismo tiempo de mercado y que hasta con el mejor tiempo sigue siendo una cueva oscura y de mal aspecto, a pesar de que con excepción de las fábricas sólo posee casas bajas, de uno y dos pisos. Como en todos lados, la parte más antigua de la ciudad es especialmente ruinoso e inhabitable. A través de ella fluye un agua negra, de la cual se duda si se trata de un arroyo o de una extensa serie de charcos hediondos y que contribuye con su aporte a apestar por completo el aire, que ya de por sí nada tiene de puro.

Luego está *Stockport*, que si bien se halla situada en la margen del Mersey ubicada del lado de Cheshire, pertenece empero al distrito industrial de Manchester. Se encuentra emplazada en un estrecho valle a lo largo del Mersey, de modo que a un lado la calle lleva abruptamente cuesta abajo y al otro, en forma igualmente abrupta, cuesta arriba, y el ferrocarril de Manchester a Birmingham atraviesa, por un elevado viaducto, la ciudad y todo el valle. Stockport es conocida en todo el distrito como uno de los villorrios más oscuros y llenos de humo y en efecto tiene un aspecto extremadamente poco acogedor, en especial vista desde el viaducto. Pero mucho menos acogedores aún parecen los *cottages* y viviendas en sótanos de los proletarios, que se extienden en prolongadas hileras por todos los barrios de la ciudad, desde el pie del valle hasta la cima de las colinas. No recuerdo haber visto tantos sótanos habitados, en proporción, en ninguna otra ciudad de este distrito.

A pocas millas al nordeste de Stockport está situada *Ashton-under-Lyne*, una de las localidades fabriles más recientes de la región. Se halla ubicada en la ladera de una colina, a cuyo pie se extienden el canal y el río Tame, y en general está construida según el sistema más moderno y regular. Cinco o seis largas calles paralelas se extienden a través de la

colina, siendo cortadas en ángulo recto por otras calles que bajan hacia el valle. Este trazado urbanístico desplaza fuera de la ciudad propiamente dicha a todas las fabricas, inclusive si la cercanía del agua y del canal no las hubiese arrastrado, colina abajo, hacia el valle, donde se elevan en estrecha contigüidad, volcando un denso humo por sus chimeneas. Eso hace que Ashton adquiera un aspecto mucho más acogedor que la mayor parte de las restantes ciudades fabriles; las calles son anchas y más limpias, los *cottages* tienen un aspecto nuevo, de un rojo fresco y habitable. Pero el nuevo sistema de construcción de *cottages* para los obreros tiene asimismo sus facetas negativas; cada calle tiene su calle interior oculta, hacia la cual conduce una estrecha vereda que en cambio es mucho más sucia. Y aunque no he visto allí ningún edificio, salvo algunos a la entrada, que pudiera tener más de cincuenta años, también en Ashton hay calles en las cuales los *cottages* se arruinan y envejecen, en cuyas esquinas los ladrillos de los muros ya no se sostienen y se desplazan, en las que las paredes se agrietan haciendo que se descascare la cal del blanqueado interior; calles cuyo aspecto sucio y ennegrecido por el humo en nada va a la zaga de las restantes ciudades del distrito... sólo que esto es, en Ashton, la excepción y no la regla.

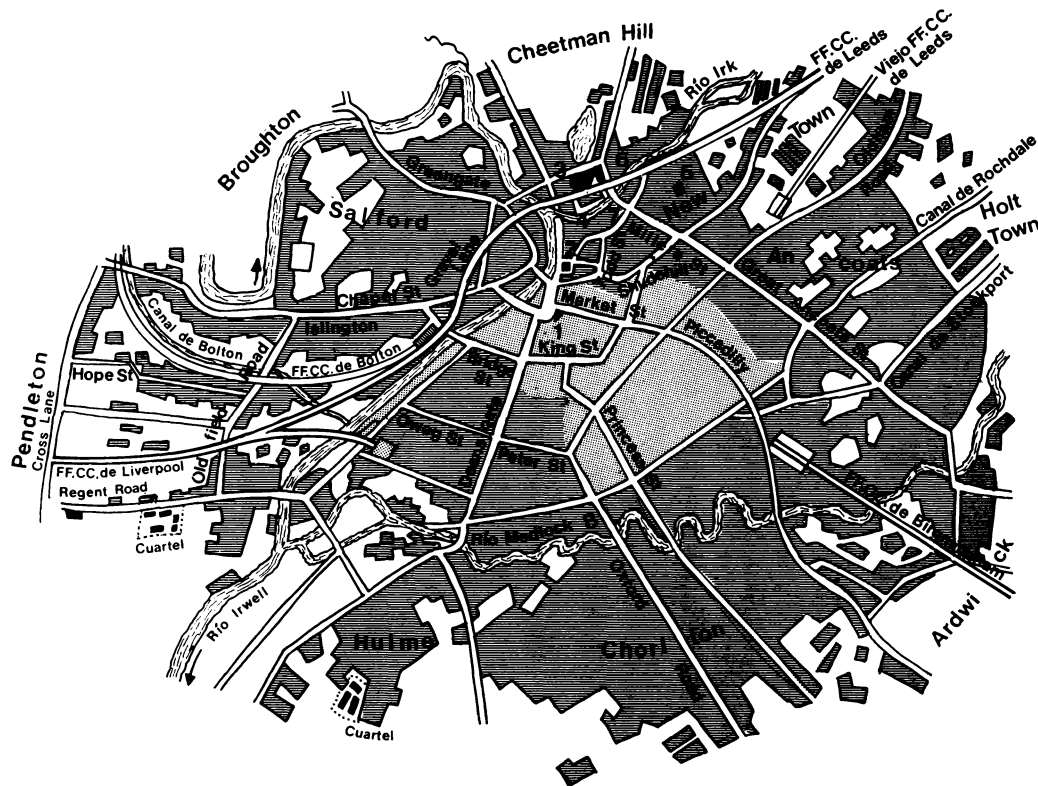
Una milla más al este se encuentra *Stalybridge*, también situada junto al Tame. Cuando se atraviesa la colina viniendo desde Ashton, se divisan arriba, en la loma, a derecha e izquierda, bellos y grandes jardines con preciosas casas semejantes a villas en su centro, mayormente construidas en el estilo «isabelino», que guarda con el gótico la misma relación que la religión anglicana protestante con la católica apostólica romana. Un centenar de pasos más y se divisa *Stalybridge* en el valle; ésta constituye un abrupto contraste respecto a las preciosas residencias campesinas, ¡que aún sigue siendo abrupto en comparación con los modestos *cottages* de Ashton! *Stalybridge* se halla situada en una estrecha y sinuosa garganta de un valle, mucho más estrecha aun que el valle en *Stockport*, cuyas dos laderas están ocupadas por una desordenada profusión de *cottages*, casas y fábricas. Al entrar, los primeros *cottages* que se ven son ya estrechos, humosos, vetustos y ruinosos, y tal como sus primeras casas es la ciudad toda. En el estrecho pie del valle hay pocas calles; la mayor parte de ellas se entrecruza a lo largo y a lo ancho, cuesta arriba y cuesta abajo, en casi todas las casas la planta baja se halla semienterrada a causa de esta situación escarpada y desde las montañas, que permiten ver la ciudad bajo los pies, en algunos casos, casi a vuelo de pájaro, puede verse la cantidad de patios, callejuelas interiores y rincones apartados a que da origen este confuso trazado. Sumando a esto su horrorosa suciedad,

podrá comprenderse la impresión repugnante que causa Stalybridge a pesar de sus bonitos alrededores.

Pero basta ya en lo que respecta a estas ciudades menores. Cada cual tiene sus características propias, pero en general los obreros viven en ellas exactamente igual que en Manchester; por ello sólo he descrito en especial su forma de construcción peculiar, y me limito a señalar que todas las observaciones de carácter más general acerca del estado de las viviendas obreras en Manchester también pueden aplicarse plenamente a las ciudades situadas en torno a aquélla. Pasemos a considerar entonces la propia ciudad central.

Manchester se halla situada al pie de la ladera sur de una cadena de colinas que parte de Oldham e irrumpe entre los valles del Irwell y del Medlock, y cuya última culminación la constituye *Kersall-Moor*, que es el hipódromo y a la vez el *Mons Sacer*¹³ de Manchester. La ciudad propiamente dicha de Manchester se halla situada en la margen izquierda del Irwell, entre este río y los dos más pequeños, el Irk y el Medlock, que desembocan aquí en el Irwell. Sobre la margen derecha del Irwell y encerrada por un pronunciado recodo de este río, se encuentra *Salford*, y más al oeste *Pendleton*; al norte del Irwell se hallan situadas *Higher* y *Lower Broughton* y al norte del Irk, *Cheetham Hill*; al sur del Medlock se encuentra *Hulme*, más al este *Chorlton-on-Medlock* y más allá, casi en el este de Manchester, *Ardwick*. Todo este complejo edilicio se denomina habitualmente Manchester, y comprende un número antes bien superior que inferior a las cuatrocientas mil personas. La ciudad propiamente dicha es de curioso trazado, de modo tal que puede vivirse en ella durante años, entrando y saliendo de ella a diario, sin jamás pasar por un barrio obrero o siquiera rozarse con obreros, es decir mientras se atienda únicamente a las propias ocupaciones o se efectúen paseos. Pero esto se debe principalmente al hecho de que, por un acuerdo tácito e inconsciente, así como en virtud de una intención consciente y manifiesta, los distritos obreros se hallan estrictísimamente separados de los barrios que se han dejado a la clase media o, cuando ello no era posible, se los cubre con un manto piadoso. El centro de Manchester contiene un distrito comercial bastante extenso, aproximadamente de media milla de largo por idéntico ancho, consistente casi exclusivamente en oficinas y depósitos de mercancías (*warehouses*). Casi todo el distrito se halla deshabitado y durante la noche está desierto y solitario; solamente agentes de policía

13. Monte Sacro; monte cerca de Roma al que, según la tradición, se retiraron los plebeyos en 494 y 449 a.n.e. en apoyo de sus reivindicaciones.



PLANO DE MANCHESTER Y SUS SUBURBIOS

1. La Bolsa
2. La iglesia vieja
3. La Casa de Trabajo
4. El cementerio de los pobres entre las estaciones de los ferrocarriles de Liverpool y Leeds
5. Iglesia de San Miguel
6. Scotland Bridge, sobre el Irk. La calle de 2 a 6 se denomina Long Millgate
7. Ducie Bridge sobre el Irk
8. Little Ireland

 El barrio comercial

1/4 1/2 3/4 1 1/4 1/2

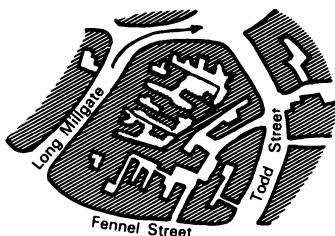
Millas inglesas
69 1/2 = 1° del ecuador

que se hallan de guardia recorren con sus linternas sordas las estrechas y oscuras callejuelas. Esta zona es atravesada por algunas calles principales, en las cuales se apiña un tráfico inmenso y cuyas plantas bajas están ocupadas por brillantes comercios. Los pisos superiores de estas calles están ocasionalmente habitados y en ellas hay bastante vida callejera hasta altas horas de la noche. Con excepción de este distrito comercial, toda la ciudad propiamente dicha de Manchester —toda Salford y Hulme, parte considerable de Pendleton y Chorlton, dos tercios de Ardwick y zonas aisladas de Cheetham Hill y Broughton— es íntegramente un distrito obrero, que se extiende en torno al barrio comercial como un cinturón de un ancho de una milla y media, en promedio. En las afueras, allende ese cinturón, habita la alta y mediana burguesía —la mediana en calles regulares en las cercanías de los barrios obreros, especialmente en Chorlton y las regiones más bajas de Cheetham Hill, la alta en las más distantes quintas, semejantes a villas, de Chorlton y Ardwick, o en las aireadas alturas de Cheetham Hill, Broughton y Pendleton—, al saludable y campestre aire libre, en preciosas y cómodas viviendas, junto a las cuales pasan, cada media hora o cada cuarto de hora, los ómnibus que viajan hacia la ciudad. Y lo mejor de todo es que estos ricos aristócratas financieros pueden viajar hacia sus negocios situados en medio de la ciudad pasando en medio de todos los barrios obreros por el camino más corto, sin advertir siquiera que se hallan en las inmediaciones de la más sucia miseria, que puede hallarse a derecha e izquierda. Pues las calles principales, que parten de la Bolsa y salen de la ciudad en todas direcciones, están ocupadas en ambas aceras por una hilera casi ininterrumpida de comercios, por lo cual se hallan en manos de la mediana y pequeña burguesía, la cual, ya por su propio beneficio, puede velar y vela por un aspecto más decente y aseado. De cualquier manera, estos comercios tienen no obstante un estrecho parentesco con los distritos situados a sus espaldas, por lo cual son más elegantes en el barrio comercial y en las cercanías de los distritos de la burguesía que allí donde ocultan sucios *cottages* obreros; pero sin embargo son suficientes para ocultar a los ojos de las ricas damas y caballeros, de fuertes estómagos y débiles nervios, la miseria y la suciedad que constituyen el factor complementario de su riqueza y su lujo. Así, por ejemplo, Deansgate, que partiendo de la iglesia vieja lleva en línea recta hacia el sur, tiene como construcciones, al principio, depósitos de mercancías y fábricas, luego comercios de segundo orden y algunas cervecerías, más al sur, donde abandona el barrio comercial, algunos comercios más insignificantes, los cuales, a medida que se avanza, se tornan más y más sucios y se ven cada vez

más interrumpidos por cantinas y tabernas, hasta que en el extremo sur el aspecto de los comercios no deja dudas acerca de que sus clientes son obreros y nada más que obreros. Tal el caso de Market Street, que corre en dirección sudeste desde la Bolsa; al comienzo brillantes comercios de primer orden y, en sus pisos superiores, oficinas y depósitos de mercancías; luego, en su continuación (Picadilly), colosales hoteles y depósitos de mercancías; más lejos (London Road), en la zona del Medlock, fábricas, tabernas, comercios para la baja burguesía y los obreros, luego en Ardwick Green viviendas para la alta y mediana burguesía y, a partir de allí, grandes jardines y casas de campo para los fabricantes y comerciantes más pudientes. De esta manera, si se conoce Manchester, pueden *deducirse* los barrios contiguos partiendo de las calles principales, pero rara vez podrán verse efectivamente los propios distritos obreros *reales*. Sé muy bien que este trazado urbanístico hipócrita es más o menos común a todas las grandes ciudades; sé asimismo que los comerciantes minoristas deben apoderarse de las grandes calles que atraviesan la ciudad, ya por el mero hecho de la naturaleza de sus negocios; sé que en todas partes hay en esta clase de calles más edificios buenos que malos y que en sus proximidades el valor del suelo es mayor que en zonas distantes; pero, al mismo tiempo, en ninguna parte como en Manchester he encontrado una exclusión tan sistemática de la clase obrera con respecto a las calles principales, un encubrimiento tan delicado de todo cuanto pudiese ofender los ojos y los nervios de la burguesía. Y sin embargo, precisamente Manchester ha sido construida de una manera menos planificada —o según disposiciones policiales— que cualquier otra ciudad; por el contrario, es una ciudad cuyo trazado obedece más al azar que el de cualquier otra; y si en este contexto tengo en cuenta las afanosas afirmaciones de la clase media en el sentido de que la situación de los obreros es excelente, se me ocurre no obstante que los fabricantes liberales, los «big whigs» de Manchester, no son del todo inocentes en cuanto a este planteo urbanístico vergonzante.

Mencionaré aún la circunstancia de que las instalaciones fabriles se hallan situadas, casi en su totalidad, junto al curso de los tres ríos o de los diversos canales que se ramifican a través de la ciudad, y pasaré luego a la descripción de los propios distritos obreros. En primer lugar se halla la ciudad vieja de Manchester, situada entre el límite norte del barrio comercial y el Irk. En ella las calles (inclusive las mejores) son estrechas y sinuosas —como Todd Street, Long Millgate, Withy Grove y Shude Hill—, las casas son sucias, viejas y amenazan ruina, y el trazado de las calles laterales es totalmente abominable. Si partiendo de la iglesia

vieja se penetra en Long Millgate, se encuentra inmediatamente a la derecha una serie de casas anticuadas, ni una sola fachada de las cuales ha conservado su verticalidad; son los restos de la antigua Manchester preindustrial, cuyos habitantes más antiguos se trasladaron, con sus descendientes, a distritos mejor contruidos, dejando las casas que resultaban demasiado malas para ellos a una raza obrera con una fuerte mezcla de sangre irlandesa. Nos encontramos aquí en un barrio obrero casi totalmente desembozado, pues inclusive los comercios y tabernas de la calle no se toman el trabajo de parecer un tanto aseados. Pero todo esto aún no es nada en comparación con las callejuelas y patios situados a sus espaldas, a los que se accede por estrechos pasadizos abovedados por los cuales no pueden pasar dos personas una junto a la otra. Es imposible imaginarse la mezcla aleatoriamente desordenada de las casas, que se burla de cualquier arquitectura racional, el apretujamiento con que se hallan aquí formalmente hacinadas. Y la culpa de ello no sólo la tienen los edificios que han sobrevivido a los tiempos antiguos de Manchester; en tiempos más recientes este desorden ha sido llevado al extremo, pues en todos aquellos lugares en los que todo el trazado de la época anterior aún dejaba algún pequeño espacio, se siguió construyendo y poniendo parches, hasta que por último no quedó entre las casas ni una pulgada de terreno que aún pudiese construirse. Para confirmarlo copiaré aquí un pequeño fragmento del plano de Manchester, que no es el peor sector ni llega a la décima parte de toda la ciudad vieja.



Este dibujo bastará para caracterizar el trazado absurdo de todo el distrito, especialmente en las inmediaciones del Irk. En esta parte, la ribera del Irk es sumamente empinada en la margen meridional, midiendo de quince a treinta pies de altura; junto a esta escarpada pared montañosa se hallan implantadas aun mayormente tres hileras de casas, la más baja de las cuales se alza directamente del río, mientras que la fachada de la más alta está situada en el nivel de la cima de la colina en

Long Millgate. Entre ellas aún se hallan emplazadas fábricas junto al río; en suma, que el trazado es aquí tan estrecho y desordenado como en la parte inferior de Long Millgate. A derecha e izquierda, gran cantidad de accesos abovedados llevan desde la calle principal hacia los numerosos patios y al entrar en ellos se topa uno con una mugre y una suciedad de una repugnancia sin par, sobre todo en los patios que llevan hacia el Irk y que sin duda alguna contienen las viviendas más horribles que jamás haya visto. Junto a la entrada misma de uno de estos patios, donde termina el pasadizo cubierto, hay un retrete sin puerta tan sucio que los habitantes sólo pueden entrar al patio o salir de él atravesando un charco estancado de orina y excrementos en descomposición que lo rodea; se trata del primer patio junto al Irk, por encima del Ducie Bridge, si es que alguien tuviese ganas de inspeccionarlo; abajo, junto al río, hay varias curtidurías que colman toda la zona de un olor de putrefacción animal. A los patios situados por debajo de Ducie Bridge se desciende mayormente por escaleras estrechas y sucias y sólo se arriba a las casas pasando sobre montones de escombros y de basura. El primer patio situado por debajo de Ducie Bridge se llama Allen's Court y en la época del cólera se hallaba en tal estado que la policía sanitaria lo hizo evacuar, limpiar y fumigar con cloro; en un folleto^{*12} el doctor Kay ofrece una descripción aterradora de la situación de ese patio en aquel entonces. Desde entonces parece haber sido parcialmente demolido y reconstruido; por lo menos desde Ducie Bridge hacia abajo se ven aún varias ruinas de muros y elevados montones de escombros junto a algunas casas de construcción más reciente. En general, el panorama desde ese puente —delicadamente disimulado para los mortales de menor estatura por un parapeto amurallado de la altura de un hombre— es característico de todo el distrito. En las profundidades fluye —o, mejor dicho, se estanca— el Irk, un río angosto, negro como la pez y maloliente, lleno de basuras y desperdicios que arroja hacia su margen derecha, más plana; en los días secos permanecen junto a esta orilla una larga hilera de los más repugnantes charcos pantanosos de un verde negruzco, desde cuyas profundidades ascienden de continuo burbujas de gases miasmáticos, produciendo un olor que resulta insoportable aun arriba en el puente, a cuarenta o cincuenta pies por encima del nivel de las aguas. Por añadidura, a cada

*12. *The Moral and Physical Condition of the Working Classes, employed in the Cotton Manufacture in Manchester* [La situación moral y física de la clase obrera empleada en la manufactura algodonera de Manchester]. By James Ph. Kay, Dr. med., 2.^a ed., 1832.— Confunde la clase obrera en general con la clase obrera fabril, pero por lo demás es excelente.

paso el río es detenido en su curso por elevadas esclusas, tras las cuales el lodo y los desperdicios se depositan en masas espesas y en estado de putrefacción. Por encima del puente se encuentran elevadas curtidurías, y más arriba tintorerías, molinos de huesos y fábricas de gas, cuyos desechos y desagües desembocan íntegramente en el Irk, el cual recibe, además, el contenido de las cloacas y retretes que afluyen a él. Es de imaginarse, pues, la índole de los residuos que deja el río. Por debajo del puente se divisan los montones de escombros, la basura, la mugre y la ruina de los patios de la escarpada orilla izquierda; siempre hay una casa situada inmediatamente por detrás de la otra y por el escalonamiento de la orilla se ve un trozo de cada una de ellas; todas están ennegrecidas por el humo, viejas, desmoronadas, con los vidrios y marcos de sus ventanas rotos. El fondo lo constituyen viejos edificios fabriles, semejantes a cuarteles. Sobre la margen izquierda, más baja, hay una larga hilera de casas y fábricas; ya la segunda casa es una ruina sin techo, colmada de escombros y la tercera está situada tan baja que su piso inferior es inhabitable, y por consiguiente carece de puertas y ventanas. Aquí el fondo lo constituyen el cementerio para los pobres, las estaciones de los ferrocarriles de Liverpool y Leeds y tras ellas la Casa de Trabajo, la «Bastilla de la ley de pobres» de Manchester, que contempla amenazadoramente el barrio obrero situado frente a ella como una ciudadela erigida en lo alto de una colina, tras altos muros y almenas.

Por encima de Ducie Bridge la margen izquierda se hace más llana mientras que la derecha se torna más escarpada, al tiempo que el estado de las viviendas situadas a ambos lados del Irk empeora en lugar de mejorar. Si en este lugar de la calle principal —que sigue siendo Long Millgate— se dobla a la izquierda, uno se extravía; se penetra de un patio a otro, se doblan infinidad de esquinas, rincones y pasadizos estrechos y sucios, hasta que pocos minutos más tarde se ha perdido toda orientación y ya no se sabe adónde dirigirse. Por todas partes se ven edificios total o parcialmente en ruinas —algunos de ellos están realmente deshabitados, lo cual en este sitio ya es decir—, las casas rara vez tienen piso de tablas o de piedra, en cambio casi siempre se observan puertas y ventanas rotas, que no corresponden a sus marcos, ¡y una suciedad! Por todas partes, montones de escombros, desperdicios e inmundicias; charcos estancados en lugar de desagües, y un olor que por sí solo bastaría para que a cualquier persona más o menos civilizada le resultase imposible vivir en un distrito semejante. La recién construida prolongación del ferrocarril de Leeds, que atraviesa aquí el Irk, ha barrido una parte de esos patios y callejuelas, dejando en cambio otros tanto más al descu-

bierto. Así, por ejemplo, directamente debajo del puente ferroviario hay un patio que supera con mucho a todos los demás en suciedad y horror, precisamente porque hasta entonces estaba tan encerrado y retirado que sólo a duras penas podía penetrarse en él; sin el hueco creado por el viaducto ferroviario, yo mismo jamás lo hubiese hallado, a pesar de que creía conocer con exactitud toda la zona. A través de una orilla accidentada, entre postes y sogas de ropa, se llega a este caos de cabañas pequeñas de un solo piso y una sola habitación, la mayor parte de las cuales carece de suelo artificial; se trata de cocina, sala y alcoba, todo en uno. En una de tales covachas, que apenas si medía seis pies de largo por cinco de ancho, vi dos camas —¡y qué camas, con qué armazones!— que sumadas a una escalera y a un hogar bastaban justamente para llenar todo el cuarto. En muchas otras no vi *absolutamente nada*, a pesar de que la puerta se hallaba abierta de par en par y sus habitantes estaban apoyados sobre ella. Delante de las puertas se veían, por doquier, escombros y basura; no era posible advertir que debajo de ellos pudiera haber alguna especie de pavimento, recurriendo a la vista; esa comprobación apenas si podía efectuarse ocasionalmente tanteando con los pies. Todo este montón de establos habitados por seres humanos estaba delimitado, en dos de sus lados, por casas y por una fábrica, y en el tercero, por un río, y además del estrecho muelle había aún un angosto portón que conducía... hacia otro laberinto de viviendas cuya construcción y conservación eran casi igualmente malas.

Pero basta ya. De este modo se halla construida casi toda la ribera del Irk, un caos abigarrado, carente de plan, de casas más o menos rayanas en la inhabitabilidad y cuyo sucio interior corresponde perfectamente a los inmundos alrededores. ¡Cómo puede pretenderse que esa gente sea higiénica! No hay ocasión siquiera para satisfacer las necesidades más imperiosamente naturales y cotidianas. Los retretes son tan raros aquí, que o bien están llenos todo el día o están demasiado fuera del alcance de la mayoría. ¡Cómo habría de lavarse la gente si sólo tiene cerca las sucias aguas del Irk, mientras que las cañerías y bombas de agua sólo aparecen en los barrios decentes! ¡Realmente, no puede tomarse a mal a estos ilotas de la sociedad moderna el que sus viviendas no sean más aseadas que las pocilgas esparcidas en medio de ellas! Después de todo, los propietarios de las casas no se avergüenzan de alquilar viviendas como los seis o siete sótanos junto al malecón, directamente por debajo de Scotland Bridge, cuyo piso se halla situado por lo menos dos pies por debajo del nivel de las aguas —cuando éstas se hallan bajas— del río Irk, que fluye a menos de seis pies de distancia, o como el piso superior

de la casa situada en la esquina sobre la orilla opuesta, inmediatamente por encima del puente, cuya planta baja es inhabitable y carece de todo cerramiento para los huecos de puertas y ventanas; pero este último caso no es raro en toda esta zona y en tales circunstancias todo el vecindario utiliza habitualmente ese piso inferior abierto, por falta de otros lugares para ello, ¡como retrete!

Si dejamos el Irk para avanzar nuevamente por el lado opuesto a Long Millgate, en medio de las viviendas obreras, llegaremos a un barrio algo más nuevo que se extiende desde la iglesia de San Miguel hasta Withy Grove y Shude Hill. Aquí hay, por lo menos, un poco más de orden; en lugar de aquel trazado caótico encontramos siquiera callejones sin salida y callejuelas largas y rectas o patios construidos deliberadamente, en su mayor parte cuadrados; pero si en el caso anterior ello se daba para cada casa, aquí cuando menos cada callejuela y cada patio han sido construidos de manera arbitraria, sin tener consideración alguna para con la ubicación de los restantes. Las callejuelas corren ora en esta dirección, ora en aquélla, a cada paso se entra en un callejón sin salida o se llega a una esquina tapiada que vuelve a llevar exactamente al punto de partida; quien no haya vivido durante un lapso bastante prolongado en este laberinto, con certeza que no podrá abrirse camino a través de él. La ventilación de las calles —si se me permite emplear esa palabra aplicándola a este distrito— y de los patios se torna, en consecuencia, tan deficiente como en la zona del Irk; y aunque no obstante este distrito le lleva alguna ventaja al valle del Irk —sus casas son más nuevas, después de todo, las calles por lo menos tienen desagües, a veces—, en cambio tiene nuevamente una vivienda en sótanos casi por debajo de todas las casas, cosa que es más rara de hallar en el valle del Irk a causa de su mayor antigüedad y del tipo de construcción más negligente de las casas. Por lo demás, la suciedad, los montones de escombros y cenizas y los charcos en las calles son comunes a ambos barrios y en el distrito del cual estamos hablando encontramos además otra circunstancia sumamente desventajosa para la higiene de sus habitantes: la gran cantidad de cerdos que se pasean por las calles en todas partes, husmeando las basuras, o que se hallan encerrados en los patios, en pequeñas pocilgas. Aquí, como en la mayor parte de los distritos obreros de Manchester, los criadores de cerdos alquilan los patios e instalan porquerizas en ellos; en casi todos los patios hay uno de esos rincones cercados, o inclusive varios, en los cuales los habitantes del patio arrojan todos los desperdicios y basuras; eso engorda a los cerdos, y el aire, que ya de suyo se halla viciado en esos patios cerrados por sus cuatro costados, termina

de empeorar a causa de las materias animales y vegetales en descomposición. A través de este distrito se ha abierto una calle ancha, bastante decente —Millers Street—, disimulando el fondo con algún éxito; pero si uno deja que su curiosidad lo guíe por alguno de los numerosos pasadizos que llevan hacia los patios, podrá ver repetida cada veinte pasos lo que es, literalmente, una porquería.

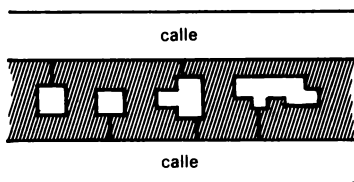
Ésa es la ciudad vieja de Manchester, y al releer mi descripción debo confesar que, lejos de ser exagerada, aún dista bastante de ser lo suficientemente cruda como para visualizar la suciedad, la decadencia y la inhabitabilidad, el trazado arquitectónico que se burla de toda consideración de higiene, ventilación y salubridad, de este distrito, que cuenta por lo menos con unos veinte a treinta mil habitantes. ¡Y un barrio semejante existe en el centro de la segunda ciudad de Inglaterra, de la primera ciudad fabril del mundo! Si alguien quiere comprobar cuán poco espacio necesita el hombre para moverse, cuán poco aire —¡y qué aire!— requiere para respirar, en caso necesario con cuán poca civilización puede existir, no tiene más que venir aquí. Por cierto que es la ciudad *vieja* —y a eso se remite la gente de aquí, cuando se le habla de las horrendas condiciones de este infierno en la tierra—, pero ¿qué quiere decir eso? Todo cuanto con mayor violencia despierta nuestra repugnancia y nuestra indignación es de origen más reciente, pertenece a la *época industrial*. Los pocos centenares de casas pertenecientes a la antigua Manchester han sido abandonados desde mucho tiempo atrás por sus moradores primitivos; solamente la industria las ha atestado de las multitudes de obreros que se alojan actualmente en ellas; sólo la industria ha construido obstruyendo cada pequeño espacio situado entre esas casas viejas, a fin de obtener reparo para las masas que hizo venir desde las regiones agrícolas y desde Irlanda; sólo la industria permite a los poseedores de estos establos el alquilárselos a seres humanos, por elevadas sumas, en calidad de viviendas, explotar la pobreza de los obreros, socavar la salud de millares de personas con tal de enriquecerse *ellos*; sólo la industria ha hecho posible que el obrero, apenas liberado de la servidumbre, pudiese volver a ser utilizado como un mero material, como una *cosa*, que deba dejarse encerrar en una vivienda demasiado mala para cualquier otro ser, y que ahora tenga el derecho de dejarla que termine de arruinarse a cambio de su buen dinero. Eso sólo lo ha hecho la industria, que no hubiese podido vivir sin esos obreros, sin la pobreza y servidumbre de esos obreros. Es verdad que la disposición originaria de ese barrio era mala y que no era mucho cuanto de bueno pudiera hacerse con él, pero ¿han hecho algo los propietarios o la administración para mejorarlo con las construcciones

adicionales? Por el contrario: allí donde quedaba algún rinconcito libre se ha añadido una casa, donde había alguna salida superflua, se la tapió con construcciones; el valor del suelo aumentaba con el florecimiento de la industria y cuanto más aumentaba tanto más alocadamente se construía en él, sin consideración alguna para con la salud y la comodidad de los moradores —*no hay barraca que sea demasiado mala; siempre se encuentra algún pobre que no pueda pagar una mejor*— y tomando únicamente en cuenta la mayor ganancia posible. Pero se trata de la ciudad vieja y con ello se tranquiliza la burguesía; veamos entonces qué aspecto tiene la *ciudad nueva* (*the New Town*).

La *ciudad nueva*, también denominada la ciudad irlandesa (*the Irish Town*), se extiende más allá de la ciudad vieja, ascendiendo a un promontorio arcilloso situado entre el Irk y St. George's Road. Allí cesa todo aspecto urbano: hileras aisladas de casas o complejos de calles se encuentran aislados, como pequeñas aldeas, sobre el suelo de arcilla pelada, ni siquiera cubierto de césped; las casas, o mejor dicho los *cottages*, se hallan en mal estado, jamás reparados, sucios, provistos de viviendas húmedas y desaseadas en los sótanos; las callejuelas no están pavimentadas ni tienen desagües, en cambio sí numerosas colonias de cerdos, encerrados en pequeños patios y pocilgas o que se pasean indecorosamente por la loma. El lodo en los caminos es aquí tan abundante que sólo en días de tiempo extremadamente seco existen posibilidades de transitar por aquéllos sin hundirse a cada paso hasta arriba de los tobillos. Cerca de St. George's Road se estrechan las construcciones y se ingresa en una serie continua de callejuelas, callejones sin salida, callejas interiores y patios, que se tornan más apretados y desordenados a medida que uno se acerca al centro de la ciudad. En cambio es obvio que se hallan pavimentadas con mayor frecuencia o por lo menos están dotadas de senderos pavimentados y canales de desagüe; pero la suciedad, el mal estado de las casas y en especial de los sótanos siguen siendo los mismos.

Creo que resulta oportuno efectuar aquí algunas observaciones generales acerca del trazado urbanístico de los barrios obreros, habitual en Manchester. Hemos visto que en la ciudad vieja era mayormente el mero azar el que decidía acerca del agrupamiento de las casas. Cada una de ellas ha sido construida sin tener en cuenta las demás, y los angulosos espacios intermedios que quedan entre las diversas viviendas se denominan patios (*courts*), a falta de otro nombre. En las partes un tanto más nuevas del mismo barrio y en otros barrios obreros originarios de los primeros tiempos de la floreciente industria, encontramos una disposición algo más planificada. El espacio intermedio situado entre dos calles se

divide en patios más regulares, rectangulares las más de las veces, aproximadamente de la siguiente manera:

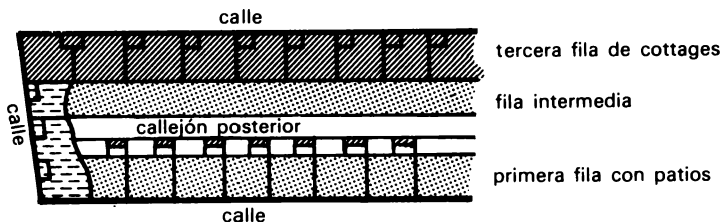


que han sido dispuestos así desde un principio, y hacia los cuales conducen pasadizos cubiertos desde la calle. Si ya todo el trazado implanificado era sumamente nocivo para la salud de los habitantes al impedir la ventilación, esta manera de recluir a los obreros en patios encerrados por edificios por todos lados lo es mucho más aun. Aquí el aire no puede salir, lisa y llanamente; mientras se mantenga encendido el fuego, las chimeneas de las propias casas son la única salida para el aire encajonado del patio.*¹³ A esto se suma aún la circunstancia de que las casas que rodean esta clase de patios se hallan construidas mayormente de manera doble, es decir unidas de a dos por sus paredes posteriores, y sólo esto basta ya para impedir cualquier ventilación buena y continua. Y puesto que la policía municipal no se preocupa por el estado de estos patios, ya que todo cuanto se arroja en ellos permanece tranquilamente en el sitio donde fue arrojado, no cabe sorprenderse por la mugre ni por los montones de cenizas y basuras que se encuentran en ellos. ¡Hasta estuve en patios —situados en Millers Street— que se hallaban emplazados por lo menos medio pie por debajo del nivel de la calle principal y que ni siquiera poseían el menor desagüe para el agua que se acumulaba en ellos en los días de lluvia!

Con posterioridad se ha inaugurado un nuevo trazado, que se ha generalizado en la actualidad. Ahora los *cottages* obreros casi nunca se construyen aisladamente, sino siempre por docenas o en cantidades superiores, y un solo empresario construye directamente una o varias calles. Éstas se disponen entonces de la siguiente manera. Un frente —véase

*13. Y sin embargo afirmó en una ocasión un docto liberal inglés —en el informe de la *Children's Empl[oyement] Comm[ission]*— que estos patios serían la obra maestra del urbanismo porque, al igual que un número de pequeñas plazas públicas, ¡mejorarían la ventilación y la corriente de aire! Por supuesto que esto ocurriría si cada patio tuviese dos o cuatro accesos amplios, abiertos en la parte superior y enfrentados entre sí, con lo cual el aire podría circular; pero *nunca* tienen dos accesos abiertos y rara vez tienen uno, siendo casi todos estrechos y abovedados.


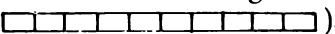
el dibujo de más abajo— lo constituyen *cottages* de primer orden, que tienen la dicha de poseer una puerta trasera y un pequeño patio y que reportan el alquiler más elevado. Detrás de los muros de los patios de estos *cottages* hay un estrecho callejón, el callejón posterior (*back street*), tapiado en ambos extremos, y hacia el cual conduce un estrecho sendero o bien un pasadizo lateral cubierto. Los *cottages* que dan a este callejón son los que abonan el alquiler más bajo, y en general son los más descuidados. Comparten su pared posterior con la tercera fila de *cottages*, que dan a la calle por el lado opuesto y que abonan un alquiler inferior a la primera hilera, pero en cambio superior al de la segunda. La disposición de las calles es, por lo tanto, la que sigue:



Esta disposición permite por cierto que la primera hilera de *cottages* disponga de una ventilación bastante buena y que la de la tercera fila cuando menos no empeore con respecto a la hilera correspondiente en el trazado anterior; en cambio, la fila intermedia está por lo menos tan mal ventilada como las casas de los patios y la propia callejuela posterior se halla en el mismo estado de suciedad y mal aspecto que aquéllas. Los empresarios prefieren este tipo de construcción porque les ahorra espacio y les da la oportunidad de explotar con mayor éxito a los obreros mejor remunerados mediante un alquiler más elevado en los *cottages* de las hileras primera y tercera.

Estas tres formas de construcción de los *cottages* se encuentran en todo Manchester y, más aun, se las vuelve a encontrar en todo Lancashire y Yorkshire, a menudo mezcladas, pero la mayor parte de las veces lo suficientemente separadas como para poder deducir ya de ello la edad relativa de los diversos barrios de la ciudad. El tercer sistema, el de las callejuelas posteriores, es el que predomina decididamente en el gran distrito obrero situado al este de St. George's Road, a ambos lados de Oldham Road y Great Ancoats Street, y también es el que se encuentra con la mayor frecuencia en los restantes distritos obreros de Manchester y de sus suburbios.

En el gran distrito mencionado, comprendido bajo el nombre de

Ancoats, se hallan instaladas la mayor parte y las más grandes fábricas de Manchester junto a los canales; se trata de edificios colosales, de seis a siete pisos, que con sus esbeltas chimeneas se alzan sobresaliendo por encima de los bajos *cottages* obreros. Por ello, la población de este distrito consta principalmente de obreros fabriles y, en las calles peores, de tejedores manuales. Las calles situadas a menor distancia del centro de la ciudad son las más antiguas y por ende las peores, pero están pavimentadas y provistas de desagües; considero como pertenecientes a ellas a sus calles paralelas más próximas de Oldham Road y Great Ancoats Street. Prosiguiendo hacia el nordeste se encuentra alguna que otra calle de construcción reciente; allí los *cottages* tienen un aspecto limpio y agradable, las puertas y ventanas son nuevas y recién pintadas y los ambientes interiores son aseados y blanqueados; las propias calles son más aireadas y los terrenos baldíos situados entre las casas son mayores y más frecuentes. Pero esto sólo puede decirse con referencia a la menor parte de las viviendas; a esto se suma luego que bajo casi todos los *cottages* hay instaladas viviendas en sótanos, que muchas calles carecen de pavimento y desagües y sobre todo que este aspecto agradable es mera apariencia, que desaparece una vez transcurridos los primeros diez años. Pues el tipo de construcción de los propios *cottages* individuales no es menos reproable que la disposición de las calles. Al principio, todos los *cottages* de esta especie tienen un aspecto agradable y sólido, sus macizas paredes de ladrillos halagan la vista y si se recorre una calle obrera *recién construida* sin preocuparse mayormente por las callejas posteriores o por la construcción de las propias casas, se convendrá con la afirmación de los fabricantes liberales en el sentido de que en ninguna parte los obreros viven tan bien como en Inglaterra. Pero observando más detenidamente se advierte que las paredes de estos *cottages* son todo lo delgadas que sea posible construirlas. Los muros externos, que sorportan el sótano, la planta baja y el techo, tienen a lo sumo un grosor de un ladrillo entero, de modo que en cada capa horizontal se adosan los ladrillos por su lado mayor (); pero he visto más de un *cottage* de la misma altura —algunos incluso en construcción— cuyos muros externos sólo tenían el grosor de medio ladrillo, vale decir que los ladrillos no estaban dispuestos a lo ancho, sino a lo largo, de modo que se tocaban por su lado menor (). Esto se hace, en parte, para economizar material, pero en parte también porque los empresarios de construcción jamás son propietarios del suelo, sino que, conforme a la costumbre inglesa, sólo lo han arrendado por veinte, treinta, cuarenta, cincuenta o noventa y nueve años, transcurrido cuyo lapso el suelo re-

torna a su propietario original con todo cuanto hay en él, sin que éste tenga que pagar indemnización alguna por las inversiones efectuadas sobre él. Por consiguiente, el arrendatario calcula las inversiones para que, una vez transcurrido el plazo contractual, las instalaciones tengan el menor valor posible; y puesto que a menudo esta clase de *cottages* sólo se erigen de veinte a treinta años antes de llegado ese momento, resulta fácil comprender que los empresarios no invertirán demasiado en ellos. A ello se suma aun que estos empresarios, en su mayor parte maestros de obras y patrones carpinteros o fabricantes, en parte para no reducir el producto del alquiler, en parte por el hecho de acercarse el momento de la restitución del solar, gastan poco o nada en reparaciones; que a causa de las crisis comerciales y de la desocupación consecuente a menudo hay calles enteras deshabitadas, y que a consecuencia de ello los *cottages* se deterioran con mucha rapidez, cayendo en un estado de inhabitabilidad. En general, se calcula que las viviendas obreras sólo siguen siendo realmente habitables durante cuarenta años; esto suena bastante asombroso, cuando se ven las hermosas y sólidas paredes de los *cottages* recién construidos, que parecen prometer una duración de unos cuantos siglos; pero no obstante, es así: la mezquindad de la inversión originaria, la negligencia con respecto a cualquier reparación, la frecuencia con que se hallan deshabitados, el continuo y rápido cambio de habitantes y por añadidura las devastaciones producidas durante los últimos diez años de habitabilidad por los moradores (mayormente se trata de irlandeses), quienes bastante a menudo arrancan la carpintería de madera y la emplean con fines de calefacción, todo ello hace que, transcurridos cuarenta años, estos *cottages* se hayan convertido en ruinas. También a esto se debe el hecho de que el distrito de Ancoats, que sólo fue construido desde el florecimiento de la industria —más aun, en su mayor parte sólo durante este siglo— cuenta no obstante con una cantidad de casas viejas y ruinosas o, peor aun, que la mayor parte de sus casas ya se encuentre actualmente en su última etapa de habitabilidad. No quiero hablar de la cantidad de capital que se dilapida de este modo, de lo poco que habría que agregar a la inversión originaria y a la ulterior reparación para lograr que todo este distrito se mantuviese aseado y habitable durante muchos años; lo único que me interesa aquí es la situación de las casas y de sus moradores, y en este aspecto hay que decir que no existe sistema más nocivo y desmoralizador para alojar a los obreros que precisamente éste. El obrero está obligado a habitar esta clase de *cottages* deteriorados porque no puede pagarlos mejores o porque no los hay mejores en las cercanías de su fábrica, o acaso inclusive porque pertenecen al fabricante y éste sólo le da

trabajo si se instala en una de esas viviendas. Naturalmente que lo de los cuarenta años no es tan exacto, pues si las viviendas se hallan situadas en un barrio densamente construido y, siendo más caro el arrendamiento del suelo, hay muchas probabilidades de encontrar siempre inquilinos, los empresarios también harán algo como para mantenerlas, más allá de los cuarenta años, en un estado de cierta habitabilidad; pero con toda certeza que no harán más de lo imprescindiblemente necesario y estas viviendas reparadas serán entonces las peores de todas. A veces, cuando hay amenaza de epidemias, se agita un tanto la conciencia habitualmente adormecida de la policía sanitaria, la cual emprende entonces campañas en los distritos obreros, cierra hileras íntegras de sótanos y *cottages*, tal como ocurrió por ejemplo con varias callejuelas en las inmediaciones de Oldham Road; pero no pasa mucho tiempo antes de que las viviendas proscritas vuelvan a tener ocupantes y los propietarios se prestan mejor servicio a sí mismos si vuelven a buscar inquilinos... ¡total, ya se sabe que la policía sanitaria no volverá tan pronto!

Este sector oriental y noroeste de Manchester es el único en el cual la burguesía no ha agregado construcciones para sí misma... por la sencilla razón de que el viento oeste y sudoeste, que predomina aquí durante diez u once meses al año, impulsa siempre hacia allí el nada escaso humo de las fábricas. Que los obreros sean los únicos en respirarlo.

Al sur de Great Ancoats Street se halla situado un gran distrito obrero semiconstruido, una zona de tierras onduladas y desnudas, ocupadas por hileras o cuadrados de casas, aislados y desordenadamente dispuestos. Entre ellas hay solares baldíos, desnivelados, barrocos, privados de césped y, por ende, casi intransitables en días húmedos. Los *cottages* son todos sucios y viejos, a menudo se hallan situados en hoyos profundos y en general recuerdan a la ciudad nueva. El tramo cortado por el ferrocarril de Birmingham es el más densamente edificado y en consecuencia también el peor. Aquí el Medlock corre, en incontables recodos, a través de un valle que por momentos se halla al mismo nivel del valle del Irk. A ambas márgenes de este río estancado, hediondo y negro como la pez, desde su entrada en la ciudad hasta su confluencia con el Irwell, se extiende un ancho cinturón de fábricas y viviendas obreras, hallándose todas estas últimas en el peor estado. La orilla es mayormente escarpada y construida hasta dentro del río mismo, exactamente igual que como habíamos visto en el Irk, y la disposición de las casas y calles es tan mala del lado de Manchester como del de Ardwick, Chorlton o Hulme. Pero el sitio más execrable —si quisiera detallar cada uno en particular sería cosa de nunca acabar— se halla situado del lado de Manchester, inme-

diatamente al sudoeste de Oxford Road, y se denomina la Pequeña Irlanda (*Little Ireland*). En una hondonada bastante profunda, rodeada en un semicírculo por el Medlock y por los cuatro costados por altas fábricas, elevadas orillas con construcciones o terraplenes, se encuentran, dispuestos en dos grupos, unos 200 *cottages*, mayormente compartiendo el muro posterior cada dos viviendas, dentro de los cuales viven, en conjunto, alrededor de 4.000 personas, en su casi totalidad irlandeses. Los *cottages* son viejos, sucios y del tipo más pequeño, las calles son desniveladas, accidentadas y en parte carecen de pavimento y de desagües; una ingente cantidad de basuras, desperdicios y un lodo repugnante se encuentra por doquier, entre charcas estancadas; la atmósfera está apesada por las emanaciones de las mismas y oscurecida y cargada a causa del humo de una docena de chimeneas de fábricas; gran cantidad de mujeres y niños andrajosos vagan en derredor, sucios como los cerdos que se regodean en los montones de cenizas y en los charcos; en suma, que todo ese villorrio ofrece un aspecto tan desagradable y repulsivo como difícilmente puedan brindarlo los peores patios junto al Irk. La estirpe que vive en estos *cottages* ruinosos, tras ventanas rotas y obturadas con lienzos embebidos en aceite, tras puertas hendidas y jambas carcomidas, o inclusive en sótanos oscuros y húmedos, entre esa suciedad y ese hedor sin límites en esa atmósfera que parecía encajonada adrede, esa estirpe debe hallarse realmente en el peldaño más bajo de la humanidad; tal es la impresión y la conclusión que a uno le impone el mero exterior de este distrito. Pero, ¿qué nos queda por decir cuando nos enteramos^{*14} de que en cada una de esas casitas, que a lo sumo tienen dos habitaciones y un desván, y acaso también un sótano, viven, por término medio, veinte personas, que en todo el distrito corresponde a unas 120 personas solamente un retrete —que, como es natural, en la mayor parte de los casos es totalmente inaccesible— y que a pesar de todas las prédicas de los médicos, a pesar de la indignación exhibida por la policía sanitaria acerca del estado de la Pequeña Irlanda en la época del cólera, todo sigue estando actualmente, en el Año de Gracia de 1844, casi en la misma situación que en 1831? El doctor Kay relata que no solamente los sótanos, sino inclusive las plantas bajas de todas las casas de este distrito son húmedas; que anteriormente se había llenado un número de sótanos con tierra, pero poco a poco se los fue vaciando nuevamente y en la actualidad son habitados por irlandeses, que en un sótano —puesto que el piso del mismo se hallaba situado por debajo del nivel del río—

*14. Dr. Kay, *loc. cit.*

el agua manaba de continuo por un orificio taponado con arcilla, de modo que su morador, un tejedor manual, debía desaguar todas las mañanas su sótano y echar el agua a la calle.

Más abajo, sobre la margen izquierda del Medlock, se encuentra Hulme, que en realidad es sólo un gran barrio obrero, y cuyo estado coincide casi por entero con el del distrito de Ancoats. Los distritos más densamente poblados son mayormente malos y amenazan ruina, mientras que los menos poblados son de construcción más reciente, más aireados, pero en su mayoría se hallan sumidos en el barro. La disposición húmeda de los *cottages* es general, lo mismo que el tipo de construcción con callejuelas posteriores y viviendas en sótanos. En la margen opuesta del Medlock, en la ciudad de Manchester propiamente dicha, hay un segundo gran distrito obrero que se extiende a ambos lados de Deansgate hasta el barrio comercial y que en parte no le va en zaga a la ciudad vieja. Más exactamente, en las inmediaciones del barrio comercial, entre Bridge Street y Quay Street, Princess Street y Peter Street, el apretujamiento de los edificios supera en algunos parajes a los patios más estrechos de la ciudad vieja. Se encuentran aquí largas y estrechas callejuelas, entre las cuales se hallan patios y pasajes angostos y angulosos cuyas entradas y salidas han sido dispuestas con tal desorden que en este laberinto, a cada instante, se va a dar a un callejón sin salida o se sale en un punto totalmente equivocado si no se conoce con exactitud cada pasaje y cada patio. En estas zonas estrechas, deterioradas y sucias vive, según el doctor Kay, la clase más desmoralizada de toda Manchester, cuyo oficio es el robo o la prostitución, y todo parece indicar que —incluso actualmente— tiene razón. Cuando la policía sanitaria efectuó aquí su campaña en 1831, encontró que en este distrito la suciedad era tan grande como junto al Irk o en Little Ireland (puedo atestiguar que la situación aún no es mucho mejor) y entre otras cosas había un solo retrete para trescientas ochenta personas en Parliament Street y para treinta casas nutridamente habitadas en Parliament Passage.

Si atravesamos el Irwell en dirección a Salford hallaremos sobre una península, formada por este río, una ciudad, que cuenta con ochenta mil habitantes y que en realidad sólo es un gran distrito obrero, atravesado por una única calle ancha. Salford, que antes fue más importante que Manchester, era entonces el lugar principal del distrito circundante y aun hoy le da su nombre (Salford Hundred). Ésa es la causa por la cual se encuentra aquí un distrito bastante antiguo y por lo tanto actualmente muy insalubre, sucio y deteriorado, situado frente a la iglesia vieja de Manchester y que se halla en tan mal estado como la ciudad vieja

ubicada en la margen opuesta del Irwell. Más lejos del río se encuentra un distrito más reciente, pero que también supera ya los cuarenta años, por lo cual está bastante ruinoso. Todo Salford está construido según patios o callejuelas angostas, tan estrechas que me recuerdan las más estrechas que haya visto: las angostas callejuelas de Génova. En este sentido, el tipo de construcción medio de Salford es aún considerablemente peor que el de Manchester, y otro tanto ocurre con la higiene. Si en Manchester la policía acudía a los distritos obreros por lo menos de tanto en tanto —una vez cada seis a diez años—, clausurando las peores viviendas y haciendo limpiar los lugares más sucios de este establo de Augías, en cambio nada parece haber hecho en Salford. Las estrechas callejuelas laterales y patios de Chapel Street, Greengate y Gravel Lane seguramente no han sido limpiadas desde su construcción; actualmente, el ferrocarril de Liverpool las atraviesa por encima de un elevado viaducto que pasa por el medio, eliminando algunos de los rincones más sucios, pero ¿de qué sirve eso? Viajando por ese viaducto aún se ve bastante suciedad y miseria desde arriba, y si alguien se toma la molestia de recorrer esas callejuelas mirando dentro de casas y sótanos a través de las puertas y ventanas abiertas, podrá convencerse a cada instante de que los obreros de Salford moran en viviendas en las cuales la higiene y la comodidad son imposibles. Exactamente lo mismo hallamos en las zonas más distantes de Salford, en Islington, junto a Regent Road y detrás del ferrocarril de Bolton. Las viviendas obreras situadas entre Oldfield Road y Cross Lane, donde a ambos lados de Hope Street se encuentra gran cantidad de patios y callejuelas en el peor estado, rivalizan con la ciudad vieja de Manchester en cuanto a suciedad y hacinamiento de su población; en esta región encontré a un hombre, sexagenario por su aspecto, que vivía en un establo; había provisto de una especie de chimenea esa caja cuadrada, carente de ventanas, sin entarimar ni adoquinar, había instalado en ella una cama y vivía allí, aunque la lluvia penetraba por su pésimo y ruinoso techo. Este hombre era demasiado viejo y débil como para efectuar un trabajo regular y se alimentaba acarreando estiércol, etc., con su carretilla; el lodazal daba directamente contra su establo.

Éstos son los distintos distritos obreros de Manchester, tales como tuve ocasión de observarlos personalmente durante veinte meses. Si resumimos el resultado de nuestra peregrinación por estas regiones, tendremos que decir que trescientos cincuenta mil obreros de Manchester y sus suburbios viven, casi todos ellos, en *cottages* malos, húmedos y sucios, que las calles que ocupan se encuentran las más de las veces en el peor estado

de conservación e higiene y han sido construidas sin consideración alguna para con la ventilación, teniendo en cuenta únicamente las ganancias que afluyen hacia su constructor; en una palabra, que en las viviendas obreras de Manchester no háy higiene ni comodidad posible, lo cual imposibilita asimismo toda vida hogareña; que en estas viviendas sólo puede sentirse cómoda y a sus anchas una raza deshumanizada, degradada, intelectual y moralmente envilecida hasta la bestialidad y físicamente enferma. Y no soy el único que lo afirma; hemos visto que el doctor Kay ofrece exactamente la misma descripción, y por si esto fuera poco citaré aquí las palabras de un liberal, de una autoridad reconocida y sumamente apreciada de los fabricantes, de un adversario fanático de todos los movimientos obreros independientes, las palabras del señor Senior:^{*15}

«Cuando recorrí las viviendas de los obreros fabriles en la ciudad irlandesa, Ancoats y la Pequeña Irlanda, no cabía en mi asombro acerca de que fuese posible mantener en semejantes viviendas un estado de salud tolerable. Estas ciudades —pues eso es lo que son, en extensión y número de habitantes— han sido erigidas con la más extremada desconsideración para con todo, con excepción del beneficio directo de sus especulativos constructores. Un carpintero y un constructor se unen para comprar una serie de solares» (es decir, para alquilarlos por un número de años) «y cubrirlos con lo que han dado en denominar casas; en un lugar hemos encontrado una calle íntegra que seguía el curso de una zanja, a fin de obtener sótanos más profundos sin costos de excavación, pero sótanos no destinados a depósitos o trasteras, sino a viviendas para seres humanos. *Ni una sola casa de esta calle se sustrajo al cólera.* Y en general las calles de estos suburbios carecen de pavimento, en medio de ellas hay un montón de estiércol o un lodazal, las casas están adosadas por sus paredes posteriores y carecen de ventilación o desagües y familias enteras se hallan confinadas a un rincón en un sótano o en algún desván».

Ya he mencionado anteriormente una actividad desusada, desplegada por la policía sanitaria en Manchester en la época del cólera. Al aproximarse esta epidemia, un terror generalizado se adueñó de la burguesía de esa ciudad; súbitamente recordó las insalubres viviendas de los pobres y tembló ante la certeza de que cada uno de estos barrios ruinosos constituiría un centro para la peste, a partir del cual esparciría sus estra-

*15. Nassau W. Senior, *Letters on the Factory Act to the Rt. Hon. the President of the Board of Trade* [Cartas sobre la ley fabril al muy honorable presidente de la Oficina de Comercio] (Charles Poulett Thomson Esq.). London, 1837, pág. 24.

gos en todas direcciones, hacia las moradas de la clase poseedora. De inmediato se nombró una comisión de salubridad para examinar estos distritos e informar exactamente a la municipalidad acerca de su estado. El doctor Kay, miembro él mismo de la comisión que inspeccionó especialmente cada distrito policial por separado, con excepción del decimoprimero, nos ofrece extractos aislados de su informe. Se inspeccionaron en total 6.951 casas —naturalmente que sólo en la ciudad de Manchester *propriadamente dicha*, con exclusión de Salford y los restantes suburbios—; de ellas, 2.565 necesitaban urgentemente un encalado interior, en 960 se habían omitido reparaciones necesarias (*were out of repair*). 939 carecían de desagües suficientes, 1.435 eran húmedas, 452 mal ventiladas, 2.221 carecían de retretes. De las 687 calles inspeccionadas, 248 carecían de pavimento, 53 sólo estaban parcialmente pavimentadas, 112 mal ventiladas, 352 tenían charcos estancados, montones de basuras, desperdicios y similares. Naturalmente, la tarea de limpiar semejante establo de Augías ante la llegada del cólera era lisa y llanamente imposible; por ello se contentaron con limpiar algunos de los peores rincones, dejando todo lo demás en su estado primitivo; se sobrentiende que, tal como lo demuestra el caso de la Pequeña Irlanda, la antigua inmundicia se había vuelto a adueñar de los puntos sometidos a limpieza pocos meses más tarde. Y acerca del estado interior de estas viviendas, la misma comisión informa cosas similares a las que ya viéramos en los casos de Londres, Edimburgo y otras ciudades:

«A menudo, toda una familia irlandesa se hacina en *una sola* cama; con frecuencia, un jergón de paja sucia y mantas de arpillera vieja ocultan a todos en un montón indiscernible, en el cual cada uno se halla igualmente envilecido por las carencias, el embrutecimiento y el desaseo. A menudo los inspectores hallaban viviendo, en una casa de dos habitaciones, a dos familias; todos ellos dormían en una de las habitaciones, siendo la otra comedor y cocina comunes; y a menudo vivía más de una familia en un húmedo sótano de un solo ambiente, en cuya pestilente atmósfera se hacinaban de doce a dieciséis personas; a éstas y otras fuentes de enfermedad se sumaba aún la circunstancia de que dentro de esa vivienda se criaban cerdos y se registraban otros hechos repulsivos de la especie más indignante».*¹⁶

Debemos añadir que muchas familias que sólo poseen una habitación deben alojar en ella pensionistas y pernoctantes a cambio de una

*16. Kay, *loc. cit.* pág. 32.

retribución, que no es raro que estos pensionistas de uno u otro sexo duerman en una misma cama con el matrimonio y que, por ejemplo, se ha encontrado seis o más veces en Manchester, según el «Informe sobre el estado sanitario de la clase obrera», el caso de un hombre que dormía en *una misma* cama con su mujer y su cuñada ya adulta. Aquí también son sumamente numerosas las casas de alojamiento común; el doctor Kay indica que en 1831 su número ascendía a 267 en la ciudad de Manchester propiamente dicha, y desde entonces debe haber aumentado. Estas casas admiten cada una entre veinte y treinta huéspedes, por lo cual albergan todas las noches, en total, entre cinco y siete mil personas; el carácter de esos alojamientos y de sus clientes es el mismo que en otras ciudades. En cada habitación hay de cinco a siete camas, yaciendo en el suelo sin armazón, y sobre ellas se acuesta a tantas personas como haya, todas ellas mezcladas. No es necesario que indique la atmósfera física y moral que impera en estos antros del vicio. Cada una de estas casas es un foco del crimen y escenario de actos que sublevan los sentimientos humanos y que acaso nunca hubiesen llegado a ejecutarse a no ser por esta centralización forzosa de la inmoralidad. Gaskell^{*17} cifra en 20.000 el número de individuos que viven en sótanos en la ciudad de Manchester propiamente dicha. El *Weekly Dispatch* indica la cifra «según informes oficiales» en un 12 % de la clase obrera, lo cual concordaría con el dato anterior: suponiendo que el número de obreros sea de 175.000, el 12 % sería igual a 21.000. Las viviendas en sótanos en los suburbios son *por lo menos* igualmente numerosas y en consecuencia el número de personas que viven en sótanos en la ciudad de Manchester y aledaños ascendería

*17. P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England, its Moral, Social, and Physical Conditions, and the Changes which have arisen from the Use of Steam Machinery; with an Examination of Infant Labour. Fiat Justitia*. [La población obrera fabril de Inglaterra, su situación moral, social y física y los cambios ocasionados por el uso de la maquinaria de vapor; con un examen del trabajo infantil. Hágase justicia.] 1833.— Describe fundamentalmente la situación de los obreros en Lancashire. Su autor es un liberal, pero escribió en una época en que no era cosa del liberalismo ensalzar la «dicha» de los obreros. Por eso aún es imparcial y aún puede permitirse ver los males de la situación actual, en especial del sistema fabril. Pero en cambio también escribió antes de la *Factories Inquiry Commission* [Comisión Investigadora de Fábricas], extrayendo de fuentes equívocas más de una aseveración posteriormente refutada por el informe de la comisión. Por ello sólo hay que emplear con precauciones en el detalle esta obra, aunque la misma es buena en general, y también porque, al igual que Kay, confunde a la clase trabajadora en general con la clase obrera fabril en particular. La historia del desarrollo del proletariado que se ofrece en la introducción ha sido tomada, en lo fundamental, de esta obra.

a guarismos no inferiores a los 40.000 o 50.000. Hasta aquí lo que se refiere a las viviendas de los obreros en las grandes ciudades. La satisfacción de la necesidad de un techo podrá dar una medida del modo en que se satisfacen todas las necesidades restantes. Es fácil deducir que en estas cuevas sucias sólo puede alojarse una población andrajosa y mal alimentada. Y en efecto, así es. Las vestimentas de la inmensa mayoría de los obreros se hallan en muy mal estado. Ya las telas que se emplean para ellas no son las más apropiadas: el lino y la lana han desaparecido casi del vestuario de ambos sexos, y su lugar ha sido ocupado por el algodón. Las camisas son de tela de algodón blanqueada o de colores; asimismo, los vestidos de las mujeres son en general de algodón estampado, y es raro ver enaguas de lana en las sogas donde se tienden a secar las prendas lavadas. Los hombres usan por lo común pantalones de pana de algodón o de otras telas pesadas de algodón y chaquetas o americanas del mismo género. La pana de algodón (*fustian*) se ha convertido incluso en la vestimenta proverbial de los obreros, a quienes se califica de *fustian-jackets*, y ellos mismos se llaman así en contraste con los señores que usan paños de lana (*broadcloth*), palabra que se emplea asimismo para designar a la clase media. Cuando Feargus O'Connor, el jefe cartista, llegó a Manchester durante la insurrección de 1842, apareció, bajo los aplausos más enardecidos de los obreros, con un traje de pana de algodón. En Inglaterra, los sombreros constituyen parte generalizada de la indumentaria incluso en el caso de los obreros: sombreros de las más diversas formas, redondos, cónicos o cilíndricos, de ala ancha, de ala angosta o sin ala; solamente los jóvenes de las ciudades fabriles usan gorras. Quien no tiene un sombrero se confecciona una gorra baja y cuadrada, plegando un papel. Toda la vestimenta de los obreros —incluso presuponiendo que se halle en buen estado— está poco acorde con el clima. El húmedo aire de Inglaterra, que con sus bruscos cambios del tiempo provoca más resfriados que ningún otro, obliga a casi toda la clase media a usar franela directamente sobre la piel del torso; las chalinas, camisetas y fajas de franela son de uso generalizado. La clase trabajadora no sólo carece de esta protección, sino que tampoco está casi nunca en condiciones de emplear siquiera una hebra de lana para sus vestimentas. Pero las pesadas telas de algodón, a pesar de ser más gruesas, rígidas y pesadas que el paño de lana, detienen no obstante mucho menos el frío y la humedad que éste, permanecen húmedas por más tiempo a causa de su grosor y de la naturaleza del material y en general no poseen la densidad del paño de lana abatanado. Y si alguna vez un obrero puede adquirir una chaqueta de lana para los domingos, debe hacerlo en alguna de las «tiendas

baratas» donde obtiene un paño de mala calidad, denominado «*devil's dust*»,¹⁴ hecho «sólo para la venta, pero no para el uso, y que después de dos semanas se desgarra o se deshilacha, o bien debe comprarle al ropavejero alguna chaqueta vieja semirraída, cuya mejor época ya ha pasado y que sólo le presta buenos servicios durante unas pocas semanas. Pero a ello se agrega además en la mayor parte de los casos el mal estado de su vestuario y, de tanto en tanto, la necesidad de llevar sus mejores prendas de vestir a la casa de empeños. Sin embargo, en un número inmenso de personas, en especial las de sangre irlandesa, los vestidos son verdaderos harapos, que a menudo ni siquiera pueden ser objeto ya de remiendos o que, de tanto haber sido remendados, ya no permiten reconocer en absoluto su color original. No obstante, los ingleses o los anglo-irlandeses siguen remendando y han realizado notables progresos en ese arte —lana o arpillera sobre pana de algodón o viceversa, eso no constituye problema para ellos—, mientras que los auténticos irlandeses inmi-grados casi nunca remiendan y sólo lo hacen en caso de necesidad extrema, cuando de no remendarla su prenda se desgarra en dos; habitualmente, los andrajos de la camisa cuelgan fuera por los desgarros de la chaqueta o del pantalón; al decir de Thomas Carlyle,^{*18} llevan

«un traje de andrajos, siendo el ponérselo y el quitárselo una de las operaciones más difíciles, que sólo se emprende en los días de fiesta y en los momentos especialmente propicios».

Los irlandeses también introdujeron en Inglaterra la costumbre de andar descalzos, anteriormente desconocida en ese país. En la actualidad, en todas las ciudades fabriles se ve andar descalzas a gran cantidad de personas, especialmente mujeres y niños, cosa que paulatinamente va logrando aceptación también entre los ingleses más pobres.

Lo mismo que ocurre con la vestimenta sucede con la alimentación. Los obreros reciben lo que la clase poseedora considera demasiado malo para sí. En las grandes ciudades inglesas se puede obtener de todo lo mejor, pero cuesta mucho dinero; el obrero, que debe mantener su hogar con sus escasas monedas, no puede gastar tanto. Por añadidura, casi nunca se le abona su salario antes del sábado al atardecer —ya se ha

*18. Thomas Carlyle, *Chartism*, London, 1840, pág. 28. Acerca de Thomas Carlyle, véase más adelante [cf. las notas al pie de las págs. 523 y 539].

14. Basuras del diablo (paño confeccionado con restos de lana de escaso valor, elaborados en la abridora de lana sucia). (En inglés, *devil* significa tanto diablo como esa máquina.)

comenzado a pagar los viernes, pero esta excelente institución aún dista mucha de haberse generalizado— y entonces sólo llega al mercado el sábado a las cuatro, cinco o siete de la tarde, cuando durante la mañana la clase media ya ha escogido lo mejor que había en él. Por la mañana, el mercado está repleto de las mejores cosas, pero cuando llegan los obreros lo mejor ya ha desaparecido y si aún estuviese allí es probable que no pudieran comprarlo. Las patatas que compra el obrero son mayormente malas, las hortalizas están marchitas, el queso es viejo y de escasa calidad, el tocino está rancio, la carne es magra, vieja, dura y pertenece a animales viejos, con frecuencia enfermos o muertos espontáneamente y a menudo en estado de semiputrefacción. Los vendedores las más de las veces son pequeños revendedores, que adquieren mercancías en mal estado y que, precisamente por esta causa, pueden revenderlas tan baratas. Los obreros más pobres deben acudir a otra artimaña para arreglárselas con su exiguo dinero, inclusive en la adquisición de artículos de la peor calidad. Puesto que a las doce de la noche del sábado se deben cerrar todos los comercios y no está permitido vender nada los días domingo, entre las diez y las doce horas se malvenden a precios irrisorios aquellas mercancías que de otro modo se echarían a perder hasta el lunes por la mañana. Pero las nueve décimas partes de lo que ha quedado sin vender a las diez de la noche ya resultan incomibles el domingo por la mañana y precisamente son estas mercancías las que constituyen la mesa dominical de la clase más pobre. La carne que obtienen los obreros es, con suma frecuencia, incomible; pero una vez que la han comprado, deben comerla. El 6 de enero (si mucho no me equivoco) de 1844 se celebró un tribunal de mercado (*court leet*) en Manchester, el cual multó a once carniceros por haber vendido carne incomible. Cada uno de ellos tenía un vacuno o un cerdo enteros, o varias ovejas, o de 50 a 60 libras de carne, todas las cuales fueron confiscadas en ese estado. A uno de ellos se le decomisaron 64 gansos de Navidad rellenos que no se habían vendido en Liverpool y que, por consiguiente, habían sido transportados a Manchester, donde fueron llevados, en estado de putrefacción y hediondez, al mercado. Toda esta historia, con los nombres y el importe de las multas, se relató por entonces en el *Manchester Guardian*. Durante las seis semanas que van del 1.º de julio al 14 de agosto, el mismo periódico informa de tres casos de la misma índole; según el número del 3 de julio, se confiscó en Heywood un cerdo de 200 libras que, encontrado muerto y en estado de descomposición, fue descuartizado y expuesto a la venta por un matarife; según el del 31 de julio, se aplicaron sendas multas de £ 2 y £ 4 respectivamente a dos carniceros de Wigan, uno

de los cuales ya había incurrido anteriormente en la misma infracción, por exposición de carne incomible, y según el número del 10 de agosto se le decomisaron a un tendero de Bolton 26 jamones en mal estado, quemándose los públicamente e imponiéndose al tendero una multa de 20 chelines. Pero éstos distan mucho de ser todos los casos y ni siquiera constituyen un promedio para el lapso de seis semanas, a partir del cual podría calcularse el promedio anual —a menudo se producen épocas en las que en cada número del *Guardian*, de aparición bisemanal, se cita algún caso semejante de Manchester o del distrito fabril circundante—, y si se piensa en los muchos casos que deben escapárseles a los inspectores de mercado, dada la extensión de los mercados, que ocupan todo el largo de los frentes de las calles principales, y la escasa vigilancia de aquéllos —¿cómo se explicaría, de otro modo, el descaro con que se traen a la venta reses enteras?—, si se piensa en lo grande que debe ser la tentación dados los importes de las multas arriba citados, incomprensiblemente bajos, si se piensa en el estado en que ya debe hallarse un trozo de carne para que los inspectores puedan confiscarlo como totalmente incomible, entonces es imposible creer que, por término medio, los obreros reciban carne buena y nutritiva. Pero la codicia de dinero de la clase media los estafa asimismo de otra manera. Los tenderos y fabricantes adulteran todos los alimentos de una manera irresponsable y con la mayor desconsideración para con la salud de aquéllos a quienes deben alimentar. Antes hemos oído la voz del *Manchester Guardian*; oigamos ahora la de otro periódico de la clase media —me gusta tomar a mis adversarios por testigos—; veamos qué nos dice el *Liverpool Mercury*:

«Se vende manteca salada por manteca fresca, para lo cual se cubren las pellas con una cobertura de manteca fresca, o se pone en la parte superior una libra de manteca fresca para probar, y luego de esta muestra se venden las libras de manteca salada, o bien se elimina la sal por lavado y se vende la manteca por fresca. El azúcar se mezcla con arroz molido u otros productos baratos y se vende al precio cabal. Asimismo se mezclan los desechos de las jabonerías con otras sustancias y se los vende como azúcar. El café molido se mezcla con achicoria y otros productos baratos y más aun, también se entreveran éstos con el café sin moler, para lo cual se da a la mezcla la forma de granos de café. Es muy frecuente que se aduldere el cacao con tierra marrón fina, frotada con grasa de carnero, en cuyo caso se mezcla más fácilmente con el cacao genuino. El té se mezcla con hojas de endrina y otras basuras, o bien se vuelven a secar hojas de té usadas, se las tuesta sobre planchas de cobre calientes para que recuperen el color y de este modo se venden por frescas. La

pimienta se adultera con polvo de cascarillas, etc.; el vino de Oporto se fabrica directamente (a partir de colorantes, alcohol, etc.), ya que es notorio que sólo en Inglaterra se bebe más oporto que el que produce todo Portugal, y el tabaco se mezcla con sustancias repugnantes de toda suerte, en todas las formas posibles que se le impartan a este artículo».

(Puedo añadir que, con referencia a la adulteración general del tabaco, varios de los comerciantes de tabacos de mayor prestigio de Manchester declararon públicamente el verano pasado que ningún negocio de esta índole podría subsistir sin la adulteración, ya que no hay un solo cigarro que cueste menos de 3 peniques y que conste por entero de tabaco.) Naturalmente, los fraudes no se limitan a los alimentos, de los cuales aún podría citar una docena (entre otras, la infamia de mezclar yeso o tiza con la harina); se cometen timos en todos los artículos: la franela, los calcetines, etc., se estiran para que parezcan más grandes y encogen después del primer lavado; el paño angosto se vende por paño de pulgada y media o tres pulgadas más ancho; la loza se esmalta con una capa tan fina, que ese esmaltado es lo mismo que nada y se salta de inmediato, y hay otras cien ignominias. *Tout comme chez nous*¹⁵ pero quienes más deben soportar las malas consecuencias del fraude, son los obreros. Al rico no se le engaña, ya que puede pagar los elevados precios de las grandes tiendas, las cuales deben cuidar su buena reputación y se inferirían el mayor daño a sí mismas si vendiesen mercancías malas y adulteradas; el rico ha sido malcriado por el consumo de manjares delicados y su fino paladar advierte con mayor facilidad el engaño. Pero el pobre, el obrero, para quien unos pocos peniques tienen gran importancia, que necesita adquirir muchas mercancías por poco dinero, que no debe ni puede fijarse tan exactamente en la calidad, puesto que jamás ha tenido la ocasión de refinar su sentido del gusto, es el destinatario de todas esas mercancías adulteradas o, más aun, a menudo empozoñadas; debe concurrir a los comercios de pequeños tenderos, acaso hasta deba comprar a crédito, y esos tenderos, a causa de su pequeño capital y de los mayores costos de explotación, ni siquiera pueden vender, a igual calidad, tan barato como los minoristas más importantes y deben procurarse, a sabiendas o no, mercancías adulteradas, siquiera a causa de los precios más bajos que valen y de la competencia de los demás. Amén de eso, si un minorista importante, que ha invertido un gran capital en su negocio, queda arruinado también si se arruina su crédito al descu-

15. Exactamente como entre nosotros.

brírsele algún fraude, ¿qué puede importarle que le demuestren haber incurrido en fraude a algún mercachifle que provee de mercancías a una sola calle? Si ya no se confía en él en Acoats, se trasladará a Chorlton o a Hulme, donde nadie lo conoce y donde recomenzará sus estafas; y sólo muy pocas adulteraciones se penan con sanciones legales, salvo que impliquen al mismo tiempo una evasión de impuestos al consumo. Pero al obrero inglés se le engaña no sólo en la calidad, sino también en la cantidad de las mercancías; los pequeños comerciantes tienen, en su mayoría, pesas y medidas falsas y en los informes policiales pueden leerse a diario una cantidad increíble de penalidades impuestas por tales infracciones. Algunos extractos del *Manchester Guardian* podrán demostrarnos cuán generalizados están este tipo de fraudes en los distritos fabriles; sólo abarcan un breve lapso, dentro del cual ni siquiera dispongo de *todos* los números:

Guard[ian], 16 de junio de 1844. Sesiones de *Rochdale*: multas de 5 a 10 chelines aplicadas a 4 comerciantes por pesas más livianas. Sesiones de *Stockport*: multas de 1 chelín aplicadas a 2 comerciantes; uno de ellos tenía siete pesas más livianas y un platillo de la balanza falseado, y ambos habían sido advertidos previamente.

Guard., 19 de junio. Sesiones de *Rochdale*: imposición de multas de 5 chelines a un comerciante y de 10 chelines a dos campesinos.

Guard., 22 de junio. Juzgado de paz de *Manchester*: multas desde 2 1/2 chelines hasta £ 2 aplicadas a 19 comerciantes.

Guard., 26 de junio. Sesiones de *Ashton*: multas desde 2 1/2 chelines hasta £ 1 aplicadas a 14 comerciantes y campesinos. Sesión dedicada a causas leves, en *Hyde*: 9 campesinos y comerciantes condenados con costas y 5 chelines de multa.

Guard., 6 de julio. *Manchester*: 16 comerciantes condenados con costas y multas de hasta 10 chelines.

Guard., 13 de julio. *Manchester*: multas desde 2 1/2 chelines hasta 20 chelines aplicadas a 9 comerciantes.

Guard., 24 de julio. *Rochdale*: multas de 10 a 20 chelines aplicadas a 4 comerciantes.

Guard., 27 de julio. *Bolton*: 12 comerciantes y cantineros condenados con costas.

Guard., 3 de agosto. *Bolton*: tres de los mismos multados en 2 1/2 a 5 chelines.

Guard., 10 de agosto. *Bolton*: uno de los mismos multado en 5 chelines.

Y por las mismas razones por las cuales el fraude en la calidad de las

mercancías recaía principalmente sobre los obreros, también recaía sobre ellos el fraude cuantitativo.

Como es natural, la alimentación corriente de los propios diferentes obreros difiere según su salario. Los obreros mejor remunerados, en especial aquellos obreros fabriles en cuyas familias cada uno de los miembros se halla en condiciones de ganar algo, tienen, mientras perdure esta situación, una buena alimentación: carne a diario y queso y tocino por la noche. En los hogares donde se gana menos, sólo se encuentra carne los domingos o de dos a tres veces por semana y, en cambio, mayor cantidad de pan y patatas; descendiendo paulatinamente, hallamos la alimentación animal reducida a un poco de tocino cortado y mezclado con las patatas y, descendiendo aun más, desaparece también esto y sólo queda queso, pan, papilla de flor de avena (*porridge*) y patatas, hasta llegar al nivel más bajo, el de los irlandeses, cuya alimentación la constituyen únicamente las patatas. Esto se acompaña en general con un té flojo, acaso mezclado con un poco de azúcar, leche o aguardiente; en Inglaterra, y aun en Irlanda, se considera al té como una bebida tan necesaria e indispensable como entre nosotros el café, y allí donde ya no se bebe té es porque impera la más amarga pobreza. Pero todo esto implica la premisa de que el obrero esté ocupado; cuando no tiene trabajo, queda librado por entero al azar y como lo que le obsequian, lo que logra reunir mendigando o... lo que roba; y si no logra nada, pues se muere de hambre, como ya vimos anteriormente. En general, se sobreentiende que la cantidad de la alimentación, al igual que la calidad, depende del salario y que en los hogares de los obreros peor remunerados, más aun si poseen una familia numerosa, reina el hambre incluso en tiempos de plena ocupación; y el número de estos obreros peor remunerados es muy grande. Sobre todo en Londres, donde la competencia entre los obreros aumenta en la misma medida que la población, esta clase es muy numerosa, pero también la encontramos en todas las demás ciudades. Allí se acude, pues, a todos los recursos posibles, se comen cáscaras de patatas, desperdicios de hostalizas y vegetales en descomposición^{*19} por falta de otro alimento, y la gente se procura ávidamente todo cuanto aún pudiera contener acaso algún átomo de sustancia alimenticia. Y si el salario semanal se consume antes del término de la semana, ocurre con harta frecuencia que, durante los últimos días de la misma, a la familia no se le dé alimentación alguna o solamente el mínimo indispensable, perentoriamente

^{*19.} *Weekly Dispatch*, abril o mayo de 1844, según un informe del doctor Southwood Smith acerca de la situación de los pobres en Londres.

necesario para evitar que perezca por inanición. Un modo de vida semejante sólo puede engendrar, como es natural, enfermedades masivas y si al producirse éstas enferma a la postre el hombre de cuyo trabajo vive fundamentalmente la familia —y cuya esforzada actividad requiere la mayor dosis de alimentación, por lo cual es asimismo el primero en sucumbir—, entonces el apremio sí que es grande, entonces sí que se manifiesta con toda crudeza la brutalidad con la que abandona la sociedad a sus integrantes precisamente en el momento en que más necesitan de su apoyo.

Para concluir, recapitulemos una vez más, brevemente, los hechos expuestos. Las grandes ciudades se hallan principalmente habitadas por obreros, ya que en el más favorable de los casos corresponde un burgués a cada dos, a menudo tres y ocasionalmente cuatro obreros; estos mismos obreros no tienen, en absoluto, propiedad alguna y viven de su salario, que casi siempre se consume de inmediato; la sociedad, atomizada por completo, no se preocupa por ellos, deja en sus manos el velar por sí mismos y por sus familias y sin embargo no pone en sus manos los medios necesarios para poder hacerlo de una manera efectiva y duradera; por ello, hasta el mejor de los obreros se halla expuesto siempre a quedar desocupado, vale decir a la muerte por inanición, a la cual muchos sucumben; las viviendas de los obreros están, en todas partes, mal agrupadas, mal construidas, mantenidas en mal estado, mal ventiladas, húmedas e insalubres; sus moradores se hallan reducidos a un espacio mínimo y en la mayor parte de los casos duerme por lo menos *una* familia en *una* habitación; la instalación interior de las viviendas es precaria según diversos grados, hasta llegar a la carencia total aun de los muebles más necesarios; asimismo, la vestimenta de los obreros es, por término medio, exigua, y harapienta en un inmenso número de ellos; la alimentación es, en general, mala, a menudo casi incomedible y en muchos casos, cuando menos temporariamente, insuficiente en cantidad, de modo que en el caso extremo se produce la muerte por inanición. La clase obrera de las grandes ciudades nos ofrece así una escala de diferentes condiciones de vida; en el caso más favorable, una existencia temporariamente soportable, a cambio de un trabajo denodado un buen salario, buena vivienda y una alimentación no precisamente mala —todo lo cual, naturalmente desde el punto de vista del obrero, es bueno y soportable— y en el peor de los casos una amarga miseria, que puede acrecentarse hasta la falta de techo y la muerte por inanición; pero el término medio se aproxima muchísimo más al peor que al mejor de los casos. Y no es que esta escala se divida solamente en clases fijas, de modo que pudiera decirse que a esta fracción

de los obreros le va bien, a tal otra le va mal y así ha sido desde siempre, sino que, cuando ocasionalmente ése pueda ser el caso, si algunos ramos individuales del trabajo disfrutan, en conjunto, de algún privilegio con respecto a otros, la situación de los obreros fluctúa en cada ramo a tal punto que cada obrero individual puede verse en el caso de recorrer toda la escala situada entre el confort relativo y la precariedad más extrema, hasta la muerte por inanición; casi cualquier proletario inglés podrá narrar historias de considerables cambios de fortuna. A continuación consideraremos con mayor detalle las causas de este hecho.

LA COMPETENCIA

Hemos visto en la introducción que la competencia creó el proletariado en los mismos inicios del movimiento industrial, al acrecentar el salario de los tejedores en virtud del aumento de la demanda de telas, con lo cual indujo a los campesinos que tejían a renunciar a sus actividades agrícolas para poder ganar tanto más trabajando en el telar; hemos visto cómo desplazó a los pequeños campesinos mediante el sistema de explotación en gran escala, los degradó a proletarios y luego los arrastró parcialmente hacia las ciudades; más tarde, arruinó en su mayor parte a la pequeña burguesía y la degradó asimismo a proletarios, centralizando el capital en manos de unos pocos y a la población en las grandes ciudades. Tales son los diversos medios y vías por los cuales la competencia, tal como se manifestó con plenitud y tal como desarrolló libremente sus consecuencias en la industria moderna, creó y expandió el proletariado. Tendremos que considerar ahora su influencia sobre el proletariado ya existente. Y lo primero que hemos de hacer aquí será desarrollar en sus consecuencias la competencia de los obreros individuales entre sí.

La competencia es la expresión más consumada de la guerra de todos contra todos que impera en la sociedad burguesa moderna. Esta guerra —una guerra por la vida, por la existencia, por *todo* y, por ende, en caso de necesidad, una guerra de vida o muerte— no sólo se plantea entre las diversas clases de la sociedad, sino también entre los integrantes individuales de estas clases; cada cual constituye un obstáculo para su prójimo y por ello trata de desplazar a todos cuantos se interpongan en su camino y de ocupar el lugar de éstos. Los obreros compiten entre sí, tal como compiten entre sí los burgueses. El tejedor mecánico compite contra el tejedor manual, el tejedor manual desocupado o mal remunerado lo hace contra el que está ocupado o mejor remunerado y trata de desplazarlo. Pero esta competencia de los obreros entre sí es la peor faceta de la situación actual para el obrero, es el arma más dañina que la

burguesía esgrime contra el proletariado. De ahí los esfuerzos de los obreros por eliminar esta competencia mediante asociaciones, de ahí el furor de la burguesía en contra de esas asociaciones y su regocijo triunfal ante cada derrota infligida a éstas.

El proletario está desvalido; no puede vivir ni un solo día por sí mismo. La burguesía se ha arrogado el monopolio de todos los medios de subsistencia en el sentido más amplio del término. Cuanto necesita el proletario, sólo puede obtenerlo de esta burguesía, protegida en su monopolio por el poder del estado. Por consiguiente, el proletario es, de hecho y de derecho, esclavo de la burguesía; ésta puede disponer de la vida y muerte de aquél. Le ofrece sus medios de subsistencia, pero a cambio de un «equivalente», a cambio de su trabajo; incluso deja al obrero la apariencia de actuar según su libre albedrío, de acordar con ella un pacto con su libre anuencia, sin estar forzado a dar ésta, como hombre emancipado de tutelas. ¡Bonita libertad esa en la cual al proletario no le queda otra opción que allanarse a las condiciones que le impone la burguesía o de lo contrario morir de hambre y de frío, alojarse desnudo entre las fieras del bosque! ¡Bonito «equivalente», cuyo monto se halla por entero al arbitrio de la burguesía! Y si el proletario es tan necio como para preferir morir de hambre en lugar de allanarse a las «justas» proposiciones de los burgueses, de sus «*superiores naturales*»,^{*20} ...pues bien, entonces será fácil hallar algún otro, ya que hay bastantes proletarios en el mundo y no todos están tan locos, no todos prefieren la muerte a la vida.

Ahí tenemos la competencia de los proletarios entre sí. Bastaría que *todos* los proletarios manifestasen nada más que la voluntad de perecer de hambre antes que trabajar para la burguesía, para que ésta tuviese que renunciar a su monopolio; pero no es éste el caso y hasta es algo casi imposible, por lo cual la burguesía sigue mostrando buen talante. Esta competencia entre los obreros tiene *un solo* límite: el de que ningún obrero querrá trabajar por menos de cuanto necesita para su existencia; si de todos modos ha de morir de hambre, preferirá hacerlo en el ocio que trabajando. Desde luego que este límite es relativo; uno necesita más que el otro, uno está acostumbrado a mayores comodidades que el otro; el inglés que aún es algo civilizado necesita más que el irlandés, que viste harapos, come patatas y duerme en una pocilga. Pero ello no impide al irlandés competir con el inglés, deprimiendo paulatinamente el salario y con él el grado de civilización del obrero inglés al nivel de

*20. Expresión favorita de los fabricantes inglese

los del irlandés. Ciertos trabajos requieren un grado de civilización determinado y entre ellos se cuentan casi todos los trabajos industriales; por eso, en estos casos el salario debe ser, siquiera en interés de la propia burguesía, lo suficientemente elevado como para posibilitar al obrero el mantenerse dentro de esa esfera. El irlandés recién inmigrado, que acampa en el primer establo con que se tope y que inclusive, de alojarse en alguna vivienda tolerable, sería echado a la calle todas las semanas porque se bebería todo su dinero y no podría pagar el alquiler, sería un mal obrero fabril; por ello hay que darles a los obreros fabriles lo suficiente como para poder educar a sus hijos con vistas al trabajo regular, pero tampoco más, a fin de que no puedan prescindir del salario de sus hijos y de que éstos no puedan llegar a ser otra cosa que simples obreros. También en este caso es relativo el límite, el mínimo del salario; si todos los miembros de la familia trabajan, cada cual necesita percibir tanto menos y la burguesía, para deprimir el salario, ha aprovechado como es debido la ocasión —ofrecida por el trabajo de las máquinas— de ocupar a mujeres y niños y de sacarles rendimiento. Naturalmente que no en todas las familias cada cual está capacitado para el trabajo, y mal se vería una de tales familias si hubiese de trabajar por el mínimo del salario calculado para una familia íntegramente capacitada para el trabajo; por eso, en este caso el salario se establece en un término medio, con el cual a la familia íntegramente capacitada para el trabajo le va bastante bien, mientras que a la familia que cuenta con menos integrantes capacitados para el trabajo le va bastante mal. Pero en el peor de los casos, cualquier obrero preferirá sacrificar el poco de lujo o de civilización al que estaba habituado, con tal de mantener su mera existencia; preferirá una pocilga a ningún techo, harapos a ninguna vestimenta, patatas a la muerte por inanición. Preferirá contentarse con la mitad del salario, esperando tiempos mejores, que sentarse tranquilamente en la calle y morir ante los ojos del mundo, como lo hiciera más de un desocupado. Este poco, pues, este poco más que nada, constituye el mínimo del salario. Y si hay más obreros que los que la burguesía considera conveniente ocupar, es decir si al cabo de la lucha competitiva aún queda un número que no encuentra trabajo, ese número tendrá que morir de hambre; pues es presumible que el burgués no les dará trabajo, si no puede vender los productos de su trabajo con alguna utilidad.

Deducimos de aquí qué es el mínimo del salario. El máximo se establece en virtud de la competencia de los burgueses entre sí, pues hemos visto cómo compiten también ellos. El burgués sólo puede incrementar su capital mediante el comercio o la industria, y para ambos fines nece-

sita obreros. Inclusive si deposita su capital a interés los necesita indirectamente, pues de no ser por la industria y el comercio nadie le abonaría un interés por dicho capital, nadie podría utilizarlo. De este modo, el burgués necesita por cierto del proletario, pero no directamente para vivir —pues en última instancia podría ir consumiendo su capital—, sino tal como se necesita un artículo de comercio o una bestia de carga: para enriquecerse. El proletario elabora para el burgués las mercancías que éste vende con utilidad. Por consiguiente, cuando aumenta la demanda de estas mercancías, al punto de que los obreros que compiten entre sí se hallan todos ocupados, y acaso haya algunos de menos, desaparece la competencia entre los obreros y los burgueses comienzan a competir entre sí. El capitalista que busca obreros sabe muy bien que a consecuencia del aumento de los precios provocado por el incremento de la demanda obtiene mayores ganancias, y por consiguiente prefiere asimismo pagar algo más de salario que dejar escapar toda la ganancia; emplea una carnada para obtener su pesca y, una vez lograda ésta, deja la carnada de buena gana para el obrero. De este modo, un capitalista le quita los obreros al otro y el salario aumenta. Pero sólo hasta el nivel que permite el incremento de la demanda. Si el capitalista, que por cierto ha sacrificado algo de su ganancia extraordinaria, también debiese sacrificar algo de su ganancia ordinaria, es decir de su ganancia media, se cuidaría mucho de pagar un salario más elevado que el salario medio.

A partir de esto podemos determinar el salario medio. En condiciones medias, es decir cuando ni obreros ni capitalistas tienen motivos para competir especialmente entre sí, cuando hay *exactamente tantos* obreros como los que se pueden ocupar para confeccionar exactamente la cantidad de mercancías demandadas, el salario ascenderá a algo más que el mínimo. Hasta donde exceda el mínimo, será cosa que dependerá de las necesidades medias y del grado de civilización de los obreros. Si los obreros están habituados a comer carne varias veces por semana, los capitalistas tendrán que molestarse en pagar a los obreros el salario suficiente como para hacerles accesible una alimentación semejante. No menos, ya que los obreros no compiten entre sí y en consecuencia tampoco tienen motivos para conformarse con menos; no más, porque la falta de competencia entre los capitalistas no incita a éstos a atraerse a los obreros por medio de bonificaciones extraordinarias.

Esta medida de las necesidades medias y de la civilización media se ha vuelto muy intrincada y diferente para las diversas clases de obreros en virtud de la compleja situación de la industria inglesa actual, como ya se insinuara anteriormente. Sin embargo, la mayor parte de las tareas

industriales requieren cierta destreza y regularidad, y para éstas, que en consecuencia requieren asimismo cierto grado de civilización, el salario medio también debe ser tal que induzca a los obreros a adquirir esa destreza y a someterse a esa regularidad del trabajo. A ello se debe que el salario de los obreros industriales sea, por término medio, más elevado que el de los meros peones, jornaleros, etc., especialmente que el de los trabajadores rurales, a lo cual también contribuye, obviamente, el encarecimiento de los medios de subsistencia en las ciudades.

O para decirlo en buen romance: el obrero es, de hecho y de derecho, esclavo de la clase poseedora, de la burguesía, y es su esclavo a tal punto que se lo vende como una mercancía, que su precio aumenta y disminuye como el de una mercancía. Si aumenta la demanda de obreros, aumenta el precio de éstos; si disminuye, también lo hace su precio; si disminuye tanto que un número de obreros se torna invendible, si «queda en depósito», los obreros permanecen inactivos y como no pueden vivir de su mera inactividad, se mueren de hambre. Porque, para decirlo en el lenguaje de los economistas políticos, los costos empleados para su manutención no se «reproducirían», serían dinero tirado, y nadie entrega su capital para eso. Y en este aspecto, el señor Malthus tiene toda la razón con su teoría de la población. La única diferencia con respecto a la antigua esclavitud desembozada es solamente que el obrero actual *parece* ser libre porque no se lo vende de una sola vez, sino fraccionadamente, por día, por semana, por año, y porque no es un propietario quien se lo vende al otro, sino que él mismo debe venderse de esta manera, ya que no es esclavo de un individuo, sino de toda la clase poseedora. Para él la cuestión sigue siendo, en el fondo, la misma y aunque esta apariencia de libertad también debe darle, por un lado, alguna libertad *real*, por el otro tiene asimismo la desventaja de que nadie garantiza su sustento, que su amo, la burguesía, puede rechazarlo en cualquier instante y dejarlo librado a la muerte por inanición, si la burguesía deja de tener interés en su ocupación, en su existencia. En cambio, la situación de la burguesía es, con esta institución, mucho mejor que en la antigua esclavitud: puede despedir a su gente cuando le venga en gana, sin perder de ese modo capital invertido alguno, y en general consigue el trabajo mucho más barato de lo que le sale si lo efectúan esclavos, como dice Adam Smith^{*21} para consolarla.

*21. «Se ha dicho que el desgaste de un esclavo se produce a expensas de su amo, mientras que el de un obrero libre ocurre a expensas del propio obrero. Pero el desgaste de este último se produce asimismo por cuenta de su patrón. Pues el salario

De aquí se deduce asimismo que Adam Smith tiene toda la razón cuando establece (*loc. cit.* [pág. 133]) el siguiente principio:

«que la demanda de obreros, exactamente de la misma manera que la demanda de *cualquier otro artículo*, regula la producción de obreros, la cantidad de seres humanos engendrados, acelerando esa producción cuando es demasiado lenta y conteniéndola cuando avanza demasiado deprisa».

Ocorre exactamente lo mismo que en el caso de cualquier otro artículo del comercio: si hay demasiado poco, aumentan los precios, es decir el salario, la situación de los obreros mejora, aumenta el número de matrimonios, se engendran más seres humanos, se cría mayor número de niños, hasta que se haya producido suficiente cantidad de obreros; si hay demasiado, los precios disminuyen, se genera desocupación, miseria, el hambre, y como consecuencia de ellas irrumpen epidemias que arrebatan a la «población superflua». Y Malthus, quien prosigue desarrollando el principio de Smith anteriormente formulado, también tiene razón, a su manera, cuando afirma que siempre hay una población superflua, que siempre hay demasiados seres humanos en el mundo; únicamente deja de tener razón cuando afirma que hay más seres humanos que los que pueden nutrirse con los medios de subsistencia existentes. Por el contrario, la población superflua se engendra en virtud de la competencia de los obreros entre sí, la cual obliga a cada obrero individual a trabajar diariamente tanto como se lo permitan sus fuerzas. Si un fabricante puede ocupar diariamente a diez obreros durante nueve horas, en caso de que los obreros trabajen diez horas diarias podrá ocupar solamente a nueve, y el décimo quedará desocupado. Y si en una época en que la demanda de obreros no sea muy grande, el fabricante puede obligar a los nueve obreros a trabajar una hora más por día y por el mismo salario, recurriendo a la amenaza del despido, es decir, si puede obligarlos a trabajar

abonado a jornaleros, sirvientes, etc., de toda índole debe ser lo suficientemente elevado como para que éstos estén en condiciones de propagar la raza de los jornaleros y sirvientes del modo que lo exija justamente la demanda creciente, estacionaria o decreciente de esta clase de gente por parte de la sociedad. Pero aunque el desgaste de un obrero libre también ocurra a expensas de su amo, no obstante y por regla general le cuesta a este último mucho menos que el de un esclavo. El fondo destinado a reparar o reponer el desgaste de un esclavo habitualmente es administrado por un patrón negligente o un capataz desatento, etc.» A. Smith, *Wealth of Nations* | La riqueza de las naciones |. I, 8, pág. 134 de la edición en cuatro tomos de MacCulloch.

diez horas, despedirá al décimo y ahorrará el salario de éste. Lo mismo que ocurre aquí en escala reducida, ocurre en gran escala en una nación. La producción de cada individuo, acrecentada al máximo en virtud de la competencia de los obreros entre sí, la división del trabajo, la introducción de la maquinaria, el aprovechamiento de las fuerzas elementales dejan sin ocupación a una cantidad de obreros. Pero los obreros desocupados desaparecen del mercado; ya no pueden comprar nada, y en consecuencia ya no se demanda la cantidad de artículos de consumo que se demandaba con anterioridad, por lo cual ya no es necesario confeccionarlos, los obreros que anteriormente se hallaban ocupados en esa tarea quedan a su vez desocupados, desapareciendo asimismo del mercado, y así prosigue de continuo, siempre según el mismo ciclo o, mejor dicho, así seguiría de no mediar otras circunstancias. La instauración de los medios industriales antes citados para incrementar la producción conduce, a la larga, a precios más bajos de los artículos producidos, provocando en consecuencia un aumento del consumo, de modo que gran parte de los obreros que han quedado desocupados vuelve no obstante a hallar acogida, por cierto que en última instancia y después de prolongados padecimientos, en nuevos ramos laborales. Si a esto se suma aún, tal como ocurrió en Inglaterra durante los últimos sesenta años, la conquista de mercados extranjeros, de modo que la demanda de mercancías manufacturadas crece de continuo y con rapidez, aumenta también la demanda de obreros y, con ella, la población, en la misma proporción. Por consiguiente, en lugar de disminuir, el número de habitantes del Reino Unido se ha acrecentado con rapidez, y sigue continuamente en aumento; pero a pesar de toda esa creciente expansión de la industria, a pesar de todo ese gran aumento, en conjunto de la demanda de obreros, Inglaterra tiene no obstante y en forma continua, según las confesiones de todos los partidos oficiales (es decir, de los *tories*, los *whigs* y los radicales), una población supernumeraria y superflua; es decir, en conjunto la competencia *entre* los obreros supera constantemente la competencia *por* los obreros.

¿Cuál es el origen de esta contradicción? Lo constituye la naturaleza de la industria y de la competencia y de las crisis comerciales que se fundan en ellas. Dada la actual producción y distribución de los medios de subsistencia —carente de reglas y que se emprende no para satisfacer directamente las necesidades, sino con el fin de ganar dinero, dentro de un sistema según el cual cada uno trabaja y se enriquece por cuenta propia—, debe producirse un atascamiento a cada instante. Inglaterra, por ejemplo, provee a una cantidad de países con las más diversas mer-

cancias. Aunque el fabricante sepa qué cantidad de cada artículo se consume anualmente en cada país individual, no sabe en cambio a cuánto ascienden en cada momento las reservas allí existentes, y mucho menos aun cuánto envían allí sus competidores. Todo cuanto puede hacer es extraer, de los precios eternamente fluctuantes, una conclusión imprecisa acerca del estado de las reservas y de las necesidades, y debe exportar sus mercancías a la buena de Dios; todo ocurre a ciegas, a la ventura, más o menos sólo bajo la égida del azar. Ante el menor informe favorable, cada cual remite lo que puede, y no pasa mucho tiempo antes de que un mercado semejante esté colmado de mercancías, de que las ventas se paralizen, los capitales¹⁶ no lleguen, los precios caigan y la industria inglesa deje de tener ocupación para sus obreros. Al comienzo del desarrollo industrial, estas paralizaciones se limitaban a ramos individuales de la fabricación y a tales o cuales mercados; pero en virtud de los efectos centralizadores de la competencia, que lanza a los obreros que quedan desocupados en un ramo del trabajo hacia los ramos restantes cuyas tareas puedan aprenderse con mayor facilidad, y que vuelca en los demás mercados las mercancías que ya no pueden colocarse en un mercado determinado, con lo cual va sumando paulatinamente las pequeñas crisis individuales, éstas se unifican, poco a poco, en una única serie de crisis periódicamente recurrentes. Una de tales crisis suele suceder, cada cinco años, a un breve período de florecimiento y de bienestar general; tanto el mercado interno como todos los mercados extranjeros se hallan colmados de productos de fabricación inglesa y sólo pueden consumirlos con lentitud; el movimiento industrial se paraliza en casi todos los ramos; los fabricantes y comerciantes de menor envergadura, que no pueden resistir la ausencia de sus capitales, quiebran; los de mayor cuantía dejan de hacer negocios mientras dure la época peor, detienen sus máquinas o sólo las hacen trabajar «a tiempo reducido», es decir, por ejemplo, sólo medias jornadas; el salario baja por la competencia de los desocupados, la reducción del tiempo de trabajo y la falta de ventas lucrativas de mercancías; la miseria generalizada cunde entre los obreros, los ocasionales ahorrillos individuales se consumen con celeridad, las instituciones caritativas se ven asediadas, los impuestos de beneficencia se duplican, se triplican y aun así no son suficientes, se acrecienta el número de los que mueren de inanición y de súbito surge toda la cantidad de la población «superflua» en un número aterrador. Esta situación persiste luego por un tiempo; los «superfluos» se las componen lo mejor que

16. (1892) reflujos.

pueden, o no se las componen en absoluto; la beneficencia y las leyes de pobres ayudan a muchos a llevar una trabajosa existencia; otros hallan un mísero sustento en ramos del trabajo que ocasionalmente han quedado menos expuestos a la competencia, más distanciados de la industria... ¡y con cuán poco puede arreglárselas el hombre por un corto período! Paulatinamente, la situación se torna más favorable; las reservas de mercancías acumuladas se consumen, el abatimiento general de los comerciantes e industriales impide que se colmen demasiado rápidamente las lagunas, hasta que por fin el aumento de los precios y los informes favorables desde todos los sectores restablecen la actividad. Las más de las veces, los mercados se hallan muy distantes; hasta tanto puedan arribar allí los primeros nuevos envíos, la demanda crece de continuo y, con ella, los precios; la gente se disputa las primeras mercancías que llegan, las primeras ventas animan aun más el tráfico, las remesas que todavía se aguardan prometen precios aun superiores, ante la expectativa de un nuevo aumento se comienza a comprar para especular, sustrayendo así al consumo las mercancías destinadas al mismo precisamente en el momento más necesario; la especulación eleva los precios aun más, ya que alienta a comprar a otros y anticipa nuevas entregas; todo esto se informa a Inglaterra, los fabricantes comienzan una vez más a trabajar ágilmente, se erigen nuevas fábricas, se emplean todos los medios para explotar esta época favorable; también aquí se inicia la especulación, exactamente con los mismos efectos que en los mercados extranjeros, acrecentando los precios y sustrayendo las mercancías al consumo, e impulsando, en virtud de ambas cosas, a la producción industrial hacia un máximo despliegue de sus fuerzas; luego vienen los especuladores poco «sólidos», que trabajan con capital ficticio, viven del crédito, que están arruinados si no pueden vender rápidamente y de inmediato, y se lanzan a esta carrera generalizada y desordenada en pos del lucro, aumentando el desorden y la prisa mediante su propia y desenfrenada pasión, que eleva los precios y la producción hasta el delirio; se desata una actividad enloquecida, que hace presa incluso del más calmo y experimentado, se machaca, hila y teje como si se tratase de reequipar a toda la humanidad, como si se hubiesen descubierto algunos miles de millones de nuevos consumidores en la Luna. Súbitamente, en el exterior comienzan a vender los especuladores insolventes, que necesitan dinero —se sobrentiende que por debajo del precio de mercado, ya que la cuestión urge—, a una venta le siguen varias, los precios se tambalean, los especuladores arrojan asustados sus mercancías al mercado, éste se halla en desorden, las operaciones crediticias se restringen, una casa tras otra cesa en sus pagos, una

bancarrota sigue a otra y se descubre que hay en plaza y en camino tres veces más mercancías de las que requeriría el consumo. Las noticias arriban a Inglaterra, donde entretanto se ha seguido fabricando a toda máquina; también allí un terror pánico se apodera de los ánimos, los quebrantos en el exterior arrastran consigo otros en Inglaterra, por añadidura la paralización abate una cantidad de empresas, en el temor también se lanzan allí al mercado inmediatamente todas las reservas, y ello extrema aun más el pánico. Éste es el comienzo de la crisis, que entonces vuelve a tomar exactamente el mismo curso que la anterior, y que más tarde vuelve a transformarse en un período de prosperidad. Así prosigue de continuo: prosperidad, crisis, prosperidad, crisis, y este ciclo sempiterno dentro del cual se mueve la industria inglesa suele completarse, como ya se ha dicho, cada cinco o seis años.

De esto se desprende que en todos los tiempos, salvo en los breves períodos de máxima prosperidad, la industria inglesa debe tener una reserva desocupada de obreros, para poder producir las cantidades de mercancías demandadas en el mercado precisamente durante los meses de mayor animación. Esta reserva es más o menos cuantiosa, según que la situación del mercado ocasione, en mayor o menor grado, la ocupación de una parte de la misma. Y aunque durante la situación de mayor prosperidad del mercado los distritos agrícolas, Irlanda y los ramos del trabajo menos afectados por el auge pueden suministrar cierto número de obreros, cuando menos temporariamente, estos obreros constituyen no obstante, y por una parte, una minoría, mientras que por la otra también pertenecen a la reserva, pero con la diferencia de que sólo el auge que se produce en cada caso demuestra *que* pertenecen a ella. Cuando estos obreros pasan a los ramos laborales más animados, para que se note menos su ausencia simplemente se trabaja más, se ocupa a mujeres y menores de edad, y cuando aquéllos regresan, después de haber sido despedidos al iniciarse la crisis, se encuentran con que sus puestos han sido ocupados y están de más, por lo menos en gran parte. Esta reserva, a la cual pertenece durante la crisis una ingente multitud de obreros, y que durante los períodos que pueden estimarse como de término medio entre la prosperidad y la crisis cuenta aún con un buen número de ellos, esta reserva constituye la «población supernumeraria» de Inglaterra, que vive una mísera existencia mendigando y robando, barriendo las calles, recogiendo el estiércol de los caballos, transportando cargas con carretillas o asnos, vendiendo baratijas en forma ambulante o efectuando algunos pequeños trabajos aislados y ocasionales. En todas las grandes ciudades se ve cierta cantidad de estas personas, que de este modo, gracias a

pequeñas ganancias ocasionales, «mantienen el alma en el cuerpo», como dicen los ingleses. Resultan notables los oficios en los que se refugia esta «población superflua». Los barrenderos (*cross-sweeps*) de Londres son conocidos en todo el mundo; pero hasta el presente no sólo estas encrucijadas,¹⁷ sino también las calles principales de otras grandes ciudades eran barridas por desocupados, empleados para ello por la administración vial o por la de los pobres; actualmente existe una máquina que todos los días recorre ruidosamente las calles y que ha privado a los desocupados de este oficio. En las grandes rutas que conducen hacia las ciudades y en las que hay mucho tránsito de carros, puede verse a gran cantidad de personas con pequeñas carretillas que recogen el estiércol recién caído de los caballos, con peligro de sus vidas, entre los carruajes y ómnibus que pasan rodando, para destinarlo a su venta; a cambio de ello, a menudo deben abonar algunos chelines semanales a la administración vial, y en muchos lugares esa actividad está totalmente prohibida, pues de lo contrario la administración no podría vender como abono los residuos barridos por ella misma, que no contendrían la proporción correspondiente de estiércol de caballo. Dichosos de aquellos «supernumerarios» que pueden procurarse una carretilla para realizar acarreos con ella, y más dichosos aun quienes logran obtener dinero para conseguir un asno además de un carro; el asno tendrá que procurarse solo su alimento o bien se le dan algunos desperdicios recogidos por todas partes, y puede reportar algún dinero.

La mayor parte de los «superfluos» se lanzan a la venta ambulante de baratijas. Sobre todo los sábados por la noche, cuando toda la población obrera se vuelca en las calles, se ve reunida a la multitud que vive de esta actividad. Un número incontable de hombres, mujeres y niños ofrecen cordones para el calzado, tirantes, presillas, naranjas, pasteles, en suma, todos los artículos posibles; y en todo momento, también, se ve estacionados en las calles o recorriéndolas a esta clase de vendedores ambulantes con naranjas, pasteles, *ginger-beer* o *nettle-beer*.^{*22} Las cerillas y otras cosas similares, lacre, compuestos de propia invención para encender fuego, etc., constituyen asimismo artículos de venta para esta gente. Otros —que han dado en denominarse *jobbers*— recorren las calles

*22. Dos bebidas refrescantes y efervescentes, la primera de ellas compuesta de agua, azúcar y un poco de jengibre, y la otra de agua, azúcar y ortigas, que gozan de predilección entre los obreros, en especial si se trata de abstemios.

17. Alusión al significado literal de *cross-sweeps* (o, como en la edición de 1892, de *crossing-sweeps*): barrenderos de encrucijadas.

en busca de pequeños trabajos ocasionales; algunos de ellos logran procurarse una jornada de trabajo, pero muchos no tienen esa suerte.

«Junto a los portones de todos los *docks* de Londres», relata el rev[erendo] W[illiam] Champneys, predicador en el distrito oriental de Londres, «aparecen todas las mañanas, durante el invierno, ya antes de despuntar el alba, centenares de pobres que, con la esperanza de procurarse una jornada de trabajo, esperan la apertura de los portones, y luego de haber sido contratados los más jóvenes y fuertes, así como los más conocidos, regresan aún a sus miserables viviendas centenares de ellos, abatidos por sus esperanzas defraudadas».

¿Qué otro remedio que la mendicidad le queda a esta gente, si no halla trabajo y no quiere rebelarse contra la sociedad? Y entonces no cabe sorprenderse de la cantidad de pordioseros, en su mayor parte hombres capacitados para el trabajo, con los cuales debe luchar de continuo la policía. Pero la mendicidad de estos hombres tiene un carácter peculiar. Un hombre de esta clase suele recorrer las calles con su familia, cantar una canción implorante o apelar, en un discurso, a la caridad de los vecinos. Y resulta llamativo que estos mendigos casi únicamente se encuentren en los distritos obreros, y que se mantengan casi exclusivamente de dádivas de obreros. O bien la familia se sitúa en silencio en una calle concurrida y, sin pronunciar palabra, deja obrar su mero aspecto de desvalimiento. También en este caso cuentan sólo con la compasión de los obreros, quienes saben por experiencia cómo obra el hambre, y que a cada instante pueden hallarse en la misma situación; pues esta apelación muda, y no obstante tan conmovedora, se encuentra casi exclusivamente en las calles frecuentadas por obreros y durante las horas en que los obreros las atraviesan; pero en especial los sábados por la noche, cuando, en general, se develan los «misterios» de los distritos obreros en las calles principales y la clase media se retira, en la medida de lo posible, de estas zonas tan sucias. Y aquel de los superfluos que tenga suficiente valor y apasionamiento como para oponerse abiertamente a la sociedad y para responder a la guerra *oculta* que libra contra él la burguesía con la guerra *franca* contra ella, ése va, hurta, roba y asesina.

Con arreglo a los informes de los comisarios de la ley de pobres, existe por término medio un millón y medio de estas personas superfluas en Inglaterra y Gales; en Escocia no es posible determinar su número a causa de la falta de leyes para los pobres y con respecto a Irlanda hemos de tratar el caso aparte. Por lo demás, este millón y medio sólo incluye a aquéllos que realmente solicitan la ayuda de la administración de los

pobres; este número no comprende a la gran muchedumbre de quienes se las arreglan sin emplear este último recurso, tan temido; en cambio, buena parte del número anterior corresponde a los distritos agrícolas, por lo cual no entra en consideración aquí. Como es natural, durante una crisis esta¹⁸ cifra se incrementa considerablemente y el apremio alcanza su grado máximo. Tomemos, por ejemplo, la crisis de 1842 que por ser la última fue también la más violenta, pues la intensidad de las crisis aumenta a cada repetición, y la próxima, que con certeza se producirá en 1847 a más tardar,^{*23} será, por todos los indicios, más violenta y duradera aún. Durante esta crisis, el impuesto para los pobres aumentó en todas las ciudades hasta un extremo sin precedentes. Entre otras cosas, en *Stockport*, de cada libra esterlina que se abonaba en concepto de alquiler, debían pagarse ocho chelines de impuesto para los pobres, de modo que solamente este impuesto ascendía al 40 % de los importes de los alquileres de toda la ciudad; por añadidura, calles enteras estaban desocupadas, de modo que había por lo menos 20.000 habitantes menos que lo habitual, y en las puertas de las casas vacías podía leerse la siguiente inscripción: *Stockport to let* —Stockport en alquiler. En Bolton, donde durante los años corrientes el monto de los alquileres que abonaba el impuesto para los pobres ascendía, por término medio, a £ 86.000, disminuyó a £ 36.000; en cambio aumentó el número de los pobres necesitados de ayuda a 14.000, vale decir más del 20 % de la población total. En Leeds, la administración de los pobres poseía un fondo de reserva de £ 10.000; éste, lo mismo que una colecta de £ 7.000, ya se habría agotado por completo antes de alcanzar la crisis su punto culminante. Y así ocurrió en todas partes; un informe rendido por una comisión de la Liga contra las Leyes Cerealeras en enero de 1843 acerca del estado de los distritos industriales en 1842, y que se basaba en datos detallados suministrados por los fabricantes, indica que el impuesto para los pobres había sido, por término medio, de un monto doble que en 1839 y que el número de los necesitados de ayuda se había triplicado desde esa época o, más aun, que se había quintuplicado; que gran cantidad de aspirantes pertenecían a una clase que hasta ese momento jamás había solicitado ayuda, etc.; que la clase obrera disponía de dos tercios menos de medios de subsistencia que en 1834/36; que el consumo de carne había sido considerablemente menor, en algunos lugares en un 20 % y en otros hasta en un 60 %; que hasta los artesanos, herreros, alba-

*23. (1887 nota al pie): *And it came in 1847.* [Y se produjo en 1847.]

18. (1892) la.

ñiles corrientes, etc., que, por lo habitual aún estaban plenamente ocupados durante los períodos de mayor depresión, también habían sufrido una gran escasez de trabajo y una reducción del salario y que inclusive en ese momento, en enero de 1843, el salario aún se hallaba en continuo descenso. ¡Y éstos son informes de fabricantes!

A los obreros desocupados, cuyas fábricas estaban paralizadas, cuyos patrones no podían darles trabajo, se los veía por doquier en las calles, mendigaban en forma individual o en grupos, sitiaban las calzadas en tropel, acercándose a los viandantes y pidiéndoles ayuda, pero no lo hacían rastreramente, como pordioseros comunes, sino amenazando con su número, sus gestos y sus palabras. Tal era el aspecto de todos los distritos industriales, desde Leicester hasta Leeds y desde Manchester hasta Birmingham. Ocasionalmente estallaron disturbios aislados, como por ejemplo en julio en las alfarerías de Staffordshire del Norte; entre los obreros reinaba la más tremenda agitación, que finalmente estalló en agosto, en la insurrección general de los distritos fabriles. Cuando llegué a Manchester a fines de noviembre de 1842, aún se encontraban por doquier gran cantidad de desocupados estacionados en las esquinas y muchas fábricas estaban aún paralizadas; durante los meses siguientes y hasta mediados de 1843 fueron desapareciendo poco a poco esos hombres involuntariamente apostados en las esquinas y las fábricas reiniciaron su actividad.

No necesito decir por cierto cuánta miseria y necesidad reina entre estos desocupados durante una de tales crisis. El impuesto para los pobres no basta, ni con mucho; la beneficencia de los ricos es una estocada en el agua cuyos efectos se disipan apenas en un instante; de poco puede servir la mendicidad cuando son tantos quienes se hallan en la misma situación. Si no fuese que los pequeños tenderos venden a los obreros en esas épocas a crédito, mientras pueden —por cierto que luego se lo hacen pagar con creces—, y si no fuese que los obreros se asisten entre sí mientras pueden, todas las crisis arrebatarían gran cantidad de «supernumerarios» por el hambre. Pero de esta manera, puesto que la época de mayor apremio es sólo de breve duración —esto es, persiste durante un año, o a lo sumo dos o dos y medio—, la mayor parte de ellos salvan a duras penas su vida, a costa de graves privaciones. Ya veremos que en todas las crisis caen gran cantidad de víctimas indirectas, a causa de enfermedades, etc. Mientras tanto, aboquémonos al estudio de otra causa de la degradación a la cual se hallan librados los obreros ingleses, de una causa que aún sigue obrando de continuo en la tarea de deprimir cada vez más profundamente la situación de esa clase.

LA INMIGRACIÓN IRLANDESA

Ya en varias oportunidades hemos mencionado ocasionalmente a los irlandeses que han emigrado a Inglaterra; ahora hemos de considerar más en detalle las causas y los efectos de esta inmigración.

La rápida expansión de la industria inglesa no hubiese podido producirse de no haber tenido Inglaterra, en la población numerosa y pobre de Irlanda, una reserva de la cual pudiera disponer. El irlandés nada tenía que perder en su patria y sí mucho que ganar en Inglaterra, y desde el momento en que se supo en Irlanda que al este del canal de San Jorge podía hallarse trabajo seguro y un buen salario para brazos fuertes, todos los años lo atravesaron multitudes de irlandeses. Se calcula que de este modo han inmigrado, hasta el presente, más de un millón y que anualmente inmigran aún alrededor de cincuenta mil, casi todos los cuales se lanzan sobre los distritos industriales, en especial las grandes ciudades, donde constituyen la clase inferior de la población. De este modo hay en Londres 120.000 irlandeses pobres, 40.000 en Manchester, 34.000 en Liverpool, 24.000 en Bristol, 40.000 en Glasgow y 29.000 en Edimburgo.*²⁴ Esta gente, criada casi sin civilización alguna, habituada desde su infancia a toda suerte de privaciones, tosca, aficionada a la bebida, despreocupada por el futuro, llega así trayendo consigo todas sus brutales costumbres a una clase de la población inglesa que, en verdad, tiene pocos alicientes que la inclinen a la instrucción y la moralidad. Veamos qué nos dice Thomas Carlyle:*²⁵

*24. Archibald Alison, High Sheriff of Lanarkshire, *The Principles of Population, and their Connection with Human Happiness* [Los principios de población y su vinculación con la felicidad humana]. 2 vols., 1840. Este Alison es el historiador de la Revolución Francesa y, al igual que su hermano, el doctor William Pulteney Alison, tory religioso.

*25. *Chartism*, págs. 28, 31, etc.

«Esos salvajes rostros milesianos,*²⁶ con su aspecto de falsa astucia, maldad, insensatez, mezquindad y sorna, os saludan en todas nuestras calles principales y laterales. Al pasar rodando su carruaje, el cochero inglés azota al milesiano con su látigo; éste lo maldice con su lengua, le tiende su sombrero y mendiga. Es el peor de los males contra los que debe luchar este país. Con sus harapos y su risa embrutecida está dispuesto a efectuar cualquier trabajo, con tal de que requiera brazos fuertes y vigorosas espaldas... a cambio de un salario con el cual pueda comprar patatas. No necesita más que sal como condimento; duerme placenteramente en la primera pocilga o perrera que se le atraviese, anida en galpones y lleva un traje de andrajos, siendo el ponérselo y el quitárselo una de las operaciones más difíciles, que sólo se emprende en los días de fiesta y en los momentos especialmente propicios. El sajón, que no puede trabajar en estas condiciones, queda desocupado. No en virtud de su fuerza, sino de lo contrario, el irlandés incivilizado expulsa al sajón nativo y se apodera de su lugar. Allí vive en suciedad y su despreocupación, en su ebria violencia y falsedad, núcleo perfecto de degradación y desorden. Quien aún se esfuerce por nadar, por mantenerse en la superficie, podrá ver aquí un ejemplo de cómo puede existir el hombre sin nadar, sino sumergido... ¿Quién no ve, acaso, que la situación de la masa inferior de los obreros ingleses se aproxima cada vez más a la de los irlandeses, quienes compiten con ellos en todos los mercados; que cualquier trabajo que pueda ejecutarse con la mera fuerza física y sin mucha destreza no se efectúa por el salario inglés, sino por una aproximación al salario irlandés, es decir por algo más de la “semisuciedad de patatas de la peor clase durante treinta semanas al año”, o por algo más, pero acercándose a esta meta final a cada arribo de un nuevo vapor procedente de Irlanda?»

Exceptuando la reprobación exagerada y unilateral del carácter nacional irlandés, Carlyle tiene toda la razón en este aspecto. Estos obreros irlandeses, que viajan a Inglaterra por cuatro peniques (3 1/2 *Silbergroschen*) —en la cubierta de los vapores, en las que a menudo van hacinados de pie, como ganado—, anidan en todas partes. Por lo demás, las peores viviendas son bastante buenas para ellos; sus vestimentas les preocupan poco, mientras aún tengan un hilo que las mantenga unidas, y no conocen el calzado; su alimentación consiste en patatas y nada más que patatas, y cuanto ganen por encima de eso lo gastan en bebida; ¿para qué necesita un elevado salario semejante estirpe? Los peores barrios de todas las grandes ciudades están habitados por irlandeses; dondequiera que haya un distrito que se distinga por su suciedad y carácter ruinoso

*26. Miles es el nombre de los antiguos reyes celtas de Irlanda.

peculiares, cabe contar con que uno ha de encontrarse de preferencia con estos rostros célticos, que se distinguen a primera vista de las fisonomías sajonas de los nativos, y que ha de escuchar el cantado y aspirado *brogue*¹⁹ irlandés, que el auténtico irlandés jamás olvida. A veces hasta he oído hablar irlandés céltico en los barrios más populosos de Manchester. La mayor parte de las familias que habitan en sótanos son, casi por doquier, de origen irlandés. En suma, que los irlandeses han descubierto, al decir del doctor Kay, cuál es el mínimo de las necesidades vitales, y se lo están enseñando ahora a los obreros ingleses. También han traído consigo su suciedad y su afición por la bebida. Este desaseo, que no hace tanto daño en el campo, donde la población vive dispersa, pero que se ha convertido para el irlandés en su segunda naturaleza, resulta en cambio aterrador y peligroso en las grandes ciudades, a causa de su concentración humana. Tal como estaba habituado a hacerlo en su patria, también aquí el milesiano vuelca ante la puerta de su casa toda la basura y los desperdicios, con lo cual reúne charcos y montones de basuras que afean los barrios obreros y apestan su aire. Al igual que en su patria construye una pocilga adosada a su casa y, si no puede hacerlo, hace dormir a su cerdo compartiendo con él su habitación. Este nuevo tipo anómalo de ganadería en las grandes ciudades es de origen totalmente irlandés; el irlandés es tan afecto a su cerdo como lo es el árabe a su caballo, sólo que lo vende cuando está suficientemente gordo como para sacrificarlo; pero por lo demás come y duerme con él, sus hijos juegan con él, montan sobre su lomo y se revuelcan con él en el lodo, cosa que puede verse millares de veces en todas las grandes ciudades de Inglaterra. Y resulta imposible imaginar la suciedad y la incomodidad que reina dentro de las propias casas. El irlandés no está habituado a los muebles: un montón de paja, algunos harapos, demasiado echados a perder como para poder servirle de vestimenta, le bastan como cama. Un trozo de madera, una silla rota, un viejo cajón en lugar de mesa, y no necesita más; una tetera, algunas ollas y cacharros son suficientes para equipar su cocina, que es, al mismo tiempo, su sala y su alcoba. Y si se halla escaso de combustible, va a parar a la chimenea todo cuanto se halle a su alcance y que pueda entrar en combustión: sillas, jambas de las puertas, molduras y tablas del piso, si las hubiere. Además, ¿para qué necesita mucho espacio? Allá en Irlanda, en su choza de barro, sólo había *un único* ambiente interior para todos los fines domésticos; tampoco en Inglaterra necesita la familia

19. Pronunciación fuertemente dialectal de un idioma y, en particular, del inglés hablado por los irlandeses.

más de una habitación. Así es como este hacinamiento de muchos en un solo cuarto, hacinamiento que hoy en día se encuentra tan a menudo, también ha sido introducido, principalmente, por la inmigración irlandesa. Y puesto que el pobre diablo debe tener por lo menos un *disfrute*, ya que la sociedad lo ha excluido de todos los demás, entonces va y bebe aguardiente. El aguardiente es lo único que hace que, para el irlandés, la vida valga la pena ser vivida; el aguardiente y, en todo caso, un temperamento jovial y despreocupado, y por ello se entrega al aguardiente hasta la ebriedad más brutal. El carácter meridional e irreflexivo del irlandés, su tosquedad, que lo sitúa muy poco por encima del nivel de un salvaje, su desdén por todos los disfrutes más humanos, de los cuales es incapaz precisamente a causa de esa tosquedad, su suciedad y su pobreza, todo ello favorece en él el alcoholismo; la tentación es demasiado grande, no puede resistirse a ella, y en cuanto obtiene algún dinero debe echárselo al gizonte. ¿Qué otra cosa habría de hacer? ¿Cómo esa sociedad, que lo sitúa en una posición en la cual debe convertirse, *casi necesariamente*, en un bebedor, que lo desatiende en todo y permite que se embrutezca, como habría de condenarlo después si se convierte realmente en un beodo?

Éste es el competidor contra el cual debe luchar el obrero inglés: un competidor situado en el peldaño más bajo posible en un país civilizado y que también, por eso mismo, necesita un salario menor que cualquier otro. Por eso no hay absolutamente otra posibilidad que, como dice Carlyle, la de que el salario del obrero inglés se hunda cada vez más en todos los ramos en los cuales el irlandés pueda competir con él. Y estos ramos del trabajo son muchos. Todos aquellos que requieran poca o ninguna destreza están al alcance del irlandés. Por cierto que los desordenados, veleidosos y bebedores irlandeses están situados en un nivel demasiado bajo para aquellos trabajos que requieren un aprendizaje prolongado o una actividad de duración regular. Para llegar a ser mecánico (en inglés se denomina *mechanic* a cualquier obrero empleado para confeccionar maquinarias) u obrero fabril, debería adoptar primeramente la civilización y las costumbres inglesas, en suma, tendría ante todo que volverse inglés en su índole. Pero cuando se trata de un trabajo sencillo y de menor exactitud, cuando importa más la fuerza que la habilidad, el irlandés sirve tanto como el inglés. Por eso, estos ramos del trabajo rebotan, sobre todo, de irlandeses: los tejedores manuales, oficiales albañiles, peones de carga y *jobbers*, y otros por el estilo, cuentan con multitudes de irlandeses y la penetración de esta nación ha contribuido aquí en mucho a la disminución del salario y a la degradación de la propia clase

obrero. Y aunque los irlandeses que han irrumpido en otros ramos del trabajo han debido volverse más civilizados, aún les quedó el remanente de bastantes rasgos de su anterior modo de vida, para también contribuir en este terreno —además de la influencia que debía suscitar un entorno de irlandeses en general— a una degradación de sus compañeros de trabajo ingleses. Pues si en casi todas las grandes ciudades, una quinta o una cuarta parte de los obreros son irlandeses, o hijos de irlandeses criados en medio de la suciedad irlandesa, no cabe sorprenderse de que la vida de toda la clase obrera, sus costumbres, su posición intelectual y moral, su carácter todo, hayan asumido una parte considerable de esta índole irlandesa, y se podrá comprender como la indignante situación de los obreros ingleses, suscitada ya por la industria moderna y por sus consecuencias inmediatas, haya podido exacerbarse hasta un elevado grado de envilecimiento.²⁰

20. (1892) ... inmediatas, haya podido tornarse más envilecida aun.

RESULTADOS

Habiendo considerado hasta aquí bastante exhaustivamente las condiciones en las cuales vive la clase obrera inglesa de las ciudades, ha llegado el momento de extraer nuevas conclusiones de estos hechos y, a su vez, compararlas con el estado de las cosas. Observemos entonces en qué se han convertido los obreros en tales circunstancias, qué clase de gente son y cuál es la índole de su estado físico, intelectual y moral.

Si un individuo le infiere a otro un daño físico tal que el mismo provoca la muerte del lesionado; denominamos a esto un homicidio; si el autor del acto sabía de antemano que el daño causado habría de ser mortal, calificamos a su acción de asesinato. Pero si la sociedad^{*27} sume a centenares de proletarios en una situación tal que necesariamente hayan de sucumbir a una muerte prematura y antinatural, a una muerte que es tan violenta como la producida por la espada o por un proyectil; si sus-

*27. Cuando hablo de la sociedad, en el sentido en que lo hago aquí y en otras partes, como de una comunidad responsable que tiene sus derechos y deberes, se entiende que me refiero con ello al *poder de la sociedad*, es decir a la clase que posee, en la actualidad, el poder político y social, y por ello al mismo tiempo también tiene la responsabilidad por la situación de aquéllos a quienes no otorga participación alguna en el poder. Esta clase dominante la constituye, tanto en Inglaterra como en todos los países civilizados, la burguesía. Pero no necesito demostrarles a mis lectores *alemanes* el principio de que la sociedad, y en especial la burguesía, tiene el deber de proteger, cuando menos, la *vida* de cada integrante de la sociedad, vale decir, que debe velar para que nadie muera de inanición. Otra sería la situación, por cierto, si yo escribiese esto para la burguesía inglesa.— (1887) And so it is now in Germany. Our German capitalists are fully up to the English level, in this respect at least, in the year of grace, 1886. [Y así es ahora en Alemania. Nuestros capitalistas alemanes están exactamente al mismo nivel que los ingleses, cuando menos en este aspecto, en el año de gracia de 1886.]— (1892) ;Cómo ha cambiado todo esto de 50 años a esta parte! Hoy en día hay burgueses ingleses que reconocen las obligaciones de la sociedad con respecto a los integrantes individuales de la misma; pero ¿y los burgueses alemanes?!

trae a miles de ellos las condiciones vitales necesarias, si los coloca en una situación en la cual no *pueden* vivir; si mediante el vigoroso brazo de la ley los obliga a permanecer en estas condiciones hasta la llegada de la muerte, que debe ser consecuencia de dichas condiciones; si sabe sobradamente que estos millares deben caer víctimas de tales condiciones y no obstante las deja persistir, ello constituye un asesinato, lo mismo que la acción del individuo, sólo que un asesinato oculto y alevoso, un asesinato contra el cual nadie puede defenderse, que no parece ser un asesinato porque no se ve al asesino, porque todos, y a la vez nadie, son ese asesino, porque la muerte del sacrificado parece una muerte natural y porque es menos un pecado por acción que un pecado por omisión. Pero no deja de ser un asesinato. Tendré que demostrar ahora que la sociedad de Inglaterra comete a diario, a cada hora, esto que los periódicos obreros ingleses califican, con toda razón, de asesinato social; que ha sumido a los obreros en una situación en la cual éstos no pueden permanecer sanos ni vivir por mucho tiempo; que de este modo socava, parte por parte y poco a poco, la vida de esos obreros, llevándolos prematuramente a la tumba; además tendré que demostrar que la sociedad *sabe* cuán nociva es una situación semejante para la salud y la vida de los obreros y que no obstante nada hace por mejorar esa situación. Que *conoce* las consecuencias de sus instituciones, es decir que su modo de proceder no es mero homicidio, sino asesinato, será cosa que habré demostrado en cuanto pueda citar documentos oficiales, informes parlamentarios y gubernamentales como pruebas autorizadas que dan fe del hecho del homicidio.

De antemano se sobrentiende que una clase que vive en las condiciones anteriormente descritas y que se halla tan mal provista de los medios de subsistencia más imprescindibles no puede ser sana ni alcanzar una avanzada edad. Pero pasemos revista una vez más a las circunstancias en particular, con especial referencia al estado sanitario de los obreros. Ya la propia centralización de la población en grandes ciudades manifiesta una influencia desfavorable; la atmósfera de Londres nunca puede ser tan pura y de tan elevado contenido en oxígeno como la de ningún distrito rural; dos millones y medio de pulmones y doscientos cincuenta mil fuegos encendidos, comprimidos en tres o cuatro millas geográficas cuadradas,²¹ consumen una ingente cantidad de oxígeno, cuya reposición es sumamente difícil ya que el trazado urbano de los edificios dificulta, en sí y para sí, la ventilación. El anhídrido carbónico producido

21. De 165 a 220 kilómetros cuadrados, aproximadamente. 1 milla geográfica (alemana) cuadrada = 55,062932 km.².

por la respiración y la combustión permanece en las calles a causa de su peso específico y la corriente principal del viento pasa por encima de los techos de las casas. Los pulmones de los habitantes no obtienen la cantidad plena de oxígeno necesaria, y la consecuencia de ello es la postulación física e intelectual y un bajo nivel de la energía vital. Por esa razón, los habitantes de las grandes ciudades, si bien se hallan mucho menos expuestos a las enfermedades agudas, en especial inflamatorias, que la gente del campo, la cual vive en una atmósfera libre y normal, padece en cambio, en proporción tanto mayor, de males crónicos. Y si la vida en las grandes ciudades no resulta favorable, ya de por sí, para la salud, imagínese la magnitud de esta influencia desfavorable de una atmósfera anormal en los distritos obreros, en los cuales, como hemos visto, se aúna todo cuanto pueda empeorar la atmósfera. Es posible que en el campo resulte bastante inocua la existencia de un muladar contiguo a la casa, puesto que allí el aire tiene libre acceso desde todas direcciones; pero en medio de una gran urbe, entre callejuelas y patios tapiados y aislados de toda corriente de aire, la cosa es totalmente diferente. Toda sustancia animal y vegetal en descomposición desarrolla gases decididamente nocivos para la salud, y si estos gases no disponen de una salida libre, deberán apestar la atmósfera. Por eso, las basuras y las charcas estancadas en los barrios obreros de las grandes ciudades tienen las peores consecuencias para la salud pública, precisamente porque producen los gases patógenos; otro tanto ocurre con las emanaciones de los ríos contaminados. Pero esto dista mucho aún de ser todo. Es realmente indignante el tratamiento que dispensa la sociedad actual a la inmensa mayoría de los pobres. Se los arrastra hacia las grandes ciudades, donde respiran una atmósfera peor que en su solar campestre nativo. Se los confina en distritos que, por su construcción, están peor ventilados que los restantes. Se les priva de todos los medios de higiene, se les quita el agua, puesto que sólo se instalan cañerías a cambio de un pago y se contaminan los ríos de tal modo que ya no sirven a los fines de la limpieza; se les obliga a arrojar a la calle todos los desperdicios y residuos, toda el agua sucia y a menudo hasta todas las repugnantes inmundicias y estiércol, puesto que se les priva de todos los medios para deshacerse de otro modo de todo ello; de este modo se los fuerza a apestar sus propios distritos. Pero aún no basta con esto. Todos los males posibles se acumulan sobre las cabezas de los pobres. Si la población de la ciudad ya es, en general, demasiado densa, justamente por ello se los comprime a ellos en un espacio reducido. Como si no bastara con haber echado a perder la atmósfera de la calle, se los encierra por docenas en una única habitación de modo

que el aire que respiran por la noche termina por volverse asfixiante. Se les dan viviendas húmedas, excavaciones en sótanos y desvanes, permeables por abajo y por arriba, respectivamente. Se construyen sus casas de tal suerte que el aire viciado no puede salir. Se les proporciona vestimentas malas, andrajosas o en vías de serlo y alimentos de mala calidad, adulterados y de difícil digestión. Se los expone a los más irritantes cambios de ánimo, a las más violentas oscilaciones de miedo y esperanza; se los rinde por el ajetreo como a las fieras salvajes, y no se les da descanso ni se les permite gozar tranquilamente de la vida. Se les priva de todos los disfrutes, excepto el placer sexual y la bebida, pero en cambio se los fatiga a diario con el trabajo hasta el total agotamiento de todas sus energías físicas y mentales, y de ese modo se los incita de continuo a la más insensata demasía en los únicos dos disfrutes que se hallan a su alcance. Y si todo eso no basta, si resisten todo esto, caen víctimas de la desocupación durante una crisis que también les quita lo poco que aún se les había dejado hasta ese momento.

¿Cómo es posible que bajo tales circunstancias la clase más pobre pueda estar sana y vivir por mucho tiempo? ¿Qué otra cosa cabe esperar que una desmedida proporción de casos fatales, una continua existencia de epidemias, un debilitamiento físico, en segura progresión, de la generación laboriosa? Veamos cuál es la situación.

Desde todos los sectores obtenemos testimonios en el sentido de que las viviendas de los obreros en los barrios ruinosos, unidas a las restantes condiciones de vida de esta clase, provocan una cantidad de enfermedades. El anteriormente citado artículo del *Artizan* afirma, con plena razón, que las enfermedades pulmonares deben ser la consecuencia necesaria de estas instalaciones y que, en efecto, se producen con especial frecuencia entre los obreros. El aspecto tísico de tantas personas con las que nos topamos en la calle, demuestra que la mala atmósfera de Londres, y en especial de los distritos obreros, favorece en el grado más elevado el desarrollo de la tuberculosis. Si se recorren un poco las calles por la mañana temprano, a la hora en que todo el mundo se dirige a su trabajo, resulta sorprendente la cantidad de personas de aspecto semitísico o totalmente tuberculosos con las que uno se encuentra. Inclusive en Manchester la gente no tiene ese aspecto; esos fantasmas pálidos, espigados, de pechos y ojos hundidos, que se nos cruzan a cada instante, esos rostros flácidos, sin fuerza, incapaces de toda energía, sólo los he visto en Londres en cantidad tan llamativa, aunque también en las ciudades fabriles del norte la tuberculosis arrebató todos los años buen número de víctimas. Además de otras enfermedades pulmonares y de la fiebre escar-

latina, compite con la tuberculosis, especialmente, la dolencia que causa las más terribles devastaciones entre los obreros: el tifus. El informe oficial acerca del estado sanitario de la clase obrera atribuye directamente esta enfermedad, de difusión general, al mal estado de las viviendas en materia de ventilación, desagües e higiene. Este informe —que, cosa que no debe olvidarse, ha sido elaborado por los más eminentes médicos de Inglaterra sobre datos proporcionados por otros médicos— afirma que un solo patio mal ventilado, un único callejón sin salida carente de desagües, en especial si sus habitantes viven hacinados y si hay sustancias orgánicas en descomposición en las inmediaciones, está en condiciones de producir fiebre y casi siempre la produce. Esta fiebre tiene el mismo carácter casi por doquier y evoluciona, casi en todos los casos, para convertirse en la forma desarrollada del tifus. Se la encuentra en los distritos obreros de todas las grandes ciudades, e inclusive en algunas calles mal construidas y conservadas de localidades más pequeñas, alcanzando su mayor difusión en los barrios malos, aunque naturalmente también busca víctimas aisladas en los distritos mejores. En Londres predominaba desde hacía algún tiempo; su extraordinaria virulencia en 1837 dio origen al informe oficial mencionado. Según el informe anual del doctor Southwood Smith acerca del hospital londinense dedicado a la cura de la fiebre, en 1843 el número de enfermos atendidos fue de 1.462, es decir 418 más que en cualquier año anterior. Esta enfermedad se desató con extraordinaria virulencia en las zonas sucias y húmedas de los distritos este, norte y sur de Londres. Muchos de los pacientes eran obreros rurales inmigrados, quienes durante el viaje y después de su llegada habían sufrido las más duras privaciones, dormían semidesnudos y medio muertos de hambre en las calles, no hallaban trabajo, y de ese modo sucumbían a la fiebre. Esta gente fue remitida al hospital en tal estado de debilidad, que debieron emplearse cantidades desusadamente grandes de vino, coñac, preparados de amonio y otros estimulantes. La mortalidad ascendió al 16 1/2 % de todos los enfermos. También en Manchester puede encontrarse esta fiebre maligna; en los barrios obreros peores de la ciudad vieja, Ancoats, Little Ireland, etc., casi nunca se extingue, aunque en ellos —como ocurre en general en las ciudades *inglesas*— no predomina con la difusión que cabría esperar. En cambio, en Escocia y en Irlanda el tifus cunde con una violencia que supera todo lo imaginable; en Edimburgo y Glasgow se manifestó en 1817, después de la carestía, y en 1826 y 1837, después de las crisis comerciales, con furia peculiar y en todos los casos, después de causar estragos durante unos tres años, cedió por un tiempo; en Edimburgo la fiebre atacó, du-

rante la epidemia de 1817, alrededor de 6.000 personas y durante la de 1837 a unas 10.000 personas, y no sólo el número de enfermos, sino también la virulencia de la enfermedad y la proporción de los casos mortales se multiplicó a cada nueva reiteración de la epidemia.*²⁸ Pero el furor de la enfermedad parece haber sido, en todos sus períodos anteriores, un juego de niños en comparación con su aparición después de la crisis de 1842. Una sexta parte de todos los pobres de toda Escocia fueron atacados por la fiebre y los pordioseros ambulantes llevaron el mal, con vertiginosa celeridad, de un lugar a otro; no alcanzó a las clases medias y superiores de la sociedad; en dos meses hubo más enfermos de fiebre que en los doce años precedentes. En 1843 enfermaron de fiebre en Glasgow el 12 % de la población, 32.000 personas, el 32 % de las cuales murieron, mientras que la mortalidad en Manchester y Liverpool sólo asciende habitualmente al 8 %. La enfermedad presentaba sus crisis al séptimo y al décimoquinto días; este último día, el paciente se volvía habitualmente amarillo, cosa que nuestra autoridad considera prueba de que también habría que buscar la causa del mal en la excitación psíquica y en el miedo.*²⁹ En Irlanda también se hallan afincadas estas fiebres epidémicas. Durante 21 meses de los años 1817/18 pasaron por el Hospital de Dublín 39.000 enfermos de fiebre y un año más tarde, según el *sheriff* Alison (en su segundo volumen de *Principles of Population*), llegaron incluso a 60.000. En 1817/18 el hospital de Cork, dedicado a combatir la fiebre, debió acoger la séptima parte de la población; durante la misma época, en Limerick enfermó de fiebre una cuarta parte de la misma y en el *barrio malo* de Waterford padecieron fiebre las diecinueve veinteavas partes de los habitantes.*³⁰

Si evocamos en nuestra memoria las circunstancias en las cuales viven los obreros, si tenemos en cuenta lo apretujado de sus viviendas, el hacinamiento de seres humanos que hay en cada rincón, el modo en que sanos y enfermos duermen en *una misma* habitación, en *una misma* cama, aún habremos de sorprendernos de que una enfermedad contagiosa como lo es esta fiebre no se propague aun más. Y si tomamos en cuenta la escasa asistencia médica de que disponen los enfermos, cuántos de ellos carecen de todo asesoramiento médico e ignoran las prescripciones dieté-

*28. Dr. Alison, *Manag|ement| of|the| Poor in Scotland*.

*29. Dr. Alison, en un artículo leído ante la *British Association for the Advancement of Science* | Asociación Británica por el Progreso de la ciencia | en York, octubre de 1844.

*30. Dr. Alison, *Manag|ement| of|the| Poor in Scotland*.

ticas más comunes, la mortandad aun nos parecerá exigua. El doctor Alison, que conoce con exactitud esta enfermedad, la atribuye precisamente a la estrechez y a la mísera situación de los pobres, como se hace en el informe citado; afirma que las privaciones y una insuficiente satisfacción de las necesidades vitales tornan el cuerpo accesible al contagio y que, en general, sólo ellas hacen que la epidemia se vuelva terrible y se propague con celeridad. Demuestra que en todos los casos ha sido un período de privaciones —una crisis comercial o una mala cosecha— lo que ha producido, tanto en Escocia como en Irlanda, la aparición epidémica del tifus y que la saña de la enfermedad se abatió casi exclusivamente sobre la clase obrera. Resulta notable que, según su testimonio, la mayor parte de los individuos que sucumben al tifus son padres de familia, es decir, justamente aquéllos que menos prescindibles resultan a los suyos; otro tanto afirman varios médicos irlandeses por él citados.

Otra serie de enfermedades tiene su origen directo no tanto en la vivienda como en la alimentación de los obreros. La dieta de los obreros, que ya de por sí es de difícil digestión, resulta totalmente inapropiada para los niños pequeños; sin embargo, el obrero carece de los medios y el tiempo necesarios para procurar a sus hijos una alimentación más adecuada. A ello se suma aún la muy difundida costumbre de dar a los niños aguardiente o inclusive opio, y de todo ello, con el concurso de las restantes condiciones vitales nocivas para el desarrollo físico, resultan las más diversas enfermedades de los órganos digestivos, que dejan sus huellas para toda la vida. Casi todos los obreros tienen un estómago más o menos débil y sin embargo se ven obligados a persistir de continuo en la dieta que constituyó la causa de su mal. ¿Cómo habrían de saber dónde radica la culpa del mismo? Y si lo supieran, ¿cómo habrían de poder observar una dieta más apropiada, mientras no se les proporcione otra situación vital ni se los instruya de otra forma? A partir de esta mala digestión se desarrollan, ya durante la infancia, nuevas enfermedades. Las escrófulas están casi generalizadas entre los obreros y los padres escrofulosos tienen hijos escrofulosos, sobre todo si la causa primitiva de esta enfermedad influye a su vez sobre la predisposición escrofulosa heredada de estos últimos. Una segunda consecuencia de esta nutrición insuficiente del cuerpo durante el desarrollo lo constituye el raquitismo (o enfermedad inglesa, consistente en excrescencias nudosas en las articulaciones), que se encuentra asimismo con suma frecuencia entre los hijos de los obreros. Se retarda el endurecimiento de los huesos, se inhibe en general la formación del esqueleto y, además de las habituales afecciones raquíticas, se encuentra bastante a menudo la desviación de las pier-

nas y de la columna vertebral. No necesito decir hasta dónde se agravan todos estos males en virtud de los azares a los que se hallan expuestos los obreros a causa de las fluctuaciones del comercio, de la desocupación y del exiguo salario de las crisis. La carencia temporaria de una alimentación suficiente, carencia a la cual se halla expuesto casi todo obrero cuando menos una vez en su vida y durante un período, no hace más que contribuir al agravamiento de las consecuencias de una alimentación mala, pero no obstante suficiente. Aquellos niños que sólo obtienen comida para saciarse a medias, precisamente en la época en que más necesitarían alimentos —y cuántos de éstos hay durante todas las crisis, y hasta durante los mejores períodos de actividad— deben convertirse necesariamente en niños débiles, escrofulosos y raquíticos en alto grado. Y basta verlos para comprobar que así sucede. El descuido al que se halla condenada la inmensa mayoría de los hijos de los obreros deja huellas inextinguibles y tiene como consecuencia el debilitamiento de toda la generación laboriosa. A ello debe sumarse aún la inapropiada vestimenta de esta clase y la acrecentada imposibilidad de protegerse, en este caso, frente a los resfriados, la necesidad de trabajar mientras la indisposición así lo permita, el acrecentamiento de las estrecheces de la familia en caso de enfermedad, la carencia, demasiado habitual, de toda asistencia médica, y podremos imaginar aproximadamente cuál es el estado sanitario de los obreros ingleses. Ni siquiera quiero mencionar aún aquí las consecuencias nocivas propias de distintos ramos del trabajo, tal como se los practica en la actualidad.

A esto se agregan aún otras influencias que debilitan la salud de gran número de obreros. Ante todo, la bebida. Todas las seducciones, todas las tentaciones posibles se aunan para llevar al obrero hacia el alcoholismo. El aguardiente es casi su única fuente de placer y todo se suma para ponerlo bien a su alcance. El obrero regresa a su hogar, cansado y agotado por su trabajo; se encuentra con una vivienda huérfana de toda comodidad, húmeda, poco acogedora y sucia; necesita con urgencia alguna distracción, necesita *algo* por lo que valga la pena trabajar, que le haga tolerable la perspectiva del próximo y amargo día; su estado de ánimo fatigado, desapacible e hipocondríaco, que emana ya de su propia mala salud, en especial de su mala digestión, se acrecienta hasta lo intolerable en virtud del resto de sus condiciones de vida, de la incertidumbre de su existencia, de su dependencia con respecto a todos los azares posibles y de su incapacidad de hacer algo él mismo para asegurar su situación; su cuerpo debilitado —debilitado por el aire viciado y la mala alimentación— exige imperiosamente un estímulo externo; sus necesidades

de sociabilidad sólo pueden satisfacerse en una taberna, ya que no tiene en absoluto otro sitio donde pueda encontrarse con sus amigos; y en vista de todo esto, ¿no ha de experimentar el obrero la más intensa de las tentaciones por el alcoholismo, debe estar en condiciones de resistir las seducciones de la bebida? Por el contrario, existe la necesidad física y moral de que, bajo estas circunstancias, gran cantidad de obreros *tenga* que sucumbir a la bebida. Y aparte las influencias más bien físicas que impulsan al obrero hacia la bebida, obra el ejemplo de la inmensa mayoría, el descuido en su educación, la imposibilidad de proteger a los jóvenes de la tentación, en muchos casos la influencia directa de padres alcohólicos que se encargan ellos mismos de suministrar aguardiente a sus hijos, la certeza de que, en la embriaguez, olvidarán, cuando menos por algunas horas, las miserias y la presión de la vida y otras cien circunstancias tan poderosas que realmente no es posible tomar a mal a los obreros su predilección por el aguardiente. Aquí, el alcoholismo ha dejado de ser un vicio por el cual puede responsabilizarse al vicioso, para convertirse en un fenómeno, en la consecuencia necesaria e inevitable de ciertas condiciones sobre un objeto carente de voluntad, cuando menos con respecto a estas condiciones. Que aquéllos que han convertido al obrero en un mero objeto carguen con la responsabilidad. Pero tan necesariamente como una gran cantidad de obreros ha sucumbido a la bebida, así manifiesta ésta sus efectos destructores sobre el cuerpo y el espíritu de sus víctimas. Todas las predisposiciones patológicas que surgen de las condiciones de vida de los obreros son estimuladas por la bebida, la cual favorece al máximo el desarrollo de enfermedades pulmonares y abdominales, así como el origen y difusión de la fiebre tifoidea.

Otra causa de las dolencias físicas de la clase obrera reside en su imposibilidad de procurarse, en caso de enfermedad, la asistencia de médicos idóneos. Es verdad que una cantidad de instituciones benéficas tratan de remediar esta carencia, que el hospital de Manchester, por ejemplo, asiste anualmente a alrededor de 22.000 enfermos, atendiéndolos en parte, y en parte prestándoles asesoramiento médico y entregándoles medicamentos, pero ¿qué es todo esto en una ciudad en la cual, según los cálculos de Gaskell,^{*31} las tres cuartas partes de sus habitantes necesitan anualmente asistencia médica? Los médicos ingleses perciben elevados honorarios y los obreros no están en condiciones de abonarlos. Por consiguiente tienen la opción o de no hacer nada, o bien se ven obligados a servirse de curanderos y remedios baratos que, a la larga, les

*31 [*The*] *Manufacturing Population of England*, c. 8.

producen mayor daño que utilidad. Un número enorme de esta clase de curanderos ejerce su actividad en todas las ciudades inglesas y por medio de anuncios, carteles murales y otras artimañas se procuran una clientela entre las clases más pobres. Pero además se venden asimismo una cantidad de los llamados remedios patentados (*patent medicines*) para todos los males posibles e imposibles: píldoras de Morrison, píldoras de vida de Parr, píldoras del Dr. Mainwaring y millares de otras píldoras, esencias y bálsamos, todos los cuales tienen la propiedad de curar todas las enfermedades del mundo. Por cierto que es raro que estos remedios contengan sustancias directamente nocivas, pero muy a menudo, si se los ingiere con frecuencia y en abundancia, ejercen una acción desfavorable sobre el cuerpo, y puesto que a los ignorantes obreros se les pregona en todos los anuncios que cuanto se tome de ellos no será demasiado, no cabe sorprenderse de que ingieran grandes cantidades de estos remedios, en forma continua, con o sin motivos para hacerlo. No resulta desusado que el fabricante de las píldoras de vida de Parr venda, en una semana, de 20.000 a 25.000 cajas de estas curativas píldoras, y sus clientes las toman uno contra el estreñimiento, otro contra la diarrea, contra la fiebre, la debilidad y todas las dolencias posibles. Así como en determinadas épocas del año nuestros campesinos alemanes se hacían aplicar ventosas o practicar una sangría, así ahora los obreros ingleses toman su medicina patentada para de ese modo inferirse daño a sí mismos y meter su dinero en los bolsillos del fabricante de aquella. Uno de los más nocivos de entre estos remedios patentados es un electuario preparado a partir de opiáceos, en especial láudano, y que se vende bajo el nombre de «Godfrey's Cordial». Mujeres que trabajan en su domicilio y que deben cuidar niños propios o ajenos, les dan ese brebaje para que permanezcan tranquilos y, según piensan muchos, para fortificarlos. A menudo comienzan a medicarlos ya inmediatamente después de su nacimiento, sin conocer las dañinas consecuencias de este «cardiotónico», hasta provocar la muerte de los niños. Cuanto más se insensibilice el organismo del niño a los efectos del opio, tanto mayores cantidades del mismo se le administran. Cuando el «cordial» ya no produce efecto, también se le administra láudano puro, a menudo de 15 a 20 gotas por vez. El coroner de Nottingham atestiguó ante una comisión gubernamental^{*32} que un

*32. *Report of Commission of Inquiry into the Employment of Children and Young Persons in Mines and Collieries and in the Trades and Manufactures in which Numbers of them work together, not being included under the Terms of the Factories' Regulation Act. First and Second Reports.* [Informe de la Comisión Investigadora acerca del empleo de niños y adolescentes en minas de carbón y otras y en los oficios e industrias en

farmacéutico había elaborado, según propio testimonio, trece quintales de jarabe,²² durante un año, para convertirlo en «Godírey's Cordial». Resulta fácil imaginarse las consecuencias para los niños así tratados. Estos se tornan pálidos, mustios y débiles y las más veces mueren antes de alcanzar los dos años de edad. El empleo de esta medicina se halla ampliamente difundido en todas las grandes ciudades y distritos industriales del reino.

La consecuencia de todas estas influencias es un debilitamiento general del cuerpo de los obreros. Entre ellos se encuentra poca gente vigorosa, sana y de buena complexión, por lo menos entre los obreros industriales, que por lo general trabajan en recintos cerrados y de quienes se habla aquí con exclusividad. Todos ellos son más bien débiles, de textura ósea angulosa pero no vigorosa, delgados, pálidos y, con excepción de sus músculos particularmente tensos durante su trabajo, aflojados por la fiebre. Casi todos sufren de malas digestiones, y en consecuencia son más o menos hipocondríacos y de estado anímico turbio y desapacible. Su debilitado cuerpo no está en condiciones de ofrecer resistencia a una enfermedad, por lo cual ésta lo ataca en cualquier ocasión. Por eso envejecen prematuramente y mueren jóvenes. Las tablas de mortalidad ofrecen pruebas irrefutables en tal sentido.

Según el informe del director del Registro Civil, George Graham, la mortalidad anual de toda Inglaterra y Gales es algo inferior al 2 1/4 %, es decir que de cada 45 personas, todos los años muere una.*³³ Por lo menos, éste era el promedio de los años 1839/40; al año siguiente, la mortalidad disminuyó un poco y sólo ascendía a una persona de cada 46. Pero en las grandes ciudades la proporción es totalmente diferente. Tengo ante mi vista (en el *Manchester Guardian* del 31 de julio de 1844)

los cuales trabajan juntos en gran número y que no se incluyen en los términos de la ley de reglamentación fabril. Primero y segundo informes.] *Grainger's Report, second Report*. Usualmente citado como *Children's Employment Commissions Report*; es uno de los mejores informes oficiales, que contiene ingente cantidad de los datos más valiosos, pero asimismo de los más aterradores. El primer informe se publicó en 1841, y el segundo dos años más tarde.

*33. *Fifth Annual Report of [the] Registrar General of Births, Deaths and Marriages* [Quinto informe anual del director del Registro Civil en torno a los nacimientos, defunciones y matrimonios].

22. En la edición inglesa de 1887: ...thirteen hundredweight of laudanum... [trece quintales de láudano]. Un tanto imprecisamente, Engels hace equivaler el *hundredweight* (45,359 kg) al *Zentner* o quintal alemán (= 50 kg). 13 *hundredweight* = poco más de 590 kg.

tablas oficiales de mortalidad, según las cuales la mortalidad de algunas grandes ciudades se calcula de la siguiente manera. En Manchester, con inclusión de Salford y Chorlton, 1 de cada 32,72, y con exclusión de Salford y Chorlton, 1 de cada 30,75; en Liverpool con inclusión de West-Derby (suburbio), 31,90, y con exclusión de West-Derby, 29,90, mientras que el promedio de todos los distritos indicados de Cheshire, Lancashire y Yorkshire —y éstos incluyen una cantidad de distritos rurales o semirurales, además de muchas ciudades pequeñas— arroja, con una población de 2.172.506 personas, una mortalidad de 1 de cada 39,80. La desfavorable situación de los obreros de las ciudades se pone de manifiesto con la mortalidad de Prescott, en Lancashire, un distrito habitado por obreros de las minas de carbón y que, puesto que el trabajo en las minas no es muy saludable, aun se halla por debajo de los distritos agrícolas. Pero los obreros viven en el campo, y la mortalidad se halla en 1 de cada 47,54, es decir casi en 2 1/2 por encima del promedio de toda Inglaterra. Todos los datos se basan en las tablas de mortalidad de 1843. Más elevada aun es la relación de mortalidad en las ciudades escocesas; en Edimburgo, en 1838/39, era de 1 de cada 29, e inclusive en 1831, en la ciudad vieja solamente, de 1 de cada 22; en Glasgow, según el doctor Cowan (*Vital Statistic of Glasgow*), por término medio desde 1830 era de 1 de cada 30, y durante algunos años, 1 de cada 22 a 24. Desde todos los sectores recibimos testimonios en el sentido de que esta tremenda abreviación del término medio de vida recae principalmente sobre la clase obrera o, más aun, que el promedio de todas las clases mejora gracias a la menor mortalidad de las clases medias y superiores. Uno de los testimonios más recientes es el del médico P. H. Holland de Manchester, quien investigó, por encargo oficial,*³⁴ el suburbio de Manchester, Chorlton-on-Medlock. Clasifica las casas y las calles en tres clases cada una de ellas, hallando las siguientes diferencias de mortalidad:

Mortalidad

Primera clase de calles: casas de 1. ^a clase	1 sobre 51
Primera clase de calles: casas de 2. ^a clase	1 sobre 45
Primera clase de calles: casas de 3. ^a clase	1 sobre 36

*34. Cf. *Report of Commission of Inquiry into the State of large Towns and Populous Districts, first Report, 1844, Appendix* [Informe de la Comisión Investigadora acerca del estado de las grandes ciudades y distritos populosos, primer informe, 1844, apéndice].

Mortalidad

Segunda clase de calles: casas de 1. ^a clase	1 sobre 55
Segunda clase de calles: casas de 2. ^a clase	1 sobre 38
Segunda clase de calles: casas de 3. ^a clase	1 sobre 35
Tercera clase de calles: casas de 1. ^a clase	no hay
Tercera clase de calles: casas de 2. ^a clase	1 sobre 35
Tercera clase de calles: casas de 3. ^a clase	1 sobre 25

De otros varios cuadros ofrecidos por Holland se desprende que la mortalidad es, en las *calles* de segunda clase, un 18 % más elevada y en las de tercera clase un 68 % más elevada que en las de primera clase; que la mortalidad en las *casas* de segunda clase es un 31 % mayor y en las de tercera clase un 78 % mayor que en las de primera clase; que la mortalidad se ha reducido en un 25 % en las calles malas que fueron mejoradas. Concluye con una observación sumamente franca por tratarse de un burgués de Inglaterra:

«Si descubrimos que en algunas calles la mortalidad es cuatro veces más elevada que en otras y que en clases íntegras de calles es doble que en otras clases, y si además hallamos que en la práctica es inalterablemente elevada en las calles que se hallan en muy mal estado y casi inalterablemente baja en calles en buenas condiciones, no podremos dejar de extraer la conclusión de que hay grandes cantidades de nuestros semejantes, centenares de nuestros prójimos más cercanos que son aniquilados (*destroyed*) anualmente por falta de las medidas de precaución más corrientes».

El informe acerca del estado sanitario de las clases laboriosas contiene un dato que demuestra el mismo hecho. En 1840 en Liverpool la duración media de la vida de las clases superiores (*gentry, professional men*, etc.) era de 35 años, de los hombres de negocios y de los artesanos mejor situados de 22, mientras que la de los obreros, jornaleros y la clase servil en general era sólo de 15 años. Los informes parlamentarios contienen aun gran cantidad de datos similares.

Los índices de mortalidad se acrecientan a tal punto principalmente a causa de las numerosas muertes de niños pequeños de la clase obrera. El tierno cuerpecito de un niño es el que menos resiste las influencias desfavorables de un bajo nivel de vida; el descuido al que a menudo se ve expuesto si ambos padres trabajan o uno de ellos está muerto muy pronto arroja sus consecuencias, de modo que no es de sorprenderse que, por ejemplo en Manchester, según el informe mencionado en último término, más del 57 % de los hijos de obreros mueren antes del quinto año de

vida, mientras que de los niños de las clases superiores sólo muere el 20 %, y en los distritos rurales, por término medio de todas las clases, no alcanza a morir un 32 % de todos los niños que no han llegado al quinto año de vida.*³⁵ El varias veces mencionado artículo del *Artisan* nos proporciona datos bastante exactos a este respecto al comparar las proporciones de los casos de mortalidad causada por diversas enfermedades infantiles en las ciudades, por un lado, y en el campo, por el otro, y demuestra así que, en general, en Manchester y Liverpool las epidemias son tres veces más mortales que en distritos rurales; que las enfermedades del sistema nervioso se quintuplican en las ciudades y que las afecciones estomacales superan el doble, mientras que la relación de las muertes causadas por enfermedades pulmonares entre las ciudades y el campo es de 2 1/2 a 1. Los fallecimientos de niños pequeños ocasionados por la viruela, el sarampión, la tos ferina y la fiebre escarlatina se cuadruplican; las causadas por hidrocefalia se triplican y las debidas a convulsiones se decuplican en las ciudades. Para citar aún otra autoridad de fuste, reproduciré aquí un cuadro que ofrece el doctor Wade en su *History of the Middle and Working Classes* (London 1835, 3rd. ed.), según el informe de la comisión parlamentaria fabril de 1832.

De 100.000 personas mueren	Menos de 5 años	5 a 19	20 a 39	40 a 59	60 a 69	70 a 79	80 a 89	90 a 99	100 y más
en el condado de Rutland - distrito agrícola salubre	2865	891	1275	1299	1189	1428	938	112	3
en el condado de Essex - dis- trito agrícola pantanoso	3159	1110	1526	1413	963	1019	630	77	3
en la ciudad de Carlisle 1779- 1787, antes de introducirse las fábricas	4408	911	1006	1201	940	826	533	153	22
en la ciudad de Carlisle des- pués de introducirse las fábricas	4738	930	1261	1134	677	727	452	80	1
en la ciudad de Preston, ciu- dad fabril	4947	1136	1379	1114	553	532	298	38	3
en la ciudad de Leeds, ciu- dad fabril	5286	927	1228	1198	593	512	225	29	2

Además de estas diversas enfermedades, que constituyen la consecuencia necesaria del actual descuido y opresión de la clase más pobre, existen empero otras influencias que contribuyen a elevar la mortandad

*35. *Factories Inquiry Commission's Report, 3rd. vol. Report of Dr. Hawkins on Lancashire* [Informe de la Comisión Investigadora de Fábricas, 3er. volumen. Informe del doctor Hawkins sobre Lancashire], donde se cita como informante al doctor Robertson, «principal autoridad sobre la estadística en Manchester».

entre los niños pequeños. En muchas familias, la mujer trabaja fuera de su hogar, lo mismo que su marido, y la consecuencia de ello es la total desatención de los niños, que son encerrados o se dejan en manos de otras personas para su cuidado. Entonces no cabe sorprenderse de que centenares de estos niños pierdan la vida a causa de toda suerte de accidentes. En ninguna parte tantos niños mueren atropellados por carruajes o caballos, en ninguna parte hay tantos que sufren caídas mortales, se ahogan o se quemen como en las grandes ciudades de Inglaterra. Especialmente frecuentes resultan las muertes debidas a quemaduras producidas por la acción del fuego o el vuelco de agua caliente; en Manchester, durante los meses invernales, ello ocurre una vez casi todas las semanas y en Londres también sucede a menudo, aunque allí sea raro encontrar noticias al respecto en los periódicos; sólo tengo a mano un dato publicado en el *Weekly Dispatch* del 15 de diciembre de 1844, según el cual durante la semana del 1 al 7 de diciembre de 1844 ocurrieron *seis* casos de esta índole. Estos pobres niños, que pierden su vida de una manera tan horrorosa, son meras víctimas de nuestro desorden social y de la clase poseedora interesada en la conservación de ese desorden; y sin embargo no se sabe si esta muerte horrenda y dolorosa no haya sido incluso una bendición para esos niños, al evitarles una larga vida colmada de esfuerzos y miserias, rica en padecimientos y pobre en disfrutes. Hasta allí han llegado las cosas en Inglaterra... y la burguesía lee todo eso a diario en los periódicos y no se preocupa por ello. Pero tampoco podrá quejarse de que yo los acuse precisamente de asesinato social, fundándose en los testimonios oficiales y no oficiales que *debe* conocer. Una de dos: o vela para mejorar esta situación horrible, o cede la administración de los intereses comunes a la clase obrera. Y no tiene ganas de hacer esto último, mientras que no posee la fuerza necesaria para lo primero, hasta tanto siga siendo burguesía y permanezca cautiva de sus prejuicios burgueses; pues aunque ahora, por fin, luego de haber caído centenares de miles de víctimas, toma algunas mezquinas previsiones para el futuro, promulga un «Metropolitan Buildings Act», con arreglo a la cual por lo menos se restringe un tanto el más inescrupuloso hacinamiento de las viviendas, aunque se ufana de medidas que, muy lejos de entrar en la raíz del mal, distan aún de llegar a las disposiciones de la más corriente policía sanitaria, no podrá ciertamente con ello levantar la acusación. La burguesía inglesa sólo tiene la opción de seguir gobernando con la irrefutable acusación de asesinato pesando sobre sus espaldas, y *a pesar de* esa acusación, o bien de abdicar en favor de la clase obrera. Hasta ahora ha preferido lo primero.

Pasemos de la situación física a la situación espiritual de los obreros. Si la burguesía sólo les deja lo estrictamente necesario de su vida, no debemos sorprendernos de que también les dé tanta instrucción como esté en el interés de la burguesía. Y esto realmente no es mucho. Los medios de instrucción son desproporcionadamente exiguos en Inglaterra en comparación con el número de habitantes. Las pocas escuelas semanales que se hallan a disposición de la clase obrera sólo pueden contar con la asistencia de los menos, y además son malas; los maestros —obreritos retirados y otras personas inservibles, que únicamente se han convertido en maestros de escuela para poder vivir— las más veces carecen ellos mismos de los conocimientos elementales más precarios, de la instrucción moral tan necesaria para el maestro y de todo control oficial. También en este terreno impera la libre competencia y, como siempre, los ricos son los beneficiados y los pobres, para quienes la competencia precisamente no es libre y que no tienen las nociones correspondientes para poder juzgar, son los perjudicados. La enseñanza obligatoria no existe en ninguna parte; en las fábricas propiamente dichas, como veremos, sólo existe nominalmente y cuando en la sesión de 1843 el gobierno quiso poner en vigencia esta aparente obligatoriedad escolar la burguesía fabril se opuso con todas sus fuerzas, pese a que los obreros se pronunciaron decididamente *a favor* de la escolaridad obligatoria. De todos modos, gran cantidad de niños trabaja durante toda la semana en fábricas y en el hogar, por lo cual no puede asistir a la escuela. Pues las *escuelas nocturnas*, a las que deben concurrir quienes están ocupados durante el día, casi no tienen asistencia y ésta se efectúa sin provecho. Realmente sería demasiado pedir que jóvenes obreros que han trabajado rudamente durante doce horas asistan aún a la escuela de ocho a diez. Y quienes sí lo hacen suelen quedarse dormidos allí, como lo ha comprobado el *Children's Empl[oyment] Rep[ort]* en centenares de testimonios. De todas maneras se han instaurado escuelas dominicales, pero éstas asimismo tienen una escasísima dotación de maestros y sólo pueden servir a quienes ya hayan aprendido algo en la escuela semanal. El lapso que media entre un domingo y el siguiente es demasiado extenso como para que un niño totalmente carente de ilustración no haya vuelto a olvidar, en la segunda lección, lo aprendido en la primera una semana atrás. El informe de la *Children's Employment Commission* ofrece millares de pruebas y la propia comisión se manifiesta decididamente en el sentido de que ni las escuelas semanales ni las dominicales responden, siquiera remotamente, a las necesidades de la nación. Ese informe suministra pruebas de la ignorancia que reina entre la clase obrera de Inglaterra, que no cabría esperar en un

país como España o Italia. Pero no puede ser de otro modo; la burguesía tiene poco que esperar y no pocas cosas que temer de la instrucción de los obreros; en todo su colosal presupuesto de £ 55.000.000, el gobierno sólo tiene una única y minúscula partida de £ 40.000 destinada a la instrucción pública; y si no fuese por el fanatismo de las sectas religiosas, cuyos efectos negativos apenas se ven compensados por las mejoras que esporádicamente consigue, los medios de instrucción serían mucho más míseros aún. Pero así erigen la Iglesia Anglicana sus *National Schools* y cada secta sus propias escuelas, únicamente con la finalidad de mantener en su seno a los hijos de sus fieles y, en lo posible, quitar a las otras sectas alguna pobre alma infantil. La consecuencia de ello es que se eleva la religión, y precisamente el aspecto más estéril de la misma, el de la polémica, al rango de asignatura prioritaria, atiborrándose la memoria de los niños de dogmas incomprensibles y distingos teológicos; que el odio de sectas y la santurronería fanática se despiertan lo más tempranamente posible, descuidándose ignominiosamente toda instrucción racional, espiritual y moral. Con harta frecuencia, los obreros han exigido al parlamento una instrucción pública puramente laica, dejando la religión en manos de los sacerdotes de cada una de las sectas, pero hasta ahora no han encontrado aún ministerio alguno que les concediese nada semejante. Es natural. El ministro es el obediente siervo de la burguesía y ésta se divide en incontables sectas; pero cada una de ellas sólo dispensa al obrero la instrucción que sin este requisito sería peligrosa, siempre que él mismo acepte también el antídoto de los dogmas que distinguen en especial a esa secta. Y puesto que estas sectas aún siguen empeñadas, hasta el día de hoy, en reyertas acerca de su hegemonía, la clase obrera permanece entretanto sin instrucción. Por cierto que los fabricantes se ufanan de haber enseñado a leer a la gran mayoría, pero se trata de una lectura acorde con esa circunstancia, como lo demuestra el informe de la *Children's Employment Commission*. Quien conoce el alfabeto dice saber leer, y con ello se dan por satisfechos los fabricantes. Y si se tiene en cuenta la confusa ortografía inglesa, en vista de la cual la lectura constituye un verdadero arte que sólo puede aprenderse después de una prolongada enseñanza, esta ignorancia resulta comprensible. Muy pocos saben escribir del todo, e inclusive muchísimos «instruidos» no saben hacerlo con una ortografía correcta. Las escuelas dominicales de la Alta Iglesia,²³ de los cuáqueros y creo que también de varias

23. Sector de la Iglesia Anglicana que, luego de la ruptura con el papado, conservó lo esencial de la estructura jerárquica y de la liturgia de la Iglesia Católica.

otras sectas, ni siquiera enseñan a escribir «porque ello constituye una ocupación demasiado profana para el domingo». Algunos ejemplos han de demostrar el estado que presenta, por lo demás, la instrucción que se ofrece a los obreros. Han sido tomados del Informe de la *Cb[ildren's] Empl[oymen]t Commiss[ion]*, el cual lamentablemente no se extiende a la industria fabril propiamente dicha.

«En Birmingham», dice el comisario Grainger, «todos los niños que he examinado carecen por completo de todo cuanto pueda calificarse, siquiera en lo más remoto, de una educación útil. Aunque en casi todas las escuelas *sólo* se da instrucción religiosa, también en este aspecto exhibían, en general, la más grosera ignorancia». «En Wolverhampton», relata el comisario Horne, «encontré, entre otros, los siguientes ejemplos: Una niña de 11 años había asistido a una escuela semanal y dominical, y “jamás había oído hablar de otro mundo, del cielo o de otra vida”. Otro, de 17 años, no sabía cuánto eran dos por dos, cuántos *farthings*» (1/4 de penique) «se hallaban contenidos en 2 peniques, ni siquiera cuando se le puso el dinero en la mano. Algunos niños jamás habían oído hablar de Londres y ni siquiera de Willenhall, a pesar de que esta última localidad dista apenas una hora de su lugar de residencia y se halla en continua comunicación con Wolverhampton. Algunos nunca habían oído el nombre de la reina u otros como los de Nelson, Wellington o Bonaparte. Pero resultaba notable que los mismos que ni siquiera habían oído hablar jamás de San Pablo, Moisés o Salomón, estuviesen muy bien informados acerca de la vida, las acciones y el carácter de Dick Turpin, el salteador de caminos, y en especial de Jack Sheppard, el ladrón y evasor de las cárceles. Un mozalbete de 16 años no sabía cuánto eran dos por dos o cuánto sumaban cuatro *farthings*; otro de 17 años afirmaba que diez *farthings* eran diez medios peniques y un tercero, de 17 años, respondió brevemente, a algunas preguntas sumamente sencillas, que “no sabía nada de nada” (he was ne judge o' nothin)» (Horne, Rept., App. Part II, Q. 18, n.^{os} 216, 217, 226, 233, etc.).

Estos niños, a quienes se fastidia durante cuatro o cinco años con dogmas religiosos, saben, al cabo de los mismos, tanto como antes.

Un niño «ha asistido regularmente a la escuela dominical durante cinco años; no sabe quién era Jesucristo, aunque oyó ese nombre; nunca oyó hablar de los doce apóstoles, Sansón, Moisés, Aarón, etc.» (*ibid.* Evid. p.q. 39, I.33). Otro «concurrió regularmente a la escuela dominical durante seis años. Sabe quién era Jesucristo, quien murió en la

cruz para verter su sangre a fin de salvar a nuestro Salvador; nunca oyó mencionar a San Pedro o San Pablo» (*ibid.*, p.q. 36,I.46). Un tercero «asistió durante siete años a diversas escuelas dominicales, sólo puede leer palabras fáciles y monosilábicas en los libros elementales; ha oído hablar de los apóstoles, pero no sabe si San Pedro fue uno de ellos o San Juan, en cuyo caso debería tratarse de San Juan Wesley (fundador de los metodistas), etc.» (*ibid.*, p.q. 34,I.58); a su pregunta acerca de quién es Jesucristo, Horne obtuvo, entre otras, las siguientes respuestas: «era Adán»; «era un apóstol»; «era el hijo del Señor del Salvador (*he was the Saviour's Lord's Son*)», y la de un mozo de dieciséis años: «Era un rey de Londres, hace mucho, mucho tiempo».

En Sheffield el comisario Symons hizo leer a los alumnos de las escuelas dominicales; éstos no fueron capaces de decir qué habían leído ni quiénes habían sido los apóstoles acerca de quienes acababan de leer. Después de haberlos interrogado uno por uno sobre los apóstoles, sin obtener una respuesta correcta, un muchachito de aspecto avisado exclamó, con gran seguridad:

«¡Yo lo sé, señor, eran los leprosos!» (Symons, Rept., App. Part. I, págs. E 22 ss.).

Informes similares recibimos de los distritos alfareros y de Lancashire.

Ya vemos qué han hecho la burguesía y el estado en pro de la educación e instrucción de la clase obrera. Por fortuna, las condiciones en las cuales vive esta clase son de tal índole que le proporcionan una instrucción práctica que no sólo sustituye a la hojarasca escolar, sino que también torna inocuas todas las confusas ideas religiosas vinculadas con ella, situando inclusive a los obreros a la cabeza del movimiento nacional de Inglaterra. La necesidad enseña a rezar²⁴ y, lo que es más importante, a pensar y a obrar. El obrero inglés, que apenas si sabe leer y menos aún escribir, sabe no obstante muy bien cuál es su propio interés y el de la nación toda; también sabe cuál es el interés especial de la burguesía y qué debe esperar de ella. Aunque no sepa escribir, sabe hablar y en público; aunque no sepa efectuar cálculos, sabe no obstante realizarlos con conceptos económico-políticos en la medida necesaria como para comprender las intenciones de un burgués que deroga las leyes cerealeras y

24. Traducimos literalmente porque así lo exige el contexto; el proverbio alemán equivale, en rigor, al refrán español «la necesidad tiene cara de hereje».

para refutarlo; aunque no comprenda con claridad los problemas celestiales a pesar de todos los esfuerzos de los sacerdotes, se orienta tanto mejor en cuestiones terrenales, políticas y sociales. Aún volveremos sobre este asunto, y pasamos ahora a considerar la caracterización moral de nuestros obreros.

Resulta bastante claro que la enseñanza de la moral, que en todas las escuelas de Inglaterra se halla unida a la religiosa, no puede tener mejores efectos que ésta. Los principios simples que regulan para el *hombre* la relación del hombre con el hombre —principios estos que ya en virtud de la situación social, de la guerra de todos contra todos, se embrollan horriblemente— han de resultar, en definitiva, oscuros y ajenos al obrero inculco, cuando se los mezcla con incomprensibles dogmas religiosos y se los expone en la forma religiosa de una orden arbitraria y sin fundamentación. Según confesión de todas las autoridades, en especial de la *Children's Employment Commission*, las escuelas no contribuyen casi en nada a la moralidad de la clase laboriosa. En su egoísmo, la burguesía inglesa es tan brutal, tan estúpidamente limitada que ni siquiera se toma el trabajo de inculcar a los obreros la moral actual, una moral que, después de todo, la burguesía armó chapuceraamente en su propio interés y para su propia protección. Hasta esta tarea de velar por sí misma constituye demasiado trabajo para la perezosa y relajada burguesía, hasta eso se le antoja superfluo. Por cierto que llegará el momento en que lamentará demasiado tardíamente su omisión. Pero no debe lamentarse de que los obreros nada sepan de esa moral y no se dejen guiar por ella.

De este modo, la clase que ejerce el poder margina y desampara a los obreros también en el aspecto moral, como en el físico y el intelectual. La única consideración que aún se tiene para con ellos es la ley, que se abate sobre ellos en cuanto se acercan demasiado a la burguesía; como se hace con los animales irracionales, se emplea con ellos *un solo* medio de instrucción: el látigo, la fuerza bruta, que no persuade sino que sólo intimida. Por consiguiente, tampoco cabe sorprenderse de que los obreros, tratados como animales, se conviertan realmente en animales o bien sólo puedan probar, merced al odio más ardiente, en virtud de una continua rebeldía interior contra la burguesía detentadora del poder, la conciencia y el sentimiento de su carácter humano. Sólo son hombres mientras sienten ira contra la clase dominante; se convierten en animales apenas se someten pacientemente al yugo de ésta y sólo tratan de hacerse agradable la vida uncidos al mismo, pero sin pretender quebrar el propio yugo.

Esto es, pues, todo cuanto ha hecho la burguesía en favor de la ins-

trucción de la clase obrera; y si tenemos en cuenta las restantes circunstancias en las que vive esta última, no podremos tomarle a mal, en definitiva, la inquina que abriga contra la clase dominante. La instrucción moral que no se le imparte al obrero en la escuela, tampoco se le ofrece en sus restantes condiciones de vida; cuando menos, no *esa* instrucción moral que tiene alguna vigencia a los ojos de la burguesía. Toda la posición y entorno del obrero lo inclinan de la manera más poderosa hacia la inmoralidad. Es pobre, la vida no tiene encanto para él, le están vedados casi todos los disfrutes, los castigos de la ley ya nada tienen de terrible para él; ¿por qué habrá de avergonzarse de sus deseos, por qué habrá de dejar que los ricos disfruten de sus bienes, en lugar de apropiarse él mismo de una parte de ellos? ¿Qué motivos tiene el proletario para *no* robar? Todo está muy bien y al oído del burgués suena muy agradablemente el que se hable de la «santidad de la propiedad»; pero para quien carece de propiedad, la santidad de la propiedad cesa por sí sola. El dinero es el dios de este mundo. El burgués le quita su dinero al proletario, con lo cual lo convierte en un ateo práctico. No es de sorprenderse entonces de que el proletario acrisole su ateísmo y no respete ya la santidad ni el poder del dios terrenal. Y si la pobreza del proletario se acrecienta hasta la carencia real de los medios de subsistencia más imprescindibles, hasta la miseria y la desocupación aumenta más aún el estímulo para la no observancia de todo orden social. Eso también lo saben los burgueses, en gran parte. Observa Symons^{*36} que la pobreza ejerce sobre el espíritu el mismo efecto disolvente que el alcoholismo sobre el cuerpo, y por último el *sheriff* Alison relata a los poseedores, con total exactitud, cuáles deben ser las consecuencias de la opresión social para los obreros.^{*37} La miseria no le deja al obrero otra opción que morirse lentamente de hambre, darse muerte con rapidez o bien tomar lo que necesite allí donde lo encuentre, o sea, en buen romance, robar. Y por ello no hemos de maravillarnos de que la mayoría prefiera el robo a la muerte por inanición o al suicidio. Por cierto que entre los obreros hay también un número de quienes son lo suficientemente morales como para no robar, inclusive si se los lleva al extremo, y éstos se mueren de hambre o se suicidan. El suicidio, que habitualmente era el envidiable privilegio de las clases altas, también se ha puesto de moda en Inglaterra entre los proletarios y gran cantidad de personas pobres se matan para sustraerse a la miseria, de la cual no saben cómo escapar de otro modo.

*36. *Arts and Artisans*.

*37. *Prin[ciples] of Popu[l]ation* | vol. II, págs. 196, 197.

Pero mucho más desmoralizador aún que la pobreza es el efecto que tiene sobre los obreros ingleses la incertidumbre de su situación vital, la necesidad de vivir al día de su salario, en suma, lo que los convierte en *proletarios*. También nuestros pequeños campesinos en Alemania son en gran medida pobres y a menudo sufren estrecheces, pero dependen menos del azar, por lo menos tienen algo firme. Pero el proletario, que no tiene otra cosa que sus dos manos, que consume hoy lo que ganó ayer, que depende de todas las casualidades posibles, que no posee la menor garantía para su capacidad de ganarse los medios de subsistencia más imprescindibles —cualquier crisis, cualquier capricho de su patrón puede sumirlo en el paro—, se ve en la situación más indignante e inhumana que pueda imaginarse persona alguna. El esclavo por lo menos tiene asegurada su existencia en virtud del egoísmo de su amo, el siervo tiene al menos una parcela de la cual vive, ambos poseen cuando menos una garantía por su sola vida; pero el proletario depende única y exclusivamente de sí mismo, a la vez no está en condiciones de emplear sus fuerzas de modo que pueda contar con ellas. Todo cuanto pueda hacer personalmente el proletario para mejorar su situación, desaparece como una gota en el mar frente a la marea de azares a los que se halla expuesto y sobre los cuales no tiene el menor poder. Es el objeto carente de voluntad de toda suerte posible de combinaciones de circunstancias y aun puede sentirse afortunado si salva siquiera su mera vida por poco tiempo. Y tal como resulta obvio, su carácter y su modo de vida se orientan nuevamente según estas circunstancias. O bien trata de mantenerse a flote en este torbellino, de salvar su humanidad, cosa que a su vez sólo puede hacer en la rebelión^{*38} contra la clase que lo explota tan despiadadamente y luego lo deja librado a su destino, que trata de obligarlo a permanecer en esta situación indigna de un ser humano, contra la burguesía; o bien abandona la lucha contra su situación por considerarla estéril y trata de aprovechar cuanto pueda los momentos favorables. El ahorro de nada le sirve, pues a lo sumo puede reunir cuanto necesita para alimentarse durante algunas semanas, y una vez que queda desocupado esa situación no se limita a algunas semanas. No puede adquirir propiedades, a la larga, y si pudiese dejaría de ser obrero y otro ocuparía su lugar. ¿Qué otra cosa puede hacer entonces que vivir bien cuando obtiene un buen salario? El burgués de Inglaterra se sorprende y escandaliza al máximo por la vida regalada de los obreros durante la época de salarios elevados;

*38. Más adelante veremos que la rebelión del proletariado contra la burguesía en Inglaterra está legitimada por el derecho legal de la libre asociación.

y sin embargo no es sólo absolutamente natural, sino hasta totalmente sensato que esa gente goce de la vida cuando puede hacerlo, en lugar de acumular tesoros que de nada le sirven y que a la postre la polilla y el orín, es decir, los burgueses, volverán a carcomer. Pero una vida semejante resulta desmoralizadora como ninguna otra. Lo que dice Carlyle refiriéndose a los hilanderos de algodón vale para todos los obreros industriales ingleses:

«Para ellos los negocios hoy son florecientes, mañana se agostan, son un continuo juego de azar, y por ello viven también como jugadores, hoy en el lujo, mañana en el hambre. Un negro descontento sedicioso los devora, el sentimiento más miserable que puede anidar en el pecho humano. La industria y el comercio ingleses, con sus convulsiones y fluctuaciones de alcance mundial, con su incommensurable Proteo de vapor, les ha vuelto inseguros todos los senderos, como por hechizo; la sobriedad, la firmeza, la calma paciente, las primeras bendiciones del hombre, les son ajenas... Este mundo no es para ellos una casa hogareña, sino una tenebrosa cárcel llena de ajetreos frenéticos e infructuosos, de rebelión, de rabia, de inquina contra sí mismos y contra todos los hombres. ¿Es un mundo verde y florido, creado y gobernado por un dios, o es un tétrico infierno bullente de humo de vitriolo, polvillo de algodón, turbulencia de aguardiente, ira y tormento de trabajo, creado y gobernado por un demonio?».*³⁹

Y prosigue más adelante, pág. 40:

«Si la injusticia, el no ser fiel a la verdad, al hecho y ordenamiento de la naturaleza son el único mal que hay bajo el sol, y la conciencia de soportar el agravio y la injusticia es el único sentimiento doloroso intolerable, nuestro gran interrogante acerca de la situación de los obreros sería la siguiente: ¿es esto justo? Y ante todo: ¿Qué piensan ellos mismos acerca de la justicia de ese hecho? Sus palabras constituyen respuesta suficiente y sus acciones más aun... La rebeldía, un súbito y vengativo impulso de rebeldía contra las clases superiores, una menor atención prestada a las órdenes de sus superiores seculares, una fe menguante en las enseñanzas de sus superiores espirituales, se convierten cada vez más en el estado de ánimo general de las clases bajas. Este estado de ánimo podrá reprobarse, podrá castigarse, pero todos deben reconocer que existe allí realmente, todos deben saber que es funesto y que, si no se lo modifica, traerá desgracias».

*39. *Chartism*, pág. 34 ss.

Carlyle tiene toda la razón en los hechos y sólo deja de tenerla cuando censura la salvaje pasión de los obreros contra las clases superiores. Por el contrario, esa pasión, esa ira es prueba de que los obreros sienten lo inhumano de su situación, que no quieren dejar que los rebajen al nivel de animales y que alguna vez se han de liberar de su servidumbre con respecto a la burguesía. Pues lo vemos en quienes no comparten esa ira: o bien se someten con humildad al destino que les toca en suerte, viven como honestas personas privadas lo mejor que pueden, no se preocupan por la marcha del mundo, ayudan a la burguesía a forjar más firmemente las cadenas de los obreros y se encuentran en la posición espiritualmente muerta del período preindustrial; o bien se dejan abatir por el destino y juegan con él, pierden también en su interior el firme asidero que ya han perdido exteriormente, viven sin pensar en el mañana, beben aguardiente y persiguen a las muchachas; en ambos casos son animales. Estos últimos también contribuyen en forma principal al «rápido incremento del vicio» que tanto indigna a la burguesía sentimental, luego de que ella misma haya puesto en movimiento las causas que lo engendran.

Otra fuente de desmoralización entre los obreros es la condenación al trabajo. Si la actividad productiva voluntaria es el mayor disfrute que conocemos, en cambio el trabajo forzado es la tortura más atroz y degradante. Nada es más terrible que tener que hacer todos los días, de la mañana a la noche, algo que nos repugna. Y cuanto más humano se sienta el obrero, tanto más odioso deberá parecerle su trabajo porque sentirá la coerción y la falta de objetivo para él mismo que ese trabajo implica. Pues, ¿por qué trabaja? ¿Por el placer de la creación? ¿Por instinto natural? En modo alguno. Trabaja por el dinero, por algo que nada tiene que ver con el propio trabajo, trabaja porque tiene que hacerlo, y por añadidura lo hace durante tanto tiempo y de una manera tan ininterrumpidamente uniforme, que ya por ese solo motivo el trabajo debe convertirse para él, durante las primeras semanas, en una tortura, si aún se siente humano de alguna manera. La división del trabajo aún ha multiplicado los efectos embrutecedores del trabajo forzado en general. En la mayor parte de los oficios, la actividad del obrero se limita a una manipulación mezquina, puramente mecánica, que se repite minuto a minuto y sigue siendo la misma año tras año.^{*40} Quien desde la más tierna infancia haya trabajado doce horas todos los días, y por añadidura haya hecho

*40. ¿También he de dejar que en este caso hablen por mí testimonios de la burguesía? Solamente elegiré uno, que cualquiera puede releer, en Adam Smith, *Wealth of Nations* (edición citada), vol. 3, libro 5, cap. 8, pág. 297.

cabezas de alfiler o limado ruedas dentadas, viviendo además en las condiciones de un proletario inglés, ¿cuántos sentimientos y facultades humanas podrá conservar al cumplir treinta años? Otro tanto ocurre con la introducción de la energía de vapor y de las máquinas. La actividad del obrero se facilita, se economiza el esfuerzo muscular y el propio trabajo se torna insignificante, pero monótono al máximo. Éste no le concede campo para la actividad intelectual, pero al mismo tiempo reclama a tal punto su atención que, a fin de ejecutarlo correctamente, no puede pensar en otra cosa. ¡Y se pretende que estar condenado a un trabajo semejante —un trabajo que reclama todo el tiempo disponible del obrero, que apenas si le deja tiempo para comer y dormir, y ni siquiera para realizar ejercicios físicos al aire libre, para disfrutar de la naturaleza, y menos aún para la actividad intelectual—, se pretende, decíamos que semejante condena no degrade al hombre al nivel del animal! Una vez más al obrero sólo le queda la alternativa de resignarse a su destino, de convertirse en un «buen obrero», de defender «fielmente» los intereses del burgués —en cuyo caso se bestializa con total certeza—, o bien de rebelarse, de luchar por su condición humana mientras sea posible, y eso sólo puede hacerlo en la lucha contra la burguesía.

Y si todas estas causas han engendrado una gran desmoralización entre la clase obrera, se suma una nueva causa para difundir aun más esta desmoralización, para impulsarla hasta su pináculo: la centralización de la población. Los escritores ingleses de la burguesía claman al cielo por los efectos desmoralizadores de las grandes ciudades; estos Jeremías al revés entonan lamentos no por la destrucción de las ciudades, sino por su florecimiento. El *sheriff* Alison lo atribuye casi todo a esta causa, y el doctor Vaughan, autor de un libro intitulado *The Age of Great Cities*, mucho más aun. Y es natural. En las causas restantes que obran destructivamente sobre el cuerpo y el espíritu de los obreros, los intereses de la clase poseedora entran en juego en forma demasiado directa. Si dijese que las causas principales son la pobreza, la incertidumbre de su posición, el exceso de trabajo y el trabajo forzado, cualquiera —y ellos mismos— debería responder: «Pues démosles a los pobres propiedad, garanticémosles su existencia, promulguemos leyes contra el exceso de trabajo», y esas son cosas que la burguesía no debe admitir. Pero las grandes ciudades han crecido así de modo totalmente espontáneo, la gente se ha trasladado a ellas en forma totalmente voluntaria, y la conclusión de que únicamente la industria y la clase media que lucra con ella han creado las grandes ciudades es tan remota, que a la clase dominante debe ocurrírsele, con demasiada facilidad, atribuir todas las desgracias a esta

causa aparentemente inevitable, cuando en realidad las grandes ciudades sólo pueden dar un desarrollo más rápido y maduro a las desdichas que, cuando menos, ya existen en embrión. Alison es, por lo menos, lo suficientemente humanitario como para reconocerlo; no es un burgués totalmente desarrollado, industrial y liberal, sino solamente desarrollado a medias, un burgués de orientación *tory*, y por ello tiene ocasionalmente los ojos abiertos allí donde los verdaderos burgueses son ciegos como topos. Dejemos que él se exprese:

«Es en las grandes ciudades donde el vicio despliega sus tentaciones y la voluptuosidad tiende sus redes, donde la esperanza de impunidad espolea al delito y la pereza se ve estimulada por repetidos ejemplos. Hacia aquí, hacia estos grandes emporios de la corrupción humana, huyen de la sencillez de la vida rural los perversos y los licenciosos, aquí encuentran víctimas para su perversidad y ganancias como retribución por los peligros que corren. La virtud se oculta en las sombras y se reprime, la culpa madura en la dificultad de su descubrimiento, la depravación recibe la recompensa del goce inmediato. Quien recorra por las noches St. Giles, las estrechas y prietas callejuelas de Dublín o los barrios pobres de Glasgow, hallará la confirmación de esto, no se sorprenderá de que en el mundo haya no tanto, sino tan poco delito... La gran causa de la corrupción de las grandes ciudades es la naturaleza contagiosa del mal ejemplo y de la dificultad de evitar la seducción del vicio, si la misma se halla en contacto estrecho y cotidiano con la nueva generación. Los ricos no son mejores *eo ipso*,²⁵ y en la misma situación tampoco ellos pueden resistir la tentación; la desgracia peculiar de los pobres es que necesariamente *deben* toparse por doquier con las seductoras imágenes del vicio y de las tentaciones de placeres prohibidos... La probada imposibilidad de ocultar al sector más joven de los pobres los encantos del vicio en las grandes ciudades es la causa de la desmoralización».

Después de una considerablemente extensa descripción de costumbres, prosigue nuestro autor:

«Todo esto no se debe a una extraordinaria depravación del carácter, sino a la índole casi irresistible de las tentaciones a las cuales se hallan expuestos los pobres. Los ricos, que censuran la conducta de los pobres, cederían con igual presteza a la influencia de causas semejantes. Existe un grado de miseria, un autoimponerse del pecado, a los que la virtud raras veces está en condiciones de enfrentarse, y que sobre todo la juven-

25. Por eso mismo.

tud no suele poder resisitir. El avance del vicio en tales circunstancias es casi tan seguro y a menudo tan rápido como el del contagio físico».

Y en un pasaje posterior:

«Una vez que las clases superiores hayan concentrado a los obreros en grandes masas para su beneficio en un estrecho espacio, el contagio del delito se tornará vertiginosamente rápido e inevitable. Las clases inferiores, si se tiene en cuenta la enseñanza religiosa y moral que reciben hoy en día, a menudo difícilmente pueden ser mayor objeto de reproche por ceder a las tentaciones que las acometen que *por el hecho de caer víctimas de la fiebre tifoidea.*»^{*41}

Pero basta ya. El semiburgués Alison nos revela, aunque con limitada expresión, las graves consecuencias de las grandes ciudades para el desarrollo moral de los obreros. Otro, un burgués completo, un hombre al gusto de la Liga contra las Leyes Cerealeras, el doctor Andrew Ure^{*42} nos revela el otro aspecto. Nos relata que la vida en grandes ciudades facilita las intrigas entre los obreros y confiere poder a la plebe. Si no se educase en ellas a los obreros (es decir, si no se los educase para obedecer a la burguesía), verían las cosas desde un punto de vista unilateral, desde el enfoque de un siniestro egoísmo, y serían fácilmente seducidos por astutos demagogos; más aun, serían capaces de ver a sus *mejores benefactores*, los frugales y emprendedores capitalistas, con ojo envidioso y hostil. En este caso sólo puede servir una buena educación, pues de lo contrario deben producirse la bancarrota nacional y otros horrores, ya que de otro modo no podría dejar de producirse una revolución de los obreros. Y nuestro burgués tiene toda la razón con sus temores. Si bien la centralización de la población tiene un efecto de estímulo y desarrollo sobre las clases poseedoras, impulsa con mucha mayor celeridad aun la evolución de los obreros. Los obreros comienzan a sentirse como una clase en su conjunto, advierten que, a pesar de ser individualmente débiles, unidos constituyen una potencia; se favorece su separación con respecto a la burguesía, la formación de puntos de vista e ideas peculiares de los obreros y de su situación vital, hace su aparición la conciencia de que están oprimidos, y los obreros adquieren significación social y política. Las grandes ciudades constituyen el foco del movi-

*41. [The] *Principles of Population*, vol. II, pág. 76 ss., pág. 135.

*42. *Philosophy of Manufactures*, Londres, 1835.—Aún tendremos que volver a ocuparnos de este esmerado libro. Los pasajes citados pertenecen a la pág. 406 ss.

miento obrero, en ellas los obreros comenzaron por vez primera a reflexionar acerca de su situación y a luchar contra ella, en ellas comenzó a manifestarse por primera vez el antagonismo entre proletariado y burguesía, de ellas emanaron las asociaciones obreras, el cartismo y el socialismo. Las grandes ciudades convirtieron en aguda la enfermedad del cuerpo social, que en el campo se manifiesta en una forma crónica, exponiendo de esa manera la esencia real de la misma y, al mismo tiempo, el modo apropiado de curarla. Sin las grandes ciudades y su influencia impulsora sobre el desarrollo de la inteligencia pública, los obreros aún distarían mucho de haber avanzado tanto como lo han hecho hasta el presente. Aquéllas contribuyeron a esto al destruir las últimas huellas de la relación patriarcal entre obreros y patrones, a lo cual coadyuvó asimismo la gran industria mediante la multiplicación de los obreros dependientes de un solo burgués. Por cierto que la burguesía lo deplora, y tiene razón, pues bajo el imperio de aquella relación el burgués estaba bastante al abrigo de una insurrección de los obreros. Podía explotarlos y dominarlos a su antojo y por añadidura obtenía sumisión, agradecimiento y afecto a cambio por parte de las gentes simples, cuando además de su salario les concedía un poco de amabilidad, que nada le costaba, y acaso algunas pequeñas ventajas, todo lo cual, sumado, se debía en apariencia a pura bondad superflua y altruista, aunque distara mucho aún de llegar a ser la décima parte de su deber. Como burgués individual, situado en relaciones que él mismo no había creado, cumplía cuando menos con su deber en forma parcial, pero como miembro de la clase gobernante, que ya por el mero hecho *de que gobierna* es responsable por la situación de toda la nación y se hace cargo de la salvaguarda del interés general, no hacía nada de cuanto asumía con su posición, sino que, por añadidura, explotaba aún a toda la nación en su propio provecho privado. En la relación patriarcal que encubría hipócritamente la esclavitud de los obreros, el obrero debía permanecer intelectualmente muerto, totalmente ignorante de sus propios intereses, un simple particular. Sólo cuando quedó enajenado de su patrón, cuando se tornó manifiesto que sólo estaba vinculado con éste por el interés privado, que sólo lo estaba por la ganancia de dinero, cuando desapareció por completo ese aparente afecto que no resistió ni la menor prueba, sólo entonces comenzó el obrero a descubrir su posición y sus intereses, y a desarrollarse independientemente; sólo entonces dejó de ser, también en sus pensamientos, en sus sentimientos y en sus manifestaciones volitivas, el esclavo de la burguesía. Y en tal sentido obró principalmente la industria en gran escala, así como las grandes ciudades.

Otro factor que tuvo significativa influencia sobre el carácter de los obreros ingleses fue la inmigración irlandesa, de la cual ya hemos hablado asimismo en este sentido. Por lo demás, como hemos visto, por una parte degradó a los obreros ingleses, desgajándolos de la civilización y empeorando su situación, pero por la otra contribuyó, de esa manera, a profundizar el abismo existente entre los obreros y la burguesía y por ende a acelerar la crisis que se aproxima. Pues el curso de la enfermedad social que padece Inglaterra es el mismo que el de una enfermedad física; se desarrolla conforme a determinadas leyes y tiene sus crisis, la última y más violenta de las cuales decide acerca de la suerte del enfermo. Y puesto que la nación inglesa no puede sucumbir ante esta última crisis, sino que debe emerger de ella renovada y renacida, uno no puede sino regocijarse por todo cuanto la enfermedad lleva a sus consecuencias extremas. Y a ello contribuye también, además, la inmigración irlandesa mediante la índole vivaz y apasionada de los irlandeses, que adquiere carta de ciudadanía en Inglaterra y aporta a la clase obrera inglesa. La relación entre irlandeses e ingleses es, en muchos aspectos, similar a la existente entre franceses y alemanes, y la mezcla del temperamento irlandés, más ligero, irritable y ardiente, con el inglés, tranquilo, paciente y racional, a la larga no puede sino resultar favorable para ambas partes. El crudo egoísmo de la burguesía inglesa se hubiese asentado mucho más en la clase obrera, si no se hubiese sumado el natural irlandés, altanero hasta el desdén y preponderantemente dominado por los sentimientos, atenuando el frío carácter inglés, puramente racional, por fusión racial, de un lado, y por el contacto habitual, del otro.

Después de todo esto no hemos de sorprendernos de que la clase obrera se haya convertido paulatinamente en gente totalmente diferente a la burguesía inglesa. La burguesía tiene mayores afinidades con todas las demás naciones de la tierra que con los obreros que viven en su inmediata vecindad. Los obreros hablan otros dialectos, tienen otras ideas y pensamientos, otras costumbres y principios morales, otra religión y otra política que la burguesía. Se trata de dos pueblos totalmente diferentes, tan diferentes como sólo puede hacerlos la diferencia racial, y de los cuales hasta el presente sólo hemos conocido, en el continente, uno: el de la burguesía. Y sin embargo es precisamente el otro pueblo, el que consta de los proletarios, el con mucho más importante para el futuro de Inglaterra.*⁴³

*43. (1892) Como es sabido, este mismo concepto, en el sentido de que la gran industria ha escindido a los ingleses en dos naciones diferentes, también ha sido desarro-

Aún hemos de hablar más adelante del carácter público de los obreros ingleses, tal como se manifiesta en asociaciones y principios políticos; aquí hemos de mencionar solamente los resultados de las causas que acabamos de reunir, en la medida en que las mismas influyen sobre el carácter privado de los obreros. El obrero es muchísimo más humanitario en la vida corriente que el burgués. Ya he mencionado antes la circunstancia de que los obreros suelen recurrir casi exclusivamente a los obreros, y en general que los obreros hacen más por el sustento de los pobres que la burguesía. Este hecho —que por lo demás puede verse corroborado todos los días— lo confirma también, entre otros, el señor Parkinson, canónigo de Manchester:

«Los pobres se dan más entre sí que lo que les dan los ricos a los pobres. Puedo corroborar mi aseveración mediante el testimonio de uno de nuestros médicos más antiguos, hábiles, observadores y humanitarios, el doctor Bardsley. Este ha declarado públicamente que la suma global que los pobres se dan recíprocamente durante el año, supera la suma aportada por los ricos en el mismo lapso».*⁴⁴

También en general el humanitarismo de los obreros se manifiesta gratamente por doquier. Ellos han experimentado personalmente duras vicisitudes y por eso pueden abrigar sentimientos de compasión por quienes estén en mala situación; para ellos, todo ser humano es un ser humano, mientras que para el burgués el obrero es menos que un ser humano; por eso son más sociables y amistosos, y pese a que necesitan más el dinero que las personas acaudaladas, tienen no obstante menos avidez del mismo, pues que para ellos el dinero sólo posee un valor en función de lo que compran a cambio de él, mientras que para el burgués posee un valor peculiar, inherente, el valor de un dios, convirtiendo así al burgués en el sucio y vulgar «hombre de dinero». El obrero, que no conoce este sentimiento de respeto por el dinero, es por eso menos codicioso que el burgués, que hace todo lo imaginable para ganar dinero, que ve la finalidad de su vida en la acumulación de talegas de dinero. También por ello el obrero es mucho más libre de prejuicios, tiene los ojos mucho más abiertos a los hechos que el burgués y no lo ve todo a través de las

llado en forma aproximadamente simultánea por Disraeli en su novela *Sybil, or the Two Nations* [Sibila, o las dos naciones].

*⁴⁴ *On the present Condition of the Labouring Poor in Manchester etc.* [Acerca de la situación actual de los pobres que trabajan en Manchester, etc.]. *By the Rev. Rd. Parkinson, Canon of Manchester*, 3.^a ed., Londres y Manchester, 1841. Folleto.

gafas del egoísmo. De los prejuicios religiosos lo protege su deficiente educación; no entiende nada de eso y no se afana por ellos, no conoce el fanatismo que confunde a la burguesía, y si llega a tener algo de religión, ésta es sólo nominal, ni siquiera teórica; en la práctica sólo vive para este mundo y trata de afincarse en él. Todos los escritores de la burguesía coinciden en que los obreros no tienen religión y no concurren a la iglesia. En todo caso habría que exceptuar a los irlandeses y a algunas personas de edad, y además a los semiburgueses, a los capataces, supervisores y otros por el estilo. Pero entre la masa se encuentra por doquier una total indiferencia para con la religión y a lo más un poco de deísmo, demasiado poco desarrollado como para poder servir más que para expresiones verbales o para suscitar algo más que un vago horror ante expresiones como *infidel* (infiel) y *atheist*. El clero de todas las sectas goza de pésima reputación entre los obreros, pese a que sólo últimamente ha perdido su influencia sobre éstos; pero en la actualidad es tal que la mera exclamación «he his a parson!» («¡es un cura!») resulta bastante a menudo suficiente para expulsar a un sacerdote de la tribuna en las asambleas públicas. Y así como ocurre ya con la situación vital en general, también la carencia de instrucción religiosa de otra índole contribuye a que los obreros estén más libres de prejuicios, de principios tradicionales estacionarios y de opiniones preconcebidas que lo que lo está el burgués. Éste se halla hundido en sus prejuicios de clase, metido hasta las orejas en los principios que le han sido inculcados desde su infancia; nada puede hacerse con él, que en esencia es conservador, aunque en una forma liberal, sus intereses están imbricados con el orden establecido, y se mantiene inerte frente a cualquier movimiento. Se aparta de la vanguardia del desarrollo histórico, mientras que los obreros ocupan su lugar, primero por derecho y luego también de hecho.

Esto y la consiguiente actividad pública de los obreros, que trataremos con posterioridad, constituyen los aspectos favorables del carácter de esta clase; los aspectos desfavorables se resumen con igual rapidez y surgen con idéntica naturalidad de las causas citadas. El alcoholismo, la carencia de reglas en cuanto a sus relaciones sexuales, la brutalidad y la falta de consideración para con la propiedad son los puntos principales que le reprocha el burgués. Los obreros beben abundantemente y no cabría esperar otra cosa. El *sheriff* Alison afirma que todos los sábados por la noche hay alrededor de treinta mil obreros ebrios en Glasgow, y esta cifra no es, por cierto, muy pequeña que digamos; que en 1830 correspondía, en esa ciudad, una taberna por cada doce casas y que en 1840 era una por cada diez; que en Escocia se pagaron, en 1823, dere-

chos de consumo por 2.300.000 galones de aguardiente, en 1837 por 6.620.000 galones y en Inglaterra, en 1823, por 1.976.000 galones y en 1837 por 7.875.000 galones.*⁴⁵ La Ley Cervecera de 1830; que facilitó la instalación de cervecerías, las así llamadas *jerry-shops* —cuyos propietarios poseen la concesión de vender cerveza *to be drunk on the premises* (para ser tomada en el propio establecimiento)— facilitó asimismo la difusión del alcoholismo, al poner casi la taberna frente a las puertas de cada cual. Casi en todas las calles se encuentran varias de estas cervecerías y cada vez que en el campo hay dos o tres casas juntas es casi seguro que entre ellas se levanta una *jerry-shop*. Además existen también, en grandes cantidades, las *bush-shops*, que son tabernas clandestinas, carentes de concesión, y no menos destilerías de aguardiente que, situadas en medio de las grandes ciudades, en barrios apartados y rara vez visitados por la policía, producen grandes cantidades de esa bebida. Gaskell (*loc. cit.*) estima el número de estas últimas, en Manchester solamente, como superior al centenar y su producción anual en por lo menos 156.000 galones. Además, en Manchester hay más de mil tabernas, esto es por lo menos tantas como en Glasgow en proporción al número de casas. En todas las demás grandes ciudades el panorama es similar. Y si además de las consecuencias habituales del alcoholismo se considera que hombres y mujeres de toda edad, inclusive niños, y a menudo madres con sus pequeños en brazos, alternan aquí con las víctimas del régimen de la burguesía que más profundamente han caído, con ladrones, timadores y muchachas prostituidas, si se tiene en cuenta que más de una madre da de beber aguardiente al lactante que lleva en brazos, habrá que admitir por cierto los efectos desmoralizantes de la concurrencia a tales lugares. Sobre todo los sábados por la noche, cuando se ha abonado el salario y se dan por terminadas las actividades un poco más temprano que de costumbre, cuando toda la clase obrera sale de sus barrios ruinosos para volcarse en las calles principales, puede verse el alcoholismo en toda su brutalidad. Rara vez me ha sucedido salir de Manchester durante alguna de esas noches sin encontrarme con gran cantidad de ebrios tambaleándose o yaciendo en la calle. Los domingos por la noche esta misma escena suele repetirse, aunque menos ruidosamente. Y cuando se les ha acabado el dinero, los bebedores se dirigen a la primera casa de empeños que encuentran, y de las cuales hay buena cantidad en todas las grandes ciudades —en Manchester hay más de sesenta, y en una sola calle de Salford (Chapel-Street), de diez a doce—, y empeñan lo que aún les queda.

*45. [*The*] *Principles* of *Population*, passim.

Muebles, vestimentas domingueras —cuando existen— y vajilla son retirados en enormes cantidades, todos los sábados por la noche, de las casas de empeño, para casi siempre retornar allí antes del miércoles siguiente, hasta que finalmente algún imprevisto imposibilita el rescate y una pieza tras otra caen en poder del usurero, o hasta que éste ya no quiere adelantar ni un solo céntimo sobre la mercancía usada y desgastada. Una vez que uno ha visto con sus propios ojos la difusión del alcoholismo entre los obreros en Inglaterra, cree de buena gana la afirmación de Lord Ashley^{*46} en el sentido de que esa clase gasta anualmente alrededor de veinticinco millones de libras esterlinas en bebidas espirituosas, y cualquiera puede imaginar fácilmente el empeoramiento de las condiciones externas, la terrible perturbación de la salud física y mental, la destrucción de todas las relaciones hogareñas que de ello resulta. Por cierto que las ligas de templanza han hecho mucho, pero ¿qué hacen algunos millares de «*teetotallers*»²⁶ entre tantos millones de obreros? Cuando Father Mathew, el apóstol irlandés de la templanza, recorre las ciudades inglesas, a menudo de treinta a sesenta mil obreros formulan la «pledge» (la promesa), pero cuatro semanas más tarde la mayor parte de ellos ha vuelto a olvidarla. Por ejemplo, si sumamos el número de quienes han formulado, durante los últimos tres o cuatro años, la promesa de abstinencia en Manchester, resulta una cifra superior a la de todos los habitantes de la ciudad... y no obstante no se advierte que disminuya la afición a la bebida.

Junto al desenfreno en el consumo de bebidas espirituosas, también el desenfreno en las relaciones sexuales constituye uno de los vicios principales de muchos obreros ingleses. También éste surge con férrea consecuencia, con ineludible necesidad, de la situación de una clase que queda librada a sí misma, sin poseer los medios necesarios para hacer un uso adecuado de esa libertad. La burguesía sólo les ha dejado esos dos disfrutes, mientras que les ha impuesto una cantidad de esfuerzos y padecimientos, y la consecuencia de ello es que los obreros, para obtener por lo menos algo de la vida, concentran toda su pasión en esos dos placeres, entregándose a ellos en exceso y de la manera más irregular. Si se coloca a la gente en una situación que sólo puede resultar apropiada para un animal, no le queda otro remedio que rebelarse o sucumbir en la bestialidad. Y si por añadidura la propia burguesía contribuye con su buena parte al incremento directo de la prostitución —¿cuántas de las 40.000

*46. Sesión de la Cámara Baja del 28 de febrero de 1843.

26. «Abstemios»

mujeres públicas que colman todas las noches las calles de Londres^{*47} vivan de la virtuosa burguesía?, ¿cuántas de ellas deben a la seducción por parte de algún burgués la circunstancia de tener que ofrecer su cuerpo a los viandantes para poder vivir?—, pues entonces realmente es la que menos derechos tiene de reprochar a los obreros su brutalidad sexual.

En general, todos los defectos de los obreros pueden atribuirse al desenfreno en su afán de placeres, a su falta de previsión y de adaptación al orden social, y en general a su incapacidad de sacrificar un goce momentáneo a alguna ventaja más remota. Pero, ¿cómo cabe sorprenderse de ello? Una clase que sólo puede adquirir pocos disfrutes, y solamente los más sensuales, a cambio de su duro trabajo, ¿no ha de lanzarse, ciega y enloquecida, sobre esos placeres? Una clase por cuya instrucción nadie se preocupa, que se halla sometida a todos los azares posibles, que no conoce seguridad alguna en su situación vital, ¿qué interés puede tener en ejercer la previsión, en llevar una vida «formal» y, en lugar de gozar de los favores del instante, en pensar en un disfrute más remoto, muy incierto aún precisamente para *ella*, sometida a una situación eternamente fluctuante y precaria? ¿Puede exigirse aún a una clase que debe soportar todas las desventajas del orden social sin disfrutar de sus ventajas, a una clase a la cual ese orden social sólo se le manifiesta como hostil, que respete ese mismo orden social? Esto es realmente demasiado. Pero la clase obrera no puede sustraerse al orden social mientras éste subsista, y cuando el obrero individual se alza contra ella se abate sobre él el mayor perjuicio. Así, por ejemplo, el orden social imposibilita casi al obrero una vida familiar; una casa inhabitable y sucia, apenas si suficiente como albergue nocturno, mal amueblada y que a menudo tiene goteras y no está caldeada, una atmósfera húmeda en una habitación colmada de personas no permite vida de hogar alguna; el marido trabaja todo el día, y acaso también la mujer y los hijos mayores, todos ellos en lugares diferentes, sólo se ven al amanecer y por la noche, y a ello se suma la constante tentación de beber aguardiente; ¿cómo puede existir así una vida de familia? Sin embargo, el obrero no puede sustraerse a la familia, debe vivir en ella, y la consecuencia de esto la constituyen continuas desintegraciones familiares y reyertas domésticas, que actúan desmoralizadamente en sumo grado tanto sobre los cónyuges como, en especial, sobre sus hijos. El descuido de todos los deberes hogareños, en especial el desamparo de los hijos, es más que frecuente entre los obreros ingleses y lo provocan, con harta frecuencia, las instituciones

*47. *Sheriff Alison*, [*The*] *Principles*] of *Population*, vol. II.

existentes de la sociedad. Y los hijos que de este modo crecen sin educación, dentro de ese entorno desmoralizador al cual bastante a menudo pertenecen sus propios padres, ¿han de llegar a ser luego primorosamente morales? Las exigencias formuladas al obrero por el burgués satisfecho de sí mismo son, en realidad, demasiado ingenuas.

La no observancia del orden social se manifiesta con la mayor claridad en su expresión extrema, en el delito. Cuando las causas que desmoralizan al obrero actúan en forma más intensa y concentrada que lo habitual, éste se convierte en un delincuente con la misma certeza con que, a 80 grados Réaumur, el agua pasa del estado de agregación líquido al gaseoso. El tratamiento brutal y brutalizante de la burguesía convierte al obrero precisamente en un objeto tan carente de voluntad como el agua y está sometido, exactamente con la misma necesidad, a las leyes de la naturaleza; llegado a cierto punto, en él cesa toda libertad. Por ello, con la expansión del proletariado también ha aumentado la delincuencia en Inglaterra y la nación británica se ha convertido en la de mayor criminalidad del mundo. De las «tablas de criminalidad» anualmente publicadas por el Ministerio del Interior se desprende que en Inglaterra el incremento del delito se ha producido con inconcebible celeridad. El número de detenciones practicadas por delitos *graves* ascendió

en 1805	a	4.605
en 1810	a	5.146
en 1815	a	7.818
en 1820	a	13.710
en 1825	a	14.437
en 1830	a	18.107
en 1835	a	20.731
en 1840	a	27.187
en 1841	a	27.760
en 1842	a	31.309

en Inglaterra y Gales solamente; vale decir que, en 37 años, las detenciones se septuplicaron. De estas detenciones corresponden, solamente a Lancashire y en 1842, 4.497, es decir más del 14%, y a Middlesex (inclusive Londres), 4.094, es decir más del 13%. Vemos así que dos distritos que engloban grandes ciudades con mucho proletariado proveen, por sí solos, más de la cuarta parte de todos los delitos, pese a que su población global dista mucho de ascender a la cuarta parte de la de

todo el país. Las tablas de criminalidad también demuestran directamente que casi todos los delitos corresponden al proletariado, pues en 1842 de cada 100 delincuentes, por término medio, 32,35 no sabían leer ni escribir, 58,32 leían y escribían en forma imperfecta, 6,77 leían y escribían correctamente, 0,22 habían disfrutado una instrucción aun superior, no pudiéndose indicar el grado de instrucción de 2,34. En Escocia, el delito aumentó mucho más rápidamente todavía. Allí sólo se habían practicado 89 arrestos criminales en 1819, mientras que en 1837 ya habían sido 3.176, y en 1842 inclusive 4.189. En Lanarkshire, donde el propio *sheriff* Alison redactó el informe oficial, la población se duplicó en 30 años, mientras que el delito lo hizo cada 5 1/2 años, es decir que aumentó seis veces más rápidamente que la población.²⁷ Al igual que en todos los países civilizados, los propios delitos son, en una proporción abrumadora, delitos contra la propiedad, es decir delitos que tienen su origen en carencias de tal o cual índole, pues nadie roba lo que tiene. La relación entre el delito contra la propiedad y el número de habitantes, que en los Países Bajos es de 1: 7.140 y en Francia de 1: 1.804; era en Inglaterra, en la época en que Gaskell escribió su libro, de 1: 799; la relación entre delitos contra personas y número de habitantes era, en los Países Bajos, de 1: 28.904, en Francia de 1: 17.573 y en Inglaterra de 1: 23.395; la relación entre el delito en general y el número de habitantes era, en los distritos agrícolas, de 1: 1.043, en los distritos fabriles de 1: 840;^{*48} en toda Inglaterra, la proporción *apenas* alcanza ahora a 1: 660;^{*49} y sólo han transcurrido diez años desde la aparición del libro de Gaskell!

En verdad, estos hechos son más que suficientes para llevar a cualquiera, inclusive a un burgués, a tomar conciencia y a la reflexión acerca de las consecuencias de semejante estado. Si la desmoralización y los delitos siguen acrecentándose aún durante veinte años en esa medida —y si durante esos veinte años la industria inglesa es menos afortunada que hasta el presente, la progresión del delito debe acelerarse más aun— ¿cuál será entonces el resultado? Ya estamos viendo actualmente a la sociedad en plena disolución; no podemos tomar en nuestras manos un periódico sin tener que enterarnos, a través de los hechos más contundentes, del aflojamiento de todos los lazos sociales. Tomo al azar alguno

*48. [*The*] *Manuf[acturing] Popul[ation] of Engl[and]*, cap. 10.

*49. Número de delincuentes *convictos* (22.733) dividido por el número de habitantes (alrededor de 15 millones).

27. Debería decir: «casi 5,5 veces más rápidamente que la población».

de entre el montón de periódicos ingleses que tengo frente a mí; he aquí un *Manchester Guardian* (del 30 de octubre de 1844) que informa acerca de tres días; ya ni siquiera se toma la molestia de dar noticias precisas sobre Manchester, limitándose a narrar los casos más interesantes; el de que los obreros de una fábrica detuvieron sus tareas para lograr un salario más elevado y que el juez de paz los obligó a reemprenderlas; que en Salford unos muchachos cometieron robos y que un comerciante en bancarrota quiso estafar a sus acreedores. Las noticias provenientes de las localidades circunvecinas son más detalladas; en Ashton, dos hurtos, un robo con fractura y un suicidio, en Bury un hurto, en Bolton dos hurtos, dos defraudaciones al impuesto al consumo, en Leigh un hurto, en Oldham una interrupción del trabajo por causas salariales, un hurto, una riña entre irlandeses, un sombrerero no perteneciente a la asociación obrera maltratado por integrantes de la misma, una madre golpeada por su hijo, en Rochdale una serie de riñas, un ataque a la policía, un robo de una iglesia, en Stockport descontento de los obreros por su salario, un hurto, una estafa, una riña, un hombre que maltrata a su mujer, en Warrington un hurto y una riña, en Wigan un hurto y un robo de una iglesia. Los informes de los periódicos londinenses son mucho peores aun; estafas, hurtos, robos, reyertas familiares se acumulan unos tras otros; justamente cae en mis manos un *Times* (del 12 de setiembre de 1844) que sólo informa de los acontecimientos ocurridos *un sólo* día y que relata un hurto, un ataque a la policía, una condena por alimentos contra el padre de un hijo ilegítimo, la exposición de un niño por sus padres y el envenenamiento de un hombre por parte de su esposa. En todos los periódicos ingleses pueden hallarse noticias similares. En este país la guerra social ha estallado por completo; cada cual responde por sí mismo y lucha por sí mismo contra todos los demás, y el que le infiera o no un daño a todos los demás, que son sus enemigos declarados, sólo depende de un cálculo egoísta acerca de qué le resulta más ventajoso. A nadie se le ocurre ya entenderse con su prójimo por la vía pacífica; todas las diferencias se zanján mediante amenazas, la justicia por mano propia o los tribunales. En suma, cada cual ve en su prójimo a un enemigo a quien debe quitar de su camino, o a lo sumo a un medio que debe explotar para sus propios fines. Y esta guerra, tal como lo demuestran las tablas de criminalidad, se torna más violenta, apasionada e implacable año tras año; los enemigos se van dividiendo paulatinamente en dos grandes bandos que disputan entre sí: la burguesía de un lado y el proletariado del otro. Esta guerra de todos contra todos y del proletariado contra la burguesía no debe sorprendernos, pues sólo es el desarro-

llo consecuente del principio contenido ya en la libre competencia; pero lo que sí debe sorprendernos es que la burguesía, sobre la cual se ciernen a diario nuevas y amenazadoras nubes de tormenta, permanezca a todo esto tan tranquila y serena, que pueda leer a diario estas cosas en los periódicos sin sentir no digamos indignación a causa de la situación social, sino siquiera temor por sus consecuencias, por un estallido generalizado de lo que se manifiesta en forma aislada en el delito. Pero para eso es, precisamente, burguesía, y desde su punto de mira ni siquiera puede advertir los hechos, con que menos aún sus consecuencias. Lo único digno de asombro es que los prejuicios de clase y las opiniones preconcebidas inculcadas a machamartillo pueden azotar a toda una clase de seres humanos con un grado de ceguera tan elevado y quisiera decir tan monstruoso. Sin embargo, el desarrollo de la nación prosigue su curso, lo vean o no los burgueses, y una buena mañana sorprenderá a la clase poseedora con cosas con las que ni siquiera sueñan sus representantes más avisados.

LOS DIFERENTES RAMOS DE ACTIVIDAD

Los obreros fabriles en sentido estricto

Si hemos de entrar a considerar ahora con mayor detalle los distintos ramos relativamente importantes del proletariado industrial inglés, tendremos que comenzar, de acuerdo con el principio anteriormente establecido (pág. 274), por los obreros fabriles, es decir por los que se hallan sujetos a la Ley de Fábricas. Esta ley reglamenta el tiempo de trabajo en las fábricas en las que se hilan o tejen la lana, la seda, el algodón y el lino, con ayuda de la energía hidráulica o de vapor, por lo cual se extiende a los ramos más importantes de la industria inglesa. La clase que vive de ellos es la más numerosa, antigua, inteligente y enérgica, y por ello también la más inquieta y la más odiada por la burguesía, del conjunto de los obreros ingleses; esta clase, y en especial los obreros de las fábricas de algodón, se hallan al frente del movimiento obrero, tal como sus patrones, los fabricantes, y en especial los de Lancashire, se hallan al frente de la agitación de la burguesía.

Ya vimos en la Introducción cómo solamente las nuevas máquinas arrancaron de las condiciones imperantes hasta ese entonces a la población que trabajaba en los artículos referidos. De ahí que no deba sorprendernos que también el progreso de las invenciones mecánicas los afectase precisamente a ellos, años más tarde, con la mayor intensidad y persistencia. La historia de la fabricación del algodón, tal como la leemos en Ure,^{*50} Baines,^{*51} y otros relata nuevas mejoras en cada una de sus páginas, y en los restantes ramos industriales nombrados también adquirieron carta de ciudadanía la mayor parte de aquéllas. Casi por doquier se ha sustituido

*50. *The Cotton Manufacture of Great Britain* [La manufactura algodonera de Gran Bretaña]. By Dr. A. Ure. 1836.

*51. *History of the Cotton Manufacture in Great Britain* [Historia de la manufactura algodonera en Gran Bretaña]. By E. Baines, Esq.

el trabajo manual por el trabajo de las máquinas, casi todas las manipulaciones se efectúan mediante energía hidráulica o de vapor y cada año aporta nuevas mejoras.

En una situación social ordenada, esta clase de mejoras serían satisfactorias; pero en un estado de guerra de todos contra todos, algunos se adueñan de las ventajas, con lo cual despojan a la mayoría de sus medios de existencia. Cada mejora de las maquinarias deja obreros desocupados y, cuanto más importante sea la mejora, tanto más numerosa se torna la clase que ha quedado desocupada; en consecuencia, cada una de ellas produce en un número de obreros los efectos de una crisis comercial, engendrando necesidades, miseria y crímenes. Tomemos algunos ejemplos. Puesto que ya el primer invento, la *jenny* (véase antes), impulsada por *un solo* obrero, producía por lo menos el séxtuplo de lo que podía producir la rueca en igual lapso, cada nueva *jenny* dejaba cinco hilanderos desocupados. La *throstle*, que a su vez producía considerablemente más que la *jenny*, y que asimismo sólo requería un obrero, dejó más desocupados aún. La *mule*, que aún requería menor número de obreros en relación al producto, tuvo el mismo efecto, y cada mejora de la *mule*, vale decir cada aumento del número de husos de la *mule*, reducía a su vez el número de obreros necesarios. Pero este aumento del número de husos de la *mule* es tan importante, que el mismo dejó legiones enteras de obreros desocupados; pues si antes un «hilandero» con algunos niños (*piecers*) ponía en movimiento 600 husos, ahora podía supervisar de 1.400 a 2.000 husos en dos mules, con lo cual quedaban desocupados dos hilanderos adultos y una parte de los *piecers* que aquéllos ocupaban. Y desde que una parte muy considerable de las hilanderías *mule* introdujeron los *self-actors*, se ha eliminado por completo el papel del hilandero, que ahora desempeña la máquina. Tengo ante mí un libro^{*52} debido al reconocido jefe de los cartistas de Manchester, James Leach. Este hombre ha trabajado durante muchos años en diversos ramos de la industria, en fábricas y minas de carbón, y lo conozco personalmente como una persona cabal, activa y digna de fe. Dada su posición partidaria, disponía de los más amplios detalles acerca de las diversas fábricas, recopilados por los propios obreros; este autor nos ofrece cuadros de los cuales se desprende que, en 1829, se hallaban empleados en

*52. «*Stubborn Facts from the Factories*», by a Manchester Operative. Published and dedicated to the working Classes [Hechos innegables de las fábricas, de un obrero fabril de Manchester. Publicados y dedicados a las clases laboriosas] by Wm. Rashleigh, M.P. Londres, Ollivier, 1844, págs. 28 ss.

35 fábricas 1.083 hilanderos *mule* más que en 1841, pese a que el número de husos en esas 35 fábricas se ha incrementado en 99.429. Cita 5 fábricas en las cuales ya no queda hilandero alguno, ya que esas fábricas sólo poseen *self-actors*. Mientras que el número de husos ha aumentado en un 10 %, el número de hilanderos se ha reducido en más del 60 %. Y desde 1841, añade Leach, se han introducido tantas mejoras por duplicación de la hilera de husos (*double decking*) y otras, que en algunas de las fábricas mencionadas han vuelto a despedirse, desde 1841, la mitad de los hilanderos; solamente en una fábrica en la cual hace poco había 80 hilanderos, han quedado 20, habiéndose despedido a los demás o encomendándoseles tareas infantiles por un salario infantil. Algo similar informa Leach de Stockport, donde en 1835 había 800 hilanderos ocupados, que en 1843 se habían reducido sólo a 140, pese a que durante los últimos 8 a 9 años la industria de Stockport aumentó considerablemente. En la máquina de cardar se han introducido ahora mejoras similares, con lo cual la mitad de los obreros queda desocupada. En una fábrica se han instalado telares mejorados para tejido doble, que han dejado cuatro muchachas desocupadas de las ocho que trabajaban en ellos; además, el fabricante rebajó el salario de las cuatro restantes de 8 a 7 chelines. Algo similar ha ocurrido con la tejeduría. El telar mecánico se ha apoderado, uno tras otro, de todos los ramos de la tejeduría manual, y puesto que produce mucho más que el telar manual y que un obrero puede vigilar dos telares mecánicos, también en este terreno han quedado desocupados gran cantidad de obreros. Y otro tanto ocurre en todos los tipos de fabricación, en la hilandería de lino y de lana, en el tramado de la seda; inclusive el telar mecánico comienza a apoderarse de algunos ramos de la tejeduría de la lana y del lino; en Rochdale solamente, hay más telares mecánicos que manuales ocupados en la tejeduría de franela y de la lana en general. A esto la burguesía suele replicar que las mejoras de las máquinas, al reducir los precios de producción, suministran la mercancía terminada a más bajo precio, y que en virtud de ese precio más bajo se origina tal incremento del consumo que los obreros que han quedado desocupados pronto vuelven a encontrar plena ocupación en las nuevas fábricas que surgen. Por cierto que sí; la burguesía tiene toda la razón al afirmar que, bajo determinadas condiciones, ventajosas para el desarrollo industrial general, cualquier rebaja en el precio de las mercancías cuyas materias primas cuestan poco, acrecienta mucho el consumo y engendra la instalación de nuevas fábricas; pero, por lo demás, cada una de las palabras de su afirmación constituye una mentira. Esa aseveración no toma en cuenta para nada la circuns-

tancia de que demora años hasta que se producen estas consecuencias de la rebaja de precios, hasta que se han construido las nuevas fábricas; calla el hecho de que todos los perfeccionamientos de la máquina cargan cada vez más sobre ésta la tarea fatigosa, convirtiendo de ese modo la labor de hombres adultos en mera supervisión, que igualmente pueden efectuar una débil mujer o hasta un niño, y que de hecho lo efectúan por la mitad o un tercio del salario; por consiguiente, que los hombres adultos resultan cada vez más desplazados de la industria y que la fabricación incrementada *no vuelve a ocuparlos ya*; silencia el hecho de que, de ese modo, ramos íntegros de actividad desaparecen o se modifican a tal punto que hay que volver a aprenderlos, y se cuida mucho de confesar aquí lo que habitualmente repite con machacona insistencia cuando se trata de prohibir el trabajo de niños de corta edad: que es menester aprender el trabajo fabril desde la más temprana infancia, y antes de cumplir los diez años, para poder aprenderlo correctamente (cf. por ejemplo *Factories Inq. Comm. Rept.*, en diversos pasajes); omite decir que el proceso del mejoramiento de las máquinas transcurre en forma continua, y que incluso de ser verdadera la afirmación en el sentido de que el obrero vuelve a afincarse en un nuevo ramo del trabajo, pronto volvería a quitarle también éste y, con ello, lo privaría del último resto de seguridad en su posición en la vida que aún le quedara. Pero la burguesía obtiene las ventajas del mejoramiento de la maquinaria: durante los primeros años, cuando aún hay muchas máquinas viejas que siguen funcionando y la mejora aún no se ha impuesto en forma generalizada, tiene la mejor de las ocasiones para acumular dinero y sería demasiado pedir el exigirle que tuviese en cuenta asimismo las desventajas de las máquinas mejoradas.

La burguesía ha combatido asimismo con vehemencia la afirmación de que las máquinas perfeccionadas deprimen el salario, mientras que los obreros han venido sosteniéndolo de continuo. La burguesía insiste en que, pese a que con el facilitamiento de la producción se ha reducido el salario por pieza, en cambio el salario semanal en general habría aumentado antes que disminuido, y en que la situación de los obreros habría mejorado en lugar de empeorar. Es difícil llegar al fondo de la cuestión, ya que los obreros se remiten mayormente a la caída del salario por pieza; con todo, lo que es seguro es que la maquinaria también ha rebajado el salario semanal en diversos ramos del trabajo. Los así llamados hilanderos finos (que hilan hilado fino de *mule*) perciben, con todo, un salario elevado, de 30 a 40 chelines por semana, porque poseen una poderosa asociación para mantener elevada la retribución por el hilado y porque

su trabajo debe aprenderse con dificultades; en cambio los hilanderos gruesos, quienes deben competir contra las máquinas automáticas que no resultan aplicables para el hilado fino (*self-actors*) y cuya asociación perdió fuerza a causa de la introducción de estas máquinas, tienen en cambio un salario muy bajo. Un hiladero de *mule* me ha dicho que no ganaba más de 14 chelines semanales, concordando con ello los testimonios de Leach, según los cuales en diversas fábricas los hilanderos gruesos ganan por debajo de los 16 1/2 chelines semanales, y que un hiladero que hace tres años ganaba 30 chelines, ahora apenas si logra reunir 12 1/2 chelines, sin que tampoco haya ganado durante el último años más en promedio. Es verdad que el salario de mujeres y niños puede haberse reducido menos, pero ello sólo ocurre porque no era elevado desde un comienzo. Conozco varias mujeres viudas y con hijos, quienes ganan bastante trabajosamente de 8 a 9 chelines semanales, y cualquiera que conozca los precios de los artículos de primera necesidad en Inglaterra deberá concederme que ello no basta para vivir decentemente con su familia. Pero el testimonio *unánime* de todos los obreros es que el salario ha sido deprimido, en general, por las maquinarias perfeccionadas; y en cualquier asamblea obrera en los distritos fabriles puede oírse que la afirmación de la burguesía fabril en el sentido de que la situación de las clases trabajadoras habría mejorado en virtud de la fabricación mecánica es desmentida con la mayor intensidad por esa propia clase. Y aún *si* fuese verdad que sólo ha disminuido el salario relativo, el salario por pieza, permaneciendo estancado el salario absoluto, la suma de lo que se gana semanalmente, ¿qué se desprende de ello? Que los obreros han tenido que contemplar tranquilamente cómo los señores fabricantes se han llenado sus bolsas, obteniendo provecho de todas las mejoras, sin cederles a ellos ni siquiera la menor parte de ello. Cuando lucha contra los obreros, la burguesía olvida hasta los principios más ordinarios de su propia economía nacional. Ella, que habitualmente está afiliada a las ideas de Malthus, objeta, en su temor, a los obreros: ¿cómo sin la maquinaria hubiesen podido encontrar trabajo los muchos millones en que se incrementó la población de Inglaterra?^{*53} ¡Tonterías, como si la propia burguesía no supiese suficientemente que sin esas máquinas y el auge industrial provocado por las mismas, esos «millones» ni siquiera se hubiesen engendrado y crecido! Para lo que les ha servido la maquinaria a los obreros es, simplemente, para *esto*: para hacerles comprender la necesidad de una reforma social, en virtud de la cual las máquinas ya

*53. Tal lo que pregunta, por ejemplo, el señor Symons en *Arts and Artisans*.

no trabajen *contra* los obreros, sino *para* ellos. Que pregunten los sabios señores burgueses a las gentes que barren las calles en Manchester y en otras partes (cosa que ciertamente pertenece ahora al pasado, ya que también para esto se han inventado e introducido máquinas), o que venden sal, cerillas, naranjas y cordones para zapatos en las calles, o que deben mendigar, qué eran antes, y la respuesta de muchos de ellos será: obreros fabriles que han quedado desocupados por la maquinaria. Las consecuencias de los perfeccionamientos de las máquinas para el obrero sólo son desfavorables, y a menudo opresivas en grado extremo, en las condiciones sociales actuales; cada nueva máquina trae desocupación, miseria y necesidades, y en un país como Inglaterra, donde ya sin ello hay casi siempre «población excedente», el despido del trabajo es, en la mayoría de los casos, lo peor que puede sucederle al obrero. Y aún haciendo abstracción de ello, ¡qué influencia debilitante y enervante debe ejercer esta incertidumbre en la posición social, que surge del incesante progreso de la maquinaria y, con ella, de la desocupación, sobre los obreros que, ya sin ello, se encuentran en una posición vacilante! Para sustraerse a la desesperación, también en este caso se le abren al obrero dos caminos: la rebelión interna y externa contra la burguesía... o la bebida, y el desorden en general. Y los obreros ingleses suelen refugiarse en ambos. La historia del proletariado inglés relata centenares de casos de amotinamientos contra las máquinas y la burguesía en general, y de los desórdenes ya hemos hablado. Obviamente, estos mismos también son sólo otra forma de la desesperación.

Quienes más oprimidos viven son los obreros que deben competir contra una máquina que se está abriendo camino. El precio del artículo que fabrican se rige por el del mismo producto fabricado por la máquina y, puesto que ésta trabaja de una manera más barata, el obrero que compite con ella tiene el peor salario. Esta situación se produce en el caso de cualquier obrero que trabaje en una máquina antigua que se halle en competencia con máquinas posteriores y perfeccionadas. Naturalmente, ¿quién otro habría de sufrir los daños? El fabricante no quiere desechar su máquina, ni tampoco quiere sufrir los perjuicios; no puede apelar a la máquina inerte y por consiguiente se atiene al obrero viviente, el chivo expiatorio general de la sociedad. De estos obreros que compiten contra las máquinas, los más maltratados son los tejedores manuales de la industria algodonera. Estas gentes perciben el salario más reducido y aún con trabajo pleno no están en condiciones de ganar más de 10 chelines semanales. El telar mecánico les va disputando un género de tejeduría tras otro y además la tejeduría manual es el último refugio de todos los

obreros que han quedado desocupados en otros ramos, de modo que siempre se halla colmada. De ahí que, en períodos normales, el tejedor manual se considere dichoso si puede ganar de 6 a 7 chelines por semana, y aún para alcanzar esta suma debe estar sentado de 14 a 18 horas diarias detrás de su telar. Por lo demás, la mayoría de los tejidos requieren un local de trabajo húmedo para que el hilo de la trama no se corte a cada instante y, en parte por esa razón y en parte porque la pobreza de los trabajadores no les permite pagarse una vivienda mejor, los talleres de los tejedores manuales carecen mayormente de pisos de tablas o entarugados. He estado en muchas viviendas de tejedores manuales, en patios y callejuelas malos y ubicados a trasmano, habitualmente en sótanos. A menudo media docena de estos tejedores manuales, algunos de los cuales estaban casados, vivían juntos en un solo *cottage*, que disponía de uno o dos cuartos de trabajo y de un gran dormitorio para todos ellos. Su alimento consiste casi exclusivamente en patatas, quizás algo de papilla de avena, rara vez leche y casi nunca carne; gran número de ellos son irlandeses o de procedencia irlandesa. ¡Y estos pobres tejedores manuales, los primeros a quienes alcanzan todas las crisis y los últimos que se liberan de ellas, deben servir de apoyo a la burguesía para poder resistir los ataques al sistema fabril! ¡Mirad, exclama triunfante la burguesía, mirad cómo estos pobres tejedores deben vivir en la indigencia, mientras que a los obreros de las fábricas les va bien, y *sólo después* juzgad acerca del sistema fabril!*⁵⁴ ¡Como si no hubiesen sido precisamente el sistema fabril y la correspondiente maquinaria los que tan profunda e ignominiosamente han deprimido al tejedor manual, y como si la propia burguesía no lo supiese tan bien como nosotros! Pero la burguesía es interesada y entonces no repara en mentiras e hipocresías.

Examinemos un poco más de cerca un hecho: el de que la maquinaria desplaza cada vez más el trabajo del obrero adulto de sexo masculino. El trabajo en las máquinas, tanto en el hilado como en el tejido, consiste principalmente en anudar hilos cortados, puesto que la máquina hace todo lo demás; este trabajo no requiere fuerza, pero sí una mayor agilidad de los dedos. Por eso, los hombres no sólo son innecesarios para él, sino que, en razón del mayor desarrollo muscular y óseo de sus manos, hasta son menos apropiados para él que las mujeres y los niños, y así es natural que resulten desplazados casi por completo de esta clase de tarea. En consecuencia, cuanto más se desplaza la actividad de los brazos, el esfuerzo físico, hacia la energía hidráulica o de vapor en virtud de la in-

*54. Por ejemplo el Dr. Ure en *Philosophy of Manuf{actures}*.

troducción de máquinas, tanto menor número de hombres necesita ocuparse, y puesto que ya de por sí las mujeres y los niños son más baratos y, como ya se ha dicho, trabajan mejor que los hombres en estos ramos del trabajo, es a ellos a quienes se ocupa. En las hilanderías sólo se hallan mujeres y muchachas en los *throstles*, mientras que en las *mules* se encuentra un hilandero, un hombre adulto (ausente en los *self-actors*), y varios *piecers* para anudar los hilos, mayormente niños y mujeres, a veces hombres jóvenes de 18 a 20 años, ocasionalmente algún hilandero viejo, que ha quedado desocupado.*⁵⁵ En los telares mecánicos trabajan mayormente mujeres de 15 a 20 años y más, y también algunos hombres, pero que rara vez permanecen en esta ocupación más allá de los 21 años. En las máquinas de preparación del hilado también se encuentran solamente mujeres, aunque asimismo algunos hombres para afilar y limpiar las máquinas cardadoras. Además de todos éstos, las fábricas ocupan a un número de niños para colocar y devanar las bobinas (*doffers*) y algunos hombres adultos como supervisores en los cuartos de trabajo, un mecánico y un maquinista para la máquina de vapor, así como un carpintero, un portero, etcétera. Pero el trabajo propiamente dicho lo realizan las mujeres y los niños. Los fabricantes niegan también esto y el año anterior han publicado significativos cuadros que pretendían demostrar que las máquinas no desplazan a los hombres. De esos cuadros surge que, de todos los obreros fabriles, poco más de la mitad (el 52 por ciento) es de sexo femenino y aproximadamente el 48 por ciento es de sexo masculino, y que de esos obreros más de la mitad eran mayores de 18 años. Hasta aquí todo está bastante bien. Pero los señores fabricantes se cuidaron mucho de decirnos cuántos de los adultos eran de sexo masculino y cuántos de sexo femenino. Y precisamente ahí está el punto importante. Ya de por sí es obvio que también han contado a los mecánicos, carpinteros y todos los hombres adultos vinculados de alguna manera con sus fábricas, acaso inclusive escribientes, etcétera, y sin embargo no tienen el valor de expresar la situación completa. En general, esos datos hormiguean de falsedades y de conceptos equívocos y tergiversados, de cálculos medios que demuestran mucho para quien no esté al tanto y

*55. «El estado de cosas en relación con el salario es actualmente muy envejecido en algunos ramos de la fabricación algodonera en Lancashire; hay centenares de hombres jóvenes, entre 20 y 30 años, ocupados como *piecers* o en otras actividades, quienes no perciben más de 8 o 9 chelines semanales, mientras que bajo el mismo techo hay niños de 13 años que ganan 5 chelines semanales y muchachas jóvenes de entre 16 y 20 años que ganan de 10 a 12 chelines por semana.» Informe del inspector de fábricas L. Horner, Octubre de 1844.

nada para quien sí lo esté, de ocultamientos precisamente de los puntos más importantes, y sólo demuestran el enmascaramiento y la deshonestidad egoístas de esos fabricantes. Del discurso en la Cámara Baja con el cual Lord Ashley presentó, el 15 de marzo de 1844, la moción de las diez horas, extraeremos algunos datos acerca de la proporción de sexos y edades no refutados por los fabricantes, cuyos datos, ya de por sí, sólo se refieren a una parte de la industria fabril inglesa. De los 419.590²⁸ obreros fabriles del Imperio Británico (1839), 192.887, es decir casi la mitad, eran menores de 18 años y 242.296 de sexo femenino, de los cuales 112.192 eran menores de 18 años. En consecuencia restan 80.695 obreros varones menores de 18 años y 96.599²⁹ obreros varones adultos, o un 23 por ciento, es decir que *no llegan a una cuarta parte* del número total. En las fábricas de algodón pertenecían al sexo femenino el 56 1/4 por ciento de todos los obreros, en las fábricas de lana el 69 1/2 por ciento, en las fábricas de seda el 70 1/2 por ciento y en las hilanderías de lino el 70 1/2 por ciento. Estos guarismos son suficientes para demostrar el desplazamiento de los obreros adultos del sexo masculino. Pero no hace falta más que ir a la primera fábrica que a uno se le ocurra para ver la confirmación de esto. De ello surge entonces necesariamente esa subversión del orden social establecido, la cual, precisamente por ser forzada, tiene las consecuencias más funestas para los obreros. Antes que nada, el trabajo de las mujeres disuelve por completo la familia; pues si la mujer pasa de 12 a 13 horas diarias en la fábrica y el marido trabaja en el mismo o en otro lugar, ¿qué ha de ser de los hijos? Estos se crían salvajemente, como la maleza, son entregados para su cuidado abonando por ello un chelín o un chelín y medio a la semana, y resulta imaginable el tratamiento que allí se les dispensa. Por eso también aumentan en los distritos fabriles los accidentes de los cuales caen víctimas los niños pequeños por falta de vigilancia, de una manera horrorosa. Las listas de los funcionarios de la morgue de Manchester presentaba (según el informe del *Fact. Inq. Comm., Rept. of Dr. Hawkins*, pág. 3), en 9 meses, 69 muertos por quemaduras, 56 ahogados, 23 a consecuencia de caídas, 67³⁰ por otros accidentes, vale decir un total de 215³¹ accidentes,*³⁶

*56. En 1843 hubo, entre los accidentados llevados al Hospital de Manchester, 189 —digo ciento ochenta y nueve— quemados. No se informa cuántos de esos casos fueron fatales.

28. (1845 y 1892): erróneamente 419.560.

29. En las ediciones de 1845 y 1892: erróneamente 96.569.

30. En las ediciones de 1845 y 1892: erróneamente 77.

31. En las ediciones de 1845 y 1892: erróneamente 225.

mientras que en la ciudad no fabril de Liverpool se registraron, durante doce meses, solamente 146 accidentes mortales. En ambas ciudades se han excluido los accidentes en las minas, y hay que tener en cuenta que el *coroner*³² de Manchester no tiene jurisdicción en Salford, de modo que la población de ambos distritos es aproximadamente igual. En casi todos sus números, el *Manchester Guardian* informa acerca de uno o más casos de quemados. El que la mortandad general de niños pequeños resulte igualmente elevada³³ a causa del trabajo de las madres es cosa que se comprende por sí misma, y los hechos la sitúan al margen de toda duda. A menudo, las mujeres retornan a la fábrica apenas tres a cuatro días después del alumbramiento y como es natural dejan en sus casas a su lactante; en sus horas libres deben correr de prisa a sus hogares para amamantar al niño y de paso comer algo ellas mismas; resulta claro qué clase de amamantamiento ha de ser éste. Lord Ashley reproduce los testimonios de algunas trabajadoras:

«M. H., de veinte años de edad, tiene dos hijos, el menor de ellos un lactante a quien cuida el otro, algo mayor; por la mañana, poco después de las cinco, se dirige a la fábrica, de donde regresa a las ocho de la noche; durante el día, la leche mana de sus pechos, al punto que sus vestidos chorrean.— W. H. tiene tres hijos, sale de su casa a las 5 horas del lunes y sólo regresa el sábado a las siete de la noche; entonces tiene tanto en qué atender a sus hijos, que no puede acostarse antes de las tres de la madrugada. A menudo se halla literalmente calada hasta los huesos por la lluvia, estando obligada a trabajar en esas condiciones. “Mis pechos me han acarreado los dolores más terribles, y he estado empapada por la leche”».

Este sistema infame no hace más que favorecer el empleo de medicamentos narcóticos para mantener tranquilos a los niños, el cual realmente se ha elevado, en los distritos fabriles, a un alto grado de difusión; el Dr. Johns, archivista jefe del Distrito de Manchester, opina que esta costumbre es la causa principal de las frecuentes muertes por convulsiones. La ocupación de la mujer en la fábrica disuelve necesariamente por completo la familia y en el estado actual de la sociedad, fundado en la familia, esta disolución tiene las consecuencias más desmoralizadoras, tanto para los cónyuges cuanto para los niños. Una madre que no tiene tiempo para preocuparse por su hijo, de prestarle durante los primeros

32. Inspector de cadáveres (en casos de muertes violentas o súbitas).

33. En la edición de 1892: acrecentada.

años los servicios amorosos más comunes, una madre que apenas si puede ver a su hijo, debe volverse necesariamente indiferente con respecto a él, no puede ser una madre para su hijo, ha de tratarlo sin amor, sin previsión alguna, como si fuese un niño totalmente ajeno; e hijos criados en tales circunstancias resultan luego totalmente echados a perder para la familia, jamás pueden sentirse cómodos en la familia que fundan ellos mismos, ya que sólo han conocido una vida de aislamiento, por lo cual deben contribuir al socavamiento —ya de por sí generalizado— de la familia entre los obreros. Una disolución semejante de la familia se produce en virtud del trabajo infantil. Cuando llega el momento en que los niños llegan a ganar más de cuanto corresponde a sus padres para su manutención, comienzan a darles a éstos cierta cantidad en concepto de comida y alojamiento, y a consumir personalmente el resto. Esto a menudo sucede ya en el caso de niños de 13 y 14 años. (Power, *Rept. on Leeds*, passim, Tufnell, *Rept. on Manchester* pág. 17 etc., en el informe fabril.) En una palabra, los niños se emancipan y consideran a la casa paterna como una posada, que también bastante a menudo, cuando no les gusta, cambian por alguna otra.

En muchos casos, el trabajo de la mujer no sólo disuelve por completo la familia sino que la pone cabeza abajo. La mujer alimenta a la familia, mientras que el marido se queda en la casa, cuida a los niños, barre las habitaciones y cocina. Este caso se da con muchísima frecuencia; en Manchester solamente, sería posible reunir a varios centenares de hombres condenados a las tareas domésticas. Es de imaginarse la justa indignación que suscita entre los obreros esta efectiva castración, y el consiguiente trastorno de todas las relaciones familiares, mientras que las restantes condiciones sociales permanecen constantes. Tengo ante mí una carta de un obrero inglés, Robert Pounder, Baron's Buildings, Woodhouse Moor-Side, en Leeds (la burguesía puede ir a buscarlo allí; es por consideración a ella que indico la dirección exacta), dirigida a Oastler, y cuya ingenuidad no puedo reproducir sino a medias; pues aunque se puede reproducir en alemán la ortografía, es imposible hacer otro tanto con el dialecto de Yorkshire. En ella relata como otro obrero conocido suyo conoció en una ocasión, durante una peregrinación en busca de trabajo, a un viejo amigo en St. Helens, en Lancashire.

«Pues bien, señor, lo encontré, y cuando llegó a su barraca, qué le parece que era, solo un zócano humedo y vajo, la descripción que dió de los muebles era la siguiente: dos sillas viejas, una meza redonda de 3 patas un cajón no havía cama sino un montón de paja bieja en un rin-

cón con un par de zánvas susias ensima y 2 pedasos de madera en la cheminea y cuando mi pobre hamigo entró el pobre jack estava sentado sobre la madera junto al fuego y que le parese que asía? Estava sentado sursiendo los calsetines de su muger con la haguja de sursir y hencuanto vio a su biejo amigo junto a los parantes de la puerta trató de hocultarlos, pero Joe como se yama mi conosido lla los avía bisto y dijo a jack Al Diablo que hestás asiendo donde hestá tu muger que travajo es este el povre jack se habergonsó i dijo no ya se que eso no es travajo para mi pero mi povre muger esta en la favrica tiene que ir a las 5 i 1/2 y trabaja asta las 8 de la noche y biene tan canzada que no puede àser nada cuando yega a caza por eso debo aser por eya todo lo que pueda puez no tengo travajo ni lo tube desde hase mas de 3 ánios y lla no concegiré en toda mi bida y hentonse yoró una grueza lagrima no joe dijo aqi ai vastante travajo para mugerez y ninios en la rejion pero no para los onbres es mas fasil hencontrar sien livras en la caye que travajo pero no uviece creido que tu o ningun hotro me bieze sursiendo los calsetines de mi muger pues es mal travajo pero eya casi no se puede tener lla en pie tengo miedo que se ponga mui henferma y hentonse no se que cerá de nozotros porque lla ase mutcho que eya es el padre de familia, y yo la muger es un travajo terivle joe y yoró hamargamente y dijo no cienpre fue hasí no jack dijo joe y quando no tubiste travajo todo este tienpo como te mantubizte bibo te diré joe lo mejor que ze podia pero las cozas ivan vastante mal zaves que cuando me cazé tenia travajo zufisiente y saves que llo no hera aragan no no lo heraz.y teniamoz una vuena caza muevlada y mary no nesositava trabajar llo podia trabajar para los doz pero haora ez el mundo hal rrebes y mary deve trabajar y llo devo qedar-me aca a cuhidar a los ninioz i labar cosinar i sursir puez quando la povre muger yega a caza por la noche esta canzada i molida saves joe es mui duro para halgien hacoztunvrado a hotra coza dijo joe.si muchacho es duro i entonse jack enpesó a yorar de nuebo i deceó no averce cazado jamaz i no aver nasido nunca pero quando ce cazó con la mary nunca penzo que le hiria azí.a menudo yoré por ezo dijo jack puez zenior cuando joe hoyó esso me dijo que inzultó i maldesió ha las favricas i los favricantes i el gobierno con todaz las maldisiones que haprendio en la favrica dezde su jubentú.»

¿Es posible imaginar una situación más absurda y disparatada que la que se describe en esta carta? ¡Y sin embargo, esta situación, que priva al hombre de su virilidad y a la mujer de su femineidad, sin estar en condiciones de conferirle al hombre una auténtica femineidad ni a la mujer una genuina virilidad, esta situación que degrada de la manera más vergonzosa a ambos sexos, y en ellos a la humanidad, es la última consecuencia de nuestra ensalzada civilización, el último resultado de todos los

esfuerzos realizados por centenares de generaciones para el mejoramiento de su propia condición y de la de sus descendientes! Nuestra opción consiste en desesperar de la humanidad, sus intenciones y su evolución, al ver que todos nuestros afanes y nuestro trabajo se ven reducidos, en los resultados, a una burla infantil, o bien tendremos que admitir que la sociedad humana ha buscado, hasta el presente, su dicha por un camino equivocado; debemos admitir que una inversión tan total de la posición de los sexos sólo puede deberse al hecho de que los sexos han sido erradamente yuxtapuestos desde un comienzo. Si la dominación de la mujer sobre el hombre, tal como la suscita necesariamente el sistema fabril, es inhumana, asimismo debe serlo la dominación originaria del hombre sobre la mujer. Si actualmente la mujer puede basar su hegemonía —como antes lo hacía el hombre— en la circunstancia de que aporta la mayor parte, y hasta todo, a la comunidad de bienes de la familia, se deduce necesariamente que esta comunidad de bienes no es verdadera ni racional, porque hay un miembro de la familia que aún hace alarde del mayor monto de su aporte. Si la familia de la sociedad actual se disuelve, esa misma disolución demuestra que, en el fondo, el lazo que mantenía unida a la familia no era el amor familiar, sino el interés privado, necesariamente conservado en una comunidad de bienes errónea.*³⁷ La misma relación se produce asimismo en el caso de los niños que mantienen a sus padres desocupados, cuando no aportan a éstos dinero para su manutención, como se ha mencionado anteriormente. En su informe fabril, el Dr. Hawkins atestigua que esta situación se da bastante a menudo, siendo especialmente notoria en Manchester. Como en aquel caso lo era la mujer, en éste son los niños los dueños de la casa, de lo cual nos ofrece un ejemplo Lord Ashley en su discurso (pronunciado en la sesión de la Cámara Baja del 15 de marzo de 1844). Un hombre regañó a sus dos hijas por haber estado en una taberna y éstas declararon que estaban hartas de ser manejadas: *Damn you, we have you to keep*,³⁴ y que además también querían tener algo de su trabajo; abandonaron la casa paterna, dejando librados a su padre y a su madre a su destino.

*57. De un dato proporcionado por los propios fabricantes se desprende lo numeroso de las mujeres casadas que trabajan en fábricas: en 412 fábricas de Lancashire, trabajan 10.721 de ellas; sólo 5.314 de sus maridos tenían asimismo trabajo en fábricas, 3.927 tenían otras ocupaciones, 821 estaban desocupados, y se carecía de noticias acerca de 659. Vale decir que en cada fábrica hay, por término medio, dos, cuando no tres maridos que viven del trabajo de sus esposas.

34. Maldito seas, tenemos que mantenerte.

Las mujeres solteras que se crían en las fábricas no están en mejor situación que las casadas. Es obvio que una muchacha que ha venido trabajando en una fábrica desde su noveno año de vida, no haya tenido ocasión de familiarizarse con las tareas domésticas, razón por la cual todas las obreras fabriles son totalmente inexpertas en ellas y completamente inadecuadas para ser amas de casa. No saben coser, tejer, cocinar o lavar, y no saben absolutamente nada acerca de cómo proceder con niños pequeños. El informe de la *Fact. Inq. Comm.* da docenas de ejemplos de este hecho, y el Dr. Hawkins, comisario de Lancashire, expresa su opinión de la siguiente manera (pág. 4 del informe):

«Las muchachas se casan en forma prematura e irreflexiva, sin tener medios, oportunidad ni tiempo para aprender los deberes comunes de la vida hogareña, y si tuviesen todo esto, no tendrían en su matrimonio tiempo para ejercitar esos deberes. La madre está ausente de junto a su hijo durante más de doce horas diarias; el niño queda a la custodia de una muchacha o de alguna mujer anciana, a quien se paga por ello; a todo esto, con demasiada frecuencia la vivienda de la gente fabril no es una casa hogareña (*home*), sino a menudo un sótano, que no contiene ningún aparejo para cocinar o lavar, nada para coser o remendar, que carece de todo cuanto podría hacer la vida agradable y civilizada, y atractiva la lumbre del hogar. Por éstas y otras razones, en especial por las mayores perspectivas de vida para los niños pequeños, no puedo sino desear y confiar en que llegue una época en que se excluyan de las fábricas a las mujeres casadas.»

Para ejemplos y testimonios en particular, cf. *Fact. Inq. Comm. Report*, Cowell, evid. págs. 37, 38, 39, 72, 77, 50. Tufnell, evid. págs. 9, 15, 45, 54, etcétera.³⁵

Pero todo esto aún es lo de menos. Mucho peores todavía son las consecuencias morales del trabajo femenino en las fábricas. La unificación de ambos sexos y todas las edades en un mismo local de trabajo, el inevitable acercamiento entre ellos, el hacinamiento de gentes a quienes no les ha sido impartida instrucción intelectual ni moral, en un mismo ámbito estrecho, no es precisamente adecuado para tener consecuencias favorables para el desarrollo del carácter femenino. Inclusive si vela por ello, el fabricante sólo puede intervenir cuando alguna vez sucede realmente algo escandaloso; en cambio no puede enterarse, y en consecuencia tampoco puede prevenir, la influencia constante y menos llamativa

35. «Evid.»: abreviatura de «evidence», testimonio.

de los caracteres más relajados sobre los más morales, y especialmente sobre los más jóvenes. Pero precisamente esta influencia es la más dañina. Los comisarios fabriles de 1833 registraron en diversos sectores calificativos como «indecente», «malo», «sucio», etc. como descripción del lenguaje que se emplea en las fábricas (Cowell, evid. págs. 35, 37, y en muchas otras partes). La cuestión es, en pequeña escala, la misma que en gran escala hemos visto en las grandes ciudades. La centralización de la población tiene los mismos efectos sobre las mismas gentes, y tanto da que influya sobre ellas en una gran ciudad como en una pequeña fábrica. Si la fábrica es más reducida, el acercamiento es mayor y las relaciones son más inevitables. Las consecuencias de ello no dejan de producirse. Un testigo de Leicester dice lo siguiente: que preferiría dejar que su hija vaya a mendigar que a trabajar en una fábrica, ya que éstas serían verdaderos antros infernales, y la mayor parte de las rameras de la ciudad lo son gracias a las fábricas (Power, evid. pág. 8); otro, de Manchester, «no tiene reparo alguno en afirmar que las tres cuartas partes de las obreras fabriles de 14 a 20 años no son castas» (Cowell, evid. pág. 57). El comisario Cowell se manifiesta, en general, en el sentido de que la moralidad de los obreros fabriles se halla por debajo del promedio de la clase obrera (pág. 82), y el Dr. Hawkins dice (*Rept.* pág. 4):

«No es muy factible reducir a números una evaluación de la moralidad sexual, pero si puedo fiarme de mis propias observaciones y de la opinión generalizada de aquéllos con quienes he hablado, así como con la posición global de los testimonios que me han sido ofrecidos, se nos brinda un panorama extremadamente deprimente acerca de la influencia de la vida fabril sobre la moralidad de la juventud femenina».

Por lo demás, se sobreentiende que el hecho de prestar servicios en una fábrica, así como la prestación de cualquier otro servicio y en mayor grado aún, confiere al empleador el *jus primae noctis*.³⁶ También en este aspecto, el fabricante es el amo y señor del cuerpo y los encantos de sus obreras. El despido es suficiente castigo como para dar por tierra, en nueve casos de cada diez —cuando no en noventa y nueve de cada cien—, con cualquier resistencia en muchachas que, ya de por sí, no tienen mayor predisposición a la castidad. Si el fabricante es lo suficientemente canalla —y el informe de la comisión relata varios casos— su fábrica es,

36. Derecho de la primera noche, o derecho de pernada.

al mismo tiempo, su harén; y la circunstancia de que no todos los fabricantes hagan uso de su derecho, no altera en absoluto este estado de cosas con relación a las muchachas. En los comienzos de la industria fabril, cuando la mayor parte de los fabricantes eran advenedizos sin instrucción ni consideración alguna para con la hipocresía social, no permitían que nada les interfiriese en el ejercicio de su «bien habido» derecho.

Para juzgar certeramente las consecuencias que produce el trabajo fabril sobre la condición física del sexo femenino, será menester considerar primeramente el trabajo infantil y la índole de la propia tarea. Desde los comienzos de la nueva industria, se ocuparon niños en las fábricas; al principio en forma casi exclusiva, a causa de la pequeñez de las máquinas —que luego aumentaron de tamaño—, consistiendo dicha ocupación en tomar de las casas de pobres a los niños, quienes fueron alquilados por legiones y por muchos años a los fabricantes, en carácter de «aprendices». Eran alojados y vestidos en forma comunitaria, y como es natural eran por completo esclavos de sus empleadores, quienes los trataban con la mayor brutalidad y barbarie. Ya en 1796 se manifestó tan enérgicamente el disgusto público acerca de este indignante sistema, merced a la intervención del Dr. Percival y Sir R. Peel (padre del actual ministro y él mismo fabricante algodonero), que en 1802 el Parlamento aprobó una *apprentice-bill* (Ley de Aprendices), en virtud de la cual se puso coto a los abusos más clamorosos. Paulatinamente se instauró la competencia de trabajadores libres, desplazando todo el sistema de aprendices. Las fábricas se fueron erigiendo cada vez más en las ciudades, las máquinas se agrandaron y los locales se instalaron en mejores condiciones de aireamiento y salubridad; poco a poco también se fue encontrando más trabajo para adultos y jóvenes, de modo que el número relativo de los niños que trabajaban disminuyó algo, aumentando un poco la edad a la cual comenzaban a trabajar. Ya se ocupaban a pocos niños de edades menores a los 8 o 9 años. Más tarde, como veremos, el poder legislativo intervino aún varias veces para proteger a los niños de la furia de la burguesía por ganar dinero.

La gran mortandad entre los hijos de los obreros, y en especial de los obreros fabriles, es prueba suficiente de la insalubridad de la situación en la cual pasan los primeros años de su vida. Estas causas también influyen sobre los niños que quedan con vida, sólo que, como es natural, no con tanta intensidad como sobre aquéllos que son víctimas de aquéllas. Sus efectos son, pues, en el más benigno de los casos, alguna predisposición enfermiza o una inhibición de su desarrollo, y de ahí una fortaleza física inferior a la normal. Un niño de nueve años, hijo de un

obrero fabril, criado bajo la escasez, la privación y situaciones cambiantes, en un ambiente húmedo, frío y con vestimenta y vivienda insuficientes, no tiene, ni con mucho, la capacidad laboral del niño criado en condiciones más sanas de vida. Se lo envía a la fábrica en su noveno año de vida; allí trabaja diariamente 6 1/2 horas (que antes eran 8, y antes aún de 12 a 14, y hasta 16 horas) hasta los doce años, época a partir de la cual trabaja doce horas hasta llegar a los dieciocho. Las causas debilitantes persisten y a ellas se suma aún el trabajo. Sin embargo, no es posible negar que un niño de nueve años, inclusive el de un obrero, podría resistir una labor diaria de 6 1/2 horas sin que se produjera un deterioro *visible* de su evolución que pudiera reducirse manifiestamente a esta causa; pero la permanencia en la atmósfera viciada, húmeda y a menudo húmedamente calurosa de una fábrica no contribuye en modo alguno a su salud. Y bajo cualquier circunstancia constituye una irresponsabilidad sacrificar a la codicia de una burguesía insensible el tiempo de los niños, que debiera estar dedicado puramente a su desarrollo físico e intelectual, sustraer a los niños a la escuela y al aire libre para explotarlos en beneficio de los señores fabricantes. Sin embargo, la burguesía dice: «Si no ocupamos a los niños en las fábricas, éstos permanecen en condiciones nada favorables para su evolución», lo cual es correcto, en general; pero reducido a su verdadero valor, esto no significa otra cosa que lo siguiente: primeramente, la burguesía sitúa a los niños de los obreros en malas condiciones, y luego aún explota en su beneficio esas malas condiciones, esto es que se remite a algo que es tan culpa suya como el sistema fabril, que disculpa el pecado que comete hoy mediante el pecado que ha cometido ayer. Y si la ley de fábricas no los maniatase cuando menos de alguna manera, ¿cómo salvaguardarían los intereses de estos obreros estos burgueses «benevolentes», «humanitarios», que en realidad sólo han erigido sus fábricas para beneficio de los obreros! Veamos qué hacían antes de que el inspector de fábricas les pisara los talones; su propio testimonio reconocido, el informe de la comisión fabril de 1833, ha de derrotarlos.

El informe de la comisión central relata que los fabricantes comenzaban a ocupar niños rara vez a los cinco años, a menudo a los seis, con suma frecuencia a los siete, y mayormente a los ocho o nueve años, que el tiempo de labor ascendía a menudo de 14 a 16 horas diarias (sin contar las horas libres para las comidas), que los fabricantes permitían que los capataces golpearan y maltratasen a los niños y a menudo hasta ellos mismos se ocupaban de castigarlos; hasta se narra un caso en que un fabricante escocés persiguió a caballo a un obrero fugitivo de dieciséis

años, lo obligó a correr de regreso delante de su caballo a la velocidad del trote de éste, mientras lo azotaba continuamente con un largo látigo. (Stuart, evid. pág. 35.) En las grandes ciudades, en las que la resistencia de los obreros era mayor, obviamente esta clase de cosas sucedía en menos proporción. Pero ni siquiera este tiempo de trabajo tan prolongado satisfacía la codicia de los capitalistas. Se trataba de volver rentable por todos los medios posibles el capital invertido en edificios y máquinas, de hacerlo trabajar con la mayor intensidad posible. Por eso, los fabricantes instauraron el vergonzoso sistema del trabajo nocturno; algunos tenían dos clases estables de obreros, cada una de ellas en número suficiente como para poder ocupar toda la fábrica; una clase trabajaba las doce horas del día y la otra las doce horas de la noche. Es fácil imaginar las consecuencias que semejante privación continua del descanso nocturno —que no puede ser reemplazado por ningún sueño diurno— debía acarrear al estado físico, en especial de los niños más pequeños y mayores, y aún de los adultos. Sus resultados necesarios eran una irritación de todo el sistema nervioso, ligada a un debilitamiento y aflojamiento generales de todo el cuerpo. A ello se sumaban el fomento e incitación de la afición a la bebida, así como las relaciones sexuales irregulares; un fabricante atestigua (Tufnell, evid. pág. 91) que durante dos años, en los cuales se trabajaba de noche en su fábrica, nació un número doble de hijos extramatrimoniales, y que en general se produjo tal desmoralización que debió abandonar el trabajo nocturno. Otros fabricantes procedían de un modo más bárbaro aún, haciendo que muchos obreros trabajasen en forma continuada de 30 a 40 horas, y ello *varias veces por semana*, cosa que ocurría porque su dotación supletoria no era completa, teniendo como única finalidad la de sustituir alternadamente a una parte de los obreros, a fin de permitirles algunas horas de sueño. Los informes de la comisión acerca de esta barbarie y sus consecuencias sobrepasan todo cuanto conozco en este rubro. En ninguna otra parte vuelven a hallarse horrores como los que aquí se narran; y ya veremos que la burguesía reclama de continuo el testimonio de la comisión *en su beneficio*. Muy pronto se manifestaron las consecuencias de todo esto: los comisarios mencionan la gran cantidad de tullidos que han visto, cuyas deformaciones se debían sin la menor duda a su prolongado tiempo de trabajo. Estas deformaciones consisten habitualmente en el encorvamiento de la columna vertebral y de las piernas, y Francis Sharp, M.R.C.S. (miembro del colegio real de cirujanos) de Leeds, las describe de la siguiente manera:

«Jamás había visto esa curiosa torcedura de los extremos inferiores del fémur antes de llegar a Leeds. Al principio creí que era raquitismo, pero la cantidad de los pacientes que se presentaban en el hospital y la manifestación de esa enfermedad en una edad (de 8 a 14 años) en la cual los niños ya no padecen habitualmente raquitismo, así como la circunstancia de que este mal sólo se había iniciado desde que los niños trabajaban en la fábrica, pronto me instaron a cambiar de opinión. Hasta ahora he visto aproximadamente cien de estos casos y puedo manifestar con la mayor decisión que son consecuencia del exceso de trabajo; por lo que sé, todos ellos eran niños de fábricas, y ellos mismos atribuyen su dolencia a esa causa.— El número de casos de columna vertical encorvada que se me han presentado —obviamente consecuencia de estar demasiado tiempo de pie— no ha de ser inferior a los trescientos». (Dr. Loudon, evid. págs. 12, 13.)

Otro tanto dice el Dr. Hey de Leeds, médico del hospital durante dieciocho años:

«Las malformaciones de la columna vertebral son sumamente frecuentes entre las gentes de las fábricas. Algunas son consecuencias de mero exceso de trabajo, otras son efecto de un prolongado trabajo sobre una constitución originariamente débil o debilitada por una mala nutrición.» «Las deformaciones parecían ser más frecuentes que estas enfermedades; las rodillas estaban torcidas hacia adentro, los ligamentos de los tobillos muy a menudo estaban flojos y debilitados, y los huesos largos de las piernas estaban torcidos. En especial, los extremos engrosados de dichos huesos largos estaban deformados y exageradamente desarrollados, y estos pacientes provenían de las fábricas en las cuales a menudo se trabajaba durante lapsos sumamente prolongados». (Dr. Loudon, evid. pág. 16.)

Lo mismo declaran los cirujanos Beaumont y Sharp de Bradford. Los informes de los comisarios Drinkwater, Power y Dr. Loudon contienen gran cantidad de ejemplos de esta clase de deformaciones, mientras que los de Tufnell y el Dr. Sir David Barry, menos orientados hacia este punto, también contienen ejemplos aislados (Drinkwater, evid. pág. 69, dos hermanos, págs. 72, 80, 146, 148, 150, dos hermanos, 155 y muchas otras; Power, evid. págs. 63, 66, 67 dos veces, 68 tres veces, 69 dos veces; en Leeds, págs. 29, 31, 40, 43, 53 ss.; Dr. Loudon, evid. págs. 4, 7 cuatro veces, 8 varias veces, etc.; Sir D. Barry, pág. 6, 8, 13, 21, 22, 44, 55 tres veces, etc.; Tufnell, págs. 5, 16, etc.). Los comisarios de Lancashire, Cowell, Tufnell y el Dr. Hawkins han descuidado

casi por completo este aspecto de los resultados médicos del sistema fabril, pese a que ese distrito puede rivalizar perfectamente con Yorkshire en cuanto a su número de deformes. Rara vez me ha sucedido que haya atravesado Manchester sin encontrarme con tres o cuatro tullidos víctimas exactamente de las mismas deformaciones de la columna vertebral y de las piernas que las aquí descritas, y bastante a menudo he tenido ocasión de reparar precisamente en ello, cosa que en efecto hice. Yo mismo conozco a un tullido que responde exactamente a la descripción anterior formulada por el Dr. Hey, y que contrajo ese estado en la fábrica del señor Douglas, en Pendleton, la cual, en general, aún goza entre los obreros de la mejor reputación por su prolongado tiempo de trabajo anterior, que continuaba por las noches. También basta mirar a estos deformes para advertir de inmediato el origen de su malformación; todos ellos tienen el mismo aspecto: sus rodillas están torcidas hacia adentro y hacia atrás, los pies hacia adentro, las articulaciones están malformadas y son gruesas, y a menudo la columna vertebral se halla torcida en sentido anterior o lateral. Pero quienes peores cosas parecen haber hecho son los filantrópicos fabricantes del distrito sedero de Macclesfield, cosa que también se debe a que en esas fábricas trabajan niños de muy corta edad, de cinco y seis años. En los testimonios adicionales del comisario Tufnell hallamos las declaraciones de un director de fábrica llamado Wright (pág. 26), cuyas dos hermanas quedaron vergonzosamente deformes y quien en una ocasión contó el número de tullidos que se encontraban en varias calles, entre ellas algunas de las más limpias y bonitas de Macclesfield; encontró diez en Townley Street, cinco en George Street, cuatro en Charlotte Street, quince en Watercots, tres en Bank Top, siete en Lord Street, doce en Mill Lane, dos en Great George Street, dos en la Casa de los Pobres, uno en Park Green y dos tullidos en Pickford Street, cuyas familias declararon todas unánimemente que los mismos habían quedado deformes a causa del trabajo excesivo en las fábricas de tramado de la seda. En la pág. 27 se cita el caso de un niño que había quedado tan deforme que no podía subir una escalera, mencionándose ejemplos de muchachas con las espaldas y las caderas deformadas.

Este exceso de trabajo dio origen igualmente a otras malformaciones, en especial casos de pie plano, que Sir D. Barry halló con frecuencia (v.g. pág. 21 dos veces ss.) y que asimismo los médicos y cirujanos de Leeds (Loudon, págs. 13, 16, etc.) indican como frecuentes. En los casos en los que una constitución más vigorosa, una mejor alimentación y demás circunstancias capacitaban al joven obrero para resistir estas consecuencias de una bárbara explotación, nos encontramos por lo menos

con dolores de espaldas, caderas y piernas, tobillos hinchados, venas varicosas o grandes y persistentes ulceraciones en muslos y pantorrillas. Estas dolencias se han encontrado en los obreros en forma casi generalizada; los informes de Stuart, de Mackintosh, de Sir D. Barry contienen centenares de ejemplos, y casi no saben de nadie que no padezca alguno de estos males; y en los informes restantes la manifestación de estas mismas consecuencias cuenta por lo menos con el testimonio de numerosos médicos. Los informes acerca de Escocia no dejan lugar a dudas acerca de que —y ello en virtud de incontables ejemplos— el trabajo de trece horas en obreros y obreras de dieciocho y veintidós años aún produce, cuando menos, *estas* consecuencias, tanto en las hilanderías de lino de Dundee y Dunfermline como en las fábricas de algodón de Glasgow y Lanark.

Todas estas dolencias se explican fácilmente a partir de la naturaleza de la labor fabril, la cual, por cierto, como dicen los fabricantes, es sumamente «fácil», pero que precisamente por su facilidad es más fatigosa que cualquier otra. Los obreros tienen poco que hacer, pero deben estar *de pie* durante todo el tiempo, sin poder sentarse. A quien se siente sobre una repisa o una cesta, por ejemplo, se le multa; y esta continua posición erecta, esa persistente presión mecánica del torso sobre la columna vertebral, las caderas y las piernas acarrea necesariamente las consecuencias mencionadas. Es verdad que la posición de pie no es necesaria para el trabajo, a tal punto que cuando menos en las salas de doblado en Nottingham se han introducido asientos (consecuencia de lo cual fue la ausencia de esas afecciones y, por ende, la disposición de las obreras a cumplir prolongados lapsos de labor), pero en una fábrica en la cual el obrero sólo trabaja para el burgués y tiene poco interés en hacer bien su trabajo, probablemente los emplearía en mayor proporción de cuanto resultaría agradable y ventajoso para el fabricante; y con tal de que se eche a perder un poco menos de materia prima para el burgués, los obreros deben sacrificar la salud de sus miembros.*⁵⁸ Pero además, esta prolongada posición erecta, unida a la atmósfera mayormente viciada de las fábricas, trae aparejada una considerable fatiga de todas las energías físicas, y como consecuencia de ella toda clase de otras dolencias, no tanto locales como generales. Habitualmente, la atmósfera de las fábricas es al mismo tiempo húmeda y caliente, la mayor parte de las veces más calurosa de lo necesario, y si la ventilación no es *mu*y buena, es sumamente impura,

*⁵⁸. También se habían introducido asientos en la sala de hilado de una fábrica de Leeds, Drinkwater, evid. pág. 85.

húmeda y de escaso contenido en oxígeno, saturada del polvillo y el vapor del aceite de las máquinas, que casi en todas partes ensucia el suelo, lo impregna y se enrancia; por la mera causa del calor reinante, los propios obreros no están muy abrigados, y por ello, de producirse un desnivel en la temperatura del recinto, se resfrían necesariamente; en ese medio cálido, las corrientes de aire les son desagradables, la paulatina fatiga que penetra en todas las funciones físicas reduce el calor animal que debe mantenerse desde afuera, y entonces el propio obrero no prefiere otra cosa que poder permanecer con las ventanas totalmente cerradas dentro de su cálida atmósfera fabril. A ello se suma además el efecto del frecuente cambio súbito de temperatura que se produce al salir de la tórrida atmósfera de la fábrica al gélido o húmedo y frío aire libre, la imposibilidad por parte de los obreros de protegerse en forma suficiente contra la lluvia o de cambiar sus vestimentas húmedas por otras secas, circunstancias todas ellas que producen continuos resfriados. Y si tenemos en cuenta que, a todo esto, no hay casi un solo músculo del cuerpo que realmente se esfuerce, que realmente sea puesto en actividad —excepción hecha, acaso, de los de las piernas—; que no hay nada que contrarreste el efecto agotador y fatigoso de las circunstancias nombradas, sino que no se produce ningún movimiento que pudiera dar fuerza a los músculos y elasticidad y consistencia a las fibras; que desde su juventud todo el tiempo que tienen los obreros para moverse transcurre al aire libre, ya no nos asombraremos del testimonio casi unánime de los médicos en el informe fabril, en el sentido de que hallaron muy especialmente en los obreros fabriles una gran falta de resistencia contra los accesos de enfermedades, una depresión general de todas las actividades vitales y una continua relajación de todas las energías intelectuales y físicas. Veamos primeramente lo que dice Sir D. Barry:

«Las influencias desfavorables del trabajo fabril sobre los obreros son las siguientes: 1) la necesidad ineludible de forzar sus esfuerzos físicos y mentales a mantener el mismo ritmo que los movimientos de una maquinaria movida por una fuerza uniforme e interminable; 2) el hecho de permanecer en una posición erecta durante lapsos antinaturalmente prolongados y en sucesión demasiado rápida; la privación del sueño (por la jornada de trabajo prolongada, dolores en las piernas y un malestar físico general). A ello aún se suman a menudo cuartos de trabajo bajos, atestados, polvorientos o húmedos, aire viciado, atmósfera recalentada, la transpiración constante. Por ello en especial los niños, con muy pocas excepciones, pierden muy pronto la rosada lozanía de la niñez y se tornan más pálidos y delgados que otros niños. Inclusive el aprendiz

del tejedor manual, quien se halla de pie, descalzo, sobre el piso de barro de su taller, conserva mejor aspecto, ya que a veces sale un poco al aire libre. Pero el niño de las fábricas no tiene ni un momento libre, salvo para comer, y jamás sale al aire libre excepto cuando va a comer. Todos los hilanderos adultos varones son pálidos y delgados, sufren de un apetito caprichoso y de indigestiones y, puesto que todos ellos han sido criados desde su infancia en la fábrica y pocos o casi ninguno de ellos son hombres atléticos y de elevada talla, resulta justificada la conclusión de que su ocupación es sumamente desfavorable para el desarrollo de la constitución viril. Las mujeres toleran mucho mejor el trabajo» (cosa totalmente natural, pero ya veremos que también ellas tienen sus enfermedades). (*General Report by Sir D. Barry.*)

Otro tanto dice Power:

«Puedo decir francamente que el sistema fabril en Bradford ha engendrado gran número de deformes... y que los efectos del trabajo prolongado sobre el cuerpo no sólo se manifiestan como una deformación real, sino también, en forma mucho más general, como falta de desarrollo en el crecimiento, aflojamiento de los músculos y una formación débil del cuerpo». (Power, *Rept.* pág. 74.)

Además sostiene el ya citado cirujano^{*59} F. Sharp, de Leeds:

«Cuando me trasladé de Scarborough a Leeds, me llamó la atención de inmediato que el aspecto general de los niños de aquí era mucho más pálido y que las fibras de los mismos eran muchísimo menos firmes que en Scarborough y sus inmediaciones. Descubrí además que muchos niños eran excepcionalmente pequeños para su edad... Se me ha presentado un número incontable de casos de escrófulas, enfermedades pulmonares, afecciones mesentéricas e indigestiones, en los cuales, en mi carácter de médico, no tengo la menor duda de que se han originado a causa del trabajo en las fábricas. En mi opinión, la energía nerviosa del cuerpo se debilita a causa del prolongado trabajo, con lo cual se cimentan las bases de muchas enfermedades; si no se trajesen de continuo gentes del campo, la raza de los obreros fabriles degeneraría muy pronto».

Lo mismo sostiene Beaumont, cirujano de Bradford:

*59. Los así llamados cirujanos (*surgeons*) son médicos que han efectuado estudios, exactamente lo mismo que los médicos titulados (*physicians*), por lo cual también ejercen, en general, la práctica tanto de la medicina como de la cirugía. En general, y por diversos motivos, hasta se los prefiere con relación a los *physicians*.

«En mi opinión, el sistema según el cual se trabaja aquí en las fábricas provoca una peculiar flojedad de todo el organismo, lo cual hace que los niños se tornen extremadamente susceptibles a las epidemias, así como a las enfermedades ocasionales... Considero que la ausencia de todas las disposiciones apropiadas referentes a la ventilación y la higiene en las fábricas es decididamente una de las causas principales de esa peculiar tendencia o susceptibilidad a afecciones morbosas que tan a menudo he hallado en mi práctica».

Otro tanto afirma William Sharp junior:³⁷

«1) que he tenido ocasión de observar los efectos del sistema fabril sobre la salud de los niños bajo las circunstancias más favorables» (en la fábrica de Wood, en Bradford, la mejor instalada del lugar, en la cual era médico fabril); «2) que dichos efectos son decididamente y en muy extensa medida nocivos, aun bajo estas condiciones favorables; 3) que en 1832 brindé atención médica a las tres quintas partes de todos los niños ocupados en la fábrica de Wood; 4) que el efecto más nocivo no lo constituye el predominio de constituciones deformes, sino enfermizas y debilitadas; 5) que todo ello mejoró mucho desde que se redujo el tiempo de labor de los niños de Wood a diez horas».

El propio comisario Dr. Loudon, que cita estos testimonios, dice:

«Creo que se ha demostrado con suficiente claridad que los niños han debido trabajar por lapsos imprudente y despiadadamente prolongados, y hasta los adultos han debido hacerse cargo de una cantidad de trabajo que difícilmente podría soportar ser humano alguno. La consecuencia de ello es que muchos murieron prematuramente, otros llevaron de por vida la tara de una constitución defectuosa, y el temor de una descendencia debilitada a causa de las conmovidas constituciones de los sobrevivientes es, fisiológicamente hablando, más que fundado».

Y por último manifiesta el Dr. Hawkins acerca de Manchester:

«Creo que a la mayor parte de los viajeros les llamó la atención la pequeñez y la endeblez de la estatura y la palidez que se hallan de modo tan general en Manchester, y sobre todo en los obreros fabriles. Jamás

37. (en la edición de 1845, erróneamente): Dr. Hay (véase *Factories Inquiry Commission, Second Report*, 1833, C. 3, pág. 23.) El nombre real es Hey, William.

he estado en ninguna ciudad de Gran Bretaña ni de Europa donde la degeneración de la talla y del color con respecto al patrón normal fuese tan evidente. Las mujeres casadas carecen de manera absolutamente llamativa de todos los atributos característicos de la mujer inglesa etcétera... Debo confesar que los muchachos y muchachas de las fábricas de Manchester que me han sido presentados poseían, en forma general, un aspecto deprimido y un color pálido; en la expresión de sus rostros no había nada de la habitual movilidad, vivacidad y alegría de la juventud. Muchos declararon ante mí que no sentían inclinación alguna a salir de correrías al aire libre los sábados por la noche ni los domingos, sino que preferían quedarse tranquilamente en sus casas».

Agreguemos aquí de inmediato otro pasaje del informe de Hawkins, que si bien sólo corresponde a medias ser citado aquí, en cambio puede figurar de la misma manera tanto aquí como en algún otro lugar:

«La intemperancia, la licenciosidad y la falta de previsión por el futuro son los vicios principales de la población fabril, y estas anomalías pueden remontarse con facilidad a costumbres que se forman bajo el sistema actual y que *surgen de él casi inevitablemente*. Se ha admitido en forma general que las indigestiones, la hipocondría y la debilidad general afectan a extensos sectores de esta clase; después de doce horas de labor monótona es más que natural que se busque un estimulante de tal o cual naturaleza, pero cuando finalmente se producen los estados morbosos arriba mencionados, se buscará de nuevo, siempre y con rapidez, refugio en las bebidas espirituosas».

El propio informe ofrece centenares de casos demostrativos de todos los testimonios de los médicos y comisarios. Centenares de declaraciones del mismo atestiguan que el trabajo inhibe el crecimiento de los obreros jóvenes; entre otros, Cowell indica los pesos de 46 muchachos, todos ellos de 17 años de edad y pertenecientes a una escuela dominical, de los cuales 26 ocupados en fábricas pesaban, por término medio, 104,5 libras inglesas y 20 que no trabajaban en fábricas, pero pertenecientes a la clase obrera, pesaban en promedio 117,7 libras inglesas. Inclusive uno de los más importantes fabricantes de Manchester y jefe de la oposición contra los obreros por parte de los fabricantes —creo que Robert Hyde Greg— afirma en una ocasión que de proseguir esto así, pronto los obreros fabriles de Lancashire se convertirían en una estirpe de pigmeos.*⁶⁰

*60. Este testimonio no ha sido extraído del informe fabril.

Un teniente de reclutamiento (Tufnell, pág. 59) declara que los obreros fabriles resultan escasamente apropiados para el servicio militar; que tienen un aspecto enjuto y débil y a menudo los médicos los rechazan por inservibles. Afirma que en Manchester difícilmente podía conseguir personas de 5 pies y 8 pulgadas, ya que casi todos sólo llegaban hasta las 6 o 7 pulgadas, mientras que en los distritos agrícolas la mayor parte de los reclutas tienen 8 pulgadas (la diferencia entre la medida inglesa y la prusiana asciende, para 5 pies, a aproximadamente 2 pulgadas, que es la diferencia en menos de la medida inglesa).

A consecuencia de estas influencias, los hombres muy pronto están aniquilados. La mayoría está incapacitada para el trabajo a los cuarenta años, unos pocos se mantienen hasta los cuarenta y cinco y casi ninguno hasta los cincuenta. Además de la debilidad física general, en parte también produce estos efectos un debilitamiento de la visión que es consecuencia de hilar en la *mule*, trabajo en el cual el obrero debe fijar la vista en una larga serie de hilos que corren paralelos, razón por la cual debe esforzarla mucho. De 1.600 obreros ocupados en varias fábricas en Harpur y Lanark, sólo 10 superaban los 45 años; de 22.094 obreros de diversas fábricas de Stockport y Manchester, sólo 143 eran mayores de 45 años. De esos 143 obreros, 16 aún conservaban su trabajo por un favor especial y uno de ellos realizaba tareas infantiles. Una lista de 131 hilanderos sólo contenía siete mayores de 45 años y sin embargo los 131 habían sido rechazados «por edad demasiado avanzada» por el fabricante a quien habían solicitado trabajo. De 50 hilanderos despedidos en Bolton sólo dos eran mayores de 50 años y el resto no llegaba, en promedio, a los 40 años; ¡y todos ellos estaban desocupados por ser de edad demasiado avanzada! El señor Ashworth, un fabricante de importancia, admite personalmente, en una carta dirigida a Lord Ashley, que hacia los 40 años los hilanderos ya no logran producir la cantidad de hilado requerida y que por ello «a veces» se los despide; ¡califica de «ancianos» a los obreros de cuarenta años! *⁶¹ Otro tanto dice el comisario Mackintosh en el informe de 1833:

«Pese a que ya estaba preparado a ello por el modo cómo se ocupa a los niños, me resultaba no obstante difícil creerles a los obreros mayores la edad que indicaban tener, a tal punto envejecen prematuramente estas gentes».

*61. Todo esto ha sido extraído del discurso de Lord Ashley (pronunciado en la sesión de la Cámara Baja del 15 de marzo de 1844).

El cirujano Smellie de Glasgow, quien atiende principalmente a obreros fabriles, dice asimismo que para ellos la de los cuarenta años es ya una edad avanzada (*old age*) (Stuart, evid. pág. 101). Testimonios de igual tenor se encuentran en Tufnell, evid. págs. 3, 9, 15, Hawkins, *Rept.* pág. 4; evid. pág. 14 etcétera, etcétera. En Manchester, este envejecimiento prematuro de los obreros es tan general, que casi todas las personas de cuarenta años aparentan tener de diez a quince años más, en tanto que las clases pudientes, tanto hombres como mujeres, conservan muy bien su aspecto, mientras no beban demasiado.

Los efectos del trabajo fabril sobre el cuerpo femenino es asimismo sumamente peculiar. Las malformaciones que se producen como consecuencia del trabajo prolongado, se tornan mucho más serias aún en la mujer; esta causa provoca a menudo malformaciones de la pelvis, en parte por una posición incorrecta y consiguiente desarrollo de los propios huesos de la pelvis, en parte por torcimiento de la parte inferior de la columna vertebral.

«Pese a que no se me ha presentado ningún ejemplo de pelvis deformada y de algunas otras anomalías», dice el Dr. Loudon en su informe, «todas ellas son no obstante de tal índole que cualquier médico debe considerarlas como consecuencia presumible de semejante jornada de trabajo en los niños, teoría ésta que abonan, además, hombres que merecen el mayor crédito en el terreno médico».

Muchas parteras y tocólogos atestiguan que las obreras fabriles dan a luz con mayor dificultad que otras mujeres y asimismo que abortan con mayor frecuencia, como por ejemplo el Dr. Hawkins, evid. págs. 11 y 13. A ello se suma aún que las mujeres padecen la debilidad general común a todos los obreros fabriles y que, cuando están grávidas, trabajan en las fábricas *hasta la hora del parto*, cosa natural ya que, si cesan de trabajar demasiado temprano, deben temer que se ocupe su sitio y que se las despidan; además, pierden su salario. Ocurre muy a menudo que mujeres que por la noche aún se hallan trabajando ya hayan dado a luz por la mañana siguiente, y ni siquiera es demasiado raro que den a luz en las propias fábricas, entre las máquinas. Y aunque los señores burgueses no hallen nada de particular en esto, acaso sus esposas admitan que es un horror, una barbarie infame el obligar indirectamente a una mujer embarazada a pasar diariamente, y hasta el día del alumbramiento, de doce a trece horas (que antes eran aún más) trabajando de pie y agachándose con frecuencia. Pero esto no es todo aún. Si las mujeres están autorizadas

a no trabajar durante las dos semanas siguientes al parto, se dan por satisfechas y lo consideran mucho. Algunas ya vuelven a la fábrica a la semana, y algunas hasta a los tres o cuatro días, para trabajar el horario *completo*. En una ocasión oí a un fabricante preguntándole a un capataz: ¿Todavía no ha vuelto aquí Fulana de Tal? —No. —¿Cuánto pasó del parto? —Una semana. —Realmente, hace mucho que podría haber vuelto. Mengana de Cual sólo suele quedarse tres días en su casa.— Es natural: el temor a ser despedidas, el miedo a la desocupación las impulsa, a pesar de su debilidad, a pesar de sus dolores, a volver a la fábrica; los intereses del fabricante no toleran que sus obreros permanezcan en sus casas por enfermedad; sus obreros no deben enfermarse, no deben atreverse a dar a luz, pues de ese modo él debería detener sus máquinas o bien fatigar su testa suprema disponiendo una modificación temporaria; y antes de hacer eso, despide a su gente cuando osan estar indispuestos. Véase esto (Cowell, evid. pág. 77):

«Una muchacha se siente muy enferma, apenas si puede efectuar su labor. —¿Por qué no pide permiso para irse a casa? —Ay, señor, el “amo” es muy raro en ese aspecto; si estamos ausentes un cuarto de día, corremos el riesgo de que nos despida».

O también (Sir D. Barry, evid. pág. 44): Thomas MacDurt, obreiro, tiene un poco de fiebre, pero

«no puede permanecer en su hogar, por lo menos durante no más de cuatro días, pues de lo contrario debe temer perder su trabajo».

Y así sucede en casi todas las fábricas. Además, el trabajo de las muchachas jóvenes produce, durante el período de desarrollo de las mismas, una cantidad de otras irregularidades. En el caso de algunas, sobre todo las mejor alimentadas, el calor de las fábricas impulsa el desarrollo con mayor celeridad que la habitual, de modo que algunas muchachas de 12 a 14 años están ya totalmente desarrolladas; Robertson, el «eminente» —como dice el informe fabril— médico partero de Manchester, ya mencionado, relata en el *North of England Medical and Surgical Journal* que se le presentó una muchacha de once años, que no solamente era una mujer perfectamente desarrollada, sino que hasta estaba encinta, y que en Manchester no es cosa en absoluto rara que den a luz mujeres de 15 años. En esos casos, el calor de las fábricas actúa exactamente de la misma manera que la torridez de los climas tropicales y, al igual que en

esos climas, el desarrollo excesivamente prematuro se halla compensado por un envejecimiento y aflojamiento igualmente precoces. Sin embargo, a menudo se encuentra un desarrollo sexual retenido del cuerpo femenino; los pechos se desarrollan tardíamente o no lo hacen en absoluto (Cowell, pág. 35, ofrece ejemplos de ello), la menstruación sólo aparece, en muchos casos, en el decimoséptimo o decimoctavo años de vida, a veces sólo en el vigésimo y a menudo se halla ausente por completo (Dr. Hawkins, evid. pág. 11, Dr. Loudon, pág. 14, etc., Sir D. Barry, pág. 5, etcétera). La menstruación irregular, ligada a gran profusión de dolores y malestares, en especial a la clorosis, es sumamente frecuente; en este punto concuerdan unánimemente los informes médicos.

Los niños dados a luz por semejantes mujeres, especialmente si las mismas deben trabajar durante el embarazo, no pueden ser fuertes. Por el contrario, el informe —y en especial el de Manchester— los describe como sumamente débiles y sólo Barry afirma que son sanos, pero también afirma que en Escocia, donde realizó sus inspecciones, *casi no trabajaban mujeres casadas*; por añadidura, en Escocia —y con la excepción de Glasgow— la mayor parte de las fábricas se hallan en el campo y esto contribuye mucho más al fortalecimiento de los niños. Los hijos de obreros en las inmediaciones de Manchester tienen casi todos un aspecto fresco y floreciente, mientras que en la ciudad es pálido y escrofuloso; pero con el noveno año de vida sus colores se pierden súbitamente, porque allí es cuando se los envía a la fábrica y poco después ya resulta imposible distinguirlos de los niños de la ciudad.

Pero además existen algunos ramos del trabajo fabril que tienen consecuencias particularmente nocivas. En los recintos de las hilanderías de algodón y lino flota una cantidad de polvillo filamentosos, el cual produce dolencias pectorales, especialmente en las salas de cardado y rastrillado. Algunas constituciones pueden tolerarlo; otras, no. Pero el obrero no tiene opción, debe aceptar la sala en la cual halle trabajo, tenga el pecho sano o no. Las consecuencias más corrientes de la aspiración de ese polvillo son los esputos sanguinolentos, una respiración pesada y sibilante, dolores en el pecho, tos, insomnio, resumiendo: todos los síntomas del asma, que en el peor de los casos concluyen en la consunción (cf. Stuart, págs. 13, 70, 101, Mackintosh, pág. 24, etc., Power Rept. on Nottingham, on Leeds, Cowell, pág. 33, etc., Barry, pág. 12 [cinco en una fábrica], págs. 17, 44, 52, 60, etc.; asimismo en el informe de éste; Loudon, pág. 13, etcétera, etcétera). Pero especialmente insalubre resulta el hilado húmedo del hilo de lino, que efectúan muchachas jóvenes y niños. El agua les salpica de los husos mojándoles el cuerpo, de tal suerte

que la parte anterior de sus vestidos se halla permanentemente empapada hasta la piel y el piso está permanentemente cubierto de agua. En menor medida esto también se produce en los cuartos de doblado de las fábricas de algodón, siendo la consecuencia de ello constantes resfriados y afecciones pectorales. Es común a todos los obreros fabriles una voz ronca y áspera, pero sobre todo a los hilanderos en húmedo y a los dobladores. Stuart, Mackintosh y Sir D. Barry se expresan en los términos más enérgicos acerca de la insalubridad de este trabajo y de la escasa consideración de la mayor parte de los fabricantes por la salud de las muchachas que lo efectúan. Otro efecto de la hilatura del lino lo constituyen peculiares deformaciones del hombro, en especial la prominencia del omóplato derecho, derivadas de la naturaleza del trabajo. Este modo de hilar, así como el hilado del algodón en la *throstle*, también producen, a menudo, afecciones de la rótula, que se emplea para sostener el huso mientras se anudan los hilos rotos. La frecuente necesidad de agacharse en estas dos especialidades laborales así como la baja altura de las máquinas tienen por consecuencia, en general, un crecimiento insuficiente. En el cuarto de las *throstles* de la fábrica de Manchester en la cual trabajé, no recuerdo haber visto ni una sola muchacha espigada y de talla elevada; todas eran pequeñas, de crecimiento defectuoso y estructura curiosamente comprimida, decididamente feas en toda su contextura física. Pero además de todas estas enfermedades y deformaciones, los obreros también deben sufrir daños en sus miembros de una manera diferente. El trabajo entre las máquinas acarrea una cantidad de accidentes de naturaleza más o menos seria y que por añadidura tienen para el obrero la consecuencia de incapacitarlo total o parcialmente para sus tareas. Lo más frecuente es la pérdida por compresión de una sola falange de un dedo, siendo ya más raro que las ruedas aprisionen y trituren dedos enteros, media mano o toda ella, un brazo, etcétera. Muy a menudo, después de estos accidentes, inclusive de los más leves, se produce el trismo, acarreado la muerte. Además de los numerosos deformes, también se ve circular por Manchester a gran cantidad de mutilados; a uno le falta el brazo o el antebrazo, a otro un pie, al tercero media pierna; se tiene la sensación de vivir entre un ejército que acaba de retornar de una campaña. Pero las partes más peligrosas de la maquinaria las constituyen las poleas que transmiten la energía motriz del eje troncal a las diversas máquinas, especialmente cuando tienen hebillas, las cuales, no obstante, hoy ya es raro encontrar. Cuando estas poleas cogen a alguien, la fuerza motriz lo arrastra con la velocidad de una saeta, golpeándole contra el techo, hacia arriba, y contra el suelo, hacia abajo, con tal ímpetu, que

difícilmente le quede un hueso sano en todo el cuerpo, sucediéndose la muerte al instante. Entre el 12 de junio y el 3 de agosto de 1844,³⁸ el *Manchester Guardian* informa acerca de los siguientes accidentes *serios*, sin mencionar siquiera los casos más leves: 12 de junio: un niño murió en Manchester a causa de un trismo producido por aplastársele una mano entre engranajes.— 15 de junio:³⁹ un muchacho en Saddleworth, cogido y arrastrado por una rueda, murió totalmente destrozado.— 29 de junio: un joven en Greenacres Moor, cerca de Manchester, que trabajaba en una fábrica de máquinas, cayó bajo una piedra de amolar, la cual le fracturó dos costillas y le produjo grandes desgarraduras.— 24 de julio: una muchacha en Oldham murió al ser arrastrada en círculo cincuenta veces por una polea; no le quedó ni un solo hueso sano.— 27 de julio: en Manchester, una muchacha cayó en el *blower* (la primera máquina que elabora el algodón en bruto), muriendo a causa de las mutilaciones sufridas.— 3 de agosto: en Dukinfield murió un tornero bobinador, arrastrado por una polea; todas sus costillas estaban fracturadas.— El Hospital de Manchester, solamente en 1843, debió curar 962 heridas y mutilaciones producidas por maquinaria, mientras que el número de todos los restantes accidentes registrados en el ámbito del hospital ascendían a 2.426; de modo que a cinco accidentes por todas las demás causas correspondían dos ocasionados por maquinaria. No se incluyen aquí los accidentes ocurridos en Salford, así como tampoco los que fueron curados por médicos particulares. En estos casos de accidentes, sin que importe si los mismos incapacitan para el trabajo o no, los fabricantes a lo sumo pagan el médico y, en algún caso muy extremo, el salario mientras dure el tratamiento; en cambio les resulta indiferente qué se hará luego del obrero si éste no puede trabajar.

Acerca de este asunto, el informe fabril dice lo siguiente: que en todos los casos debe responsabilizarse al fabricante, ya que los niños no saben cuidarse y los adultos ya lo harían en su propio interés. Pero quienes escriben este informe son burgueses, y por eso deben contradecirse, y a continuación gastar toda suerte de palabrerío acerca de la «temeridad culpable» (*culpable temerity*) de los obreros. Tanto da. La cuestión es ésta: si los niños no *saben* cuidarse, entonces hay que prohibir el trabajo infantil. Si los adultos no se *cuidan* como corresponde, entonces, una de dos: o bien son niños, se hallan en una etapa de su instrucción que no les permite reconocer el peligro en toda su magnitud —¿y quién

38. En las ediciones de 1845 y 1892, erróneamente: 1843.

39. En las ediciones de 1845 y 1892, erróneamente: 16 de junio.

tiene la culpa de ello sino la burguesía, que los mantiene en una situación en la cual no *pueden* instruirse?—, o bien las máquinas están mal dispuestas y deben ser rodeadas de barandas o separaciones, aunque ello le resulte molesto al burgués, o bien el obrero tiene motivos que superan el peligro que le amenaza: debe trabajar aprisa para ganar dinero y no tiene tiempo para cuidarse, etc.; también en este caso la culpa la tiene el burgués. Muchos accidentes ocurren, por ejemplo, cuando los obreros tratan de limpiar máquinas que se hallan en movimiento. ¿Por qué? Porque el burgués obliga a los obreros a limpiar las máquinas durante sus horas libres, mientras están detenidas, y es natural que el obrero no tenga ganas de que le quiten parte de su tiempo libre. Cada hora libre vale tanto para el obrero, que a menudo prefiere exponerse dos veces por semana a un peligro mortal antes que sacrificársela al burgués. Haced que los fabricantes tomen de la jornada de trabajo el tiempo necesario para la limpieza de las máquinas y ya no habrá ningún obrero a quien se le ocurra limpiar maquinaria en funcionamiento. En suma, en todos los casos la culpa recae, en última instancia, sobre el fabricante, a quien en el caso más benigno cabría reclamarle el subsidio vitalicio del obrero que ha quedado incapacitado para el trabajo, o el de su familia en casos de accidentes mortales. En los primeros tiempos de la industria, los accidentes eran relativamente mucho más numerosos que en la actualidad porque las máquinas eran peores, más pequeñas, estaban más apretujadas y casi no tenían protección alguna. Pero, tal como lo demuestran los datos arriba proporcionados, su número es aún suficientemente grande como para suscitar reparos acerca de una situación que permite que se produzcan tantas mutilaciones y lesiones en beneficio de una única clase y que más de un laborioso obrero quede librado, en virtud de un accidente sufrido al servicio de la burguesía y por culpa de ésta, a la miseria y el hambre.

¡Qué hermosa serie de enfermedades, engendrada únicamente por la abominable codicia de dinero de la burguesía! ¡Mujeres incapacitadas de tener familia, niños deformes, hombres debilitados, miembros triturados, generaciones íntegras estropeadas, infestadas de debilidad y enfermedades, tan sólo para llenar los bolsillos de la burguesía! Y cuando leemos aún la barbarie de los casos individuales, cómo los capataces sacan a los niños desnudos de la cama, llevándolos a las fábricas, ropas en mano, a golpes y puntapiés (v.g. Stuart, pág. 39, etcétera), cómo se les quita el sueño a golpes, cómo a pesar de ello se duermen sobre su trabajo, cómo un pobre niño, aún en sueños y después de haber sido detenida la máquina, se incorporó de un salto al grito del capataz, efectuando con los ojos cerrados las manipulaciones de su tarea, cuando leemos cómo

los niños, demasiado cansados para irse a su casa, se ocultan en el cuarto de secado bajo la lana para dormir allí, pudiendo ser sólo expulsados de la fábrica a correazos, cómo centenares regresaban tan cansados a sus hogares por la noche que la somnolencia y la falta de apetito no les permitía ingerir su cena, que sus padres los encontraban arrodillados ante la cama, donde se habían quedado dormidos durante su plegaria; cuando leemos todo esto, y cien otras infamias y depravaciones en ese solo informe, todas ellas fruto de declaraciones juradas, confirmadas por varios testigos, pronunciadas por hombres a quienes los propios comisarios califican de fidedignos, cuando se piensa que se trata de un informe «liberal», de un informe de la burguesía,⁴⁰ para dar por tierra con el informe anterior de los *tories* y establecer la pureza de corazón de los fabricantes, que los propios comisarios están del lado de la burguesía y que informan todo esto contra su voluntad, entonces ¿no hemos de indignarnos, de enfurecernos contra esta clase que blasona de filantropía y sacrificio, mientras que únicamente le importa llenarse sus bolsas *à tout prix*?⁴¹ Veamos entretanto cómo se expresa la burguesía por boca de su siervo escogido, el doctor Ure:

Según relata éste en su *Philosophy of Manufactures*, pág. 277 y ss., se habría apuntado a los obreros que su salario no guardaba relación con sus sacrificios, con lo cual se perturbó la buena relación entre patronos y obreros. En lugar de ello, los obreros hubiesen debido congraciarse mediante la laboriosidad y la atención, regocijándose por la utilidad de sus patronos, y entonces también ellos hubiesen llegado a ser capataces, gerentes y finalmente asociados, y de ese modo (¡oh, sabiduría, que hablas cual paloma!) ¡hubiesen «incrementado a la vez la demanda de trabajo en el mercado»! «Si los obreros no estuviesen tan intranquilos, el sistema fabril se hubiese desarrollado mucho más benéficamente aún.» A esto sigue una extensa jeremiada acerca de los muchos desacatos de los obreros y, en ocasión de un paro de actividades laborales de los obreros mejor remunerados, los hilanderos finos, la siguiente ingenua manifestación:

«Más aún, fue su elevado salario el que les permitió mantener un comité asalariado y, en hipertrofia nerviosa, engordar mediante una dieta demasiado fuerte y excitante para su trabajo!» (Pág. 298.)

40. En la edición de 1892: un informe burgués.

41. A cualquier precio.

Veamos cómo describe el burgués el trabajo infantil:

«He visitado varias fábricas, en Manchester y sus alrededores, y jamás he visto niños maltratados, sometidos a castigos físicos o siquiera malhumorados. Todos parecían *alegres (cheerful)* y *despiertos, complacidos (taking pleasure)* por el fácil juego de sus músculos, *gozando en su plena medida* la movilidad natural de su edad. La escena de la industria, muy lejos de suscitar en mi ánimo emociones tristes, siempre me *alegró*. Resultaba *encantador (delightful)* observar la presteza con que anudaban los hilos cortados mientras retornaba el carro de la *mule*, y verlos ociosos mientras, luego de que sus tiernos deditos habían estado en actividad durante unos pocos segundos, se *divertían* en toda suerte de posturas imaginables hasta que se hubiese acabado nuevamente el estirado y el bobinado. El trabajo de estos *ligeros (lively)* elfos parecía asemejarse a un *juego*, en el cual su ejercitación les daba una dócil pericia. Conscientes de su habilidad, les regocijaba mostrarse ante cualquier extraño. Ni rastros de agotamiento, ya que en cuanto llegaban de la fábrica, comenzaban de inmediato a corretear en el primer campo de juegos que encontraban, con la misma vivacidad que los niños que acaban de llegar de la escuela». (Pág 301.)

(¡Naturalmente, como si el movimiento de todos los músculos no fuese una necesidad inmediata para el cuerpo, que ha quedado rígido y flojo a la vez! Pero Ure hubiese debido esperar, para ver si esa excitación momentánea no había desaparecido apenas transcurridos algunos minutos. ¡Y, de cualquier manera, Ure sólo podía ver esto a *mediodía*, después de cinco a seis horas de trabajo, pero no al *atardecer*!) En lo que a la salud de los obreros respecta, el burgués tiene el ilimitado descaro de remitirse al informe de 1833, que acabamos de citar y extractar en mil lugares, como prueba de la excelente salud de estas gentes, y de pretender demostrar, mediante citas aisladamente arrancadas, que en ellas no se encuentra ni rastro de escrófulas y —cosa totalmente correcta— que el sistema fabril las libera de todas las enfermedades agudas (aunque naturalmente pasa en silencio la circunstancia de que, en cambio, se les echan encima todas las enfermedades crónicas). Es necesario saber que el informe consta de tres gruesos volúmenes *in folio*, que a un bien alimentado burgués inglés no se le ocurre estudiarlos para poder comprender el descaro con que nuestro amigo Ure prende en el público inglés las mentiras más groseras. Veamos aún lo que manifiesta acerca de la ley fabril de 1833,⁴² promulgada por la burguesía liberal, que sólo impone al fabri-

42. En Engels, aquí y en lo sucesivo (págs. 424-425), erróneamente, 1834.

cante las limitaciones más imprescindibles, como ya veremos. Sostiene que esta ley, y en especial la escolaridad obligatoria, es una medida absurda y despótica contra los fabricantes. En virtud de ella, todos los niños menores de doce años han quedado desocupados y ¿cuál es la consecuencia? Que los niños, así despedidos de su fácil y útil trabajo, no reciben ya instrucción alguna; *expulsados del cálido cuarto de biliar hacia el frío mundo*, sólo existen ya por la mendicidad y el hurto, ¡vida ésta que contrasta tristemente con su situación, en constante mejoramiento, en la fábrica y en la escuela dominical! Afirma que esta ley agrava, bajo la máscara de la filantropía, los padecimientos de los pobres, obstaculizando al extremo, cuando no deteniendo por completo la útil tarea de los fabricantes *conscientes* (págs. 405, 406 ss.).

Ya desde temprano, los efectos destructivos del sistema fabril comenzaron a atraerse la atención general. Ya hemos hablado de la ley de aprendices de 1802. Más tarde, hacia 1817, Robert Owen, quien luego habría de ser el fundador del socialismo inglés y que a la sazón era fabricante en New Lanark, Escocia, comenzó a presentar, mediante petitorios y memoranda dirigidos al poder ejecutivo, la necesidad de garantías legales para la salud de los obreros y en especial de los niños. El difunto Sir R. Peel, así como otros filántropos, se sumaron a él, logrando sucesivamente las leyes fabriles de 1819,⁴³ 1825 y 1831, de las cuales las dos primeras no fueron acatadas en absoluto y la última sólo en forma ocasional. Esta ley de 1831, basada en el proyecto de Sir J. C. Hobhouse, establecía que en ninguna fábrica de algodón podían trabajar menores de 21 años de noche, vale decir entre las siete y media de la tarde y las cinco y media de la mañana, y que en todas las fábricas los jóvenes menores de 18 años a lo sumo podían trabajar 12 horas diarias y 9 horas los sábados. Pero, puesto que los obreros no podían atestiguar en contra de sus patronos sin ser despedidos, de poco sirvió esta ley. En las grandes ciudades, donde los obreros eran más inquietos, se produjo con todo un convenio de los fabricantes de mayor importancia en el sentido de acatar la ley, pero incluso allí hubo muchos que, al igual que los fabricantes rurales, no se preocuparon en absoluto por ella. Entretanto se había despertado entre los obreros el anhelo de un *bill* de las diez horas, es decir, de una ley que prohibiese a todos los menores de dieciocho años trabajar durante más de diez horas; mediante la agitación, las asociaciones obreras elevaron este deseo de la generalidad de la población fabril, la sección humanitaria del partido *tory*, dirigida a la sazón por

43. En Engels, erróneamente: 1818.

Michael Sadler, recogió este plan y lo sometió al Parlamento. A Sadler se le concedió un comité parlamentario para investigar el sistema fabril, el cual rindió su informe en la sesión de 1832. Este informe era decididamente parcial, puesto que fue redactado únicamente por enemigos del sistema fabril y con fines partidarios. Sadler permitió que su noble pasión lo indujese a formular las afirmaciones más torvas e incorrectas, y ya mediante el modo de formular sus preguntas sonsacaba a los testigos respuestas que, si bien contenían elementos de verdad, lo hacían de una forma errónea y oblicua. Los fabricantes, indignados por un informe que los presentaba como monstruos, pidieron entonces ellos mismos una investigación oficial; sabían que *ahora* un informe exacto no podía sino serles útil, sabían que el gobierno estaba en manos de los *whigs*, auténticos burgueses con quienes estaban en buenos términos y cuyos principios se oponían a una restricción de la industria; en efecto, obtuvieron una comisión integrada únicamente por burgueses liberales, cuyo informe resultó ser el mismo que tan a menudo he citado hasta aquí. Este informe se acerca *un poco* más a la verdad que el del comité de Sadler, pero sus divergencias con respecto a ella van en sentido opuesto. En cada una de sus páginas revela simpatía para con los fabricantes, recelo para con el informe de Sadler, aversión frente a los trabajadores independientes y a quienes apoyan el *bill* de las diez horas; en ninguna parte reconoce el derecho de los obreros a una existencia humana, a una actividad propia y a poseer opiniones propias; les *reprocha* que en el *bill* de las diez horas hayan pensado no sólo en los niños, sino también en sí mismos, califica a los obreros agitadores de demagogos, malévolos, malintencionados, etc., en suma, que se halla del lado de la burguesía... y no obstante no puede dejar limpios a los fabricantes, y no obstante queda pesando sobre los hombros de los fabricantes semejante cantidad de ignominias, según su propia confesión, que inclusive después de este informe quedan totalmente justificados la agitación en favor del *bill* de las diez horas, el odio de los obreros contra los fabricantes y los más duros calificativos aplicados a estos últimos por el comité. Con la única diferencia de que, mientras que el informe de Sadler reprocha a los fabricantes una brutalidad franca y desembozada, ahora se revelaba que esa brutalidad se ejercía mayormente bajo la máscara de la civilización y el humanitarismo. ¡Si hasta el propio Dr. Hawkins, comisario médico de Lancashire, se declara partidario del *bill* de las diez horas ya en la primera línea de su informe! Y el comisario Mackintosh declara personalmente que su informe no contiene toda la verdad, puesto que es muy difícil inducir a los obreros a testimoniar en contra de sus empleadores y que los fabricantes —ya de por

sí, y a causa de la excitación imperante entre los obreros, obligados a ceder frente a ellos en mayor proporción— muy a menudo estaban preparados para la visita de la comisión,⁴⁴ habiendo barrido las fábricas, reducido la velocidad del movimiento de las máquinas, etcétera. Especialmente en Lancashire empleaban el truco de presentar a la comisión a los capataces de las salas de trabajo como «obreros», haciendo que éstos atestiguaran en favor del humanitarismo de los fabricantes, de los efectos saludables del trabajo y de la indiferencia, y hasta la aversión de los obreros, por el *bill* de las diez horas. Pero estos capataces ya no son obreros auténticos, sino desertores de su clase que, a cambio de un salario más elevado, se han puesto al servicio de la burguesía y luchan contra los obreros en el interés de los capitalistas. Sus intereses son los de la burguesía y por ello los obreros los odian casi más que a los propios fabricantes. Y sin embargo, este informe es totalmente suficiente para demostrar la más ignominiosa desconsideración de la burguesía fabricante para con sus obreros, toda la infamia del sistema de explotación industrial en toda su inhumanidad. Nada es más indignante que ver contrapuestos aquí en este informe, de un lado, el extenso registro de enfermedades y deformaciones producidas por el exceso de trabajo y, de otro lado, la fría y calculadora economía nacional de los fabricantes, en la cual éstos tratan de demostrar con números que ellos y toda Inglaterra deben sucumbir si ya no se les permite convertir anualmente a determinado número de niños en tullidos; sólo el impúdico lenguaje del señor Ure, que acabo de citar, sería aún más indignante, si no fuese demasiado ridículo.

Consecuencia de este informe fue la ley de fábricas de 1833, que prohibió el trabajo de niños menores de nueve años (con excepción de las fábricas de seda), restringió la jornada laboral de los niños entre 9 y 13 años a 48 horas semanales o a lo sumo 9 horas diarias y la de los adolescentes entre los 13 y los 18 años cumplidos a 69 horas semanales o a lo sumo 12 horas diarias, fijó un mínimo de una hora y media de intervalo para las comidas y prohibió nuevamente el trabajo nocturno para todos los menores de 18 años. Al mismo tiempo se instauró la asistencia escolar obligatoria de dos horas diarias para todos los niños menores de 14 años, declarándose pasible de sanción al fabricante que ocupase a niños desprovistos del certificado de trabajo extendido por el médico fabril o del certificado de asistencia escolar extendido por el maestro. En cambio podía retener semanalmente del salario del niño un penique para el maestro. Además se nombraron médicos fabriles e ins-

44. En la edición de 1845, erróneamente: visita de los fabricantes.

pectores autorizados a concurrir a la fábrica en cualquier momento, a tomar declaración jurada a los obreros y a velar por el acatamiento de la ley mediante demanda ante el juzgado de paz. ¡Esta es la ley que provoca los ilimitados denuestos del Dr. Ure!

La consecuencia de la ley, y en especial del nombramiento de inspectores, fue que la jornada laboral se redujo en promedio a doce y hasta trece horas, sustituyéndose a los niños lo mejor que se pudo. De ese modo desaparecieron casi por completo algunos de los males más clamorosos; las deformaciones sólo se producían ya en el caso de constituciones sumamente débiles y los efectos del trabajo se manifestaron de modo no tan patente. Sin embargo, en el informe fabril tenemos testimonios suficientes en el sentido de que los males menores —hinchazón de las articulaciones del pie, debilidad y dolores en las piernas, caderas y columna vertebral, venas varicosas, ulceraciones en las extremidades inferiores, debilidad general, en especial debilitamiento del bajo vientre, propensión a los vómitos, falta de apetito alternando con hambre voraz, indigestiones, hipocondría, además de los malestares de pecho causados por el polvillo y la atmósfera viciada de las fábricas, etc. etc.— se seguían produciendo todos en las fábricas y en aquellos individuos que trabajaban según las prescripciones de la ley de Sir J. C. Hobhouse, esto es, doce y hasta trece horas como máximo. En este sentido cabe comparar especialmente los informes de Glasgow y Manchester. Estos males han persistido incluso después de la ley de 1833 y prosiguen hasta el día de hoy socavando la salud de la clase trabajadora. Se ha velado para que la brutal avidez de ganancias de la burguesía adoptase una forma hipócrita y civilizada, que los fabricantes, detenidos por el brazo de la ley en la comisión de infamias demasiado flagrantes, tengan tantas mayores razones aparentes para sacar a relucir autocomplacientemente su mentido humanitarismo; y esto es todo. Si hoy saliese una nueva comisión fabril, encontraría que la mayor parte de las cosas se hallan en su antigua situación. En lo que a la extemporánea obligatoriedad escolar respecta, la misma no produjo efecto alguno, ya que el gobierno no veló al mismo tiempo por la implantación de buenas escuelas. Los fabricantes empleaban a obreros que habían concluido de prestar sus servicios, a quienes enviaban los niños durante dos horas diarias, con lo cual satisfacían la letra de la ley; pero los niños nada aprendían. Y hasta los informes de los inspectores de fábricas, quienes solamente se limitaban a lo que es su función —vale decir, al acatamiento de la ley de fábricas— dan material suficiente como para poder deducir de ellos la necesaria persistencia de los males mencionados. En sus informes de octubre y diciembre de

1843, los inspectores Horner y Saunders relatan que, en aquellos ramos laborales en los que puede prescindirse del trabajo infantil o en que puede sustituirse a los niños por adultos que han quedado desocupados, gran cantidad de fabricantes hace trabajar de 14 a 16 horas, y más aún. Entre aquéllos hay especialmente muchos jóvenes que acaban de sustraerse, por edad, a la ley. Otro violan directamente la ley, abrevian las horas libres, hacen trabajar a los niños por lapsos más prolongados que los permitidos y se arriesgan a una denuncia, puesto que la eventual multa es muy exigua en comparación con el beneficio que les reporta la transgresión. Especialmente ahora, en que los negocios son especialmente buenos, los fabricantes se sienten grandemente tentados a cometerlas.

Sin embargo, entre los obreros no cesó la agitación por las diez horas; en 1839 estaba nuevamente en pleno auge, y el lugar del difunto Sadler fue ocupado, en la Cámara Baja, por Lord Ashley, a quien se sumó Richard Oastler, ambos *tories*. Sobre todo Oastler, que agitaba de continuo en los distritos obreros y que ya lo había hecho en tiempos de Sadler, era especialmente favorito de los obreros. Éstos sólo se referían a él como a su «buen anciano rey», al «rey de los niños de las fábricas», y en todos los distritos fabriles no hay un solo niño que no lo conozca y venere, que no salga a su encuentro, con los demás, en procesión, cuando llega a su ciudad. Oastler también se opuso muy enérgicamente a la nueva ley de los pobres, por lo cual un tal señor Thornhill, un *whig* de cuya hacienda era administrador y a quien debía una suma, lo hizo encarcelar por deudas. Los *whigs* le ofrecieron repetidamente pagar su deuda, favorecerlo de otras maneras, si abandonaba su oposición contra la ley de los pobres. En vano. Permaneció en la cárcel y desde allí envió sus *Fleet papers* contra el sistema fabril y la ley de los pobres.

El gobierno *tory* de 1841 volvió a centrar su atención en las leyes fabriles. El ministro del interior, Sir James Graham, propuso en 1843 un *bill* en virtud del cual la jornada laboral de los niños se reducía a 6 1/2 horas y se intensificaba la obligatoriedad escolar; pero el aspecto principal del proyecto lo constituía la edificación de mejores escuelas. Sin embargo, este *bill* fracasó a causa de los celos de los *dissenters*;⁴⁵ pese a que la obligatoriedad para los niños de los *dissenters* no se extendió a la enseñanza religiosa, la escuela había sido puesta en general bajo la supervisión de la iglesia estatal, y puesto que la Biblia debía constituir el libro de lectura general y en consecuencia la religión debía constituir la base de toda la enseñanza, los *dissenters* se sintieron amenazados. Los

45. Disidentes (los protestantes no pertenecientes a la Iglesia estatal anglicana).

fabricantes, y en general los liberales, se sumaron a ellos, los obreros estaban divididos a causa de la cuestión eclesiástica, y por ende permanecieron inactivos, la oposición contra el *bill* reunió cerca de dos millones de firmas para sus petitorios, a pesar de haber sido derrotada en las grandes ciudades fabriles, como por ejemplo Salford y Stockport, y de que en otras, como Manchester, sólo pudo atacar algunos puntos del *bill* por temor a los obreros, y Graham permitió que se le intimidase a tal punto que retiró todo el *bill*. Al año siguiente omitió las disposiciones relativas a las escuelas, proponiendo solamente fijar, en lugar de las disposiciones vigentes hasta ese momento, el trabajo de los niños entre ocho y trece años en 6 1/2 horas diarias, y ello de tal manera que tuviesen completamente libre la mañana o bien la tarde, el de los adolescentes entre trece y dieciocho años y el de todas las mujeres en doce horas, y además introducir algunas restricciones a la hasta entonces frecuente elusión de la ley. En cuanto presentó su proyecto, la agitación por las diez horas recomenzó con mayor violencia que nunca. Oastler fue puesto en libertad, pues un número de sus amigos y una colecta efectuada entre los obreros habían abonado su deuda, y se lanzó al movimiento con todas sus energías. Los partidarios del *bill* de las diez horas en la Cámara Baja habían aumentado, las grandes cantidades de petitorios en favor del *bill* de las diez horas que fueron cursadas le granjearon renovados apoyos y el 19 de marzo de 1844 Lord Ashley logró que se aprobase, mediante una mayoría de 179 votos contra 170; la resolución de que el término «noche» en el *bill* de fábricas expresase el lapso comprendido entre la seis de la tarde y las seis de la mañana, con lo cual, en consecuencia, con la prohibición del trabajo nocturno, el horario de trabajo, inclusive las horas libres, quedaba fijado en 12 horas y, de hecho, las horas libres exclusivas quedaban fijadas en 10. Pero el ministerio no estaba de acuerdo con ello. Sir James Graham comenzó a amenazar con una renuncia del gabinete ¡y a la siguiente votación sobre un artículo del *bill*, la cámara rechazó, por pequeñas mayorías, tanto las diez como las doce horas! Graham y Peel declararon entonces que presentarían un nuevo *bill* y que, si no se aprobaba, renunciarían; el nuevo *bill* era exactamente el viejo bill de las doce horas, solamente con modificaciones de forma, ¡y la misma Cámara Baja que en marzo había rechazado este *bill* en sus puntos principales, lo aceptó ahora, en mayo, en su integridad! La causa de ello fue que la mayor parte de quienes apoyaban el *bill* de las diez horas eran *tories*, quienes prefirieron abandonar el *bill* que el ministerio; pero sean cuales hayan sido los motivos, en virtud de estas votaciones, una de las cuales revocaba la anterior, la Cámara Baja se granjeó el

mayor desprecio entre todos los obreros, demostrando incluso brillantemente la necesidad de su reforma, tal como afirmaban los cartistas. Tres miembros que habían votado anteriormente contra el ministerio, votaron luego a favor, con lo cual lo salvaron. En todas las votaciones, la mayoría de la oposición votó *a favor* del gabinete y la mayoría de los ministeriales votó *contra* el gabinete.*⁶² En consecuencia, los proyectos anteriormente citados de Graham acerca de las respectivas jornadas laborales de 6 1/2 y 12 horas de ambas clases de obreros se hallan fijados ahora por ley y en virtud de ello, así como a consecuencia de la restricción de la recuperación del tiempo perdido (cuando se rompía la maquinaria o cuando la energía hidráulica escaseaba demasiado por heladas o sequía) y de otras restricciones menores, una jornada laboral superior a las doce horas se ha vuelto casi imposible. Entretanto, no cabe duda alguna acerca de que en un lapso sumamente breve se aprobará realmente el *bill* de las diez horas. Naturalmente, casi todos los fabricantes están en contra y acaso no haya siquiera diez que estén a favor; han echado mano a todos los medios, honestos y deshonestos, contra ese proyecto que aborrecen, pero ello no les sirve sino para granjearse cada vez más el odio de los obreros. El *bill* se aprobará igualmente, pues los obreros pueden lo que *quieren*, y durante la primavera pasada han demostrado que quieren el *bill* de las diez horas. Los argumentos economicopolíticos de los fabricantes, según los cuales el *bill* de las diez horas acrecienta los costos de producción, que de ese modo incapacita a la industria inglesa para luchar contra la competencia extranjera, que el salario deberá caer necesariamente, etc., sólo son *verdades a medias*, pero no demuestran sino que la grandeza industrial de Inglaterra sólo puede mantenerse mediante un bárbaro tratamiento de los obreros, mediante la destrucción de la salud, el descuido social, físico e intelectual de generaciones enteras. Desde luego que si la ley de las diez horas fuese una medida definitiva, Inglaterra se arruinaría a causa de ella; pero puesto que acarrea necesariamente otras medidas que deben llevar a Inglaterra por derroteros totalmente diferentes a los transitados hasta ahora, por ello será un progreso.

Aboquémonos ahora a otro aspecto del sistema fabril, más difícil de eliminar mediante disposiciones legales que las enfermedades que de él derivan. Ya hemos hablado en general de la índole del trabajo y lo

*62. Como es sabido, en la misma sesión la Cámara Baja quedó una vez más en ridículo de esta manera en la cuestión del azúcar, en la cual votó primeramente en contra y luego a favor de los ministros, después de emplearse el «látigo gubernamental».

hemos hecho en forma suficientemente exhaustiva como para poder extraer conclusiones ulteriores de lo expuesto. La supervisión de máquinas, el anudamiento de hilos rotos no es una actividad que exija pensar al obrero, pero por otro lado es de tal naturaleza que impide al obrero ocupar su intelecto en otras cosas. Al mismo tiempo hemos visto que esta tarea tampoco ofrece un ámbito para el desarrollo de los músculos, de la actividad física. De este modo no es, en realidad, un trabajo, sino el aburrimiento puro, lo más mortalmente fatigoso que existe; el obrero fabril está condenado a dejar que sus energías físicas y mentales decaigan por completo en ese hastío, su oficio consiste en aburrirse durante todo el día a partir del octavo año de vida. A todo esto, no puede apartarse de su tarea ni un instante, ya que la máquina de vapor está en marcha todo el día, los engranajes, las poleas y los husos le zumban y rechinan de continuo en los oídos, y si quiere descansar siquiera por un instante, de inmediato tiene tras de sí al capataz con su libro de multas. Los obreros sienten como la más ruda de las torturas esta condena de ser enterrados vivos en la fábrica, a vigilar constantemente la máquina incansable. Pero esta labor también produce un efecto en sumo grado insensibilizador, tanto sobre el cuerpo como sobre el espíritu del obrero. Realmente no es posible inventar mejor método de atontamiento que el trabajo fabril y si a pesar de ello los obreros de las fábricas no sólo han salvado su raciocinio, sino que también lo han cultivado y aguzado más que otros, ello sólo fue posible gracias a su indignación contra su destino y contra la burguesía, lo único que, después de todo, aún podían pensar y sentir además durante el trabajo. Y si esta indignación contra la burguesía no se convierte en el sentimiento predominante en el obrero, la consecuencia necesaria es la bebida y, en general, todo aquello que se califica habitualmente de desmoralización. Ya el debilitamiento físico y las enfermedades generalizadas como consecuencia del sistema fabril le resultaron suficientes al comisario oficial Hawkins para deducir de ellas la necesidad de esta desmoralización; ¡cuánto más entonces, si además se suma a ello el debilitamiento intelectual, y las circunstancias ya mencionadas, que tientan a *cualquier* obrero a la desmoralización, también hacen sentir aquí sus influjos! Por ello no debemos sorprendernos de que, especialmente en las ciudades fabriles, el alcoholismo y el libertinaje sexual hayan alcanzado los niveles que ya he descrito con anterioridad.*⁶³

*63. Veamos aún lo que dice un juez competente: «Si se toma en consideración el ejemplo de los irlandeses, junto con el trabajo incesante de toda la clase que fabrica

Prosigamos. La esclavitud en la cual la burguesía ha maniatado al proletariado no surge a la luz del día, en ninguna parte y con mayor claridad, que en el sistema fabril. Aquí termina, de hecho y de derecho, toda libertad. El obrero debe estar en la fábrica a las cinco y media de la mañana; si llega unos pocos minutos más tarde, se le multa, y si llega diez minutos más tarde, no se le permite la entrada hasta después del desayuno y pierde un cuarto de día de su salario (aunque solamente deja de trabajar 2 1/2 de las 12 horas). Debe comer, beber y dormir según órdenes. Para satisfacer sus necesidades más perentorias dispone del mínimo extremo de tiempo necesario para ello. Al fabricante no le preocupa si su vivienda se halla a media o a una hora de distancia de la fábrica. La campana despótica lo llama haciéndolo levantarse de la cama, del desayuno y de la mesa en la cual almuerza.

¡Y lo que aún tiene que pasar en la fábrica! Allí, el fabricante es legislador absoluto. Promulga reglamentaciones fabriles tales como le vienen en gana; modifica su código y le efectúa adiciones a su antojo; y cuando hace figurar en él las cosas más disparatadas, los tribunales dicen al obrero:

«Después de todo, érais vuestros propios amos y señores y no teníais por qué aceptar semejante contrato si no teníais ganas de hacerlo; pero ahora que habéis aceptado voluntariamente ese contrato, debéis acatarlo».

Y de este modo el obrero aún debe aceptar la burla del juez de paz, que por su parte es un burgués, y de la ley, que ha sido promulgada por la burguesía. Bastante a menudo se han dictado fallos como éste. En

el algodón, nos sorprenderemos menos por su terrible desmoralización. La prosecución día tras día, año tras año, de un trabajo permanente y agotador, no resulta apropiado para desarrollar las capacidades intelectuales y morales del hombre. La triste rutina de un inacabable tráfico (*drudgery*), en el cual se recorre una y otra vez el mismo proceso mecánico, se asemeja al tormento de Sísifo; el peso del trabajo, a semejanza de la roca, vuelve a caer, una y otra vez, sobre el exhausto obrero. El espíritu no adquiere conocimientos ni actividad pensante en virtud del eterno trabajo de los mismos músculos; la razón se adormece en una obtusa pereza, pero la parte más grosera de nuestro natural adquiere exuberante desarrollo. Condenar al hombre a semejante tarea significa cultivar las predisposiciones animales que hay en él. Se torna indiferente, repudia los instintos y hábitos que caracterizan a su especie. Descuida las comodidades y las alegrías más refinadas de la vida, vive en una sucia miseria, con una magra alimentación, y dilapida el resto de sus ganancias en excesos». Dr. J. P. Kay, *loc. cit.*

octubre de 1844; los obreros del fabricante Kennedy, de Manchester, pararon en su trabajo. Kennedy los demandó basándose en una disposición fijada en su fábrica: ¡la de que nunca pueden rescindir su contrato más de dos obreros de cada sala a la vez! Y el tribunal le dio la razón y la respuesta arriba citada a los obreros. (*Manchester Guardian*, 30 de octubre.) ¡Y cuán comunes son estas reglas! Veamos: 1) Las puertas de la fábrica se cierran 10 minutos después de iniciarse el trabajo, y no se permite la entrada a nadie hasta el desayuno. Quien se halle ausente durante este lapso incurre en una multa de 3 peniques por cada telar. 2) A todo tejedor (mecánico) a quien se halle ausente durante cualquier otro lapso en que la máquina se encuentre en movimiento, se le impone una multa de 3 peniques por cada hora y cada telar bajo su vigilancia. Quien abandone la sala de trabajo durante el período de labor sin permiso del capataz, deberá abonar asimismo una multa de 3 peniques. 3) Los tejedores que no tengan tijera consigo incurren en una multa de 1 penique por cada día. 4) Todas las lanzaderas, cepillos, alcuza, engranajes, ventanas, etc. que se rompan, deben ser pagadas por el tejedor. 5) Ningún tejedor puede abandonar el servicio sin *preaviso, el cual debe producirse una semana antes*. El fabricante puede despedir a cualquier obrero, *sin preaviso*, por mala calidad del trabajo o conducta indebida. 6) A todo obrero a quien se le encuentre *hablando* con otro, *cantando* o *silbando*, se le impone una multa de 6 peniques. A quien abandone su puesto durante el trabajo, se le imponen asimismo 6 peniques.*⁶⁴ Tengo aún frente a mí otro reglamento de una fábrica, según el cual a todo aquél que llegue tres minutos tarde se le retiene un cuarto de hora de salario y a quien llegue veinte minutos tarde se le descuenta un cuarto de jornal. A quien no concurra del todo antes del desayuno, se le descuenta 1 chelín los días lunes, y 6 peniques cualquier otro día, etcétera, etcétera. Este último es el reglamento de la fábrica Phoenix Works, de Jersey Street, Manchester.— Se me dirá que tales reglas son necesarias para asegurar, en una fábrica grande y ordenada, el necesario encadenamiento de las diversas manipulaciones; se me dirá que semejante estricta disciplina es tan necesaria aquí como en el ejército; pues bien, es posible que así sea, pero ¿qué clase de orden social es éste, que no puede subsistir sin semejante vergonzosa tiranía? O bien el fin justifica los medios, o de lo contrario resulta totalmente justificado deducir que, siendo malo el medio, lo es también el fin. Y quien haya sido soldado sabe qué significa estar bajo disciplina militar, siquiera por breve lapso; pero estos obreros están

*64. *Stubborn Facts*, págs. 9 ss.

condenados a estar desde su noveno año de vida y hasta su muerte bajo la férula espiritual y física, son esclavos peores que los negros de Norteamérica, porque se los vigila más intensamente, ¡y por añadidura se les exige que vivan, piensen y sientan humanamente! ¡En verdad, sólo pueden hacerlo en el más ardiente odio contra sus opresores y contra el orden de cosas que los sume en tal situación, que los degrada al nivel de máquinas! Pero lo que es mucho más vergonzoso aún es que, de acuerdo con el testimonio *generalizado* de los obreros, existe una cantidad de fabricantes que recaudan las multas impuestas a los obreros con la severidad más despiadada, para acrecentar sus ganancias con los céntimos de los cuales despojan a los desposeídos proletarios. También Leach afirma que, a menudo, los obreros encuentran, por la mañana, que el reloj de la fábrica ha sido adelantado en un cuarto de hora y que, en consecuencia, a su llegada, el portón se halla cerrado, mientras el escribiente recorre las salas, allí adentro, con el libro de multas, anotando la gran cantidad de ausentes. El propio Leach afirma que en una ocasión él mismo contó 95 de estos obreros excluidos delante de una fábrica, cuyo reloj *atrassaba* por la tarde un cuarto de hora y *adelantaba* por la mañana un cuarto de hora con respecto a los relojes públicos de la ciudad. El informe fabril relata cosas similares. En una fábrica se atrasaba el reloj durante la jornada de labor, de modo que se trabajaba más tiempo del debido, aunque al obrero no se le abonaba mayor salario por ello; en otra se trabajaba directamente un cuarto de hora más y en una tercera fábrica había un reloj de las máquinas que indicaba el número de revoluciones del eje principal; si la maquinaria giraba con lentitud, se trabajaba de acuerdo con el reloj de las máquinas, hasta completarse el número de revoluciones calculadas para 12 horas; si el trabajo marchaba bien, de modo que ese número se completaba antes del tiempo justo, los obreros debían no obstante seguir trabajando hasta el término de la duodécima hora. Añade el testigo que conoció a algunas muchachas que tenían un buen trabajo y hacían horas extras, pero que prefirieron lanzarse en brazos de la prostitución antes que tolerar esta tiranía (Drinkw[ater], evid. pág. 80). Cuenta Leach —para volver a las multas— que vio repetidas veces a mujeres en avanzado estado de gravidez que se habían sentado a descansar, por un instante, en su trabajo y a quienes se impusieron multas de 6 peniques por esta contravención. Las multas por tabajo de mala calidad se imponen de una manera totalmente arbitraria; la mercancía se revisa en el depósito y allí el jefe de depósito que efectúa la inspección anota las multas en una lista, *sin siquiera llamar al obrero en cuestión*; éste sólo se entera de que ha sido multado cuando el capataz le abona el sala-

rio, y la mercancía acaso ya ha sido vendida y, de cualquier modo, ya ha sido quitada de en medio. Leach posee una de tales listas de multas, la cual unida a lo largo mide diez pies y asciende a 35 libras esterlinas, 17 chelines y 10 peniques. Relata que en la fábrica en la cual se confeccionó esta lista despidieron a un nuevo jefe de depósito porque imponía demasiado pocas multas, lo cual le reportaba al fabricante cinco libras (34 táleros) de menos por semana (*Stubborn Facts*, págs. 13-17). Y vuelvo a repetir que conozco a Leach como un hombre totalmente fidedigno e incapaz de mentir.

Pero también fuera de esto el obrero es esclavo de su patrón. Si al rico le gusta la mujer o la hija del obrero, no tiene más que disponer, no tiene más que hacer una señal y ella debe sacrificarle sus encantos. Si el fabricante desea cubrir de firmas un petitorio para la protección de los intereses de la burguesía, no tiene más que enviarla a su fábrica. Si quiere imponer una elección parlamentaria, envía a sus obreros con derecho al voto, en fila y sin exclusiones, a los lugares de votación y allí deben votar por el burgués, lo quieran o no. Si quiere tener mayoría en una asamblea pública, los hace salir media hora antes de lo habitual y les procura sitios inmediatamente vecinos a la tribuna, donde puede vigilarlos como corresponde.

Pero a esto se suman aún dos instituciones que contribuyen muy especialmente a forzar al obrero a someterse al fabricante: el *sistema del truck* y el *sistema de los cottages*. Entre los obreros se denomina *truck* el pago del salario en mercancías, modo de pago antiguamente generalizado en Inglaterra. El fabricante instalaba, «para comodidad de los obreros y para protegerlos frente a los elevados precios de los tenderos», una tienda en la cual se vendían, por su cuenta, mercancías de toda índole; y para que el obrero no concurriese acaso a otras tiendas, en las cuales podía conseguir las mercancías más baratas —las mercancías de *truck* del «Tommy-Shop» solían ser de un 25 a un 30 por ciento más caras que en otras partes—, también se le entregaba una asignación para esa tienda por el importe de su salario en lugar del dinero. La indignación general por este sistema infame dio origen, en 1831, al *truck-act*, en virtud del cual se declaraba ilegal y se aplicaban sanciones al pago en mercancías⁴⁶ para la mayor parte de los obreros; sin embargo, esta ley, al igual que la mayor parte de las leyes inglesas, sólo adquirió vigencia de hecho en lugares aislados. En las ciudades, desde luego, se ha impuesto de forma bastante rigurosa, pero en el campo el sistema directo e indirecto de *truck*

46. En la edición de 1845, erróneamente: salario.

aún se halla en pleno florecimiento. También en la ciudad de Leicester se encuentra con suma frecuencia. Tengo ante mí aproximadamente una docena de casos de condenas por esta infracción, ocurridas entre noviembre de 1843 y junio de 1844, y de las que se informa en parte en el *Manchester Guardian* y en parte en el *Northern Star*. Como es natural, este sistema ya no se emplea tan abiertamente; al obrero mayormente se le abona su dinero, pero el fabricante tiene medios suficientes para obligarle a comprar sus mercancías en la tienda de *truck* y en ninguna otra parte. Por ello rara vez es posible coger en falta a los fabricantes de *truck*, pues ahora pueden cometer sus abusos bajo la protección de la ley con tal de que realmente le den al obrero el dinero en la mano. El *Northern Star* del 27 de abril de 1844 reproduce una carta de un obrero de Holmfirth, cerca de Huddersfield, en Yorkshire, cuya ortografía trataré de reproducir en la medida de lo posible, y que se refiere a un fabricante apellidado Bowers:

«Hes cazi hincrevle penzar que pueda existir el maldito siztema de truck en una estención tan grande como en Holmfirth y que no ce hencuentre a nadies que tenga el corage de pegarlez un palo ha los favricantes por ezo.aquí zufen una gran cantidá de onestos tegedores manuales por ezte maldito siztema aquí ba un egenplo de hentre mutchos. en la nobleE ligA de librecomersiO^{*65} ay l favricante al que maldise toda la rejion por su conportamiento canayezco con sus povres tegedores cuando estos terminan una piesa que bale 34 o 36 chelinez lez da 20 chalines en dinero i el rezto en pánio o bestidos y 40 o 50 porsiento mas caro que los hotros bendedores y muy a menudo la mercansia está ensima en mal hestado.pero como dise el mercurio librecambista^{*66} no hestan ovligados a haseptarla pueden aser su boluntad, ho sí pero deven haseptarla o morirce de anbre.Si qieren mas de 20 chelines en dinero pueden hesperar huna o dos cemanas ha que lez den una trama pero si haseptan los 20 chelines cienpre concigen halguna trama.Hése es el livre comersio.lord Brohom (Brougham) dise que devemos guardar halgo en nuestra jubentú para que no tengamos que rrecurrir a la caja para los povres cuando ceamos biejos y que rechasemos las mercansias en mal hestado, si eso no lo digese un lorD así avria que desir que su serevro esta en tan mal hestado como las mercansias en que nos pagan nueztro trabajo,cuando zalieron los periodicoz cin ceyo avía una cantidad de denunsias a la polisia en Homfirth estaban los Blyth, los Estwood etcet.etcet. Pero donde eztan haora pero ay hotra cosa nuestro

*65. Los partidarios de la Liga Anti-leyes cerealeras.

*66. El *Leeds Mercury*, un periódico burgués-radical.

favricante de truck pertenes a los piadozos livrecamvistas ba 2 beses a la higlecia todoz los domingoS y repite con unsión las palavras del paztor emos homitido las cozas que devimos aser y emos echo cozas que devimos homitir y no hay vien en nozotros pero protéjanoz nuestro buen dioS» (palabras de la letanía anglicana) «y protéjenoz asta maniana y bolberemos a pagar a nueztros tegedores en mercansias en mal hestado».

El sistema de los *cottages* tiene un aspecto mucho más inocente y también surgió de un modo mucho más inocente, pese a que tiene el mismo efecto esclavizador de los obreros. En la cercanía de las fábricas, en el campo, a menudo hay escasez de viviendas para los obreros; a menudo, el fabricante se ve forzado a construir tales viviendas y lo hace de buena gana, ya que le reportan abundante utilidad sobre el capital invertido. Si los propietarios de *cottages* de obreros reciben anualmente alrededor del 6 por ciento de su capital, hay que calcular que los *cottages* reportan el doble al fabricante, puesto que éste, mientras su fábrica no esté totalmente paralizada, siempre tiene inquilinos y de la especie de los que siempre pagan. Por consiguiente, está liberado de las dos desventajas principales que afectan a los propietarios de casas: jamás tiene *cottages* vacíos y no corre riesgo alguno. Pero el alquiler de un *cottage* está calculado de modo de cubrir estas desventajas y si el fabricante cobra el mismo alquiler que los demás, hace, con 12 o 14 por ciento, un negocio brillante a expensas de los obreros. Pues es manifestamente injusto que, si hace negocios en el arrendamiento de casas, obtenga una utilidad mayor —más aún, doble— que sus competidores, y que al mismo tiempo les prive de toda posibilidad de competir con él. Pero es una injusticia doble el hecho de que extraiga esta utilidad de los bolsillos de la clase desposeída, que debe economizar cada céntimo; pero ya está habituado a eso, precisamente él, cuya riqueza íntegra ha sido conquistada a expensas de sus obreros. Pero esta injusticia se convierte en una infamia cuando el fabricante, como sucede muy a menudo, obliga a los obreros, que bajo pena de despido *deben* vivir en sus casas, a abonar un alquiler superior al habitual o inclusive a pagar el alquiler por una casa ¡que ni siquiera habitan! El *Halifax Guardian* —citado en el liberal *Sun*— afirma que centenares de obreros en Ashton-under-Lyne, Oldham y Rochdale, etc., se ven obligados por sus patrones a pagar el alquiler de casas, sin que importe si las habitan o no.*⁶⁷ El sistema de *cottages* está generalizado en

*67. *Sun* (diario londinense) de fines de noviembre de 1844.

los distritos fabriles rurales; ha dado lugar al surgimiento de localidades íntegras y por regla general el fabricante cuenta con poca o ninguna competencia con sus casas, de modo que ni siquiera debe fijar su alquiler según las exigencias de otros, sino que puede fijarlo tal como quiera. ¡Y qué poderío confiere al fabricante el sistema de *cottages* en caso de reyertas con los obreros! Si éstos paran el trabajo, no tiene más que anunciarles el desalojo y el plazo del mismo sólo asciende a una semana; una vez transcurrida la misma, los obreros no sólo están desocupados, sino también carecen de techo, son vagabundos y están a merced de la ley, que los envía sin piedad a efectuar trabajos forzados durante un mes.

Este es el sistema fabril, expuesto con tanto detalle como lo permite el espacio del cual dispongo y con tanta imparcialidad como lo permiten las heroicas hazañas perpetradas por la burguesía contra obreros indefensos, hazañas frente a las cuales es imposible permanecer indiferentes, frente a las cuales la indiferencia constituiría un crimen. Comparemos la situación del inglés libre de 1845 con la del sajón siervo bajo el látigo del barón normando de 1145. El siervo era *glebae adscriptus*, estaba atado a la gleba; el obrero libre también lo está, por medio del sistema de *cottages*; el siervo debía a su patrón el *jus primae noctis*, el derecho de la primera noche; el obrero libre le debe a su amo no sólo esto, sino hasta el derecho de *todas* las noches. El siervo no podía adquirir propiedad alguna y lo que adquiría podía quitárselo el terrateniente; tampoco el obrero libre tiene propiedad, ni puede adquirirla por la presión de la competencia, y el fabricante hace lo que ni siquiera hacía el normando: mediante el sistema del *truck* se arroga a diario la administración de lo que da al obrero su sustento diario. La relación entre el siervo y el terrateniente estaba reglamentada por leyes que se obedecían, porque correspondían a las costumbres, así como por las propias costumbres; la relación entre el obrero libre y su patrón está reglamentada por leyes que *no* se obedecen porque no responden a las costumbres ni a los intereses del patrón. El terrateniente no podía arrancar al siervo de la gleba, no podía venderlo sin ella y, puesto que casi todo era mayorazgo y nada era capital, no podía venderlo en absoluto; la burguesía moderna obliga al obrero a venderse a sí mismo. El siervo era esclavo de la propiedad en la cual había nacido; el obrero es esclavo de las necesidades vitales más imprescindibles y del dinero con el cual debe adquirirlas; ambos son esclavos de la *cosa*. El siervo posee una garantía de su existencia en el orden social feudal, en el cual tiene su lugar; el obrero libre no posee garantía alguna, porque sólo tiene un lugar en la sociedad cuando la burguesía lo necesita; en caso contrario se lo ignora, se lo considera como ine-

xistente. El siervo se sacrifica a su amo en la guerra; el obrero fabril se sacrifica en la paz. El señor del siervo era un bárbaro, que consideraba a su esclavo como un animal; el patrón del obrero está civilizado y considera a éste como una máquina. En suma, ambos están aproximadamente a la par en todo y si de algún lado hay desventajas, es del lado del obrero libre. Esclavos lo son ambos, sólo que la esclavitud del uno es franca, honesta, sin hipocresías, mientras que la del otro es hipócrita, artera, oculta a él mismo y a todos los demás, una servidumbre teológica, peor que la antigua. Los humanitarios *tories* tenían razón cuando impusieron a los obreros fabriles el nombre de *white slaves*, esclavos blancos. Pero esa esclavitud hipócrita y que se oculta por lo menos reconoce el derecho a la libertad, en apariencia; se inclina ante la opinión pública amante de la libertad y en ello radica el progreso histórico frente a la antigua esclavitud; en que por lo menos se ha impuesto el *principio* de la libertad; ya los propios oprimidos se encargarán de que ese principio también se lleve a la práctica.

Para concluir, algunas estrofas de una poesía que expresa la opinión de los propios obreros acerca del sistema fabril. Pertenece a Edward P. Mead, de Birmingham, y constituye la expresión correcta de las ideas imperantes entre los obreros.

Hay un rey, un príncipe iracundo,
que no es la imagen real soñada por el poeta,
un tirano, a quien conoce el esclavo blanco
y ese rey salvaje es el Vapor.

Posee un brazo, un brazo de hierro,
y a pesar de tener solamente uno,
ese brazo crea una fuerza mágica
que abate a millones.

Al igual que el furibundo Moloc, su antepasado,
que otrora moraba en el Valle de Himmon,
sus entrañas son de fuego
y los niños su alimento.

Su horda de sacerdotes, privados de toda humanidad,
sediendos de sangre, colmados de orgullo y furor,
gobiernan —¡oh, escarnio!— su gigantesca mano
transformando, por arte de magia, sangre en oro.

Pisotean en el polvo los derechos humanos
 por el oro vil, su dios,
 el dolor de la mujer es objeto de sus bromas,
 las lágrimas del hombre son motivo de sus burlas.

Música en sus oídos son los gritos
 del pobre en su lucha mortal;
 esqueletos de vírgenes y niños colman
 los infiernos del rey Vapor.

¡El infierno en la tierra! Esparcen la muerte,
 desde que impera el vapor, en derredor de su reino,
 pues el cuerpo y el alma del hombre
 se aniquilan en él por igual.

Por ello ¡abajo el vapor, el salvaje Moloc,
 millares de trabajadores, todos vosotros
 atadle las manos, o nuestro país
 de la noche a la mañana hará sucumbir!

¡Y a sus furibundos alguaciles, los orgullosos *Mill-Lords*
 pleróricos de oro y rojos de sangre
 debe abatir la ira del pueblo,
 como a ese monstruo, su dios!^{*68}

*68. No dispongo de tiempo ni espacio para entrar a considerar extensamente las réplicas de los fabricantes a las acusaciones que se les formulan desde hace doce años. Es inútil, esta gente no atiende razones, porque les ciegan sus presuntos intereses. Puesto que, ya de por sí, en lo antes expuesto se han refutado ocasionalmente algunas de sus objeciones, sólo me queda por decir lo siguiente:

Supongamos que llegáis a Manchester para conocer la situación inglesa. Tenéis buenas recomendaciones para ver gentes «respetables», naturalmente. Dejáis caer algunas manifestaciones acerca de la situación de los obreros. Os presentan a algunos de los primeros fabricantes liberales, como por ejemplo Robert Hyde Greg, Edmund Ashworth, Thomas Ashton, u otros por el estilo. Les relatáis vuestras intenciones.⁴⁷ El fabricante os entiende, sabe qué debe hacer. Viaja con vosotros a su fábrica en el campo: el señor Greg a Quarry-Bank en Cheshire, el señor Ashworth a Turton cerca de Bolton, el señor Ashton a Hyde. Os conduce a través de un edificio precioso, bien instalado, acaso provisto de ventiladores, os llama la atención acerca de los ambientes altos y aireados, las hermosas máquinas, los obreros de saludable aspecto que aparecen aquí y allá. Os ofrece un buen desayuno y os propone visitar las viviendas de los obreros; os lleva a los *cottages*, que tienen un aspecto nuevo, limpio y bonito, y entran personalmente con vosotros en tal o cual *cottage*. Naturalmente que sólo en los de los capataces, mecánicos, etc., para que «veáis familias que viven *por entero* de la fábrica». Pues en otras podríais encontrar que la mujer y los niños trabajan, mientras que el

marido zurce calcetines. La presencia del fabricante os impide formular preguntas indiscretas; encontráis a toda la gente bien retribuida, cómoda, relativamente sana a causa del aire del campo, comenzáis a abandonar vuestras exageradas ideas acerca de hambre y miseria. Pero no llegáis a enteraros que el sistema de *cottages* convierte a los obreros en esclavos, que en las cercanías acaso haya un tienda de *truck*, que las gentes odian al fabricante, cosa que no os demuestran porque él se halla presente. También ha construido una escuela, una iglesia, un salón de lectura, etcétera. Pero se os oculta que emplea la escuela para habitar a los niños a la subordinación, que en el salón de lectura sólo tolera aquello en lo que se aboga por los intereses de la burguesía, que despide a sus gentes cuando leen periódicos y libros cartistas y socialistas. Veis una situación apacible y patriarcal, veis la vida de los capataces, veis lo que la burguesía *promete* a los obreros si éstos también están dispuestos a convertirse intelectualmente en esclavos. Esta «fabricación rural» ha sido, desde siempre, el caballito de batalla de los fabricantes, porque en ella las desventajas del sistema fabril, en especial las de índole sanitaria, se eliminan en parte por el aire libre y por el ambiente, y porque allí la servidumbre *patriarcal* de los obreros se conserva por mayor tiempo. El Dr. Ure le canta un ditirambo. Pero ay de los obreros, si se les ocurre pensar por sí mismos o convertirse en cartistas; entonces la inclinación patriarcal del fabricante cesa súbitamente. Por lo demás, si queréis que os lleven por los barrios obreros de Manchester, si queréis ver la estructura del sistema fabril en una *ciudad* fabril... pues bien, ¡entonces podréis esperar mucho tiempo hasta que estos ricos burgueses os ayuden a ello! Estos señores no saben qué quieren sus obreros ni en qué situación se encuentran, y no quieren ni deben saberlo, porque de continuo temen enterarse de cosas que los inquieten o que hasta los hagan obrar en contra de sus intereses. Pero todo esto resulta absolutamente indiferente; lo que los obreros deben llevar a cabo, lo harán ya por sí solos.

47. En la edición de 1845: Les relatan sus intenciones.

LOS RESTANTES RAMOS DE ACTIVIDAD

Al describir el sistema fabril, hemos debido detenernos por mayor tiempo, ya que se trata de una creación enteramente nueva de la época industrial; en cambio, al ocuparnos de los demás trabajadores podremos ser tanto más breves, cuanto que en su caso resulta total o parcialmente aplicable lo dicho acerca de los proletarios industriales en general, o del sistema fabril en particular. Todo cuanto tendremos que informar será, entonces, en qué medida el sistema fabril ha sabido penetrar en los diversos ramos de actividad y qué otras peculiaridades se encuentran en ellos.

Los cuatro ramos de actividad a los cuales se extiende la ley fabril están destinados a la confección de telas para vestimenta. Lo mejor que podemos hacer es continuar aquí de inmediato con los obreros que reciben su material de estas fábricas y lo haremos en primer término con los *calceteros* de Nottingham, Derby y Leicester. Acerca de estos obreros nos informa el Child. Empl. Rept. que su prolongado lapso de labor (forzado por su bajo salario), unido a su tipo de vida sedentario y al esfuerzo a que someten la vista —circunstancia derivada de la naturaleza del propio trabajo—, habitualmente vuelve enfermizo al cuerpo y, en especial, debilita la vista. De noche no es posible trabajar sin una luz muy intensa, y es así como los tejedores habitualmente emplean esferas de vidrio para concentrar la luz, lo cual ataca seriamente la vista. A los cuarenta años, casi todos ellos usan gafas. Los niños que se ocupan allí en tareas de devanado y costura (ribeteado) usualmente sufren considerables daños en su salud y su constitución. A partir de su sexto, séptimo u octavo años de vida trabajan de diez a doce horas en pequeños recintos húmedos. Muchos se desvanecen durante la labor, tornándose demasiado débiles para las tareas domésticas más comunes y tan miopes que ya durante su infancia deben usar gafas. Los comisarios encontraron que muchos de ellos tenían todos los síntomas de una constitución escrofulosa, y la mayoría de las veces los fabricantes se niegan a ocupar en sus fábricas, a

causa de su debilidad, a las muchachas que han trabajado de este modo. El estado de estos niños ha sido calificado como «un baldón para un país cristiano», expresándose el deseo de protección legal (Grainger, Rept. App. Pt. 1, p. F.16, ss. 132-142). El informe fabril añade que los calceteros son los obreros peor remunerados de Leicester: ganaban 6 chelines, y con gran esfuerzo 7 chelines por semana, merced a una labor diaria de dieciséis a dieciocho horas. Antes ganaban de 20 a 21 chelines, pero la introducción de los telares más grandes echó a perder su actividad; la inmensa mayoría aún sigue trabajando en los telares más antiguos y simples, compitiendo trabajosamente contra el progreso de la maquinaria. ¡También aquí cada avance es un retroceso para los obreros! Pero a pesar de todo ello, narra el comisario Power, los calceteros están orgullosos de ser *libres* y de *no tener una campana de fábrica* que les asigne las horas para comer, dormir y trabajar. Con relación al salario, la situación de esta clase de obreros no es mejor aún que en 1833, cuando la comisión fabril publicó los datos anteriores; la competencia de los calceteros sajones —quienes, por su parte, apenas si tienen algo para hincarle el diente— vela por que así sea. Tal competencia derrota a los ingleses en casi todos los mercados extranjeros, y en las calidades inferiores hasta en el propio mercado inglés. ¿No ha de constituir una alegría para los patrióticos calceteros alemanes el dejar también sin pan, gracias a su propia hambre, a los calceteros ingleses, y no proseguirán pasando hambre, con orgullo y alegría, para mayor gloria de la industria alemana, puesto que el honor de Alemania reclama que sus platos sólo se hallen llenos hasta la mitad? ¡Oh, qué bella cosa es la competencia y la «carretera de las naciones»! En el *Morning Chronicle* —una vez más un periódico liberal, el periódico de la burguesía por excelencia— se encuentran, en diciembre de 1843, algunas cartas de un calcetero de Hinckley referentes a la situación de sus compañeros de labor. Entre otras cosas informa acerca de 50 familias, integradas por 321 personas en total, que vivían de 109 telares; cada telar reportaba por término medio 5 1/2 chelines y cada familia ganaba semanalmente 11 chelines y 4 peniques. De esta suma se deducían 5 chelines y 10 peniques en concepto de alquiler de su casa, arrendamiento del telar, carbón, luz, jabón y agujas en total, de modo que les quedaban diariamente 1 1/2 penique —15 pfennings prusianos— para alimentación *per capita*, y absolutamente nada para vestimenta.

«No hay ojo que haya visto, oído que haya percibido ni corazón que haya podido comprender», dice el calcetero, «la mitad de los padecimientos que sorportan estas pobres gentes.»

Faltaban camas, por completo o a medias, los niños andaban andrajosos y descalzos; los hombres decían con lágrimas en los ojos: «Hace muchísimo tiempo que no comemos carne; casi hemos olvidado su sabor». Y, por último, algunos trabajaban los domingos, aunque la opinión pública perdona cualquier cosa menos esto y pese a que el crepitante rumor del telar se oye en todo el vecindario.

«Pero», decía uno, «contemplad a mis hijos y dejad de preguntar. Mi pobreza me obliga a ello; no puedo ni quiero oír a mis hijos clamando constantemente por pan, sin intentar el último recurso mediante el cual pueda ganármelo honestamente: El lunes anterior me levanté a las dos y trabajé hasta casi la medianoche y los días restantes lo hice desde las seis de la mañana hasta entre las once y las doce de la noche. Estoy harto de ello, no quiero llevarme a la tumba. Ahora termino todas las noches a las diez y recupero el tiempo perdido los domingos.»

El salario no ha aumentado en Leicester, Derby ni Nottingham con respecto al de 1833 y, lo que es más grave, en Leicester impera en gran extensión el sistema de *truck*, como ya se ha dicho. Por ello no cabe sorprenderse de que los calceteros de esta región hayan participado muy activamente en todos los movimientos obreros, con tanta mayor energía y eficacia cuanto que mayormente son *hombres* quienes ponen en movimiento los propios telares.

En la misma región en la cual viven los calceteros se halla también la sede principal de la fabricación de *encajes*. En los tres condados mencionados hay en actividad un total de 2.760 máquinas para encajes, mientras que en el resto de Inglaterra sólo existen 786. La fabricación de encajes se ha vuelto sumamente intrincada en virtud de una división del trabajo severamente llevada a cabo, y tiene gran cantidad de ramos. Primeramente es menester devanar el hilado, operación que está a cargo de muchachas de catorce años en adelante (*winders*); luego, niños (*threadders*) a partir de los ocho años colocan los carretes en la máquina, enhebran el hilo a través de finas aberturas (de las cuales cada máquina tiene, por término medio, unas 1.800) y lo llevan hacia su punto de destino; entonces el obrero hace los encajes, que salen de la máquina como un ancho paño y que niños muy pequeños descomponen en sus diversas partes integrantes quitando los hilos que las unen entre sí, operación denominada *running* o *drawing lace*, mientras que a estos niños se los llama *lace-runners*. Luego se acaban los encajes y son preparados para su

venta.— Tanto los *winders* como los *threaders* no tienen un tiempo de labor determinado, ya que se reclama su concurso en cuanto se han acabado los carretes de una máquina; y puesto que los obreros también tejen de noche, pueden ser llamados a toda hora para que concurran a la fábrica o al taller del tejedor. Esta irregularidad de su ocupación, el frecuente trabajo nocturno y el género de vida desordenado que de ello deriva originan una cantidad de males físicos y morales, en especial relaciones sexuales irregulares y prematuras, cuestión acerca de la cual concuerdan todos los testigos. El propio trabajo es sumamente dañino para la vista; pese a que no está comprobado que en los *threaders* se produzcan daños permanentes en forma general, esta tarea produce irritaciones de la vista así como dolores, lagrimeo, turbación momentánea de la visión, etc. durante el propio proceso del enhebrado. Pero en el caso de los *winders* está establecido que su tarea ataca seriamente la vista, y además de las frecuentes inflamaciones de la córnea no es raro que produzca también cataratas y cataratas negras. La labor de los propios tejedores es sumamente pesada, ya que, con el tiempo, las máquinas se han ido haciendo cada vez más anchas, de modo que en la actualidad existen casi únicamente máquinas atendidas por tres hombres, cada uno de los cuales releva al otro a las cuatro horas, de manera que, en conjunto, trabajan las veinticuatro horas del día y cada uno de ellos lo hace durante ocho horas diarias. Esto permite comprender claramente por qué es tan frecuente que los *winders* y los *threaders* hayan de trabajar de noche, a fin de que la máquina no se detenga por demasiado tiempo. Ya de por sí, la tarea de enhebrar los carretes en 1.800 aberturas requiere dos horas de labor de tres niños. Algunas máquinas también se impulsan por energía de vapor, con lo cual se desplaza el trabajo de los hombres, y puesto que el *Ch. E. Rept.* sólo habla continuamente de «fábricas de encajes» a las cuales se convoca a niños, parece desprenderse de ello que últimamente el trabajo de los tejedores se ha desplazado hacia grandes salas fabriles, o bien que el empleo del tejido a vapor se ha generalizado bastante. En ambos casos constituye un progreso del sistema fabril. Pero la más insalubre es la tarea de los *runners*, quienes son mayormente niños de siete y hasta cinco o cuatro años. El comisario Grainger hasta encontró a un niño de *dos años* ocupado en esta labor. La tarea de seguir un mismo hilo que se extrae con la aguja de un tejido primorosamente intrincado es sumamente nociva para la vista, sobre todo, si, como es habitual, se lleva a cabo durante catorce o dieciséis horas. En el mejor de los casos se produce una miopía en grado muy elevado, mientras que en el peor —bastante frecuente— sobreviene una ceguera incurable

acarreada por cataratas negras. Pero además, la continua posición de estar sentados encorvados, torna a los niños débiles, de caja torácica estrecha y escrofulosa a causa de la mala digestión; las perturbaciones de las funciones del útero son casi generales en las muchachas y asimismo lo es el encorvamiento de la columna vertebral, de modo que «es posible conocer a todos los *runners* por su modo de caminar». Las mismas consecuencias tiene tanto para la vista como para toda la constitución, la tarea de *bordar* los encajes. Todos los testigos médicos concuerdan en que la salud de todos los niños ocupados en la confección de encajes sufre considerablemente, en que esos niños son pálidos, delicados, débiles, demasiado pequeños para su edad y muchísimo menos capaces que otros de resistir una enfermedad. Sus afecciones habituales son: debilidad general, frecuentes desvanecimientos, dolores de cabeza, de los costados, la espalda y las caderas, palpitaciones, náuseas, vómitos e inapetencia, desviación de la columna vertebral, escrófulas y consunción. La salud del cuerpo femenino resulta especialmente minada, en forma continua y profunda; las quejas acerca de clorosis, partos difíciles y abortos son generales (Grainger, *Report*, sin excepción). Además, el mismo funcionario subalterno de la Child. Empl. Comm. informa que es muy frecuente que los niños estén mal vestidos y andrajosos y que reciban una alimentación insuficiente, consistente en su mayor parte sólo en pan y té, de manera que pasan meses sin que coman carne. En lo que respecta al estado moral de los mismos, refiere lo siguiente:

«Todos los habitantes de Nottingham, la policía, el clero, los fabricantes, los obreros y los padres de los propios niños abrigan la convicción unánime de que el actual sistema de trabajo es una fuente fertilísima de inmoralidad. Los *threaders*, mayormente muchachos, y las *winders*, mayormente muchachas, son convocados simultáneamente a la fábrica, a menudo en medio de la noche, y puesto que sus padres no pueden saber durante cuánto tiempo se los necesita allí, tienen la mejor de las oportunidades para llevar a cabo uniones impropias y de andar juntos por ahí después del trabajo. Esto ha contribuido en medida no escasa a la inmoralidad existente en Nottingham, terriblemente difundida según la voz oficial. Ya de por sí, la tranquilidad doméstica y la comodidad de las familias a las cuales pertenecen los niños y adolescentes, resultan totalmente sacrificadas a este estado de cosas extremadamente antinatural».

Otro ramo de la fabricación de encajes, los encajes de bolillos, se practica en los condados habitualmente agrícolas de Northampton, Oxford, Bedford y Buckingham, por obra sobre todo de niños y adoles-

centes, que se quejan en forma generalizada por su mala alimentación y quienes rara vez comen carne. El propio trabajo es extremadamente insalubre. Los niños trabajan en habitaciones pequeñas, mal ventiladas y húmedas, siempre sentados y encorvados sobre el cojinete. A fin de sostener el cuerpo en esta fatigosa postura, las muchachas usan un corsé con ballenas de madera, el cual, dada la tierna edad de la mayoría, en la cual los huesos son muy blandos aún, y a consecuencia de su postura encorvada, desvía por completo el esternón y las costillas, provocando estrechez de la caja torácica en forma generalizada. De ahí que la mayoría mueran de tuberculosis luego de haber padecido por un tiempo, como consecuencia del trabajo sedentario y de la atmósfera viciada, los efectos más dolorosos (*severest*) de la mala digestión. No gozan casi de instrucción alguna, y menos aún moral, aman los adornos y a consecuencia de ambas cosas su condición moral es lamentabilísima y la prostitución es casi epidémica entre ellas (Ch. Empl. Comm., Burns, *Report*).

Este es el precio al cual la sociedad de las bellas damas de la burguesía adquiere el placer de usar encajes; ¿no es acaso un precio muy barato? Apenas algunos miles de obreros ciegos, sólo algunas hijas tuberculosas de proletarios, sólo una generación achacosa de la masa plebeya, que transmitirá sus achaques a sus hijos y nietos igualmente plebeyos, ¿qué es todo eso? Nada, absolutamente nada; nuestra burguesía inglesa dejará indiferentemente de lado el informe de la comisión gubernamental y seguirá adornando con encajes a sus mujeres e hijas. ¡Qué cosa tan bella es la tranquilidad de espíritu de un burgués inglés!

Gran número de obreros de Lancashire, Derbyshire y el oeste de Escocia están ocupados en las fábricas de estampados de algodón. No hay ramo de la industria inglesa en la cual la mecánica haya producido resultados tan brillantes, pero tampoco hay ninguno en el cual haya oprimido tanto al obrero como en ésta. El empleo de cilindros grabados impulsados por el vapor, el invento de estampar con tales cilindros de cuatro a seis colores al mismo tiempo, ha desplazado tan por completo el trabajo manual como lo hicieron las máquinas en el hilado y el tejido del algodón, y estos nuevos dispositivos han desplazado en las fábricas de estampados un número de obreros mucho mayor aún que el que lo fue en la confección de las telas. Un hombre, con el auxilio de un niño, realiza con la máquina el trabajo que anteriormente debían efectuar a mano 200 obreros; una sola máquina produce cada minuto 28 yardas (80 pies) de paño estampado. En consecuencia, los estampadores de algodón están en una situación gravísima; los condados de Lancaster, Derby y Chester produjeron en 1842 (según una petición de los estampadores a la Cá-

mara Baja) once millones de piezas de algodón estampado; de ellas, 100.000 fueron estampadas únicamente mediante trabajo manual, 900.000 parcialmente por medio de máquinas con el concurso posterior del estampado a mano y 10 millones fueron estampadas con uno a seis colores únicamente por medio de maquinaria. Puesto que las máquinas son en su mayoría de fecha reciente y aún siguen siendo continuamente perfeccionadas, el número de los estampadores manuales es demasiado elevado para la cantidad de trabajo disponible, y naturalmente muchos —en la petición se dice que una cuarta parte del número total— están totalmente desocupados, mientras que los demás sólo están ocupados, por término medio, uno o dos días a la semana o a lo sumo tres, siendo mal remunerados. Leach afirma que en una fábrica de estampados (Deeply Dale, cerca de Bury, en Lancashire) los estampadores manuales no ganan, en promedio, más de 5 chelines (*Stubb. Facts*, pág. 47), mientras que sabe de modo cierto que los que trabajan en las máquinas son bastante bien retribuidos. En consecuencia, las fábricas de estampados se han sumado por completo al sistema fabril, pero sin estar sometidas a las restricciones legales impuestas a éste. Fabrican artículos de moda y por lo tanto no tienen un tiempo de labor regular. Cuando tienen pocos encargos, trabajan la mitad del tiempo; si logran un acierto con algún modelo y los negocios marchan con agilidad, se trabaja hasta diez o doce horas, e inclusive durante toda la noche. En las cercanías de mi casa en Manchester había una fábrica de estampados que a veces aún se hallaba iluminada hasta altas horas de la noche, cuando regresaba a mi hogar, y a menudo he oído decir que a veces los niños debían trabajar allí por lapsos tan prolongados, que trataban de hallar algunos instantes de reposo y sueño en las escalinatas de piedra y en los rincones del vestíbulo. No tengo la certeza *jurídica* de que ello sea cierto, pues de lo contrario mencionaría la firma. En este aspecto, el informe de la Ch. E. Comm. es sumamente somero, limitándose a señalar que, cuando menos en Inglaterra, los niños se hallan mayormente bien vestidos y alimentados (cosa relativa, según si sus padres ganen mucho o no), que no tienen instrucción alguna y que son de escaso valor moral. No tenemos más que pensar que estos niños se hallan sometidos al sistema fabril y luego podremos proseguir, señalando lo ya dicho al respecto.

De los demás obreros ocupados en la fabricación de paños para vestimenta, poco nos queda por decir; los *blanqueadores* tienen un trabajo muy insalubre, en el transcurso del cual deben aspirar continuamente cloro, una de las sustancias más nocivas para los pulmones; la tarea de los *tintoreros* es más saludable y en muchos casos lo es en sumo grado, ya

que requiere el esfuerzo de todo el cuerpo; poco es cuanto se oye decir acerca de cómo están remuneradas estas clases y ello es causa suficiente para arribar a la conclusión de que lo que perciben no se halla por debajo del salario medio, ya que, de otro modo, se quejarían. Los *tundidores de terciopelo*, quienes dado el gran consumo de terciopelo de algodón son bastante numerosos y ascienden de 3.000 a 4.000, han sufrido indirectamente, con suma dureza, en virtud de la influencia del sistema fabril. La mercancía, que anteriormente se confeccionaba con telares manuales, no estaba tejida de modo totalmente parejo, requiriendo una mano ejercitada para cortar las diversas hileras de hilos; desde que se produce con telares mecánicos, las hileras corren en forma totalmente pareja, cada hilo de la urdimbre es exactamente paralelo al precedente y el tundido ya no requiere mayor habilidad. Los obreros que han quedado desocupados a causa de la maquinaria se dedican al tundido del terciopelo y deprimen el salario en virtud de la competencia; los fabricantes descubrieron que podían emplear mujeres y niños para el tundido del terciopelo y el salario cayó al nivel del de las mujeres y los niños, mientras que centenares de hombres fueron desplazados. También descubrieron que podían hacer efectuar el trabajo en el local de sus fábricas a menor precio que en el taller del obrero, cuyo alquiler pagaban indirectamente, en definitiva; desde entonces, los bajos pisos superiores de los *cottages*, instalados para servir como habitaciones de tundido, están vacíos o se alquilan como viviendas, mientras que el tundidor de terciopelo ha perdido la libertad de elección de sus horas de trabajo y ha quedado bajo las órdenes de la campana de la fábrica. Un tundidor de terciopelo, que tendría unos 45 años, me dijo que podía recordar la época en la cual percibía 8 peniques por el mismo trabajo que ahora debe efectuar por 1 penique la yarda; es verdad que ahora podía tundir con mayor rapidez el tejido más parejo que el anterior, pero estaba muy lejos de poder hacer en una hora el doble de lo que antes hacía en el mismo lapso, de modo que su salario semanal había descendido a menos de una cuarta parte de su salario anterior. Leach (*Stubb. F.* pág. 35) proporciona una lista de los salarios que se abonaban en 1827 y 1843 por diversas telas y de ella surge que los artículos que en 1827 se pagaban respectivamente a 4 peniques, 2 1/4 peniques, 2 3/4 peniques y 1 penique por yarda, sólo obtenían en 1843 una retribución por tundido de 1 1/2 peniques, 3/4 penique, 1 penique y 3/8 penique, respectivamente. Según Leach, la relación de la ganancia semanal media es la siguiente: En 1827, 1 libra esterlina, 6 chelines y 6 peniques; 1 libra esterlina, 2 chelines y 6 peniques; 1 libra esterlina; 1 libra esterlina, 6 chelines y 6 peni-

ques; y por las mismas mercancías, en 1843: 10 chelines y 6 peniques; 7 chelines y 6 peniques; 6 chelines y 8 peniques; y 10 chelines, respectivamente, con centenares de obreros que ni siquiera pueden llegar a estas últimas remuneraciones.— Ya hemos hablado de los *tejedores manuales* de la industria algodonera; la confección de las demás telas tejidas se halla casi exclusivamente a cargo de tejedores manuales quienes, en su mayoría, han sufrido de la misma manera que los tundidores de terciopelo la irrupción de los obreros desplazados por las máquinas y que, además, al igual que los obreros fabriles, se hallan sometidos a una severa ley de penalidades por trabajo de mala calidad. Tomemos el caso de los *tejedores de sedas*. El fabricante de tejidos de seda Brocklehurst, uno de los más importantes de toda Inglaterra, ha presentado a un comité parlamentario listas de sus libros, de las cuales se desprende que por los mismos artículos por los que en 1821 pagaba 30 chelines, 14 chelines, 3 1/2 chelines, 3/4 chelín, 1 1/2 chelines y 10 chelines de salario, sólo abonaba en 1831 9 chelines, 7 1/2 chelines, 2 1/4 chelines, 1/3 chelín, 1/2 chelín y 6 1/4 chelines respectivamente, siendo así que en *este terreno* no se habían producido mejoras de la maquinaria. Sin embargo, lo que hace el señor Brocklehurst puede suponerse como una norma vigente para toda Inglaterra. De las mismas listas se desprende que la ganancia media de sus tejedores, una vez practicadas todas las deducciones, ascendía en 1821 a 16 1/2 chelines semanales, mientras que en 1831 sólo ascendía a 6 chelines. Desde entonces, el salario ha caído aún más: los tejidos que en 1831 reportaban 1/3 chelín o 4 peniques de remuneración por la tarea de tejer una yarda, sólo abonaban en 1843 2 1/2 peniques (se trata de los *single sarsnets*,⁴⁸ y gran número de tejedores en el campo sólo pueden procurarse trabajo si aceptan estos tejidos por 1 1/2 a 2 peniques. A ello se suma la arbitraria⁴⁹ reducción de salarios. A todo tejedor que pasa a retirar una trama, se le da asimismo una tarjeta, la cual dice habitualmente que el trabajo se recibe a tales o cuales horas del día, que un tejedor que no pueda trabajar por enfermedad debe hacer denunciar esta situación en las oficinas dentro de los tres días, pues de otro modo la enfermedad no cuenta como disculpa; que no se acepta como disculpa suficiente si el tejedor alega haber tenido que esperar el hilado para la urdimbre, que por ciertos errores en el trabajo (por ejemplo, cuando a determinada longitud de la tela corresponde un mayor número de hilos de urdimbre que los prescritos, etc.) se descontará *no menos* de la

48. Tejidos de tafetán simples.

49. En la edición de 1892: la más arbitraria.

mitad del salario y que si la tela no se halla concluida en el plazo estipulado, se deducirá un penique por cada yarda de la pieza encomendada. Las reducciones de salarios que surgen de estas tarjetas son tan considerables que, por ejemplo, un hombre que viaja dos veces por semana a Leigh, en Lancashire, para retirar los tejidos, le lleva a su fabricante por lo menos quince libras (100 táleros prusianos) por vez en concepto de multas. Eso lo dice él mismo... y se le considera uno de los más tolerantes. Antiguamente, había árbitros que dirimían esta clase de cuestiones, pero ahora esta práctica se ha abandonado por completo, puesto que la mayoría de las veces se despedía a los obreros cuando insistían al respecto, y el fabricante procede con total arbitrariedad, siendo acusador, testigo, juez, legislador y ejecutor, todo en una misma persona. Y si el obrero concurre al juez de paz, éste le dice: «Al haber aceptado usted la tarjeta, ha establecido usted un contrato y ahora debe cumplirlo». Exactamente lo mismo que en el caso de los obreros fabriles. De cualquier modo, todas las veces el fabricante hace firmar al obrero un documento en el cual éste declara estar «conforme con las deducciones practicadas». Y si se resiste, de inmediato todos los fabricantes de la ciudad saben que es un hombre que, al decir de Leach,

«se resiste al orden y a la legalidad codificados por las tarjetas y tiene el descaro de dudar de la sabiduría de quienes, como debiera saberlo, son, después de todo, sus superiores en la sociedad» (*Stubb. Facts*, págs. 37-40).

Como es natural, los tejedores son *completamente* libres, puesto que el fabricante no les obliga a aceptar sus tramas y sus tarjetas, pero les dice, tal como lo traduce Leach a un buen inglés:

«Si no queréis que os fría en mi sartén, podéis dar un paseíto directamente al fuego» (*if you don't like to be frizzled in my frying-pan, you can take a walk into the fire*).

Los tejedores de sedas de Londres, más exactamente en Spitalfields, han vivido periódicamente, desde hace bastante tiempo, en la mayor de las miserias, y la circunstancia de que tampoco ahora tengan aún motivos para estar conformes con su situación se desprende del hecho de que tienen una activísima participación en todos los movimientos obreros ingleses, y en especial en los londinenses. La miseria imperante entre ellos fue la causa de la fiebre que se declaró en la parte oriental de Londres y

que dio origen a la comisión de investigación de las condiciones sanitarias de la clase obrera. El informe más reciente del hospital londinense dedicado a la fiebre nos permite descubrir, empero, que esta fiebre aún sigue causando estragos.

Después de los paños para la vestimenta, y antes que todos los demás, los *artículos de metal* constituyen la clase más importante de los producidos por la industria inglesa. Esta fabricación tiene sus sedes principales en *Birmingham*, donde se producen artículos metálicos finos de toda suerte, en *Sheffield*, donde se produce toda la cuchillería, y en Staffordshire, en especial Wolverhampton, donde se fabrican los artículos más bastos como cerraduras, clavos, etcétera. Comencemos con Birmingham la descripción de la situación de los obreros ocupados en estos ramos industriales. La disposición del trabajo ha conservado en *Birmingham* —como en general en la mayor parte de los sitios donde se elaboran metales— algo de su antiguo carácter artesanal; aún subsisten los pequeños maestros, quienes trabajan con sus aprendices en su taller domiciliario o bien, cuando necesitan energía de vapor, en grandes edificios fabriles, divididos en pequeños talleres, que se alquilan individualmente a los maestros y que están provistos en cada ambiente de un eje movido por la máquina de vapor, el cual a su vez puede impulsar otra maquinaria. Léon Faucher (autor de una serie de artículos sobre las condiciones laborales inglesas en la *Revue des deux Mondes*, los cuales por lo menos revelan estudio y, que, en todo caso, son mejores que lo que han escrito al respecto tanto los ingleses como los alemanes) califica a esta situación, en contraste con la gran fabricación de Lancashire y Yorkshire, con el nombre de *démocratie industrielle* y señala que la misma no ofrece resultados muy favorables en cuanto a la situación de los maestros y de los oficiales. Esta observación es totalmente acertada, pues esos numerosos pequeños maestros, entre quienes se divide la ganancia regulada por la competencia, que de ordinario es absorbida por un único gran fabricante, no pueden subsistir muy bien con este sistema. La tendencia centralizadora del capital los mantiene oprimidos; por uno que se enriquece, se arruinan diez y cien quedan peor situados que antes en virtud de la presión del rico individual, quien puede vender más barato que ellos. Y en los casos en los que deben competir desde un principio contra grandes capitalistas, se sobreentiende que sólo a duras penas pueden luchar contra esa competencia. Como veremos, a los aprendices les va, cuando menos, tan mal con los pequeños maestros como con los fabricantes, con la sola diferencia de que luego se convierten ellos mismos en maestros, logrando así cierta independencia; es decir, la burguesía los explota de

modo menos directo que en las fábricas. De esta suerte, estos pequeños maestros no son verdaderos proletarios —ya que en parte viven del trabajo de los aprendices y no venden el propio trabajo, sino el producto terminado— ni verdaderos burgueses, ya que principalmente sigue siendo su propio trabajo lo que los mantiene. Esta curiosa situación intermedia de los obreros de Birmingham tiene la culpa de que éstos muy rara vez se hayan sumado en forma total y clara al movimiento obrero inglés. Birmingham es una ciudad políticamente radical, pero no decididamente cartista. Sin embargo también existen gran cantidad de grandes fábricas por cuenta de capitalistas y en éstas impera por completo el sistema fabril; la división del trabajo, que aquí se ha llevado a cabo hasta en los menores detalles (por ejemplo en la fabricación de agujas), así como la energía de vapor, permiten ocupar a gran cantidad de mujeres y niños y hallamos aquí (en el *Ch. E. Rept.*) de nuevo exactamente los mismos rasgos que nos brindara el informe fabril: trabajo de las mujeres hasta la hora del parto, incapacidad de ejercer las funciones de amas de casa, descuido del hogar y de los niños, indiferencia y hasta aversión por la vida familiar y desmoralización; además, desplazamiento de los hombres del trabajo, continuo mejoramiento de las máquinas, prematura emancipación de los niños, hombres a quienes alimentan sus mujeres e hijos, etcétera, etcétera. Los niños se describen como semihambrientos y andrajosos: *la mitad de ellos no sabe qué significa saciarse*, muchos de ellos viven durante todo el día de la cantidad de pan que pueden obtener por un penique (10 pfennig prusianos) o no reciben alimento alguno antes del almuerzo; más aún, se daban ejemplos de niños que no recibían nada que comer desde las 8 de la mañana hasta las 7 de la tarde. Es muy frecuente que su vestimenta apenas sea suficiente para cubrir su desnudez; muchos hasta están descalzos en invierno. De ahí que todos sean pequeños y débiles para su edad y es raro que se desarrollen de un modo vigoroso; y si se tiene en cuenta que a esos escasos medios para la reproducción de las fuerzas físicas aún se suma un trabajo duro y prolongado en recintos cerrados, no cabe sorprenderse de que en Birmingham se encuentren pocos adultos aptos para el servicio militar.

«Los obreros», dice un médico de reclutamiento, «son pequeños, enjutos y de vigor físico muy reducido; por añadidura, muchos tienen deformaciones del pecho o de la columna vertebral.»

Según la indicación de un suboficial reclutador, las gentes de Birmingham son más pequeñas que en cualquier otra parte, en su mayoría

de una altura de 5 pies y 4 a 5 pulgadas, y de 613 reclutas examinados sólo se encontraron aptos 238. En lo que a la instrucción respecta, ya se han proporcionado anteriormente (pág. 365 ss.) una serie de testimonios y ejemplos al respecto de los distritos metalúrgicos, a los cuales remito aquí; por lo demás, del *Cb. E. Rept.* se desprende que en Birmingham más de la mitad de los niños entre 5 y 15 años no concurren a escuelas de ninguna índole, que los niños que concurren a menudo cambian, de modo que es imposible darles alguna instrucción persistente, y que todos los niños son muy tempranamente retirados de la escuela y puestos a trabajar. De este informe también se desprende qué clase de maestros se emplean para ello; una maestra respondió, ante la pregunta de si también daba instrucción de moral, que no, que por 3 peniques semanales no podía exigirse eso; varios otros ni siquiera comprendieron esta pregunta y otros consideraron que ésa no era, en modo alguno, parte de sus obligaciones. Una maestra dijo que no enseñaba moral, pero que se esforzaba por inculcar buenos principios a los niños, y al decirlo cometió un grave error lingüístico. En las propias escuelas, el comisario se encontró de continuo con ruido y desorden. De ahí que el estado moral de los propios niños sea lamentabilísimo; la mitad de todos los delincuentes es menor de 15 años y durante *un* solo año se condenaron a 90 delincuentes de diez años, entre ellos 44 casos criminales. En opinión de los comisarios, las relaciones sexuales irregulares parecen ser casi generales y ello ya a muy tierna edad. (Grainger, *Rept.* et evid.)

El aspecto del distrito elaborador de hierro de *Staffordshire* es más grave aún. Los toscos productos de hierro que se elaboran aquí no permiten aplicar una gran división del trabajo (con ciertas excepciones) ni energía de vapor y maquinaria. De ahí que en esa zona —en Wolverhampton, Willenhall, Bilston, Sedgeley, Wednesfield, Darlaston, Dudley, Walsall, Wednesbury, etc.— haya menos fábricas, pero tantas más pequeñas herrerías, en las cuales trabajan individualmente los pequeños maestros con uno o varios aprendices, quienes les sirven hasta los veintiún años. Los pequeños maestros se hallan aproximadamente en la misma situación que los de Birmingham, pero la de los aprendices es en su mayoría mucho peor. Casi únicamente se les da de comer carne de animales enfermos o muertos de muerte natural o bien carne y pescado en descomposición, así como terneros prematuros y cerdos asfixiados en el ferrocarril. Y esto no sólo lo hacen los pequeños maestros, sino también los fabricantes de mayor envergadura, quienes tienen de 30 a 40 aprendices. Esto parece estar realmente generalizado en Wolverhampton. La consecuencia natural de ello la constituyen frecuentes enfermedades

abdominales y de otro tipo. Por añadidura, no se da a los niños en la mayoría de los casos suficiente cantidad de comida para saciarse y rara vez tienen otra vestimenta que sus ropas de trabajo, lo cual ya basta para impedirles la concurrencia a la escuela dominical. Las viviendas son malas y sucias, a menudo en grado tan elevado que ello da origen a enfermedades y a pesar del trabajo, que por lo demás es mayormente saludable, los niños son pequeños, de escaso desarrollo físico, débiles y en muchos casos gravemente deformes. En Willenhall, por ejemplo, hay incontable número de personas que, a causa de su constante tarea de limar en el torno, tienen una joroba y *una* pierna torcida —la pierna trasera o *hind-leg*, como la llaman—, de modo que sus piernas tienen la forma de una K; por añadidura, se dice que por lo menos un tercio de los obreros de ese lugar padecen de hernia. Tanto aquí como en Wolverhampton se encontraron incontables ejemplos de pubertad demorada tanto en muchachas —¡también éstas trabajan en las herrerías!— como en mozos, inclusive hasta los diecinueve años. En Sedgely y su zona circundante, donde se forjan casi exclusivamente clavos, las gentes viven y trabajan en cabañas lamentables, semejantes a establos, que no tienen parangón en materia de suciedad. A partir de los diez o doce años, muchachas y mozos manejan el martillo y sólo se los considera obreros que han concluido plenamente su aprendizaje cuando producen mil clavos por día. El salario por 1.200 clavos es de 5 $\frac{3}{4}$ peniques, que equivale a poco menos de 5 groschen de plata. Cada clavo recibe 12 golpes y, puesto que el martillo pesa 1 $\frac{1}{4}$ libras, el obrero debe alzar 18.000 libras hasta haber ganado ese mísero salario. Con un trabajo tan pesado y una alimentación insuficiente, los niños deben tener un cuerpo pequeño, mal desarrollado y débil, tal como lo confirman asimismo las indicaciones de los comisarios. Con anterioridad ya hemos proporcionado datos acerca del estado de la instrucción también en este distrito. En ella, el nivel de la instrucción es, en verdad, increíblemente bajo; la mitad de todos los niños ni siquiera concurre a alguna escuela dominical y la otra mitad sólo lo hace de modo muy irregular; en comparación con otros distritos muy pocos saben leer, y peor aún es la situación en lo que respecta a escribir. Eso es natural, ya que entre el séptimo y el décimo años de vida se pone a trabajar a los niños, *precisamente* en el momento en que adquieren la capacidad de asistir a una escuela con provecho, y los maestros de las escuelas dominicales —herrereros o mineros— a menudo apenas si saben leer y ni siquiera saben escribir sus nombres. La situación moral es la que corresponde a estos medios educativos. En Willenhall, afirma el comisario Horne —y proporciona abundantes pruebas en tal

sentido—, no existe en absoluto un sentimiento moral entre los obreros. En general halló que los niños no conocían sus obligaciones para con sus padres ni sentían inclinación alguna hacia ellos. Eran tan poco capaces de meditar lo que decían, estaban tan insensibilizados, eran tan animalmente estúpidos, que a menudo afirmaban que se los trataba bien y que les iba magníficamente, cuando debían trabajar de doce a catorce horas, vestían harapos, no recibían comida suficiente para saciarse y se les pegaba a tal punto que aún lo sentían varios días después. No conocían otro modo de vida que ajetrearse de la mañana hasta la noche, hasta que se les permitiera concluir, y ni siquiera comprendían la pregunta, inaudita para ellos, acerca de si estaban fatigados (Horne, *Rept. and evid.*).

En *Sheffield* el salario es mejor y con él lo es también la situación externa de los obreros. En cambio deben señalarse allí algunos ramos laborales por sus efectos extraordinariamente nocivos sobre la salud. Ciertas operaciones requieren una presión constante de las herramientas contra el pecho, originando a menudo tuberculosis; otras, como por ejemplo el cortado de limas, impiden el desarrollo general del cuerpo y producen dolores abdominales; el tallado de hueso (para mangos de cuchillos) acarrea dolores de cabeza, trastornos biliares y, en las muchachas, muchas de las cuales se hallan ocupadas en esta tarea, clorosis. Pero el trabajo con mucho más insalubre es el afilado de hojas y tenedores, el cual, en especial cuando se lo realiza sobre piedras secas, provoca inevitablemente una muerte prematura. La insalubridad de esta tarea reside en parte en la posición inclinada, durante la cual se oprime el pecho y el estómago, pero especialmente en la cantidad de polvillo metálico de afiladas aristas que se desprende durante el afilado, satura la atmósfera y se respira necesariamente. En promedio, los afiladores en seco apenas si llegan a los 35 años, mientras que los que emplean la piedra húmeda difícilmente sobrepasan los 45. El Dr. Knight, de Sheffield, dice:

«El único modo que tengo para poner en claro de alguna manera lo nocivo de esta ocupación es declarar que, entre los afiladores, los más longevos son los mayores bebedores, ya que son quienes en mayor proporción se hallan ausentes del trabajo. En total hay unos 2.500 afiladores en Sheffield. Aproximadamente 150 (80 hombres y 70 niños) son afiladores de tenedores, quienes mueren entre los 28 y los 32 años; los afiladores de navajas de afeitar, quienes afilan tanto con piedra húmeda como seca, mueren entre los 40 y los 45 años y los afiladores de cuchillos de mesa, quienes afilan con piedra húmeda, mueren entre los 40 y los 50 años».

El mismo médico proporciona la siguiente descripción del curso de su enfermedad, la que ha dado en llamarse el asma de los afiladores:

«Comienzan su trabajo habitualmente a los catorce años y si tienen buena constitución es raro que sientan muchas molestias antes de los veinte. Entonces comienzan a mostrarse los síntomas de su enfermedad peculiar; se quedan sin aliento ante el menor esfuerzo, al subir escaleras o montañas, en forma inmediata, mantienen elevados los hombros para aliviar su constante y creciente disnea, se inclinan hacia adelante y parecen sentirse más cómodos, en general, en la posición oprimida en la cual trabajan; su rostro toma un color amarillo sucio, sus rasgos expresan angustia, se quejan de opresión en el pecho; su voz se torna áspera y ronca, tosen fuertemente, como si el aire fuese impulsado a través de una tubería de madera. De tanto en tanto expectoran considerables cantidades de polvillo, mezclado con flemas o bien en masas de forma esférica o cilíndrica, con una delgada capa de flema. Los esputos sanguinolentos, la imposibilidad de estar acostados, los sudores nocturnos, la diarrea colicuativa y un desusado adelgazamiento con todos los síntomas habituales de la tuberculosis pulmonar terminan por arrebatarnos, después de haber languidecido durante meses, y a menudo durante años, incapaces de alimentarse⁵⁰ a sí mismos y a los suyos mediante su trabajo. Debo añadir que todos los intentos efectuados hasta el presente por evitar o curar el asma de los afiladores han fracasado por completo».

Esto lo escribió Knight hace diez años; desde entonces, el número de afiladores y la virulencia de la enfermedad han aumentado, aunque también se han efectuado tentativas de prevenir la enfermedad por medio de piedras de afilar cubiertas y de extracción del polvillo por corrientes. Estas tentativas se han logrado cuando menos en forma parcial, pero los propios afiladores no quieren su empleo, y hasta los han destruido en algunas partes, porque creen que, en virtud de ello, ingresarán más obreros a su actividad, deprimiendo su salario; son partidarios de «una vida breve, pero alegre». El Dr. Knight a menudo les ha dicho a afiladores que venían a verlo con los primeros síntomas del asma: «Vais hacia la muerte, si volvéis a la piedra de afilar». Pero nunca sirvió de nada; quien alguna vez había sido afilador, estaba desesperado, como si se hubiese vendido al diablo. En Sheffield, la instrucción se halla en un nivel muy bajo; un sacerdote que se ocupó mucho de la estadística educativa, opinaba que de los 16.500 niños de la clase obrera que se hallan en condiciones de asistir a una escuela, apenas 6.500 sabían leer; ello se

50. En 1845, erróneamente: degradarse.

debe a que se retira a los niños de la escuela en su séptimo año de vida y a más tardar en el duodécimo, y a que los maestros de escuela no servían (¡uno de ellos era un ladrón convicto, quien después de ser liberado de la cárcel no halló otro medio para alimentarse que el oficio de maestro de escuela!). La inmoralidad entre la juventud parece ser mayor en Sheffield que en cualquier otra parte (difícilmente se sabría a qué ciudad concederle el premio y cuando se leen los informes se piensa que cualquiera de ellas lo merece). Los domingos, los jóvenes andan todo el día por la calle, lanzan monedas a cara o cruz o azuzan a los perros unos contra otros, concurren diligentemente a las tabernas, donde se están sentados con sus novicitas, hasta que, tarde por la noche, realizan paseos solitarios en pareja. En una taberna que fue visitada por el comisario, se hallaban sentados de 40 a 50 jóvenes de ambos sexos, casi todos ellos menores de 17 años, cada mozo con su muchacha. Algunos jugaban a los naipes, otros cantaban o bailaban y todos bebían. Entre ellos se hallaban sentadas rameras profesionales declaradas. No cabe sorprenderse, pues, y al decir de todos los testigos, de que las relaciones sexuales prematuras e irregulares y la prostitución juvenil sean extraordinariamente frecuentes en Sheffield, ya en individuos de 14 y 15 años. Los crímenes, más exactamente los de índole sumamente brutal y desesperada, son cosa corriente; un año antes de la llegada del comisario fue apresada una banda, compuesta en su mayoría de jóvenes, cuando se disponía a incendiar la ciudad; se hallaban completamente equipados con lanzas y combustibles. Más adelante veremos que el movimiento obrero de Sheffield tiene exactamente el mismo carácter salvaje (Symons, *Rept. and evid.*).

Además de estos emporios principales de la elaboración de los metales, existen fábricas de alfileres en Warrington (Lancashire), donde también reina mucha miseria, inmoralidad e ignorancia entre los obreros, en especial entre los niños, y un número de herreros productores de clavos en la región de Wigan (Lancashire) y en el este de Escocia; los informes de estos últimos distritos coinciden casi por completo con los de Staffordshire. Sólo nos queda un único ramo de esta industria, el de la *fabricación de máquinas*, que se efectúa principalmente en los distritos fabriles, en especial en Lancashire, y cuya peculiaridad es la producción de máquinas por medio de máquinas, con lo cual ha vuelto a quitarse a los obreros desplazados por lo demás su último refugio: el estar ocupados en la fabricación de las máquinas que los habían dejado desocupados. Máquinas de cepillar y agujerear, máquinas torneadoras de tornillos, engranajes, tuercas, etc., tornos mecánicos, también han dejado desocu-

pados aquí a una cantidad de obreros que antes tenían una ocupación regular por un buen salario, y quien tenga ganas podrá ver gran cantidad de ellos en Manchester.

Al norte del distrito metalúrgico de Staffordshire se halla situado un distrito industrial al cual hemos de dedicarnos ahora: las *alfarerías* (*potteries*), cuya sede principal es la comunidad (*borough*) de Stoke, que abarca las localidades de Henley, Burslem, Lane End, Lane Delph, Etruria, Coleridge, Langport, Tunstall y Golden Hill, con un total de 60.000 habitantes. Al respecto, el *Ch. E. Rept.* informa de lo siguiente. En algunos ramos de esta fabricación —de loza— los niños tienen una ocupación fácil en salas cálidas y aireadas; en cambio, en otros se les exige una tarea dura y agotadora, mientras que no obtienen una alimentación suficiente ni buena vestimenta. Muchos niños se quejan: «No tengo suficiente para comer, mayormente me dan patatas y sal, nunca carne, nunca pan, no voy a la escuela, no tengo ropa.» —«Hoy no he comido nada a mediodía, en casa nunca hay almuerzo, mayormente me dan patatas y sal, a veces pan.»— «Esta es toda la ropa que tengo; no tengo prendas domingueras en casa.» Entre los niños cuya labor es especialmente perjudicial cabe señalar a los *mould runners*, encargados de llevar el material acabado de formar al cuarto de secado, para luego llevar de regreso el molde vacío, una vez que el material se ha secado como corresponde. De este modo deben ir y venir durante todo el día llevando un peso demasiado grande para su edad, y la elevada temperatura en que deben hacerlo incrementa aún considerablemente su fatiga. Apenas sin excepción, estos niños son enjutos, pálidos, débiles, pequeños y poco desarrollados; casi todos ellos padecen malestares estomacales, vómitos, inapetencia y muchos de ellos mueren de consunción. Casi igualmente débiles son los niños a quienes se designa con el nombre de *jiggers*, a causa de la rueda (*jigger*) que deben hacer girar. Pero el más nocivo es, con mucho, el trabajo de quienes deben sumergir la mercancía terminada en un líquido que contiene grandes cantidades de plomo y, a menudo, también mucho arsénico o que deben tomar en sus manos las piezas recién sumergidas. Las manos y las ropas de estos obreros —hombres y niños— siempre están húmedas de este líquido, la piel se ablanda y se desprende por el hecho de tocar continuamente objetos ásperos, de modo que los dedos a menudo sangran y se hallan permanentemente en un estado que favorece la absorción de estas peligrosas sustancias en grado máximo. Las consecuencias de ello son violentos dolores y graves enfermedades del estómago y de las vísceras, constipación pertinaz, cólicos, a veces consunción y *con mucha frecuencia epilepsia* en los niños. En los hombres se

produce la paralización parcial de los músculos de la mano, *colica pictorum* y paralización de miembros íntegros. Relata un testigo que dos niños que trabajaban con él murieron entre convulsiones; otro, que cuando niño ayudó durante dos años en las tareas de inmersión, narra que al principio tenía violentos malestares abdominales, luego una convulsión, a consecuencia de la cual debió guardar cama durante dos meses, desde entonces convulsiones con frecuencia cada vez mayor, actualmente a diario y a menudo de diez a veinte ataques epilépticos en un mismo día. Tiene el lado derecho paralizado y, según le dijeron los médicos, ya nunca habrá de recobrar el uso de sus miembros. En la sala de inmersión de una fábrica hay cuatro hombres, todos ellos epilépticos y que padecen violentos cólicos, y once niños, entre los cuales también hay ya algunos epilépticos. En suma, esta terrible enfermedad se presenta en forma muy generalizada como consecuencia de esta ocupación, ¡y esto también para la mayor ganancia de dinero de la burguesía! En los recintos en los que se friega la loza, la atmósfera se halla saturada de polvo de sílice finamente pulverizado, cuya aspiración produce efectos tan nocivos como la del polvo de acero a los afiladores de Sheffield. Los obreros se quedan sin aliento, no pueden permanecer tranquilamente acostados, sufren de irritación de la laringe, tos violenta y su voz se torna tan suave que apenas si es posible oírlos. También todos ellos mueren de tuberculosis. Se dice que en las *potteries* hay relativamente muchas escuelas que ofrecen a los niños la ocasión de instruirse, pero puesto que se los envía tan tempranamente a la fábrica y que deben trabajar durante tanto tiempo (la mayoría de las veces doce, y a menudo más horas aún) no están en condiciones de utilizar la escuela, y por ello las tres cuartas partes de los niños examinados por el comisario no sabían leer ni escribir y todo el distrito se hallaba sumido en la más profunda ignorancia. Niños que durante años concurrieron a escuelas dominicales no estaban en condiciones de distinguir una letra de otra, y en todo el distrito también la instrucción moral y religiosa se halla, además de la intelectual, en un nivel sumamente bajo (Scriven, Rept. and evid.).

También en la *fabricación del vidrio* aparecen tareas que si bien parecen ser poco nocivas para los hombres, no pueden sin embargo ser toleradas por niños. La dureza del trabajo, la irregularidad del tiempo de labor, las frecuentes tareas nocturnas y en especial el elevado calor de los locales de trabajo (de 100 a 130° Fahrenheit⁵¹) provocan en los niños debilidad y enfermedades generalizadas, mal desarrollo y en espe-

51. En 1845 y 1892; erróneamente: de 300 a 330° Fahrenheit.

cial afecciones de la vista, enfermedades abdominales, así como bronquíticas y reumáticas. Muchos niños son pálidos, tienen ojos enrojecidos, a menudo cegados durante semanas, padecen náuseas violentas, vómitos, tos, resfriados y reumatismo. Para sacar las piezas de los hornos, a menudo los niños deben penetrar en recintos tan caldeados que las tablas sobre las cuales se hallan parados se encienden bajo sus pies. Los sopladores de vidrio en su mayoría mueren en forma prematura de debilidad y afecciones pectorales. (Leifchild, Rept. App. Pt. II, p. L 2, ss. 11, 12; Franks, Rept. App. Pt. II, p.K 7, s. 48; Tancred, Evid. App. Pt. II, p.i 76, etc., todos ellos en el *Cb. E. Rept.*).

En general, el mismo informe testimonia, en todos los ramos de la industria, la penetración paulatina pero segura del sistema fabril, que es posible reconocer mediante la ocupación de mujeres y niños. No he considerado necesario seguir por doquier los progresos de la maquinaria y el desplazamiento de los hombres adultos. Quien esté de algún modo familiarizado con la industria podrá completar fácilmente el cuadro, mientras que yo carezco aquí del espacio para seguir en sus pormenores este aspecto del actual sistema de producción, desarrollado en su resultado con motivo del sistema fabril. En todas partes se emplean máquinas, con lo cual se aniquila el último rastro de independencia del obrero. Por doquier se disuelve la familia a causa del trabajo de la mujer y de los niños, o inclusive queda cabeza abajo en virtud de la desocupación del hombre; en todos lados la inevitabilidad de la maquinaria pone en manos del gran capitalista los negocios, y con ellos a los obreros. La centralización de la propiedad avanza irresistiblemente, la división de la sociedad en grandes capitalistas y obreros desposeídos se agudiza día a día y el desarrollo industrial de la nación avanza a pasos agigantados hacia una crisis inevitable.

Ya he mencionado con anterioridad que en los *oficios artesanales* el poderío del capital, y a veces también la división del trabajo, han producido el mismo resultado, desplazado a la pequeña burguesía, situando en su lugar a grandes capitalistas y obreros desposeídos. En el fondo, poco es cuanto hay que decir acerca de estos artesanos, ya que todo cuanto se relaciona con ellos ya ha encontrado su lugar cuando se habló del proletariado industrial en general; poco es también cuanto se ha modificado en este aspecto, en cuanto al modo de trabajo y su influencia sobre la salud, desde el inicio del movimiento industrial. Pero el contacto con los obreros industriales propiamente dichos, la presión de los grandes capitalistas, que se tornó mucho más perceptible que la de los pequeños maestros, con quienes, después de todo, el oficial aún se hallaba en una

relación personal, las influencias de la vida de las grandes ciudades y el descenso del salario han convertido a casi todos los artesanos en activos participantes de los movimientos obreros. De inmediato tendremos ocasión de hablar aquí a este respecto, pero mientras tanto nos abocaremos a una clase de la población trabajadora de Londres que merece especial atención a causa de la extraordinaria barbarie con la que la explota la codicia de dinero de la burguesía. Me refiero a las modistas y costureras.

Es curioso que precisamente la confección de los artículos que sirven para el ornamento de las *damas de la burguesía* se halle ligada a las más tristes consecuencias para la salud de los obreros ocupados en ella. Ya hemos visto esto anteriormente en el caso de la fabricación de encajes y ahora tenemos nuevamente las tiendas de modas de Londres como prueba de este aserto. Estos establecimientos ocupan a gran cantidad de muchachas jóvenes —se dice que en total ascenderían a 15.000—, quienes viven y comen en la misma casa, proceden mayormente del campo, y que de este modo son esclavas totales de la patronal. Durante la temporada de modas, que dura unos cuatro meses al año, hasta en los mejores establecimientos las horas diarias de labor ascienden a quince y, de producirse negocios urgentes, dieciocho; durante este lapso, en la mayor parte de las tiendas se trabaja sin determinación fija alguna de horarios, de modo que las muchachas nunca tienen más de seis horas de las veinticuatro del día —que a menudo son sólo tres o cuatro, y a veces hasta solamente dos— para el sueño y el reposo, mientras que se trabaja de diecinueve a veintidós horas, cuando no deben seguir trabajando (cosa que ocurre con harta frecuencia) ¡durante toda la noche! El único límite que se establece a su trabajo es la incapacidad física positiva de seguir manejando la aguja siquiera por un minuto más. Se dan casos en los cuales estas impotentes criaturas no podían quitarse la ropa durante nueve días consecutivos, y sólo ocasionalmente y de vez en cuando podían descansar por algunos momentos sobre un colchón, sobre el cual se les servía la comida ya cortada en trozos pequeños a fin de que pudieran tragarla en el lapso más breve posible; en suma, que mediante el látigo moral del esclavista —la amenaza de despido— se mantiene a estas infelices muchachas efectuando un trabajo tan permanente e incesante que ningún hombre vigoroso podría soportarlo, y tanto menos aún tiernas muchachas de 14 a 20 años. A ello se suma la atmósfera húmeda de los cuartos de trabajo así como de los dormitorios, la posición inclinada, la comida a menudo mala y difícilmente digerible; todo ello, pero sobre todo el prolongado trabajo y el encierro, lejos del aire libre, engendra los más tristes resultados para la salud de las muchachas. Muy pronto se

presentan la fatiga y el agotamiento, debilidad, pérdida del apetito, dolores de hombros, espaldas y caderas, pero muy especialmente de cabeza; luego, deformación de la columna vertebral, hombros elevados y deformes, enflaquecimiento, ojos hinchados, lagrimeantes y dolorosos, que pronto se tornan miopes, tos, estrechez pectoral y cortedad de aliento, así como todas las enfermedades del desarrollo femenino. En muchos casos, la vista padece tan gravemente que se produce la ceguera incurable, una total desorganización ocular y, si la vista se conserva lo suficientemente buena como para posibilitar la prosecución del trabajo, es habitualmente la tuberculosis la que pone fin a la triste y breve vida de estas modistas. Incluso en aquellas que abandonan en forma suficientemente temprana este trabajo, la salud física queda destruida para siempre y el vigor de su constitución queda quebrantado; son permanentemente achacosas y débiles, sobre todo en el matrimonio, y dan a luz niños enfermizos. Todos los médicos interrogados por el comisario (de la Ch. Empl. Comm.) manifestaron unánimemente que no podría inventarse modo de vida alguno que apuntase, más que éste, a aniquilar la salud y provocar una muerte prematura.

Con la misma crueldad, sólo que en forma un poco más indirecta, se explota en Londres a las *costureras* en general. Las muchachas que se ocupan de la confección de corsés realizan una tarea dura, esforzada y exigente para la vista, y ¿cuál es el salario que perciben? No lo sé, pero lo que sí sé es que el empresario que debe garantizar el material que se le entrega y que distribuye el trabajo entre las diferentes costureras recibe 1 1/2 penique, es decir 15 pfennig prusianos por pieza. De ello se deduce aun su utilidad, que es por lo menos de 1/2 penique; vale decir que a lo sumo 1 penique va a parar a los bolsillos de la pobre muchacha. Las muchachas que cosen corbatas deben comprometerse a realizar dieciséis horas de trabajo, recibiendo semanalmente 4 1/2 chelines, es decir 1 1/2 táleros prusianos, por los cuales pueden comprar aproximadamente lo mismo que a cambio de 20 groschen de plata en la ciudad más cara de Alemania.*⁶⁹ Pero quienes en peor situación están son las que cosen camisas. Por una camisa común reciben 1 1/2 peniques; antes se les pagaba de 2 a 3 peniques, pero desde que la Casa de Pobres de St. Pancras, administrada por autoridades *radicales burguesas*, comenzó a admitir trabajo a 1 1/2 peniques, estas pobres mujeres debieron hacer lo mismo. Por camisas finas, adornadas, que pueden acabarse en un día con dieciocho horas de labor, se pagan 6 peniques (5 groschen de plata). En

*69. Cf. *Weekly Dispatch* del 17 de marzo de 1844.

consecuencia, según los múltiples testimonios de obreras y empresarios, el salario de estas costureras asciende, por un trabajo sumamente esforzado que se prosigue hasta muy entrada la noche, ¡de 2 1/2 a 3 chelines semanales! Y lo que corona esta vergonzosa barbarie es que las costureras deben depositar el importe de los materiales que se les confían, cosa que, como es natural, no pueden hacer sino —como bien saben sus propietarios— empeñando una parte de los mismos y rescatándola con pérdida o bien, cuando no *pueden* rescatar las telas, viéndose obligadas a presentarse al juzgado de paz, como le ocurrió a una costurera en noviembre de 1843. Una pobre muchacha que se halló en esta situación y no supo qué hacer se ahogó en agosto de 1844; arrojándose a un canal. Estas costureras viven habitualmente en pequeños desvanes en la mayor miseria y muchas de ellas se hacinan en una misma habitación en el número que el espacio disponible permita; durante el invierno, el calor animal de las presentes es, en la mayoría de los casos, el único medio de calefacción. Allí se hallan sentadas, inclinadas sobre su trabajo, cosiendo desde las cuatro o cinco de la mañana hasta la medianoche, devastando su salud en unos pocos años y avanzando prematuramente a la tumba, sin poder procurarse siquiera las necesidades más perentorias,*⁷⁰ mientras que abajo, a sus pies, pasan rodando las esplendorosas carrozas de la alta burguesía y mientras acaso a diez pasos de distancia un lamentable *dandy* pierde, en una noche en el Pharo, más dinero del que ellas pueden ganar en todo el año.

Ésta es la situación del proletariado industrial inglés. Dondequiera que nos volvamos hallaremos miseria permanente o temporaria, enfermedades que surgen de la situación o del trabajo, desmoralización; en todas partes, destrucción, un socavamiento lento pero seguro de la naturaleza humana, tanto en el aspecto físico como espiritual. ¿Es ésta una situación que pueda durar?

Esta situación no puede durar, y no durará. Los obreros, la gran mayoría del pueblo, no lo quieren. Veamos qué dicen *ellos* acerca de esta situación.

*70. Thomas Hood, el más talentoso de todos los humoristas ingleses actuales y, al igual que todos los humoristas, pletórico de sensibilidad humanitaria, pero carente de toda energía de espíritu, publicó a comienzos de 1844, cuando la miseria de las costureras colmaba todos los periódicos, una bella poesía, «The Song of the Shirt», la canción de la camisa, que arrancó más de una lágrima compasiva —aunque inútil— de los ojos de las hijas de la burguesía. No tengo espacio suficiente como para poder reproducirla aquí; originariamente fue publicada en el *Punch*, y luego recorrió los periódicos. Puesto que la situación de las costureras se trató por entonces en todos los periódicos, las citas en especial se tornan superfluas.

MOVIMIENTOS OBREROS

Aun cuando no lo haya especificado en cada caso, habrá que concedérseme que los obreros ingleses no pueden sentirse dichosos en esta situación; que la suya no es una situación en la cual un ser humano o toda una clase de seres humanos puedan pensar, sentir y vivir humanamente. Por consiguiente, los obreros deben aspirar a salir de esta situación bestializante, a procurarse una posición mejor y más humana, y eso es cosa que no pueden hacer sin luchar contra el interés de la burguesía en cuanto tal, que consiste, precisamente, en la explotación de los obreros; pero la burguesía defiende sus intereses con todas sus fuerzas, que está en condiciones de emplear mediante su propiedad y el poder del estado que se halla a sus órdenes. En cuanto el obrero trata de salir del actual estado de cosas, el burgués se convierte en su enemigo declarado.

Pero además, el obrero advierte a cada instante que la burguesía lo trata como un objeto, como su propiedad, y ya por ello se presenta como enemigo de la burguesía. He demostrado anteriormente con cien ejemplos (y hubiese podido demostrarlo con otros cien) que bajo las condiciones actuales el obrero sólo puede salvar su condición humana mediante el odio y la sublevación contra la burguesía. Y su educación, o mejor dicho su falta de educación, unida a la mucha y ardiente sangre irlandesa transfundida a la clase obrera inglesa, vela ya para que el trabajador *pueda* protestar con la pasión más violenta contra la tiranía de los poseyentes. El obrero inglés ya no es un inglés, ya no es un hombre de dinero calculador como lo es su vecino poseyente, sino que tiene sentimientos más plenamente desarrollados, y su nórdica frialdad innata resulta compensada por la espontaneidad con que han podido desarrollarse sus pasiones y adquirir dominio sobre él. El obrero carece de la instrucción racional que tan significativamente ha desarrollado la predisposición egoísta del burgués inglés, que ha convertido el egoísmo en su

pasión predominante y que ha concentrado toda la energía de sus sentimientos en el punto exclusivo de la codicia del dinero; en cambio, sus pasiones son fuertes y poderosas como las del extranjero. La nacionalidad inglesa ha sido aniquilada en el obrero.

Si, tal como hemos visto, no se ha dejado al obrero ningún otro campo para la actividad de su condición humana que el oponerse a toda su situación vital, es natural que sea precisamente en esta oposición donde los obreros hayan de aparecer como más amables, nobles y humanos. Veremos que todas las energías y toda la actividad de los obreros se encamina hacia este único punto y que hasta los esfuerzos por conquistar la instrucción humana corriente se hallan todos directamente vinculados con él. Por cierto que tendremos que informar acerca de algunas violencias y hasta brutalidades, pero cabe reflexionar que la guerra social reina francamente en Inglaterra, y si el interés de la burguesía consiste en librar esta guerra de una manera hipócrita, bajo la apariencia de la paz e incluso de la filantropía, al obrero sólo puede servirle el descubrimiento de las verdaderas situaciones, una destrucción de esta hipocresía; es decir, que hasta las hostilidades más violentas de los obreros contra la burguesía y sus sirvientes sólo constituyen la expresión abierta y desembozada de lo que la burguesía inflige, disimulada y arteramente, a los obreros.

La sublevación de los obreros contra la burguesía se inició inmediatamente después del desarrollo industrial y ha recorrido diversas fases. No es éste el lugar para exponer la importancia histórica de estas fases para el desarrollo del pueblo inglés; debo reservarme esto para un trabajo ulterior, limitándome por ahora a los meros hechos, en la medida en que los mismos sirvan para caracterizar la situación del proletariado inglés.

La primera forma de esta sublevación —la más brutal y estéril— fue el crimen. El obrero vivía en apremio y miseria, y veía que a otros les iba mejor que a él. Su razón no comprendía por qué precisamente él, que después de todo hacía más por la sociedad que el rico holgazán, debía padecer a causa de estas circunstancias. Por añadidura, la necesidad vencía el respeto heredado por la propiedad, y robó. Hemos visto cómo aumentó el delito con la expansión de la industria, cómo el número anual de detenciones guarda una proporción constante con los fardos de algodón consumidos.

Pero los obreros pronto comprendieron que eso no servía de nada. Los delincuentes, por medio de su robo, sólo podían protestar contra el orden social establecido en forma aislada, como individuos; todo el poder de la sociedad se lanzaba sobre cada individuo y lo sofocaba con

tremenda superioridad. Además, el robo era la forma más inculta e inconsciente de protesta, y por eso mismo jamás era la expresión general de los obreros para la opinión pública, aunque ellos la aprobasen tácitamente. La *clase* obrera sólo emprendió la oposición contra la burguesía cuando se opuso por la violencia a la instauración de la maquinaria, tal como ocurrió apenas iniciado el movimiento industrial. De este modo, ya los primeros inventores —Arkwright, etc.— fueron perseguidos y sus máquinas destruidas; más tarde se produjo gran cantidad de alzamientos contra la maquinaria, en los cuales ocurrió casi exactamente lo mismo que en ocasión de los disturbios de los impresores bohemios en junio de 1844; las fábricas fueron demolidas y se destruyeron las máquinas.

También este tipo de oposición sólo era aislado, se limitaba a ciertas localidades y apuntaba solamente contra un único aspecto de las condiciones actuales. Una vez alcanzado el objetivo momentáneo, todo el poder de la fuerza social caía sobre los nuevamente indefensos malhechores y los castigaba a su antojo, mientras que la maquinaria se introducía a pesar de todo. Había que hallar una nueva forma de oposición.

Para ello sirvió una ley promulgada por el antiguo Parlamento, oligárquico-torysta y que no había sido reformado, una ley que, más adelante, cuando el *bill* de la reforma sancionó en forma legal la antinomia entre burguesía y proletariado y elevó a la burguesía a clase dominante, nunca hubiese sido aprobada por la Cámara Baja. Esta ley fue aprobada en 1824 y derogó todas las actas en virtud de las cuales habían estado prohibidas hasta entonces las asociaciones entre obreros con fines laborales. Los obreros obtuvieron el *derecho de libre asociación*, que hasta entonces sólo pertenecía a la aristocracia y a la burguesía. Es verdad que hasta ese momento siempre habían existido asociaciones secretas entre los obreros, pero jamás habían podido lograr grandes resultados. Como lo relata Symons (*Arts and Artisans*, págs. 137 ss.), en Escocia ya había tenido lugar en 1812, entre los tejedores de Glasgow, un paro general del trabajo, que había sido obra de una asociación secreta. El mismo se repitió en 1822; y en esa ocasión a dos obreros que no quisieron unirse a la asociación y a quienes, en consecuencia, los asociados consideraron como traidores a su clase, se les echó vitriolo a la cara, a raíz de lo cual perdieron la vista. Asimismo, en 1818 la asociación de los mineros escoceses era lo suficientemente poderosa como para poder imponer un paro general de tareas. Estas asociaciones hacían prestar a sus miembros un juramento de fidelidad y silencio, tenían listas, cajas y contabilidad regulares, así como ramificaciones locales. Pero el sigilo con que se realizaba todo paralizaba su desarrollo. En cambio, cuando en

1824 los obreros obtuvieron el derecho de libre asociación, estas asociaciones muy pronto se extendieron a través de toda Inglaterra y se tornaron poderosas. En todos los ramos de actividad se formaron esta clase de asociaciones (*trades unions*), con la manifiesta intención de proteger a los obreros individuales contra la tiranía y el abandono de la burguesía. Sus objetivos eran fijar el salario y negociar con los empleadores *en masse*, como una *fuertza*, regular el salario según la utilidad⁵² del empleador, elevarlo cuando llegase el momento oportuno y mantenerlo al mismo nivel en cada uno de los diversos oficios; por ello solían negociar con los capitalistas en procura de una escala de salarios de observación general, negándose a trabajar para aquellos que se negasen a aceptar esta escala. Además, restringir la aceptación de aprendices para mantener siempre elevada la demanda de obreros y, de ese modo, el salario, y oponerse lo más posible a la alevosa reducción salarial de los fabricantes mediante la introducción de nuevas máquinas y herramientas, etc.; y por último, socorrer a obreros desocupados mediante recursos económicos. Esto se efectúa bien directamente, recurriendo a la caja de la asociación, o bien mediante una tarjeta en la cual se halla registrada la legitimación necesaria, y en virtud de la cual el obrero se traslada de un lugar a otro, donde sus colegas de oficio le prestan ayuda y le informan acerca de la mejor ocasión de obtener trabajo. A esta peregrinación los obreros la denominan *the tramp* y quien así peregrina es un *tramper*. Para lograr estos fines se nombran un presidente y un secretario remunerados —ya que cabe esperar que ningún fabricante dará ocupación a esta clase de gentes— así como un comité que recauda las contribuciones semanales y que vigila su empleo para los fines de la asociación. Cuando ello era posible y se revelaba como ventajoso, los colegas de oficio de los diversos distritos también se unían en una asociación federada, convocando en épocas determinadas a asambleas de delegados. En distintos casos se ha intentado unir a los trabajadores de *un mismo* oficio y de toda Inglaterra en *una sola* gran asociación, y varias veces —la primera de ellas en 1830— se hizo la tentativa de unificar una asociación obrera de todo el reino, con una organización particular de cada oficio. Sin embargo, estas asociaciones nunca se mantuvieron por mucho tiempo y rara vez se concretaron siquiera por el momento, ya que sólo una agitación general extraordinaria es capaz de tornar posible y eficaz una asociación de esta índole.

Los medios que estas asociaciones suelen emplear para la consecu-

52. En 1892: ganancia.

ción de sus fines son los siguientes. Si uno o varios patrones se niegan a pagar el salario fijado por la asociación, se le envía una diputación o una petición (como se ve, los obreros saben reconocer el poderío del señor absoluto de la fábrica en su pequeño dominio); si esto no da resultado, la asociación ordena parar el trabajo y todos los obreros retornan a sus casas. El paro de actividades (*turn-out* o *strike*) es parcial cuando uno o algunos empleadores de ese oficio se niegan a regular el salario de acuerdo a las propuestas de la asociación, o es general cuando lo hacen todos ellos. Hasta allí llegan los medios legales de la asociación, es decir en el caso de que el paro de tareas —cosa que no siempre ocurre— tiene lugar con previo aviso. Pero estos medios legales aún son muy débiles, en la medida en que aún existen obreros que se hallan al margen de la asociación o que permiten que ventajas momentáneas ofrecidas a ellos por el burgués los aparte de ella. Especialmente en el caso de paros parciales de tareas, al fabricante le resulta fácil reclutar estos carneros sarnosos (llamados *knobsticks*),⁵³ haciendo de este modo estériles los esfuerzos de los obreros asociados. Es habitual entonces que los *knobsticks* sean amenazados, insultados, golpeados o maltratados de cualquier otra forma por los miembros de la asociación, en resumidas cuentas, que sean intimidados de todas las maneras posibles; se sucede una demanda, y puesto que hasta el presente la burguesía amante de la ley aún conserva el poder, la fuerza de la asociación resulta quebrantada casi siempre por el primer acto ilegal, por la primera demanda judicial contra sus integrantes.

La historia de estas asociaciones es una larga serie de derrotas de los obreros, interrumpida por algunos pocos triunfos. Es natural que todos estos esfuerzos no puedan alterar la ley de la economía, según la cual el salario se rige⁵⁴ por la relación entre la demanda y la oferta en el mercado laboral. De ahí que estas asociaciones sean impotentes contra todas las *grandes* causas que influyen sobre esta relación; durante una crisis comercial, la propia asociación debe rebajar el salario o disolverse por completo, y en caso de un significativo incremento de la demanda de trabajo no puede situar el salario por encima de lo que ya de por sí ocurriría espontáneamente en virtud de la competencia de los capitalistas. Pero no obstante es poderosa contra causas menores y de efecto aislado. Si el fabricante no hubiese de esperar una oposición concentrada y masiva por parte de los obreros, deprimiría cada vez más, paulatinamente, el

53. Rompehuelgas; aplícase asimismo a obreros que trabajan por debajo del salario establecido por las tarifas.

54. En 1892: determina.

salario, en beneficio de sus utilidades; más aún, la lucha de la competencia contra los demás fabricantes, en la cual debe salir airoso, hasta lo obligaría a ello y el salario pronto disminuiría hasta su mínimo. Pero esta competencia de los fabricantes *entre sí* resulta inhibida, *en condiciones medias*, por la oposición de los obreros. Cualquier fabricante sabe que la consecuencia de una reducción salarial que no estuviera justificada por circunstancias a las cuales también se hallen sometidos sus competidores, sería un *strike*, que con toda certeza le causaría un perjuicio, porque durante la duración del mismo su capital debería permanecer ocioso, su maquinaria se oxidaría, mientras que en tal caso es sumamente incierto si puede imponer su reducción de salarios y tiene la certeza de que, apenas lo logre, sus competidores lo seguirán en la rebaja de los precios del producto elaborado, con lo cual volverán a sustraerle la utilidad de los mismos. Además, las asociaciones producen con mayor frecuencia una elevación más rápida del salario después de una crisis que la que se produciría sin su intervención; después de todo, el fabricante está interesado en no elevar el salario antes de que lo obligue a ello la competencia de sus colegas fabricantes, mientras que ahora los propios obreros exigen un salario más alto cuando mejora el mercado y en tales circunstancias, a causa de menores posibilidades de elección de obreros, a menudo pueden obligar al fabricante a elevar los sueldos mediante una paralización de tareas. Pero, como ya hemos dicho, las asociaciones son ineficaces contra las causas de mayor envergadura que alteran el mercado laboral. En tales casos, el hambre impulsa paulatinamente a los obreros a reasumir el trabajo cualesquiera que sean sus condiciones, y una vez que algunos ya lo han reanudado, el poder de la asociación queda quebrado, pues estos pocos *knobsticks*, junto con las reservas de mercancías aún subsistentes en el mercado, ponen a la burguesía en condiciones de eliminar las peores consecuencias de la perturbación de los negocios. Los fondos de la asociación pronto se agotan por la cantidad de obreros que necesitan ayuda, el crédito que otorgan los tenderos a elevados intereses se niega a la larga y la necesidad obliga a los obreros a retornar al yugo de la burguesía. Pero puesto que los fabricantes deben evitar todas las reducciones de salario innecesarias, en su propio interés —que por cierto sólo se ha convertido en interés suyo gracias a la oposición de los obreros—, mientras que los obreros experimentan un empeoramiento de su situación en cualquier reducción del salario determinado por las condiciones de los negocios (empeoramiento contra el cual deben precaverse en lo posible), resulta que la mayor parte de los *turn-outs* van en detrimento de los obreros. Alguien se preguntará entonces por qué en los

casos en los que la inutilidad de esta medida resulta palmaria, los obreros paralizan sus tareas. Pues, sencillamente, porque *deben* protestar contra la reducción del salario e incluso contra la necesidad de dicha reducción, porque deben declarar que ellos, en cuanto seres humanos, no tienen por qué ajustarse a la situación, sino que ésta debe guiarse de acuerdo a *ellos*, a los seres humanos; porque su silencio sería un reconocimiento de esta situación, un reconocimiento del derecho de la burguesía a explotar a los obreros durante los períodos de buenos negocios y a dejarlos morir de hambre en épocas malas. Los obreros deben protestar contra ello mientras no hayan perdido todos sus sentimientos humanos y el hecho de que protesten *así* y no de otra manera se debe a que son ingleses, es decir gente práctica, que abonan su protesta mediante una *acción*, y no como los teóricos alemanes, quienes van a dormir tranquilos en cuanto su protesta ha sido correspondientemente protocolizada y puesta *ad acta*, para dormir allí con la misma tranquilidad que los protestatarios. En cambio, la protesta efectiva del inglés produce sus efectos, mantiene la codicia de dinero de la burguesía dentro de determinados límites y mantiene viva la oposición de los obreros contra la omnipotencia social y política de la clase poseyente, mientras que por otra parte les arranca asimismo la confesión de que se necesita algo más que asociaciones obreras y *turn-outs* para quebrar la dominación de la burguesía. Pero lo que confiere su verdadera importancia a estas asociaciones y a los *turn-outs* resultantes de ellas en el hecho de que se trata de la primera tentativa de los obreros por *eliminar la competencia*. Las mismas presuponen la noción de que la hegemonía de la burguesía se basa únicamente en la competencia de los obreros entre sí, vale decir en la fragmentación del proletariado, en la oposición de los diferentes obreros entre sí. Y precisamente por estar orientadas —aunque sólo de manera unilateral y restringida— contra la competencia, contra el nervio vital del orden social actual, precisamente por ello resultan tan peligrosas para ese orden social. El obrero no encuentra punto más vulnerable que éste donde atacar a la burguesía, y con ella todo el orden imperante de la sociedad. Una vez perturbada la competencia de los obreros entre sí, una vez resueltos todos los obreros a no dejarse explotar ya por la burguesía, el imperio de la posesión habrá tocado a su fin. Pues el salario sólo depende de la relación entre oferta y demanda, de la situación fortuita del mercado laboral, porque hasta el presente los obreros han permitido que se los trate como una cosa que se compra y se vende. Si los obreros deciden no dejarse comprar y vender ya, si al definir cuál es, en realidad, el valor del trabajo se manifiestan como *seres humanos* que, además de su fuerza de trabajo,

poseen también una voluntad, entonces se habrá acabado toda la economía nacional actual y las leyes del salario. Desde luego que las leyes del salario volverían a cobrar vigencia, a la larga, si los obreros se detuviesen en la supresión de la competencia entre sí mismos; pero no pueden hacer tal cosa sin abandonar todo el movimiento que han realizado hasta el presente, sin restaurar esta competencia de los obreros entre sí, es decir que no pueden hacerlo en absoluto. La necesidad les obliga a suprimir no sólo una *parte* de la competencia, sino la competencia en general; y eso es lo que harán. Los obreros ya están comprendiendo cada vez más, a diario, qué les depara la competencia, comprenden mejor que los burgueses que también la competencia de los poseyentes entre sí ejerce presión sobre el obrero, al provocar las crisis comerciales, y que también ésta debe ser eliminada. Pronto comprenderán *cómo* deben hacerlo.

No es necesario decir, por cierto, que estas asociaciones contribuyen en mucho a alimentar el odio y el rencor de los obreros contra la clase poseyente. Por ello, en tiempos de agitación extraordinaria, emanan de estas asociaciones —con o sin el conocimiento de sus miembros directivos— acciones aisladas que sólo pueden explicarse en virtud de un odio acrecentado hasta la desesperación, de una pasión salvaje que quiebra todas las barreras. De esa índole son los casos antes mencionados de arrojar vitriolo y una serie de otros, de los cuales he de describir algunos. En 1831, durante un violento movimiento obrero, el joven Ashton, fabricante de Hyde, en Manchester, fue muerto a balazos una noche, mientras iba por los campos, y nunca se encontraron rastros del autor. No cabe duda de que se trataba de una acción vindicativa de obreros.— Los incendios intencionales y las tentativas de voladura son sumamente frecuentes. El viernes 29 de setiembre de 1843 se efectuó una tentativa de volar el taller del fabricante de sierras Padgin en Howard Street, *Sheffield*. El medio empleado para ello fue un caño de hierro lleno de pólvora; los daños fueron considerables. Al día siguiente, 30 de setiembre, se produjo un intento similar en la fábrica de cuchillos y limas de Ibbetson, *Shales Moor*, en *Sheffield*. El señor Ibbetson se había granjeado los odios mediante una activa participación en movimientos de la burguesía, salarios bajos, empleo exclusivo de *knobsticks* y explotación de las leyes para los pobres en su beneficio (durante la crisis de 1842 obligó a los obreros a aceptar un salario bajo, proporcionando a la administración de pobres los nombres de quienes se negaban a aceptarlo y sosteniendo que se trataba de obreros que podían obtener trabajo pero que no querían hacerlo, y que por ende no merecían ayuda). La explosión causó bastantes daños y los obreros que llegaban para contemplarlos sólo

lamentaban «que no hubiese volado por los aires todo el asunto este».— El viernes 6 de octubre de 1843 una tentativa de incendio en la fábrica de Ainsworth y Crompton, en *Bolton*, no causó daños; era la tercera o cuarta intentona en muy breve lapso y en la misma fábrica. En la sesión del consejo municipal de *Sheffield*, celebrada el miércoles 10 de enero de 1844, el comisario de policía presentó una máquina de hierro de fundición confeccionada a los fines de una voladura, la cual, llena de cuatro libras de pólvora y provista de una mecha encendida pero que se había apagado, fue encontrada en la fábrica del señor Kitchen, Earl Street, Sheffield.— El domingo 20 de enero de 1844 se produjo una explosión en el aserradero de Bentley y White, *Bury*, Lancashire, la cual, ocasionada por paquetes de pólvora arrojados dentro del local, causó considerables daños.— El jueves 1 de febrero de 1844, los Soho Wheel Works de *Sheffield* fueron incendiados y resultaron pasto de las llamas.— He aquí seis casos de esta índole en cuatro meses, todos los cuales se fundamentan solamente en el rencor de los obreros contra sus patrones. No necesito decir por cierto qué clase de situación social debe ser aquélla en la cual semejantes cosas son siquiera *posibles*. Estos hechos son prueba suficiente de que en Inglaterra, inclusive en períodos de negocios fluidos como a fines de 1843, la guerra social está declarada y se lleva a cabo abiertamente; ¡y no obstante la burguesía inglesa aún sigue sin reflexionar!— Pero el caso más elocuente es el de los *thugs de Glasgow*,*⁷¹ que se ventiló ante los tribunales de esta ciudad entre el 3 y el 11 de enero de 1838. De las sesiones se puso de manifiesto que la asociación de hilanderos de algodón, que existía allí desde 1816, poseía una organización y fuerza poco comunes. Sus miembros se hallaban obligados por juramento a las resoluciones de la mayoría y durante todos los *turn-outs* tenían un comité secreto desconocido para la inmensa mayoría de sus miembros, que podía disponer sin restricción alguna de los dineros. El comité ponía precio a las cabezas de *Knobsticks*, fabricantes aborrecidos e incendios intencionales en fábricas. Así se prendió fuego a una fábrica en la cual habían sido ocupados *knobsticks* de sexo femenino, en lugar de hombres, para hilar; una tal señora MacPherson, madre de una de estas muchachas, fue asesinada y sus dos asesinos fueron enviados a Norteamérica por cuenta de la asociación.— Ya en 1820 dispararon sobre un *knobstick* de apellido MacQuarry, hiriéndolo, a cambio de lo cual el autor

*71. A estos obreros se los denominaba *thugs*, por comparación con la conocida tribu de las Indias Orientales cuyo único oficio consiste en el asesinato alevoso de todos los extranjeros que caen en sus manos.

del atentado recibió 15 libras esterlinas de la asociación. Más adelante también dispararon sobre un tal Graham; el ejecutor recibió 20 libras, pero fue descubierto y deportado de por vida. Por último, en mayo de 1837, como consecuencia de un *turn-out* en las fábricas de Oatbank y Mile-End, se produjeron disturbios en cuyo transcurso fueron maltratados aproximadamente una docena de *knobsticks*; en julio de ese mismo año aún proseguían los disturbios, y un tal Smith, un *knobstick*, fue maltratado al punto de morir. Entonces fue arrestado el comité, se inició la investigación y como consecuencia de la misma fueron hallados culpables y deportados por 7 años el presidente y los miembros principales, por participación en asociaciones ilícitas, maltrato de los *knobsticks* e incendio de la fábrica de James y Francis Wood.— ¿Qué dicen nuestros buenos alemanes ante esta historia?^{*72}

La clase poseyente, y en especial la parte fabril de la misma, que entra en contacto directo con los obreros, lanza las más violentas invectivas contra estas asociaciones y trata de demostrar de continuo a los obreros la inutilidad de las mismas con razones sumamente acertadas desde el punto de vista de la economía política, pero que precisamente por eso son erróneas en parte, resultando total y absolutamente ineficaces para una mentalidad obrera. Ya el propio celo de la burguesía demuestra que no se ocupa desinteresadamente de este asunto, y abstracción hecha de los daños directos que produce un *turn-out*, la situación es tal que todo cuanto va a parar a los bolsillos del fabricante debe salir necesariamente de los del obrero. E inclusive si los obreros no supiesen demasiado bien que las asociaciones cuando menos ponen algún freno al competitivo afán de reducción salarial de sus patrones, permanecerían adheridos a ellas siquiera porque con ello dañan a los fabricantes, sus adversarios. En la guerra, los daños sufridos por un bando constituyen el beneficio del otro, y puesto que los obreros se hallan en pie de guerra

*72. «¡Qué clase de “justicia salvaje” (*wild-justice*) debe haber existido en los corazones de estos hombres, para que los impulsase, reunidos en cónclave y con fría premeditación, a condenar a su hermano trabajador, en cuanto desertor de su clase y de la causa de su clase, a una muerte de traidor y desertor, a ejecutarlo —puesto que no lo hace un juez y verdugo público— por medio de un verdugo secreto, a semejanza del antiguo tribunal secreto de la época caballeresca, que de este modo se renueva súbitamente, que más de una vez surge de repente ante los ojos asombrados de las gentes, pero no con cotas de malla, sino con chaquetas de terciopelo, no reuniéndose en los bosques de Westfalia, sino en la pavimentada Gallowgate de Glasgow! ; Semejante sentimiento debe estar ampliamente difundido y ser fuerte entre la *muchedumbre*, aún cuando en su pináculo sólo puede adoptar semejante forma en unos pocos!» Carlyle, *Chartism* [Londres 1840], pág. 41.

contra sus amos fabriles, no hacen sino lo mismo que también hacen los altos potentados cuando se desgreñan entre sí.— De todos los demás burgueses, una vez más nuestro amigo, el doctor Ure, es el enemigo más furibundo de todas las asociaciones obreras. Echa espumarajos de indignación por los «tribunales secretos» de los hilanderos de algodón, de la sección obrera más poderosa, tribunales éstos que se jactan de poder paralizar a cualquier fabricante desobediente, «y de ese modo arruinar al hombre que les dio sustento durante años». Habla de una época «en la cual la cabeza inventiva y el corazón vivificante de la industria fueron mantenidos esclavos por los inquietos miembros inferiores» —¡qué lástima que no sea tan fácil apaciguar mediante tu fábula a los obreros ingleses como a los plebeyos romanos, oh nuevo Menenio Agripa!— y finalmente relata la siguiente hermosa historia. En una ocasión, también los hilanderos de *mule* habían abusado de sus fuerzas hasta lo intolerable. En muchos casos, los salarios elevados, en lugar de llevarlos a pensar con gratitud en los fabricantes y en su instrucción intelectual (en ciencias inofensivas, o hasta útiles a la burguesía, se entiende), produjeron el orgullo y procuraron dineros para prestar apoyo al espíritu rebelde en *strikes* que asolaron, uno tras otro y en forma totalmente arbitraria, a gran número de fabricantes. Durante un desgraciado desorden de esta índole en Hyde, Dukinfield y las localidades circundantes, los fabricantes de la región, temerosos de poder ser desalojados del mercado por los franceses, belgas y norteamericanos, se dirigieron a la fábrica de máquinas de Sharp, Roberts y compañía, rogándole que orientasen el talento inventivo del señor Sharp hacia la construcción de una *mule* automática para «salvar a los negocios de la amargante esclavitud y la ruina amenazante».

«En pocos meses estuvo terminada una máquina que, en apariencia, estaba dotada de la capacidad de pensamiento, sentimiento y tacto de un obrero experimentado. De este modo, el *hombre de hierro*, como la denominan los obreros, surgió de las manos del Prometeo moderno por orden de Minerva, una criatura destinada a restaurar el orden entre las clases industriales y a asegurar a los ingleses la supremacía de la industria. La noticia de este milagro hercúleo sembró el espanto en la asociación obrera, y antes aún de abandonar la cuna, por así decirlo, fue ahogada por la hidra de la anarquía.»

Así demuestra Ure más adelante que la invención de la máquina con la cual se estampan cuatro y cinco colores al mismo tiempo habría sido una consecuencia de los disturbios entre los estampadores de algodón, que insubordinaciones de los alisadores de tejidos en las tejedurías mecá-

nicas llevaron a la producción de una nueva máquina perfeccionada para alisar, y otros casos similares.*⁷³ Poco antes, el propio Ure se afana, a lo largo de varios pliegos, por demostrar ¡que la maquinaria sería ventajosa para los obreros! Por lo demás, Ure no es el único; en el informe fabril el señor Ashwoth, el fabricante, y algunos otros no dejan escapar ocasión alguna para desahogar sus iras contra estas asociaciones. Estos sabios burgueses hacen exactamente lo mismo que ciertos gobiernos, atribuyendo todos los movimientos que no entienden a la influencia de malignos agitadores, perversos, demagogos, vociferadores y gente joven; afirman que los agentes remunerados de estas asociaciones estarían interesados en la agitación, pues vivirían de ella; ¡como si la burguesía no hiciese necesaria esa retribución, al no querer ocupar a esta clase de gentes!

La increíble frecuencia de estos paros laborales es lo que mejor demuestra hasta dónde se ha desencadenado ya la guerra social sobre Inglaterra. No pasa semana, ni casi día alguno, en que no se produzca algún *strike* en tal o cual lugar, ora por la reducción de salarios, ora por una negativa a elevarlos, ya por haber ocupado a *knobsticks*, ya por negarse a suprimir abusos o malas prácticas, en un caso por nueva maquinaria, en otros por cien otras causas. Desde luego que estos *strikes* son sólo escaramuzas de avanzadas y a veces también batallas de mayor significación; no deciden nada, pero son la prueba más segura de que se acerca la batalla decisiva entre el proletariado y la burguesía. Son la escuela de guerra de los obreros, en la cual éstos se preparan para la gran lucha que ya no es posible evitar; son los *pronunciamientos* de diversos ramos laborales acerca de su adhesión al gran movimiento obrero. Y si se cotejan los ejemplares de un año del *Northern Star*, el único periódico que informa acerca de todos los movimientos del proletariado, se descubrirá que todos los obreros de las ciudades y de la industria rural se han agrupado en asociaciones, protestando, de tanto en tanto, mediante paros generales, contra la dominación de la burguesía. Y como escuela de guerra son de una eficacia insuperable. En ellas se desarrolla la valentía peculiar del inglés. En el continente se dice que los ingleses, y en especial los obreros, son cobardes, que no pueden hacer una revolución porque no se asemejan a los franceses en el hecho de desencadenar revueltas a cada instante, porque en apariencia toleran tranquilamente el régimen burgués. Pero esto es totalmente erróneo. Los obreros ingleses no le van en zaga, en materia de valor, a ninguna nacionalidad; son tan inquietos

*73. Ure, *Philosophy of Manufactures*, págs. 366 ss.

como los franceses, pero luchan de otra manera. Los franceses, que son de naturaleza eminentemente política, también luchan contra los males sociales por la vía política; los ingleses, para quienes, a causa de la sociedad burguesa, la política sólo existe por interés, en lugar de luchar contra el gobierno lo hacen directamente contra la burguesía, y esto por ahora sólo puede hacerse con eficacia por la vía pacífica. La paralización de los negocios y la miseria que le sucedió originaron en Lyon, en 1834, el alzamiento en favor de la república, mientras que en Manchester dieron lugar, en 1842, al *turn-out* general en favor de la carta popular y un salario elevado. Pero se sobrentiende que para un *turn-out* también hace falta valor y que, más aún, a menudo se requiere un valor mucho mayor y una decisión mucho más firme y audaz que para una revuelta. Realmente no es una minucia para un obrero que conoce por experiencia la miseria, hacer frente a ésta con su mujer e hijos, soportar el hambre y la estrechez durante meses y al mismo tiempo permanecer firme e inmovible. ¿Qué es la muerte, qué son las galeras que le esperan al revolucionario francés, en comparación con la lenta muerte por inanición, con el hecho de contemplar a diario a su familia muriéndose de hambre, con la certeza de la venganza futura de la burguesía, que el obrero inglés prefiere a someterse al yugo de la clase poseyente? Más adelante veremos un ejemplo de este valor empecinado e insuperable del obrero inglés, que sólo se rinde ante la violencia cuando toda resistencia sería desatinada y carente de objeto. Y precisamente en esta tranquila paciencia, en esta persistente decisión que debe superar cien pruebas diarias, precisamente allí desarrolla el obrero inglés el aspecto más notable de su carácter. Gentes que soportan tanto para doblegar a un solo burgués, también serán capaces de quebrar el poderío de toda la burguesía. Pero incluso haciendo abstracción de ello, el obrero inglés ha revelado con harta frecuencia su valor. El hecho de que el *turn-out* de 1842 no tuviese continuidad se debió al hecho de que en parte los obreros fueron lanzados a él por la burguesía, y que en parte no tenían claridad ni unanimidad en cuanto a sus fines. Pero por lo demás han demostrado bastante a menudo su valor allí donde se tratara de determinados objetivos *sociales*. Para no hablar de la insurrección galesa de 1839, durante mi presencia en Manchester (en mayo de 1843) se libró allí una verdadera batalla. Sucedió que una fábrica de ladrillos (Pauling & Henfrey) había agrandado la forma de los ladrillos sin aumentar el salario, y como es natural vendía los ladrillos más grandes a un precio mayor. Los obreros, cuya demanda de aumento de salarios fue rechazada, se alejaron y la asociación de ladrilleros declaró proscripta a la firma. Con gran esfuerzo, ésta logró no obstante

procurarse obreros de las inmediaciones y entre los *knobsticks*, contra los cuales se empleó primeramente la intimidación. La firma contrató a doce hombres, todos ellos ex-soldados y agentes de policía, para vigilar el patio y los armó con fusiles. Como de nada sirviera entonces la intimidación, una noche, a las diez, una cuadrilla de ladrilleros, que se acercó en orden militar, armados sus primeros integrantes con fusiles, asaltó el patio, situado apenas a cuatrocientos pasos de distancia de un cuartel de infantería.*⁷⁴ Los hombres irrumpieron y, en cuanto divisaron a los guardianes, abrieron fuego sobre éstos, pisotearon los ladrillos húmedos extendidos, derrumbaron las pilas de los ladrillos ya secos, demolieron todo cuanto se les cruzó en el camino y entraron violentamente en un edificio, donde destruyeron los muebles y maltrataron a la mujer del vigilante que allí vivía. Entretanto, los guardianes se habían apostado detrás de un vallado, desde donde podían hacer fuego seguros y sin ser obstaculizados; los intrusos se hallaban de pie frente a un horno de ladrillos encendido, que los iluminaba con luz clara, de modo que todas las balas de sus adversarios dieron en el blanco, mientras que todos los disparos efectuados por ellos se perdían. Sin embargo, el fuego prosiguió durante más de media hora, hasta agotarse las municiones y alcanzarse el objetivo de la visita, es decir la destrucción de todos los objetos destructibles que había en el patio. Entonces llegó el ejército y los ladrilleros se retiraron a Eccles (a tres millas de Manchester). Poco antes de Eccles pasaron revista, llamándose a cada hombre según el número que le correspondía en su sección, y se dispersaron luego, naturalmente que sólo para caer con mayor certeza en manos de la policía que iba llegando desde todas partes. El número de heridos debe haber sido muy significativo, pero sólo se conoció la nómina de los que luego fueron tomados prisioneros. Uno de ellos había recibido tres impactos de bala, en un muslo, en la pantorrilla y en un hombro, y de esa manera se había arrastrado durante más de cuatro millas. Esta gente demostró ciertamente que también ellos poseen valor revolucionario y que no se arredran ante una lluvia de balas; pero cuando masas desarmadas, que no saben ellas mismas qué es lo que en realidad quieren, se dejan acorralar en plazas de mercado cerradas por parte de algunos dragones y agentes de policía que ocupan los accesos, tal como ocurrió en 1842, ello no supone en absoluto falta de valor, pues la masa tampoco se hubiese movido de no haber estado allí los servidores

*74. En la esquina de Cross Lane y Regent Road (véase el plano de Manchester).⁵⁵

55. Véase pág. 301.

de la fuerza pública, vale decir, burguesa. Cuando el pueblo se propone objetivos bien definidos, revela valor suficiente, como por ejemplo en el caso del ataque a la fábrica de Birley, que más tarde debió ser protegida por el envío de la artillería.

Aprovechemos la ocasión para decir algunas palabras acerca de la observancia rigurosa de la ley en Inglaterra. Por supuesto que para el burgués la ley es sagrada, ya que es su propia obra, promulgada con su anuencia y para su protección y beneficio. Sabe que, aunque alguna ley en particular pueda perjudicarlo especialmente, no obstante todo el complejo de la legislación protege sus intereses y sobre todo la santidad de la ley, la intangibilidad del orden ya establecido mediante la manifestación activa de la voluntad de una parte y la pasiva de la otra, constituye el sostén más poderoso de su posición social. Puesto que el burgués inglés se reencuentra a sí mismo en la ley, así como en su Dios, la considera por ello sagrada, y por ello la porra del agente de policía —que en realidad es su propia porra— tiene para él un maravilloso poder apaciguador. Pero para el obrero realmente no es así. El obrero sabe demasiado bien, y lo ha experimentado con harta frecuencia, que para él la ley es una vara hecha por el burgués para azotarlo, y cuando no tiene necesidad de hacerlo, no hace caso de la ley. Es ridículo afirmar que el obrero inglés teme a la policía, cuando en Manchester la policía recibe palizas todas las semanas y el año anterior en una ocasión hasta se intentó asaltar una estación de policía asegurada con puertas de hierro y pesadas celosías. El poder de la policía en el *turn-out* de 1842 sólo residió, como ya se ha dicho, en el desconcierto de los propios obreros.

Puesto que los obreros no respetan la ley, sino sólo toleran la vigencia de su poderío cuando no tienen el poder de modificarla, es de lo más natural que por lo menos tengan ⁵⁶ propuestas para modificar la ley, que quieran sustituir la ley burguesa por una ley proletaria. Esta ley propuesta del proletariado es la *carta popular* (*people's charter*), puramente política de acuerdo a su forma y que reclama una base democrática para la Cámara Baja. El *cartismo* es la forma compacta de la oposición contra la burguesía. En las asociaciones y en los *turn-outs*, la oposición siempre quedaba aislada, se trataba de obreros o secciones de obreros individuales que luchaban contra burgueses individuales; en caso de generalizarse la lucha, no obedecía más que en escasa medida ⁵⁷ a un propósito deliberado por parte de los obreros, y si ocurría en forma deliberada,

56. En la edición de 1892: hagan.

57. En la edición de 1892: rara vez.

tal intención se fundaba en el cartismo. Pero en el cartismo es toda la clase obrera la que se alza contra la burguesía, atacando sobre todo el poder político de la misma, el muro legal del cual ésta se ha rodeado. El cartismo surgió del partido *democrático* que se desarrolló en la década de 1780, *junto con el proletariado y dentro de él*, aumentó su poderío durante la Revolución Francesa, se presentó después de la paz como partido «*radical*», tenía por entonces su sede principal en Birmingham y Manchester, como antes la había tenido en Londres, se alió a la burguesía liberal para arrancarle el *bill* de la reforma a la oligarquía del antiguo Parlamento y desde entonces se consolidó cada vez más marcadamente como partido obrero frente a la burguesía. En 1838⁵⁸ un comité de la asociación general londinense de trabajadores (*Working Men's Association*), a cuyo frente se hallaba William Lovett, esbozó la carta popular cuyos «seis puntos» son los siguientes: 1) derecho universal del voto para todos los hombres mayores de edad que se hallen en su sano juicio y no estén convictos de delito; 2) parlamentos anualmente renovables; 3) dietas para los miembros parlamentarios, a fin de que también puedan aceptar una elección personas carentes de recursos; 4) elecciones mediante *ballotage*, a fin de evitar el soborno y la intimidación por parte de la burguesía; 5) distritos electorales iguales, a fin de asegurar una representación igualmente equitativa, y 6) derogación de la elegibilidad exclusiva —ya de por sí ilusoria— de quienes poseen 300 libras esterlinas en bienes raíces, de modo que cualquier votante sea también elegible.— Estos seis puntos, que se limitan todos ellos a la constitución de la Cámara Baja, por muy inocentes que parezcan, son suficientes para destruir la constitución inglesa, junto con la reina y la Cámara Alta. Lo que ha dado en llamarse el elemento monárquico y aristocrático de la constitución sólo puede sostenerse porque la burguesía tiene interés en su conservación *aparente*; y ninguno de ambos tiene ya una existencia que no sea meramente aparente. Pero una vez que toda la opinión pública respalde a la Cámara Baja, cuando ésta exprese no ya sólo la voluntad de la burguesía, sino la de toda la nación, absorberá tan completamente todo el poder, que caerá hasta el último halo de santidad de la testa del monarca y de la aristocracia. El obrero inglés no respeta a los lores ni a la reina, mientras que la burguesía, si bien no los consulta mucho objetivamente, en cambio adora sus personas. El cartista inglés es, políticamente, republicano, aunque nunca o rara vez esa palabra asoma a sus labios; en cambio, simpatiza desde luego con los partidos republicanos de todos

58. En las ediciones de 1845 y 1892, erróneamente: 1835.

los países, prefiriendo autocalificarse de demócrata. Pero es más que un mero republicano; su democracia no es meramente política.

Por lo demás, desde sus comienzos en 1835; el cartismo fue principalmente un movimiento entre los obreros, pero aún no estaba nítidamente separado de la pequeña burguesía radical. El radicalismo obrero marchaba al mismo paso que el radicalismo de la burguesía; la carta era el santo y seña de ambos, todos los años celebraban juntos sus «convenciones nacionales» y parecía ser un mismo partido. Precisamente en aquel entonces, como consecuencia de la decepción causada por los resultados del *bill* de la reforma y a causa de que los años de 1837 a 1839 fueron malos para los negocios, la pequeña burguesía se hallaba de talante belicoso y sanguinario y por ello consentía de muy buena gana en la violenta agitación cartista. En Alemania no tienen idea de la violencia de esa agitación. Se exhortaba al pueblo a armarse y también con frecuencia a rebelarse; se fabricaban picas, como se había hecho anteriormente en tiempos de la Revolución Francesa, y en 1838 desplegaba su actividad, entre otros, un tal Stephens, un sacerdote metodista, quien dijo al pueblo congregado de Manchester:

«No debéis temer al poder del gobierno, a los soldados, las bayonetas y los cañones que se hallan a las órdenes de vuestros opresores; tenéis un medio mucho más poderoso que todo esto, un arma contra la cual nada pueden hacer bayonetas y cañones; un niño de diez años puede blandir esta arma: no tenéis más que tomar algunas cerillas y una gavilla de pasto embebida en resina, y ahí quiero ver qué hacen el gobierno y sus centenares de miles de soldados contra esa única arma, si se la emplea con arrojo».*75

Pero al mismo tiempo ya se reveló entonces el peculiar carácter *social* del cartismo obrero. En una asamblea de 200.000 personas en Kersall Moor, el ya mencionado *mons sacer* de Manchester, decía el mismo Stephens:

«El cartismo, amigos míos, no es un problema político, según el cual se trataría de que logréis el derecho al voto, etcétera; sino que el cartismo es una *cuestión de tenedor y cuchillo*, es decir que la Carta significa buena vivienda, buena comida y bebida, un buen pasar y una jornada de trabajo breve».

*75. Ya hemos visto cómo los obreros se tomaron esto a pecho.

De esta manera, ya en aquella época los movimientos contra la nueva ley de pobres y en favor del *bill* de las diez horas se hallaban estrechísimamente vinculados con el cartismo. En todos los mitines de esa época colaboraba el *tory* Oastler, y además de la petición nacional en favor de la carta popular adoptada en Birmingham, se adoptaron centenares de peticiones en pro del mejoramiento social de la situación de los obreros; en 1839 la agitación prosiguió con idéntica vivacidad y, cuando a fin de año comenzó a aflojar un poco, Bussey, Taylor y Frost se apresuraron a hacer estallar una sublevación al mismo tiempo en el norte de Inglaterra, en Yorkshire y en Gales. Al ser traicionada su causa, Frost debió iniciarla prematuramente, y ello hizo fracasar su empresa; los del norte padecieron el desafortunado fin de la misma demasiado pronto como para poder retirarse; dos meses más tarde, en enero de 1840, estallaron en Yorkshire varios de los así llamados motines policiales (*spy outbreaks*), como por ejemplo en Sheffield y Bradford, y la inquietud fue cediendo paulatinamente. Entretanto, la burguesía se consagró a proyectos más prácticos, más ventajosos para ella, sobre todo a las leyes cerealeras; en Manchester se fundó la asociación contra la ley de granos, y la consecuencia de ello fue un aflojamiento de la alianza entre la burguesía radical y el proletariado. Los obreros pronto comprendieron que de poco podía servirles a ellos una derogación de las leyes cerealeras, mientras que la misma era sumamente ventajosa para la burguesía, y por ello ésta no pudo conquistarlos para este proyecto. Entonces estalló la crisis de 1842. La agitación volvió a cobrar tanta vivacidad como en 1839. Pero esta vez también participó en ella la rica burguesía fabril, que padecía gravemente bajo esta crisis en particular. La Liga Anti-leyes Cerealeras, como se llamaba entonces la asociación fundada por los fabricantes de Manchester, tomó una actitud sumamente radical y violenta. Sus periódicos y agitadores empleaban un lenguaje manifiestamente revolucionario, cuyo motivo también residía en que desde 1841 se hallaba en el poder el partido conservador. Al igual que como lo habían hecho antes los cartistas, ahora exhortaban directamente a la rebelión, y los obreros, que eran quienes más padecían la crisis, tampoco estuvieron inactivos, como lo demuestra la petición nacional de ese año, con sus 3 1/2 millones de firmas. En resumidas cuentas, si los dos bandos radicales habían estado algo distanciados, ahora volvieron a aliarse; el 15 de febrero de 1842, en una reunión de liberales y cartistas celebrada en Manchester, se redactó una petición que insistía tanto en la supresión de las leyes cerealeras como en la instauración de la Carta y que al día siguiente fue adoptada por ambos bandos. La primavera y el verano

transcurrieron en medio de una violenta agitación y una creciente miseria. La burguesía estaba resuelta a imponer la derogación de las leyes cerealeras con el auxilio de la crisis, de la miseria que siguió a ella⁵⁹ y de la inquietud general. Esta vez, en que⁶⁰ los *tories* se hallaban en el poder, incluso abandonó a medias su legalismo; quería hacer una revolución, pero con ayuda de los obreros. Estos debían sacarle las castañas del fuego y chamuscarse los dedos en beneficio de la burguesía. Desde muchos sectores se volvió a considerar la idea —que ya había sido iniciativa anterior (1839) de los cartistas— de un «*mes santo*», de una feria general de todos los obreros, pero esta vez no fueron los obreros quienes querían paralizar sus actividades, sino los fabricantes quienes querían cerrar sus fábricas, enviar a los obreros a las comunidades rurales, a las posesiones de la aristocracia, obligando de este modo al parlamento *tory* y al gobierno a derogar los aranceles cerealeros. Naturalmente que la consecuencia de ello hubiese sido una insurrección, pero la burguesía quedaba a buen recaudo en un segundo plano y podía esperar los resultados sin comprometerse, en el peor de los casos. A fines de julio los negocios comenzaron a mejorar; el tiempo apremiaba, y a fin de no dejar pasar la ocasión sin aprovecharla, en ese momento, *con una coyuntura en alza* (cf. los informes comerciales de Manchester y Leeds, de fines de julio y comienzos de agosto), tres firmas de Stalybridge redujeron los salarios; no quiero decidir si lo hicieron por cuenta propia o con la anuencia de los demás fabricantes, y en especial de la Liga. Sin embargo, dos de ellas volvieron a retirarse; pero la tercera, William Bailey y Hermanos, permaneció firme y dijo a los obreros que se quejaban que si no les gustaba, acaso hiciesen mejor en jugar durante un tiempo. Los obreros recibieron esta burlona manifestación con hurras, abandonaron la fábrica, recorrieron la localidad y convocaron a todos los obreros a paralizar las tareas. En pocas horas todas las fábricas quedaron inactivas y los obreros se dirigieron en procesión a Mottram Moor, para celebrar un mitin. Esto sucedió el 5 de agosto. El 8 de agosto se dirigieron a Ashton y Hyde, en número de cinco mil hombres, paralizaron todas las fábricas y minas y celebraron mítines, en los cuales, sin embargo, no se habló de la derogación de las leyes cerealeras, como lo había esperado la burguesía, sino de «un jornal decente por una labor diaria decente» (*a fair day's wage for a fair day's work*). El 9 de agosto se dirigieron a Manchester, *fuieron autorizados por las autoridades*, que eran todas ellas liberales, y paraliza-

59. En la edición de 1892: suprimido «que siguió a ella».

60. En la edición de 1892: «puesto que».

ron las fábricas; el 11 estaban en Stockport, donde sólo se les ofreció resistencia cuando tomaron por asalto la Casa de Pobres, ese niño mimado de la burguesía; el mismo día hubo en Bolton huelga general y disturbios, a los cuales tampoco se opusieron las autoridades; pronto el alzamiento se había difundido a través de todos los distritos industriales y todas las tareas quedaron paralizadas, con excepción de la recogida de la cosecha y la preparación de alimentos. Pero también los obreros insurrectos permanecieron en calma. Habían sido lanzados a este alzamiento sin quererlo; los fabricantes, *en forma totalmente contraria a sus costumbres* y con excepción de uno solo —el *tory* Birley, de Manchester—, no se habían opuesto a la paralización del trabajo; la cuestión se había iniciado sin que los obreros tuviesen una finalidad determinada. De ahí que todos estuviesen acordes en no dejarse fusilar en beneficio de sus fabricantes abolicionistas de las leyes cerealeras, pero por lo demás algunos querían imponer la carta popular, mientras que otros, que lo consideraban prematuro, sólo querían lograr las tarifas salariales de 1840. Allí fracasó toda la insurrección. Si desde un comienzo hubiese sido una insurrección obrera deliberada y consciente, se hubiese realmente impuesto; pero esas masas que habían sido lanzadas a la calle por sus patrones sin quererlo, que no tenían intención determinada alguna, nada podían hacer. Entretanto la burguesía, que no había movido ni un dedo para traducir en actos la alianza del 15 de febrero, muy pronto comprendió que los obreros no querían entregárseles como instrumentos y que la inconsecuencia con la cual se había alejado de su posición «legalista» la amenazaba peligrosamente a ella misma; de ahí que retomara su antiguo legalismo y se pusiera del lado del gobierno y contra los obreros, a quienes ella misma había incitado primeramente, y forzado después, a la insurrección. Se hizo nombrar a sí misma y a sus fieles servidores como agentes especiales de policía —también los comerciantes alemanes de Manchester participaron, desfilando con la mayor inutilidad, con sus gruesos bastones y su cigarro en la boca, por la ciudad—, hizo disparar sobre el pueblo en Preston y, de repente, el inintencionado alzamiento popular se vio enfrentado no sólo con el poder militar del gobierno, sino también con toda la clase poseyente. Los obreros, quienes ya de por sí no tenían finalidad alguna, se dispersaron paulatinamente y la insurrección pasó sin consecuencias graves. Con posterioridad, la burguesía aún cometió un acto vergonzoso tras otro, trató de lavar sus culpas mediante el repudio de la intervención violenta del pueblo, que concordaba muy mal con su lenguaje revolucionario de la primavera, echó la culpa de la sublevación a los «alborotadores» cartistas, etc., mientras que ella misma había

hecho mucho más que éstos para provocar el alzamiento, y retomó su antigua posición de respeto sacrosanto por las leyes con un descaro sin parangón. Los cartistas, que no contribuyeron casi en nada al alzamiento y que sólo hacen⁶¹ lo mismo que tenía intención de hacer la burguesía —vale decir, aprovechar la ocasión—, fueron sometidos a los tribunales y condenados, mientras que la burguesía salió indemne, tras haber vendido con utilidades sus reservas durante la paralización del trabajo.

Fruto de esta insurrección fue una decidida separación entre el proletariado y la burguesía. Hasta ese momento, los cartistas no habían ocultado que impondrían su Carta por cualquier medio, inclusive el de una revolución; la burguesía, que de repente comprendía la peligrosidad de cualquier trastocamiento violento para su posición, ya nada quiso saber de «violencia física» y sólo quería conseguir sus objetivos mediante la «violencia moral» (como si ésta fuese otra cosa que una amenaza directa o indirecta de violencia física). Ese era uno de los puntos en litigio, que fue objetivamente allanado entretanto por la intención ulterior de los cartistas —quienes, después de todo, son tan merecedores de crédito como la burguesía liberal— de que tampoco ellos apelaban a la violencia física. Pero el segundo punto litigioso, punto principal que hizo aparecer precisamente al cartismo en toda su pureza, fue el problema de las leyes cerealeras. La burguesía radical estaba interesada en ellas, pero no así el proletariado. En consecuencia, el partido cartista se escindió en dos partidos, cuyos principios políticos expresos coinciden por completo, pero que son totalmente diferentes e inconciliables. En la Convención Nacional de Birmingham, celebrada en enero de 1843, *Sturge*, el representante de la burguesía radical, propuso la omisión del *nombre* de la Carta de los estatutos de la asociación cartista, presuntamente porque este nombre se hallaba ligado, por la insurrección, con recuerdos revolucionarios violentos, vinculación ésta que, por lo demás, ya se había producido desde años atrás y contra la cual el señor Sturge nada había tenido que objetar hasta entonces. Los obreros no querían abandonar ese nombre, y cuando Sturge quedó en minoría de votos, este cuáquero que se había vuelto súbitamente leal abandonó la sala con dicha minoría y constituyó una «*Complete Suffrage Association*» a partir de la burguesía radical. Tan desagradables se le habían vuelto estos recuerdos a este burgués, que hasta hacía poco tiempo aún había sido jacobino, ¡que hasta modificó el nombre del sufragio universal (*universal suffrage*) por

61. En la edición de 1892: «hicieron».

el ridículo de sufragio completo (*complete suffrage*)! Los obreros se rieron de él y prosiguieron tranquilamente su camino.

A partir de ese instante, el cartismo se convirtió en una causa obrera pura, liberada de cualesquiera elementos de la burguesía, etcétera. Los periódicos «completos» —*Weekly Dispatch*, *Weekly Chronicle*, *Examiner*, etc.— fueron cayendo paulatinamente en el modo adormecido de los restantes periódicos liberales, defendían la libertad de comercio, atacaban el *bill* de las diez horas y todas las mociones exclusivamente obreras, y en general permitieron en muy escasa medida que se pusiera de relieve el radicalismo. La burguesía radical se unió, en todas las colisiones, a los liberales contra los cartistas, y en general convirtió la cuestión de las leyes cerealeras —que es, para los ingleses, la cuestión de la libre competencia— en su tarea principal. De ese modo cayó bajo las órdenes de la burguesía liberal y en la actualidad desempeña un papel en extremo lamentable.

En cambio, los obreros cartistas tomaron parte, con redoblado celo, en todas las luchas del proletariado contra la burguesía. La libre competencia hizo padecer suficientemente a los obreros como para que éstos la odiasen; sus representantes, los burgueses, son sus enemigos declarados. Al obrero no le cabe esperar sino desventajas de la total liberación de la competencia. Las exigencias que ha formulado hasta el presente —el *bill* de las diez horas, la protección del obrero contra el capitalista, salarios buenos, puestos garantizados, derogación de la nueva Ley de Pobres, cosas todas ellas que pertenecen al cartismo en forma por lo menos tan esencial como los «seis puntos»— se orientan directamente contra la libre competencia y la libertad de comercio. No cabe sorprenderse, pues, de que los obreros —cosa que toda la burguesía inglesa no puede comprender— nada quieran saber de la libre competencia, la libertad de comercio y la derogación de las leyes cerealeras, siendo por lo menos sumamente indiferentes con respecto a estas últimas, aunque guardan el mayor encono para con sus defensores. Este problema es, precisamente, el punto en el cual se separa el proletariado de la burguesía, el cartismo del radicalismo, y una mentalidad burguesa no puede comprenderlo por que no puede comprender al proletariado.

Pero ahí reside asimismo la diferencia entre la democracia cartista y cualquier democracia política de la burguesía que haya existido hasta el presente. *El cartismo es esencialmente de naturaleza social*. Los «seis puntos», que para el burgués radical lo son todo y que a lo sumo aún deben producir algunas reformas de la constitución, sólo constituyen un medio para el proletario. «El poder político es nuestro medio, la

felicidad social es nuestro fin»; tal es ahora el lema claramente expresado de los cartistas. La «cuestión de tenedor y cuchillo» del predicador Stephens sólo constituía una verdad para una parte de los cartistas de 1838; en 1845, lo es para todos. Ya no existen entre los cartistas los meros políticos. Y aunque su socialismo sea aún muy poco desarrollado, aunque hasta ahora su remedio principal contra la miseria consista en el parcelamiento de la propiedad de la tierra (*allotmen-system*), que sin embargo ha sido superado ya por la industria (véase Introducción), aunque en general la mayor parte de sus propuestas prácticas (protección para el obrero, etc.) sean, en apariencia, de naturaleza reaccionaria, por una parte en estas propias medidas se halla justificada ya la necesidad o bien de sucumbir de nuevo ante el poder de la competencia y renovar la antigua situación, o bien de tener que provocar ellos mismos la abolición de la competencia; y, por otra parte, la actual y poco clara situación del cartismo, su separación del partido puramente político, determina que precisamente *las características distintivas* del cartismo, que radican en su faceta social, deban seguir siendo desarrolladas. El acercamiento al socialismo no puede dejar de producirse, en especial si los obreros, en virtud de la miseria, son empujados hacia remedios sociales y no políticos por la próxima crisis, que superará con mucho a todas las anteriores en violencia y furor y que de acuerdo con la animada situación de la industria y del comercio debe ocurrir a más tardar en 1847,*⁷⁶ aunque probablemente ya lo haga el año próximo. Los obreros impondrán su Carta, eso es natural; pero hasta ese momento aún han de comprender claramente muchas cosas que podrán imponer en virtud de la Carta y de las cuales poco es lo que saben aún.

Entretanto, la agitación socialista también avanza. Aquí sólo hemos considerado el *socialismo* inglés en la medida en que influye sobre la clase obrera. Los socialistas ingleses reclaman la instauración paulatina de la comunidad de bienes en «Colonias-hogares» de 2.000 a 3.000 personas que se dedican a la industria y la agricultura, disfrutan de iguales derechos y educación, el facilitamiento del divorcio y la instauración de un gobierno racional, con total libertad de opinión y derogación de los castigos, que deben ser sustituidos por un tratamiento racional del delincuente. Estas son sus propuestas *prácticas*; sus principios teóricos no nos incumben aquí. El socialismo se origina en *Owen*, un fabricante, quien por ello, mientras en lo objetivo va más allá de la antinomia entre burguesía y proletariado, procede no obstante en su forma con

*76. En la edición de 1892: «se ha dado cita puntualmente».

muchos miramientos para con la burguesía y muchas injusticias para con el proletariado. Los socialistas son totalmente dóciles y pacíficos, consideran justificadas las condiciones imperantes, por malas que sean, en tanto desechan cualquier otra vía que la de la persuasión pública, y al mismo tiempo son tan abstractos que jamás lograrán la persuasión pública si mantienen la forma actual de sus principios. Al mismo tiempo se quejan continuamente de la desmoralización de las clases inferiores, son ciegos en cuanto al elemento progresista que hay en esa disolución del orden social y no tienen en cuenta que la desmoralización de los intereses privados y de la hipocresía entre las clases poseyentes es muchísimo más grave. No reconocen evolución histórica alguna y por ello quieren llevar a la nación directamente al estado comunista, sin más, sin una prosecución de la política hasta el objetivo en el cual se disuelve a sí misma.⁶² Comprenden, por cierto, por qué el obrero está indignado contra el burgués, pero consideran estéril ese rencor —que, después de todo, es el único medio para hacer avanzar a los obreros—, predicando una filantropía y un amor generalizado mucho más estéril para el presente inglés. Sólo reconocen la evolución psicológica, la evolución del hombre abstracto, situado fuera de toda conexión con el pasado, cuando en realidad todo el mundo se basa en ese pasado, y, con él, el hombre individual. Son demasiado eruditos, demasiado metafísicos para ello, y poco es lo que logran. Se reclutan en parte en la clase obrera, de la cual sin embargo sólo han conseguido arrastrar una parte muy pequeña de los trabajadores, por cierto que los más instruidos y firmes de carácter. En su forma actual, el socialismo jamás podrá llegar a ser patrimonio común de la clase obrera; inclusive tendrá que rebajarse, retornar por un momento a la posición cartista; pero el socialismo genuinamente proletario, que ha recorrido el cartismo, depurado de sus elementos burgueses, tal como ya se está desarrollando en muchos socialistas y en muchos líderes cartistas, casi todos los cuales son socialistas^{*77} asumirá por cierto, y ello en breve, un papel significativo en la historia de la evolución del pueblo inglés. El socialismo inglés, que en sus bases va mucho más allá que el comunismo francés, pero que permanece a la zaga de éste en su desarrollo,⁶³ de-

*77. En la edición de 1892: Naturalmente que socialistas en el sentido general, no en el sentido especialmente owenista.

62. En las ediciones inglesas de 1887, esta parte de la oración reza así: «...up to the point at which this transition becomes both possible and necessary» [«... hasta el punto en que esta transición se torna tanto posible como necesaria»].

63. En las ediciones inglesas de 1887 y 1892: *theoretical development* [desarrollo teórico].

berá retornar por un instante a la posición francesa, para luego superarla. Hasta ese momento los franceses obviamente también han de seguir evolucionando. El socialismo es al mismo tiempo la expresión más decidida de la irreligiosidad imperante entre los obreros, y es tan decidido en esto que los obreros *inconscientemente* irreligiosos, que lo son sólo prácticamente, a menudo se arredran ante la acritud de esta expresión. Pero también en este aspecto la necesidad obligará a los obreros a abandonar una fe que, según comprenden cada vez más, sólo sirve para tornarlos débiles y sumisos con su destino, fieles y obedientes para con la clase poseyente que los explota.

Vemos, pues, que el movimiento obrero se halla escindido en dos secciones: los cartistas y los socialistas. Los cartistas son los más atrasados, los menos desarrollados, pero en cambio son proletarios auténticos, verdaderos, los representantes del proletariado. Los socialistas poseen mayor visión, proponen remedios prácticos contra la miseria, pero provienen originariamente de la burguesía y por eso no están en condiciones de amalgamarse con la clase obrera. La fusión del socialismo con el cartismo, la reproducción del comunismo francés a la manera inglesa será el próximo paso, y en parte ya ha comenzado. Sólo cuando esto se haya producido, la clase obrera será realmente quien domine a Inglaterra; entretanto proseguirá el desarrollo político y social, y favorecerá a este nuevo partido que surge, este avance del cartismo.

Estas diversas secciones de obreros, que a menudo coinciden y a menudo se hallan separadas —integrantes de las asociaciones, cartistas y socialistas— fundaron por cuenta propia gran cantidad de escuelas y salas de lectura para elevar su instrucción intelectual. Cada institución socialista y casi cada institución cartista poseen algún instituto de esta especie, y otro tanto ocurre con muchas asociaciones de diferentes oficios. Allí se da a los niños una educación genuinamente proletaria, libre de cualquier influencia de la burguesía, y en las salas de lectura existen única o casi únicamente periódicos y libros proletarios. Estos institutos son sumamente peligrosos para la burguesía, la cual logró sustraer un número de institutos similares, las «*Mechanics' Institutions*», a la influencia proletaria y transformarlos en órganos de difusión de las ciencias útiles para la burguesía entre los obreros. Allí se enseñan ahora las ciencias naturales que sustraen a los obreros de la oposición contra la burguesía y que acaso pongan en sus manos los medios para crear inventos que reporten dinero a la burguesía, mientras que *ahora* al obrero el conocimiento de la naturaleza le resulta realmente inútil por completo, ya que a menudo ni siquiera puede llegar a ver la naturaleza en su gran ciudad

y con su prolongado horario de trabajo; allí se predica la economía política, cuyo ídolo es la libre competencia y cuyo único resultado para el obrero es que éste no puede hacer nada más prudente que morir de hambre en silenciosa resignación; allí toda la instrucción ha sido dispuesta de una manera dócil, obediente y servicial con respecto a la política y la religión dominantes, de modo que, en realidad, sólo constituye para el obrero una continua prédica de quieta obediencia y de pasividad, de resignación a su destino. Como es natural, la gran mayoría de los obreros nada quiere saber de estos institutos, dirigiéndose hacia las salas de lectura proletarias, hacia las discusiones de situaciones que afectan directamente sus propios intereses; y entonces la autosuficiente burguesía dice su *dixi et salvavi*⁶⁴ y se aparta con desdén de una clase que «prefiere los apasionados estallidos de ira de demagogos malignos a una instrucción sólida». Por lo demás, los obreros también tienen afinidad por la «instrucción sólida», cuando la misma se les presenta sin mezcla con la interesada sabiduría de la burguesía, como lo demuestran las frecuentes conferencias que se pronuncian asiduamente en todos los institutos proletarios acerca de temas de ciencias naturales, estética y de economía nacional, y que cuentan con nutrida concurrencia. En ocasiones he oído hablar a obreros, cuyas chaquetas de terciopelo se caían prácticamente en pedazos, acerca de temas de geología, astronomía y otros, con mayores conocimientos de los que al respecto posee más de un burgués ilustrado en Alemania. Y el hecho de que los testimonios que hacen época de la más reciente literatura filosófica, política y poética sean leídos casi exclusivamente por los obreros, demuestran especialmente hasta dónde el proletariado inglés ha logrado conquistar una instrucción independiente. El burgués, que es esclavo de la situación social y de los prejuicios ligados a ella, teme y se santigua ante todo cuanto ponga realmente las bases de un progreso; el proletario tiene los ojos abiertos a ello, y lo estudia con gusto y con provecho. En este sentido han sido especialmente los socialistas quienes han contribuido infinitamente a la instrucción del proletariado, traduciendo a los materialistas franceses, *Helvecio, Holbach, Diderot*, etc., y difundiendo, junto a los mejores trabajos ingleses, en ediciones baratas. La *Vida de Jesús* de *Strauss* y *La Propiedad* de *Proudhon* también circulan únicamente entre los proletarios. Shelley, el genialmente profético *Shelley*, y *Byron* con su ardor sensual y su amarga sátira de la sociedad imperante cuentan la mayor parte de sus lectores entre los obreros; los burgueses sólo poseen ediciones castradas,

64. He hablado y me he salvado.

«family editions», preparadas de acuerdo con la hipócrita moral de hoy en día. Los dos más grandes filósofos prácticos de los últimos tiempos, *Bentham* y *Godwin*, también son, y en especial el nombrado en último término, propiedad casi exclusiva del proletariado; aun cuando *Bentham* posee una escuela bajo la burguesía radical, sólo el proletariado y los socialistas han logrado, sin embargo, hacer algún progreso a partir de él. Sobre estos fundamentos, el proletariado ha creado para sí una literatura que consta mayormente de revistas y folletos y que va muy por delante, en cuanto a contenido respecto a la literatura de la burguesía. Pero acerca de esto hablaremos en otra ocasión.

Aún cabe observar lo siguiente: los obreros fabriles, y entre ellos en especial los de los distritos algodoneros, constituyen el núcleo de los movimientos obreros. Lancashire, y especialmente Manchester, es la sede de las más poderosas asociaciones obreras, el punto central del cartismo, el lugar que cuenta con el mayor número de socialistas. Cuanto más profundamente penetre el sistema fabril dentro de un ramo del trabajo, tanto más participan los obreros en el movimiento; cuanto más aguda sea la contradicción entre obreros y capitalistas, tanto más evolucionada, tanto más agudizada es la conciencia proletaria en el obrero. Los pequeños maestros artesanos de Birmingham, a pesar de padecer también durante las crisis, se hallan situados no obstante en una desdichada posición intermedia entre el cartismo proletario y el radicalismo pequeño-burgués. Pero en general todos los obreros de la industria han sido ganados para una u otra forma de insurrección contra el capital y la burguesía y todos están de acuerdo en que, en cuanto *«working men»* —un título del cual están orgullosos, y con el cual los oradores se dirigen habitualmente a ellos en las asambleas cartistas—, constituyen una clase propia con intereses y principios propios, con un enfoque propio frente a todos los poseyentes y, al mismo tiempo, que en ellos se funda la fuerza y la capacidad de desarrollo de la nación.

EL PROLETARIADO MINERO

El abastecimiento de materias primas y combustibles para una industria tan colosal como lo es la inglesa exige asimismo un considerable número de obreros. Pero de los materiales necesarios para la industria, la propia Inglaterra sólo suministra —con excepción de la lana, que va por cuenta de los distritos agrícolas— los minerales, los metales y el carbón de piedra o hulla. Mientras que en Cornualles hay ricas minas de cobre, cinc, estaño y plomo, Staffordshire, Gales del Norte y otras regiones suministran grandes cantidades de hierro, y casi todo el norte y oeste de Inglaterra, Escocia Central y algunos distritos de Irlanda proporcionan abundante hulla.*78

En la minería de Cornualles se hallan ocupados alrededor de 19.000

*78. Según el censo de 1841, el número de obreros ocupados en la minería asciende en Gran Bretaña (excluida Irlanda):

	Varones		Mujeres		Total
	más de 20 años	menos de 20 años	más de 20 años	menos de 20 años	
Minas de carbón	83.408	32.475	1.185	1.165	118.233
Minas de cobre	9.866	3.428	913	1.200	15.407
Minas de plomo	9.427	1.932	40	20	11.419
Minas de hierro	7.773	2.679	424	73	10.949
Minas de estaño	4.602	1.349	68	82	6.101
Diversas, y sin indicación del mineral	24.162	6.591	472	491	31.716
Total:	139.238	48.454	3.102	3.031	193.825

Puesto que en las minas de carbón y de hierro trabajan las mismas personas, cabe asignar a las minas de hierro parte de los obreros indicados como del carbón, además de una parte muy significativa de los obreros indicados en el último rubro.

hombres y 11.000 mujeres y niños, parte bajo tierra, parte en la superficie. En las minas propiamente dichas trabajan casi exclusivamente hombres y niños de 12 años en adelante. Según el *Ch. E. Rept.*, la posición material de estos obreros parece ser bastante tolerable, y con harta frecuencia los ingleses se jactan de sus vigorosos y arrojados mineros cornualleses, quienes rastrean las vetas de mineral inclusive hasta debajo del fondo del mar. Pero el *Ch. E. Rept.* opina de otro modo en cuanto al vigor de estas gentes. En el inteligente informe del *Dr. Barham* demuestra que el hecho de respirar una atmósfera pobre en oxígeno, que contiene polvillo y el humo de la pólvora empleada para las voladuras, la cual se encuentra en el fondo de las minas, afecta seriamente los pulmones, perturba la actividad del corazón y afloja los órganos digestivos; que el fatigoso trabajo, y en especial el ascenso y descenso de escaleras, que a algunos mineros —inclusive hombres jóvenes y fuertes— les toma más de una hora y que tiene lugar a diario, antes y después del trabajo, contribuye en mucho al desarrollo de estos males, y que en consecuencia los hombres que concurren tempranamente a las minas no llegan a adquirir ni de lejos el desarrollo físico que se halla entre las mujeres que trabajan en la superficie; que muchos mueren jóvenes de tisis galopante y la mayor parte muere en la flor de la edad de tuberculosis lenta; que envejecen prematuramente y quedan incapacitados para el trabajo entre los 35 y los 45 años y que muchos de ellos, a causa de la brusca transición de la atmósfera cálida de la mina, después de haber trepado laboriosamente las escaleras transpirando copiosamente, al aire frío de la superficie, contraen inflamaciones agudas de los órganos respiratorios —ya de por sí enfermizos—, las cuales muy a menudo producen efectos letales. El trabajo en la superficie, consistente en triturar y clasificar los minerales, se halla a cargo de muchachas y niños y se describe como muy salvable por realizarse al aire libre.

En el norte de Inglaterra, en la frontera entre los condados de Northumberland y Durham, se hallan las importantes minas de plomo de Alston Moor. Los informes de esta región —asimismo en el *Ch. E. Rept.*, informe del comisario Mitchell— coinciden casi por completo con los de Cornualles. También aquí hay quejas por falta de oxígeno, exceso de polvillo, humo de pólvora, monóxido de carbono y gases sulfurosos en la atmósfera de las galerías. A causa de ello, y al igual que en Cornualles, los mineros son de exigua talla y casi todos ellos padecen, a partir de los 30 años, de malestares en el pecho, los cuales finalmente, en especial si se prosigue el trabajo —como ocurre casi siempre— se convierten en una tuberculosis total, abreviando así esencialmente la edad de vida

media de esta gente. Si los mineros de esta región viven un poco más que los de Cornualles, ello se debe a que sólo a los 19 años comienzan a bajar a la mina, mientras que en Cornualles, como hemos visto, esta tarea se inicia ya a los 12 años. No obstante, y según los testimonios médicos, también aquí la mayoría muere entre los 40 y 50 años de edad. De 79 mineros cuya muerte se hallaba inscrita en los registros oficiales del distrito y que habían alcanzado una edad de 45 años de promedio, 37 habían muerto de tisis y 6 de asma. En las localidades circundantes de Allendale, Stanhope y Middleton, la edad media alcanzada era de 49, 48 y 47 años respectivamente, y las muertes debidas a afecciones torácicas ascendían respectivamente a un 48, 54 y 56 por ciento del número total. Cabe tener en cuenta que todos los datos se refieren únicamente a mineros que *no* iniciaron su trabajo *antes de los 19 años*. Comparemos con éstas las así llamadas tablas suecas —tablas detalladas de mortalidad referidas a todos los habitantes de Suecia—, que se consideran en Inglaterra como el patrón de medida, correcto hasta ahora, de la vida media de la clase obrera británica. Según las mismas, los individuos del sexo masculino que han sobrepasado los 19 años alcanzan, de promedio, una edad de 57 1/2 años y en consecuencia la vida de los mineros del norte de Inglaterra resulta abreviada, por término medio, en 10 años a causa de su trabajo. Pero las tablas suecas tienen vigencia como medida de la vida de los *obreros*, con lo cual ofrecen una descripción de las probabilidades de vida en las condiciones ya de por sí desfavorables del proletariado, indicando así ya una duración de la vida menor que la normal.— En esta región también volvemos a hallar las casas de alojamiento y lugares para dormir que ya hemos conocido en las grandes ciudades, y cuando menos con la misma suciedad, repugnancia y hacinamiento que en ellas. Mitchell estuvo en una de esas habitaciones, que medía 18 pies de largo por 15 pies de ancho y estaba preparada para alojar a 42 hombres y 14 niños, es decir 56 personas en total, en 14 camas, la mitad de las cuales se hallaban dispuestas, como en un barco, *encima* de las otras. No había ninguna abertura que permitiese la salida del aire viciado; aunque durante tres noches nadie había dormido allí, el olor y la atmósfera eran tales que Mitchell no pudo soportarlas ni un instante. ¡Cómo será entonces durante una cálida noche de verano y durmiendo allí 56 personas! Y no se trata del entrepuente de un barco de esclavos norteamericano, sino la vivienda de «británicos nacidos libres».

Pasemos ahora a los ramos más importantes de la minería inglesa, las minas de hierro y de carbón, que el *Ch. E. Rept.* trata en forma

conjunta, haciéndolo con toda la minuciosidad que requiere la importancia del asunto. Casi toda la primera parte de este informe trata de la situación de los obreros ocupados en estas minas. Sin embargo, de acuerdo con la descripción detallada que he dado de la situación de los obreros industriales, me será posible aquí ser tan breve como lo requiere la consideración de los límites que corresponde fijar a la extensión de este trabajo.

En las minas de carbón y de hierro, que se explotan aproximadamente de la misma manera, trabajan niños de 4, 5 y 7 años; sin embargo, la mayoría tiene 8 años de edad. Se los emplea para transportar el material desprendido desde el sitio de fractura hasta el sendero de los caballos o el pozo principal de la mina y para abrir y volver a cerrar, al paso de los obreros y el material, las puertas de tracción que separan las diversas secciones de la mina. Para la vigilancia de estas puertas se emplean mayormente a los niños más pequeños, quienes de este modo deben estar sentados durante 12 horas diarias en la oscuridad, solos, en un pasillo estrecho, mayormente húmedo, sin tener siquiera la cantidad de trabajo que sería necesaria para resguardarlos del hastío embrutecedor y animalizante de la inactividad. En cambio, el transporte del carbón y del mineral de hierro es una tarea sumamente pesada, puesto que el material debe ser arrastrado en cubos bastante grandes, desprovistos de ruedas, a través del accidentado suelo de las galerías, a menudo atravesando barro húmedo o agua, con frecuencia ascendiendo empinadas pendientes, y por pasadizos que a veces son tan estrechos que los obreros deben arrastrarse apoyándose en sus cuatro extremidades. Por ello se utilizan niños mayores y muchachas adolescentes para esta esforzada tarea. Según las circunstancias, cada cubo se halla a cargo de un obrero o de dos menores, de los cuales uno arrastra y el otro empuja. La tarea de desprender el mineral, que se halla en manos de hombres adultos o de mozos jóvenes y fuertes de 16 y más años, es asimismo sumamente fatigosa.— El horario habitual de trabajo es de 11 a 12 horas, y a menudo más prolongado aún; en Escocia llega a las 14 horas y muy a menudo se trabaja jornada doble, de modo que todos los obreros, en ocasiones nada infrecuentes, se hallan 24 y hasta 36 horas consecutivas bajo tierra y en actividad. Mayormente se desconocen las horas establecidas para las comidas, de modo que los obreros comen cuando tienen hambre y tiempo para hacerlo.

En general, la situación externa de los mineros se describe como bastante buena y su salario se considera elevado en comparación con el de los jornaleros agrícolas que los circundan (quienes se mueren de hambre,

desde luego), con excepción de algunas partes de Escocia y del distrito carbonífero irlandés, donde reina gran miseria. Más tarde tendremos ocasión de volver sobre esta afirmación, ya de por sí relativa, efectuada con referencia a la clase más pobre de toda Inglaterra. Por ahora consideremos los inconvenientes que surgen de la actual explotación del trabajo minero y luego los lectores podrán decidir si hay algún salario en dinero capaz de compensar al obrero semejantes padecimientos.

Los niños y adolescentes ocupados en arrastrar el carbón y el mineral de hierro se quejan en forma general de una gran fatiga. Inclusive en los establecimientos industriales explotados con la mayor brutalidad no encontramos un cansancio tan generalizado y llevado al extremo. Acerca de ello, todo el informe proporciona, en cada una de sus páginas, una serie de ejemplos. A cada instante ocurre que los niños, en cuanto llegan a sus casas, se tiendan sobre el piso de piedra frente a la chimenea y se duerman de inmediato, que ya no puedan ingerir ni un solo bocado de alimento y que sus padres hayan de lavarlos y llevarlos a la cama dormidos, y a veces hasta que el cansancio haga que, en el camino de regreso a su casa, se desplomen, y que ya muy entrada la noche sus padres hayan de buscarlos por ese trayecto, donde los hallan dormidos. Parece ser cosa generalizada que esos niños pasen en cama la mayor parte de los domingos, a fin de recuperarse de alguna manera del esfuerzo de la semana; sólo muy pocos asisten a la iglesia y a la escuela, y en esta última los maestros se quejan de un gran adormecimiento y torpeza, a pesar del ansia de aprendizaje de sus educandos. Lo mismo ocurre con las muchachas y mujeres mayores. Éstas se exceden de la manera más brutal en su trabajo.— Esta fatiga, que casi siempre se acrecienta hasta un grado extremadamente doloroso, no deja de producir sus efectos sobre la constitución física. La consecuencia más inmediata de semejante esfuerzo excesivo es que todas las energías vitales se emplean para un desarrollo unilateral de los músculos, de modo que se ponen especialmente en actividad los músculos de brazos y piernas, de la espalda, los hombros y el pecho, durante la tarea de tirar y empujar, y con ello adquieren un desarrollo extraordinariamente exuberante, mientras que todo el resto del cuerpo padece de falta de alimentación y se deforma. Antes que nada, la talla permanece pequeña y contenida; casi todos los mineros son de estatura corta, con excepción de los de Warwickshire y Leicestershire, quienes trabajan bajo condiciones especialmente favorables. La pubertad se retrasa tanto en los niños como en las niñas, en los primeros a menudo hasta los 18 años; el comisario Symons hasta vio un caso de un muchacho de diecinueve años que, con excepción de los dientes

no estaba más desarrollado, en ninguna parte de su cuerpo, que un niño de 11 a 12 años. Esta prolongación de la época infantil no es, en el fondo, otra cosa que la prueba de una inhibición del desarrollo, y no deja de producir sus frutos a una edad posterior. Bajo estas circunstancias y en constituciones así debilitadas, la atrofia de las piernas, las rodillas torcidas y los pies torcidos hacia afuera, la deformación de la columna vertebral y otras malformaciones, como consecuencia de la postura casi siempre forzada del cuerpo durante el trabajo, se producen con tanta mayor facilidad y son tan frecuentes que, así en Yorkshire y Lancashire como en Northumberland y Durham, muchos —inclusive médicos— afirman que es posible distinguir a un minero entre cien otras personas, siquiera por su estructura física. En especial las mujeres parecen sufrir mucho a causa de este trabajo y rara vez son tan erguidas como otras mujeres, si es que alguna lo es. También en este caso se atestigua que el trabajo de las mujeres en las minas da origen a malformaciones de la pelvis y en consecuencia a partos difíciles y hasta mortales. Además de estas deformaciones locales, los mineros también deben padecer una serie de enfermedades especiales, que coinciden aproximadamente con las de los demás mineros que no trabajan en las galerías propiamente dichas y que pueden explicarse fácilmente por la índole de su trabajo. Ante todo sufre el abdomen; se pierde el apetito, en la mayor parte de los casos se presentan dolores de estómago, náuseas y vómitos y además una intensa sed, que sólo puede apagarse con el agua sucia, a menudo tibia, de la mina; la actividad digestiva se inhibe y de ese modo se favorecen las demás enfermedades. Diversos sectores informan que las dolencias cardíacas, en especial la hipertrofia, la inflamación del corazón y del pericardio, la contracción de las comunicaciones aurículo-ventriculares y de la entrada de la aorta, son afecciones frecuentes de los mineros, y se explican fácilmente por el esfuerzo excesivo. Otro tanto sucede con las hernias casi generalizadas, que son asimismo consecuencia directa de un esfuerzo muscular exagerado. En parte por la misma causa, en parte por la atmósfera viciada de las minas, mezclada con anhídrido carbónico y con hidrocarburos gaseosos —que sería tan fácil evitar en este caso— y saturada de polvo, se origina gran cantidad de dolorosas y peligrosas enfermedades pulmonares, en especial el asma, que en algunos distritos aparece en la mayor parte de los mineros a los 40 años y en algunos ya a los 30, y que en breve lapso los incapacita para el trabajo. Como es natural, en el caso de quienes deben trabajar en galerías húmedas, la opresión del pecho se presenta ya con mucha anterioridad; en algunas regiones de Escocia, entre los 20 y los 30 años, lapso durante el cual los pul-

mones afectados son además sumamente susceptibles a las inflamaciones y afecciones febriles. Una enfermedad peculiar de esta clase de obreros son los esputos negros (*black spittle*), originados en una saturación de todo el pulmón con carbón finamente dividido, enfermedad que se manifiesta en forma de debilidad generalizada, dolores de cabeza; opresión del pecho y una expectoración negra, de flemas espesas. En algunas regiones, esta afección se presenta en forma leve, mientras que en otras lo hace de un modo totalmente incurable, sobre todo en Escocia; allí, además de un acrecentamiento de los síntomas mencionados, se presenta una respiración sumamente breve, sibilante, un pulso acelerado (más de 100 por minuto), una tos quebrada; el adelgazamiento y la debilidad aumentan y pronto tornan al paciente incapaz de trabajar. En todos los casos, esta dolencia acarrea la muerte. El Dr. MacKellar de Pencaithland, East Lothian, manifiesta que en todas las minas bien ventiladas esta enfermedad no se presenta en absoluto, mientras que bastante a menudo obreros que pasaron de minas bien ventiladas a otras con mala ventilación, fueron atacados por ella. En consecuencia la codicia de lucro de los propietarios de las minas causante de que éstos omitan instalar pozos de ventilación, es la culpable de la existencia de esta enfermedad. Asimismo, el reuma es —con excepción de Warwickshire y Leicestershire— una dolencia general de los mineros, que se origina especialmente en la frecuencia de los locales de trabajo húmedos.— El resultado de todas estas enfermedades es que, en todos los distritos *sin excepción*, los mineros envejecen prematuramente y poco después de los 40 años —esto varía según los diversos distritos— quedan incapacitados para el trabajo. Es rarísimo que un minero aún pueda proseguir con su ocupación después de los 45 años y menos aún después de los 50. Según la indicación general, esta clase de obreros entran en la senectud a los 40 años. Esto vale para quienes desprenden el carbón; los cargadores, quienes de continuo deben alzar pesados bloques de carbón para depositarlos en los cubos, ya envejecen a los 28 o 30 años, a tal punto que hay un refrán en los distritos carboníferos que afirma que los cargadores son viejos antes de ser jóvenes. Se sobreentiende que este envejecimiento prematuro de los mineros también provoca una muerte prematura, y es así como un sexagenario es cosa muy rara entre ellos; más aún, en Staffordshire del Sur, donde las minas son relativamente saludables, sólo unos pocos alcanzan el 51.º año de vida.— Dado este envejecimiento prematuro de los obreros, también es sumamente natural que encontremos, como en el caso de las fábricas, una frecuente desocupación de los padres, a quienes alimentan sus hijos, a menudo muy jóvenes aún.— Recapitulemos ahora los resultados del trabajo

en las minas de carbón y encontraremos, para decirlo con el Dr. Southwood Smith, uno de los comisarios, que la edad viril, es decir la época de la vida en la cual el hombre se halla en plena posesión de sus fuerzas, se abrevia considerablemente y en general se reduce la duración de la vida en virtud de una muerte prematura, en parte por prolongación del período de la infancia y en parte por el envejecimiento prematuro. ¡También esto corresponde al débito de la burguesía!

Todo esto es sólo el promedio de las minas inglesas. Pero hay muchas que se hallan en condiciones mucho peores aún, más exactamente aquéllas en las cuales se explotan yacimientos de carbón de poco espesor. El carbón resultaría demasiado caro si además de la veta de carbón también se eliminase una parte de las capas de arena y barro contiguas; por ello, sus propietarios sólo hacen excavar las primeras, y de ese modo los pasadizos, que habitualmente miden cuatro, cinco o más pies de altura, resultan tan bajos que en ellos es inimaginable la postura de pie. El obrero yace de costado y con su pico desprende el carbón apoyando el codo como eje; ello da por resultado una inflamación de la articulación, y en los casos en que debe estar arrodillado ocurre otro tanto en la articulación de la rodilla. Las mujeres y niños que deben arrastrar el carbón, se arrastran sobre sus cuatro extremidades, con un correaje y una cadena —que en muchos casos pasa entre sus piernas— atada al cubo, a través de las bajas galerías, mientras que, desde atrás, otro lo empuja con la cabeza y las manos. La presión ejercida con la cabeza produce una irritación local, hinchazones dolorosas y llagas. En muchos casos, las galerías también están anegadas, de modo que estos obreros deben arrastrarse a través de aguas sucias o salobres de varias pulgadas de profundidad, que asimismo provocan una irritación de la piel. Resulta fácil imaginar hasta qué punto resultan favorecidas, por una tan abominable tarea de esclavos, las enfermedades que ya de por sí son peculiares de los mineros.

Pero éstos no son aún todos los males que se abaten sobre la cabeza del minero. En todo el Imperio Británico no hay tarea en la cual se pueda perder la vida de tan variadas maneras como precisamente en ésta. La mina de carbón es el escenario de una gran cantidad de los accidentes más horripilantes, y precisamente éstos van por cuenta directa del egoísmo de la burguesía. Los hidrocarburos gaseosos que con tanta frecuencia se forma en ellas, constituye, en virtud de su mezcla con el aire atmosférico, un tipo de aire explosivo que se enciende por contacto con una llama y que mata a todo aquél que se halle en su ámbito de influencia. Esta clase de explosiones se producen casi todos los días en una u otra parte; el 28 de setiembre de 1844 hubo una en Haswell Colliery (Dur-

ham), la cual mató a 96 personas. El anhídrido carbónico, que también se produce en gran cantidad, se deposita en las partes profundas de los pozos, a menudo en capas superiores a la altura de un hombre, y asfixia a todo aquél que caiga dentro de ellas. Las puertas que dividen a las diferentes partes de las minas están destinadas a impedir la propagación de las explosiones y el movimiento de los gases, pero puesto que se las confía a la vigilancia de niños pequeños, quienes a menudo se duermen o las desatienden, esta medida de precaución resulta ilusoria. Mediante una buena ventilación de las minas por medio de pozos de ventilación sería posible evitar por completo la acción perjudicial de ambos gases, pero el burgués no gasta su dinero en ello y prefiere ordenar a los obreros servirse de la lámpara de Davy, la cual, a causa de su oscuro resplandor, a menudo le resulta totalmente inútil y que, por consiguiente, prefiere cambiar por una simple vela. Si entonces se produce una explosión, lo adjudica a negligencia del obrero, cuando el burgués hubiese podido hacer casi imposible cualquier explosión mediante una buena ventilación. Además, a cada instante se derrumba total o parcialmente alguna galería, sepultando a los obreros o aplastándolos; el burgués está interesado en que las vetas se excaven lo más posible y de ahí esta clase de accidentes. Las sogas con las cuales los obreros bajan a la galería están a menudo en malas condiciones y se desgarran, de modo que los desdichados se precipitan al fondo, haciéndose pedazos. Todos estos accidentes —carezco de espacio para dar ejemplos individuales— arrebatan anualmente, según el *Mining Journal*, unas 1.400 vidas humanas. El *Manchester Guardian* informa por lo menos de dos a tres por semana, solamente en Lancashire. Casi en todos los distritos, los jurados encargados de las autopsias dependen, en todos los casos, de los propietarios de las minas, y cuando no es éste el caso, la rutina de la costumbre vela por que el veredicto rece «*muerte casual*». Ya de por sí, el jurado se preocupa muy poco por el estado de la mina, porque no entiende nada al respecto. Pero el *Ch. E. Rept.* no vacila en responsabilizar directamente a los propietarios de las minas por la inmensa mayoría de estos casos.

En lo que atañe a la instrucción y la moral de la población minera, según el *Ch. E. Rept.* es regular en Cornualles, y hasta excelente en Alston Moor; en cambio es bastante bajo su nivel, en general, en los distritos carboníferos. Estas gentes viven en el campo, en regiones descuidadas, y si efectúan su amargo trabajo, nadie se preocupa por ellos, salvo la policía. A ello, y a la tierna edad a la cual se pone a trabajar a los niños, se debe que su instrucción intelectual se halle totalmente descuidada. Las escuelas semanales no están a su alcance, las escuelas noc-

turnas y dominicales son ilusorias y los maestros no sirven. Por eso muy pocos saben leer y, menos aún, escribir. A lo único a que aún quedaron abiertos sus ojos, según el testimonio de los comisarios, fue a que su salario es demasiado exiguo para su amarga y peligrosa tarea.— Jamás concurren a la iglesia, o lo hacen rara vez; todos los sacerdotes se quejan de una irreligiosidad sin parangón. En efecto, entre ellos encontramos una ignorancia respecto a cuestiones religiosas y profanas en comparación con la cual la de muchos obreros industriales, antes expuesta, es aún escasa. Sólo conocen las categorías religiosas que se hallan contenidas en las blasfemias. Su moralidad queda ya destruida por su propio trabajo. Resulta palmario que el exceso de trabajo de todos los mineros debe engendrar necesariamente la afición a la bebida. En lo que a relaciones sexuales respecta, a causa del calor que impera en las minas, los hombres, mujeres y niños que trabajan en ellas en muchos casos lo hacen completamente desnudos, y en la mayoría de ellos casi desnudos, y cada cual podrá imaginar cuáles son las consecuencias de esta circunstancia en una mina oscura y solitaria. El número de hijos extramatrimoniales, que es aquí desproporcionadamente elevado, expresa qué es lo que ocurre allí abajo entre esa población semisalvaje, pero demuestra asimismo que las relaciones sexuales ilegítimas no han descendido aún aquí, como en las ciudades, hasta la prostitución. El trabajo femenino tiene las mismas consecuencias que en las fábricas: disuelve la familia e incapacita por completo a la madre para ejercer sus ocupaciones domésticas.

Cuando se sometió al Parlamento el *Ch. E. Rept.*, Lord *Ashley* se apresuró a proponer un *bill* en el cual se prohibiese por completo el trabajo femenino en las minas y se restringiese mucho el infantil. El *bill* fue aprobado, pero en la mayoría de las regiones ha quedado en letra muerta, puesto que no se nombraron asimismo inspectores de minas que velasen por su puesta en práctica. Ya de por sí, en los distritos rurales en los cuales se hallan situadas las minas, su incumplimiento resulta muy facilitado, y no ha de sorprendernos que el año pasado la asociación de mineros denunciase oficialmente al Ministro del Interior que en las minas del duque de Hamilton, en Escocia, trabajaban más de 60 mujeres, o que el *Manchester Guardian* informase en una oportunidad que en Wigan, si no me equivoco, una muchacha había muerto en la mina a causa de una explosión y que nadie se preocupó mayormente de que de este modo se revelase una violación de la ley. Es posible que las antiguas condiciones se hayan suprimido en algunos casos, pero en general persisten inalteradas.

Sin embargo no son éstas aún todas las molestias que recaen sobre los mineros. La burguesía, no contenta con arruinar la salud de estas

gentes, con poner su vida en peligro a cada hora, con quitarles toda oportunidad para instruirse, las explota además del modo más descarado. Aquí, el sistema de *truck* no constituye la excepción, sino la regla, y se practica de la manera más directa y desembozada. El sistema de *cottages* se halla asimismo generalizado y en la mayor parte de los casos constituye aquí una necesidad, pero se emplea también para una mejor explotación de los obreros. A ello se suman, además, toda suerte de engaños de otras clases. Mientras que el carbón se vende por el peso, el salario del obrero se calcula la mayoría de las veces según la medida y si no ha llenado por completo su cubo no se le paga salario *en absoluto*, mientras que no recibe ni un solo céntimo por el excedente. Si en el cubo hay más de cierta cantidad de grava —cosa que, después de todo, depende menos del obrero que de la naturaleza de la veta carbonífera— no sólo pierde todo su salario, sino que además debe abonar aún una multa. Por lo demás, el sistema de multas en dinero se halla tan perfectamente desarrollado en las minas, que a veces un pobre diablo que ha trabajado toda la semana y llega para cobrar su salario se entera por boca del capataz —quien aplica las sanciones totalmente a su arbitrio y sin el concurso del obrero— que no sólo no debe esperar sueldo alguno, ¡sino que hasta debe abonar determinada cantidad de dinero en concepto de multas! En general, el capataz tiene poderes absolutos en lo que respecta al salario, anota el trabajo entregado y puede pagar cuanto quiera al obrero, quien está obligado a creerle. En algunas minas en las cuales se paga por peso, se emplean balanzas decimales adulteradas, cuyas pesas no necesitan ser aforadas por la autoridad pública; en una de ellas había incluso una disposición según la cual todo obrero que deseara formular quejas por la inexactitud de la balanza ¡*debía denunciarlo al capataz tres semanas antes!* En muchas regiones, especialmente en el norte de Inglaterra, existe la costumbre de contratar a los obreros por un año; éstos se comprometen a no trabajar para nadie más durante ese lapso, pero el propietario no se compromete en modo alguno a darles trabajo, de modo que con frecuencia se hallan desocupados durante meses y si buscan trabajo en otra parte se los envía a realizar trabajos forzados durante seis semanas por abandono de su labor. En otros contratos se asegura a los obreros trabajo hasta 26 chelines cada dos semanas, pero no se les da; en otros distritos, los propietarios prestan a los obreros pequeñas sumas, que luego deben descontarse de su salario, y de ese modo quedan atados a aquéllos. En el norte es costumbre generalizada retener siempre el salario durante una semana, para de ese modo mantener atados a los obreros. Y para completar la esclavitud de estos obreros avasallados, casi todos los jueces

365. Fig. 18 represents the mode of putting back wards with the

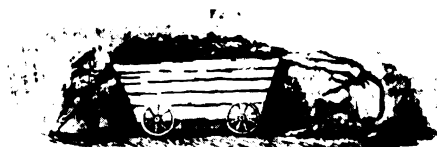


Fig. 18

366. The boxes or carriages employed in putting are of two sorts, the latter and the sledge, the latter being an oblong square-sided box with four wheels, which usually runs on a rail; and the sledge is a wood-framed box, curved and shod with iron at the bottom, leading from 2½ to 3 feet of coal, adapted to the seams through which it is dragged. The lad or lass is harnessed over the shoulders and back with a strong leather girth, which behind is furnished with an iron hook, which attaches itself to a chain fastened to the coal-cart or sledge, and is thus dragged along. The dresses of these girls are made of coarse hempen stuff, (sacking), fitting close to the figure, the coverings to their heads are of the same material; little or no flannel is used, and their clothing, being of an absorbent nature, frequently gets completely saturated shortly after descending the pit, especially where the roofs are soft. (Ibid. § 30; p. 388.)

367. Where the seams are narrow and the roofs low, Children and Young Persons of both sexes drag on all-fours, like horses. In these seams the carriages called sledges, already described, are used. Fig. 19. The working in these narrow



Fig. 19

seams are from 100 to 200 yards from the main-roads, and the passages through which they have to crawl with their loads do not exceed from 22 to 28 inches in height. "The danger and the difficulties," observes the Sub-Commissioner, "of dragging on roads, slipping from one foot in three to one foot in six, may be more fully conceived than explained; and the state which females are in after pulling like horses through these holes—their perspiration, their exhaustion, and very frequently even their tears, it is painful in the extreme to witness; yet, when the work is done, they return to it with a vigour which is surprising, considering how they inwardly hate it" (Ibid. § 8; App. Pt. I., p. 346).—Of the severity of the labour performed by young women in these pits, the account of her work given by Margaret Hipps (fig. 19) may serve as an example.

Margaret Hipps, seventeen years old, painter, Stoney Rigg Colliery, Stirlingshire: "My employment, after reaching the wall, was to fill a bagie, or sledge, with 2½ to 3 feet of coal. I then hook it on to my chain, and drag it through the seam, which is 26 to 28 inches high, till I got to the main-road, a good distance, probably 200 to 400 yards. The pavement I drag over is wet, and I am obliged at all times to crawl on hands and feet with my legs hung to the chain and ropes. See fig. 19. It is sad sweating and sore fatiguing work, and frequently maims the women." (H. D. Works, Eng. Collieries, No. 243. App. Pt. I., p. 479, L. 80.)—[Sub-Commissioner:] "It is almost incredible that human beings can submit to such employment, crawling on hands and knees, harnessed like horses, over soft, slushy floors more difficult than dragging the same weight through our heaviest common sewers, and more difficult in consequence of the inclination, which is frequently one in three to one in six." (Ibid. L. 81.—See also witnesses, Nos. 102, 231, 235, 262, 562.)

368. Another form of severe labour, to which Children of eight years of age and upwards are put, is that of pumping water in the pits.

Alexander Gray, ten years old, takes a ground pump, &c., New Craghead Colliery, Inverclyde.

de paz de los distritos carboníferos son personalmente propietarios de minas o bien parientes y amigos de éstos, poseyendo un poder casi irrestricto en estas regiones pobres e incivilizadas, en las cuales hay pocos periódicos —y también éstos al servicio de la clase dominante— y escasa agitación política. Es difícil hacerse una idea de cómo han sido exprimidos y tiranizados estos pobres mineros por los jueces de paz que juzgan sus propias causas.

Esto prosiguió así durante mucho tiempo. Los obreros no sabían sino que existían para matarse trabajando hasta quedar exangües. Pero poco a poco también se despertó entre ellos —especialmente en los distritos fabriles, en los que el contacto con los más inteligentes obreros fabriles no dejó de producir sus efectos— un espíritu opositor contra la desvergonzada opresión de los «*reyes del carbón*». Comenzaron a formar asociaciones y a paralizar el trabajo de tanto en tanto. En las regiones más civilizadas hasta adhirieron en cuerpo y alma a los cartistas. El gran distrito carbonífero del norte de Inglaterra, que se hallaba al margen de todo tráfico industrial, permaneció retrasado aún, hasta que finalmente, luego de muchas tentativas y esfuerzos, en parte de los cartistas, en parte de los mineros más inteligentes, también despertó allí, en 1843, un espíritu general de resistencia. Los obreros de Northumberland y Durham lanzaron un movimiento de tal intensidad, que se pusieron a la cabeza de una asociación general de mineros de todo el reino y nombraron «procurador general» a un cartista, el abogado *W. P. Roberts*, de Bristol, que ya se había distinguido en los procesos anteriores contra los cartistas. La «*Union*» pronto se expandió a través de la inmensa mayoría de los distritos; en todas partes se nombraron agentes que realizaban asambleas y reclutaban afiliados; en ocasión de la primera conferencia de diputados en Manchester, celebrada en 1844, había 60.000 afiliados, y en ocasión de la segunda, llevada a cabo en Glasgow un año más tarde, ya eran más de 100.000. Allí se debatían todas las cuestiones de los mineros, tomándose decisiones acerca de los paros de actividades de mayor envergadura. Se fundaron varios periódicos, en especial el mensual *The Miner's Advocate*, en Newcastle-upon-Tyne, en los cuales se abogaba por los derechos de los mineros.

El 31 de marzo de 1844 expiraron todos los contratos de servicios de los mineros de Northumberland y Durham. Éstos solicitaron a Roberts la redacción de un nuevo contrato, en el cual exigían: 1) pago por peso, en lugar de por medida; 2) averiguación del peso mediante platillos y pesas comunes, revisadas por los inspectores públicos; 3) prestación de servicios semestral; 4) abolición del sistema de multas y pago del tra-

bajo realmente entregado; 5) compromiso por parte de los propietarios de garantizar a los obreros que se encuentran a su servicio exclusivo trabajo durante cuatro días a la semana como mínimo, o el salario correspondiente a cuatro días. Este contrato fue remitido a los reyes del carbón, nombrándose una diputación para negociar con ellos; pero éstos replicaron que la «*Union*» no existía para ellos, que sólo tenían que vérselas con los obreros en forma individual y que jamás reconocerían la asociación. Asimismo propusieron un contrato diferente, que no quería saber nada de los puntos anteriormente mencionados, y que los obreros, como es natural, rechazaron. De este modo quedaba declarada la guerra. El 31 de marzo de 1844, 40.000 mineros abandonaron sus picos y todas las minas de ambos condados quedaron desiertas. Los fondos de la asociación eran tan considerables, que se podía asegurar a cada familia un subsidio de 2 1/2 chelines semanales durante varios meses. Mientras los obreros ponían así a prueba la paciencia de sus patrones, Roberts, con un esfuerzo infatigable sin par, organizó el *turn-out* y la agitación, convocó asambleas, recorrió Inglaterra a lo largo y a lo ancho, recaudó ayuda para los huelguistas, predicó la paz y la legalidad y al mismo tiempo llevó a cabo una campaña sin precedentes en Inglaterra contra los despóticos jueces de paz y encargados del *truck*. Ya había comenzado esta campaña a principios del año. Cada vez que algún minero era condenado por los juzgados de paz, se procuraba un *habeas corpus* en el tribunal de Queen's Bench, llevaba a sus clientes ante el tribunal en Londres, y siempre lograba su absolución. Así fue como el juez Williams, del Queen's Bench, absolvió, el 13 de enero, a tres mineros condenados por los jueces de paz de Bilston (Staffordshire del Sur); el crimen cometido por esos hombres fue haberse negado a trabajar en un sitio que amenazaba con derrumbarse, ¡y que efectivamente se había derrumbado antes de su retorno! En una ocasión anterior, el juez Patteson había absuelto a seis obreros, de modo que el nombre de Roberts comenzó a volverse paulatinamente temible para los jueces de paz propietarios de minas. En Preston habían encarcelado asimismo a cuatro de sus clientes; durante la primera semana de febrero viajó para investigar la cuestión en el lugar de los hechos, pero al llegar se encontró con que los condenados ya habían sido liberados *antes* de expirar el plazo de la condena. En Manchester había siete encarcelados; Roberts obtuvo el *habeas corpus* y la absolución completa por parte del juez Wightman. En Prescott habían sido detenidos nueve mineros, que fueron declarados culpables por presunta alteración del orden en St. Helens (Lancashire del Sur) y que esperaban el veredicto; al llegar Roberts, fueron puestos inmediatamente en

libertad. Todo esto ocurrió durante la primera mitad de febrero. En abril, Roberts liberó de la misma manera a un minero de la prisión de Derby, cuatro de la de Wakefield (Yorkshire) y cuatro de la de Leicesters. Así prosiguió durante un tiempo hasta que los «*Dogberries*» —como se llama a estos jueces de paz, según el conocido personaje de *Mucho ruido y pocas nueces*, de Shakespeare— adquirieron un poco de respeto. Otro tanto ocurrió con el sistema de *truck*. Roberts arrastró ante los tribunales, uno tras otro, a estos deshonestos propietarios de minas, obligando a los renuentes jueces de paz a pronunciar veredictos en contra de ellos; entre ellos se difundió tal temor a este procurador general, ligero como el viento, quien parecía hallarse en todas partes al mismo tiempo, que, por ejemplo, a su llegada, una firma de Belper, en Derby, hizo fijar el siguiente cartel:

«Comunicado. Mina de Carbón Pentrich.»

«Los señores Haslam estiman necesario comunicar (para anticiparse a cualquier error) que a todas las personas ocupadas en su mina se les abona su salario íntegramente en dinero y que pueden gastarlo donde y como les plazca. Si compran sus mercancías en la tienda de los señores Haslam, obtendrán las mismas, como hasta el presente, a precios de mayorista; sin embargo, no se espera que compren allí, y se les dará el mismo trabajo y el mismo salario, compren en ésta o en cualquier otra tienda».

Estos triunfos suscitaron el mayor júbilo entre toda la clase obrera inglesa y reportaron a la «*Union*» gran cantidad de afiliados nuevos. Entretanto, el paro en el norte proseguía. Nadie movía una mano y Newcastle, el principal puerto exportador de carbón, estaba tan desprovisto de él, que fue necesario llevar allí carbón desde la costa escocesa, aunque en inglés *to carry coals to Newcastle*⁶⁵ es una expresión equivalente a la de echar agua en el mar, es decir, hacer algo totalmente superfluo. Al principio, mientras alcanzaban los fondos de la «*Union*», todo iba muy bien, pero hacia el verano se dificultó mucho la lucha de los obreros. Imperaba entre ellos la mayor miseria; no tenían dinero, pues los aportes de los obreros de todos los ramos de la industria en toda Inglaterra resultaban insuficientes dado el gran número de huelguistas; éstos debieron comprar a crédito en las tiendas, con perjuicio; toda la prensa, con excepción de unos pocos periódicos proletarios, estaba en su contra; la bur-

65. Llevar carbón a Newcastle.

guesía, inclusive sus escasos miembros que hubiesen tenido suficiente sentido de la justicia como para apoyarlos, sólo recibían como información mentiras por parte de los venales periódicos liberales y conservadores; una diputación de doce mineros que viajó a Londres, reunió entre el proletariado local una suma que, sin embargo, dado el número de los necesitados de ayuda, de poco sirvió; a pesar de ello, los mineros se mantuvieron firmes y, lo que quiere decir más aún, tranquilos y pacíficos a pesar de todas las hostilidades y provocaciones de los propietarios de las minas y sus fieles servidores. No se cometió ningún acto de venganza, no se maltrató a ni un solo desertor, no se cometió ni un solo robo. De este modo, el paro ya había durado cerca de cuatro meses y los propietarios no tenían aún perspectiva alguna de dominarlo. Aún les quedaba un camino abierto. Recordaron el sistema de los *cottages*; se les ocurrió que las casas de los rebeldes eran de *su* propiedad. En julio se anunció la expulsión de los obreros y en una semana fueron desalojados los cuarenta mil. Esta medida se llevó a cabo con una barbarie indignante. Débiles y enfermos, ancianos y lactantes, y hasta parturientas, fueron arrancados sin consideración alguna de sus lechos y lanzados a las cunetas. Un agente hasta se dio el gusto de arrancar de la cama, por los cabellos, a una mujer en avanzado estado de gestación y arrastrarla a la calle. El ejército y la policía asistió en masa a la operación, dispuestos a intervenir al primer signo de resistencia y a la primera señal de los jueces de paz que dirigían todo este brutal procedimiento. Los obreros también soportaron esto sin inmutarse. Se había confiado en que acudirían a la violencia, se los provocó por todos los medios a resistirse, con tal de tener siquiera un pretexto para poner fin al paro mediante el ejército; los mineros sin techo, recordando las advertencias de su procurador, permanecieron impertérritos, colocaron en silencio sus muebles sobre las superficies de barro o sobre los campos cosechados y resistieron. Algunos, que no sabían de ningún otro sitio, acamparon en las cunetas, otros en terrenos de otras gentes, por lo cual fueron demandados y, por haber causado «daños por el importe de medio penique», condenados a una libra de costas, que naturalmente no podían pagar y que expiaban realizando trabajos forzados. Así vivieron durante ocho y más semanas, durante el húmedo fin del verano del año pasado (1844), al aire libre con sus familias, sin otro techo para sí y para sus pequeños que las cortinas de algodón de sus camas, sin otra ayuda que los exiguos subsidios de la «*Union*» y el decreciente crédito de los tenderos. Acto seguido, Lord Londonderry, quien posee importantes minas en Durham, hizo amenazar a los tenderos de «*su ciudad*», Seaham, con la mayor cólera, si prose-

guían dando crédito a «sus» obreros rebeldes. Este «noble» lord fue, en general, el arlequín de todo el *turn-out*, a causa de los ridículos y rimbombantes «úcases», mal estilizados, dirigidos a los obreros de tanto en tanto, aunque siempre sin provocar otra cosa que la hilaridad de la nación.*79 Cuando ya no quedaba recurso que rindiese frutos, los propietarios hicieron venir, a costa de grandes gastos, gentes provenientes de Irlanda y de regiones más distantes de Gales, en las cuales no existen aún movimientos obreros, para trabajar en sus minas, y una vez restablecida así la competencia entre los obreros, el poder de los huelguistas se derrumbó. Los propietarios los obligaron a separarse de la «*Union*», a abandonar a Roberts y a aceptar las condiciones dictadas por ellos. Así concluyó, a comienzos de setiembre, la gran lucha de cinco meses de los mineros contra los propietarios de las minas, una lucha que los oprimidos llevaron a cabo con una paciencia, un coraje, una inteligencia y una prudencia que nos obligan a la mayor admiración. ¡Qué grado de instrucción verdaderamente humana, de entusiasmo y de fortaleza de carácter presupone una lucha semejante en una masa de cuarenta mil hombres que, como hemos visto, el *Ch. E. Rept.* aún describía en 1840 como totalmente toscos e inmorales! ¡Pero cuán dura debe haber sido asimismo la presión que impulsó a estos cuarenta mil hombres a alzarse como *un solo* hombre y a proseguir la lucha, como un ejército no sólo disciplinado sino también entusiasta, con *una sola* voluntad, con la mayor sangre fría y calma, hasta el punto en el cual la prosecución de la resistencia sería una insensatez! Y qué lucha, pues no lo fue contra enemigos mortales visibles, sino contra el hambre y la miseria, la estrechez y la falta de techo, contra sus propias pasiones, exacerbadas hasta la locura por la brutalidad de la riqueza. Si se hubiesen sublevado violentamente, inermes como estaban, hubiesen sido abatidos por las armas y unos pocos días hubiesen decidido la victoria de los propietarios. Este legalismo no fue el temor al bastón del agente de policía, sino pura reflexión, la mejor prueba de inteligencia y el autodomínio de los obreros.

Así fue como también esta vez los obreros sucumbieron, pese a su perseverancia, al poderío de los capitalistas. Pero ello no fue infructuoso. Antes que nada, este *turn-out* de diecinueve semanas de duración ha sustraído a los mineros del norte de Inglaterra, para siempre, a la muerte espiritual en la cual yacían hasta el presente; han cesado de dor-

*79. En la edición de 1892: Nada nuevo bajo el sol, por lo menos no en Alemania. Pues nuestros «*König Stumm*» no son sino calcos de modelos originales ingleses, periclitados hace tiempo, e imposibles hoy en día en su propia patria.

mir, guardan vigilia por sus intereses y han adherido al movimiento de la civilización, pero en especial al movimiento obrero. El *turn-out*, sólo gracias al cual se ha manifestado toda la barbarie aplicada por los propietarios contra ellos, ha establecido para siempre la oposición obrera, convirtiendo en cartistas por lo menos a las tres cuartas partes de su número total; y la adquisición de treinta mil hombres tan enérgicos y acrisolados vale realmente mucho para los cartistas. Pero además el tesón y el legalismo de todo el *turn-out*, unido a la agitación activa que lo acompañó, ha atraído la atención pública sobre los mineros. En ocasión del debate relativo al impuesto a la exportación de carbón, Thomas Duncombe, único miembro decididamente cartista de la Cámara Baja, habló en el Parlamento acerca de la situación de los mineros, hizo leer su petición en la mesa de la Cámara y mediante una conferencia también obligó a los periódicos de la burguesía a recoger, cuando menos una vez y en los debates parlamentarios, una exposición correcta de la cuestión. Inmediatamente después del *turn-out* se produjo la explosión de Haswell; Roberts viajó a Londres, obtuvo una audiencia con Peel, insistió, como representante de los mineros, en una minuciosa investigación del caso y logró que los primeros notables de Inglaterra en materia de geología y química, los profesores Lyell y Faraday, fuesen comisionados para dirigirse al lugar de los hechos. Puesto que inmediatamente después se sucedieron aún varias explosiones y que Roberts volvió a presentar las actas al primer ministro, éste prometió que en la próxima sesión del Parlamento (la actual de 1845) propondría, en lo posible, que se tomasen las medidas necesarias de protección de los obreros. Todo esto no hubiese sucedido si los obreros no hubiesen probado, mediante el *turn-out*, ser hombres amantes de la libertad y merecedores de atención y si no hubiesen contratado a Roberts.

Apenas se supo que los mineros del norte habían sido obligados a abandonar la «*Union*» y a despedir a Roberts, los mineros de Lancashire se agruparon en una *union* de unos diez mil obreros, garantizando a su procurador general una retribución de 1.200 libras esterlinas anuales. Durante el otoño del año anterior recaudaron más de 700 libras mensuales, de las cuales algo más de 200 libras se emplearon para sueldos, costos judiciales, etc., y el resto en su mayor parte como subsidio para obreros inactivos, desocupados en parte y que en parte habían abandonado el trabajo por querellas con los propietarios. De este modo, los obreros comprenden cada vez más que unidos también constituyen una potencia respetable y que en caso de emergencia extrema pueden oponerse, cuando menos, al poder de la burguesía. Y esta noción, que es una

conquista de todos los movimientos obreros, ha sido impartida a todos los mineros de Inglaterra por la «*Union*» y el *turn-out* de 1844. Dentro de muy poco tiempo habrá desaparecido la diferencia de inteligencia y energía que subsiste aún en favor de los obreros industriales, y los mineros del reino podrán considerarse sus pares en todo aspecto. Así se socava una porción de terreno tras otra bajo los pies de la burguesía y no ha de pasar mucho tiempo hasta que se derrumbe todo el edificio del estado y de la sociedad, junto con la base sobre la cual se sustenta.

Pero la burguesía no admite advertencia. La insurrección de los mineros no ha hecho sino enconarla aún más; en lugar de ver en ella un progreso del movimiento entre los obreros en general, en lugar de que esto la llamase a la reflexión, la clase poseyente sólo encontró en ello motivos de ira contra una clase de seres humanos que ha sido lo suficientemente necia como para no declararse conforme ya con el modo en que ha sido tratada hasta el presente. Sólo vio en las justas exigencias de los desposeídos un descontento desvergonzado, una insensata rebelión contra el «orden divino y humano» y, en el mejor de los casos, un éxito —que cabía reprimir nuevamente con toda la fuerza— de «demagogos malintencionados, quienes viven de la agitación y son demasiado haraganes para trabajar». Trató de presentar ante los obreros —naturalmente que sin éxito— a personas como Roberts y los agentes de la asociación, que muy naturalmente eran mantenidos por aquéllos, como astutos timadores que les extraían a *ellos*, a los pobres obreros, el último céntimo de sus bolsillos.— Si en la clase poseyente existe semejante insensatez, si la misma se ciega a causa de sus ventajas momentáneas al punto de no lograr ver ya los signos más claros de esta época, entonces es menester abandonar realmente todas las esperanzas de solución pacífica del problema social para Inglaterra. Queda entonces, como único recurso posible, una revolución violenta, que con toda certeza no ha de dejar de producirse.

EL PROLETARIADO AGRÍCOLA

Ya hemos visto en la Introducción como, simultáneamente con la pequeña burguesía y el bienestar de los trabajadores de hasta entonces, se arruinó asimismo el pequeño campesinado por el hecho de disolverse la unión imperante hasta ese momento entre el trabajo industrial y el agrícola, de reunirse los campos que quedaron vacantes en grandes arrendamientos, y al resultar eliminados los pequeños campesinos por la competencia preponderante de las grandes explotaciones. En lugar de seguir siendo propietarios o arrendatarios de la tierra, como hasta entonces, se vieron obligados a abandonar sus explotaciones y a conchabarse como peones agrícolas de los grandes arrendatarios y terratenientes. Durante un lapso, esta situación, aunque empeorada con relación a la precedente, aún resultaba tolerable. La extensión de la industria compensaba el incremento de la población, hasta que por fin el progreso industrial comenzó a tornarse algo más lento y los perfeccionamientos constantemente renovados de la maquinaria hicieron que la industria no estuviese ya en condiciones de absorber todo el excedente de la población laboriosa. A partir de ese momento, la miseria, que hasta entonces sólo había existido en los distritos fabriles —y aún allí sólo en forma temporal— comenzó a manifestarse asimismo en los distritos agrícolas. A ello se sumó que, aproximadamente en la misma época, cesó la guerra de veinticinco años contra Francia; la disminución de la producción en los escenarios bélicos, el cierre de las importaciones y la necesidad de abastecer a los ejércitos británicos en España, habían dado a la agricultura británica un auge artificial, sustrayendo además al trabajo gran cantidad de brazos. Esta paralización de las importaciones, la necesidad de exportar y la escasez de trabajadores cesaron entonces en forma repentina, y la consecuencia necesaria de ello fue, como la denominan los ingleses, la *agricultural distress*, la miseria agrícola. Los arrendatarios debieron vender su grano a bajo precio y por ello sólo podían pagar salarios bajos. A fin de mantener

elevados los precios de los cereales, se aprobaron en 1815 las leyes cerealeras, las cuales prohibían la importación de granos mientras el precio del trigo se hallase por debajo de los 80 chelines por *quarter*. Más adelante, estas leyes —naturalmente infructuosas— fueron modificadas varias veces aún, pero sin que ello pudiese atenuar la miseria de los distritos agrícolas. Todo cuanto hicieron fue transformar esta enfermedad, que en caso de libre competencia del extranjero se hubiese vuelto aguda y hubiese tenido sus crisis, en una enfermedad crónica, que ejercía una presión uniforme, aunque todavía dura, sobre la situación de los obreros agrícolas.

En la primera época posterior al nacimiento del proletariado agrícola, se desarrolló en este sector la relación patriarcal que al mismo tiempo se destruía en la industria, la misma relación entre el campesino y sus peones agrícolas que aún subsiste en casi todas partes de Alemania. Mientras subsistió esta situación, la miseria se manifestaba en menor proporción y más raras ocasiones entre los obreros; los peones compartían el destino de los arrendatarios y en el peor de los casos de emergencia eran despedidos. Pero ahora las cosas son diferentes. Los trabajadores son casi todos jornaleros, a quienes los arrendatarios dan ocupación cuando los necesitan, y por ello a menudo pasan largas semanas, especialmente en el invierno, sin tener trabajo alguno. Cuando existía la relación patriarcal, en la cual los peones y sus familias vivían en la granja del arrendatario y sus hijos crecían allí, es decir en la cual, como es natural, el arrendatario trataba de ocupar a la nueva generación en su explotación y en la que los jornaleros constituían la excepción, que no la regla, se encontraban en todas las granjas un número mayor de trabajadores que los que, estrictamente, eran necesarios. Por eso también los arrendatarios estaban interesados en poner fin a esta situación, en expulsar al peón agrícola de la granja y convertirlo en jornalero. Esto ocurrió de forma bastante generalizada hacia fines de la década de 1820 y la consecuencia de ello fue que se desencadenó el exceso de población latente —para emplear el término utilizado por la física— hasta entonces, se deprimió el salario y se incrementaron enormemente los impuestos para los pobres. A partir de ese momento, los distritos agrícolas se convirtieron en asientos principales del *pauperismo permanente*, tal como los distritos fabriles lo eran del *pauperismo variable*, y la modificación de las leyes de pobres fue la primera medida que debió tomar el poder público contra el empobrecimiento de las comunidades rurales, que aumentaba a diario. Pero a esto se sumó aún que, a causa de la continua expansión del sistema de explotación en gran escala, de la introducción de máquinas trilladoras

y otras en la agricultura y del gran aumento de la ocupación de mujeres y niños en los campos —tan generalizada, que sus consecuencias fueron investigadas últimamente por una comisión oficial especial—, quedaran desocupados, también en este sector, gran número de trabajadores. Hemos visto, pues, que también aquí el sistema de la producción industrial ha penetrado mediante la explotación en gran escala, la supresión de la relación patriarcal —que precisamente en este campo reviste la mayor significación— y la introducción de maquinaria, energía de vapor y el trabajo de mujeres y niños, arrastrando hacia el movimiento revolucionario al último y más estable sector de la humanidad trabajadora. Pero cuanto más tiempo había conservado la agricultura su estabilidad, tanto más pesadamente caía ahora ese lastre sobre el trabajador y tanto más violentamente se manifestaba aquí la desorganización de las antiguas relaciones sociales. La «población excedente» surgió repentinamente a la luz y no era posible eliminarla mediante el incremento de la producción, como en los distritos industriales. Siempre podían instalarse fábricas nuevas, de existir compradores para sus productos, pero no era posible crear nuevas tierras. El cultivo de las tierras comunitarias inexploradas era una especulación demasiado arriesgada como para que se hubiese lanzado al mismo mucho capital desde la celebración de la paz. La consecuencia necesaria de ello fue que la competencia de los trabajadores entre sí se acrecentó al máximo y el salario descendió hasta el mínimo. Mientras existía la antigua ley de pobres, se subvencionaba a los trabajadores con fondos de la caja para los pobres; naturalmente, ello hizo disminuir aún más el salario, ya que ahora los arrendatarios trataron de derivar la mayor parte posible del mismo a la caja para los pobres. Esto no hizo sino elevar el impuesto para los pobres que se hizo necesario por la población excedente, creando la necesidad de la nueva ley de pobres, de la cual hemos de hablar aún. Sin embargo, esto no mejoró las cosas. El salario no se elevó, no era posible eliminar la población excedente y la crueldad de la nueva ley sólo sirvió para enconar al pueblo hasta el máximo. Inclusive el impuesto para los pobres, que descendió al principio, recobró pocos años después el mismo nivel que tenía anteriormente. El único fruto fue que, si antes existían de tres a cuatro millones de semiindigentes, ahora aparecía un millón de indigentes totales, y los restantes, que en consecuencia eran sólo semiindigentes, quedaron sin subsidio. La miseria de los distritos agrícolas aumentaba año tras año. La gente vive en la mayor estrechez, familias enteras deben arreglárselas con 6, 7 u 8 chelines semanales, y temporalmente no disponen de nada en absoluto. Veamos una descripción esbozada, ya en 1830, por

un miembro liberal del Parlamento, con referencia al estado de esta población:

«Un campesino» (es decir, un jornalero agrícola) «inglés y un indigente inglés son expresiones sinónimas. Su padre era indigente y la leche de su madre carecía de poder nutritivo; desde niño recibió mala alimentación y siempre sólo para saciarse a medias, y aún ahora sigue experimentando la tortura del hambre insatisfecha cuando no duerme. Está semivestido, sin más combustible que el apenas suficiente para cocinar sus magras comidas, y de este modo el frío y la humedad siempre entran en su casa con la tormenta y sólo con ella la abandonan. Está casado, pero no conoce las alegrías del esposo y del padre. Su mujer y sus pequeños, hambrientos, rara vez abrigados, a menudo enfermos e impotentes, siempre preocupados y desesperanzados como él, son naturalmente ávidos, egoístas y molestos, y de este modo, para emplear sus propias palabras, aborrece el verlos (*hates the sight of them*), y sólo retorna a su barraca porque, después de todo, siempre le garantiza mayor protección contra la lluvia y el viento que un seto. Debe mantener a su familia, aunque no puede; eso produce la mendicidad, ataques furtivos de toda índole y desemboca en la hipocresía más redomada. Aunque tuviese ganas de hacerlo, carecería no obstante de valor para convertirse, como otras gentes más enérgicas de su clase, en un cazador furtivo o un contrabandista en gran escala; pero ocasionalmente comete escamoteos y enseña a sus hijos a mentir y robar. Su conducta servil y de esclavo con respecto a sus vecinos ricos demuestra que ellos lo tratan con rudeza y sospecha; por eso los teme y los odia, pero jamás les hará daño de modo violento. Está completamente depravado, demasiado deprimido como para poseer aún la fuerza de la desesperación. Su mísera vida es breve; el reumatismo y el asma lo llevan a la casa de trabajo, donde exhalará su último suspiro sin un solo recuerdo agradable y cederá su lugar a algún otro desdichado que podrá vivir y morir de la misma manera que él».

El autor añade que, además de esta clase de jornaleros agrícolas, existe asimismo otra, algo más enérgica y mejor dotada en el aspecto físico, intelectual y moral; es la de quienes, si bien viven en la misma miseria, no han nacido en esa situación. Estos son mejores en cuanto miembros de su familia, pero contrabandistas y cazadores furtivos, quienes a menudo tienen sangrientos conflictos con los guardabosques y aduaneros de la costa; con frecuencia, las cárceles, en las cuales permanecen asiduamente, les enseñan a enconarse aún más contra la sociedad, equiparándose así por completo a la primera clase en su odio contra los poseyentes.

«Y», concluye, «por cortesía (*by courtesy*) se califica a toda esta clase como el “audaz campesinado de Inglaterra” (*bold peasantry of England*, según Shakespeare).»^{*80}

Hasta el día de hoy, esta descripción conserva su validez para la mayor parte de los jornaleros de los distritos agrícolas. En junio de 1844, el *Times* envió a estas regiones un corresponsal para informar acerca de la situación de esta clase, y el informe que proporciona coincide por completo con lo anteriormente expuesto. En algunas zonas, el salario no sobrepasaba los seis chelines semanales, vale decir que no era superior al de muchas regiones de Alemania, mientras que los precios de todos los artículos de primera necesidad son por lo menos dobles en Inglaterra que en Alemania. Es posible imaginar cómo es la vida que llevan estas gentes. Su alimentación es mala y escasa, su vestimenta es andrajosa y su vivienda estrecha y lamentable: una pequeña y mísera cabaña desprovista de toda comodidad y para los jóvenes casas de alojamiento, en las cuales hombres y mujeres no están casi separados y que invitan a las relaciones ilegítimas. Algunos días sin ocupación en el mes deben sumir necesariamente a estas gentes en la más profunda miseria. A todo esto no pueden asociarse para mantener elevado el salario, porque viven dispersos, y si alguno se niega a trabajar por un salario bajo, hay docenas de desocupados y de habitantes de las casas de pobres que están contentos si se les ofrece lo más exiguo, mientras que al que se niega la administración de pobres lo considera un inservible, holgazán y negligente, denegándole todo otro apoyo que el tan aborrecido de la casa de pobres; pues la administración se halla integrada precisamente por algunos arrendatarios, únicas personas de las cuales —o de sus vecinos y compañeros de clase social— puede obtener trabajo. Y esta clase de informes no nos llegan sólo de éste o aquél otro distrito agrícola de Inglaterra; por el contrario, la miseria es igualmente grande en el sur y en el este, en el norte y en el oeste; la situación de los trabajadores de Suffolk y Norfolk coincide exactamente con la de los de Devonshire, Hampshire y Sussex; el salario es tan bajo en Dorsetshire y Oxfordshire como en Kent y Surrey, Buckinghamshire y Cambridgeshire.

*80. E. G. Wakefield, M. P., *Swing unmasked, or the Causes of Rural Incendiarism* [El *Swing* desenmascarado (véase a este respecto págs. 513-514), o las causas de los incendios rurales intencionales], Londres 1831.— Folleto. Las citas anteriores corresponden a las págs. 9-13, habiéndose omitido en la traducción los pasajes que se refieren, en el original, a la antigua ley de pobres aún vigente por entonces.

Un acto de barbarie cometido contra el proletariado agrícola y que merece destacarse especialmente lo constituyen las leyes de caza, que en Inglaterra son tan severas como en ninguna parte, mientras que, al mismo tiempo, la abundancia de piezas de caza supera todo lo imaginable. El campesino inglés, que según antiguos usos y costumbres sólo ve en la caza furtiva una manifestación completamente natural y noble del valor y de la osadía, aún resulta incitado a ello en mayor grado por el contraste entre su propia miseria y el *car tel est notre plaisir*⁶⁶ del lord, quien guarda millares de liebres y pájaros susceptibles de ser cazados para su diversión privada. El campesino arma trampas, y de vez en cuando también dispara sobre alguna pieza, pues en el fondo no le hace con ello daño alguno al lord, quien, después de todo, las tiene en exceso, mientras que para él significa poder asar al fuego algo para su hambrienta familia. Si lo descubren, va a parar a la cárcel, y en caso de reincidencia es deportado por siete años como mínimo. De la severidad de estos castigos surgen los frecuentes y sangrientos conflictos con los guardabosques, que producen una serie de asesinatos todos los años. Esto hace que el oficio de guardabosque no sólo sea peligroso, sino también desacreditado y menospreciado. El año pasado hubo dos casos en los cuales sendos guardabosques prefirieron dispararse un tiro en la cabeza que permanecer en su oficio. Éste es el bajo precio al cual la aristocracia terrateniente adquiere el noble placer de la caza, pero ¿qué les importa eso a los nobles «*lords of the soil*»?⁶⁷ Después de todo, resulta totalmente indiferente si hay algunos seres superfluos más o menos con vida y si la mitad de esos «seres superfluos» resultasen eliminados como consecuencia de las leyes de caza, tanto mejor le iría a la mitad restante; así es como razona la filantropía de los poseyentes ingleses.

Pero aunque la situación del agro, el aislamiento de las viviendas, la estabilidad del medio, de la ocupación y por ende también de las ideas, resultan decididamente desfavorables para cualquier evolución, también aquí la pobreza y la estrechez rinden sus frutos. Los obreros industriales y los mineros pronto superaron la primera etapa de la oposición contra la situación social, la de la rebelión directa del individuo aislado mediante el delito; los campesinos aún se hallan en esa etapa hasta el día de hoy. Su modo predilecto de la guerra social es el de originar incendios. Durante el invierno que siguió a la revolución de julio, el invierno de 1830/31, estos incendios se generalizaron por vez primera, luego de

66. Pues ése es nuestro placer.

67. Dueños y señores de la tierra.

que, ya a comienzos de octubre, se habían producido disturbios en Sussex y en los condados vecinos a causa del refuerzo de la policía costera (lo cual dificultó el contrabando y, según expresión de un arrendatario, arruinó la costa), de innovaciones en la administración de pobres, bajos salarios e introducción de máquinas, provocando la efervescencia de toda la región. Durante el invierno, pues, se incendiaron las gavillas de cereales y de heno de los arrendatarios en los campos, y hasta los graneros y establos que se hallaban bajo sus ventanas. Casi todas las noches resplandecían algunos de estos incendios, sembrando el terror entre los arrendatarios y terratenientes. Sus autores nunca o muy rara vez fueron descubiertos, y el pueblo atribuyó esos incendios a un personaje mítico, al cual denominó *Swing*. Todos se devanaban los sesos pensando quién podría ser el tal *Swing* y de dónde se originaba ese furor entre los pobres de todos los distritos rurales; fueron los menos quienes pensaron en esa gran fuerza motriz que es la *miseria*, la opresión, y con certeza que nadie lo hizo en los propios distritos agrícolas. Desde ese año, los incendios se repetían a cada invierno, la época de mayor desocupación para los jornaleros. Durante el invierno de 1843/44 volvieron a ser extraordinariamente frecuentes. Tengo ante mí una serie de números del *Northern Star* de aquella época, cada uno de los cuales contiene varios informes de incendios con indicación de la respectiva fuente. No dispongo de los números de este semanario faltantes en la siguiente lista, pero de todos modos los mismos contienen aún gran cantidad de casos. De cualquier manera, un periódico semejante no puede informar de todos los casos. *N[orthern] S[tar]*, 25 de noviembre de 1843: dos casos, hablándose de varios anteriores.— 16 de diciembre: Desde hace dos semanas hay excitación general en Bedfordshire por los frecuentes incendios, produciéndose varios de ellos todas las noches. Durante los últimos días se han quemado por completo *dos* grandes arrendamientos. En Cambridgeshire *cuatro* grandes arrendamientos, en Hertfordshire *uno*, y además otros *quince* incendios en diversas regiones.— El 30 de diciembre *un* incendio en Norfolk, *dos* en Suffolk, *dos* en Essex, *tres* en Herts, *uno* en Cheshire, *uno* en Lancashire y *doce* en Derby, Lincoln y el sur.— 6 de enero de 1844: *diez* incendios en total; 13 de enero: *siete*; 20 de enero: *cuatro*. A partir de esa fecha se informan semanalmente, por término medio, de tres a cuatro incendios y ya no, como antes, hasta la primavera, sino hasta entrados julio y agosto, los periódicos ingleses que he recibido desde entonces y los informes en los periódicos alemanes demuestran que, con la proximidad de la severa temporada de 1844/45, esta clase de delitos cobró nuevo auge.

¿Qué dicen mis lectores ante semejante situación de los apacibles e idílicos distritos rurales de Inglaterra? ¿Es esto guerra social o no? ¿Es ésta una situación natural, que pueda durar? Y sin embargo, aquí los arrendatarios y terratenientes son tan tontos y obtusos, tan ciegos frente a todo lo que no aporte dinero en efectivo a sus bolsillos como los fabricantes y burgueses en general en los distritos industriales. Así como éstos prometen a sus obreros la salvación total a partir de la *abolición* de las leyes cerealeras, así los terratenientes y gran parte de los arrendatarios prometen a los suyos el cielo a partir de la *conservación* de las mismas. Pero en ninguno de ambos casos los poseyentes logran conquistar a los obreros para su manía predilecta. Al igual que los obreros fabriles, también los jornaleros agrícolas son totalmente indiferentes en lo que respecta a la abolición o la conservación de las leyes cerealeras. Sin embargo, la cuestión es importante para ambos. Pues en virtud de la abolición de las leyes cerealeras se impulsa hasta la cúspide a la libre competencia, la economía social actual; cesa entonces cualquier evolución ulterior dentro de las condiciones imperantes y el único progreso posible es entonces el trastocamiento radical de la situación social. Para los jornaleros agrícolas, esta cuestión tiene, además, el siguiente significado. La liberación de la importación de granos implica —no puedo desarrollar aquí *cómo* lo hace— la emancipación de los arrendatarios con respecto a los terratenientes, en otras palabras, la transformación de los arrendatarios *tories* en liberales. La liga anti-leyes cerealeras ya ha realizado una intensa labor en tal sentido (y ése es su único mérito). Pero si los arrendatarios se convierten en liberales, es decir en burgueses conscientes, entonces los jornaleros se convertirán necesariamente en cartistas y socialistas, esto es en proletarios conscientes. Una cosa trae aparejada la otra. Y entre los proletarios agrícolas ya está comenzando a hacerse sentir un nuevo movimiento, como lo demuestra una asamblea que hizo celebrar, en octubre de 1844, el conde *Radnor*, un terrateniente *liberal*, en *Highbworth*, donde se hallan situadas sus propiedades, a fin de aprobar resoluciones contra las leyes cerealeras, y en la cual los trabajadores, totalmente apáticos en lo que a estas leyes respecta, exigieron cosas totalmente diferentes, a saber pequeños arrendamientos a bajo arriendo para sí mismos, enrostrándole al conde Radnor toda suerte de amargas verdades. De esta manera, el movimiento de la clase trabajadora también penetra hasta los distritos agrícolas remotos, estables, espiritualmente muertos, y dada la miseria imperante pronto y seguramente será tan vivo y fundado como en los distritos fabriles.

En lo que atañe al grado de religiosidad de los jornaleros agrícolas,

éstos tienen por cierto más religión que los obreros industriales, pero están sumamente desavenidos con la Iglesia, ya que en estos distritos hay casi exclusivamente devotos de la Iglesia Anglicana. Un corresponsal del *Morning Chronicle*, quien envía informes acerca de los distritos agrícolas que recorre bajo la firma de *Uno que ha silbado detrás del arado*,⁶⁸ relata, entre otras cosas, la siguiente conversación con algunos jornaleros a la salida de la iglesia:

«Pregunté a uno de ellos si el predicador de hoy era su propio sacerdote; *yes, blast him*,⁶⁹ sí, por cierto que es nuestro propio cura, mendiga de continuo, siempre ha mendigado, desde que lo conozco.» (Se había pronunciado un sermón en favor de la misión a los paganos.)— «Y desde que yo lo conozco, también, agregé otro, y jamás he conocido a un cura que no mendigase siempre para una cosa o la otra.— Sí, dijo una mujer que acababa de salir de la iglesia, y miren como baja el salario, y miren a esos ricos vagabundos con los cuales los curas comen y beben y van de caza. Válgame Dios, que preferimos ir a la casa de trabajo y morirnos de hambre, que pagar por curas que vayan entre los paganos.— ¿Y por qué, dijo otra, por qué no envían allí a los curas que berrean todos los días en la Catedral de Salisbury, y eso para nadie salvo para las piedras desnudas? ¿Por qué no van *esos* entre los paganos?— *Esos* no van, dijo el anciano a quien interrogué en primer término, porque son ricos, tienen más tierra de la que necesitan, quieren dinero para sacarse de encima a los curas pobres; sé lo que quieren, que por algo los conozco desde hace demasiado tiempo.— Pero, mis buenos amigos, les pregunté, ¿no vendréis siempre con sentimientos tan amargos contra el predicador al salir de la iglesia? ¿Para qué vais allí, entonces?— Que por qué vamos allí, dijo la mujer, es que tenemos que ir si no queremos perderlo todo, el trabajo y todo, tenemos que ir.— Más tarde vi que recibían algunos pequeños privilegios en lo que se refiere a combustible y un poco de tierra para sembrar patatas, que debían pagar, *¡si iban a la iglesia!*»

Luego de una descripción de su pobreza y su ignorancia, concluye nuestro corresponsal:

«Y ahora aseguro audazmente que la situación de esta gente, su pobreza, su odio contra la Iglesia, su docilidad externa y su rencor interno contra los dignatarios eclesiásticos *son la regla a través de las comunidades rurales de Inglaterra*, y lo contrario es sólo la excepción».

68. Seudónimo de Alexander Sommerville.

69. Sí, maldito sea.

Así como el campesinado de la propia Inglaterra nos muestra las consecuencias que produce un proletariado agrícola numeroso en explotaciones grandes sobre la situación de las comunidades rurales, así vemos en Gales el fenómeno de los pequeños arrendatarios. Si las comunidades rurales inglesas reproducen la antinomia de proletarios y grandes capitalistas, la situación de los campesinos galeses corresponde a la ruina progresiva de la pequeña burguesía en las ciudades. En Gales existen mayormente sólo pequeños arrendatarios que no están en condiciones de vender sus productos agrícolas con el mismo provecho a un precio tan bajo como los grandes arrendatarios ingleses más favorecidos, con quienes compiten en el mismo mercado. Amén de esto, las características de la tierra sólo permiten la ganadería en muchos lugares, lo cual resulta menos provechoso, y además estos galeses, ya a causa de su diferenciación nacional, a la cual se aferran, son mucho más estables aún que los arrendatarios ingleses. Pero sobre todo la competencia entre ellos y con sus vecinos ingleses, así como el incremento de la renta de la tierra, los ha arruinado a tal punto que apenas si pueden vivir; puesto que no advierten la verdadera causa de su grave situación, la buscan en toda clase de nimiedades, peajes elevados, etc., que inhiben el desarrollo de la agricultura y el tráfico y con las que, sin embargo, tiene que cargar todo el que toma en arriendo una tierra, de tal modo que se contabilizan como costos fijos y que entonces, en realidad, son abonados por el terrateniente. Además de ello, aquí la nueva ley de pobres también se ha granjeado el odio profundo de los arrendatarios ya que ellos mismos siempre están en peligro de sucumbir a ella. En febrero de 1843 estalló el descontento de los campesinos galeses en los conocidos disturbios de Rebeca; los hombres vistieron ropas de mujer, pintaron de negro sus rostros, asaltaron en numerosas bandas armadas los portones que en Inglaterra hacen las veces de barreras, los destruyeron entre gritos de júbilo y disparos, demolieron asimismo las casillas de los cobradores de peaje, escribieron cartas amenazadoras en nombre de la fingida «Rebeca» y en una ocasión hasta asaltaron la casa de trabajo de Caermarthen. Cuando más tarde se llamó a las tropas y se reforzó la policía, desorientaron a éstas con extraordinaria habilidad, destruyendo portones en un lado mientras el ejército, precedido desde todas las montañas por el son de los cuernos, marchaba en dirección opuesta, y finalmente, cuando el refuerzo de las tropas alcanzó un determinado nivel, pasaron a cometer incendios aislados y hasta tentativas de asesinato. Como siempre, estos delitos mayores constituyeron el fin del movimiento. Muchos se apartaron por indignación, otros por miedo, y la calma se restableció

por sí sola. El gobierno envió una comisión para investigar esta historia y sus causas, y con ello todo tocó a su fin. Sin embargo, la pobreza de los campesinos persiste y puesto que en las condiciones imperantes en la sociedad sólo puede llegar a ser mayor, pero no menor, alguna vez, cuando se presente la ocasión, producirá hechos más serios que estas humorísticas mascaradas de Rebeca.

Así como en Inglaterra se nos presentan los resultados del sistema de la explotación en gran escala y en Gales el del pequeño arrendamiento, en *Irlanda* tenemos ante nuestra vista las consecuencias del parcelamiento de la tierra. La inmensa mayoría de la población de Irlanda consta de pequeños arrendatarios que han arrendado una lamentable cabaña de barro sin divisiones interiores y una parcela para cultivar patatas, del tamaño apenas suficiente como para procurarles el alimento más imprescindible para el invierno. Dada la gran competencia que reina entre estos pequeños arrendatarios, la renta de la tierra se ha elevado hasta alturas inauditas, hasta el doble, triple o cuádruple de la imperante en Inglaterra. Pues todos los jornaleros agrícolas intentan convertirse en arrendatarios, y pese a que la división de la tierra ya se ha incrementado tanto, quedan no obstante gran cantidad de jornaleros en busca de arrendamientos. Pese a que en Gran Bretaña se hallan cultivadas 32 millones de fanegas inglesas y en Irlanda solamente 14 millones de fanegas, a pesar de que Gran Bretaña produce anualmente productos agrícolas por 150 millones de libras esterlinas e Irlanda lo hace por sólo 36 millones de libras esterlinas, hay no obstante en Irlanda 75.000 jornaleros agrícolas *más* que en la isla vecina.*⁸¹ De esta extraordinaria desproporción se desprende cuán grande debe ser la competencia por el suelo en Irlanda, sobre todo si se tiene en cuenta que ya los jornaleros británicos viven en la miseria más extrema. Esta competencia produce, como es natural, una renta de la tierra tan elevada que a los arrendatarios no les resulta posible vivir mejor que los jornaleros. De este modo se mantiene al pueblo irlandés en una oprimente pobreza, de la cual no puede salir en las condiciones sociales actuales. Esta gente vive en las más miserables cabañas de barro, apenas si apropiadas para servir como establos, tienen escasos alimentos durante el invierno o, como lo expresa el informe citado, durante 30 semanas al año tienen suficiente cantidad de patatas para saciarse a medias, y durante las 22 semanas restantes no tienen

*81. Informe de la comisión de la ley de pobres sobre Irlanda. Sesión parlamentaria de 1837.

nada. Al llegar la primavera, y con ella la época en la cual se agotan las reservas o éstas se tornan incomedibles al surgir los brotes, la esposa va a mendigar con sus hijos y, con la marmita para el té en la mano, recorre toda la región, mientras que su marido, una vez acabada la siembra, busca trabajo en el mismo país o en Inglaterra, regresando junto a su familia para la cosecha de la patata. En este estado viven las nueve décimas partes de la población rural irlandesa. Son más pobres que las ratas, visten los andrajos más míseros y tienen el nivel de instrucción más bajo que resulta posible en un país semicivilizado. Según el informe citado, entre una población de 8 1/2 millones de habitantes, viven 585.000 cabezas de familia en total pobreza (*destitution*), y según otras fuentes, citadas por Sheriff Alison,^{*82} hay en Irlanda 2.300.000 personas que no pueden vivir sin subsidios privados; ¡es decir que el 27 por ciento de la población son indigentes!

Causa de esta pobreza son las condiciones sociales imperantes, en especial la competencia, sólo que aquí en otra forma: en la del parcelamiento de la tierra. Se han realizado esfuerzos por hallar otras causas; se ha afirmado que la culpa de la pobreza residiría en la posición del arrendatario con respecto al terrateniente, que arrienda sus tierras en grandes extensiones a arrendatarios quienes tienen, a su vez, subarrendatarios y sub-subarrendatarios, de modo que a menudo hay diez intermediarios entre el terrateniente y el cultivador propiamente dicho; se ha afirmado que la culpa estribaría en la ley —vergonzosa por lo demás— que confiere al terrateniente el derecho de desalojar al cultivador real si el arrendatario inmediato no paga, aún cuando el cultivador haya pagado la renta a su arrendador directo. Pero en última instancia esto sólo determina la *forma* en la cual se manifiesta la miseria. Convertid a los propios pequeños arrendatarios en terratenientes, y ¿cuál será la consecuencia? Inclusive cuando ya no tenga que pagar arriendo, la mayoría no podrá vivir de su campo, y la mejoría que acaso se experimente resultará nuevamente compensada, en pocos años, a causa del continuo y rápido incremento de la población. Entonces llegarán a la edad adulta los hijos de quienes adquieran una mejor posición y que ahora mueren durante sus primeros años de vida a causa de la escasez y la miseria. Otros sectores han afirmado que la culpable es la desvergonzada opresión del pueblo por parte de los ingleses. En todo caso *lo será* de que la pobreza se haya producido algo antes, pero no de que se haya producido en general.

*82. *Principles of Population*, vol. II.

O que lo es la Iglesia estatal protestante que ha sido impuesta a una nación católica; distribuid entre los irlandeses lo que la misma recauda y no llegará a los dos táleros *per capita*. Ya de por sí, los diezmos son un impuesto a la *propiedad de la tierra*, no al arrendatario, pese a que era éste quien los abonaba; ahora —según el *bill* de conmutación⁷⁰ de 1838— el terrateniente los paga directamente, y por ello cobra tanto más el arriendo, de modo que con ello no mejora la situación de arrendatario. Y así se citan cien otras causas, que demuestran tan poco como las anteriores. La pobreza es una consecuencia necesaria de las instituciones sociales presentes, y además de éstas sólo pueden buscarse causas del modo en que se presenta la pobreza, pero no de la pobreza misma. Pero el hecho de que la pobreza se manifieste en Irlanda así y no de otra manera, es culpa del carácter nacional del pueblo y de su evolución histórica. De acuerdo con su⁷¹ carácter, los irlandeses constituyen un pueblo emparentado con las naciones latinas, con los franceses y especialmente con los italianos. Ya hemos visto anteriormente, desarrollados por Carlyle, los aspectos negativos de su nacionalidad; veamos ahora qué dice un irlandés, quien por lo menos tiene algo más de razón que Carlyle, partidario de la naturaleza germánica:

«Son inquietos y no obstante indolentes (*indolent*); despiertos e indiscretos, tempestuosos, impacientes e imprevisores; valientes por instinto, magnánimos, sin reflexionar mucho; de mano presta para vengar ofensas y perdonar, celebrar y romper amistades; pródigamente dotados de genio, avaramente de capacidad de juicio».*⁸³

Entre los irlandeses predomina en forma absoluta el sentimiento, la pasión, y la razón debe someterse a ellos. Su naturaleza sensual y excitable no permite el desarrollo de la reflexión ni una actividad tranquila y persistente; un pueblo semejante no sirve en absoluto para la industria tal como se la practica en la actualidad. Por ello permanecieron en la agricultura, e incluso en ella en su nivel más bajo. Dada la pequeñez de las parcelas, que en este caso no se originaron artificialmente, como en

*83. *The State of Ireland* [La situación de Irlanda]. Londres, 1807; 2.^a edición 1821.— Folleto.

70. En la edición de 1892: acta de conmutación.

71. En la edición de 1892: el.

Francia y junto al Rin, por fragmentación de grandes haciendas,*⁸⁴ sino que han existido desde siempre, no era posible pensar en un mejoramiento del suelo por inversión de capital, y es así como, según indicación hecha por Alison, se requerirían 120 millones de libras esterlinas para llevar el suelo de Irlanda al mismo nivel de productividad —que ni siquiera es tan elevado— que ha adquirido el suelo inglés. La inmigración inglesa, que hubiese podido elevar el nivel cultural del pueblo irlandés, se ha conformado con la más brutal explotación del mismo, y mientras que los irlandeses transmitieron a la nación inglesa, con su inmigración, un fermento que dará sus frutos en el futuro, Irlanda en cambio debe muy poco a la inmigración inglesa.

Las tentativas de la nación irlandesa por salvarse de la depravación imperante consisten, por una parte, en el delito, que se halla a la orden del día en los distritos rurales, tratándose casi siempre de asesinatos en la persona de sus enemigos más directos —los agentes de los terratenientes o sus obedientes servidores, los intrusos protestantes, los grandes arrendatarios, cuyas posesiones se componen de los campos de patatas de un centenar de familias desalojadas, etc.— y que se dan con especial frecuencia en el sur y en el oeste; y, por la otra, en la agitación por el *repeal*. De acuerdo a lo arriba expuesto resulta claro que los incultos irlandeses deben ver sus enemigos más directos en los ingleses, y que para ellos su progreso más inmediato radica en la conquista de la independencia nacional. Pero asimismo resulta igualmente claro que la pobreza no puede ser abolida mediante ningún *repeal*, sino que éste sólo puede demostrar que es menester buscar en la propia casa la causa de la miseria irlandesa, que por ahora aún parece residir en el exterior. No he de entrar a considerar si es necesario llevar realmente a cabo el *repeal* para ayudar a los irlandeses a comprender esto. Hasta ahora, ni el cartismo ni el socialismo han tenido particular éxito en Irlanda.

Con esto concluyo mis observaciones acerca de Irlanda, tanto más cuanto que la agitación por el *repeal* de 1843 y el proceso de O'Connell constituyeron una ocasión para que la miseria irlandesa se conociese más en Alemania.

De esta manera hemos seguido al proletariado de las Islas Britá-

*84. En la edición de 1892: Error. La agricultura en pequeña escala siguió siendo la forma de explotación predominante desde el Medioevo. Es decir que las pequeñas granjas ya existían antes de la revolución. Lo que ésta modificó fue sólo su *propiedad*; las quitó a los señores feudales y las transfirió, directa o indirectamente, a los campesinos.

nicas a través de todos los ramos de su actividad, hallando en todas partes miseria y estrechez, condiciones de vida absolutamente inhumanas por doquier. Hemos visto como, con el proletariado, nació, creció, se desarrolló y se organizó el descontento, hemos visto luchas francas, cruentas e incruentas, del proletariado contra la burguesía. Hemos examinado los principios que determinan el destino, las esperanzas y los temores de los proletarios y hemos descubierto que no hay perspectiva alguna para el mejoramiento de su situación. Hemos tenido ocasión de observar, aquí y allá, a la burguesía en su comportamiento frente al proletariado y hemos hallado que sólo procuraba para sí misma, que sólo perseguía su propio beneficio. Sin embargo, a fin de no cometer injusticias, hemos de examinar su conducta un poco más de cerca.

LA POSICIÓN DE LA BURGUESÍA FRENTE AL PROLETARIADO

Cuando hablo aquí de burguesía, incluyo asimismo a la llamada aristocracia, pues ésta sólo es tal, sólo es privilegiada con respecto a la burguesía, pero no frente al proletariado. El proletario sólo ve en ambos al poseyente, vale decir al burgués. Ante el privilegio de la posesión, desaparecen todos los demás privilegios. La única diferencia es que el burgués propiamente dicho se halla enfrentado al proletario industrial y en parte también al minero, aunque como *arrendatario* también lo está al jornalero agrícola, mientras que el así denominado aristócrata sólo entra en contacto con una parte de los proletarios mineros y con los agrícolas.

Jamás he visto una clase tan profundamente desmoralizada, tan incurablemente corrompida por el egoísmo, tan interiormente carcomida y tan incapacitada para cualquier progreso como la burguesía inglesa, y con ello me refiero ante todo a la burguesía propiamente dicha, en especial la burguesía liberal, abolicionista de las leyes cerealeras. Para ella no hay en el mundo nada que no exista en virtud del dinero, sin excluirse a sí misma, pues no vive para otra cosa que para ganar dinero, no conoce otra felicidad que la de la ganancia rápida, ni otro dolor fuera del que ocasiona la pérdida de dinero.*⁸⁵ Dada esta codicia y esta avidez de dinero, no es posible que permanezca inmaculado ni un solo concepto humano. Por cierto que estos burgueses ingleses son buenos maridos y miembros de su familia, tienen asimismo toda clase de las así llamadas virtudes privadas, y en sus relaciones habituales parecen tan respe-

*85. En su *Past and Present* [Pasado y presente] (Londres, 1843), Carlyle ofrece una hermosísima descripción de la burguesía inglesa y de su repugnante codicia de dinero, que he traducido en parte en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, y a los cuales remito al lector.

tables y decentes como todos los demás burgueses; inclusive en el comercio resultan más tratables que los alemanes, no censuran ni regatean tanto como nuestras almas de tenderos, pero ¿de qué sirve todo eso? En última instancia, su propio interés y en especial la ganancia de dinero es el único factor decisivo. En una ocasión entré con uno de estos burgueses en Manchester y hablaba con él del estilo arquitectónico malo e insalubre, del abominable estado de los barrios obreros, y declaré que jamás había visto una ciudad tan mal construida. El hombre escuchó todo tranquilamente y, en la esquina en que me dejó, manifestó: *And yet, there is a great deal of money made there* —y sin embargo se gana muchísimo dinero aquí—, buenos días, señor. Al burgués inglés le resulta totalmente indiferente si sus obreros se mueren de hambre o no, con tal de que él gane dinero. Todas las cosas de la vida se miden por la ganancia de dinero y lo que no lo produce es una tontería, inútil e idealista. También por ello la economía nacional, la ciencia de como ganar dinero, es la ciencia predilecta de estos chalanes. Cada cual es un economista nacional. La relación entre el fabricante y el obrero no es humana, sino económica. El fabricante es el «capital» y el obrero es el «trabajo». Y si el obrero no quiere permitir que se lo meta por la fuerza dentro de esta abstracción, si afirma que no es «el trabajo» sino un ser humano que, desde luego y entre otras cosas tiene asimismo el atributo de trabajar, si se le ocurre creer que no debe dejarse comprar y vender en el mercado como «el trabajo», como una mercancía, allí se detiene el raciocinio del burgués. Éste no puede concebir que su relación para con el obrero pueda ser otra además de la de compra y venta, no ve en ellos a seres humanos sino «*manos*» (*hands*), como los llama de continuo en su propio rostro, no reconoce otra vinculación entre hombre y hombre, como dice Carlyle, que el *pago en efectivo*. Inclusive el vínculo que lo liga a su esposa es, en noventa y nueve casos sobre cien, sólo «pago en efectivo». La mísera esclavitud en la cual el dinero mantiene al burgués ha sido estampada por la dominación burguesa incluso al idioma. El dinero establece el valor del hombre; este hombre vale diez mil libras —*he is worth ten thousand pounds*—, es decir que las posee. Quien tiene dinero es «*respectable*», pertenece a la «mejor clase de gente» (*the better sort of people*), es «influyente» (*influential*), y sus acciones hacen época dentro de su círculo. El espíritu traficante recorre todo el idioma, todas las situaciones se describen mediante expresiones mercantiles, se explican mediante categorías económicas. Oferta y demanda, *supply and demand*, son las fórmulas mediante las cuales la lógica del inglés juzga toda la vida humana. De ahí la libre competencia en todo aspecto, de ahí el régimen

del *laissez-faire* y *laissez-aller* en la administración, en la medicina, en la educación y pronto seguramente también en la religión, donde la dominación de la Iglesia estatal se derrumba cada vez más. La libre competencia no quiere restricción ni supervisión estatal algunas, todo el estado es una carga para ella, sería máximamente perfecta en una situación totalmente carente de estado, en la cual cada quien pudiese explotar al otro a su antojo, como por ejemplo en la «Asociación» del amigo Stirner. Pero puesto que la burguesía no puede prescindir del estado, siquiera para refrenar al proletariado que le es igualmente necesario, lo vuelve contra éste y trata de mantenerlo lo más alejado posible de sí misma.

Pero no se crea que el inglés «culto» exhibe este egoísmo con tanta franqueza. Por el contrario, lo encubre con la más desdeñosa hipocresía.— ¿Cómo que los ingleses ricos no piensan en los pobres, si han erigido institutos de beneficencia como ningún otro país puede exhibir? ¡Sí, institutos de beneficencia! ¡Como si al proletario se le hiciese un favor chupándole la sangre primero, para luego poder ejercitar sobre él vuestro autocomplaciente y farisaico prurito de beneficencia, y dar al mundo la imagen de tremendos benefactores de la humanidad cuando devolvéis a los exangües la centésima parte de lo que les corresponde! ¡Una beneficencia que deshumaniza aún más a quien la da que a quien la recibe, una beneficencia que pisotea más profundamente aún en el polvo a los pisoteados, que exige que el paria deshumanizado, expulsado de la sociedad, haya de renunciar a lo último que le queda, a su pretensión a la condición humana, que haya de *mendigar* primeramente su *gracia* antes de obtener la gracia de que, mediante una limosna, se le estampe el sello de la deshumanización sobre la frente! Pero de qué sirve todo esto. Veamos qué dice la propia burguesía inglesa. Aún no ha transcurrido un año desde que leí en el *Manchester Guardian* la siguiente carta a su director, la cual fue reproducida sin más comentario en cuanto cosa totalmente natural y sensata:

Señor Director:

Desde hace algún tiempo nos topamos en las calles principales de nuestra ciudad con gran cantidad de mendigos, quienes en parte mediante su vestimenta harapienta y su aspecto enfermo, en parte mediante repugnantes llagas abiertas y mutilaciones intentan despertar la compasión de los viandantes de una manera que a menudo es sumamente desvergonzada y molesta. Pienso que si no sólo se ha pagado el impuesto para los pobres, sino que además se contribuye en abundancia para las instituciones benéficas, se habrá hecho lo suficiente como para tener el derecho de estar a resguardo de esta clase de molestias desagradables y descara-

das; ¿para qué pagamos entonces un impuesto tan elevado para el mantenimiento de la policía urbana, si ésta ni siquiera nos protege lo suficiente como para que podamos salir tranquilos por la ciudad o fuera de ella?— Espero que la publicación de estas líneas en su muy leído periódico inducirá al poder público a eliminar este inconveniente (*nuisance*), y quedo su devota servidora

Una Dama

¡Ahí lo tenéis! La burguesía inglesa es benéfica por interés, no regala nada, considera sus dádivas como un comercio, hace un *negocio* con los pobres y les dice: si yo empleo determinada cantidad para fines benéficos, *adquiero a cambio de ello el derecho* de no ser molestada ya, ¡de modo que a cambio comprometéis a permanecer dentro de vuestras oscuras cuevas y a no atacar mis delicados nervios mediante la exposición pública de vuestra miseria! ¡Desesperaos de cualquier manera, pero desesperad en silencio, ese derecho me lo reservo, lo compro con mi suscripción de 20 libras para el hospital! ¡Qué vergüenza es esta infame beneficencia de un burgués cristiano!— Y así escribe «*una dama*», sí, dama, hace bien en firmar así; ¡afortunadamente ya no tiene valor para llamarse una *mujer*! Pero sí *así* son las «damas», ¿cómo serán entonces los caballeros?— Se dirá que se trata de un caso aislado. Pero no, la carta anterior expresa precisamente el pensamiento de la gran mayoría de la burguesía inglesa, pues de otro modo el director no la hubiese aceptado, y en tal caso la hubiese sucedido alguna réplica, que he buscado en vano en los números siguientes. Y en cuanto respecta a la eficacia de la beneficencia, el propio canónigo *Parkinson* afirma que los pobres reciben más ayuda de los suyos que de la burguesía; y una ayuda semejante de un buen proletario, que sabe en carne propia los efectos del hambre, para quien compartir su escasa comida constituye un sacrificio, pero que lo hace con placer, semejante ayuda tiene entonces también una resonancia muy diferente a la limosna arrojada por el opíparo burgués.

También en general la burguesía finge hipócritamente un humanitarismo ilimitado, pero sólo cuando así lo requieren sus propios intereses. Ya van cinco años que se esfuerza por demostrar a los obreros que sólo desea derogar las leyes cerealeras en interés de los proletarios. Pero el detalle de esta cuestión es el siguiente: las leyes cerealeras, que mantienen el precio del pan más elevado que en otros países, también elevan de este modo el salario y dificultan así al fabricante la competencia contra otros países, en los cuales el precio del pan es menor y, en consecuencia, lo es también el salario. Si se derogan ahora las leyes cerealeras, bajará el precio del pan y el salario se aproximará al de los restantes países civi-

lizados de Europa, lo cual resultará según los principios antes desarrollados y en virtud de los cuales se regula el salario. En consecuencia, el fabricante puede competir más fácilmente, crecerá la demanda de mercancías inglesas y con ella la demanda de obreros. A causa de este incremento de la demanda el salario volverá a aumentar un tanto y los obreros desocupados tendrán ocupación; pero ¿cuánto tiempo durará eso? La «población excedente» de Inglaterra, y en especial de Irlanda, es suficiente como para proveer los obreros necesarios a la industria inglesa, inclusive si ésta se duplicase; en poco años, las exiguas ventajas de la abolición de las leyes cerealeras estarán compensadas nuevamente, se sucederá una nueva crisis y estaríamos como al principio, mientras que el primer estímulo a la industria también aceleraría el incremento de la población. Los proletarios comprenden muy bien todo esto y se lo han dicho cien veces al burgués en la cara; pero no obstante la estirpe de los fabricantes, que sólo ve la ventaja *inmediata* que le reportaría la abolición de las leyes cerealeras, esa estirpe que es lo suficientemente limitada como para no ver que tampoco puede surgir una ventaja *permanente* para ella a partir de esta medida, puesto que la competencia de los fabricantes entre sí pronto retrotraería las ganancias individuales al antiguo nivel, a pesar de ello esa estirpe les grita a los obreros, hasta el día de hoy, que todo esto sólo sucede por ellos, que sólo por los millones que se mueren de hambre es por quienes los ricos del partido liberal aportan sus centenaes y millares de libras a la caja de la liga anti-leyes cerealeras, cuando todo el mundo sabe que eso es sólo carnada para sus anzuelos, que calculan con que volverán a ganar todo eso, decuplicado y centuplicado, durante los primeros años posteriores a la derogación de las leyes cerealeras. Pero los obreros ya no se dejan engañar por la burguesía, especialmente después de la insurrección de 1842. A todo aquél que pretenda afanarse por su bien, le exigen que, como piedra de toque para comprobar la autenticidad de sus intenciones, declare estar a favor de la Carta del Pueblo, con lo cual protestan contra toda ayuda exterior, ya que en la Carta sólo reclaman el *poder* de ayudarse *a sí mismos*. A quien no lo haga, le declaran la guerra, con plena razón, trátase de un enemigo declarado o de un amigo falso. Por lo demás, la liga anti-leyes cerealeras ha empleado las mentiras y ardides más despreciables con respecto a los obreros, a fin de conquistarlos. Ha pretendido darles a entender que el precio en dinero del trabajo es inversamente proporcional al precio de los cereales, de que el salario es elevado cuando el precio de los cereales es bajo, y viceversa, principio éste que ha tratado de demostrar con los argumentos más ridículos, y que en sí mismo es más ridículo que cualquier

otra afirmación brotada de labios de un economista. Como esto de nada sirviera, se prometió a los obreros la dicha: más descomunal como consecuencia del aumento de la demanda en el mercado laboral y, más aún, no se avergonzaron de llevar por las calles dos modelos de hogazas de pan, sobre la más grande de las cuales había una inscripción que rezaba «*hogaza de pan norteamericana, salario 4 chelines diarios*», y en la otra, mucho más pequeña, «*hogaza de pan inglesa, salario 2 chelines diarios*». Pero los obreros no se dejaron confundir. Demasiado bien conocen a sus patrones.

Y si queremos reconocer aún más la hipocresía de estas bellas promesas, no tenemos más que contemplar la práctica. En el curso de nuestros informes hemos visto cómo explota la burguesía al proletariado, por todos los medios posibles, para sus fines. Sin embargo, hasta aquí sólo hemos visto a los burgueses individuales maltratando al proletariado por cuenta propia. Pasemos ahora a las situaciones en las cuales la burguesía se enfrenta al proletariado en su carácter de partido, y hasta como poder del estado. Resulta palmario que, en primer lugar, toda la legislación apunta a la protección de los poseyentes contra los desposeídos. Las leyes sólo son necesarias porque hay desposeídos; y aunque ésto sólo se manifiesta directamente en unas pocas leyes, como por ejemplo las leyes contra la vagancia y la falta de techo, en las cuales se declara al proletariado en cuanto tal como infractor de la ley, sin embargo la enemistad hacia el proletariado es a tal punto el fundamento de la ley que los jueces, y en especial los jueces de paz, que son ellos mismos burgueses y con quienes mayor contacto tiene el proletariado, hallan sin mayor dificultad este sentido en la ley. Cuando se hace comparecer, o mejor dicho se cita a un rico, el juez lamenta tener que causarle tanta molestia, orienta la causa lo más que puede en su favor y si debe condenarlo vuelve a lamentarlo infinitamente, etc., y el resultado es una mísera multa que el burgués arroja con desdén sobre la mesa y se retira. Pero si a un pobre diablo le toca tener que comparecer ante el juez de paz, casi siempre habrá pasado la noche en prisión preventiva con una cantidad de otros acusados, se le considera culpable de antemano y se le increpa, se soslaya su defensa con un desdeñoso «oh, ya conocemos estas excusas», y se le impone una multa que no puede pagar y que debe expiar con uno o más meses de trabajos forzados. Y si no puede demostrársele nada, se le condena de todos modos a trabajos forzados por bribón y vagabundo (*a rogue and a vagabond*; estas expresiones casi siempre aparecen juntas). La parcialidad de los jueces de paz, sobre todo en el campo, supera realmente todo lo imaginable y se halla tan a la orden del día que los perió-

dicos informan todos los casos que no sean demasiado extraordinarios con toda tranquilidad y sin mayores glosas. Pero tampoco cabe esperar otra cosa. Por una parte, los «*dogberries*» sólo interpretan la ley según el sentido insito en ella, y por la otra ellos mismos son burgueses que, ante todo, ven en los intereses de su clase el pilar fundamental de todo orden verdadero. Y del mismo modo que los jueces de paz se comporta asimismo la policía. El burgués podrá hacer lo que quiera, que con respecto a él el agente de policía es siempre cortés y se atiene estrictamente a la ley; pero al proletario se le trata grosera y brutalmente, ya su propia pobreza echa sobre él la *sospecha* de todos los delitos posibles, cerrándole al mismo tiempo los recursos legales contra todas las arbitrariedades de los déspotas; por eso, no existen para él las formas protectoras de la ley, la policía irrumpe sin más en su casa, lo arresta y lo maltrata, y sólo cuando alguna vez una asociación obrera como la de los mineros contrata a un Roberts, se revela cuán poco existe el aspecto protector de la ley para el proletario, con qué frecuencia debe soportar éste todas las cargas de la ley, sin disfrutar de ninguna de sus ventajas.

Hasta la hora actual, la clase poseyente lucha en el Parlamento contra los sentimientos más nobles de quienes no han sucumbido aún del todo al egoísmo, a fin de sojuzgar cada vez más al proletariado. Una tras otra, las tierras comunales son incautadas y puestas en cultivo, lo cual mejora ciertamente los cultivos, pero causa gran perjuicio al proletariado. Allí donde existían tierras comunales, el pobre podía mantener en ellas un asno, un cerdo o algunos gansos, los niños y los adolescentes tenían un lugar donde podían jugar y corretear al aire libre; esto se está acabando cada vez más, las ganancias de los pobres se reducen y los jóvenes, a quienes se ha quitado su campo de juegos, concurren en cambio a las tabernas. En cada período de sesiones se aprueba gran cantidad de actas parlamentarias para el cultivo de tierras comunales. Cuando, durante el período de sesiones de 1844, el gobierno resolvió obligar a las compañías de ferrocarril, que monopolizan todo el tránsito, a posibilitar los viajes también a los obreros a cambio de una tarifa adecuada a su situación (1 penique la milla, aproximadamente 5 groschen de plata la milla alemana), proponiendo por ello que se instaurase diariamente uno de dichos trenes de tercera clase en cada línea ferroviaria, el «venerable Padre en Dios», el obispo de Londres, propuso que el domingo, único día en el cual los obreros ocupados *pueden* viajar, se exceptúe de esta obligación, de modo que los viajes en domingo quedasen permitidos únicamente a los ricos, no así a los pobres. Sin embargo, esta propuesta era demasiado directa y desembozada como para que pudiera ser apro-

bada, y se abandonó. No poseo espacio suficiente como para enumerar los numerosos ataques ocultos al proletariado que se producen siquiera en un único período de sesiones. Sólo añadiré uno del mismo período de 1844. Un oscurísimo miembro del Parlamento, un tal señor Miles, propuso un *bill* para reglamentar la relación entre amos y sirvientes, cuyo aspecto era bastante insignificante. El gobierno patrocinó el *bill*, que fue enviado a una comisión. Entretanto estalló el *turn-out* de los mineros en el norte y Roberts empezó a efectuar sus recorridos triunfales por Inglaterra con sus obreros absueltos. Al retornar el *bill* de la comisión, se descubrió que habían sido insertadas en él algunas cláusulas extremadamente despóticas, en especial una que confería al patrón el derecho de arrastrar ante cualquier (*any*) juez de paz a todo obrero que hubiese convenido con él, en forma oral o escrita, un trabajo cualquiera, aunque sólo fuese ocasional, en caso de negarse a prestarle dicho servicio o de *cualquier otra conducta improcedente* (*misbehaviour*), y basándose en su declaración jurada o la de sus agentes y capataces —es decir en la declaración jurada del demandante—, hacerlo condenar a prisión y trabajos forzados por un lapso que llegaba hasta los dos meses. Este *bill* irritó a los obreros hasta el paroxismo de la ira, tanto más cuanto que el *bill* de las diez horas había sido sometido al mismo tiempo al Parlamento y había ocasionado una considerable agitación. Se realizaron centenares de asambleas, se enviaron centenares de peticiones obreras a Londres al defensor de la causa del proletariado en el Parlamento, Thomas *Duncombe*. Éste, junto al «joven inglés» Ferrand, era el único opositor enérgico, pero cuando el resto de los radicales vio que el pueblo se declaraba contrario al *bill*, fueron saliendo de su madriguera uno tras otro y acompañaron a Duncombe; y puesto que, en vista de la efervescencia de los obreros, tampoco la burguesía liberal tuvo el valor necesario para manifestarse en favor del *bill*, puesto que en general nadie se interesó vivamente por él en oposición al pueblo, el *bill* fracasó brillantemente.

Sin embargo, la declaración bélica más franca de la burguesía contra el proletariado es la *teoría malthusiana de la población* y la *nueva ley de pobres* surgida de ella. Ya hemos hablado en varias ocasiones de la teoría malthusiana. Repitamos brevemente su resultado principal, el de que la tierra se halla constantemente superpoblada y que por ello deben reinar permanentemente la estrechez, la miseria, la pobreza y la inmoralidad; que es suerte y destino eterno de la humanidad el existir en gran número y, por ende, en diferentes clases, de las cuales unos son más o menos ricos, instruidos y morales, y los otros más o menos pobres, míseros, ignorantes e inmorales. De ahí surge entonces para la práctica —y es el

propio Malthus quien extrae estas conclusiones— que las obras benéficas y las cajas para los pobres son, en realidad, un desatino, ya que sólo sirven para mantener e incitar a su reproducción a la población excedente, cuya competencia deprime el salario de los demás; que es igualmente insensato que la administración de pobres dé ocupación a éstos, puesto que, al ser sólo posible emplear una cantidad determinada de productos del trabajo, por cada obrero desocupado al que se ocupe hay otro, ocupado hasta el presente, que debe quedar desocupado, y de este modo la industria privada sufre perjuicios a expensas de la industria de la administración de pobres; en consecuencia, no se trata de alimentar a la población excedente, sino de limitarla en lo posible, de una u otra manera. Con escuetas palabras, Malthus declara que es un mero disparate el derecho a sus medios de existencia de todo ser humano existente en el mundo, derecho consagrado hasta el presente. Cita las palabras de un poeta, quien sostiene que el pobre se acerca a la mesa del festín de la naturaleza y no halla un cubierto libre para él; y añade que la naturaleza le ordena largarse (*she bids him to be gone*) «puesto que antes de nacer no preguntó previamente a la naturaleza si lo quería». Esta es actualmente la teoría predilecta de todos los auténticos burgueses ingleses, y ello es totalmente natural, ya que para ellos es el más cómodo de los divanes y de por sí acierta en muchas cosas con respecto a las circunstancias imperantes. En consecuencia, si no se trata ya de tornar útil a la «población excedente», de convertirla en población *útil*, sino simplemente de dejar que la gente se muera de hambre del modo más fácil posible, impidiéndoles al mismo tiempo que traigan demasiados hijos al mundo, es naturalmente una nimiedad, siempre suponiendo que la población excedente reconozca su propio carácter superfluo y se allane de buen grado a la muerte por inanición. Sin embargo, y a pesar de los más denodados esfuerzos de la humanitaria burguesía por hacerles entender esto a los obreros, no hay aún perspectivas de que ocurra por ahora. Por el contrario, los proletarios se han metido en la cabeza que ellos, con sus manos laboriosas, son precisamente los seres necesarios, y que los ricos señores capitalistas, que nada hacen, son, en realidad, los superfluos.

Pero puesto que los ricos aún detentan el poder, los proletarios deben tolerar que la ley los declare realmente superfluos, en caso de que no quieran reconocerlo ellos mismos por las buenas. Esto es lo que ha sucedido en la nueva ley de pobres. La antigua ley de pobres, basada en el acta de 1601 (*43rd of Elizabeth*)⁷² aún partía ingenuamente del prin-

72. (43.º año del gobierno de Isabel).

cipio de que constituye un deber de la comunidad velar por el sustento vital de los pobres. Quien no tenía trabajo recibía un subsidio y, a la larga, como es justo, el pobre consideraba obligada a la sociedad a protegerlo de la muerte por inanición. Reclamaba su ayuda semanal como un derecho, no como una gracia, pero finalmente esto llegó a ser demasiado para la burguesía. En 1833, cuando acababa de llegar al gobierno mediante el *bill* de la reforma y al mismo tiempo se había desarrollado por completo la indigencia de los distritos rurales, inició de inmediato la reforma de las leyes de pobres, asimismo, desde su punto de vista. Se nombró una comisión que investigó la administración de las leyes de pobres, descubriendo gran cantidad de abusos. Se descubrió que toda la clase obrera del campo estaba pauperizada y dependía total o parcialmente de la caja para los pobres, ya que ésta concedía un adicional a los pobres cuando el salario era bajo; se descubrió que el país se arruinaba con este sistema, que mantenía al desocupado, que protegía al mal remunerado que había recibido la bendición de muchos hijos, que obligaba al padre de hijos ilegítimos a alimentarlos y que reconocía que la pobreza en general necesitaba protección, que

«era un obstáculo para la industria, una recompensa para los matrimonios irreflexivos, un estímulo para el incremento de la población, y que reprimía la influencia del aumento de la población sobre el salario; que era una institución nacional destinada a desalentar a los honestos y laboriosos y a proteger a los viciosos e irreflexivos; que destruía los lazos familiares, impedía sistemáticamente la acumulación de capitales, disolvía el capital existente y arruinaba a los contribuyentes; y además instituía, con la alimentación, un premio a los hijos extramatrimoniales». (Palabras del informe de los comisarios de la ley de pobres.)*⁸⁶

Esta descripción de los efectos de la antigua ley de pobres es, por cierto, correcta en general; los subsidios favorecen la indolencia y el incremento de la población «excedente». Dadas las condiciones sociales actuales, resulta totalmente claro que el pobre se ve obligado a ser egoísta, y si dispone de la opción y vive en el mismo nivel, prefiere no hacer nada a trabajar. Pero todo cuanto de ello se desprende es que las condiciones sociales actuales no sirven, pero no —como deducían los comi-

*86. *Extracts from Information received by the Poor-Law-Commissioners* [Extractos del informe recibido de los comisarios de la ley de pobres]. *Published by Authority*. Londres, 1833.

sarios malthusianos— que sea menester considerar a la pobreza como un crimen, de acuerdo con la teoría de la intimidación.

Pero estos sabios malthusianos estaban tan firmemente convencidos de la infalibilidad de su teoría, que no vacilaron ni por un instante en arrojar a los pobres dentro del lecho de Procusto de sus opiniones y en tratarlos, de acuerdo con las mismas, con la más indignante dureza. Convencidos, con Malthus y con los restantes partidarios de la libre competencia, de que lo mejor es dejar que cada cual vele por sí mismo, llevar a cabo consecuentemente el *laissez-faire*, de buena gana hubiesen preferido abolir por completo las leyes para los pobres. Pero como no obstante no tenía valor ni autoridad para hacerlo, propusieron una ley de pobres lo más malthusiana posible, más bárbara aún que el *laissez-faire*, ya que interviene activamente, mientras que esta última es solamente pasiva. Hemos visto cómo Malthus declara que la pobreza, o más exactamente la desocupación, bajo el nombre de excedencia, es un crimen que la sociedad debe castigar con la pena de muerte por inanición. Los comisarios no eran precisamente tan bárbaros; la muerte por inanición lisa y llana es algo demasiado terrible, incluso para un comisario de la ley de pobres. Pues bien, dijeron, vosotros los pobres tenéis el derecho a existir, pero *solamente* a existir; el derecho a multiplicaros no lo tenéis, en cambio, del mismo modo que no tenéis el de existir *humanamente*. Sois una plaga nacional, y si no podemos extirparos de inmediato como a cualquier otra plaga nacional, habréis de sentir por lo menos que lo sois y que cuando menos es necesario refrenaros y no permitir que estéis en condiciones de producir otros «excedentes», directamente o por incitación a la indolencia y la desocupación. Habéis de vivir, pero como un ejemplo que sirva de advertencia a todos aquéllos que pudiesen tener razones que los induzcan a convertirse asimismo en superfluos.

Fue así como propusieron la nueva ley de pobres, que el Parlamento aprobó en 1834 y que sigue en vigencia hasta el día de hoy. Se derogó cualquier ayuda en dinero o en medios de subsistencia; el único apoyo que se concedía era la admisión en las casas de trabajo que se construyeron de inmediato y por doquier. Pero la institución de estas casas de trabajo (*workhouses*) o, como las denomina el pueblo, Bastillas de la ley de pobres (*poor-law bastiles*), es tal que debe intimidar a todo aquél que posea aún alguna perspectiva de componérselas sin esta clase de beneficencia pública. A fin de que sólo se acuda a la caja para los pobres en los casos más urgentes y se acrecienten al máximo los esfuerzos propios de cada cual antes de decidirse a aceptar su ayuda, se han convertido a las casas de trabajo en la morada más repelente que pueda inventar el

refinado talento de un malthusiano. La alimentación es peor allí que la de los obreros ocupados más pobres, mientras que el trabajo es más pesado, pues de otro modo éstos preferirían permanecer en la casa de pobres a su lamentable existencia fuera de ella. Rara vez se sirve carne, en especial carne fresca; mayormente hay patatas, el peor pan posible y papilla de flor de avena, y poca o ninguna cerveza. Hasta la dieta de las cárceles es generalmente mejor, de modo que los pensionistas de las casas de trabajo a menudo incurren intencionalmente en algún delito, sólo con el fin de ir a dar a la cárcel. Pues también las casas de trabajo son prisiones; quien no cumpla con la cuota de trabajo que tiene establecida, no recibe comida alguna, quien quiera salir deberá pedir permiso antes, pudiendo serle denegado el mismo según su conducta o la opinión que la misma le merezca al inspector; el tabaco está prohibido, lo mismo que la aceptación de obsequios por parte de amigos y parientes de afuera; los indigentes usan un uniforme de la casa de trabajo y están librados al arbitrio del inspector sin nada que los proteja de ello. Para que su trabajo no compita con la industria privada, se les dan ocupaciones mayormente bastante inútiles; los hombres pican piedra «tanta como pueda hacerlo un hombre sano, con esfuerzo, en un día», las mujeres, niños y ancianos deshilachan cabos viejos de buques, con algún fin insignificante que ya he olvidado. A fin de que los «excedentes» no puedan multiplicarse, o de que los padres «desmoralizados» no puedan influir sobre sus hijos, se separan las familias; se envía al marido a un ala, a la mujer a otra y a los hijos a una tercera, y sólo pueden verse en determinados momentos, poco frecuentes, solamente cuando han observado buena conducta, en opinión de los empleados. Con el propósito de encerrar por completo en estas Bastillas el germen contagioso de la indigencia y de aislarlo del mundo exterior, sus ocupantes sólo pueden recibir visitas en el locutorio, con la conformidad de los empleados, y en general sólo pueden tener relaciones con personas del exterior bajo su vigilancia o con su permiso.

Con todo esto se pretende que la dieta es sana y el tratamiento humano. Pero el espíritu de la ley es demasiado clamoroso como para que pueda cumplirse de algún modo esta exigencia. Los comisarios de la ley de pobres y toda la burguesía inglesa se engañan si creen posible llevar a cabo este principio sin sus consecuencias. El tratamiento que la nueva ley prescribe literalmente se halla en contradicción con todo el sentido de la misma; si de hecho la ley declara que los pobres son criminales, que las casas de pobres son prisiones, que sus habitantes son objetos de abominación y repugnancia, al margen de la ley y de la humanidad, de nada sirve ordenar lo contrario. En la práctica se obedece entonces al espíritu de

la ley, y no a su letra, el tratamiento de los pobres. He aquí algunos pocos ejemplos.

En el verano de 1843, en la casa de trabajo de *Greenwich*, se castigó a un niño de cinco años encerrándole en la cámara mortuoria, donde hubo de dormir sobre las tapas de los ataúdes.— En la casa de trabajo de *Herne* ocurrió lo mismo con una niña que mojaba la cama durante la noche; éste parecer ser, en general, uno de los castigos predilectos. Esta casa de trabajo, situada en una de las más bellas regiones de Kent, también se distingue porque todas sus ventanas dan hacia el patio interno y sólo dos nuevas ventanas recién practicadas permiten a sus habitantes echar un vistazo al mundo exterior. El escritor que relata este hecho en el *Illuminated Magazine*, concluye su descripción con estas palabras:

«Si Dios castiga por sus crímenes a los hombres tal como el hombre castiga al hombre por la pobreza, entonces ¡ay de los hijos de Adán!»

En noviembre de 1843 murió en Leicester un hombre que había salido dos días antes de la casa de trabajo de *Coventry*. Los detalles acerca del tratamiento dispensado a los pobres en este instituto son indignantes. Este hombre, George Robson, tenía una herida en el hombro cuya curación había sido descuidada por completo; fue destinado a la bomba, para que la pusiera en movimiento con su brazo sano; a todo esto, sólo se le daba el menú habitual de las casas de pobres, que no podía digerir en razón del debilitamiento de su cuerpo causado por esa herida descuidada; se debilitó necesariamente, y cuanto más se quejaba, tanto más brutal se tornaba el trato que recibía. Si su mujer, que también se hallaba en la casa de trabajo, le quería llevar su poco de cerveza, se la insultaba y debía beberla en presencia de la supervisora. Enfermó, pero tampoco entonces recibió mejor trato. Finalmente fue dejado en libertad, junto con su mujer, por expreso pedido suyo, siendo acompañado de las expresiones más insultantes. Dos días más tarde moría en Leicester, a consecuencia de la herida desatendida y de la comida, lisa y llanamente imposible de digerir en su estado, según declaraciones del médico presente en la autopsia. Al abandonar la casa de trabajo se le entregaron cartas en las cuales había dinero para él, que habían sido retenidas durante seis semanas y que, de acuerdo a una regla del establecimiento ¡habían sido abiertas por el director!— En la casa de trabajo de Birmingham ocurrieron cosas tan vergonzosas, que finalmente, en diciembre de 1843, se envió allí un funcionario para investigar el asunto. Descubrió que cuatro

trampers (ya hemos ofrecido anteriormente una explicación de este término) habían sido encerrados desnudos en un calabozo (*black-hole*) debajo de la escalera, manteniéndolos durante 8 a 10 días en ese estado, a menudo hambrientos, sin recibir comida antes del almuerzo, y ello durante la estación más rigurosa. Un niño pequeño había sido enviado a todas las prisiones que había en el instituto: primeramente a un estrecho desván, húmedo y abovedado, luego dos veces al calabozo, la segunda de ellas por tres días y tres noches, luego por igual lapso al calabozo antiguo, que era peor aún, y luego a la habitación de los *trampers*, una estrecha cueva, hedionda y asquerosamente sucia, con catres de madera, en la cual, en su inspección, el funcionario aún halló a dos niños andrajosos, ateridos de frío, quienes ya habían estado allí desde hacía cuatro días. En el calabozo a menudo se hallaban apiñados siete *trampers* y en la habitación antes mencionada, destinada a ellos, hasta veinte. También habían ido a dar al calabozo algunas mujeres, en castigo por no haber querido ir a la iglesia, y una de ellas hasta fue encerrada durante cuatro días en la habitación de los *trampers*, donde halló sabe Dios qué compañías, ¡y todo ello mientras estaba enferma y tomaba medicinas! Otra mujer fue enviada en castigo al manicomio, a pesar de estar perfectamente en su sano juicio.— En la casa de trabajo de *Bacton*, en Suffolk, hubo, en enero de 1844, una investigación similar, de la cual resultó que en ella había una demente empleada como enfermera, la cual cometía toda suerte de errores con los enfermos, y que a los que de noche solían inquietarse y levantarse de la cama, se les ataba a ella con sogas que se pasaban por encima de la ropa de cama y por debajo del lecho, a fin de ahorrar a la encargada de cuidarlos la tarea de permanecer despierta; un enfermo fue hallado muerto en esas condiciones.— En la casa de pobres de *St. Pancras*, en Londres, donde se confeccionan las camisas baratas, un epiléptico se asfixió en la cama durante un acceso, sin que nadie acudiese en su auxilio. En la misma casa duermen de cuatro a seis, y a veces hasta ocho niños, en una misma cama.— En la casa de trabajo de *Shoreditch*, de Londres, una noche metieron a un hombre en la misma cama con un enfermo con fiebre elevadísima; por añadidura, la cama estaba llena de insectos.— En la casa de trabajo de *Bethnal Green*, en Londres, una mujer en el sexto mes de embarazo, junto con un niño que aún no tenía dos años, fue encerrada desde el 28 de febrero hasta el 20 de marzo de 1844 en el cuarto de recepción, sin ser admitida en la propia casa de trabajo; y ni rastros de camas ni de sitios para satisfacer las necesidades más naturales. Su marido fue llevado a la casa de trabajo, y cuando solicitó que se liberase a su mujer de su encierro, se penó su insolencia con

veinticuatro horas de arresto a pan y agua.— En la casa de trabajo de *Slough*, en Windsor, había un hombre moribundo en setiembre de 1844; su mujer viajó hacia allí, llegó a las doce de la noche, se dirigió deprisa hacia la casa de trabajo, pero no se le permitió la entrada; sólo por la mañana siguiente obtuvo el permiso para verlo, y aún así sólo por media hora y en presencia de la supervisora, que a cada visita posterior importunaba a la mujer, diciéndole a la media hora que debía retirarse.— En la casa de trabajo de *Middleton*, en Lancashire, dormían en una misma habitación doce, y por momentos dieciocho indigentes de ambos sexos. Esta institución no está sometida a la nueva ley de pobres, sino a una anterior, de excepción (*Gilbert's Act*). El inspector había instalado una destilería por cuenta propia en esta casa de trabajo.— El 31 de julio de 1844 un anciano de 72 años fue llevado de la casa de pobres de *Stockport* ante el juez de paz, porque se negaba a picar piedras, alegando que su edad y una rodilla dura le impedían hacer ese trabajo. En vano rogó que se le permitiese hacerse cargo de alguna tarea apropiada para su fortaleza física; fue condenado a 14 días de trabajos forzados en la cárcel.— En febrero de 1844, un funcionario que efectuaba una inspección en la casa de trabajo de *Basford* descubrió que las sábanas no habían sido cambiadas en trece semanas, las camisas en cuatro semanas, los calcetines de dos a diez meses, de modo que de cuarenta y cinco niños, sólo tres tenían aún calcetines, y todas las camisas estaban en andrajos. Las camas hormigueaban de insectos y las escudillas para la comida se lavan en los orinales.— En la casa de pobres del *Oeste de Londres* había un portero sifilítico que había transmitido su enfermedad a cuatro muchachas, a pesar de lo cual no fue despedido; otro portero sacó a una muchacha sordomuda de una de las habitaciones, la ocultó durante cuatro días en su lecho, y durmió con ella. Tampoco él fue despedido.

En la muerte sucede lo mismo que en vida. A los pobres se les entierra del modo más brutal, como animales reventados. El cementerio de pobres de *St. Bride*, Londres, es un pantano desnudo que se emplea como cementerio desde los tiempos de Carlos II y está lleno de montañas de huesos; todos los miércoles se arroja a los indigentes muertos en una fosa de 14 pies de profundidad, el cura recita deprisa su letanía, la fosa se cubre flojamente con tierra, para volver a ser abierta el miércoles siguiente, cuando se prosigue su llenado con cadáveres hasta que ya no quepa ninguno. El olor a materia en descomposición que de allí emana apesta toda la vecindad.— En *Manchester*, el cementerio para pobres de la ciudad vieja se halla situado frente al Irk, siendo asimismo un sitio desierto y escabroso. Hace unos dos años se hizo pasar por allí un ferro-

carril. Si se hubiese tratado de un cementerio respetable, ¿cómo hubiesen puesto el grito en el cielo tanto la burguesía como el clero, arguyendo que se trataba de una profanación! Pero ocurrió en el cementerio de pobres, la última morada de indigentes y excedentes, y nadie se avergonzó en absoluto. Ni siquiera se tomaron la molestia de llevar los cadáveres que aún no se habían descompuesto del todo al otro lado del cementerio; se desenterró como cuadrarse y se clavaron pilones en tumbas recientes, de modo que el agua del terreno pantanoso, preñado de sustancias en descomposición, brotaba a la superficie, colmando la comarca de los gases más nocivos y repugnantes. No quiero seguir describiendo en sus detalles la asquerosa brutalidad que se manifestó en esta ocasión.

¿Cabría sorprenderse aún de que los pobres se nieguen a aceptar la ayuda pública bajo estas condiciones? ¿De que prefieran morir de hambre que ir a dar a estas Bastillas? Conozco cinco casos en los que las gentes se morían real y absolutamente de hambre, y pocos días aún antes de su muerte, al negarles la administración de pobres toda ayuda salvo la casa de pobres, prefirieron retornar a su miseria antes que ir a ese infierno. En esa medida, los comisarios de la ley de pobres han logrado acabadamente su objetivo. Pero al mismo tiempo, las casas de trabajo han exacerbado el encono de la clase trabajadora contra la poseyente, la cual en su mayor parte está encantada con la nueva ley de pobres, más que con cualquier medida del partido gobernante. Desde Newcastle hasta Dover sólo hay, entre los obreros, *una única* voz de indignación por la nueva ley. En ella la burguesía ha expresado con tanta claridad su opinión acerca de sus deberes para con el proletariado, que hasta los más obtusos lo han comprendido. Jamás se había afirmado de manera tan directa y desembozada que los desposeídos sólo existen para dejarse explotar por los poseyentes, y para morir de hambre cuando los poseyentes no pueden hacer uso de ellos. Pero es por ello que esta nueva ley de pobres ha contribuido tan fundamentalmente a acelerar el movimiento obrero, y en especial a difundir el cartismo, y puesto que ha sido en el campo donde en mayor medida se llevó a cabo, ello facilita el desarrollo del movimiento proletario que es inminente en los distritos rurales.

Agreguemos aún que también en *Irlanda* existe, desde 1838, una ley de pobres igual a ésta, la cual prepara los mismos asilos para 80.000 indigentes. También allí se ha granjeado los odios generales y sería más aborrecida aún si de algún modo hubiese podido adquirir la importancia que logró en Inglaterra. Pero ¿qué significa el maltrato de 80.000 proletarios en un país en el cual hay dos millones y medio de ellos!— En

Escocia no existen en absoluto las leyes de pobres, con algunas excepciones locales.

Espero que después de esta descripción de la nueva ley de pobres y de sus efectos, no parecerá demasiado dura ninguna palabra que yo haya dicho acerca de la burguesía inglesa. En esta medida pública, en la cual se manifiesta *in corpore* como potencia, expresa lo que realmente quiere, a qué apunta con todas las acciones menores que, en apariencia, sólo censuran individualmente, dirigidas contra el proletariado. Y esta medida no emanó sólo de una sección de la burguesía, sino que goza del aplauso de toda la clase, como lo demuestran, entre otras pruebas, los debates parlamentarios de 1844. El partido liberal ha promulgado la nueva ley de pobres; el conservador, con su ministro Peel al frente, la defiende y sólo modifica algunas bagatelas de la misma en la *Poor-Law-Amendment-Bill*⁷³ de 1844. Una mayoría liberal promulgó la ley, otra conservadora la confirmó y los nobles lores otorgaron su «*content*»⁷⁴ en ambas ocasiones. Así se ha manifestado la expulsión del proletariado del seno del estado y la sociedad; así se ha declarado públicamente que los proletarios no son seres humanos y no merecen ser tratados como tales. Dejemos tranquilamente en manos de los proletarios del Imperio Británico la tarea de reconquistar sus derechos humanos.*⁸⁷

*87. A fin de prevenir todas las malas interpretaciones y objeciones que de ello resulten, aún he de señalar que he hablado de la burguesía en cuanto *clase*, y todos los hechos individuales citados los considero pruebas del modo de pensar y obrar de esa *clase*. Por ello tampoco he podido entrar a considerar la diferenciación entre las diversas secciones y partidos de la burguesía, que sólo tienen importancia desde el punto de vista histórico y teórico, y también por ello sólo puedo mencionar de paso a los pocos miembros de la burguesía que se han revelado como honrosas excepciones. Son éstos, por una parte, los radicales más decididos, quienes son casi cartistas, como los miembros de la Cámara Baja y fabricantes Hindley de Ashton y Fielden de Todmorden (Lancashire), y por la otra los humanitarios *tories*, quienes se han constituido recientemente como «*joven Inglaterra*», y entre quienes se cuentan especialmente los parlamentarios Disraeli, Borthwick, Ferrand, Lord John Manners, etcétera. También Lord Ashley les es afín. La intención de la «*joven Inglaterra*» es una restauración de la antigua «*merry England*»,⁷⁵ con sus aspectos brillantes y su feudalismo romántico; como es natural, este objetivo es impracticable y hasta ridículo, una sátira a cualquier evolución histórica, pero la buena intención, el valor de rebelarse contra lo establecido y los prejuicios imperantes y de reconocer la infamia del orden establecido, algo valen ya. Totalmente solitario se halla el germano-inglés *Thomas Carlyle* quien, originariamente *tory*, va más lejos que los mencionados. Investiga a fondo el desorden social; de

73. Ley de enmienda de la ley de pobres.

74. «Conformidad».

75. «Alegre Inglaterra.»

Esta es la situación de la clase obrera británica, tal como la conocí durante veintitún meses por mis propios ojos y a través de informes oficiales y otros informes auténticos. Y si considero, como ya lo he mencionado con harta frecuencia en las páginas precedentes, que esta situación es lisa y llanamente insorportable, no soy el único. Ya Gaskell declaraba en 1838 que desesperaba de una salida pacífica y que difícilmente podría evitarse una revolución. En 1838 Carlyle explicaba el cartismo y las actividades revolucionarias de los obreros a partir de la miseria en la cual viven, sorprendiéndose solamente de que hayan estado sentados tan tranquilamente durante ocho años a la mesa de los Barmécidas, donde la burguesía liberal los alimentó con huecas promesas; y en 1844 declaraba que la organización del trabajo debía ser encarada de inmediato

«si Europa, o por lo menos Inglaterra, ha de seguir siendo habitable por mucho tiempo».

Y el *Times*, el «primer periódico de Europa», decía directamente en junio de 1844:

«Guerra a los palacios, paz a las cabañas, es un grito de batalla del terror que aún puede volver a resonar a través de nuestro país. ¡Guárdense los ricos!»

Pero consideremos una vez más las perspectivas de la burguesía inglesa. En el peor de los casos la industria extranjera, en especial la norteamericana, logrará resistir la competencia inglesa también después de la derogación de las leyes cerealeras, que se hará necesaria en pocos años. La industria alemana hará entonces grandes esfuerzos y la norteamericana se habrá desarrollado a pasos agigantados. Norteamérica, con sus recursos inagotables, con sus inconmensurables yacimientos de carbón y de hierro, con una riqueza sin parangón en materia de energía hidráulica y ríos navegables, pero en especial con su población enérgica y activa, en comparación con la cual los ingleses son aún flemáticos dormilones, en menos de diez años Norteamérica ha creado una industria que,

todos los burgueses ingleses, es quien más profundamente lo hace, y exige la organización del trabajo. Confío en que Carlyle, que ha encontrado el buen camino, también sea capaz de seguirlo. ¡Que mis mejores deseos, y los de muchos alemanes, lo acompañen! — (*Agregado en 1892:*) Pero la revolución de febrero lo convirtió en un perfecto reaccionario; su justa ira por los filisteos se convirtió en un acre fastidio filisteico por la ola histórica que lo lanzó a las playas.

en los artículos más bastos de algodón (el principal artículo de la industria inglesa) ya compite actualmente con Inglaterra, ha desplazado a ésta del mercado norte y sudamericano, y se vende en China además de la inglesa. En otros ramos de la industria ocurre otro tanto. Si hay un país dotado para apoderarse del monopolio industrial, ése es Norteamérica. En consecuencia, si la industria inglesa resulta derrotada de esta manera —y no puede suceder de otro modo durante los próximos veinte años, si no se modifican las condiciones sociales actuales— la mayor parte del proletariado se tornará «excedente» para siempre y ya no le cabrá otra opción que morirse de hambre o... hacer la revolución. ¿Piensa la burguesía inglesa en esta posibilidad? Por el contrario, su economista predilecto, MacCulloch, le enseña desde su gabinete de estudio que aún es imposible pensar en que un país tan joven como Norteamérica, que ni siquiera está correctamente poblado, pueda desarrollar con éxito una industria, o, menos aún, que pueda competir contra un antiguo país industrial como Inglaterra. Sería una locura por parte de los norteamericanos el que lo intentasen, pues sólo pueden perder dinero en la empresa; dejadlos que permanezcan tranquilamente en la agricultura, y sólo una vez que hayan cultivado todo el país, llegará también por cierto el momento en que puedan consagrarse con provecho a la industria.— Y esto es lo que dice el sabio economista, y toda la burguesía reza repitiendo sus palabras, mientras los norteamericanos quitan un mercado tras otro, mientras un osado especulador norteamericano envió hace poco una partida de mercancías norteamericanas a *Inglaterra*, ¡donde fueron vendidas para su reexportación!

Pero inclusive en el caso de que Inglaterra conservase el monopolio industrial, de que sus fábricas creciesen constantemente en número, ¿cuál sería la consecuencia? Las crisis comerciales persistirían, y con la expansión de la industria y la multiplicación del proletariado se tornarían cada vez más violentas y horrorosas. En virtud de la ruina progresiva de la pequeña clase media, de la centralización del capital en manos de unos pocos, que avanza a pasos agigantados, el proletariado aumentaría en proporción geométrica, y pronto constituiría toda la nación, con excepción de unos pocos millonarios. Pero durante esta evolución se produce una etapa en la cual el proletariado ve lo fácil que le resultaría derrocar la autoridad social imperante, y entonces se produce una revolución.

Sin embargo no se producirá ni un caso, ni el otro. Las crisis comerciales, que son la palanca más poderosa de cualquier evolución independiente del proletariado, junto con la competencia externa y la creciente

ruina de la clase media, abreviarán las cosas. No creo que el pueblo tolere más de una crisis. Presumiblemente ya la próxima crisis, que ha de producirse en 1846 o 1847, provocará la abolición de las leyes cerealeras y la aprobación de la Carta. Hay que esperar a ver qué movimientos revolucionarios ha de inducir la Carta. Pero hasta la crisis siguiente —que por analogía con las producidas hasta aquí debería ocurrir en 1852 o 1853, aunque la abolición de las leyes cerealeras puede demorarla, mientras que otras circunstancias, la competencia externa, etc., pueden acelerarla— el pueblo inglés estará realmente harto de dejarse explotar en beneficio de los capitalistas y de morir de hambre cuando los capitalistas no lo necesitan ya. Si hasta ese momento la burguesía inglesa no reflexiona —y por todas las apariencias no lo hará, con certeza—, se sucederá una revolución con la cual no podrá compararse ninguna anterior. Los proletarios impulsados a la desesperación tomarán la tea incendiaria acerca de la cual les predicara Stephens; la venganza popular se ejercitará con una furia de la cual el año 1793 no alcanza aún a darnos una idea. La guerra de los pobres contra los ricos será la más sangrienta que jamás se haya librado. Inclusive el paso de una parte de la burguesía al bando proletario, inclusive una mejoría general de la burguesía de nada serviría. Ya de por sí, el cambio general de opinión de la burguesía sólo podría llegar hasta un flojo *juste-milieu*; los que se unan más decididamente a los obreros formarían una nueva Gironda, y como tal sucumbirían en el curso de la evolución violenta. Una clase íntegra no puede sacarse de encima sus prejuicios como quien se quita una chaqueta vieja; y menos aún puede ocurrir ello en la estable, apocada y egoísta burguesía inglesa. Todas estas son conclusiones que pueden deducirse con la mayor certeza, conclusiones cuyas premisas las constituyen hechos indiscutibles de la evolución histórica, por un lado, y de la naturaleza humana, por el otro. En ninguna parte es tan fácil profetizar como lo es justamente en Inglaterra, porque allí todo está tan clara y nítidamente desarrollado en la sociedad. La revolución *debe* llegar, ya es demasiado tarde como para lograr una solución pacífica del asunto; pero ciertamente puede llegar a ser más tenue que la que acabamos de profetizar. Sin embargo, esto dependerá menos de la evolución de la burguesía que de la del proletariado. Pues en la misma proporción en que el proletariado recoja en sí mismo elementos socialistas y comunistas, exactamente en esa misma proporción la revolución disminuirá en derramamiento de sangre, furia y venganza. Por principio, el comunismo se halla por encima de la escisión entre burguesía y proletariado, sólo la reconoce en su significación histórica para el presente, pero no como justificada para el futuro; precisamente, lo que

quiere es suprimir esta escisión. Por ello, mientras subsista la escisión, reconoce por cierto el encono del proletariado para con sus opresores como una necesidad, como la palanca más importante del movimiento obrero incipiente, pero va más allá de este encono, porque es una causa de la humanidad y no sólo de los obreros. Ya de por sí, a ningún comunista se le ocurre pretender vengarse de individuos, o en general creer que el burgués individual pudiera obrar, en las condiciones imperantes, de otro modo que como lo hace. El socialismo inglés (es decir, comunismo) se basa precisamente en el principio de irresponsabilidad individual. En consecuencia, cuanto más incorporen los obreros ingleses las ideas socialistas, tanto más superfluo se tornará su encono actual —el cual, si siguiera siendo tan violento como lo es en la actualidad, a nada llevaría—, tanto más perderán en crudeza y brutalidad sus pasos contra la burguesía. Si fuese efectivamente posible volver comunista a todo el proletariado antes de estallar la lucha, ésta transcurriría en forma sumamente pacífica; pero esto ya no es posible, es demasiado tarde para ello. No obstante, creo que hasta estallar la guerra *totalmente* franca y directa de los pobres contra los ricos, que ahora se ha vuelto inevitable en Inglaterra, se difundirá cuando menos tanta claridad acerca del problema social entre el proletariado, que con la ayuda de los acontecimientos el bando comunista estará en condiciones de superar a la larga el elemento brutal de la revolución, y de prevenir un nuevo de Termidor. Ya de por sí la experiencia de los franceses no se habrá hecho en vano, y además la mayor parte de los dirigentes cartistas son ya comunistas. Y puesto que el comunismo se halla situado *por encima* de la antítesis entre proletariado y burguesía, también a la mejor parte de la burguesía —que es, empero, atterradamente reducida, y que sólo puede contar con el reclutamiento entre la generación joven— le resultará más fácil sumarse a él que al cartismo exclusivamente proletario.

Si las conclusiones no están suficientemente fundadas aquí, habrá ciertamente ocasión de demostrar, en otra parte, de que son resultados necesarios de la evolución histórica de Inglaterra. Pero insisto en ello: la guerra de los pobres contra los ricos, que ahora ya se libra en forma individual e indirecta, también se librará en general, en forma total y directa, en Inglaterra. Es demasiado tarde para una solución pacífica. Las clases se separan cada vez más abruptamente, el espíritu de resistencia penetra a los obreros en forma creciente, el encono se acrecienta, las diversas escaramuzas de guerrillas se concentran para convertirse en luchas y manifestaciones de mayor envergadura, y pronto un pequeño impulso bastará para poner el alud en movimiento. Entonces resonará

por cierto, a través de todo el país, el grito de batalla «¡Guerra a los palacios, paz a las cabañas!»; pero entonces será demasiado tarde para que los ricos aún puedan tomar precauciones.

KARL MARX / FRIEDRICH ENGELS

OTROS ESCRITOS
DE 1845-1846

[KARL MARX]

ACLARACIÓN

Según el *Rheinischer Beobachter* del 18 de enero (N.º 18), la *Trier'sche Zeitung* contiene un anuncio de la redacción, en el cual, entre varios otros escritores, se cita también a «Marx» como colaborador de ese periódico. A fin de anticiparme a cualquier confusión, declaro no haber escrito *jamás ni una sola* línea para ese periódico, cuyas tendencias burguesas-filantrópicas, en modo alguno comunistas, me son totalmente ajenas.

Bruselas, 18 de enero de 1846.

KARL MARX

Trier'sche Zeitung

N.º 26 del 26 de enero de 1846.

[FRIEDRICH ENGELS]

NOTAS ADICIONALES A LA SITUACIÓN DE LAS CLASES TRABAJADORAS EN INGLATERRA

Un turn-out inglés

En mi libro referente al tema anterior no me fue posible aportar pruebas efectivas para los diversos puntos en particular. A fin de que el libro no resultase demasiado grueso e indigesto, hube de considerar mis manifestaciones como suficientemente demostradas si las había acreditado mediante pasajes probatorios de documentos oficiales, escritores o escritos no interesados o pertenecientes a los bandos contra cuyos intereses me oponía. Esto resultaba suficiente para protegerme de las réplicas en aquellos casos en los cuales no podía hablar por propia observación, en la medida en que entré en descripciones detalladas de determinados modos de vida. Pero no era suficiente para engendrar en el lector la certeza incontrovertible que sólo puede darse mediante *hechos* contundentes e indiscutibles y que no puede ser producida por meros razonamientos, sobre todo en un siglo que, a causa de la infinita «sabiduría de los padres», está obligado al escepticismo, por buenas que sean las autoridades que produzcan dichos razonamientos. Por último, cuando los hechos se agrupan para constituir principios, cuando no se trata de describir la situación de pequeñas secciones individuales del pueblo, sino la posición recíproca de clases íntegras, los hechos son absolutamente necesarios. Por los motivos que acabo de mencionar, no he podido aportarlos en todos los casos. Ahora compensaré esta deficiencia inevitable, y de tanto en tanto aportaré hechos tales como los que hallo en las fuentes que se encuentran a mi disposición. Para demostrar al mismo tiempo que mi descripción aún conserva vigencia en la fecha de hoy, sólo acudiré a hechos que hayan ocurrido el año anterior, después de mi partida de

Inglaterra, y que sólo han llegado a mi conocimiento desde la impresión de este libro.

Los lectores del mismo recordarán que lo que me importaba principalmente era describir la posición recíproca de la burguesía y del proletariado y la necesidad de la lucha entre estas dos clases; pero que en lo que me hallaba especialmente empeñado era en demostrar la total justificación del proletariado para esta lucha y en desplazar las bonitas palabras de la burguesía mediante sus horribles hechos. Desde la primera hasta la última página escribí un acta de acusación contra la burguesía inglesa. Aún presentaré ahora algunas bellas piezas probatorias. Por lo demás, he insinuado suficiente pasión en lo que a estos burgueses ingleses respecta; ni se me ocurre volver a acalorarme retrospectivamente sobre el particular y, en cuanto de mí dependa, conservaré, mientras trate este asunto, mi buen humor.

El primer buen ciudadano y excelente padre de familia con quien nos encontramos es un viejo amigo o, mejor dicho, son dos. Los señores *Pauling & Henfrey* ya tuvieron en 1843 —sabe Dios por cuánta vez— una disputa con sus obreros, a quienes no fue posible disuadir con buenas razones de su exigencia de recibir mayor salario por mayor trabajo y que por ello paralizaron el trabajo. Los señores Pauling & Henfrey, que son importantes empresarios de construcciones y ocupan a muchos ladrilleros, carpinteros, etc., tomaron a otros obreros; esto dio origen a disputas y, en definitiva, a una batalla sangrienta con fusiles y garrotes en la fábrica de ladrillos de Pauling & Henfrey, que concluyó con la deportación de media docena de obreros a Van Diemens Land, tal como puede leerse con mayor extensión en el trabajo citado.¹ Pero los señores Pauling & Henfrey deben tener algún asunto con sus obreros todos los años, pues de lo contrario no son felices, y fue así como en octubre de 1844 recomenzaron los altercados. Esta vez se trataba de los carpinteros, cuyo bienestar se habían propuesto lograr los filantrópicos empresarios de la construcción. Desde tiempos inmemoriales reinaba entre los carpinteros de Manchester y sus inmediaciones la costumbre de no «encender luces» desde la fiesta de la Candelaria² hasta el 17 de noviembre, es decir, de trabajar, durante los días largos, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, y durante los días cortos iniciar las tareas en cuanto aclarase y cesar en cuanto oscureciese. Luego, a partir del 17 de noviembre, se encendían las luces y se trabajaba a tiempo completo. Pauling & Henfrey,

1. Véase en el presente volumen, págs. 475-476.

2. 2 de febrero.

cansados ya desde hacía mucho de esa costumbre «bárbara», decidieron aniquilar este resabio de la «época oscurantista» con ayuda de la iluminación de gas, y una tarde en que los carpinteros, al no alcanzarles la vista antes de las seis horas, abandonaron sus herramientas y echaron mano a sus chaquetas, el capataz encendió el gas y señaló que debían trabajar hasta las seis. Los carpinteros, disconformes con esto, convocaron una asamblea general de los trabajadores de su oficio. Asombradísimo, el señor Pauling preguntó a sus obreros si no estaban conformes, ya que habían convocado una asamblea. Algunos observaron que no habían sido directamente ellos, sino la comisión directiva de la asociación obrera de su oficio la que había convocado la asamblea, a lo cual respondió el señor Pauling que la asociación obrera no le importaba un bledo y que quería proponerles algo: si permitían que se encendiesen las luces, les daría a cambio tres horas libres los sábados y —¡qué magnánimo!— también les permitiría trabajar un cuarto de hora extra por día, la cual se pagaría aparte. Pero, eso sí, cuando todas las demás fábricas comenzasen a encender las luces, ¡debían trabajar media hora más a cambio! Los obreros pensaron esta propuesta y calcularon que, en virtud de ella, durante los días cortos los señores Pauling & Henfrey aprovecharían una hora de trabajo íntegra diariamente, que cada obrero debería trabajar en total 92 horas, vale decir 9 1/4 días extra, sin percibir a cambio de ello ni un céntimo, y que dado el número de obreros ocupados por la firma, ello haría que los citados señores ahorrasen, durante los meses de invierno, £ 400 (2.100 táleros) en materia de salarios. Los obreros celebraron pues su asamblea, explicaron a sus camaradas de oficio que, si una firma lograba esto, todas las demás la seguirían y que ello daría lugar a una disminución general e indirecta del salario que despojaría a los carpinteros del distrito de cerca de £ 4.000 anuales. Por consiguiente, se resolvió que todos los carpinteros de Pauling & Henfrey presentasen al lunes siguiente su preaviso trimestral de despido y que, en caso de que sus patrones no recapacitasen, paralizarían las tareas una vez transcurrido dicho lapso. A cambio de ello, la asociación obrera les prometió que durante la eventual huelga les prestaría la ayuda de una contribución general.

El lunes 21 de octubre los obreros concurrieron a su trabajo y dieron el preaviso de despido, a lo cual se les contestó que podían irse de inmediato, cosa que, como es natural, hicieron. Esa misma noche tuvo lugar otra asamblea de todos los trabajadores de la construcción, en la cual todos los distintos ramos laborales ocupados en la construcción aseguraron su apoyo a los desocupados. El miércoles y el jueves siguientes, todos

los carpinteros de las inmediaciones, ocupados para Pauling & Henfrey, paralizaron asimismo sus tareas, y con ello el *strike* se hallaba en plena marcha.

Los empresarios de la construcción, que de este modo quedaron súbitamente en seco, enviaron de inmediato gente en todas direcciones, inclusive hasta Escocia, para contratar obreros, ya que en todas las inmediaciones no podía hallarse ni una sola alma que quisiese trabajar a su servicio. En pocos días llegaron exactamente trece personas provenientes de Staffordshire. Pero en cuanto los huelguistas tuvieron ocasión de hablar con ellos y de explicarles que habían paralizado el trabajo por discrepancias, cuyos motivos explicaron, varios de los recién llegados se negaron a seguir trabajando. Contra esto los patrones disponían de un medio práctico: hicieron citar a los rebeldes, junto con su instigador, ante el juez de paz *Daniel Maude, esquire*. Pero antes de seguirlos allí debemos exponer como corresponde las virtudes de Daniel Maude, *esquire*.

Daniel Maude, *esquire*, es el «*stipendiary magistrate*» o juez de paz remunerado de Manchester. Habitualmente los jueces de paz ingleses son ricos burgueses o terratenientes, a veces también sacerdotes, nombrados por el ministerio. Pero puesto que estos *dogberries* nada saben de la ley, cometen los mayores errores, dejan en ridículo a la burguesía y la dañan, pues si un obrero cuenta con la defensa de un abogado listo, muy a menudo los confunde, haciendo que al condenarlo omita alguna forma legal —lo cual trae aparejada una apelación con buenos resultados— o hasta que se deje inducir a la absolución. Además de ello, los ricos fabricantes de las grandes ciudades y de los distritos industriales no tienen tiempo para aburrirse a diario en el juzgado de paz, y prefieren colocar allí a un *remplaçant*.³ En consecuencia, en estas ciudades se suelen emplear jueces de paz a sueldo, juristas que han efectuado estudios, por pedido de las propias ciudades, capaces de favorecer a la burguesía con todos los trucos y distinguos del derecho inglés, con agregados y enmiendas en caso de necesidad. En el ejemplo siguiente veremos cómo se comportan en ese cometido.

Daniel Maude, *esquire*, es uno de los jueces de paz liberales que fueron empleados masivamente bajo el gobierno de los *whigs*. De entre sus hazañas cometidas dentro y fuera de la arena de la Manchester Borough Court hay dos que hemos de mencionar aquí. Cuando en 1842 los fabricantes lograron obligar a los obreros de Lancaster del Sur a una

3. Reemplazante.

insurrección, la cual estalló a comienzos de agosto en Stalybridge y Ashton, el 9 de agosto unos 10.000 obreros se dirigieron desde allí hacia Manchester, con el cartista *Richard Pilling* al frente, «para negociar con los fabricantes en la Bolsa de Manchester, y también para ver qué aspecto presentaba el mercado local». En el acceso de la ciudad los recibió Daniel Maude, *esquire*, con todo el loable personal de la policía, un destacamento de caballería y una compañía de cazadores. Pero todo esto era solamente formal, ya que los fabricantes y los liberales estaban interesados en que la insurrección se expandiese y obligase a la derogación de las leyes cerealeras. En esto Daniel Maude, *esquire*, estaba completamente de acuerdo con sus honorables colegas, comenzó a capitular con los obreros y les permitió entrar en la ciudad bajo la promesa de «mantener la paz» y de seguir una ruta determinada. Sabía muy bien que los insurgentes no lo harían, y tampoco lo deseaba; mediante el empleo de un poco de energía hubiese podido dispersar en aquella fase embrionaria toda la forzada insurrección, pero en tal caso no hubiese obrado en interés de sus amigos abolicionistas de las leyes cerealeras, sino en interés del señor *Peel*; fue así como hizo retirarse al ejército y permitió la entrada de los obreros en la ciudad, donde de inmediato paralizaron todas las fábricas. Pero cuando la insurrección asumió un carácter decididamente *opuesto* a la burguesía liberal, ignorando por entero las «infernales leyes cerealeras», entonces Daniel Maude, *esq.*, volvió a asumir su dignidad de juez, hizo arrestar a los obreros por docenas y enviar sin compasión alguna a la cárcel por «alteración de la paz», de modo que primeramente provocó las alteraciones de la paz y luego las castigó. Otro rasgo característico de la carrera de este Salomón de Manchester es el siguiente. Desde que en varias ocasiones ha recibido palizas públicamente, la liga anti-leyes cerealeras celebra asambleas secretas en Manchester, para las cuales es menester poseer entradas, pero cuyas resoluciones y peticiones se pretende que sean consideradas por el gran público como las de una asamblea pública, como manifestaciones de la «opinión pública» de Manchester. A fin de poner término a esta menzaz fanfarronería de los fabricantes liberales, tres o cuatro cartistas, entre ellos mi buen amigo *James Leach*, se procuraron algunos billetes y asistieron a una de tales asambleas. Cuando el señor *Cobden* se puso de pie para hablar, James Leach preguntó al presidente si ésa era una asamblea pública. ¡En lugar de responder, éste hizo entrar a la policía y arrestar sin más a Leach! Un segundo cartista repitió la pregunta, y luego un tercero y un cuarto; uno tras otro fueron aprehendidos por los «cangrejos crudos» (la policía), que se hallaban en gran número junto a la puerta, y

enviados al ayuntamiento. A la mañana siguiente comparecieron ante Daniel Maude, *esq.*, quien ya estaba al corriente de todo. Se les acusó de haber perturbado una asamblea, apenas si se les dejó hablar, y luego escucharon un solemne discurso de Daniel Maude, *esq.*, en el cual éste les decía que los conocía, que eran vagabundos políticos que no hacían otra cosa que provocar escándalos en todas las asambleas, intranquilizar a gentes serias y decentes y que había que poner fin a todo esto. Por eso —ya que Daniel Maude, *esq.*, sabía muy bien que no podía condenarlos a una pena real—, por esta vez los condenaba a pagar las costas.

Ante este *Daniel Maude, esquire*, cuyas virtudes burguesas acabamos de describir, fueron traídos pues, a la rastra, los obreros rebeldes de *Pauling & Henfrey*. Pero éstos tuvieron la precaución de traer consigo a un abogado. En primer lugar le tocó el turno al obrero recién llegado de Staffordshire, quien se negó a proseguir trabajando allí donde otros habían parado las tareas en defensa propia. Los señores Pauling & Henfrey tenían en sus manos un compromiso escrito de los obreros arribados desde Staffordshire,*¹ el cual se sometió entonces al juez de paz. El defensor de los obreros alegó que este convenio había sido firmado en domingo, por lo cual carecía de validez. Daniel Maude, *esq.*, admitió con gran dignidad que las «transacciones comerciales» llevadas a cabo en domingo carecían de validez; pero él no podía creer que los señores Pauling & Henfrey considerasen a ésta como una «transacción comercial». En consecuencia le explicó al pobre diablo, sin preguntarle mucho si «consideraba» este documento como una «transacción comercial», que debía seguir trabajando o bien divertirse durante tres meses en la cárcel. —¡Oh, Salomón de Manchester!— Una vez despachado este caso, los señores Pauling & Henfrey hicieron comparecer al segundo acusado. Éste se llamaba *Salmon* y era uno de los antiguos obreros de la firma que habían paralizado las tareas. Se le acusaba de haber intimidado a los nuevos obreros, para inducirlos asimismo a la huelga. El testigo —uno de estos últimos— declaró que *Salmon* lo había tomado del brazo y que había hablado con él. Daniel Maude, *esq.*, preguntó si el acusado había empleado tal vez amenazas o si le había pegado. —¡No!, dijo el testigo.

*1. Este contrato contenía lo siguiente: el obrero se comprometía a trabajar durante seis meses para Pauling & Henfrey y a darse por satisfecho con el salario que éstos le dieran; pero que Pauling & Henfrey no estaban obligados a tenerlo durante seis meses, sino que podían despedirlo en cualquier momento con una semana de preaviso; y que si bien Pauling & Henfrey adelantaban sus gastos de viaje desde Staffordshire hasta Manchester, los recuperarían reteniendo semanalmente 2 chelines (20 *groschen* de plata) de su salario. ¿Qué os parece este hermoso ejemplar de contrato?

Daniel Maude, *esq.*, contento de hallar una ocasión para dejar resplandecer su imparcialidad —después de que acababa de cumplir con sus deberes para con la burguesía— declaró que no había nada que incriminase al acusado. Que éste tenía pleno derecho de pasear por la vía pública y de hablar con otras gentes, mientras no incurriese en palabras o acciones intimidatorias; y que por ello lo absolvía. Pero los señores Pauling & Henfrey por lo menos habían tenido el placer de hacer pasar a Salmon una noche encerrado a cambio de pagar los costos judiciales, etc., y eso ya era algo. La alegría de Salmon tampoco duró mucho. Había sido liberado el jueves 31 de octubre; ya al martes siguiente, 5 de noviembre, volvía a ser acusado por Daniel Maude, *esq.*, de haber agredido en la calle a los señores Pauling & Henfrey. El mismo jueves en que fuera absuelto Salmon, llegaba un número de escoceses a quienes habían atraído a Manchester mediante pretextos mendaces en el sentido de que las reyertas habrían acabado y que Pauling & Henfrey no podían hallar en su comarca suficientes obreros para sus vastos contratos, etcétera. El viernes vinieron a verlos varios carpinteros escoceses que trabajaban desde hacía bastante tiempo en Manchester, para explicarles a sus compatriotas la causa de la paralización de las tareas. Gran cantidad de sus colegas —cerca de 400— se reunieron en torno a la posada donde habían sido alojados los escoceses. Pero se los mantenía prisioneros allí, poniéndose un capataz como centinela en la puerta. Algún tiempo más tarde llegaron los señores Pauling & Henfrey, para conducir personalmente a sus nuevos obreros hacia la fábrica. Al salir el cortejo, los afuera reunidos dijeron a los escoceses que no trabajasen en contra de las reglas del oficio en Manchester y que no causaran la vergüenza de sus coterráneos. Dos de los escoceses quedaron realmente un tanto rezagados y el propio señor Pauling corrió en pos de ellos para arrastrarlos hacia adelante. La multitud se mantuvo en calma, impidiendo solamente el rápido andar del cortejo y diciéndole a las gentes que no se mezclasen en asuntos ajenos, que volbiesen a sus casas, etcétera. Finalmente, el señor Henfrey se enfadó; veía a varios de sus antiguos obreros, y entre otros a Salmon; entonces, para poner fin a esta situación, tomó a éste del brazo; el señor Pauling le cogió el otro, y ambos gritaron con todas sus fuerzas reclamando la presencia de la policía. Se acercó entonces el comisario de policía y preguntó de qué se acusaba a ese hombre, ante lo cual los dos socios se vieron en una situación muy embarazosa; pero, según dijeron, «conocemos a este hombre». Oh, dijo el comisario, eso es suficiente, entonces podemos dejarlo ir por ahora. Los señores Pauling & Henfrey, forzados a presentar alguna demanda contra Salmon, reflexionaron durante varios

días hasta que, finalmente y por consejo de su abogado, presentaron la demanda anteriormente citada. Después de haberse interrogado a todos los testigos contrarios a Salmon, se incorporó súbitamente en defensa del acusado *W. P. Roberts*, «el procurador general de los mineros», terror de todos los jueces de paz, y preguntó si aún debía presentar a sus testigos, ya que nada se había expuesto en contra de Salmon. Daniel Maude, *esq.*, le hizo interrogar a sus testigos, quienes demostraron que Salmon se había comportado con toda calma hasta que el señor Henfrey lo asiera del brazo. Cuando hubieron concluido las argumentaciones en pro y en contra, Daniel Maude, *esq.*, declaró que emitiría su fallo el día sábado. La presencia del procurador general Roberts lo indujo evidentemente a reflexionar dos veces antes de hablar una.

El sábado, Pauling & Henfrey presentaron, además de la acusación en trámite, una querella *criminal*, por conjuración e intimidación, contra tres de sus antiguos obreros, *Salmon, Scott y Mellor*. Con ello pretendían asestar a la asociación obrera una puñalada mortal, y para estar seguros frente al temido Roberts hicieron venir desde Londres a un prestigioso jurista, el señor *Monk*. Éste trajo como testigo primeramente a uno de los nuevos escoceses contratados, *Gibson*, quien también había servido ya de testigo contra Salmon el martes anterior. Éste declaró que el viernes 1 de noviembre, cuando él y sus compañeros salían de la posada, fueron rodeados por una muchedumbre, ocasionalmente empujados y tironeados por ella, y que los tres acusados se hallaban entre esa multitud. Entonces Roberts comenzó a interrogar a este testigo, lo confrontó con otro obrero y le preguntó si él, Gibson, no le había dicho la noche anterior a este obrero que el martes anterior, en ocasión de deponer como testigo, *no sabía que había sido interrogado bajo juramento*, y que en general no sabía qué hacer ni decir en el tribunal de justicia. Gibson replicó que no conocía a ese hombre, que la noche de la víspera había estado junto con dos personas; pero puesto que estaba oscuro, no podía decir si éste había sido uno de ellos; *que también es posible que haya dicho algo por el estilo*, ya que en Escocia la forma del juramento es diferente a la de Inglaterra, y que no recordaba con exactitud. Ante esto se incorporó el señor Monk, afirmando que el señor Roberts no tenía el derecho de formular esta clase de preguntas, ante lo cual el señor Roberts replicó que esta clase de interrupciones estaban completamente en su lugar cuando se defendía una causa injusta, pero que él tenía el derecho de preguntar lo que quisiera, no sólo dónde había nacido el testigo, sino también dónde había permanecido desde ese día y qué había comido a cada día. Daniel Maude, *esq.*, confirmó este derecho del señor Roberts y sólo le aconsejó

paternalmente que se atuviese en lo posible al asunto. El señor Roberts despidió entonces al testigo después de hacerle declarar aún que sólo al día siguiente del incidente que fundamentaba la acusación, es decir el dos de noviembre, había comenzado a trabajar realmente para Pauling & Henfrey. Entonces compareció como testigo el propio señor Henfrey quien declaró acerca del incidente lo mismo que Gibson. De inmediato, el señor Roberts le formuló la siguiente pregunta: ¿No está buscando usted alguna ventaja injusta con respecto a sus competidores? El señor Monk volvió a formular objeciones contra esta pregunta. Bien, dijo Roberts, la formularé más claramente. ¿Sabe usted, señor Henfrey, que las horas de trabajo de los carpinteros de Manchester se hallan determinadas de conformidad con ciertas reglas?

Señor Henfrey: No tengo nada que ver con esas reglas; tengo el derecho de hacer mis propias reglas.

Señor Roberts: Muy bien. Bajo juramento, señor Henfrey, ¿no exige usted a sus obreros una jornada de labor más prolongada que los demás empresarios de construcciones y maestros carpinteros?

Señor Henfrey: Sí.

Señor Roberts: ¿Cuántas horas, aproximadamente?

El señor Henfrey no lo sabía con exactitud, pero sacó su agenda para calcularlo.

Daniel Maude, *esq.*: No es necesario que usted lo calcule mucho tiempo, con tal de que nos diga aproximadamente a cuánto asciende.

Señor Henfrey: Pues bien, aproximadamente una hora por la mañana y una hora por la tarde durante seis semanas antes de la época en la cual se encienden habitualmente las luces, y otro tanto durante seis semanas después del día en que se termina habitualmente de encender la luz.

Daniel Maude, *esq.*: ¿Eso asciende entonces a 72 horas antes de encender las luces y 72 horas después de ello, es decir a 144 horas en doce semanas que debe trabajar de más cada uno de sus obreros?

Señor Henfrey: Sí.

Este anuncio fue recibido por el público con fuertes muestras de desagrado; el señor Monk contempló furioso al señor Henfrey y éste miró confuso a su jurista, mientras el señor Pauling tironeaba al señor Henfrey de los faldones de su levita, pero ya era demasiado tarde; Daniel Maude, *esq.*, quien comprendió por cierto que ese día debía volver a desempeñar el papel de hombre imparcial, había oído la confesión y la había hecho pública.

Después de haber sido interrogados aún dos testigos sin importancia,

el señor Monk dijo que con ello quedaban concluidas sus pruebas contra los acusados.

Daniel Maude, *esq.*, dijo entonces que la parte demandante no había fundamentado ninguna investigación criminal contra la parte demandada, pues no había demostrado que los escoceses amenazados hubiesen sido tomados al servicio de Pauling & Henfrey antes del primero de noviembre, ya que no se demostraba la existencia de contrario de servicios u ocupación de esas personas antes del *dos* de noviembre, mientras que la denuncia había sido formulada el *primero* de noviembre; por consiguiente, ese día dichas personas aún no se hallaban al servicio de Pauling & Henfrey y los acusados estaban justificados si les hacían desistir, por todos los medios legales, de entrar al servicio de Pauling & Henfrey. En cambio, el señor Monk afirmó que los demandantes estaban contratados desde el mismo instante en que habían abandonado Escocia y se habían embarcado en el vapor. Daniel Maude, *esq.*, observó que por cierto se había dicho que se había hecho un contrato de servicios de esta índole, pero que ese documento no había sido presentado. El señor Monk replicó que ese documento se hallaba en Escocia y que le rogaba al señor Maude que dejase en suspenso el caso hasta tanto pudiese aportarlo. Aquí interrumpió el señor Roberts, afirmando que esto era nuevo para él. Se había declarado cerrado el período de pruebas para la parte demandante, y sin embargo ésta solicitaba la postergación de la causa para aportar nuevas pruebas. Él insistía en que se prosiguiese el caso. Daniel Maude, *esq.*, resolvió que ambas cosas eran superfluas, ya que no había una demanda fundada, a raíz de lo cual se dejó en libertad a los acusados.

Pero entretanto, los obreros no habían permanecido inactivos. Semana tras semana realizaban asambleas en el salón de los carpinteros o en el salón de los socialistas, solicitaban a las diversas asociaciones obreras ayudas, las cuales llegaron en abundancia, no dejaron de dar a conocer por doquier el modo en que procedían Pauling & Henfrey, y, por último, enviaron delegados en todas direcciones para que, en todos aquellos lugares en los que Pauling & Henfrey tratasen de contratar personal, diesen a conocer la causa de esa tentativa de contratar personal a sus compañeros de oficio y de ese modo impidiesen que entrasen al servicio de esa firma. Apenas unas pocas semanas después de iniciarse el paro había siete delegados en viaje y carteles en las esquinas de todas las ciudades importantes del país alertando a los carpinteros desocupados ante Pauling & Henfrey. El 9 de noviembre algunos de estos delegados informaron, a su retorno, acerca de su misión. Uno de los mismos, de apellido

Johnson, que había estado en Escocia, relató que el enviado de Pauling & Henfrey había contratado treinta obreros en Edimburgo; pero en cuanto éstos supieron por él el verdadero estado de cosas, declararon que preferirían morir de hambre que dirigirse a Manchester bajo semejantes circunstancias. Otro había estado en Liverpool y había vigilado los vapores que llegaban; pero no llegó ni un solo hombre, de modo que no halló nada que hacer. Un tercero había viajado por Cheshire, pero adonde llegase ya no encontraba qué hacer, pues el *Northern Star*, el periódico de los obreros, había difundido por doquier la verdadera situación de este asunto y la gente había perdido todo deseo de viajar a Manchester; más aún, en una ciudad, en Macclesfield, los carpinteros ya habían recaudado una contribución para ayudar a los huelguistas, prometiendo que en caso de necesidad aún aportarían con posterioridad un chelín por persona. En otros lugares indujo a sus compañeros de oficio a recaudar esta clase de contribuciones.

Para volver a dar a los señores Pauling & Henfrey, una vez más, la ocasión de llegar a un acuerdo con los obreros, el lunes 18 de noviembre se reunieron todos los oficios que participan en la construcción en el salón de los carpinteros, nombraron una diputación que debía llevar un mensaje a esos señores, y se dirigieron en procesión, con banderas y emblemas, hacia el local de Pauling & Henfrey. Al frente iba la diputación, seguida por el comité de organización del paro; luego, los carpinteros, los ladrilleros encargados de dar forma a los ladrillos y de someterlos a cocción, los jornaleros, los albañiles, los aserradores de madera, los vidrieros, los pintores, un grupo de músicos, los marmolistas, los carpinteros de muebles. Pasaron frente al hotel de su procurador general, Roberts, y a su paso lo saludaron con sonoros hurras. Al llegar frente al local, la diputación se adelantó, mientras que la muchedumbre prosiguió su camino para celebrar una asamblea pública en Steversons Square. La diputación fue recibida por la policía, la cual les exigió sus nombres y direcciones antes de permitirles seguir su camino. Una vez llegados a las oficinas, los socios señores *Sharps & Pauling* declararon que no recibirían ningún mensaje escrito de una masa que sólo se había reunido con fines intimidatorios. La diputación negó tal finalidad, ya que la procesión ni siquiera se había detenido, sino que había proseguido su camino de inmediato. Mientras esta procesión, que contaba cinco mil integrantes, proseguía su marcha, la diputación fue finalmente recibida y, en presencia del jefe de policía, un oficial y tres cronistas periodísticos, llevada a una habitación. El señor Sharps, socio de Pauling & Henfrey, usurpó el sillón presidencial con la observación de que la diputación debía cui-

darse con lo que decía, ya que todo iba a ser recogido en un protocolo, como corresponde, y dadas las circunstancias sería judicialmente empleado en su contra.— Entonces comenzaron a preguntarles cuáles eran sus quejas, etc.; se dijo que querían darles trabajo a las gentes según las reglas usuales en Manchester. La diputación preguntó si las personas reclutadas en Staffordshire y Escocia trabajaban en Manchester de acuerdo a las estipulaciones del oficio.— No, fue la respuesta, con esas personas tenemos un acuerdo peculiar.— ¿Es decir que volveríais a dar trabajo a vuestra gente, y ello bajo las condiciones habituales? —Oh, no negociamos con ninguna diputación, pero si la gente viene sabrá en qué condiciones queremos darles trabajo.— El señor Sharps añadió que todas las firmas en las cuales se hallaba su nombre siempre se habían comportado bien con respecto a los obreros y abonado los salarios más elevados. La diputación respondió que, si estaba asociado a la firma Pauling, Henfrey & Co., ella había oído decir que dicha firma se había opuesto violentamente a los más sentidos intereses de los obreros.— Un ladrillero, integrante de la diputación, fue interrogado acerca de cuáles eran las quejas de su oficio. —Oh, ninguna en este momento precisamente, pero ya hemos tenido suficientes.*² —¿Oh, ya habéis tenido suficiente, verdad?, replicó riendo sarcásticamente el señor Pauling, y aprovechó la oportunidad para pronunciar una larga conferencia sobre asociaciones obreras, paros laborales, etc., y respecto a la miseria en que sumirían a los obreros, ante lo cual un miembro de la diputación observó que de ninguna manera tenían la intención de permitir que se les quitasen sus derechos parte tras parte ni de trabajar 144 horas gratuitas por año, como se les exige ahora, por ejemplo.— El señor Sharps observó que también había que contar las pérdidas experimentadas por los participantes de la procesión por el hecho de no trabajar ese día, así como los costos del paro, la pérdida de los huelguistas en materia de salarios, etc.— Uno de la diputación: eso no le importa a nadie salvo a nosotros mismos y no os pediremos que contribuyáis a ello siquiera con un solo céntimo de vuestros bolsillos. A continuación, la diputación se retiró, informó a los obreros reunidos en el salón de los carpinteros, ocasión en la cual se supo que habían venido no sólo todos los obreros que trabajaban para Pauling & Henfrey en la comarca (y que no eran carpinteros, por lo cual no habían paralizado sus tareas) para tomar parte en la procesión, sino que esa mañana también habían abandonado el trabajo varios de los escoceses recién im-

*2. Cf. anteriormente la sangrienta lucha en la fábrica de ladrillos de Pauling & Henfrey [véase pág. 549; cf. asimismo págs. 475-476].

portados. Un pintor también denunció que Pauling & Henfrey habían formulado asimismo a los de su oficio las mismas exigencias injustas que a los carpinteros, pero que también ellos pensaban ofrecer resistencia. Se resolvió que, a fin de simplificar las cosas y abreviar la lucha, paralizasen las tareas todos los obreros de la construcción de la firma Pauling & Henfrey. Así ocurrió. Al sábado siguiente dejaron de trabajar los pintores y el lunes dejaron de hacerlo los vidrieros, y en el nuevo teatro para cuya construcción se había contratado a Pauling & Henfrey, pocos días más tarde sólo trabajaban aún dos albañiles y cuatro jornaleros, en lugar de 200 obreros. Varios de los recién llegados también suspendieron sus tareas.

Pauling, Henfrey & Co. echaban espuma. Cuando, una vez más, tres de los recién llegados comenzaron a parar sus actividades, fueron arrasados ante Daniel Maude, *esq.*, el 22 de noviembre. Los descalabros anteriores no habían servido de nada. Primeramente compareció un tal *Read*, acusado de violación de contrato; fue presentado un contrato que el acusado había firmado en Derby. Roberts, quien se hallaba nuevamente en su sitio, observó de inmediato que entre el contrato y la demanda no existía la más remota afinidad, ya que eran dos cosas totalmente diferentes. Daniel Maude, *esq.*, lo comprendió de inmediato, ya que lo había dicho el terrible Roberts, pero debió afanarse durante mucho tiempo y en vano para hacérselo comprender al defensor de la parte antagónica. Por último, éste logró autorización para modificar esto, y después de algún tiempo volvió con una demanda mucho peor aún que la primera. Cuando vio que tampoco esto marchaba, pidió una nueva postergación, y Daniel Maude, *esq.*, le permitió reflexionar hasta el viernes 30 de noviembre; es decir, una semana completa. No tengo registrado aquí si logró abrirse paso entonces, ya que precisamente aquí me falta un número en la serie de los periódicos: aquél que debe contener el veredicto. Por su parte, Roberts pasó entonces a la ofensiva e hizo citar a varios de los obreros reclutados así como a un capataz de Pauling & Henfrey porque habían irrumpido en casa de uno de los huelguistas y maltratado a su mujer; en otros dos casos habían sido atacados algunos de los obreros en huelga. Con gran pesar de su parte, Daniel Maude, *esq.*, debió condenar a todos los acusados, pero los trató con la mayor benevolencia posible y sólo les hizo abonar una caución con promesa de futuro buen comportamiento.

Por último, durante los últimos días de diciembre, los señores Pauling, Henfrey & Co. lograron un juicio favorable contra dos de sus adversarios, asimismo por malos tratos dispensados a uno de sus obreros. Pero

esta vez el tribunal no fue tan benévolo. Los condenó sin más a un mes de cárcel y a caución por buena conducta una vez transcurrido ese lapso.

A partir de este momento, las noticias acerca del *strike* se van tornando escasas. El 18 de enero aún se hallaba en plena marcha. No he hallado informes posteriores. Presumiblemente haya ocurrido lo que en la mayor parte de los demás; en el curso del tiempo, Pauling, Henfrey & Co. se habrán procurado un número suficiente de obreros de comarcas distantes y de desertores individuales de los adversarios; después de un paro de actividades de mayor o menor duración, y de la miseria vinculada con ello, la gran mayoría de los adversarios habrá hallado refugio en otra parte (y hallará el consuelo de no haber faltado a su propia dignidad y de haber mantenido en alto el salario de sus compañeros); y en lo que concierne a los puntos en disputa, Pauling, Henfrey & Co. habrán descubierto que no es posible imponerlos tan estrictamente, que también para ellos el *strike* estuvo vinculado con grandes pérdidas; y después de una lucha tan violenta, los restantes empresarios no pensarán en alterar tan fácilmente las antiguas reglas del oficio de carpintero.

F. ENGELS

Bruselas

Das Westphälische Dampfboot,
Bielefeld 1846.

Número de enero, págs. 17-21, número de febrero, págs. 61-67.

FRIEDRICH ENGELS

LA FIESTA DE LAS NACIONES EN LONDRES

(En ocasión de celebrarse la instauración de la
República Francesa, el 22 de setiembre de 1792.)

«¿Qué nos importan las naciones? ¿Qué nos importa la República Francesa? ¿Acaso no hemos comprendido ya a las naciones desde mucho tiempo atrás, no les hemos asignado a cada cual su lugar, no hemos ubicado a los alemanes en el compartimiento teórico, a los franceses en el político, a los ingleses en la sociedad burguesa? ¡Y para colmo la República Francesa! ¡¿Qué cabe celebrar frente a una etapa evolutiva superada muchísimo tiempo ha, que se ha abolido a sí misma en virtud de sus propias consecuencias?! ¡Si queréis informarnos de algo sobre Inglaterra, es preferible que desarrolléis la fase más reciente en que ha entrado el principio socialista, decidnos si el unilateral socialismo inglés sigue sin comprender cuán por debajo de la altura de nuestros principios se halla situado, cómo sólo puede reclamar la posición de un factor, más aún, de un factor superado!»

Calma, querida Alemania. Las naciones y la República Francesa nos importan muchísimo.

La confraternización de las naciones, tal como actualmente la lleva a cabo, por doquier, el partido proletario extremo frente al antiguo y primitivo egoísmo nacional y el cosmopolitismo hipócrita y privadamente egoísta de la libertad de comercio, vale más que todas las teorías alemanas acerca del verdadero socialismo.

La confraternización de las naciones bajo la bandera de la *democracia moderna*, tal como emanó de la Revolución Francesa y se desarrolló en el comunismo francés y el cartismo inglés, demuestra que las masas y sus representantes saben mejor cómo están las cosas que la teoría alemana.

«¡Pero ni hablar de eso! ¿Quién habla acaso de la confraternización, *tal como*, etc., o de la democracia, *tal como*, etc.? Estamos hablando de la confraternización de las naciones en sí, de *la* confraternización de las naciones, de *la* democracia, de la democracia lisa y llana, de la democracia *en cuanto tal*. ¿O acaso habéis olvidado del todo a vuestro Hegel?»

«No somos romanos, fumamos tabaco.»¹ No estamos hablando del movimiento antinacional que *ahora* se desarrolla en el *mundo*, sino de la supresión de las nacionalidades que se lleva a cabo en nuestra mente por medio del pensamiento puro, con ayuda de la fantasía, a falta de hechos. No hablamos de la democracia *real*, a cuyos brazos corre toda Europa, y que es una democracia muy especial, diferente a todas las democracias anteriores, sino de una democracia enteramente diferente, que constituye el término medio de la democracia griega, romana, norteamericana y francesa, en suma, estamos hablando del *concepto* de la democracia. No hablamos de las *cosas* que pertenecen al siglo XIX y que son malas y perecederas, sino de las categorías que son eternas y que existen «antes aún de existir las montañas». En suma, que no estamos hablando de lo que se trata, sino de algo totalmente diferente.

Para resumir la cuestión: cuando hoy en día se habla de democracia, de confraternización de las naciones entre ingleses y franceses, y entre aquellos alemanes que participan en el movimiento práctico, que no son teóricos, no se debe pensar en absoluto solamente en lo político. Esta clase de fantasías sólo existen ya entre los teóricos alemanes y algunos pocos extranjeros, que no cuentan. En la realidad, esas palabras tienen ahora un sentido social, en el cual se resuelve su significación política. Ya la revolución era algo totalmente diferente que la lucha por tal o cual forma del estado, como aún es bastante frecuente que se imagine en Alemania. La vinculación de la mayor parte de las insurrecciones de aquella época con una hambruna, la significación que tiene, ya a partir de 1789, el aprovisionamiento de la capital y la distribución de las reservas, el máximo, las leyes contra el acaparamiento de los alimentos, el grito de batalla de los ejércitos revolucionarios —«*Guerre aux palais, paix aux chaumières*»—² el testimonio de la *Carmagnole*, según la cual el republicano, además de *du fer*³ y *du coeur*⁴ también debe tener *du pain*,⁵ y

1. De una poesía de Heine en la que fustiga el filisteísmo y la desidia del burgués alemán, contraponiéndole la grandeza del republicano de la antigua Roma.

2. «Guerra a los palacios, paz a las cabañas.»

3. Armas.

4. Valor.

5. Pan.

cien otros rasgos externos evidentes demuestran ya, al margen de cualquier investigación más exacta de los hechos, hasta donde la democracia de entonces era algo totalmente diferente a una organización meramente política. Ya de por sí, se sabe que la constitución de 1793 y el terrorismo emanaron del bando que se fundó en el proletariado insurrecto, que la caída de Robespierre marca el triunfo de la burguesía sobre el proletariado, que la conspiración de Babeuf por la igualdad evidenció las últimas consecuencias de la democracia del 93, en tanto eran posibles por entonces. De principio a fin, la Revolución Francesa fue un movimiento social y, después de ella, una democracia puramente política se ha convertido en un absurdo liso y llano.

La democracia de hoy en día es el comunismo. Otra democracia sólo puede existir ya en las mentes de los visionarios teóricos, quienes no se preocupan por los acontecimientos reales, para quienes no son los hombres y las circunstancias quienes desarrollan los principios, sino que, para ellos, los principios se desarrollan por sí solos. La democracia se ha convertido en principio proletario, en principio de las masas. Es posible que las masas tengan mayor o menor claridad acerca de éste, el único significado correcto de la democracia, pero para todos radica en la democracia, cuando menos, la oscura sensación de la igualdad de derechos sociales. Al calcular las huestes comunistas, se pueden contar tranquilamente también a las masas democráticas. Y si los partidos proletarios de diversas naciones se unen, tendrán toda la razón para inscribir la palabra «democracia» en sus banderas, ya que, con excepción de quienes no cuentan, en 1846 todos los demócratas europeos son comunistas con mayor o menor claridad.

Asimismo, la celebración de la República Francesa, a pesar de que la misma pueda estar «superada», se halla completamente justificada para los comunistas de todos los países. En primer lugar, todos los pueblos que han sido lo suficientemente necios como para dejarse utilizar para combatir la Revolución, deben a los franceses una satisfacción pública, desde que lograron comprender la *sottise*⁶ que cometieron por fidelidad de súbditos; en segundo término, todo el movimiento social europeo de hoy es sólo el segundo acto de la Revolución, es sólo la preparación para el *dénouement*⁷ del drama que se inició en París en 1789, y que tiene por escenario, actualmente, a toda Europa; tercero, que en nuestra época cobarde, egoísta y miserable de la burguesía, ha llegado el

6. Necesidad.

7. Desenlace.

momento de evocar la memoria de uno de esos grandes años en los que un pueblo entero arrojó de lado, en un instante, toda cobardía, todo egoísmo y toda miseria, en los que hubo hombres que tenían el valor de la ilegalidad, que no se arredraban ante nada y cuya energía de acero logró que en toda Francia, entre el 31 de mayo de 1793 y el 26 de julio de 1794, no pudiera dejarse ver ni un solo cobarde, ni un solo tendero, ni un solo *agioteur*, en suma, ni un solo burgués. Realmente, en una época en la que un Rothschild mantiene cohesionada la paz europea, en que un Vetter-Köchlin clama por aranceles protectores, en que un Cobden clama por la libertad de comercio y en que un Diergardt predica la redención de la humanidad pecaminosa por medio de asociaciones para la elevación de las clases trabajadoras, realmente, en semejante época es necesario recordar a Marat y Danton, a Saint-Just y Babeuf, la alegría del triunfo de Jemappes y Fleurus. Si esta tremenda época y estos caracteres de bronce no siguiesen penetrando, descollantes, en nuestro mundo de tenderos, entonces, verdaderamente, la humanidad debería desesperar y lanzarse, a discreción, en brazos de un Vetter-Köchlin, de un Cobden o de un Diergardt.

Por último, hoy en día la confraternización de las naciones tiene asimismo un significado más que puramente social. Las quimeras de la república europea, de la paz eterna bajo la organización política, han llegado a ser tan ridículas como las frases acerca de la unificación de los pueblos bajo la égida de la libertad general de comercio; y mientras de este modo quedan totalmente fuera de curso todos los sentimentalismos quiméricos de esta índole, los proletarios de todas las naciones, sin hacer mucha alharaca, ya comienzan a *confraternizar de veras* bajo el estandarte de la democracia comunista. Los proletarios son también los únicos que pueden hacerlo realmente; pues la burguesía tiene sus intereses particulares en todos los países, y puesto que sus intereses son lo supremo, jamás puede trascender la nacionalidad; y esos pocos teóricos, con todos sus bellos «principios», nada logran, ya que dejan tranquilamente en pie esos intereses contradictorios —como hacen, por lo demás, con todo lo establecido— y sólo pueden hacer frases. En cambio los proletarios tienen ante sí, en todos los países, uno y el mismo interés, uno y el mismo enemigo, una y la misma lucha; en su gran mayoría, y ya por naturaleza, los proletarios están despojados de prejuicios nacionales, y toda su formación y su movimiento son esencialmente humanitarios, anti-nacionales. Sólo los proletarios pueden aniquilar la nacionalidad, sólo el proletariado que despierta puede hacer confraternizar las diversas naciones.

Los hechos que siguen ofrecerán pruebas prácticas de todo cuanto he dicho aquí.

Ya el 10 de agosto del año anterior tuvo lugar en Londres una fiesta similar para celebrar un triple aniversario: la revolución de 1792; la proclamación de la constitución de 1793 y de la fundación de la «asociación democrática» por la fracción más radical del partido inglés del movimiento de 1838/39.

Esta fracción más radical constaba de artistas, proletarios, como se sobreentiende, pero quienes preveían claramente el objetivo del movimiento cartista y aspiraban a acelerarlo. Mientras que la gran mayoría de los artistas sólo se afanaba, por aquél entonces, en lograr el traslado del poder del estado a la clase obrera, y pocos aún habían tenido tiempo para reflexionar acerca del empleo de ese poder, los miembros de esta asociación —la cual desempeñó un significativo papel en la efervescencia que tuvo lugar por entonces— estaban de acuerdo a ese respecto: en primer lugar eran republicanos, más exactamente republicanos que postulaban la constitución del año 93 como su profesión de fe, rechazaban cualquier vinculación con la burguesía, incluso con la pequeña burguesía, y defendían el principio de que el oprimido gozaba del derecho al empleo contra su opresor de todos los medios que éste empleara contra él. Tampoco allí se detuvieron, y no eran sólo republicanos, sino comunistas, más exactamente comunistas irreligiosos. La asociación se desintegró con la efervescencia revolucionaria de 1838/39; pero su acción no se ha perdido y ha contribuido en mucho a fortalecer la energía del movimiento cartista, a desarrollar los elementos comunistas ínsitos en él. Ya en esta fiesta del diez de agosto se expresaron principios tanto comunistas como cosmopolitas;⁸ además de la igualdad política se exigió la igualdad *social*, recibándose con entusiasmo un brindis por los demócratas de todas las naciones.

Ya antes se habían efectuado tentativas, en Londres, por reunir a los radicales de las diversas naciones; dichas tentativas fracasaron ora ante las escisiones internas de los demócratas ingleses y del desconocimiento de los mismos por parte de los extranjeros, ora ante diferencias de principios de los líderes de las diversas naciones. Tan grande es el obstáculo a toda unificación que reside en la diferente nacionalidad, que incluso los extranjeros residentes en Londres desde hace años, por mucho que simpatizaban con la democracia inglesa, no sabían, sin embargo, práctica-

8. La palabra «*cosmopolita*» debe entenderse aquí, al igual que en la pág. 568, en el sentido de «libre de restricciones y prejuicios nacionales».

mente nada del movimiento que transcurría ante sus propios ojos, del verdadero estado de cosas, confundían a los burgueses radicales con los proletarios radicales y pretendían reunir amistosamente en una misma asamblea a los enemigos más pronunciados. En parte ha sido esto, y en parte el recelo nacional, lo que indujo a los ingleses a cometer errores similares, tanto más posibles cuanto que el éxito de una negociación semejante dependía necesariamente del mayor o menor acuerdo de unos pocos miembros de comités que se hallaban al frente, y que rara vez se conocían personalmente entre sí. En ocasión de las tentativas anteriores, estos individuos fueron elegidos del modo más desdichado posible, con lo cual en todos los casos la cuestión volvió a adormecerse. Cada tentativa fracasada sólo instaba a un nuevo impulso. Cuando algunos de los portavoces democráticos de Londres se cansaban de esta cuestión, otros tomaban su lugar; durante el pasado mes de agosto volvieron a tener lugar acercamientos que esta vez no fueron infructuosos, y una celebración del 22 de setiembre, que ya había sido anunciada por otra parte, fue aprovechada para declarar públicamente la alianza de los demócratas de todas las naciones radicados en Londres.

En esta asamblea se hallaron reunidos ingleses, franceses, alemanes, italianos, españoles, polacos y suizos. También Hungría y Turquía presentaron sendos contingentes de hombres. Las tres grandes naciones de la Europa civilizada —ingleses, alemanes y franceses— llevaron la voz cantante y estuvieron dignísimamente representadas. El presidente fue, como es natural, un inglés, *Thomas Cooper*, «el cartista», quien por su participación en la insurrección de 1842 fue mantenido durante casi dos años en la cárcel, donde escribió una epopeya en el estilo de Childe Harold que se ha ganado grandes alabanzas de los críticos ingleses. El orador principal de la velada fue, por parte de los ingleses, *George Julian Harney*, desde hace dos años codirector del *Northern Star*. El *Northern Star* es el órgano del cartismo, fundado por O'Connor en 1837, el cual, desde que lo dirigen en forma conjunta J. Hobson y Harney, se ha convertido, en todos los aspectos, en uno de los mejores periódicos de Europa; sólo podría comparar con él algunos pequeños periódicos obreros parisienses, en especial la *Union*. El propio Harney es un auténtico proletario, que participa en el movimiento desde su juventud, uno de los miembros principales de la mencionada asociación democrática de 1838/39 (presidió la fiesta del 10 de agosto) y, junto con Hobson, es categóricamente el mejor escritor inglés, cosa que ocasionalmente pienso demostrarles a los alemanes. Harney tiene total claridad acerca de la finalidad del movimiento europeo y está completamente *à la hauteur des*

principes,⁹ aunque nada sepa acerca de las teorías alemanas referentes al verdadero socialismo. Suyo es el mérito principal de la organización de esta fiesta cosmopolita; no ha omitido esfuerzos para reunir las diferentes nacionalidades, eliminar malentendidos y superar diferencias personales.

El brindis pronunciado por Harney rezaba:

«A la solemne memoria de los sinceros y virtuosos republicanos franceses de 1792. Que la igualdad por la cual lucharon, vivieron, trabajaron y murieron, experimente una pronta resurrección en Francia y expanda su reino a través de toda Europa».

Harney, quien fue recibido con aplausos doble y triplemente repetidos, dijo lo siguiente:

«Hubo un tiempo en el cual una celebración como la presente nos hubiese expuesto no sólo al desprecio, las ironías, la burla y la persecución de las clases privilegiadas, sino también a los actos de violencia de un pueblo confundido e ignorante, un pueblo que, de acuerdo con las enseñanzas de sus curas y gobernantes, consideraba la Revolución Francesa como algo terrible e infernal, como algo que se contempla retrospectivamente con horror, de lo cual se habla con abominación. Recordaréis —cuando menos la mayor parte de vosotros— que no hace aún mucho tiempo, cuando se exigía aquí, en nuestra patria, la derogación de alguna ley mala o la promulgación de alguna ley buena, se alzaba de inmediato el clamor de “jacobinos”. Si se exigía la reforma del Parlamento, la rebaja de los impuestos, la educación nacional o cualquier otra cosa que tuviese algún regusto a progreso, podía estarse seguro de que volverían a conjurar “la Revolución Francesa”, el “reinado del terror” y todo el resto de aquellas sangrientas fantasmagorías, las que se expondrían como corresponde a fin de intimidar a los niños grandes de barbas y pantalones, que aún no habían aprendido a pensar por sí solos. (Hilaridad y aplausos.) Este tiempo ha pasado; sin embargo, dudo acerca de si ya hemos aprendido a leer correctamente la historia de aquella gran revolución. Sería muy fácil para mí declamar, en ocasión de este brindis, algunos sentimientos seductores acerca de la igualdad y los derechos del hombre, de la coalición de los reyes europeos y de las acciones de Pitt y de Braunschweig; podría tratar todo eso con mayor extensión, acaso recibir aplausos por un discurso pronunciado con un espíritu extremadamente liberal, pero no obstante omitir la consideración del problema real. El gran problema real que debió resolver la Revolución Francesa

9. A la altura de los principios.

fue la *destrucción de la desigualdad* y la fundación de instituciones que asegurasen al pueblo francés la dicha de la cual, hasta el presente, siempre han carecido las masas. Si juzgamos las características que se manifiestan en la Revolución según esta prueba de toque, nos resultará fácil justipreciarla. Tomemos por ejemplo a Lafayette como representante del constitucionalismo, y acaso sea el hombre mejor y más honesto de todo el partido. Pocos hombres han disfrutado de mayor popularidad que Lafayette. En su juventud viajó a América y participó en la lucha norteamericana contra la tiranía inglesa. Una vez conquistada la independencia norteamericana retornó a Francia, y poco después lo encontramos como uno de los primeros en la revolución que se iniciaba a la sazón en su propio país. En su edad anciana lo volvemos a encontrar como el hombre más popular de Francia, donde después de los tres días se lo convierte en verdadero dictador, a quien basta una sola palabra para destituir o nombrar reyes. Lafayette gozó, tanto en Europa como en América, de mayor popularidad que acaso cualquiera de sus contemporáneos; y hubiese merecido ese favor popular si en su conducta ulterior hubiese permanecido fiel a sus primeras actuaciones revolucionarias. Pero Lafayette jamás fue amigo de la igualdad. (¡Escuchen eso!) Por cierto que desde un comienzo abandonó sus títulos y renunció a sus prerrogativas feudales; y hasta allí todo estaba bien. Colocado al frente de la Guardia Nacional, ídolo de la burguesía, hasta rigiendo las inclinaciones de la clase obrera, durante un tiempo se le consideró el paladín de la Revolución. Pero se detuvo cuando llegó la hora de avanzar. El pueblo pronto descubrió que, con la destrucción de la Bastilla y la abolición de los privilegios feudales, con la humillación del rey y de la aristocracia, nada se había logrado *salvo acrecentar el poder de la burguesía*. Pero el pueblo no se satisfizo con ello (aplausos): reclamó libertad y derechos para sí, exigió lo que nosotros exigimos: *una igualdad verdadera y plena*. (Fuertes aplausos). Cuando Lafayette vio esto, se hizo conservador, y dejó de ser revolucionario. Fue él quien propuso la aprobación de la ley marcial, para de ese modo legitimar el fusilamiento y el sofocamiento del pueblo en caso de eventuales tumultos, y ello, por añadidura, en una época en la cual el pueblo padecía una absoluta situación de hambre; y bajo esta ley marcial, el propio Lafayette dirigió la masacre del pueblo, cuando éste estaba reunido el 17 de julio de 1791 en el *Champs de Mars*, con el fin de pedir a la Asamblea Nacional, después de la huida del rey a Varennes, que no se reinstalase en el cargo a este jefe de estado desertor. Más tarde Lafayette osó amenazar a París con su espada, y a los clubes populares con el cierre violento. Después del diez de agosto trató de inducir a sus soldados a marchar sobre París; pero éstos, mejores patriotas que él, se negaron, y entonces Lafayette huyó y renegó de la Revolución. Y sin embargo Lafayette fue por cierto el mejor hombre entre todos los consti-

tucionalistas. Pero ni él ni su partido tienen nada que ver con nuestro brindis, ya que ni siquiera nominalmente eran republicanos. Pretendían reconocer la soberanía del pueblo, mientras que, al mismo tiempo, dividían a ese mismo pueblo en ciudadanos activos e inactivos, limitando el derecho del voto a los contribuyentes, a quienes denominaban ciudadanos activos. En suma, que Lafayette y los constitucionalistas eran meros *whigs*, poco mejores —si es que lo eran— que las gentes que nos han llevado de las narices con el *bill* de la reforma. (Aplausos.) A ellos les sucedieron los girondinos, y son éstos a quienes se presenta habitualmente como los “republicanos sinceros y virtuosos”. No puedo compartir ese punto de vista. De ninguna manera podemos negarles el tributo de nuestra admiración por su talento, por la elocuencia que distinguía a los jefes de ese partido, a las cuales se suma aún en algunos casos, como el de Roland, una integridad inmovible, en otros, como el de Madame Roland, el sacrificio heroico, y en otros aún, como Barbaroux, un fogoso entusiasmo. Y no podemos dejar de emocionarnos profundamente —cuando menos a mí me sucede— cuando leemos acerca de la muerte, horrenda y prematura de Madame Roland o del filósofo Condorcet. Pero a pesar de todo ello, los girondinos no eran las personas de quienes el pueblo podía esperar la redención de la esclavitud social. En ningún instante se pone en duda que había entre ellos gente magnífica; también puede admitirse que eran sinceros en sus convicciones. Acaso podamos creer que muchos de ellos fueron más ignorantes que culpables, aunque sólo podamos creerlo de aquéllos que perecieron; pues si tuviésemos que juzgar a todo el partido de acuerdo a quienes sobrevivieron a lo que ha dado en llamarse el reinado del terror, nos veríamos forzados a la conclusión de que jamás ha existido una ralea más vil. Estos girondinos sobrevivientes ayudaron a destruir la constitución de 1793, instauraron la constitución aristocrática de 1795, conspiraron junto con otras fracciones aristocráticas para eliminar a los auténticos republicanos y finalmente contribuyeron a que Francia cayese bajo el despotismo militar del usurpador Napoleón. (¡Escuchen eso!) Mucho se ha ensalzado la elocuencia de los girondinos; pero nosotros, demócratas inmovibles, no podemos admirarles solamente por haber sido elocuentes, de hecho, si así hubiésemos de obrar, deberíamos tributar los mayores honores al venal y aristocrático Mirabeau. Cuando el pueblo insurrecto por la libertad, rompiendo las ataduras de catorce siglos de esclavitud, abandonó sus moradas para lanzarse sobre los conspiradores internos y los ejércitos invasores en sus fronteras, era menester algo más que los elocuentes discursos y las bien urdidas teorías de la Gironda para resistir. “Pan, acero e igualdad” exigía el pueblo; (aplausos) pan para sus familias hambrientas, acero contra las cohortes del despotismo e igualdad como objetivo de su tarea y retribución por sus sacrificios. (Fuertes aplausos.) En

cambio los girondinos sólo consideraban al pueblo, para decirlo con Thomas Carlyle, como “masas explosivas con las cuales se vuelan Bastillas”, que se emplean como instrumentos y se tratan como esclavos. Fluctuaban entre la monarquía y la democracia, intentaron en vano engañar a la justicia eterna mediante un arreglo. Cayeron, y su caída era merecida. Los hombres dotados de energía los pisotearon y el pueblo los barrió. De las diversas fracciones del partido de la Montaña sólo considero dignos de mención a Robespierre y sus amigos. (*Grandes aplausos.*) La inmensa mayoría de la Montaña constaba de bandidos, preocupados únicamente por capturar el botín de la Revolución, y a quienes en nada interesaba el pueblo, cuyos esfuerzos, padecimientos y valor habían impuesto la Revolución. Estos aventureros, que durante un tiempo emplearon el lenguaje de los amigos de la igualdad y que lucharon con ellos contra los constitucionalistas y los girondinos, se mostraron bajo su verdadera luz, como desembozados enemigos mortales de la igualdad, en cuanto llegaron al poder. Este partido fue el responsable del derrocamiento y asesinato de Robespierre, así como de la muerte de Saint-Just, Couthon y todos los amigos de aquel incorruptible legislador. No satisfechos con haber aniquilado a estos amigos de la igualdad, estos asesinos alevosos aún acumularon sobre sus nombres las calumnias más infames, y no vacilaron en acusar a sus víctimas de los crímenes que ellos mismos habían cometido. Sé que aún sigue siendo *unfashionable*¹⁰ considerar a Robespierre otra cosa que un monstruo, pero creo que está cercano el día en que imperará una opinión totalmente diferente acerca del carácter de ese hombre extraordinario. No he de endiosar a Robespierre ni considerarlo perfecto; pero aún sigue pareciéndome uno de los poquísimos dirigentes revolucionarios populares que reconoció y empleó los medios necesarios para derrotar la injusticia política y social. (*Grandes aplausos.*) No dispongo de tiempo para hablar sobre el carácter del indomable Marat, acerca de Saint-Just, esa brillante incorporación de la caballería republicana; asimismo, tampoco tengo tiempo para enumerar las excelentes medidas legislativas que distinguieron el enérgico gobierno de Robespierre. Llegará el día, repito, en que se haga justicia a su nombre. (*Aplausos.*)— Para mí, la prueba más concluyente del verdadero carácter de Robespierre estriba en el general sentimiento de pesar que experimentaron por él los demócratas sinceros que le sobrevivieron, incluso aquéllos que, malinterpretando sus intenciones, se habían dejado inducir a acelerar su caída, pero que, cuando ya era demasiado tarde, lamentaron amargamente su necedad. Babeuf fue uno de ellos, el autor de la célebre conspiración que ha recibido su nombre. Esta conspiración tenía por finalidad la instauración de una verdadera república, *en la cual*

10. Improcedente.

se desconociese el egoísmo individualista —(Aplausos)—, *en la cual debían dejar de existir la propiedad privada y el dinero, raíces de todos los males* —(Aplausos)—, en la cual la felicidad de todos debía estar basada en *el trabajo común y los goces iguales de todos. (Grandes aplausos.)*— Estos hombres gloriosos persiguieron su glorioso objetivo hasta la muerte. Babeuf y Darthé sellaron sus convicciones con su sangre, y Buonarroti persistió, a través de años de cárcel, estrechez y ancianidad, en su defensa de los grandes principios que esta noche osamos proclamar. También debo mencionar a los heroicos diputados Rome, Soubrany, Duroy, Duquesnoy y sus compañeros, quienes, condenados a muerte por los traidores aristocráticos de la Convención, se dieron ellos mismos la muerte, en presencia y a despecho de sus asesinos, con un único puñal que fue de mano en mano. Y esto es cuanto debo decir acerca de la primera parte de nuestro brindis. La segunda parte sólo requiere escasas palabras de mi parte, ya que a este respecto quienes mejor podrán hablar son los demócratas franceses presentes. No cabe duda de que los principios de la igualdad experimentarán una gloriosa resurrección; de hecho ya han experimentado esa resurrección, no sólo en la efígie del republicanismismo, sino también en la del comunismo; pues, por lo que sé, toda Francia está cubierta actualmente por sociedades comunistas; pero para seguir desarrollando este tema dejaré la palabra a mi amigo el Dr. Fontaine y sus compatriotas. Mucho me alegra la presencia de esos honorables demócratas. Esta noche podrán convencerse por sus propios sentidos de lo absurdo de las interminables diatribas del bando belicista francés contra el pueblo inglés. (Aplausos.) Apartamos muy lejos de nosotros estas antipatías nacionales; desdeñamos y nos repugnan estos cebos y señuelos bárbaros, tales como “enemigos naturales”, “enemigos hereditarios” y “gloria nacional”. (Fuertes aplausos.) Odiamos todas las guerras, excepto aquéllas a las cuales se obliga a un pueblo en virtud de la opresión interna y la invasión externa. (Aplausos.) Más aún, *rechazamos la palabra “extranjero” y no queremos que siga existiendo en nuestro diccionario democrático. (Grandes aplausos.)* Podremos pertenecer a la sección inglesa, francesa, italiana o alemana de la familia europea, pero “la joven Europa” es nuestro nombre común y bajo su bandera nos ponemos juntos en campaña contra la tiranía y la desigualdad». (Prolongados y entusiastas aplausos.)

Luego de que un comunista alemán¹¹ hubiese cantado la Marsellesa, Wilhelm Weitling pronunció el segundo brindis:

«A la joven Europa. Que los demócratas de todas las naciones, arrojando de sí los celos y las antipatías nacionales del pasado, se unan

11. Joseph Moll.

en una falange fraternal para la destrucción de la tiranía y el triunfo general de la igualdad».

Weitling, quien fue recibido con gran entusiasmo, leyó —ya que no habla el inglés fluidamente— el siguiente discurso:

«¡Amigos! Esta asamblea es testimonio de ese sentimiento común que arde en el pecho de todos los hombres, del sentimiento de la fraternidad general. ¡Sí! Aunque en razón de nuestra educación empleamos diferentes palabras para comunicarnos entre nosotros ese sentimiento común, aunque las diferencias idiomáticas inhiben el intercambio de ese sentimiento, aunque nuestros adversarios comunes aúnan y emplean millares de prejuicios para obstaculizar, en lugar de fomentar, un mejor entendimiento, una fraternidad general, a pesar de ello, no obstante todos esos impedimentos, no es posible extirpar ese sentimiento poderoso de amor —(Aplausos)—, ese sentimiento que atrae al que sufre hacia sus compañeros de infortunio, al que lucha por una situación mejor hacia quien combate junto a él. (Aplausos.) También han luchado con nosotros aquéllos cuya revolución celebramos esta noche; también ellos estuvieron animados por las mismas simpatías que nos congregan y que acaso nos conduzcan hacia una lucha semejante, y esperemos que más fecunda en éxitos. (Fuertes aplausos.)— En tiempos de efervescencia, cuando los privilegios de nuestros enemigos autóctonos corren gran peligro, éstos se esfuerzan por guiar nuestros prejuicios allende las fronteras de nuestra patria natural y por hacernos creer que las gentes de esos lugares son hostiles a nuestro interés común. ¡Qué engaño! Si reflexionamos con calma al respecto, pronto comprendemos que nuestros enemigos más inmediatos se hallan entre nosotros mismos, en nuestro propio medio. (Escuchen, escuchen, y aplausos.) No es el enemigo exterior a quien debemos temer, ya que ese pobre enemigo recibe nuestro mismo trato; al igual que nosotros, debe trabajar para millares de inútiles; al igual que nosotros acude a las armas contra alguna sociedad de hombres, porque lo obligan a ello el hambre y la ley, porque lo incitan a ello sus pasiones nutridas por la ignorancia. Los gobernantes de las naciones nos dicen que nuestros hermanos son crueles y rapaces; pero ¿quién es más rapaz que quienes nos gobiernan, que quienes nos hacen instruir en las armas, que quienes en provecho de sus propios privilegios nos incitan a la guerra y nos conducen a ella? (Aplausos.) ¿Es realmente nuestro interés común lo que torna necesaria la guerra? ¿Es el interés de las ovejas, conducidas por lobos, el de combatir contra otras ovejas, conducidas asimismo por lobos? (Fuertes aplausos.) Ellos mismos son nuestros enemigos más rapaces; nos han quitado todo cuanto era nuestro, para dilapidarlo en los placeres y la disipación. (Aplausos.) Nos quitan lo que

es nuestro, pues todo cuanto dilapidan ha sido producido por nosotros y debiera pertenecer a quienes lo producen, a sus mujeres e hijos, a sus ancianos y enfermos. (Fuertes aplausos.) Pero ved como nos roban todo mediante sus sagaces artimañas, acumulándolo para una ralea de parásitos holgazanes. (Aplausos.) ¿Es posible, acaso, que algún, enemigo externo nos despoje aún más que nuestros propios enemigos domésticos? ¿Es acaso posible aún que el extranjero asesine aún más a nuestros pueblo que nuestros insensibles hombres de dinero, quienes nos despojan mediante su juego bursátil, su usura y su especulación, mediante su sistema del dinero y sus bancarrotas, sus monopolios, sus rentas eclesiásticas e inmobiliarias, quienes por todos estos medios nos despojan de nuestras necesidades vitales más imprescindibles y causan la muerte de millones de nuestros hermanos trabajadores, a quienes ni siquiera les dejan la suficiente cantidad de patatas como para con ellas mantener su vida? (Grandes aplausos.) ¿No está, por ello, suficientemente claro que aquellos que lo son todo por el dinero y nada sin él son los verdaderos enemigos de los obreros en todos los países, que entre todos los seres humanos no existen otros enemigos de la especie humana que los enemigos de los obreros? (Aplausos.) ¿Es posible, entonces, que nos roben y nos asesinen más en épocas de guerra política, de lo que ya ocurre actualmente, en una así llamada época de paz? ¿Entonces sólo favorecemos los prejuicios nacionales, el derramamiento de sangre y los despojos en homenaje a la gloria militar? ¿Qué pueden ganar nuestros intereses son semejante estúpida gloria? (Aplausos.) ¿Qué tenemos que ver con ella, si nuestros intereses y nuestros mejores sentimientos se le oponen? (Aplausos.) ¿Acaso no debemos pagar nosotros las costas? (Aplausos.) ¿Acaso no debemos trabajar y desangrarnos nosotros por ella? (Renovados aplausos.) ¿Qué interés podemos tener nosotros en todos estos despojos nacionales y derramamientos de sangre, salvo de que aprovechemos esas ocasiones para arrepentirnos y volvernos contra la aristocracia de todas las naciones, que incuba el saqueo y el asesinato? (Entusiastas aplausos.) Es sólo esa aristocracia, y siempre esa aristocracia, la que saquea y asesina sistemáticamente. Los pobres son sólo sus instrumentos obligados e involuntarios, escogidos en todas las naciones, son los más colmados de prejuicios nacionales, los que quisieran ver a todas las naciones sojuzgadas por la suya propia. Pero traedlos a esta asamblea y se entenderán, se estrecharán mutuamente las manos. Si antes de una batalla los defensores de la libertad pudiesen hablar a las filas de sus hermanos, la batalla no llegaría a producirse; por el contrario, se convertiría en una asamblea de amigos como la nuestra. ¡Oh, si pudiésemos celebrar una asamblea semejante en un campo de batalla, cuán pronto concluiríamos con todos esos intereses que nos sorben la sangre y la médula, y que actualmente nos oprimen y nos saquean! (Fuertes aplausos.) Estas,

amigos, son las manifestaciones de ese sentimiento común, cuyo calor, concentrado en el foco de la fraternidad general, enciende un fuego de entusiasmo que pronto ha de derretir todos los témpanos obstaculizadores, que durante demasiado tiempo han mantenido separados a los hermanos». (Weitling volvió a tomar asiento en medio de prolongados aplausos.)

El Dr. *Berrier-Fontaine*, un viejo republicano, que ya durante los primeros años de la dominación burguesa había desempeñado, en París, un importante papel en la *Société des droits de l'homme*,¹² que se vio envuelto en el proceso de abril de 1834 y se evadió de Sainte-Pelagie con los demás acusados en 1835 (véase la *Historia de los 10 años* de Louis Blanc), que luego avanzó junto con la ulterior evolución del bando revolucionario en Francia y que mantiene contactos amistosos con el *Père*¹³ Cabet, el Dr. Berrier-Fontaine ocupó la tribuna después de Weitling. Fue recibido con atronadores aplausos y dijo lo siguiente:

«¡Ciudadanos! Mi discurso ha de ser necesariamente breve, ya que no hablo muy bien el inglés. Me causa un placer indecible ver cómo los demócratas ingleses celebran la república francesa. Coincido con todo mi corazón con los nobles sentimientos que ha expresado el señor Julian Harney. Os aseguro que el pueblo francés no piensa ni por asomo en considerar al pueblo inglés como su enemigo. Si algunos periodistas escriben contra el gobierno inglés, no escriben en cambio contra el pueblo inglés. El gobierno inglés es aborrecido en toda Europa, porque no es el gobierno del pueblo inglés, sino el de la aristocracia inglesa. (Aplausos.) Los demócratas franceses, muy lejos de ser enemigos del pueblo inglés, y muy por el contrario, desean confraternizar con él. (Fuertes aplausos.) Los republicanos de Francia no lucharon solamente para Francia, sino para toda la humanidad; aspiraron a establecer la igualdad y a esparcir sus bendiciones a través de todo el mundo. (Grandes aplausos.) Declararon que toda la humanidad eran sus hermanos y sólo lucharon contra las aristocracias de otras naciones. (Aplausos.) Puedo asegurarlos, ciudadanos, que los principios de la igualdad ya han nacido a una nueva vida. El comunismo avanza a pasos agigantados a través de toda Francia. Las asociaciones comunistas se difunden por todo el país y confío en que pronto asistiremos a una gran confederación de demócratas de todas las naciones, para asegurar el triunfo del comunismo republicano a todo lo largo y ancho de Europa». (El Dr. Fontaine volvió a tomar asiento en medio de reiterados testimonios de aplauso.)

12. Sociedad de los derechos del hombre.

13. Padre.

Después de haberse recibido el brindis por la «joven Europa» con tres sonoros *cheers*¹⁴ y «un *cheer* más», aún se pronunciaron brindis por Thomas Paine, por los demócratas caídos de todos los países, luego por los de Inglaterra, Escocia e Irlanda, por los cartistas deportados Frost, Williams, Jones y Ellis, por O'Connor, Duncombe y los demás propagandistas de la Carta, y finalmente se lanzaron tres *cheers* por el *Northen Star*; se cantaron canciones democráticas en todas las lenguas (no veo mencionado únicamente al idioma alemán) y se dio término a esta fiesta en el más fraternal de los espíritus.

Tenemos aquí una asamblea de más de mil demócratas de casi todas las naciones europeas, quienes se habían congregado para celebrar la fundación de la República Francesa, un acontecimiento en apariencia ajeno a cualquier comunismo. No se había convenido en modo alguno que se llevaría allí un público determinado; nada indicaba que habría de manifestarse otra cosa que lo que los cartistas londinenses entienden por democracia. Podemos muy bien suponer, entonces, que la mayoría de la asamblea representaba bastante exactamente a la masa de los proletarios cartistas de Londres. Y esta asamblea recogió los principios comunistas, y hasta la propia palabra comunismo, con unánime entusiasmo. El *meeting* de los cartistas fue una fiesta comunista y, tal como lo admiten los propios ingleses, «desde hacía años no se veía en Londres un entusiasmo semejante al que imperó durante esa velada».

¿Tengo razón o no cuando digo que, hoy en día, la democracia es el comunismo?

F. ENGELS

Escrito a fines de 1845.

Rheinische Jahrbücher

zur gesellschaftlichen Reform, 1846

Tomo II, págs. 1-19.

APÉNDICE

PRÓLOGOS DE
«LA SITUACIÓN DE LA
CLASE OBRERA EN INGLATERRA»

EL MOVIMIENTO OBRERO EN NORTEAMÉRICA

[Prólogo a la edición norteamericana (1887) de
La situación de la clase obrera en Inglaterra]

[*Der Sozialdemokrat*, n.º 24 y 25, del 10 y 17 de junio de 1887]

Han transcurrido diez meses desde que, por pedido de la traductora, escribí el «Apéndice» a este libro. Durante estos diez meses se ha operado en la sociedad norteamericana una revolución que en cualquier otro país hubiese necesitado por lo menos diez años. En febrero de 1885, la opinión pública de Norteamérica era unánime en el punto siguiente: que en Norteamérica no existía en absoluto una clase obrera, en el sentido europeo del término; que, en consecuencia, era imposible una lucha de clases entre obreros y capitalistas, tal como la que desgarró a la sociedad europea, en la república norteamericana; y que por ende el socialismo era un engendro importado desde el exterior, incapaz de echar raíces en territorio norteamericano. Y sin embargo, precisamente en ese momento la lucha de clases que se iniciaba proyectaba ante sí su sombra gigantesca en las huelgas de los mineros del carbón en Pennsylvania y de muchos otros gremios, y muy especialmente en los preparativos —en todas las regiones del país— para el gran movimiento en pro de las ocho horas, fijado para el mes de mayo y que se produjo realmente en esa fecha. Mi «Apéndice» demuestra que ya entonces reconocía yo correctamente estos síntomas, que preveía un movimiento de la clase obrera en escala nacional. Pero lo que nadie podía prever era que el movimiento estallaría en tan breve lapso con una fuerza tan irresistible, que se esparciría en torno con la rapidez de un incendio de praderas, y que ya ahora mismo conmovería a la sociedad norteamericana hasta sus cimientos.

El hecho está allí, inexpugnable, indiscutible. El terror que sembró entre las clases dominantes de Norteamérica se me reveló, de manera regocijante, por intermedio de periodistas norteamericanos que me honraron con su visita durante el verano pasado; el nuevo movimiento los había sumido en un estado de temor impotente y lastimero. Y sin embargo, el movimiento apenas estaba entonces en su origen, sólo consistía en una serie de espasmos confusos, aparentemente incoherentes, de la clase que, en virtud de la abolición de la esclavitud negra y a causa del rápido desarrollo industrial, se había convertido en el estrato inferior de la sociedad norteamericana. Pero ya antes de concluir el año se reveló que esos extraños ataques espasmódicos sociales transcurrían cada vez más en una dirección determinada. Los movimientos espontáneos e intuitivos de estas ingentes masas obreras, su difusión a través de un inmenso territorio, el estallido simultáneo y por doquier de su descontento común con una situación social miserable, en todas partes idéntica y debida a las mismas causas, todo ello llevó a la conciencia de esas masas el hecho de que constituían una nueva clase aparte en la sociedad norteamericana, una clase de trabajadores asalariados, de proletarios que, en los hechos, eran de carácter más o menos hereditario. Y con un instinto genuinamente norteamericano, esta conciencia les llevó a dar de inmediato el paso siguiente para su liberación: la formación de un partido político obrero, con un programa propio y con la conquista del Capitolio y de la Casa Blanca como objetivo. En mayo, las luchas por la jornada laboral de ocho horas, los disturbios en Chicago, Milwaukee, etc., el intento de las clases dominantes de reprimir el movimiento obrero en germinación mediante la cruda violencia y una brutal justicia de clase; en noviembre, el joven partido obrero ya estaba organizado en todos los grandes centros, las elecciones en Nueva York, Chicago y Milwaukee. Hasta ahora, mayo y noviembre sólo recordaban a los burgueses norteamericanos los plazos de vencimiento de los cupones de la deuda pública norteamericana; a partir de ahora, mayo y noviembre también les recordarán los días de vencimiento en los que el proletariado norteamericano presentó al pago, por vez primera, *sus propios* cupones.

En los países europeos, la clase obrera necesitó años y más años hasta comprender por completo que constituye una clase aparte y, en las circunstancias imperantes, permanente, de la sociedad moderna. Y nuevamente requirió años hasta que esa conciencia de clase la llevara a agruparse en un partido político aparte, un partido que enfrentase en forma independiente y hostil a todos los antiguos partidos formados por los diferentes grupos de las clases dominantes. En el suelo de Norteamé-

rica, más favorecido, donde no hay ruinas feudales que obstruyan el camino, donde la historia se inicia con los elementos de la sociedad burguesa moderna ya elaborados en el siglo XVII, la clase obrera ha recorrido esas dos etapas de su evolución en apenas diez meses.

Sin embargo, todo esto no es más que el comienzo. El que las masas laboriosas sientan el carácter común de sus quejas e intereses, su solidaridad en cuanto clase frente a todas las demás clases; el que, a fin de expresar ese sentimiento y tornarlo eficaz, pongan en movimiento la maquinaria política que se halla dispuesta para dar ese paso en todos los países libres, todo ello es apenas el primer paso. El paso siguiente consiste en encontrar el remedio común para esas dolencias comunes, y expresarlo en el programa del nuevo partido obrero. Y este paso —el más importante y difícil de todo el movimiento— aún está por darse en Norteamérica.

Un partido nuevo debe poseer un programa positivo determinado, un programa cuyos pormenores puedan cambiar con las circunstancias y con el desarrollo del propio partido, pero después de todo un programa acerca del cual el partido esté acorde en cualquier momento dado. Mientras ese programa no esté elaborado aún, el partido tampoco podrá existir más que en embrión; podrá tener existencia local, pero no nacional; podrá ser un partido por definición, pero no en la realidad.

Pero cualquiera que sea la forma originaria de este programa, tendrá que desarrollarse constantemente avanzando en una dirección que pueda establecerse de antemano. Las causas que han producido una grieta de profundidad abismal entre la clase obrera y la clase capitalista son las mismas en Norteamérica que en Europa; asimismo, los medios para cerrar esa grieta son los mismos por doquier. Y por ello el programa del proletariado norteamericano, cuanto más se desarrolle el movimiento, tanto más deberá coincidir con el programa que, luego de sesenta años de discordia y de debates, se ha convertido en el programa generalmente aceptado del proletariado combativo europeo. Al igual que éste, proclamará como objetivo final la conquista del poder político por parte de la clase obrera como medio para la apropiación directa de todos los medios de producción —suelo, ferrocarriles, minas, máquinas, etc.— por parte de la sociedad, y para la utilización colectiva de estos medios de producción por y para la comunidad.

De hecho, el nuevo partido norteamericano, al igual que todos y cada uno de los partidos políticos, en virtud del mero hecho de su formación, aspira a la conquista del poder político. Pero dista mucho de estar de acuerdo consigo mismo acerca de para qué ha de utilizarse ese poder político. En Nueva York y en las otras grandes urbes del Este, la

clase obrera se ha organizado en sindicatos, formando en cada ciudad una poderosa *Central Labor Union*. En especial en Nueva York, el pasado mes de noviembre la *Central Labor Union* escogió a Henry George como abanderado; en consecuencia, su programa electoral estaba fuertemente imbuido, a la sazón, de los puntos de vista de Henry George. En las grandes ciudades del Noroeste,¹ la batalla electoral se libró sobre la base de un programa obrero bastante indefinido, en el cual la influencia de las ideas de George apenas si resultaba perceptible, si es que existía en absoluto. Y mientras que en estos grandes centros de población y de la industria el movimiento adquiriría una forma decididamente política, hallamos junto a él, diseminadas a través de todo el país, dos organizaciones obreras ampliamente difundidas: los Caballeros del Trabajo y el Partido Socialista Obrero, de las cuales sólo la última posee un programa coincidente con el punto de vista europeo moderno, arriba esbozado.

De estas tres formas más o menos definidas en las que se nos presenta el movimiento obrero norteamericano, la primera —el movimiento dirigido por Henry George en Nueva York— sólo reviste, principalmente y por el momento, significación local. Sin duda, Nueva York es, con mucho, la ciudad más importante del país; pero Nueva York no es París, y los Estados Unidos no son Francia. Y se me ocurre que el programa de Henry George, en su forma actual, es demasiado estrecho como para constituir el fundamento de algo más que un movimiento local o, en el mejor de los casos, de algo más que una efímera fase de transición del movimiento general. Para Henry George, la expropiación de la masa del pueblo con respecto a la propiedad de la tierra es la gran causa general de la escisión del pueblo en ricos y pobres. Pero esto no es totalmente correcto, desde el punto de vista histórico. En la antigüedad asiática y clásica, la forma predominante de la opresión de clases era la esclavitud, es decir no tanto la expropiación de las masas con respecto al suelo, sino antes bien la apropiación de sus personas por parte de terceros. Cuando al decaer la república romana los campesinos libres itálicos fueron expropiados de sus solares nativos, se transformaron en una clase de «blancos andrajosos» (*«poor whites»*, *«white trash»*), tal como la que existía en los estados sureños esclavistas de la Unión antes de 1861; y entre

1. *Noroeste* era todavía, por los años en que Engels escribe estas líneas, la denominación extraoficial de la región ubicada alrededor de los Grandes Lagos y entre el Mississippi y el Ohio, pese a que en ese entonces la misma ya no estaba al Noroeste de los Estados Unidos.

esclavos y libres harapientos —dos clases igualmente incapaces de liberarse a sí mismas— sucumbió el mundo antiguo. En la Edad Media no fue en modo alguno la expropiación de las masas populares *de* la tierra, sino más bien su apropiación *a* la tierra, lo que constituyó el fundamento de la opresión feudal. El campesino *conservaba* su solar natal, pero quedaba encadenado a él como siervo o vasallo, y debía rendir tributo al señor feudal en trabajo o en productos. Sólo al iniciarse la Época Moderna, hacia fines del siglo XV, se llevó a cabo la expropiación de los campesinos en gran escala, y esta vez en condiciones históricas que condujeron paulatinamente a los campesinos, perdidosos de sus posesiones, a la moderna clase de los asalariados, gente que nada posee salvo su fuerza de trabajo y que sólo puede vivir de la venta de esa fuerza de trabajo a terceros. Pero si la expropiación del suelo dio nacimiento a esta clase, hacía falta el desarrollo del modo de producción capitalista, la gran industria moderna y la agricultura moderna en gran escala para perpetuarla, incrementarla y convertirla en una clase particular con intereses particulares y una misión histórica particular. Todo esto ha sido expuesto en detalle por Marx. (*Kapital*, t. I, sección VII<, cap. XXIV): «La llamada acumulación originaria». Según Marx, la causa del actual antagonismo de clases y de la actual degradación de la clase obrera reside en su expropiación de *todos* los medios de producción, dentro de los cuales se incluye, como es natural, el suelo.

Una vez que Henry George ha convertido la monopolización del suelo en única causa de la pobreza y de la miseria, es comprensible que encuentre el remedio en que la sociedad como tal reasuma la posesión del suelo. Los socialistas de la escuela de Marx exigen asimismo que la sociedad reasuma la posesión del suelo, y no sólo la del suelo sino asimismo la de todos los demás medios de producción. Pero incluso si hacemos abstracción de ello, nos queda aún otra diferencia. ¿Qué ha de hacerse con el suelo? Los socialistas actuales, en la medida en que los representa Marx, reclaman que se lo posea en común y se lo trabaje colectivamente y por cuenta de la colectividad, y que otro tanto ocurra con todos los restantes medios sociales de producción: minas, ferrocarriles, fábricas, etcétera. En cambio Henry George se da por satisfecho con que el suelo se arriende en forma parcelaria a individuos, exactamente de la misma manera en que se lo hace hoy en día, con tal de que se reglamente el arrendamiento y que la renta del suelo fluya hacia las arcas públicas, en lugar de ir a dar, como actualmente, a bolsillos privados. La exigencia de los socialistas implica un trastocamiento total de todo el sistema actual de la producción social. En cambio, la exigencia de Henry George deja

intacto el modo social de producción actual, y de hecho también ha sido propugnada, años atrás, por la corriente más extrema de los economistas burgueses ricardianos. También ellos exigían la confiscación de la renta de la tierra por parte del estado.

Naturalmente que sería injusto suponer que Henry George ya haya pronunciado, de una vez y por todas, su última palabra. Pero ocurre que debo tomar su teoría tal como la encuentro.

La segunda gran división del movimiento norteamericano la constituyen los *Caballeros del Trabajo*. Y en ello parece reflejarse con la mayor fidelidad el presente estadio de desarrollo del movimiento, del mismo modo que también constituyen, sin duda alguna y con mucho, la más numerosa de las tres divisiones. Se trata de una asociación gigantesca, extendida a través de comarcas inconmensurables y en incontables «*assemblies*», en las cuales se hallan representados todos los matices de las opiniones individuales y locales de la clase obrera; todas están unidas bajo el techo de un programa de indefinición correspondiente, y cohesionadas mucho menos por su concepción impracticable que por el sentimiento instintivo de que el mero hecho de agruparse en pro de sus objetivos comunes los eleva al rango de gran potencia en el país; un enigma contradictorio auténticamente norteamericano, que viste los anhelos más modernos con un disfraz medieval, y que oculta el espíritu más democrático, y hasta más rebelde, tras un despotismo aparente, pero en realidad impotente; tal es el aspecto que ofrecen los Caballeros del Trabajo a un observador europeo. Pero si no dejamos que nos detengan extravagancias meramente exteriores, no podremos evitar ver en esta colosal acumulación de obreros una masa descomunal de energía potencial y adormecida, que se halla a punto de transformarse lenta pero seguramente en fuerza viva. Los Caballeros del Trabajo son la primera organización nacional creada por la clase obrera norteamericana en su conjunto. No importa cuáles hayan sido su origen y su historia, cuáles sean sus defectos y pequeñas extravagancias, su programa y su constitución: aquí son efectivamente la obra de toda la clase norteamericana de los asalariados, el único vínculo nacional que mantiene su cohesión, que les hace sentir su fuerza no menos que a sus enemigos, que los colma de la orgullosa esperanza de triunfos futuros. Y de ninguna manera sería acertado decir que los Caballeros del Trabajo son incapaces de evolucionar. Se hallan permanentemente en pleno proceso de desarrollo y revolución, son una masa de materia flexible, que se agita y fermenta, empeñada en hallar la forma y la imagen apropiadas a su naturaleza. Y encontrará esa forma, tan cierto como que el desarrollo histórico, al igual que la naturaleza,

tiene sus propias leyes intrínsecas. Si entonces los Caballeros del Trabajo han de conservar su denominación actual o no, es cosa indiferente. Pero el observador lejano difícilmente pueda evitar ver en ellos la materia prima a partir de la cual deberá elaborarse el futuro del movimiento obrero norteamericano, y por ende el futuro de la sociedad norteamericana en general.

La tercera división la constituye el *Partido Obrero Socialista*. Sólo es un partido en cuanto al nombre, pues en ninguna parte de Norteamérica ha podido realmente, hasta el presente, obrar como partido político. Hasta cierto punto es un elemento extranjero en los Estados Unidos; hasta hace muy poco constaba casi exclusivamente de inmigrantes alemanes, quienes se sirvieron de su propia lengua y están poco familiarizados con el idioma nacional inglés. Pero en virtud de la circunstancia de proceder de raíces ajenas, también llegó armada de la experiencia conquistada en largos años de lucha de clases en Europa, y con una comprensión de las condiciones generales de la emancipación de la clase obrera como hasta ahora sólo puede hallársela por excepción entre los obreros norteamericanos. Esto es una suerte para el proletariado norteamericano, que de este modo se halla en condiciones de apropiarse de las conquistas intelectuales y morales de los cuarenta años de lucha de sus compañeros europeos de clase y de aprovecharlas, acelerando así su propia victoria. Pues, como ya hemos dicho, no pueden caber dudas al respecto: el programa definitivo del proletariado norteamericano debe ser y será, en lo esencial, el mismo que el actualmente adoptado por todo el proletariado combativo de Europa, el mismo que el del Partido Obrero Socialista germano-norteamericano. De este modo, y en tal medida, este partido está llamado a cumplir una parte de suma importancia en el movimiento. Pero para cumplir esa vocación también tendrá que despojarse de su ropaje extranjero hasta sus últimos restos. Debe volverse total y absolutamente norteamericano. No puede exigir que los norteamericanos vengán a él; ellos, la minoría inmigrada, debe ir hacia la ingente mayoría de los norteamericanos nativos. Y para ello debe aprender, antes que nada, el inglés.

El proceso de fusión de estos diferentes elementos de la tremenda masa que se agita —elementos que, en realidad, no son antagónicos, aunque sí recíprocamente enajenados en virtud de sus diferentes puntos de partida—, este proceso requerirá algún tiempo y no transcurrirá sin múltiples fricciones, tales como las que ya se revelan en diversos puntos. Así, por ejemplo, en las ciudades del Este los Caballeros del Trabajo se hallan, en algunos casos, en lucha local contra los sindicatos organizados. Pero

precisamente esta clase de fricciones existen también dentro de los propios Caballeros del Trabajo, en cuyo seno no imperan, en modo alguno, la paz y la armonía. Pero éstos no son, de ninguna manera, síntomas de desintegración que darían a los capitalistas el derecho a regocijarse. Por el contrario, son sólo pruebas de que las incontables multitudes de trabajadores, que ahora finalmente se ponen en movimiento en una misma dirección general, no han hallado aún, hasta ahora, la expresión apropiada para sus intereses comunes, ni la forma de organización más adecuada. Hasta ahora sólo constituyen las primeras levadas en masa de la gran guerra revolucionaria, reunidas y armadas en grupos locales individuales, aún independientes, todas ellas destinadas a constituir un gran ejército, pero aún sin una organización regular ni un plan común de campaña. Aún se entrecruzan, aquí y allá, las columnas que marchan hacia un punto de reunión; se perciben confusiones, disputas y reyertas, y hasta la amenaza de serios choques. Pero, finalmente, la comunidad del objetivo último supera todas las pequeñas dificultades; no pasa mucho tiempo hasta que los ruidosos y dispersos batallones se reúnen en una línea de combate firmemente estructurada, plena del brillo de las armas y de un silencio amenazador, cubierta por arrojados tiradores a su frente y por reservas inmovilizables a sus espaldas.

El logro de este resultado, la unificación de estas diversas corporaciones independientes en un único ejército nacional de obreros con un programa común —por muy inmaduro que sea tal programa, con tal de que sea un auténtico programa de clase de obreros—, es el próximo gran paso que debe darse en Norteamérica. Nadie puede contribuir más al logro de ese objetivo ni a la confección del programa adecuado a tal objetivo que el Partido Obrero Socialista, con tal de que se decida a seguir la misma táctica que siguieron los socialistas europeos en la época en que sólo constituían una exigua minoría de la clase obrera. Esta táctica se expuso por vez primera en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1847 con las siguientes palabras:

«Los comunistas» —tal era el nombre que adoptamos entonces, y que aun hoy estamos muy lejos de rechazar—, «los comunistas no son un partido aparte frente a los demás partidos obreros.

»No tienen intereses separados de los intereses de todo el proletariado.

»No establecen principios especiales, en virtud de los cuales pretendan moldear el movimiento proletario.

»Los comunistas sólo se diferencian de los restantes partidos proletarios por la circunstancia de que, por una parte, en las diferentes luchas

nacionales de los proletarios [destacan y] hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientes de la nacionalidad; por la otra, por el hecho de que, en las diversas fases de desarrollo que recorre la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre el interés del movimiento general.

»Por consiguiente, los comunistas son, *prácticamente*, la parte más decidida de los partidos obreros de todos los países, la que siempre impulsa hacia adelante; teóricamente le llevan, a la masa restante del proletariado, la ventaja de su comprensión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario...

»Luchan, pues, por alcanzar los fines e intereses inmediatos de la clase obrera, pero en el movimiento actual representan, al mismo tiempo, el futuro del movimiento».²

Ésta es la táctica que hemos seguido el gran fundador del socialismo moderno, Karl Marx, y con él yo y los socialistas de todas las naciones que trabajan con nosotros, desde hace más de cuarenta años, que nos ha llevado por doquier al triunfo y que ha logrado que hoy en día la masa de los socialistas europeos, tanto en Alemania como en Francia, en Bélgica y Holanda como en Suiza, en Dinamarca y Suecia como en España y Portugal, luche como un único gran ejército bajo una misma bandera.

FRIEDRICH ENGELS

London, 26 de enero de 1887.

[PRÓLOGO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1892 DE *LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA*]

El presente libro, que de esta manera vuelve a ponerse al alcance del público alemán, apareció por primera vez en el verano de 1845. Lleva la impronta de la juventud del autor, con todo cuanto ello implica de bueno como de malo. Entonces tenía yo veinticuatro años; hoy, mi edad asciende al triple, pero al releer este trabajo de juventud considero que no tengo por qué avergonzarme en absoluto de él. Por lo tanto, no pienso en borrar de algún modo ese sello de trabajo juvenil, y vuelvo a presentárselo inalterado al lector. Sólo he redactado con mayor nitidez algunos pasajes no del todo claros, y de tanto en tanto he añadido alguna pequeña nota al pie, con indicación del año en que fue escrita (1892).

De las vicisitudes de este libro sólo mencionaré que apareció en 1885 en Nueva York en traducción al inglés (de la señora Florence Kelley Wischnewetzky), y que esta traducción fue reeditada en 1892 en Londres por Swan Sonnenschein & Co. El prólogo a la edición norteamericana sirvió de base al prólogo de la edición inglesa, y éste, a su vez, al presente prólogo alemán. La gran industria moderna nivela en medida tan gigantesca las condiciones económicas de todos los países que abarca, que difícilmente puedo decirle al lector alemán algo diferente de lo dicho a los lectores norteamericano e inglés.

El estado de cosas descrito en este libro pertenece actualmente —cuando menos en lo que a Inglaterra respecta— en su mayor parte al pasado. Aunque no se la enumere también expresamente en los manuales reconocidos, es no obstante una ley de la economía política moderna la de que cuanto más se perfecciona la producción capitalista, tanto menos puede subsistir con las pequeñas prácticas de fullerías y engaños que caracterizan sus etapas anteriores. Las mezquinas picardías del judío polaco, del representante del comercio europeo en su nivel más bajo, las mismas artimañas que tan excelentes servicios le prestan en su propia

patria y que allí son de aplicación general, lo dejan en el atolladero en cuanto llega a Hamburgo o a Berlín. Otro tanto le ocurría al comisionista, judío o cristiano, que llegaba procedente de Berlín o Hamburgo a la Bolsa de Manchester y que descubría —por lo menos hasta no hace mucho tiempo— lo siguiente: si quería comprar baratos hilado o tejido, debía abandonar ante todo aquellas maniobras y trucos —un poco más refinados, pero todavía lamentables— que en su patria se consideraban el pináculo de cualquier astucia comercial. Sin embargo, al parecer con el progreso de la gran industria, también en Alemania se habrían modificado muchas cosas, y en especial desde la Jena industrial sufrida en Filadelfia³ se ha desacreditado inclusive el antiguo principio alemán de la honestidad: ¡A la gente no puede sino resultarle agradable que le enviemos primero muestras buenas, y luego mercancías malas! Y, en efecto, estos trucos y zorrerías ya no resultan remunerativos en un mercado grande, en el cual el tiempo es oro y en el cual se desarrolla cierto nivel de moralidad comercial, no por amor a la virtud, sino simplemente para no perder en vano tiempo y esfuerzos. Y exactamente lo mismo ha ocurrido en Inglaterra en la relación entre el fabricante y sus obreros.

La reanimación de los negocios después de la crisis de 1847 fue el comienzo de una nueva época industrial. La derogación de las leyes cerealeras y las ulteriores reformas financieras necesariamente resultantes de ella proporcionaron a la industria y el comercio de Inglaterra toda la deseada libertad de acción. Inmediatamente después se produjo el descubrimiento de los yacimientos auríferos californianos y australianos. Los mercados coloniales desarrollaron en medida creciente su capacidad de absorber productos industriales ingleses. El telar mecánico de Lancashire eliminó, de una vez y para siempre, a millones de tejedores manuales indios. Las puertas de China se abrían cada vez más. Pero más que ningún otro país se desarrolló Norteamérica, con una celeridad inaudita incluso para ese país de gigantescos progresos; y no olvidemos que, en aquel entonces, Norteamérica era sólo un mercado colonial, más exactamente el mayor de todos, es decir, un país que proveía materias primas e importaba (en este caso, desde Inglaterra) productos industriales.

Pero a todo esto se sumó aún la circunstancia de que los nuevos medios de transporte instaurados al término del período anterior —ferrocarriles y vapores oceánicos— se concretaron entonces en escala interna-

3. Engels compara metafóricamente el mal papel de la industria alemana en la feria de Filadelfia (1876) con la derrota experimentada por Prusia y Sajonia a manos de Napoleón en Jena (1806).

cional, con lo cual establecieron de hecho lo que hasta entonces sólo había existido como predisposición: el *mercado mundial*. Ese mercado mundial aún consistía, por entonces, en un número de países principal o exclusivamente agrícolas, agrupados en torno a un gran centro industrial: Inglaterra. Este país consumía la mayor parte de sus materias primas excedentes, satisfaciendo, a cambio, la mayor parte de su demanda en materia de productos industriales. No puede sorprender entonces que el progreso industrial de Inglaterra haya sido colosal e inaudito, a tal punto que la situación de 1844 nos parezca hoy, comparativamente, insignificante y casi de un primitivismo selvático.

Pero en el mismo grado en que se producía este progreso, en ese mismo grado se moralizaba también, en su apariencia externa, la gran industria. La competencia de fabricante contra fabricante mediante pequeños hurtos a los obreros, ya no compensaba. Los negocios habían crecido más allá de estos miserables medios para ganar dinero; el millonario fabril tenía mejores cosas que hacer que perder su tiempo con esta clase de mezquinas artimañas. Algo así podía estar bien, a lo sumo, para gentes pequeñas y necesitadas de dinero, quienes debían aferrarse a cada centavo si no querían sucumbir a la competencia. Desapareció así el *truck-system* de los distritos fabriles; se aprobaron el *bill* de las diez horas y toda una serie de reformas menores, cuestiones todas ellas que asestaban una bofetada directamente en el rostro al espíritu del libre cambio y de la competencia desenfrenada, pero que asimismo volvían aun más irresistible la competencia del capitalista gigantesco contra sus colegas del negocio menos favorecido.

Además, cuanto mayor fuera una instalación industrial y cuanto más numerosos fuesen sus obreros, tanto mayores eran los daños y los disgustos comerciales a cada conflicto con los obreros. Por ello, con el tiempo un nuevo espíritu se adueñó de los fabricantes, en especial de los más grandes. Aprendieron a evitar reyertas innecesarias, a resignarse a la existencia y al poder de las *trade-unions*, y por último hasta a descubrir en las huelgas —con tal de iniciarlas en el momento propicio— un medio eficaz para el logro de sus propios fines. Ocurrió así que los mayores fabricantes, que antes habían sido los paladines en la lucha contra la clase obrera, se convirtieron en los primeros en exhortar a la paz y a la concordia. Y ello por muy buenas razones.

Todas estas concesiones a la justicia y al amor al prójimo sólo eran, en realidad, medios para acelerar la concentración del capital en manos de unos pocos y para sofocar a los pequeños competidores, quienes no podían vivir sin esa índole de ganancias extraordinarias. En manos de es-

tos pocos, las pequeñas extorsiones subsidiarias de los años anteriores no sólo habían perdido toda su importancia, sino que hasta obstaculizaban ya a los negocios en gran escala. Y de este modo el solo desarrollo de la producción capitalista había bastado para eliminar, cuando menos en los ramos principales de la industria —pues este caso no se da en modo alguno en los de menor importancia—, todas esas pequeñas molestias que durante los años anteriores empeoraban la suerte del obrero. Y entonces surge cada vez más hacia un primer plano el gran hecho principal de que la causa de la miseria de la clase obrera debe buscarse no en esos inconvenientes menores, sino en el propio sistema capitalista. El obrero le vende al capitalista su fuerza de trabajo a cambio de cierta suma diaria. Después de trabajar unas pocas horas habrá reproducido el valor de esa suma. Pero los términos de su contrato laboral estipulan que aún debe seguir bregando toda una serie de horas para completar su jornada laboral. El valor que produce durante esas horas adicionales de plustrabajo es, por lo tanto, plusvalía, que nada cuesta al capitalista, pero que no obstante afluye hacia sus bolsillos. Tal es el fundamento del sistema que escinde cada vez más a la sociedad civilizada, por un lado en algunos pocos Rothschilds y Vanderbilts, propietarios de todos los medios de producción y sustento, y por el otro en una ingente cantidad de asalariados, que no son propietarios de nada que no sea su fuerza de trabajo. Y este resultado se debe no a tal o cual otro punto inconveniente subsidiario, sino única y exclusivamente al propio sistema, hecho éste que el desarrollo del capitalismo en Inglaterra expone hoy a la más cruda luz.

Más aún. Los repetidos azotes del cólera, el tifus, la viruela y otras epidemias han inculcado al burgués británico la urgente necesidad de sanear sus ciudades, si no quiere caer víctima de estas pestes junto con su familia. En consecuencia, las anomalías más clamorosas descritas en este libro han sido eliminadas hoy en día, o por lo menos se han vuelto menos ostensibles. Se ha instaurado o mejorado la canalización, se han construido amplias avenidas que atraviesan muchos de los peores de entre los «barrios malos». La «Pequeña Irlanda» ha desaparecido, y próximamente le tocará el turno a los «Seven Dials». Pero, ¿qué significa esto? Distritos enteros a los que en 1844 aún podía describir como idílicos han caído ahora, con el crecimiento de las ciudades, en el mismo estado de descomposición, de inhabitabilidad, de miseria. Por cierto que ya no se toleran los cerdos ni los montones de desperdicios. La burguesía ha efectuado nuevos progresos en el arte de ocultar la desgracia de la clase obrera. Pero en lo que a las viviendas obreras respecta no se ha pro-

ducido ningún progreso esencial, como lo demuestra plenamente el informe de la comisión real «*on the Housing of the Poor*»⁴ de 1885. Y otro tanto ocurre en todo lo demás. Los edictos policiales han proliferado como las zarzamoras; pero sólo pueden cercar la miseria de los obreros, ya que no eliminarla.

Pero mientras que Inglaterra ha crecido superando la etapa juvenil de la explotación capitalista que he descrito, otros países sólo ahora acaban de alcanzarla. Francia, Alemania y, sobre todo, Norteamérica son los rivales amenazantes que, tal como lo preví en 1844, quiebran cada vez más el monopolio industrial inglés. Su industria es joven con respecto a la inglesa, pero crece con celeridad mucho mayor que ésta, y actualmente ha llegado, en forma aproximada, al mismo estadio de desarrollo en que se hallaba la inglesa en 1844. Con referencia a Norteamérica, el paralelo es especialmente llamativo. Desde luego que las circunstancias externas son sumamente diferentes para la clase obrera norteamericana, pero obran las mismas leyes económicas, y los resultados, si no idénticos en todos sus aspectos, deben pertenecer no obstante al mismo orden. Por ello encontramos en Norteamérica las mismas luchas por una jornada laboral más breve, legalmente establecida, en especial para mujeres y niños en las fábricas; hallamos el *truck-system* en pleno florecimiento y, en las zonas rurales, el *cottage-system* explotado por los «*bosses*» [patrones], los capitalistas y sus representantes, como medio para la dominación de los obreros. Cuando en 1886 recibí los periódicos norteamericanos con los informes acerca de la gran huelga de los mineros de Pennsylvania en el distrito de Connellsville, tuve la impresión de estar leyendo mi propia descripción del alzamiento de los mineros del carbón en el Norte de Inglaterra en 1844. El mismo método de estafar a los obreros con medidas falsas; el mismo *truck-system*; la misma tentativa de quebrantar la resistencia de los mineros mediante el último método triturador de los capitalistas: la expulsión de los obreros de sus viviendas, pertenecientes a la administración de las minas.

Ni en esta edición ni en las ediciones en inglés he tratado de adecuar este libro al actual estado de cosas, es decir, de enumerar en detalle las modificaciones que se han producido desde 1844. Y ello por dos motivos. En primer lugar, hubiese debido duplicar la extensión del libro. Y en segundo término, el primer tomo de *El capital* de Marx ofrece una descripción exhaustiva de la situación de la clase obrera británica en la época de 1865, aproximadamente, es decir en la época en la cual la prosperidad

4. «Sobre las viviendas de los pobres».

industrial de Gran Bretaña alcanzó su punto culminante. Por consiguiente, hubiese debido repetir lo ya dicho por Marx.

Prácticamente no será necesario observar que el punto de vista teórico general de este libro —en los aspectos filosófico, económico y político— no coincide exactamente, en modo alguno, con mis puntos de vista actuales. En 1844 no existía aún el socialismo internacional moderno, que desde entonces, sobre todo y en forma casi exclusiva gracias a los aportes de Marx, se ha perfeccionado hasta constituir una ciencia. Mi libro sólo representa una de las fases de su desarrollo embrionario. Y así como el embrión humano aún sigue reproduciendo, en sus primeras etapas evolutivas, los arcos branquiales de nuestros antepasados, los peces, así este libro revela por doquier las huellas del origen del socialismo moderno a partir de uno de sus antepasados: la filosofía clásica alemana. Por ello se pone gran énfasis —sobre todo al final— en la afirmación de que el comunismo no es una mera doctrina partidaria de la clase obrera, sino una teoría cuyo objetivo final lo constituye la liberación de toda la sociedad, incluyendo a los capitalistas, de las estrechas condiciones presentes. Esto es correcto en un sentido abstracto, pero en la práctica es mayormente peor que inútil. Mientras las clases poseedoras no sólo no sientan ninguna necesidad de liberación, sino que incluso se resistan con todas sus fuerzas a la autoliberación de la clase obrera, la clase obrera se verá forzada a iniciar y llevar a cabo sola la transformación social. También los burgueses franceses de 1789 declararon que la liberación de la burguesía era la emancipación de todo el género humano, pero la nobleza y el clero no quisieron comprenderlo; esta afirmación —aunque constituía entonces una verdad innegable, abstracta e histórica, en la medida en que entraba en consideración el feudalismo— pronto degeneró en una expresión puramente sentimental, y se esfumó por completo en el fuego de la lucha revolucionaria. También hoy en día hay muchas gentes que predicán a los obreros, desde la imparcialidad de su punto de vista superior, un socialismo que se halle por encima de todos los antagonismos y luchas de clases. Pero o bien son neófitos a quienes mucho queda aún por aprender, o en cambio son los peores enemigos de los obreros, lobos con piel de cordero.

En el texto se indica como de cinco años el período cíclico de las grandes crisis industriales. Tal fue la cronología aparentemente resultante de la marcha de los acontecimientos entre 1825 y 1842. Pero la historia de la industria entre 1842 y 1868 ha demostrado que el período verdadero es decenal, que las crisis intermedias fueron de naturaleza secundaria, y que desde 1842 han ido desapareciendo cada vez más. Desde

1868 la situación ha vuelto a modificarse; a este respecto, véase más adelante.

No se me ha ocurrido suprimir del texto las muchas profecías que me inspirara entonces mi ardor juvenil, en especial la de una revolución social inminente en Inglaterra. No tengo motivo alguno para presentar mi trabajo y a mí mismo como mejores de lo que ambos éramos por entonces. Lo sorprendente es no que hayan fracasado tantas de esas profecías, sino que se hayan cumplido tantas de ellas, y que la situación crítica de la industria inglesa, a causa de la competencia continental y en especial norteamericana, que preví por entonces —eso sí, para un futuro demasiado próximo—, se haya producido realmente. Con referencia a este punto me veo obligado a hacer concordar este libro con el actual estado de cosas. Y lo hago reproduciendo aquí un artículo aparecido en inglés en el *Commonweal* de Londres del 1.º de marzo de 1885, y en alemán en *Die Neue Zeit* de junio de ese mismo año (fascículo 6).

«Hace 40 años, Inglaterra se hallaba frente a una crisis que, por todas las apariencias, sólo la violencia estaba llamada a resolver. El enorme y rápido desarrollo de la industria había superado ampliamente la expansión de los mercados exteriores y el incremento de la demanda. Cada diez años se interrumpía violentamente la marcha de la producción a causa de una crisis comercial general a la cual, luego de un dilatado período de distensión crónica, seguían unos pocos y breves años de prosperidad, para siempre volver a concluir en una afiebrada sobreproducción y, finalmente, en un nuevo colapso. La clase de los capitalistas reclamaba de viva voz el libre comercio de granos y amenazaba con imponerlo remitiendo de regreso a los distritos rurales de origen a la población urbana que pasaba hambre; pero, tal como decía John Bright, “no como menesterosos que mendigan pan, sino como un ejército acuartelado en territorio enemigo”. Las masas obreras de las ciudades exigían su participación en el poder político, la Carta del Pueblo; contaban con el apoyo de la mayor parte de los pequeñoburgueses, y la única diferencia entre ambos era si debía imponerse la Carta por medios violentos o legales. Entonces se produjo la crisis comercial de 1847 y la hambruna en Irlanda, y con esas dos circunstancias, la perspectiva de una revolución.

»La revolución francesa de 1848 salvó a la burguesía inglesa. Las proclamas socialistas de los obreros franceses victoriosos asustaron a la pequeña burguesía inglesa y desorganizaron el movimiento de los obreros ingleses, que transcurría dentro de límites más estrechos, pero más directamente prácticos. Precisamente en el mismo instante en que el cartismo

había de desarrollar todas sus fuerzas, se desplomó sobre sí mismo, antes aún de derrumbarse exteriormente el 10 de abril de 1848. La actividad política de la clase obrera quedó relegada a un segundo plano. La clase de los capitalistas había triunfado en toda la línea.

»La reforma parlamentaria de 1831 fue el triunfo de toda la clase capitalista sobre la aristocracia terrateniente. La abolición de los aranceles cerealeros constituyó el triunfo de los capitalistas *industriales* no sólo sobre los grandes terratenientes, sino también sobre las fracciones de los capitalistas cuyos intereses eran más o menos idénticos a los de los terratenientes o estaban vinculados con ellos: banqueros, gentes de la bolsa, rentistas, etc. El libre cambio significaba la reforma de toda la política financiera y comercial interna y externa de Inglaterra en concordancia con los intereses de los capitalistas industriales, de la clase que ahora representaba a la nación. Y esta clase puso seriamente manos a la obra. Todos los obstáculos a la producción industrial se eliminaron sin conmi-seración. Se revolucionaron las tarifas aduaneras y todo el sistema impositivo. Todo se subordinó a un único fin, pero eso sí, un fin extremadamente importante para los capitalistas industriales: al abaratamiento de todas las materias primas y en especial de todos los medios de subsistencia para la clase obrera; a la producción de las materias primas y al mantenimiento del salario en un bajo nivel, aunque todavía no a su reducción. Inglaterra debía convertirse en el taller del mundo; todos los demás países debían convertirse para Inglaterra en lo que ya era Irlanda: en mercados para los productos industriales de aquélla, fuentes de obtención de sus materias primas y alimentos. Inglaterra, el gran centro industrial de un mundo agrícola, con un número creciente de satélites que producían cereales y algodón, y que giraban en torno al sol industrial. ¡Qué hermosa perspectiva!

»Los capitalistas industriales se abocaron a la ejecución de este su gran objetivo con ese sano y vigoroso sentido común y ese desprecio por los principios tradicionales que siempre los habían caracterizado ante sus filisteicos competidores en el continente. El cartismo estaba extinguiéndose. El retorno del florecimiento de los negocios, natural y casi obvio después de haberse agotado el colapso de 1847, se atribuyó exclusivamente al libre cambio. Como consecuencia de esas dos circunstancias, la clase obrera inglesa se había convertido políticamente en la cola del "gran partido liberal", el partido dirigido por los fabricantes. Se trataba de perpetuar esa ventaja ya conquistada. Y gracias a la encarnizada oposición de los cartistas no contra el libre cambio, sino contra la transformación del libre cambio en el único problema vital de la nación, los

la constituye el hecho de que, desde hace más de quince años, no sólo sus empleadores están sumamente satisfechos con ellos, sino que también ellos lo están con sus empleadores. Constituyen una aristocracia dentro de la clase obrera; han logrado forzar la consecución de una situación relativamente confortable, y aceptan tal situación como definitiva. Son los obreros modelos de los señores Leone Levi y Giffen (y también del benemérito Lujó Brentano), y en efecto son gente muy simpática y tratable para cualquier capitalista comprensivo en particular, y para la clase de los capitalistas en general.

»Pero en lo que respecta a la gran masa de los obreros, para ellos el nivel de la miseria y de la inseguridad de su existencia es actualmente tan bajo como siempre, si no más bajo que nunca. El East End de Londres es una ciénaga en constante expansión de miseria y desesperación estancadas, de hambre cuando no hay ocupación, y de degradación física y moral cuando hay trabajo. Y así ocurre en todas las demás grandes ciudades, con la sola excepción de la minoría privilegiada de los obreros; y otro tanto sucede en las pequeñas ciudades y en los distritos rurales. La ley que restringe el valor de la fuerza de trabajo al precio de los medios de subsistencia necesarios, y la otra, que por regla general deprime su precio medio hasta el mínimo de esos medios de subsistencia, son dos leyes que obran sobre ellos con la fuerza irresistible de una máquina automática que los tritura entre sus engranajes.

»Ésta fue, pues, la situación creada por la política librecambista de 1847 y por la dominación de veinte años de los capitalistas industriales. A la crisis de 1866 siguió, en efecto, un breve y ligero auge de los negocios hacia 1873, pero no fue duradero. De hecho, en el momento en que debió ocurrir, en 1877 o 1878, no padecemos una crisis plena, pero desde 1876 vivimos en un estado crónico de empantanamiento de todos los ramos dominantes de la industria. No se produce ni el colapso total ni la largamente anhelada época de florecimiento de los negocios a la cual creíamos tener derecho tanto antes como después del derrumbe. Una presión mortal, un abarrotamiento crónico de todos los mercados y para todas las actividades comerciales, tal es el estado que estamos padeciendo desde hace casi diez años. ¿A qué se debe eso?

»La teoría del libre comercio tenía por fundamento una hipótesis: que Inglaterra debía convertirse en el único gran centro industrial de un mundo agrícola, y los hechos han desmentido por completo esta suposición. Las condiciones de la industria moderna —la fuerza de vapor y la maquinaria— pueden establecerse en cualquier parte donde exista combustible, en especial carbón, y hay otros países además de Inglaterra que

poseen carbón: Francia, Bélgica, Alemania, Norteamérica, y hasta Rusia. Y la gente de esos países no era de la opinión de que estaba en su interés el convertirse en hambrientos arrendatarios irlandeses, únicamente para mayor gloria y riqueza de los capitalistas ingleses. Comenzaron a fabricar, no sólo para sí mismos sino también para el resto del mundo, y la consecuencia es que el monopolio industrial que poseyó Inglaterra durante casi un siglo ha sido ahora irreversiblemente quebrado.

»Pero el monopolio industrial de Inglaterra es la piedra angular del sistema social inglés imperante. Incluso mientras duraba este monopolio, los mercados no podían mantener el ritmo de la creciente productividad de la industria inglesa; la consecuencia de ello fueron las crisis decenales. Y actualmente los mercados nuevos son más raros día a día, a tal punto que hasta se pretende imponer a los negros del Congo la civilización que fluye de los hilados de algodón de Manchester, las cerámicas de Staffordshire y los artículos metálicos de Birmingham. ¿Cuál será la consecuencia cuando irrumpa una corriente en constante crecimiento de mercancías continentales y en especial norteamericanas, cuando se reduzca, año a año, la parte del león en el abastecimiento del mundo, que por ahora aún corresponde a las fábricas inglesas? ¡Responde, oh libre cambio, remedio universal!

»No soy el primero que lo señala. Ya en 1883, en la reunión de la British Association en Southport, el señor Inglis Palgrave, presidente de la sección económica, dijo precisamente que han pasado los días de las grandes ganancias comerciales en Inglaterra, y que se ha producido una pausa en la evolución ulterior de diversos grandes ramos de la industria. Casi podría decirse que Inglaterra está a punto de pasar a una situación en la cual no habría ya progreso.

»Pero ¿cuál será el fin de todo esto? La producción capitalista no puede estancarse; debe crecer y expandirse, o deberá morir. Ya en la actualidad, la mera restricción de la parte del león inglesa en el abastecimiento del mercado mundial significa estancamiento, miseria, excedentes de capital en una parte y excedentes de obreros desocupados en otra. ¿Qué ocurrirá entonces cuando se haya detenido por completo el incremento de la producción anual? He aquí el vulnerable talón de Aquiles de la producción capitalista. Su condición existencial es la necesidad de una continua expansión, y esta expansión continua se torna ahora imposible. La producción capitalista desemboca en un callejón sin salida. A cada año, Inglaterra se encuentra más directamente enfetrada al dilema de que o bien la nación se quiebra en mil pedazos, o bien la producción capitalista. ¿Cuál de ambas habrá de perecer?

»¿Y la clase obrera? Si incluso bajo la inaudita expansión del comercio y de la industria ocurrida entre 1848 y 1868 debió padecer semejante miseria, si inclusive en aquel entonces la gran masa de esa clase sólo experimentó, en el mejor de los casos, un mejoramiento transitorio de su situación, mientras que sólo una pequeña minoría privilegiada y protegida obtuvo ventajas duraderas de ella, ¿qué ocurrirá cuando ese período esplendoroso llegue definitivamente a su término, si el actual estancamiento opresivo no sólo no se acrecienta ya, sino que esa situación incrementada de presión mortal se convierte en el estado normal y permanente de la industria inglesa?

»La verdad es ésta: mientras duró el monopolio industrial inglés, la clase obrera inglesa participó hasta cierto grado en las ventajas de este monopolio. Estas ventajas se distribuyeron entre ella de manera sumamente desigual; la minoría privilegiada embolsó la mayor parte, pero incluso la gran masa tenía, de vez en cuando y transitoriamente, su parte. Y ésta es la razón por la cual, desde la extinción del owenismo, no hubo socialismo en Inglaterra. Con el derrumbe del monopolio, la clase obrera inglesa perderá esta posición privilegiada. Un día se verá llevada, en general —sin excluir la minoría privilegiada y directriz—, al mismo nivel que los obreros del exterior. Y ése es el motivo por el cual volverá a haber socialismo en Inglaterra.»

Hasta aquí, el artículo de 1885. En el prólogo inglés del 11 de enero de 1892, yo proseguía:

«Muy poco tengo que agregar a esta descripción de la situación, tal como se me ofrecía en 1885. Es innecesario decir que actualmente “existe de nuevo socialismo en Inglaterra, en verdad”; y ello ocurre de manera masiva: socialismo de todos los matices, socialismo consciente e inconsciente, socialismo en prosa y en verso, socialismo de la clase obrera y de la clase media. Pues, realmente, este horror de todos los horrores, el socialismo, no sólo se ha tornado respetable, sino que se ha vestido presuntamente con sus galas de sociedad y vaga negligentemente entre las pláticas de salón. Esto demuestra una vez más la insanable inestabilidad de ese terrible déspota de la buena sociedad que es la opinión pública de la clase media, y justifica una vez más el desprecio que siempre abrigamos nosotros, los socialistas de la generación anterior, por esa opinión pública. Pero por lo demás no tenemos motivos para quejarnos de este nuevo síntoma.

»Lo que considero mucho más importante que esta moda momentánea de darse tono en los círculos burgueses con una solución diluida de socialismo, e inclusive más importante que el progreso efectuado por el

socialismo en Inglaterra, en general, es el despertar del East End londinense. Este inconmensurable campamento de la miseria no es ya el charco estancado que aún era seis años atrás. El East End se ha sacudido su rígida desesperación; ha sido devuelto a la vida y se ha convertido en la cuna del “Nuevo Unionismo”, es decir de la organización de la gran masa de obreros “no calificados”. Es posible que, en algunos aspectos, esta organización adopte la forma de las antiguas uniones de obreros “calificados”; sin embargo, es esencialmente diferente en cuanto a su carácter. Las antiguas uniones preservan las tradiciones de la época en que fueron fundadas; consideran el sistema salarial como un hecho definitivo, dado de una vez y para siempre, que en el mejor de los casos pueden atenuar un tanto en interés de sus afiliados. En cambio las nuevas uniones se fundaron en una época en la cual la fe en la perpetuidad del sistema salarial ya estaba tremendamente conmocionada. Sus fundadores y patrocinadores eran socialistas por conciencia o sentimientos; las masas que afluyeron hacia ellas, y en las que se cimienta su fuerza, eran toscas, estaban descuidadas, y la aristocracia de la clase obrera las miraba por encima del hombro. Pero tienen una ventaja inconmensurable: sus mentes son aún terreno virgen, totalmente libres de los “respetables” prejuicios burgueses heredados que confunden las cabezas de los “antiguos unionistas” mejor situados. Y así vemos ahora cómo estas nuevas uniones asumen la conducción del movimiento obrero en general, arrastrando cada vez más a las ricas y altaneras “antiguas” uniones.

»Indudablemente, la gente del East End ha cometido errores colosales, pero otro tanto hicieron también sus predecesores, y aún hoy en día siguen haciéndolo los socialistas doctrinarios que fruncen sus narices cuando piensan en aquéllos. Una gran clase, lo mismo que una gran nación, jamás aprende con mayor rapidez que por medio de las consecuencias de sus propios yerros. Y a pesar de todos los errores posibles del pasado, el presente y el futuro, el despertar del East End de Londres es uno de los acontecimientos más grandes y fructíferos de este *fin de siècle*,⁵ y me siento feliz y orgulloso de haber vivido para verlo».

Desde que yo escribiera lo anterior, hace seis meses, el movimiento obrero inglés ha vuelto a dar un gran paso adelante. Las elecciones parlamentarias transcurridas hace algunos días han comunicado en todas las formas a los dos partidos oficiales, tanto a los conservadores como a los liberales, que a partir de ahora deben contar con un tercer partido, el partido de los trabajadores. Este partido obrero aún se halla en forma-

5. Fin de siglo.

ción; sus elementos aún están ocupados en sacudirse prejuicios tradicionales de toda índole —burgueses, gremiales antiguos, e inclusive ya doctrinarios socialistas— para poder encontrarse finalmente en el terreno común a todos ellos. Y sin embargo, el instinto que los agrupó ya fue tan grande que logró resultados electorales inauditos hasta la fecha en Inglaterra. En Londres se presentaron a elecciones dos obreros, y lo hicieron francamente como socialistas; los liberales no se atrevieron a oponerles alguno de los suyos, y los dos socialistas ganaron por una mayoría arrasadora e inesperada. En Middlesbrough se presentó un candidato obrero contra un liberal y un conservador, y fue elegido a pesar de ambos. En cambio los nuevos candidatos obreros que celebraron una alianza con los liberales fracasaron insalvablemente, con excepción de uno solo. Entre los así llamados representantes obreros de hasta el presente, es decir aquellas gentes a quienes se les perdona su condición de obreros porque ellos mismos de buena gana querrían ahogarse en el océano de su liberalismo, fracasó brillantemente Henry Broadhurst, el representante más significativo del antiguo unionismo, por haberse pronunciado en contra de la jornada de ocho horas. En dos circunscripciones electorales de Glasgow, en una de Salford y en varias otras se presentaron candidatos obreros independientes contra candidatos de los dos partidos antiguos; fueron derrotados, pero también lo fueron los candidatos liberales. En suma, en un número de circunscripciones electorales urbanas e industriales, los obreros se separaron decididamente de toda vinculación con los dos partidos antiguos, logrando con ello victorias directas o indirectas como jamás las habían conseguido en ninguna elección anterior. Y la alegría que ello produjo entre los obreros es indescriptible. Por primera vez han visto y sentido lo que pueden si utilizan su derecho electoral en interés de su clase. La superstición del «gran partido liberal» que dominó a los obreros ingleses durante casi cuarenta años, ha sido quebrada. Han visto, mediante ejemplos contundentes, que ellos, los obreros, constituyen el poder decisivo en Inglaterra, con tal de que quieran y sepan lo que quieren; y las elecciones de 1892 fueron el comienzo de ese saber y de ese querer. De lo demás se ocupará el movimiento obrero continental; los alemanes y los franceses, que ya poseen una representación tan abundante en los parlamentos y en los consejos locales, mantendrán suficientemente en marcha, mediante renovados éxitos, la emulación de los ingleses. Y si en un lapso no ya lejano resulta que ese nuevo parlamento no sabe qué hacer con el señor Gladstone, ni el señor Gladstone sabe qué hacer con ese parlamento, entonces el partido obrero inglés también estará ya lo suficientemente constituido como

para poner fin de inmediato al movimiento pendular de los dos viejos partidos que se van relevando mutuamente en el gobierno, y que de ese modo perpetúan, precisamente, la hegemonía burguesa.

F. ENGELS

London, 21 de julio de 1892.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Aaron*, figura del Antiguo Testamento: 367.
- Abraham*, figura del Antiguo Testamento: 7, 115, 121, 123.
- Adán*, figura del Antiguo Testamento: 368.
- Ainsworth & Crompton*, fabricantes textiles de Bolton (Inglaterra): 471.
- Alejandro I* (1777-1825), zar de Rusia (1801-1825): 242.
- Alison*, *Sir Archibald* (1792-1867), historiador y economista inglés, tory: 10, 189, 345, 370, 374-376, 380, 382, 385, 519.
- Alison*, *Dr. William Pulteney* (1790-1859), hermano del anterior, profesor de medicina en la universidad de Edimburgo, tory: 288, 345, 355, 356.
- Alston*, *G.*, predicador de St. Philips, Bethnal Green, Londres: 284.
- Anaxágoras de Clazomene* (aprox. 500-428 a.n.e.), filósofo materialista griego de Asia Menor: 147.
- Antonio*, *Marco* (83-30 a.n.e.), tribuno de la plebe y general romano, partidario de Julio César: 140.
- Aristides* (aprox. 540-467 a.n.e.), político y general griego, defensor de una corriente democrática moderada en Atenas: 140.
- Arkwright*, *Sir Richard* (1732-1792), fabricante inglés de la época de la revolución industrial, constructor de varias máquinas de hilar: 9, 262.
- Arnauld*, *Antoine* (1612-1694), filósofo francés, metafísico y partidario de la teoría idealista del conocimiento de Descartes: 146.
- Ashley*, *Anthony*, véase *Shaftesbury*, conde de.
- Ashton*, *Thomas*, fabricante de Hyde, cerca de Manchester: 438.
- Ashton*, *Thomas*, hijo del anterior, abolido en 1831 durante unas agitaciones obreras: 470.
- Ashworth*, *Edmund* (1801-1881), fabricante del Lancashire que combatió activamente las leyes de granos y las asociaciones obreras: 413, 438, 474.
- Babeuf*, *François-Noël (Gracchus)* (1760-1797), revolucionario francés, comunista utópico, organizador de la conjura de los «Iguales»: 49, 137, 564, 565, 571, 572.
- Bacon*, *Francis*, vizconde de Saint Albans y barón de Verulamio (1561-1626), filósofo, naturalista e historiador inglés, primer formulador del método experimental de las ciencias modernas: 147, 148.
- Badinot*, personaje de la novela *Les mystères de Paris*, de Eugène Sue: 240.
- Bailey*, *William*, fabricante de Stalybridge: 481.
- Baines*, *Sir Edward* (1800-1890), economista inglés de tendencia liberal burguesa, editor del *Leeds Mercury*: 388.
- Barbaroux*, *Charles-Jean-Marie* (1767-1794), miembro de la Gironda: 570.
- Bardsley*, *Samuel Argent* (1764-1851),

- médico del hospital municipal de Manchester de 1790 a 1823: 379.
- Barbam, Charles Foster* (1804-1884), médico inglés, miembro de la comisión investigadora sobre el trabajo infantil: 491.
- Barmécidas*, antigua estirpe persa, de gran influjo en la corte de los abbasies: 540.
- Barry, Sir David* (1780-1835), médico y fisiólogo inglés: 406-410, 415-417.
- Bauer, Bruno* (1809-1882), filósofo, historiador de la religión y publicista alemán, joven hegeliano; después de 1866 fue liberal nacional: 3, 39, 41, 87, 88, 91, 95-103, 106, 107, 113-130, 132, 133, 134, 136, 151-165, 166, 169-172, 174, 178-183, 194, 225-227, 248.
- Bauer, Edgar* (1820-1886), hermano del anterior, publicista alemán, joven hegeliano: 16, 17, 18-22, 32, 33, 37-43, 44, 51, 52, 55-57, 87, 97, 169, 170, 181, 182, 221, 248.
- Bayle, Pierre* (1647-1706), filósofo francés, escéptico, crítico del dogmatismo religioso: 146.
- Beaumont de la Bonnière, Gustave-Auguste* (1802-1866), publicista y político burgués francés, autor de libros sobre la esclavitud y los establecimientos penales en los Estados Unidos: 219.
- Beaumont, Thomas* (m. en 1859), cirujano de Bradford: 406, 410.
- Benda, Daniel Alexander* (1786-1870), publicista liberal alemán: 7.
- Bentham, Jeremy* (1748-1832), pensador y sociólogo inglés, teórico del utilitarismo: 151-154, 209, 221, 228, 489.
- Bentley & White*, propietarios de un aserradero en Bury, Lancashire: 471.
- Béraud, F.-F.-A.*, comisario de policía parisino, autor de un libro sobre la prostitución: 17, 181.
- Berrier-Fontaine, Camille* (nac. aprox. 1806), médico francés, republicano, tras el proceso de abril de 1834 fue encarcelado en el presidio de Ste. Pélagie, de donde huyó en 1835; participó en la revolución de 1848-1849: 572, 575.
- Birley*, fabricante de Manchester, tory: 477, 482.
- Blackstone, Sir William* (1723-1780), jurista y parlamentario inglés, defensor de la monarquía constitucional británica: 229.
- Blanc, Louis* (1811-1882), socialista francés, periodista e historiador; fue miembro en 1848 del gobierno provisional; predicó la reconciliación entre las clases, entre el trabajo y el capital: 575.
- Bodz,* *Boz,* véase *Dickens, Charles*.
- Böhme, Jakob* (1575-1624), filósofo místico alemán, zapatero de oficio: 147.
- Borbones*, dinastía de reyes franceses (1589-1792, 1814-1815 y 1815-1830), que reinó también en otros países europeos: 91, 143.
- Borthwick, Peter* (1804-1852), político británico, tory, miembro del grupo Joven Inglaterra, crítico del sistema fabril desde el punto de vista reaccionario de la aristocracia feudal: 539.
- Bouverie, William Pleydell*, conde de Radnor (1769-1869), político británico, whig: 515.
- Bowers*, fabricante inglés: 434.
- Bradamanti*, véase *Polidori*.
- Bras rouge* (Brazo rojo), personaje de la novela de Eugène Sue *Les mystères de Paris*: 81.
- Braunschweig*, véase *Federico Guillermo*, conde de Braunschweig.
- Bridgewater, Francis Egerton*, duque de (1736-1803), gran terrateniente británico: 269-270.
- Brindley, James* (1712-1772), ingeniero británico: 269.
- Brocklehurst, J.* (1788-1870), fabricante de sederías y banquero británico, diputado al parlamento por Macclesfield de 1832 a 1866; liberal: 448.

- Brougham, Henry Peter* (Lord Brougham and Vaux) (1778-1868), jurista y estadista británico: whig: 434.
- Brüggemann, Karl Heinrich* (1810-1877), economista nacional y publicista liberal; redactor jefe de la *Kölnischer Zeitung* de 1846 a 1855: 6, 7.
- Bruno*, véase *Bauer, Bruno*.
- Bruto, Marco Junio* (hacia 85-42 a.n.e.), estadista romano, uno de los iniciadores de la conjura aristocrático-republicana contra Julio César: 140.
- Bucher, Philippe-Joseph-Benjamin* (1796-1865), discípulo de Saint-Simon; político e historiador francés, republicano burgués, uno de los ideólogos del socialismo neocatólico; presidente en 1848 del gobierno provisional: 138, 248.
- Buonarrotti, Filippo Michele* (1761-1837), revolucionario italiano, que participó en el movimiento revolucionario francés de finales del siglo XVIII y principios del XIX; fue comunista utópico y compañero de lucha de Babeuf; el libro de Buonarrotti *Conspiration pour l'égalité dite de Babeuf* (1828) tuvo como efecto el renacer de la tradición de esta corriente en el movimiento obrero revolucionario: 137, 572.
- Burns*, miembro de la comisión investigadora sobre el trabajo infantil: 445.
- Bussey, Peter*, hostelero de Bradford, cartista; fue delegado al congreso cartista de 1839, donde defendió el punto de vista de la «fuerza física»: 480.
- Byron, George Noël Gordon, Lord* (1788-1824), poeta inglés, defensor del romanticismo revolucionario: 488.
- Cabanis, Pierre-Jean-Georges* (1757-1808), médico francés, filósofo materialista: 145.
- Cabet, Etienne* (1788-1856), jurista y publicista francés, comunista utópico, autor de la novela utópica *Voyage en Icarie* (1842): 151, 575.
- Cabron*, personaje de la novela de Eugène Sue *Les mystères de Paris*: 83, 84.
- Carlos II* (1630-1685), rey de Gran Bretaña e Irlanda (1660-1685): 537.
- Carlyle, Thomas* (1795-1881), escritor e historiador británico, defensor del culto a los héroes; defendió concepciones cercanas al socialismo feudal de los años cuarenta; después de 1848 se hizo enemigo declarado del movimiento obrero: 10, 323, 345, 346, 372, 373, 472, 520, 523, 539, 540, 571.
- Carter*, cirujano encargado de las autopsias judiciales en Surrey (barrio del sur de Londres): 284.
- Cartwright, Edmund* (1743-1823), inventor del telar mecánico: 262.
- Casio, Cayo Longino* (m. en 42 a.n.e.), político romano, tribuno de la plebe; uno de los iniciadores de la conjura aristócrata-republicana contra Julio César: 140.
- Catilina, Lucio Sergio* (aprox. 108-62 a.n.e.), político romano, patricio, organizador de la conjuración contra la república aristocrática que se conoce por su nombre: 140.
- Catón, Marco Porcio* (Catón el Joven) (95-46 a.n.e.), estadista romano, jefe del partido aristocrático-republicano; estoico; tras la caída de la república puso fin a su vida: 140.
- Cecily*, personaje de la novela de Eugène Sue *Les mystères de Paris*: 75, 76, 242.
- César, Cayo Julio* (aprox. 100-44 a.n.e.), general y estadista romano: 140.
- Clodio Pulcher, Publio* (m. en 52 a.n.e.), tribuno de la plebe romano, partidario de Julio César: 140.
- Cobden, Richard* (1804-1865), fabricante británico, liberal, defensor del libre cambio y uno de los fundadores de la Anti-Corn-Law League: 552, 565.
- Codro*, supuesto último rey de Atenas, que, según la leyenda, salvó su patria aceptando voluntariamente la muerte: 140.

- Collins, Anthony* (1676-1729), filósofo materialista inglés: 148.
- Comte, François-Charles-Louis* (1782-1837), publicista liberal francés: 22, 45-48.
- Condillac, Étienne-Bonnot de* (1715-1780), filósofo francés, deísta y sensualista, partidario de Locke: 146, 149.
- Condorcet, Marie-Jean-Antoine-Nicolas, marqués de* (1743-1794), pensador ilustrado francés; durante la Revolución Francesa se adhirió a los girondinos: 570.
- Cooper, Thomas* (1805-1892), poeta y periodista inglés; fue cartista a comienzos de la década de los cuarenta y, más tarde, predicador metodista: 567.
- Couthon, Georges-Auguste* (1755-1794), jacobino, próximo colaborador de Robespierre: 571.
- Cowan, Robert*, médico británico, autor de la *Vital Statistics of Glasgow*: 361.
- Coward, William* (hacia 1656-1725), médico británico, filósofo materialista: 148.
- Cowell, S.W.*, miembro en 1833 de la comisión investigadora sobre el trabajo fabril: 401, 402, 406, 412, 415-416.
- Crémieux, Isaac-Moïse, dit Adolphe* (1796-1880), abogado y político francés, liberal burgués en los años cuarenta: 132.
- Crompton, Samuel* (1753-1827), mecánico inglés, inventor de una máquina de hilar: 9, 262.
- Chadwick, Edwin* (1800-1890), político británico, secretario de la comisión para la Ley de Pobres, miembro de varias comisiones parlamentarias referentes a la legislación fabril: 289.
- Champneys, William Weldon* (1807-1875), predicador y filántropo británico: 342.
- Chaptal, Jean-Antoine-Claude* (1756-1832), químico y político francés: 235.
- Chatelain*, personaje de la novela de Eugène Sue *Les mystères de Paris*: 235.
- Chouette* (Lechuza), personaje de la novela de Eugène Sue *Les mystères de Paris*: 211-218, 220.
- Chourineur*, personaje de la novela de Eugène Sue *Les mystères de Paris*: 190-193, 197-198, 211, 214, 218, 243, 244.
- Danton, Georges-Jacques* (1759-1794), abogado y político francés, protagonista activo de la Revolución Francesa; fue el dirigente del ala derecha de los jacobinos: 139, 140, 565.
- Darhé, Augustin-Alexandre* (1769-1797), revolucionario francés, partidario de Babeuf: 572.
- David*, personaje de la novela de Eugène Sue *Les mystères de Paris*: 75, 191, 207, 208, 242, 243.
- Davy, Sir Humphry* (1778-1829), físico y químico británico: 269, 498.
- Demócrito de Abdera* (aprox. 460-370 a.n.e.), filósofo griego de la Antigüedad; uno de los fundadores de la atomística; fue el primero en dar una visión materialista del mundo, que luego fue desarrollada por muchos discípulos: 145-147.
- Demóstenes* (384-322 a.n.e.), orador griego de la Antigüedad, que luchó mediante sus discursos antimacedonios («filípicas») por la independencia de Grecia: 140.
- Descartes, René* (1596-1650), filósofo francés, matemático y físico: 144-146, 149, 152.
- Destutt de Tracy, Antoine-Louis-Claude*, conde de (1754-1836), economista francés, filósofo sensualista; partidario de la monarquía constitucional: 32.
- Dézamy, Théodore* (1803-1850), publicista francés, defensor de la línea revo-

- lucionaria del comunismo utópico: 151.
- Dickens, Charles* (pseudónimo: *Boz*) (1812-1870), escritor realista británico: 5.
- Diderot, Denis* (1713-1784), filósofo ilustrado francés, defensor del materialismo mecanicista, ateo; uno de los ideólogos de la burguesía revolucionaria francesa: 149, 488.
- Diergardt, Friedrich* (1795-1869), propietario de una gran industria textil de Renania, diputado en el Parlamento provincial y más tarde miembro de la Cámara Alta: 565.
- Disraeli, Benjamin*, conde de Beaconsfield (1804-1881), político y escritor británico, que formó parte en los años cuarenta del grupo Joven Inglaterra; más tarde, jefe del partido conservador; fue primer ministro (1868 y 1874-1880): 379, 539.
- Dodwell, Henry* (the younger) (m. en 1784), filósofo materialista inglés, deísta: 148.
- Don Quijote*, personaje de Cervantes: 246.
- Douglas*, fabricante de Pendleton (Manchester): 407.
- Drinkwater*, miembro de la comisión investigadora del trabajo fabril, de 1833: 406, 408.
- Duncombe, Thomas Slingsby* (1796-1861), político británico, radical burgués; participó en los años cuarenta en el movimiento cartista: 272, 506, 530, 576.
- Duns Scot, John* (aprox. 1265-1308), filósofo escolástico, franciscano, defensor del nominalismo, que fue una primera expresión en la línea del empirismo y el materialismo: 147.
- Dupuis, Charles-François* (1742-1809), filósofo ilustrado francés: 149.
- Duquesnoy, Ernest-Dominique* (1748-1795), miembro de la Convención, durante la Revolución Francesa: 572.
- Duroy, Jean-Michel* (1753-1795), miembro de la Convención, «montagnard», durante la Revolución Francesa: 572.
- Edgar*, véase *Bauer, Edgar*.
- Egidius, H.L.*, véase *Weil, Carl*.
- Eleonore*, personaje de las *Poésies érotiques* de Parny: 75.
- Elizabeth*, véase *Isabel*.
- Ellis, William*, dirigente de la organización cartista de Staffordshire; condenado a veinte años de deportación a Australia a consecuencia de su participación en el alzamiento de agosto de 1842: 576.
- Engels, Friedrich* (1820-1895): 3, 31, 253, 256, 561, 576.
- Epicuro* (aprox. 341-aprox. 270 a.n.e.), filósofo materialista griego, ateo: 145.
- Esqueleto*, personaje de la novela de Sue *Les mystères de Paris*: 193.
- Faraday, Michael* (1791-1867), físico y químico británico: 506.
- Faraón*, título de los reyes del Egipto antiguo: 115, 182.
- Faucher, Julius (Jules)* (1820-1878), economista y escritor alemán, joven hegeliano; partidario del libre cambio en Alemania: 3, 8, 37, 41, 87, 91, 97.
- Faucher, León* (1803-1854), publicista y político francés, liberal moderado, enemigo acérrimo del movimiento obrero: 450.
- Federico Guillermo*, conde de Braunschweig (Brunswick) (1771-1815): 568.
- Ferrand, Jacques*, personaje de la novela de Eugène Sue *Les mystères de Paris*: 76-78, 243, 246.
- Ferrand, William Bushfield*, gran terrateniente británico, tory: 530, 539.
- Feuerbach, Ludwig* (1804-1872): 9, 40, 59, 93, 104-106, 144, 146, 160, 163, 169, 255.
- Fichte, Johann Gottlieb* (1762-1814): 138, 160.
- Fielden, John* (1784-1849), fabricante

- británico, filántropo, partidario de la legislación fabril: 539.
- Fleischhammer, Emil*, corresponsal en Breslau de la *Allgemeine Literatur-Zeitung*: 167-168.
- Fleur de Marie*, personaje de la novela de Eugène Sue *Les mystères de Paris*: 190, 194-207, 211, 212, 214, 218, 220, 229, 241, 242, 245, 246.
- Fontaine, Dr.*, véase *Barrier-Fontaine*.
- Fourier, François-Marie-Charles* (1772-1837), socialista utópico francés: 31, 91, 94, 98, 150, 228, 230, 231, 236.
- Foy, Maximilien-Sébastien* (1775-1825), general francés, diputado liberal: 82.
- Franks*, ponente de la comisión investigadora sobre el trabajo infantil: 459.
- Froment, M.*, agente de policía de París durante la Restauración: 82.
- Frost, John* (1784-1877), político radical inglés que se incorporó al cartismo en 1838; a consecuencia de la organización del alzamiento de los mineros galleses de 1839, fue condenado a deportación perpetua a Tasmania; amnistiado en 1856, regresó a Inglaterra: 480, 576.
- Galway, Ann*, obrera londinense, muerta de inanición por hambre en 1843: 284.
- Gans, Eduard* (aprox. 1797-1839), profesor de derecho de Berlín, hegeliano, editor de las *Líneas fundamentales de la Filosofía del Derecho* y de los *Cursos sobre la Filosofía de la Historia* de Hegel: 210.
- Gaskell, Peter*, médico de Manchester, publicista liberal: 10, 321, 358, 381, 385, 540.
- Gassendi, Pierre* (1592-1655), filósofo materialista, físico y matemático francés: 145.
- Gay, Jules* (1807-1876), comunista utópico francés, editor del periódico *Le Communiste* (1849): 151.
- George, Madame*, personaje de la novela de Sue *Les mystères de Paris*: 199-201, 203, 242.
- Germain*, personaje de la novela de Sue *Les mystères de Paris*: 193, 232, 242.
- Gibson*, obrero escocés de la construcción: 555-556.
- Gilbert, Thomas* (1720-1798), político británico, miembro del parlamento, participó en una reforma de las leyes de pobres: 537.
- Girard, Philippe-Henri de* (1775-1845), ingeniero francés, inventor de una máquina de hilar lino: 265.
- Godwin, William* (1756-1836), escritor y publicista británico, racionalista, uno de los fundadores del anarquismo: 489.
- Goethe, Johann Wolfgang von* (1749-1832): 206.
- Graham*, un esquírol: 472.
- Graham, George*, director del Registro Civil británico: 360.
- Graham, Sir James Robert George* (1792-1861), estadista británico; de 1841 a 1846, ministro del interior del gobierno tory de Peel: 11, 14, 426, 427, 428.
- Grainger, Richard Dugard* (1801-1865), anatomista y fisiólogo británico, inspector en 1841 de los hospitales infantiles, miembro de la comisión investigadora del trabajo infantil: 360, 367, 441, 443, 444, 452.
- Graun*, personaje de la novela de Sue *Les mystères de Paris*: 238-242, 244.
- Greg, Robert Hyde* (1795-1875), fabricante británico, liberal, presidente de la Cámara de comercio en Manchester: 412, 438.
- Grocio, Hugo (Huigh de Groot)* (1583-1645), jurista y profesor de derecho político holandés, uno de los fundadores del nuevo derecho internacional burgués: 50, 51.
- Gruppe, Otto Friedrich* (1804-1876), publicista y filósofo alemán, antihegelia-

- no; atacó en 1842 a Bruno Bauer en un panfleto: 182.
- Habnemann*, personaje del libro popular *Los siete suabios*: 190.
- Hamilton, Alexander*, duque de (1767-1852), propietario de minas de carbón en Escocia, miembro whig del parlamento británico: 499.
- Hargreaves, James* (m. en 1778), inventor de la máquina de hilar «jenny»: 9, 259-260.
- Harney, George Julian* (1817-1897), miembro influyente del movimiento obrero británico, dirigente del ala izquierda del cartismo; director del principal órgano de los cartistas, *The Northern Star*; amigo de Marx y Engels: 567, 568, 575.
- Hartley, David* (1705-1757), médico británico, filósofo materialista: 148.
- Harún-el-Raschid* (765-809), jalifa de Bagdad (786-809): 211.
- d'Harville, Clémence*, marquesa, personaje de la novela de Sue Les *mystères de Paris*: 68-69, 227-229, 242.
- Haslam, Srs.*, propietarios de la mina de carbón de Pentrich: 503.
- Hawkins, Francis Bisset* (1796-1894), médico y escritor de temas médicos británico, inspector fabril en 1833, inspector penal en 1836: 363, 396, 400-402, 406, 411-412, 414, 416, 423, 429.
- Heathcote, John* (1783-1861), inventor en 1809 de la máquina de «bobbinet» (encajes): 264.
- Hébert, Jacques-René* (1757-1794), revolucionario francés, dirigente del ala izquierda de los jacobinos: 131.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich* (1770-1831): 8, 15, 17, 19, 21, 40, 61, 64, 88, 95, 96, 98, 101, 103, 118, 124, 131, 144, 149, 151, 158-161, 162-163, 195-196, 210, 225-227, 237, 255, 563.
- Helvétius, Claude-Adrien* (1715-1771), filósofo francés, defensor del materialismo mecanicista, ateo, uno de los ideólogos de la burguesía francesa revolucionaria: 146, 149, 151-152, 488.
- Henfrey*, empresario constructor de Manchester: 555-557.
- Hennen, John* (1779-1828), médico militar; como médico, ocupó un cargo principal en la administración escocesa: 289.
- Hércules*, héroe de la mitología griega, hijo de Zeus; pesonificación de la fuerza y de la tenacidad: 187, 237.
- Hey, William* (en Engels erróneamente *Hay* y *Kay*) (1772-1844), médico británico de Leeds, ponente en la comisión investigadora del trabajo fabril de 1833: 406-407.
- Hindley, Charles*, fabricante de Ashton, radical, que apoyó la legislación fabril: 539.
- Hinrichs, Hermann Friedrich Wilhelm* (1794-1861), viejo hegeliano, profesor de filosofía en Halle: 102-105, 110, 118, 125, 158, 159-163.
- Hirsch, Samuel* (1809-1889), rabino de Dessau, escritor religioso. En sus escritos trató de dar un fundamento filosófico a la religión judía: 98-100.
- Hirzel, Konrad Melchior* (1793-1843), estadista y publicista suizo, corresponsal en Zürich de la *Allgemeine Literatur-Zeitung*: 167-170, 247.
- Hizby*, véase *Highy*.
- Hobbes, Thomas* (1588-1679), filósofo inglés, materialista: 145, 147-148.
- Hobhouse, John Cam*, barón Broughton de Gyfford (1786-1869), político liberal británico: 422, 425.
- Hobson, Joshua*, periodista británico, cartista, editor de *The Northern Star*: 567.
- Holbach, Paul-Heinrich-Dietrich*, barón de (1723-1789), filósofo francés, defensor de un materialismo mecanicista, ateo, uno de los ideólogos de la burguesía revolucionaria francesa: 149, 152, 488.

- Holland, P. H.*, médico en Manchester: 361-362.
- Homero*, poeta épico legendario de la antigua Grecia, a quien se atribuye la *Iliada* y la *Odisea*: 49, 223.
- Hood, Thomas* (1799-1845), poeta y escritor realista inglés, demócrata; colaborador y editor de varios periódicos: 462.
- Horne, Richard Henry* (1803-1884), poeta, escritor y dramaturgo inglés; miembro en 1841 de la comisión investigadora del trabajo infantil: 367-368, 453-454.
- Horner, Leonard* (1785-1864), geólogo británico, inspector fabril del estado, miembro de la comisión investigadora del trabajo fabril de 1833 y de la del trabajo infantil de 1841: 395, 426.
- Huntsman, Benjamin* (1704-1776), inventor británico: 267.
- Ibbetson*, fabricante de Sheffield: 470.
- Isabel (Elizabeth)* (1533-1603), reina de Inglaterra (1558-1603): 531.
- Jeremías*, profeta de Israel, autor de las lamentaciones en que vaticinaba la caída de Jerusalén: 374.
- Johns, William*, médico, archivista jefe del distrito de Manchester: 397.
- Johnson*, trabajador de Pauling & Henfrey: 558.
- Jones, William*, relojero cartista, uno de los organizadores del alzamiento de los mineros galeses en 1839; condenado, junto con Frost y Williams, a deportación perpetua a Tasmania: 576.
- Jungnitz, Ernst* (m. en 1848), publicista, joven hegeliano, colaborador de la *Allgemeine Literatur-Zeitung*: 14.
- Kay-Shuttleworth, James Phillipps* (1804-1877), médico inglés, de un distrito pobre de Manchester: 305, 316, 317, 319, 321, 347, 430.
- Kennedy, John* (1769-1855), empresario textil de Manchester: 431.
- Kitchen*, fabricante de Sheffield: 471.
- Knight*, médico de Sheffield: 454-455.
- Köchlin*, director en 1845 de una hilandería de Esslingen (Württemberg), proteccionista: 565.
- Krug, Wilhelm Traugott* (1770-1842), autor de escritos filosóficos: 173.
- Lafayette (La Fayette), Marie-Joseph-Paul*, marqués de (1757-1834), estadista y general francés; participó en la guerra de la independencia de los Estados Unidos; en tiempos de la Revolución Francesa fue comandante de la guardia nacional; en 1830 fue uno de los que facilitó el advenimiento al trono de Luis Felipe: 569.
- Lametrie (La Mettrie), Julien Offray de* (1709-1751), médico y filósofo francés, defensor consecuente del materialismo mecanicista: 145, 149.
- Laporte*, personaje de la novela de Sue *Les mystères de Paris*: 200-203.
- Law, John, of Lauriston* (1671-1729), economista y financiero escocés, «controlleur général» de las finanzas de Francia en 1719-1720; conocido por sus negocios especulativos con motivo de la emisión de papel moneda, que terminaron con una importante quiebra en 1720: 145.
- Leach, James*, tejedor de lana, dirigente cartista en los años cuarenta: 389, 392, 432-433, 446-447, 449, 552.
- Leclerc, Théophile* (n. en 1771), durante la Revolución Francesa, uno de los dirigentes de los «Enragés», la extrema izquierda de la Convención, quienes defendían los intereses de las capas más pobres de los trabajadores de la ciudad y el campo: 137.
- Lee, John* (1779-1859), predicador, rec-

- tor de la universidad de Edinburg a partir de 1840: 289.
- Lebon*, notario parisino: 78.
- Leibniz, Gottlieb Wilhelm*, barón de (1646-1716), matemático y filósofo alemán: 112, 144, 146, 149, 150.
- Leifchild, John Roby*, miembro de la comisión investigadora del trabajo infantil, en Inglaterra: 459.
- Le Roy (De Roy), Henry* (1598-1679), médico y filósofo holandés: 145.
- Licurgo*, legislador legendario de Esparta, que según la leyenda vivió en el siglo IX a.n.e.: 140.
- Lindley*, inventor de la máquina de encajes «point-net»: 264.
- Locke, John* (1632-1704), filósofo británico, sensualista, y economista: 144, 147-150, 152.
- Londonderry*, véase *Steward, Charles William*.
- Lot*, personaje del Antiguo Testamento: 6.
- Loudon, Charles* (1801-1844), médico británico que escribió sobre temas político-sociales; en 1833 miembro de la comisión investigadora del trabajo fabril: 406, 411, 414, 416.
- Loustalot, Elisée* (1762-1790), publicista francés, demócrata revolucionario: 92.
- Lovett, William* (1800-1877), radical británico, que participó en el cartismo, partidario de la «fuerza moral» y de la colaboración con la burguesía: 478.
- Lucenay*, condesa de, personaje de la novela de Sue *Les mystères de Paris*: 69.
- Luis XIV* (1638-1715), rey de Francia (1643-1715): 60.
- Lyell, Charles* (1797-1875), geólogo británico: 506.
- MacAdam (McAdam), John Loudon* (1756-1836), inspector de obras públicas británico, especialista en pavimentación: 269.
- MacCulloch (McCulloch), John Ramsay* (1789-1864), economista británico, apologeta del orden capitalista y vulgarizador de la obra de Ricardo: 263, 541.
- MacDurt, Thomas*, obrero británico: 415.
- MacGregor, Sarah*, personaje de la novela de Sue *Les mystères de Paris*: 68, 71-72, 243-246.
- MacKellar*, médico de Pencaithland: 496.
- Mackintosh*, miembro de la comisión investigadora del trabajo fabril, en Gran Bretaña, 1833: 408, 413, 416-417, 423.
- MacPherson*, madre de una rompedor de huelgas, murió asesinada: 471.
- MacQuarry*, esquirol: 471.
- Maître d'école*, personaje de la novela de Sue *Les mystères de Paris*: 191-192, 207-220, 238, 242-244.
- Malebranche, Nicolas de* (1638-1715), filósofo francés: 144, 146, 149-150.
- Malthus, Thomas Robert* (1766-1834), sacerdote británico, economista, autor de la teoría de la sobrepoblación conducente a la miseria de los trabajadores: 335-336, 392, 530-534.
- Mandeville, Bernard de* (1670-1733), médico británico, economista y escritor satírico: 150.
- Manners, Lord John James Robert* (1818-1906), tory, miembro del grupo Joven Inglaterra: 539.
- Marat, Jean-Paul* (1743-1793), revolucionario y publicista francés; en el curso de la Revolución Francesa fue uno de los dirigentes más consecuentes del club de los Jacobinos; editor del *Ami du Peuple*: 91, 565, 571.
- Martin du Nord, Nicolas-Ferdinand-Marie-Louis-Joseph* (1790-1847), procurador general del tribunal de justicia de París; ministro de justicia en 1840: 132-134.
- Marx, Karl* (1818-1883): 547.
- Matbew, Theobald* (1790-1856), sacerdote católico irlandés, apóstol de la templanza: 382.

- Maude, Daniel*, juez de paz en Manchester: 551-557, 560.
- Mead, Edward P.*, obrero y poeta británico; sus poemas aparecían en el periódico cartista *The Northern Star*: 437.
- Mellor*, obrero de la fábrica de Pauling & Henfrey: 555.
- Menenio Agripa* (m. en 493 a.n.e.), patricio romano: 473.
- Menzel, Wolfgang* (1798-1873), escritor y crítico literario alemán: 178.
- Milciades* (m. en 489 a.n.e.), general y estadista ateniense; bajo su mando vencieron los atenienses en la batalla de Maratón (490 a.n.e.) contra los persas: 140.
- Miles*, nombre de los antiguos reyes celtas de Irlanda: 345.
- Miles, Williams* (1797-1878), banquero británico, miembro del parlamento: 530.
- Miller*, superintendente de la policía de Glasgow: 293.
- Minerva*, diosa romana de la sabiduría: 473.
- Mirabeau, Honoré-Gabriel-Victor Riqueti*, conde de (1749-1791), político de la Revolución Francesa, defensor de los intereses de la burguesía y de la nobleza aburguesada: 570.
- Mitchell, James* (aprox. 1786-1844), publicó una serie de trabajos de divulgación científica; en 1841 fue miembro de la comisión investigadora del trabajo infantil: 491-492.
- Molière* (seudónimo de *Jean-Baptiste Poquelin*) (1622-1673), comediógrafo francés: 58.
- Moll, Joseph* (1812-1849), relojero de Colonia, miembro destacado de la Liga de los Justos y del comité central londinense de la Liga de los Comunistas; murió combatiendo durante el alzamiento del 29 de junio de 1849 en Baden: 572.
- Monier de la Siréanne, Paul-Jean-Ange-Henri*, conde (1797-1878), publicista y dramaturgo francés: 82.
- Monk*, jurista londinense: 555-557.
- Monteil (Montbeil), Amans-Alexis* (1769-1850), historiador francés: 78.
- Montyon, Jean-Baptiste-Antoine Auget*, barón de (1733-1820), filántropo francés; destinó una parte considerable de su fortuna a instituir anualmente un «premio a la virtud»: 223.
- Morel*, personaje de la novela de Sue *Les Mystères de Paris*: 229.
- Moisés*, personaje del Antiguo Testamento: 367.
- Murph*, personaje de la novela de Sue *Les Mystères de Paris*: 84, 192, 237-244.
- Napoleón I Bonaparte* (1769-1821), emperador de los franceses (1804-1814 y 1815): 7, 91, 141-143, 367, 570.
- Nauwerck (Nauwerk), Karl Ludwig Theodor* (1810-1891), publicista y político alemán; colaboró en los *Hallische Jahrbücher*, en los *Deutsche Jahrbücher*, en los *Anekdoten* y en la *Rheinische Zeitung*; perteneció al Círculo de los Libres; miembro de la Asamblea nacional de Francfort (extrema izquierda): 13-15.
- Nelson, Horatio*, vizconde (1758-1805), almirante británico, convertido en héroe popular: 367.
- Newton, Sir Isaac* (1642-1727), físico, astrónomo y matemático británico: 144.
- Oastler, Richard* (1789-1861), político y reformador social británico, tory; en su lucha contra la burguesía librecambista, defendió la limitación legal de la jornada de trabajo: 398, 426, 480.
- O'Connell, Daniel* (1775-1847), abogado y político irlandés, dirigente del ala derecha liberal del movimiento de liberación nacional (Repeal-Association): 521.
- O'Connor, Feargus Edward* (1794-1855), uno de los dirigentes del ala izquierda

- del cartismo, fundador y director de *The Northern Star*; después de 1848 fue reformista: 322, 567, 576.
- Orígenes* de Alejandría (aprox. 185-254), teólogo cristiano, uno de los Padres de la Iglesia: 184, 209.
- Owen, Robert* (1771-1858), socialista utópico británico: 94, 151, 221, 422, 485.
- Paalzow, Henriette von* (1788-1847), escritora romántica alemana: 18.
- Padgin*, fabricante de sierras de Sheffield: 470.
- Paine, Thomas* (1737-1809), publicista anglonorteamericano, republicano, héroe de la independencia norteamericana y de la Revolución Francesa: 267, 576.
- Parkinson, Richard* (1797-1858), canónigo de Manchester, publicista filantrópico cristiano: 379.
- Parny, Évariste-Désiré*, vizconde de (1753-1814), poeta francés: 75.
- Patteson, Sir John* (1790-1861), jurista británico, juez del tribunal de Queen's Bench: 502.
- Pauling & Hensfey*, empresarios de la construcción de Manchester: 475, 549-551, 553-561.
- Peel, Sir Robert* (1750-1830), industrial algodónero británico, miembro del parlamento, tory: 403, 422.
- Peel, Sir Robert* (1788-1850), estadista británico, tory moderado, jefe de los «peelitas»; primer ministro de 1841 a 1846; bajo su gobierno se adoptó la ley de 1844 sobre la banca; con el apoyo de los liberales derogó las leyes de granos en 1846: 427, 506, 539, 552.
- Percival, Thomas* (1740-1804), médico británico, abanderado de la legislación protectora del trabajo infantil: 403.
- Philippson, Gustav* (1814-1880), pedagogo y publicista: 98.
- Pilling, Richard* (n. 1800), cartista, obre-
- ro algodónero; uno de los dirigentes de la huelga de Ashton y Stalybridge de 1842: 552.
- Pipelet, Alfred*, personaje de la novela de Sue *Les Mystères de Paris*: 79, 81-85.
- Pipelet, Anastasia*, personaje de la novela de Sue *Les Mystères de Paris*: 67, 79, 81-82.
- Pisón, Lucio Calpurnio* (n. 101 a.n.e.), uno de los participantes en la conjuración de Catilina, partidario de Julio César, cónsul romano en 58 a.n.e.: 140.
- Pitt, William* (1759-1806), estadista británico; primer ministro de 1783 a 1801; uno de los organizadores de la guerra de intervención contra la Francia revolucionaria; adoptó una serie de medidas reaccionarias contra el movimiento obrero: 568.
- Planck, Karl Christian* (1819-1880), teólogo protestante alemán: 118.
- Platón* (aprox. 427-aprox. 347 a.n.e.), filósofo idealista griego de la Antigüedad: 210.
- Polidori*, personaje de la novela de Sue *Les Mystères de Paris*: 78-80, 237.
- Polidoro Virgilio* (aprox. 1470-1555), historiador inglés de origen italiano: 79.
- Porter, George Richardson* (1792-1852), economista y estadístico británico: 263.
- Pounder, Robert*, trabajador de Leeds: 398.
- Power*, miembro en 1833 de la comisión investigadora del trabajo fabril: 398, 402, 406, 410, 441.
- Priestley, Joseph* (1733-1804), químico y físico británico, filósofo materialista: 148.
- Prometeo*, personaje de la mitología griega que robó a Zeus el fuego para entregárselo a los hombres, por lo cual fue encadenado a una roca: 473.
- Proudhon, Pierre-Joseph* (1809-1865), publicista francés, uno de los fundado-

- res teóricos del anarquismo: 21-34, 38-57, 181, 488.
- Radnor, conde de*, véase *Bouverie, William Pleydell*.
- Rasbleigh, William*, miembro del parlamento, editor de *Stubborn Facts from the Factories*: 389.
- Read*, obrero de la fábrica de Pauling & Henfrey: 560.
- Reichardt, Carl Ernst*, encuadernador berlinés, seguidor de Bruno Bauer y colaborador de la *Allgemeine Literatur-Zeitung*: 5, 7, 37, 87.
- Reidora*, véase *Rigolette*.
- Ricardo, David* (1772-1823), economista británico, uno de los creadores de la economía política burguesa clásica: 31-32.
- Riesser, Gabriel* (1806-1863), publicista alemán, combatió por la igualdad civil de los judíos: 107-111, 130.
- Rigolette* (Reidora), personaje de la novela de Sue *Les Mystères de Paris*: 82, 84.
- Roberton, John* (1797-1876), médico partero de Manchester, dedicado a la estadística: 363, 415.
- Roberts, Williams Prowting* (1806-1871), jurista británico, abogado de los caristas y de los sindicatos: 501-503, 505-507, 529-530, 555-560.
- Robespierre, Maximilien-Marie-Isidor de* (1758-1794), político de la Revolución Francesa, dirigente de los jacobinos y jefe del gobierno revolucionario de 1793-1794: 138-141, 564, 571.
- Robinet, Jean-Baptiste-René* (1735-1820), filósofo y naturalista francés: 149.
- Robson, George*, morador de una «work-house» de Coventry, murió en 1843: y 535.
- Rohmer, Friedrich* (1814-1856), escritor político y filosófico alemán: 248.
- Rhomer, Theodor* (1820-1856), publicista, hermano y colaborador del anterior: 248.
- Roland de la Platière, Jean-Marie* (1734-1793), político francés, girondino; ministro del interior en 1792-1793: 570.
- Roland, Madame*, personaje de la novela de Sue *Les Mystères de Paris*: 78, 570.
- Romme, Charles-Gilbert* (1750-1795), miembro de la Convención, «montagnard»: 572.
- Rothschild, Nathan Mayer* (1777-1840), fundador de la Banca Rothschild de Londres: 565.
- Rottek, Karl Wenzeslaus von* (1775-1840), historiador y político liberal: 142.
- Roux-Lavergne, Pierre-Célestin* (1802-1874), historiador y filósofo francés: 248.
- Roux, Jacques* (1752-1794), el tribuno de los «Sans-culotte» y dirigente de los «Enragés», defensores de los intereses de las capas más pobres de trabajadores de la ciudad y el campo; tras la muerte de Marat, fue el editor de *L'Ami du Peuple*: 137.
- Rudolph, princepe de Geroldstein (Gerolstein)*, personaje de la novela de Sue *Les Mystères de Paris*: 67-68, 82, 86, 189-213, 215, 216-223, 225, 227-228, 247.
- Ruge, Arnold* (1802-1880), publicista alemán, joven hegeliano; editó, junto con Marx, en 1844, los *Anuarios Francoalemanes*; primero fue demócrata, después de 1866 liberal-nacional: 179.
- Russell, John, Lord* (1792-1878), estadista británico, jefe del partido de los whig, primer ministro (1846-1852 y 1865-1866): 11.
- Sack, Karl Heinrich* (1789-1875), teólogo protestante, profesor en Bonn: 239.
- Sadler, Michael Thomas* (1780-1835), político británico, tory, reformador social y publicista: 423, 426.

- Saint-Just, Louis-Antoine-Léon* (1767-1794), revolucionario francés, destacado jacobino y próximo colaborador de Robespierre: 139-141, 565, 571.
- Saint-Simon, Claude-Henry de Rouvray*, conde de (1760-1825), socialista utópico francés: 31.
- Salmon*, obrero de la fábrica Pauling & Henfrey: 553-555.
- Salomón*, (aprox. 970-930 a.n.e.), rey de Israel: 367.
- San Juan*, personaje del Nuevo Testamento: 368.
- San Pablo*, personaje del Nuevo Testamento: 367-368.
- San Pedro*, personaje del Nuevo Testamento: 368.
- Sansón*, personaje del Antiguo Testamento: 367.
- Sarah*, véase *MacGregor, Sarah*.
- Saunders, Robert John*, inspector fabril británico en la década de 1840: 426.
- Say, Jean-Baptiste* (1767-1832), economista francés: 31, 44-45.
- Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph von* (1775-1854), filósofo alemán, defensor del idealismo alemán: 108, 178.
- Schiller, Friedrich von* (1759-1805), poeta y dramaturgo alemán: 238.
- Scott*, obrero de la fábrica Pauling & Henfrey: 555.
- Scriven, Samuel S.*, miembro de la comisión investigadora del trabajo infantil: 458.
- Senior, Nassau William* (1790-1864), economista británico, apologista del capitalismo: 319.
- Shafesbury, Anthony Ashley Cooper*, conde de (1801-1885), político británico, uno de los dirigentes del movimiento filantrópico aristocrático a favor de la ley de las Diez Horas: 10, 382, 396-397, 400, 413, 426-427, 499, 539.
- Shakespeare, William* (1564-1616), 78, 503, 512.
- Sharp, Francis*, cirujano de Leeds: 405-406, 410.
- Sharp, William junior* (1805-1896), cirujano de Bradford: 411.
- Sharp, Roberts & Co.*, fabricantes de maquinaria: 473.
- Sharps*, socio de la firma Pauling & Henfrey: 558-559.
- Shelley, Percy Bysshe* (1792-1822), poeta inglés, defensor del romanticismo revolucionario, ateo: 488.
- Sheppard, John (Jack)* (n. 1702): delincuente, criado en el asilo de pobres de Bishopsgate, ahorcado en 1724 en Londres: 367.
- Sieyès, Emmanuel-Joseph* (1748-1836), abate francés, político de la Revolución, autor del panfleto titulado *¿Qué es el Tercer Estado?*: 31.
- Sismondi, Jean-Charles-Leonard Simonde de* (1773-1842), economista e historiador suizo: 32.
- Smellie, James*, cirujano de Glasgow: 414.
- Smith, esquirol*, muerto en 1837: 472.
- Smith, Adam* (1723-1790), economista británico, uno de los creadores de la economía política burguesa clásica: 31-32, 52, 335, 336, 373.
- Smith, Thomas Southwood* (1788-1861), médico en Londres, autor de reformas sanitarias, miembro de la comisión investigadora del trabajo infantil de 1841: 328, 354, 497.
- Somerville, Alexander* (pseudónimo: *Uno que ha silbado detrás del arado*) (1811-1885), periodista radical británico: 516.
- Soubrany, Pierre-Amable de* (1752-1795), miembro de la Convención, «montagnard»: 572.
- Spinoza, Benedicto de (Baruch)* (1632-1677), filósofo panteísta holandés: 143-144, 146-147, 149-151.
- Stein, Karl*, barón del Imperio (1757-1831), ministro principal de 1807 a 1808, empezó una reforma inconclusa del estado prusiano; fue combatido por Napoleón: 6.
- Stein, Lorenz von* (1815-1890), hegeliano, profesor de filosofía y de dere-

- cho político en la universidad de Kiel, agente secreto del gobierno prusiano: 155.
- Stephens, Joseph Rayner* (1805-1879), clérigo británico, reformador social; de 1837 a 1839 participó activamente en el movimiento cartista de Lancashire: 479, 542.
- Steward, Charles William*, marqués de Londonderry (1778-1854), gran terrateniente británico, propietario de importantes minas en Durham: 504.
- Stirner, Max* (seudónimo de *Johann Caspar Schmidt*) (1806-1856), filósofo y escritor alemán, uno de los ideólogos del individualismo burgués y del anarquismo; autor del libro *El Único y sus propiedades*: 279, 525.
- Strauss, David Friedrich* (1808-1874), filósofo y publicista alemán, joven hegeliano; fue liberal-nacional después de 1866: 98, 118, 158, 160, 164, 488.
- Stuart, James* (1775-1849), médico y publicista británico, whig; inspector fabril en 1833: 405, 408, 417; 419.
- Stumm-Halberg, Karl Ferdinand*, barón de (1836-1901), gran industrial alemán, conocido como «el rey Stumm»; fue una de las personas más influyentes en la cuenca del Sarre, conservador y enemigo acérrimo del movimiento obrero: 505.
- Sturge, Joseph* (1793-1859), político británico, radical, librecambista; se adhirió al cartismo para tener a la clase obrera bajo la influencia de la burguesía: 483.
- Sue, Eugène* (1804-1857), escritor francés, autor de novelas sentimentaloides de tema social: 58-61, 65-67, 71-75, 78, 81-82, 84, 192, 194, 197, 200, 211-214, 217-223, 224, 232, 237-239.
- Swing*, personaje mítico justiciero en la Inglaterra de 1843-1844: 512; 514.
- Symons, Jellingher Cookson* (1809-1860), publicista liberal británico, comisionado por el gobierno para investigar sobre la situación de los tejedores a mano y los mineros; miembro en 1841 de la comisión investigadora del trabajo infantil: 293, 368, 370, 392, 456, 465, 494.
- Szeliga*, véase *Zychlinski*.
- Tancred, Thomas*, miembro de la comisión investigadora del trabajo infantil: 459.
- Taylor, John* (1804-1841), médico británico, del ala izquierda del cartismo: 480.
- Thomson, Charles Edward Poulett*, barón Sydenham (1799-1841), estadista británico, whig: 319.
- Thornhill, Thomas* (en Engels, erróneamente: *Thornley*), gran propietario, whig: 426.
- Tocqueville, Alexis-Charles-Henri-Maurice Clérel de* (1805-1859), historiador y político francés: 219.
- Tortillard* (Patizambo), personaje de la novela de Sue *Les Mystères de Paris*: 212-213, 220.
- Tristan, Flora* (1803-1844), escritora francesa, socialista utópica: 16-17, 221.
- Tufnell*, miembro de la comisión investigadora del trabajo fabril de 1833: 398, 401, 406, 407, 413, 414.
- Turpin, Richard (Dick)* (1706-1739), atracador inglés, ahorcado en 1739: 367.
- Ure, Andrew* (1778-1857), químico y economista británico, librecambista: 376, 388, 394, 420, 421, 425, 429, 473-474.
- Vaughan, Robert* (1795-1868), clérigo británico, historiador y publicista: 374.
- Vetter-Köchlin*, véase *Köchlin*.

- Victoria* (1819-1901), reina de Gran Bretaña e Irlanda (1837-1901): 286.
- Vidocq, François-Eugène* (1775-1857), criminal francés; fue agente secreto de la policía y más tarde jefe de la policía de seguridad de París; se le atribuyen las *Memorias de Vidocq*: 81, 191.
- Volney, Constantin-François Chasseboeuf*, conde de (1757-1820), ilustrado francés: 149.
- Voltaire* (pseudónimo de *François-Marie Arouet*) (1694-1778), francés ilustrado, filósofo deísta, escritor satírico e historiador: 145.
- Voss, Johann Heinrich* (1751-1826), poeta y filólogo alemán, traductor de Homero, Virgilio y otros autores de la Antigüedad: 223.
- Wade, John* (1788-1875), publicista británico, economista e historiador: 363.
- Wakefield, Edward Gibbon* (1796-1862), publicista británico, economista y político colonialista: 512.
- Watt, James* (1736-1819), ingeniero e inventor británico, constructor de la máquina de vapor: 173, 262.
- Wedgwood, Josiah* (1730-1795), industrial británico, perfeccionó la producción de cerámica en Inglaterra: 268.
- Weil, Carl* (1806-1878) (pseudónimo: *Egidius*), publicista liberal, editor de los «Anuarios Constitucionales» (1842-1846); más tarde se puso al servicio del gobierno austriaco: 189.
- Weitling, Christian Wilhelm* (1808-1871), sastre alemán, uno de los teóricos del comunismo igualitario utópico: 572-575.
- Welcker, Karl Theodor* (1790-1869), jurista y publicista de Baden, liberal, miembro de la Asamblea Nacional de Francfort: 142.
- Wellington, Arthur Wellesley*, duque de (1769-1852), general y estadista británico, tory, primer ministro de 1828 a 1830, apoyó a Peel en la derogación de las leyes de granos: 367.
- Wesley, John* (1703-1791), uno de los fundadores del metodismo: 368.
- Wightman, Sir William* (1784-1863), jurista británico, juez desde 1841 en el Tribunal de Queen's Bench: 502.
- Williams, Sir John* (1777-1846), jurista británico, liberal, juez desde 1834 en el Tribunal de Queen's Bench: 502.
- Williams, Zephania* (aprox. 1794-1874), cartista, uno de los organizadores del alzamiento de los mineros galeses de 1839; condenado a deportación perpetua a Tasmania: 576.
- Willis*, personaje de la novela de Sue *Les Mystères de Paris*: 75, 242.
- Wolff, Christian*, barón de (1679-1754), filósofo idealista alemán: 73.
- Wood, James y Francis*, fabricantes de Bradford: 411, 472.
- Wright*, director de una fábrica en Macclesfield: 407.
- Zerrleder*, probablemente pseudónimo de *Bruno Bauer*: 167-168.
- Zychlinski, Franz Zychlin von* (1816-1900), oficial prusiano, joven hegeliano, colaborador con el nombre de *Szeliga* en la *Allgemeine Literatur-Zeitung* (1843-1845) y en las *Norddeutsche Blätter* de Bruno Bauer: 3, 57-61, 64-73, 75, 77-86, 97, 189-190, 193-197, 206-209, 211, 218, 223, 225, 227, 230, 237, 245-246.

ÍNDICE GENERAL

Nota editorial sobre OME 6	ix
FRIEDRICH ENGELS / KARL MARX, <i>La Sagrada Familia o crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y compañía</i>	1
Prólogo	3
Capítulo I.— «La crítica crítica en figura de maestro encuadernador» o la crítica crítica como el señor Reichart (<i>Engels</i>)	5
Capítulo II.— «La crítica crítica» como «propietario de molinos» o la crítica crítica como el señor Jules Faucher (<i>Engels</i>)	8
Capítulo III.— «La escrupulosidad de la crítica crítica» o la crítica crítica como el señor J. (¿Jungnitz?) (<i>Engels</i>)	14
Capítulo IV.— «La crítica crítica» como el sosiego del conocimiento o la «crítica crítica» como el señor Edgar	16
1. «La Union Ouvrière» de Flora Tristan (<i>Engels</i>)	16
2. Béraud acerca de las mujeres de la vida (<i>Engels</i>)	17
3. El amor (<i>Marx</i>)	18
4. Proudhon (<i>Marx</i>)	21
Traducción caracterizadora n.º 1	22
Glosa crítica marginal n.º 1	30
Glosa crítica marginal n.º 2	34
Traducción caracterizadora n.º 2	38

Glosa crítica marginal n.º 3	39
Traducción caracterizadora n.º 3	44
Glosa crítica marginal n.º 4	50
Traducción caracterizadora n.º 4	53
Glosa crítica marginal n.º 5	54
 Capítulo V.— La «crítica crítica» como hombre misterioso o la «crítica crítica» como el señor Szeliga (<i>Marx</i>)	 58
1. «El misterio de la vuelta al estado primitivo en la civilización» y «el misterio de la ilegalidad en el estado»	59
2. El misterio de la construcción especulativa	61
3. «El misterio de la sociedad culta»	65
4. «El misterio de la probidad y de la devoción»	76
5. «El misterio, una burla»	79
6. Reidora (<i>Rigolette</i>)	83
7. La situación mundial de los Misterios de París	85
 Capítulo VI.— La crítica crítica absoluta o la crítica crítica como el señor Bruno	 87
1. Primera campaña de la crítica absoluta (<i>Marx</i>)	87
a) El «espíritu» y la «masa»	87
b) La cuestión judía n.º I. Planteo de los problemas	97
c) Hinrichs n.º I. Misteriosas alusiones a la política, el socialismo y la filosofía	102
2. Segunda campaña de la crítica absoluta	104
a) Hinrichs n.º II. La «crítica» y «Feuerbach». Condenación de la filosofía (<i>Engels</i>)	104
b) La cuestión judía n.º II. Descubrimientos críticos acerca del socialismo, jurisprudencia y política (nacionalidad) (<i>Marx</i>)	107
3. Tercera campaña de la crítica absoluta (<i>Marx</i>)	113
a) Autoapología de la crítica absoluta. Su pasado «político»	113
b) La cuestión judía n.º III	122
c) Batalla crítica contra la Revolución Francesa	136
d) Batalla crítica contra el materialismo francés	143
e) Derrota final del socialismo	154
f) El ciclo especulativo de la crítica absoluta y la filosofía de la autoconciencia	157

Capítulo VII.— La correspondencia de la crítica crítica	166
1. La masa crítica (<i>Marx</i>)	166
2. La «masa crítica» y la «crítica crítica»	171
<i>a)</i> La «masa insensible» y la «masa insatisfecha» (<i>Marx</i>)	171
<i>b)</i> La masa «tierna de corazón» y «ávida de redención» (<i>Engels</i>)	175
<i>c)</i> La irrupción violenta de la gracia en la masa (<i>Marx</i>)	178
3. La masa crítica-acrítica o la crítica y el «Couleur berlínés» (<i>Marx</i>)	179
Capítulo VIII.— Peregrinación por el mundo y transfiguración de la «crítica crítica» o la «crítica crítica» como Rudolph, príncipe de Geroldstein (<i>Marx</i>)	189
1. Transformación crítica de un matarife en perro, o el Chourineur	190
2. Revelación del misterio de la religión crítica o Fleur de Marie	194
<i>a)</i> La «Flor de María» especulativa	194
<i>b)</i> Fleur de Marie	197
3. Revelación de los misterios del derecho	207
<i>a)</i> El Maître d'école o la nueva teoría penal. El misterio revelado del sistema celular. Misterios en la medicina	207
<i>b)</i> Recompensa y castigo. La justicia doble, con su cuadro sinóptico	220
<i>c)</i> Son suprimidas la vuelta al primitivismo dentro de la civilización y la carencia de derechos dentro del estado	223
4. El misterio revelado del «punto de vista»	225
5. Revelación del misterio de la utilización de los instintos humanos o Clémence d'Harville	227
6. Revelación del misterio de la emancipación de las mujeres, o Louise Morel	229
7. Revelación de los misterios de la economía política	231
<i>a)</i> Revelación teórica de los misterios de la economía política	231
<i>b)</i> «El banco de pobres»	232
<i>c)</i> La explotación modelo de Bouqueval	234
8. Rudolph, «el misterio revelado de todos los misterios»	236

Capítulo IX.— El juicio final crítico (<i>Marx</i>)	247
Epílogo histórico	248
FRIEDRICH ENGELS, <i>La situación de la clase obrera en Inglaterra</i>	249
A las clases trabajadoras de Gran Bretaña	251
Prólogo	254
Introducción	257
<p>Condición de los trabajadores antes de la revolución industrial (257) — La <i>jenny</i> (259) — Nacimiento del proletariado industrial y del agrícola (260) — La <i>spinning-throstle</i>, la <i>mule</i>, el telar mecánico, la máquina de vapor (262) — Triunfo de las máquinas sobre el trabajo manual (262) — Industria algodonera (263) — Calcetería (264) — Fabricación de encajes (264) — Blanqueo, tintura y estampado (264) — Industria de la lana (264) — Industria lencera (265) — Industria de la seda (266) — Producción de hierro (267) Minas de carbón (268) — Fábricas de cerámica (268) — Agricultura (268) — Caminos, canales, ferrocarriles, barcos de vapor (269-270) — Recapitulación (270) — Significación nacional adquirida por la clase obrera (272) — Ignorancia de la burguesía respecto a la situación de la clase obrera (273).</p>	
El proletariado industrial	274
<p>Clasificación de los trabajadores (274) — Centralización de la propiedad (275) — Las palancas de la industria moderna (275) Centralización de la población (275).</p>	
Las grandes ciudades	278
<p>Impresión de Londres (278) — Guerra social y sistema de saqueo recíproco (279) — El destino de los pobres (280) — Los barrios malos en general (281) — <i>Londres</i>: St. Giles y alrededores (282) Whitechapel (283) — El interior de las viviendas proletarias (284)</p>	

Gentes sin techo en los parques (286) — Refugios nocturnos (287) *Dublín* (288) — *Edimburgo* (289) — *Liverpool* (291) — Las ciudades fabriles: *Nottingham*, *Birmingham*, *Glasgow*, *Leeds*, *Bradford*, *Huddersfield* (291) — Lancashire: observaciones generales (296) *Bolton* (298) — *Stockport* (298) — *Ashton-under-Lyne* (298) — *Stalybridge* (299) — Descripción detallada de *Manchester*: trazado general (300) — La ciudad vieja (304) — La ciudad nueva (310) — Trazado urbanístico de los barrios obreros (310) — Patios y callejones posteriores (311) — *Ancoats* (313) — Pequeña Irlanda (316) — *Hulme* (317) — *Salford* (317) — Resumen (318) — Alojamiento (319) — Hacinamiento (321) — Sótanos (321) — Vestimenta de los obreros (322) — Alimentación (323) — Carne de mala calidad (324) — Adulteración de artículos (325) — Fraudes con las pesas y otros (327) — Recapitulación (329).

La competencia

331

Competencia de los trabajadores entre sí, que deprime el salario al mínimo; competencia de los propietarios entre sí, que lo eleva al máximo (331) — El obrero, esclavo de la burguesía, debe venderse a sí mismo por días y por horas (335) — Población superflua (336) — Las crisis (338) — Reserva desocupada de obreros (340) — Destino de esta reserva en la crisis de 1842 (343).

La inmigración irlandesa

345

Causas y volumen de la misma (345) — Descripción según Carlyle (346) — Desaseo, tosquedad y afición a la bebida de los irlandeses (347) — Efectos de la competencia y de la vecindad de los irlandeses sobre los obreros ingleses (348).

Resultados

350

Observaciones preliminares (350) — Efectos de las mencionadas circunstancias sobre el estado de salud de los obreros (351) — Influxo de las grandes ciudades, del estado de las viviendas, de la insalubridad, etc. (351) — Tuberculosis (353) — Tífus, especialmente en Londres, Escocia e Irlanda (354) — Enfermedades abdominales (358) — Alcoholismo (358) — Curanderos (358) «*Godfrey's Cordial*» (359) — La mortalidad en el proletariado, especialmente entre los niños (360) — Acusación de asesinato

social contra la burguesía (364) — Consecuencias para la situación espiritual de los obreros (361) — Penuria de medios de instrucción (365) — Insuficiencia de las escuelas vespertinas y dominicales (366) — Ignorancia (367) — La enseñanza de la moral (369) — Los castigos de la ley, único medio de instrucción (369) — Influencia de la pobreza (370) — El proletariado y la incertidumbre vital (371) — La condenación al trabajo forzado (373) — La centralización de la población (374) — La inmigración irlandesa (378) — Diferencias de carácter entre los burgueses y los proletarios (380) — Alcoholismo (380) — Desenfreno en las relaciones sexuales (382) — Disolución de la familia (383) — No observancia del orden social (384) — Delincuencia (384) — Descripción de la guerra social (386).

Los diferentes ramos de actividad. Los obreros fabriles

388

Efectos del maquinismo (388) — Los tejedores a mano (390) — Suplantación de seres humanos (390) — Ocupación de las mujeres y disolución de la familia (394) — Disolución de todos los lazos familiares (397) — Consecuencias morales del trabajo femenino en las fábricas (401) — *Jus primae noctis* (402) — Trabajo infantil (403) — Aprendizaje (403) — Mortalidad e insalubridad (403) — Informe de la comisión central (404) — Jornadas prolongadas (404) — Trabajo nocturno (405) — Mutilaciones (405) — Naturaleza de la labor fabril (408) — Debilitamiento del organismo (409) — Otros perjuicios particulares (410) — Envejecimiento prematuro (413) — Efectos especiales de trabajo fabril sobre el cuerpo femenino (414) — Ramos de actividad particularmente nocivos (416) — Accidentes de trabajo (417) — Cómo la burguesía juzga el sistema fabril (418) — Legislación fabril y *bill* de las diez horas (422) — Atontamiento e insensibilización como resultados del trabajo (429) — Esclavitud (430) — Reglamentaciones fabriles (430) — El *sistema del truck* (433) — El sistema de los *cottages* (435) — Comparación entre el siervo de la gleba de 1145 y el obrero libre de 1845 (436).

Los restantes ramos de actividad

440

Los calceteros (440) — Faoricación de encajes (442) — Fábricas de estampados de algodón (445) — Tundidores de terciopelo (446) — Tejedores de sedas (448) — Artículos de metal (450)

Birmingham (450) — Staffordshire (452) — Sheffield (454) — Fabricación de máquinas (456) — Las alfarerías del norte de Staffordshire (457) — Fabricación del vidrio (458) — Los oficios artesanales (459) — Las modistas y costureras de Londres (460).

Movimientos obreros

463

Introducción (463) — El crimen (464) — Destrucciones de máquinas (465) — Asociaciones obreras y paros (465) — Efectos de las asociaciones y de los paros (467) — Actos criminales que les siguieron (470) — Carácter de las luchas del proletariado inglés contra la burguesía (472) — El combate de mayo de 1843 en Manchester (475) — El obrero ante la ley (477) — El *cartismo* (477) — Historia del movimiento cartista (478) — La insurrección de 1842 (480) — Decidida separación del cartismo proletario y el radicalismo de la burguesía (483) — Tendencia social del cartismo (484) — El *socialismo* (485) — El movimiento obrero en su conjunto (487).

El proletariado minero

490

La minería de Cornualles (490) — Alston Moor (491) — Las minas de hierro y de carbón (492) — Trabajo de hombres, mujeres y niños (493) — Enfermedades propias de la mina (495) — El trabajo en galerías bajas (497) — Accidentes, explosiones, etc. (497) — El nivel de instrucción (498) — La moral (498) — La legislación de minas (499) — Explotación sistemática de los mineros (500) — Movimientos bajo estas condiciones (501) — La «Union» (501) — La gran lucha de 1844 en el norte de Inglaterra (501) — Roberts y los combatientes obreros contra el juez de paz y el sistema del *truck* (502) — Resultados de la lucha (503).

El proletariado agrícola

508

Historia (508) — Pauperismo en el campo (509) — Situación del jornalero agrícola (510) — Incendios provocados (514) — Indiferencia ante las leyes cerealeras (515) — Irreligiosidad (515) — Gales: los pequeños arrendatarios (517) — Los disturbios de Rebeca (517) — Irlanda: el parcelamiento de la tierra (518) — La miseria de la nación irlandesa (519) — El delito (521) — La agitación por el *repeal* (521).

La posición de la burguesía frente al proletariado	523
<p>Corrupción moral de la burguesía inglesa (523) — La codicia (523) — Economía y libre competencia (524) — Hipocresía de la beneficencia (525) — Economía y política en la cuestión de las leyes cerealeras (526) — Las leyes y la justicia de la burguesía (528) — La burguesía en el Parlamento (529) — El <i>bill</i> para reglamentar las relaciones entre amos y sirvientes (530) — La teoría malthusiana de la población (530) — La antigua ley de pobres (531) — La nueva ley de pobres (533) — Ejemplos de brutalidad en las casas de trabajo (533) — Perspectivas de Inglaterra para el futuro (540).</p>	
KARL MARX / FRIEDRICH ENGELS, Otros escritos de 1845-1846	545
Aclaración (de la <i>Trier'sche Zeitung</i>) (Marx)	547
Notas adicionales a la situación de las clases trabajadoras en Inglaterra (<i>Engels</i>)	548
La Fiesta de las Naciones en Londres, en ocasión de celebrarse la instauración de la República Francesa, el 22 de setiembre de 1792 (<i>Engels</i>)	562
Apéndice: FRIEDRICH ENGELS, Prólogos de <i>La situación de la clase obrera en Inglaterra</i>	578
El movimiento obrero en Norteamérica (prólogo a la edición norteamericana de 1887)	579
Prólogo a la edición alemana de 1892	588
Índice de nombres	605

